

El interior

de Jesús y de Maria



P. Juan Grou (1731-1803),
sacerdote jesuita

Edición de 1867

Este libro es gratuito, de dominio público.
Se editó hace más de 100 años y carece
de derechos de autor.

* * * * *

Esta imagen de la
portada está en dominio
público, por deseo
expreso del autor,
que permite su uso
para fines personales
y comerciales, además
de la creación de
obras adaptadas
a partir de la
imagen original.



Origen: <https://pósterboy.com/es/imagenes-virgen-santa-maria-jesús-2694571/>

* * * * *

Si usted, lector, propaga este libro,
podrá hacer **mucho bien** a las
almas, colaborando en su salvación
y santificación, **premiándose** Dios
abundantemente.

* * * * *

Este libro debe visualizarse al 100% de zoom

Puede **descargar** más **libros** como éste aquí:
<https://www.mediafire.com/folder/traefasudjaedf>

(Nota del autor de este archivo PDF)

Ruego a usted, amable lector, que **pida mucho** a Dios
por mí. Yo también **lo haré** por usted. Muchas gracias.

**Este libro también
puede imprimirse**



EL INTERIOR
DE
JESUS Y DE MARÍA,

FOR EL

R. P. JUAN GROU,

DE LA COMPAÑIA DE JESU.

TRADUCCION AL ESPAÑOL DE LA MISMA COMPAÑIA FRANCESA:

CLARA ESCOBON,

CONFECHA

per el R. P. F. Ramon Galdá,

franciscano.



BARCELONA:

LIBRERIA CATÓLICA DE PONS Y C^a, CALLE DE ANCHS,
y de Capellans, 1.

1867.

ÍNDICE

DE LAS CARTILLAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

	Pág.
Advertencia del traductor.	6
Noticia sobre el Pádel Giron.	8
Preliminar del autor.	15
PRIMERA PARTE.—VITALES DE JESÚS.	
Cartilla I. El interior de Jesús correspondió á los designios de la Eternidad.	17
Cap. II. Sacrificio que hace de sí Jesucristo al entrar en el mundo.	24
Cap. III. Qué padres acogió el Hijo de Dios para sí.	27
Cap. IV. De qué manera cuida Jesucristo la honra de su nacimiento.	34
Cap. V. Jesús en el seno de su Madre.	43
Cap. VI. Nacimiento de Jesucristo en Belén.	45
Cap. VII. Jesús llama á los pastores á su pesebre.	48
Cap. VIII. Custos de los ángeles en el nacimiento de Jesucristo.	53
Cap. IX. Circuncisión de Jesucristo.	58
Cap. X. Los Magos son llamados á Belén por Jesucristo.	64
Cap. XI. Presentación de Jesucristo en el Templo.	68
Cap. XII. Huida á Egipto.	78
Cap. XIII. Consejo de Jesús en su infancia.	78
Cap. XIV. Vida de Jesús en Nazareth.	88
Cap. XV. Jesús en el Templo entre los Doctores.	98
Cap. XVI. Jesús guarda obediencia á sus padres.	97
Cap. XVII. Jesús gana su vida con el trabajo de sus manos.	114
Cap. XVIII. Bautismo de Jesucristo.	98
Cap. XIX. Tentación de Jesucristo.	99
Cap. XX. De qué modo Jesucristo rechaza la tentación.	103
Cap. XXI. Fin de esta tentación.	106
Cap. XXII. Elección de los apóstoles.	112
Cap. XXIII. Principios de la predicación de Jesucristo.	116
Cap. XXIV. Manera de enseñar de Jesucristo.	116
Cap. XXV. Trabajos de Jesucristo en su predicación.	128
Cap. XXVI. Milagros de Jesucristo.	136
Cap. XXVII. Reserva de Jesucristo en la manifestación de su divinidad.	139
Cap. XXVIII. Conducta de Jesucristo con respecto á sus apóstoles.	124

Cap. XXIX. Viste coronas de Jescristo.	138
Cap. XXX. Acogida que da Jescristo á los pecadores.	141
Cap. XXXI. Conducta contraria de los fariseos.	144
Cap. XXXII. Llanto de Jescristo sobre Jerusalem.	151
Cap. XXXIII. Oración de Jescristo.	155
Cap. XXXIV. Amor de Jescristo hacia la cruz.	162
Cap. XXXV. De la humildad de Jescristo.	168
Cap. XXXVI. De la mansedumbre de Jescristo.	174
Cap. XXXVII. Del amor de Jescristo para con su Padre.	180
Cap. XXXVIII. Del amor de Jescristo para con los hombres.	185
Cap. XXXIX. El amor hizo á la vez la felicidad y el tormento de Jescristo.	192
Cap. XL. Semblanzas de Jescristo.	198
Cap. XLI. De la obediencia de Jescristo.	202
Cap. XLII. Modo con que Jescristo trató los intereses de su Padre.	210
Cap. XLIII. Jescristo no se reveló sino á los pequeños.	218
Cap. XLIV. Jescristo enemigo del falso celo.	222
Cap. XLV. Advertencia de Jescristo á los falsos doctores.	228
Cap. XLVI. Jescristo objeto de contradicción y motivo de envidia.	237
Cap. XLVII. Jescristo vino á traer el amor de Dios sobre la tierra.	244
Cap. XLVIII. Jescristo educador en espíritu y en verdad.	250
Cap. XLIX. Jescristo nada se apropió á sí mismo.	255
Cap. L. Jescristo no se glorificó en sí mismo.	262
Cap. LI. Jesús lleva los peccados de sus apóstoles.	267
Cap. LII. De la institución de la Eucaristia.	273
Cap. LIII. Pasión de Jescristo ordenada por Dios.	278
Cap. LIV. Jescristo sacrificó la vida por sí mismo.	284
Cap. LV. Aguarda de Jescristo en el huerto de los Olivos.	287
Cap. LVI. Tránsito de Judas, y delirios de Jescristo.	291
Cap. LVII. Negación de San Pedro.	295
Cap. LVIII. Silencio de Jescristo en presencia de sus jueces.	300
Cap. LIX. Padecimientos de Jescristo en su Pasión.	305
Cap. LX. Jescristo ruega por sus enemigos.	311
Cap. LXI. Doble abandono de Jescristo expirante.	315
Cap. LXII. Resurrección de Jescristo.	320
Cap. LXIII. Jescrismo del Espíritu Santo.	325
Cap. LXIV. Vicio Eucarístico de Jescristo.	330
Cap. LXV. De la devoción al Corazón de Jesús.	331
Cap. LXVI. Razones para entrar en el interior de Jesús.	336
Cap. LXVII. Ventajas de imitar el interior de Jescristo.	342
Cap. LXVIII. Estas razones para disponerse de imitar el interior de Jesús.	348
Cap. LXIX. No pueda entrar en el interior de Jesús si no renunciando á sí mismo.	354

SEGUNDA PARTE.—Jesús en María.

Cartóna I. De la Inmaculada Concepcion de María.	369
Cap. II. De la Presentacion de María en el Templo.	369
Cap. III. Su voto de virginidad.	384
Cap. IV. Su desposorio con S. José.	387
Cap. V. Embajada del Angel Gabriel.	379
Cap. VI. Asunto del misterio de la Encarnacion.	373
Cap. VII. Declaracion del cumplimiento del misterio.	375
Cap. VIII. Consentimiento de María.	377
Cap. IX. Cumplimiento del misterio de la Encarnacion.	380
Cap. X. Reflexiones sobre la Maternidad divina.	383
Cap. XI. Visita de María a Elisabeth.	386
Cap. XII. Entrevista de María y de Elisabeth.	389
Cap. XIII. Exposicion del Círculo de María.	393
Cap. XIV. Regreso de María a Nazareth.	398
Cap. XV. Sospechas de José: silencio de María.	400
Cap. XVI. María justificada por el mismo Dios.	403
Cap. XVII. Partida de María y de José para Belén.	406
Cap. XVIII. Nacimiento de Jesús en Belén.	409
Cap. XIX. Adoracion de los Pastores.	412
Cap. XX. Adoracion de los Magos.	417
Cap. XXI. La Circuncision.	419
Cap. XXII. La Purificacion.	421
Cap. XXIII. Encuentro de Simón.	424
Cap. XXIV. Prediccion de Simón sobre Jesús y María.	426
Cap. XXV. La huida a Egipto.	430
Cap. XXVI. Jesús perdido y vuelto a encontrarse en el Templo.	433
Cap. XXVII. Jesús consido a María y a José.	436
Cap. XXVIII. Vida de María en Nazareth.	441
Cap. XXIX. Aplicacion de María en estudiar a Jesús.	444
Cap. XXX. Bodas de Caná.	448
Cap. XXXI. María descubierta en aparicion por su Hijo.	451
Cap. XXXII. En qué hizo consistir Jesucristo la felicidad de María.	454
Cap. XXXIII. María escogió el mejor partido.	457
Cap. XXXIV. María al pie de la cruz.	460
Cap. XXXV. Juan dado por hijo a María.	463
Cap. XXXVI. María muerta y sepultada con Jesucristo.	466
Cap. XXXVII. María resucitada con Jesucristo.	468
Cap. XXXVIII. María sube al cielo en cuerpo con su Hijo.	474
Cap. XXXIX. María se prepara a recibir el Espíritu Santo.	473
Cap. XL. María recibe el Espíritu Santo.	476
Cap. XLI. Vida de María desde este tiempo en adelante.	479
Cap. XLII. Muerte y Asencion de María.	482
Cap. XLIII. Reflexiones generales.	491

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Pocas obras ha producido la piedad cristiana comparable con la que presentamos al público, de la cual el parecer se hallaba privada España, á pesar de haberse publicado diez ediciones de ella en Francia. No conocemos otro modelo que le esté tan apropiado como la *Imitación de Jesucristo* del venerable solitario del siglo XIV, que por tantos siglos ha formado las delicias de las almas piadosas y recogidas. Ambas están tratadas sobre un mismo fondo, que es el alma de Jesús y sus inflexibles virtudes; citándose lo presente, por purísimo reflejo, el alma y las virtudes de María.

En pocas libros de piedad se hallarán, puestos al alcance de todos, puntos de la mas elevada teología tanto dogmática como ascética, cual aquí se proponen, por su íntima relación con la conducta interior del hombre, que debe ser la imitación de la conducta interior de Jesucristo. Los arcana

mas adorables de la Religión se hacen aquí accesibles en su aplicación á la práctica de las virtudes , y todos los preceptos y consejos de la moral evangélica se ven emanar del alma de Jesucristo como de su centro.

Es inesplicable la precisión y la suavidad del estilo, cohesiones preciosas, cuya armonía forma el parte delicioso de esta lectura, en la cual pueden saborear las almas sensibles y purificadas , que aspiran por el sincero sacrificio de sí mismas al mas alto punto de la perfeccion cristiana.

Al leer un capítulo cualquiera de esta obra , podrá convencerse el lector si nos hemos excedido de la verdad , ó si nos hemos quedado cortos en el juicio de este libro. Basta el hombre de mundo, el filósofo del vez indiferente, admirará en estas páginas desarrollo sin artificio, sin preocupación , sin rodeos y con una embelazante candidez, el verdadero espíritu del Cristianismo, tan poco conocido no solo entre los impíos, sino aun entre la mayor parte de los cristianos , que hacen consistir la Religión en un conjunto de prácticas exteriores, ó en una ciencia de mera especulación.

NOTICIA

DE

P. JUAN GROS.

Juan Gros nació en la diócesis de Bolonia (ciudad de Bolonia en Picardía) á los 34 noviembre de 1731. Muy joven entró en el colegio de jesuitas, y fué admitido en su noviciado á la edad de quince años. Desde su juventud manifestó ya gusto por las lecturas y prácticas de piedad, profesando una particular devoción á la santa Virgen. Pronunció sus primeras votos á los diez y siete años, y fué empleada desde luego en la enseñanza, segun la costumbre de la Compañía. Allí se desplegó su gusto por la literatura; aficionándose especialmente á Platon y á Ciceron, en los cuales encontraba, sobre una gran riqueza de estilo, pensamientos bellos y una moral mas pura que en el coram de los antiguos autores. El primer fruto de su estudio sobre el filósofo griego fué la *República de Platon*, traducida en francés, año 1763, dos tomos en 12.º A esta traducción siguió la de *los Leyes del mismo autor*, y un poco después la de *los Diálogos*: las tres se publicaron en Amsterdam en 1765 y en 1773. No parece algo dudoso que el padre Gros fuese á Holanda, como se dice en el

Estados críacos. Por muchos años habió en Puente-à-Martin (en la Lorena); allí hizo sus últimos votos, en una época en que los jesuitas estaban ya suprimidos en Francia. Y viéndose precisado por la muerte de Estanislao á salir de la Lorena, pasó á París bajo el nombre de *Le Claire*, en donde llevaba una vida muy retirada, repartiendo el tiempo entre el estudio y los ejercicios de piedad.

En sus principios el señor de Beaumont le empleó en escribir sobre materias relativas á la religión, pasandole por algun tiempo una pensión que costó después. Hallóse entonces el abate Gros en un grande conflicto. Vivía con mucha sencillez, y habitaba en la calle de Serres, cerca de las Hijas de Sta. Tomás de Villanueva, á cuya casa iba á celebrar la misa. Uno de sus antiguos cohermanos, que era director del convento de la Visitation de la calle de la Barre, Roberto Guerin du Rocher, le proporcionó el conocer á una religiosa de esta casa, cuya vida era muy extraordinaria, y que tenía la opinión de ser favorecida de gracias especiales. Esta religiosa que era muy piadosa y muy interior, movió al padre Gros á emprender la senda de la perfección. Se preparó con un retiro de ocho días, y se consagró enteramente á Dios, y de aquí data la época de su conversión, como él la llamaba. El ejercicio de la oración, la habitud de la presencia de Dios, un abandono total á la gracia, una entera renuncia á su propia voluntad, tales eran sus virtudes dominantes. Tenía puesta una confianza extrema en la madre Pelagia, nombre de la religiosa arriba citada, deferiendo en un todo á sus consejos para la dirección de su propia conciencia. La misma sencillez y la misma sencillez exigía de las personas que estaban bajo su dirección, y por este medio les hacía adelantar en la piedad admirablemente.

El padre Gros dedicaba al trabajo todo el tiempo que le dejaban libre sus ejercicios espirituales y las tareas de su ministerio. El fruto de esta vida laboriosa fué el componer

varios libros sobre materias de piedad. Su primera obra en este género fue la *Moral sacada de las Confesiones de S. Agustín*, París 1786, 2 tomos en 12.^o, el primero de 410 páginas y el segundo de 460, con una aprobación del abate Guyot de 20 de diciembre de 1785. El autor se proponía oponer la moral cristiana á los sistemas de los incrédulos, tomando los principios en los escritos de S. Agustín, empezando, según decía, por sus Confesiones, como la más conocida de sus obras. Toma un cierto número de máximas del santo doctor, y las desenvuelve con mucha abundancia y orden. Á esta obra siguieron los *Caracteres de la verdadera devoción*, París 1788, en 16.^o, con una grande aprobación del doctor Landet de 8 enero del mismo año. En esta obra define el autor la devoción, señalando sus motivos, su objeto y los medios para conseguirla. Este libro fue seguido luego por las *Máximas espirituales con explicaciones*, París 1789, en 12.^o de 368 páginas. El doctor Landet aprobó este escrito en 13 febrero de 1788. Continúa en su total veinte y cuatro máximas, cada una de las cuales contenida en una cuarteta, se desenvuelve después en una explicación en prosa.

Teniendo que tratar el autor de materias delicadas, creyó necesario prevenir á sus lectores. Hé aquí como termina su preliminar: «Por lo demás, protesto de la rectitud de mis intenciones. No tengo designio de proponer sino lo que ha creyendo y practicado Jesucristo. Al hablar aunque con toda sobriedad de ciertos estados poco comunes, puede suceder que no me explique con bastante exactitud y precisión. ¿Quién se atreverá á presumir el explicar materias tan delicadas de una manera que fuere al abrigo de toda censura? Mas yo suplico que se consentirá cualquiera de que abuse como todo espíritu de quietismo, y todo lo que puede conducir á él.» Esta declaración no impidió el que se originasen algunas quejas, que tenemos renovadas después de algún tiempo en ocasión de otra obra de la misma naturaleza.

El *Suplemento á la Biblioteca de los escritores jordanos* publicado en 1834, cita una del padre Gros la *Oración del Crucifijo*. París, imprenta de Ombry, y la *Oración póstuma del Crucifijo* en el uso de los sacramentos de Penitencia y de Eucaristía, para servir de continuación al precedente. Estando aun en Francia había redactado algunos pequeños tratados de piedad. Una piadosa señora á quien dirigía, había podido lograr de él que hiciera copiar para ella algunos de estos tratados que forman nueve pequeños volúmenes en 12.^o Estos volúmenes existen todavía en poder de esta señora, que nos ha permitido examinarlos. Son capitales vacías, algunos de los cuales parecen reproducidos en las obras que el padre Gros hizo después imprimir. Empezó también un trabajo en guano, que le costó cuarenta años de investigaciones y de fatiga. M. B. supone que el abate Bergier se apoderó de estos materiales, los revisó, los aumentó, y publicó la obra con su solo nombre, titulada: *Tratado dogmático de la verdadera religión*. Mas esta anécdota, que inculpa un hombre muy apreciable y un apologeta del Cristianismo, parece á lo menos muy avergonzada. Constante por conducto seguro, que el padre Gros había dejado los materiales de su obra, cuando partió de esta país; y los había enviado á una señora á la cual grandísimo es el reino del terror, y cuyos domesticos, por temor de comprometer á su señora, entregaron el manuscrito á las llamas.

La existencia del padre Gros parecía feliz y apacible: era estimado, gozaba de una pensión del rey, hacia bien por sus consejos y por sus escritos. Mas llegó la revolución. Al principio había formado el proyecto de quedarse oculto en París, y ejercer allí el ministerio en secreto. La misma religión de que hemos hablado, que entonces había salido de un convento, y que vivía en un profundo retiro, le escribió invitándole á pasar á Inglaterra. Siguió esta indicación, y uno de sus antiguos gobernadores, capellan de un rico católico inglés,

M. Tomas Weld, le convidó á que se le juntase. M. Weld habia edificado para su capellan una casa cerca de un quila de Lallwert (y no Latwert, como dice M. B.) El padre Gros pasó un año en esta casa, y habió después en la misma quila á instancias de M. Weld. Toda la familia de M. Weld era piadosa, y tomó al padre Gros por director. Su delicia, su sabiduría, su conocimiento de los cánones inferiores fueron útiles á las personas que habian puesto en él su confianza. Entonces fué cuando supo que su grande obra, fruto de catorce años de trabajo, habia sido quemada en París. Sufrió esta pérdida con la mayor calma, y dijo sencillamente: *Se Dios hubiera querido ser glorificado por esta obra, la hubiera conservado.* Observaba tanto como le era posible la regla de los Jesuitas. Levantábase todos los días muy de mañana sin luz y sin fuego, hacia una hora de oracion, recaba en su breviario, y se preparaba para la misa, que nunca dejó de celebrar hasta su última enfermedad. Practicaba la pobreza no teniendo nada suyo, y pidiendo con sencillas libras ó vestidos cuando tenia necesidad de ello. Estaba casi siempre en un retiro, y ocupado en escribir, abandonándose á las ideas que le ocurrían, y parándose cuando nada le suministraban. En sus intervalos recibíase con algunos trabajos literarios. Habian propuesto al leer las lecciones de las obras incompletas de Clotson. Lo mas notable en él era una fe viva, una alma siempre tranquila, mucha humildad, candor y celo.

En 1796 hizo imprimir en Londres, *Meditaciones* en forma de retiro sobre el amor de Dios, con un pequeño tratado sobre la entrega de sí mismo á Dios, en 12.^o de 388 páginas. Esta obra está dividida para servir á un retiro de ocho dias, con tres meditaciones para cada día. Parece por la advertencia, que este retiro debia ser seguido de otro, que no tenemos habernos publicado. Las *Meditaciones* para el retiro forman 388 páginas, y la *Entrega de sí mismo á Dios* llena el resto del volumen. Esta obra no mereció la universal aprobacion. Algunos

teólogos creyeron ver en ella ideas favorables al quietismo; y el Sr. Le Ministre, obispo de Treguier, encargó á un eclesiástico muy respetable el escribir sobre ella al autor. Por otra parte sabemos que un obispo francés, que vive todavía, aprobó esta obra, y juzgó su doctrina sana y exenta de toda error. Esta obra es bastante rara en Francia, habiendo sido impresa en Inglaterra en un tiempo en que no había comunicación entre los dos países. Publicóse tambien en Inglaterra esta obra del padre Gros, á saber: una traducción inglesa de uno de sus tratados manuscritos, que no se ha publicado en Francia, intitulado: *School of Christ* (*Escuela de Cristo*), Dublin en 12.^a El traductor era un conuicio de Gros, llamado Claxton ó Makmoir. El mismo tradujo en inglés la *Moral de S. Agustín*, y los *Caracteres de la devoción*.

Dos años antes de su muerte fué atacado el padre Gros de un acha muy penoso, pero que no interrumpia sus piadosos ejercicios, hasta que una noche cayó en él la apoplejía. Su doméstico le halló por la mañana sin conocimiento. Poco á poco se le hizo volver en sí, pero no tardó en declararse la hidropesía. Sus piernas se pusieron monstruosas, no podía estar en la cama, y pasó los diez últimos meses de su vida en una silla de bronce. Estaba sin cesar ocupado en la muerte, á la cual se preparaba por medio de la paciencia, no hablando sino de Dios, y mostrando una serenidad inalterable. No se afligía sino por el mal-estar que sufrían los dedos de sus piernas que se le habían abierto, y continuó hasta su fin oyendo las confesiones de la piadosa familia en cuya casa habitaba. Se le llevaba la Comunión dos veces la semana. Siendo ya aproximado su fin, pidió y recibió los sacramentos en pleno conocimiento. Poco antes de exhalar el último suspiro, palpando en su silla entre sus manos, exclamó: ¡Oh Dios mío ¡pueda darte al morir en tus brazos! Su muerte acaeció al 13 de diciembre de 1843, á las cinco de la tarde. Tenía 71 años cumplidos. En sus últimos años, dice una noticia ma-

agoría que se nos ha comunicado, Dios le había retirado todos los consuelos sensibles: no abraza sino por la pura fe; pero no por esto tenían menos ardor sus discursos. Practicaba todo cuanto enseñaba, y su vida era el mejor complemento de sus consejos.

Sus manuscritos, que eran en número bastante considerable, fueron remitidos á sus antiguos cohermanos; y muchos, á lo que se cree, son dignos de publicarse, como se ha hecho ya con el *Interior de Joux y de Morla*, París, en la imprenta de Beaune, 1815, dos tomos en 18.^o, el primero de 420 páginas, y el segundo de 354 ^o, en cuya edición va unida alguna noticia sobre el autor. Algunos pasajes de esta obra se hallan en los manuscritos que poseo la pérdida achaca de que mas arriba hemos hablado; y estandar en la firma personal de que ya en estos manuscritos, ya en las remisiones á los consuelos del padre Goss, se podian encontrar materia para nuevos libros no menos llenos de piedad que los precedentes.

1 La que nos ha servido de original en la dicha edición, revisada y corregida, 2 tomos en 8.^o París, librería de la y de piedad de A. Fribourg editor, año 1815. (N. del T.)



PRELIMINAR DEL AUTOR.

Jesús es el dulce y el perfecto modelo propuesto á todos los cristianos, los que no son tales en sus sentimientos y en su conducta sino en cuanto se aproximan á aquel modelo. Su vida es la explicación mas clara y mas segura de su doctrina: él practicó en un grado excelente todo lo que enseñó; y no hay un solo punto ni de sus preceptos ni de sus consejos evangélicos, que no haya plena y constantemente cumplido. Nunca poca se estudiarán con bastante atención hasta los menores rasgos de su vida, para aprender de qué modo hemos de comportarnos en las mismas circunstancias. Pero lo que mas reclama nuestra aplicación, son sus disposiciones interiores, que fueron el alma de sus acciones. Jamás hablarémos, ni obrarémos, ni sufriremos como él, si no pensamos ni sentimos asociados como él. En su espíritu, en su corazón es en donde debemos esforzarnos en penetrar; y esta es la parte en que mas nos importa parecernos á él. Y no esperemos encontrar mucho en su divina interior por nuestras reflexiones. ¿Qué podemos conocer de lo que pasa en su alma, sino lo que él mismo se digne descubrirnos? Este tesoro precioso, que es la fuente de todos los demás, no lo concede sino á los que le descan con ardor, si lo piden con instancia, y á ellos

se disponen con una extrema fidelidad á la gracia. ¿Somos nosotros de este número? aspiramos á conocer el interior de Jesús con el designio de imitarle? es este el grande objeto de nuestras oraciones? nos preparamos á ello por medio de una docilidad entera á seguir los movimientos del Espíritu Santo? ¡Oh! ¡Cada pocos cristianos, aun entre los que hacen pública profesión de piedad, pueden darse á sí mismos semejante testimonio! Y de ahí viene sin duda, que los hombres espirituales é interiores son tan raras, cuando todos deberían serlo, quier mas, quier menos, segun el grado de su gracia.

En cuanto al interior de María, para desempeñar mi objeto, me referiré á lo que nos enseñan de ella el Evangelio y la Tradición. Dios no tuvo por conveniente que tuviésemos noticia de todos los pensamientos de su vida; mas lo poco que sabemos, basta para nuestra edificación. Respetando el secreto de Dios, no debemos desear saber mas.



PRIMERA PARTE.

EL INTERIOR — JESUS.

CAPÍTULO I.

El interior de Jesus correspondió á los designios de la Encarnación.

PARA formarse una idea del interior de Jesus, no hay mas que remontarse hasta el designio de Dios en el misterio inefable de la Encarnación. Dios, después de haber previsto y permitido la caída del primer hombre, la cual le conducía irremisiblemente á su pérdida eterna, y á la de su posteridad, no quiso que esta caída quedase sin remedio, como lo había quedado la de los ángeles rebeldes; antes bien resolvía repararla de un modo dolientemente ventajoso para su gloria, y para nuestra salud. Con esta mira, escogió entre los hijos de Adam un hombre que fuese el mediador de su reconciliación con el género humano, que se consagrara en calidad de víctima á la expiación del pecado de Adam, y de todos los de-

esta pecados que después de este se han cometido; que se encargase de satisfacer plenamente á su justicia, de desarmar su cólera, aceptando la muerte mas ignominiosa; y que, mediante su paciencia y su voluntario inmolacion, le diese una gloria mayor de la que le habia quitado la culpa, y nos volviese á un nuevo estado, mejor que aquel del cual habíamos caído.

Mas si este hombre hubiese sido pecador como nosotros, incapaz de satisfacer á Dios por sí mismo, ¿cómo hubiera podido aplacarle á favor nuestro? Menos era, poca, que estuviere libre de todo pecado, hasta del que constituimos por nuestro solo origen. Ni hubiera que fuese inocente, debía ser santo, y nada ofrecer en su persona, que no fuese agradable á los divinos ojos. Ni aun esto era suficiente: un hombre puro, por inocente, por santo que se le suponga, no podía presentarse á la majestad infinita de Dios con una satisfacción proporcionada á la grandeza de la ofensa. Necesario era que con tal satisfaccion, falta en sí mismo, sacase un valor infinito de la dignidad de la persona que la presentaba, y que por este título fuese digna de ser aceptada. Esta persona, de consiguiente, debía ser por precision una persona divina. Así pues, era indispensable que el mediador entre Dios y los hombres fuese Dios y hombre juntamente: hombre para humillarse, para someterse en lugar nuestro á la pena que teníamos merecida; Dios, para comunicar á esta humillacion y á esta pena un precio que igualase y que sobrepusiese incomparablemente todas nuestras deudas.

Tal es el objeto que se propuso Dios en el misterio de la Encarnacion; misterio, que por su misma incomprendibilidad nos hace comprender cuán terrible mal es el pecado, tanto por respeto á Dios á quien ofende, como por respeto al hombre que le comete. Es un mal tan grande, que hai necesidad nada menos que un Hombre Dios para repararlo; sin cuyo reparador, el ultraje hecho á Dios subsiste siempre, y

no fueran bastantes á cubrirlo todas las penas que el hombre padeciese por toda una eternidad. Dios nada hace inútil; y si esto es una verdad con respecto á todas sus obras, lo es en mucha mayor razón respectivamente á su obra por excelencia, la mas grande que haya salido y pueda salir jamás de sus manos. La Encarnacion del Hijo de Dios no es sino un medio; el fin es, por una parte la gloria de Dios, no aquella gloria esencial que se da á sí mismo, y que no puede perder jamás, sino la gloria que le deben dar sus criaturas, y que estas le pueden frustrar; y por otra parte la salud del hombre, su eterna felicidad, que es la recompensa de la gloria que este habiéndola dado libremente á Dios: y como todo medio es por su naturaleza subordinado á su fin, júrguese de la grandeza de este doble fin por la del medio que Dios empleó para conseguirlo; y júrguese tambien de la malicia del pecado, que por sí solo puede hacer fallar este fin, é inutilizar el medio.

En Jesucristo, pues, se han unido la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo, con una union que empezó desde el principio de su concepcion, con una union comun á su alma y á su cuerpo; union indisoluble, que ni la muerte podía romper; union en cuya virtud no habia en Jesucristo sino un solo yo, el yo del Verbo; de manera que todo lo que pensó, dijo, hizo y padeció segun su naturaleza humana, pertenecia personalmente al Verbo; y que á causa de esta unidad de persona fué tan verdadero decir, que el Hijo de Dios era Hijo de Maria, como decir que el Hijo de Maria era Hijo de Dios.

Este favor es, sin contradiccion, el mayor que Dios puede hacer á nuestra naturaleza, y á las dos sustancias que la componen. Es por tanto, gratuito, y era absolutamente imposible, que el alma, y aun menos la carne de Jesucristo, lo mereciesen en manera alguna, á no haber sido efecto de una predileccion única de Dios para con esta alma y esta carne, por-

dilación muy superior al amor que ha tenido y tendrá jamás á todos los ángeles y hombres justos.

En virtud de esta unión, Jesucristo, como hombre, recibió la plenitud de todas las gracias; y de esta plenitud recibimos las que se nos comunican ¹. Elas le han sido dadas para que las demandase sobre nosotros; de las mismas nos hace partícipes sin empobrecerse, pues no disminuye la fuente por mas arroyos que de ella nacen, porque nosotros tenemos el espíritu de Dios con medida, cuando él lo ha recibido sin ella ². Lleno quedó en entendimiento de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia ³. El conocimiento que tuvo de Dios, de su naturaleza, de sus perfecciones, de lo que le es debido, de sus obras naturales y sobrenaturales fué superior sin proporción alguna al de las inteligencias mas sublimes. Impecable su voluntad, incapaz de la menor imperfección, libre totalmente para elegir lo bueno, quedó formada con una disposición perfecta é invariable de hacerlo y de sufrirlo todo por la gloria de su Padre. En él la divinidad ejerció el imperio mas absoluto sobre la humanidad, y la tuvo en todo bajo la mas sencilla y voluntaria dependencia.

¡Qué santificantes paces, qué virtudes habrán debido ser las de su alma semejante! Ni la fe, ni la esperanza, consecuencia de la imperfección de nuestra condición presente, tenían lugar con respecto á él, pues veía siempre á Dios intuitivamente, y gozaba de la felicidad inherente á esta vida. Mas ¡qué amor para con su Padre! qué celo por su gloria! qué reconocimiento por sus beneficios, cuyo influjo presto conocía! qué humildad, é mas bien que anonadamiento! qué caridad para con los hombres! Prenciado ahora del ejercicio de estas virtudes: pudiendo hablar solo de su habitud tal como fué infundida en el alma de Jesucristo en el momento de su creación y de su unión con el Verbo. Esta habitud subsistió desde luego á un grado tan sublime de perfección

¹ Juan 1, 16.—² Juan. 3, 34.—³ Colos. 2, 3.

ción, que ni podía crecer, ni recibir aumento por las acciones que produjo después.

En cuanto á las calidades naturales, correspondían en él á las sobrenaturales. Su alma fue dotada de facultades mas excelentes sin comparacion que las de las espiritus bienaventurados, y enriquecida de las mas elevadas concepciones, que habia inmediatamente en el seno de la divinidad. Sus sentimientos eran las rectas, las nobles, las puras, las delicadas, que exceden á toda comprension. Reducianse todas sus pasiones al amor del verdadero bien, y al odio del verdadero mal. No era susceptible ni de espíritu propio, ni de voluntad propia, ni de amor propio: todo lo sujetaba la persona del Verbo, todo le animaba, todo le dirigia, todo en lo apropiaba: la santa humanidad operaba ó sufría conforme á su naturaleza, sin poder atribuirse ni referirse nada á sí misma. Dicho absoluto de su imaginacion, no recibia sus impresiones sino cuando y como queria; y en esta parte su voluntad era del todo conforme con lo ordenado por su Padre, y de consiguiente por el mismo como á Dios. Nada pasó en su alma, con dependencia del cuerpo ó sin ella, por su voluntad ó por la de otro, que no estuviese resuelto de toda estridencia, de que no tuviese previa consentimiento, que no se dirigiese al grado objeto de su misión, y que no se hiciese libremente aceptado y cumplido con la mira de llenar este objeto. Su cuerpo formado por el Espíritu santo, tenia todas las disposiciones necesarias para secundar perfectamente todas las operaciones del alma. Admirables eran su unión, su armonía, su subordinacion; y nunca instrumento alguno correspondió con mas fidelidad al secreto interior que le gobierna. En una palabra, Jesucristo, aunque sujeto por su voluntad á todas nuestras naturales flaquezas, era, ya en el alma, ya en el cuerpo, la obra nuestra mas completa que haya salido de las manos del Criador: accedía sin comparacion al primer hombre; y por su union con el Verbo, la humanidad fue ele-

vede en él á una santidad que solo á la de Dios puede ser inferior.

Tales fueron las consecuencias necesarias de la Encarnación con respecto á Jesucristo; juguemos pues por ellas de su interior. No olvidemos estas ideas que han de dirigirnos en el camino en que vamos á entrar.

Á sembradas de una perfección que ni aun concebir puede ninguna inteligencia criada, me preguntaréis: ¿podemos nosotros imitar el interior de Jesucristo: tal como acabo de exponerla? Os responderé, que esta no depende de nosotros, ni es lo que se nos propone á nuestra imitación. Jesucristo, como hombre, nada ha puesto de suyo en las perfectas disposiciones que le ha dado en unión con el Verbo. Esta unión, que abraza la plenitud de todas las gracias, era un puro don de Dios; del cual no quedó revestida y adornada su santa humanidad, sino á consecuencia del gran designio que Dios sobre ella había formado. Destinada estaba á ser la reparadora de la gloria de Dios, á pagar el precio de nuestra redención, á satisfacer por todos nuestros pecados, á volvernos á la vida del cielo y á merecernos todas las gracias que á él conducen. Solo Jesucristo⁴ es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo; es el único verdadero adorador que haya adorado á Dios en espíritu y en verdad, en su nombre y por nosotros. El es la única víctima que nosotros podemos ofrecerle, que sea la más grata á sus divinos ojos, que le honre de una manera digna de él, que nos autoriza á pedirle todo cuanto puede contribuir á nuestra salvación, y que no le deje lugar para negárselo.

Dios ni ha tenido ni tendrá jamás semejante designio sobre ninguno de los elegidos; así que, nada ha obrado ni obrará en su favor como lo que ha hecho por él. Pero es muy cierto, según nos enseña la fe, que Dios, como é infinita bondad, cuya sabiduría no tiene límites, y de cuya misericordia está

⁴ Juan. 1. 29.

llena la tierra, como canta el real Profeta, tiene sobre cada uno de los elegidos sus designios particulares desconocidos siempre á los presumidos de sabios y á los amadores del mundo; y que á mas de las disposiciones naturales relativas á estos designios, las tiene preparado un encadenamiento de gracias para elevarlos á su tiempo á un cierto grado de santidad, aguardando de ellos una proporcionada correspondencia. Entremos pues en la línea pensados de que por parte de Dios nada nos falta, como nada faltó á Jesucristo; y que así como de él, tampoco de nosotros nada surge sino en razas de lo que nos ha dado, y de lo que nos ha puesto en estado de hacer y de sufrir por él. El uno ha recibido cinco talentos, el otro dos, el otro uno, cada cual segun su capacidad. Lo que nos pide con justicia es que aprovechemos estos talentos, por lo que deben producir. El campo de nuestros oraciones, en donde se ha sembrado el buen grano, se en en todos igualmente fértil: ésta no puede dar sino treinta por uno; aquel pueda dar hasta sesenta, y algunos hasta ciento. Estos diversos grados de fertilidad son un don de Dios, que pone en cada alma lo que le place, segun los designios que sobre ella tiene. Mas está en nuestra mano el hacer producir esta don diuino, á proporcion de lo que Dios tiene derecho de esperar de él; y nos hacemos mas ó menos culpables, si el producto no corresponde á la medida de los talentos, si la cosecha á la fertilidad de la tierra por la fé de nuestra operacion. Hé aquí un solo en lo que se nos propone imitar el interior de Jesucristo; y esta depende de nosotros.

Dejemos pues inútiles y dolorosos recuerdos sobre lo pasado, pidamos sinceramente perdon, que obtendremos si tenemos firme resolucion de portarnos mejor en adelante. Examinemos nuestro actual estado, y empujados por buen uso de la gracia presente. Sostengamos nuestra fidelidad; no desperdiciemos nuestras vidas, pues ellas, son tal que nos

levantemos lo mas presto posible, nos servirán para aconsejarnos, para alentarnos, para disminuir nuestra confianza en nosotros mismos, y fomentar la que debemos poner en Dios.

CAPÍTULO II.

Sacrificio que hace de el Jesucristo al entrar en el mundo.

En el primer acto que hizo Jesucristo al entrar en el mundo, es decir, en el momento de su concepción en el seno de María, se puso á la entera disposición de la voluntad de su Padre. S. Pablo es quien nos lo asegura, y el que le hace profetizar en aquel instante con toda la elocuencia de su alma aquellas palabras de un alma que confiesa esta ofrenda. *Por en al entrar en el mundo dice á su eterno Padre: Tú no has querido sacrificio, ni ofrendas; mas á mí me has apropiado un cuerpo mortal: holocaustos por el pecado no te han agradado. Entonces dice: Véase aquí que cumplo, según está escrito de mí al principio del libro de la Ley, para cumplir, oh Dios, tu voluntad* ¹. El alma añade: *Eso he querido siempre, ¡oh Dios mío!* y tengo tu Ley en medio de mi corazón ².

Hé aquí pues á Jesucristo, que se constituye á los sacrificios de la antigua ley, los cuales solo eran nombres y figura del tipo. Ofrece y consagra su cuerpo en lugar de los holocaustos, de las víctimas de expiación, de las hostias de acción de gracias y de impetración; víctimas que por sí mismas nada tenían que pudiese agradar á Dios, nada que fuese capaz de honrarle, ya reconociendo sus beneficios, ya expiando los pecados, ya atagando en gracia sobre los hombres.

Por este grande acto de espontáneo sacrificio, Jesucristo reconoce solemnemente que él no es dueño de sí mismo, que

¹ Hebr. x. v. 6. 7.—² Psal. cxviii, 8.

no existe para sí; y que si ha recibido un cuerpo, es para inmortalarlo á la gloria de su Padre, y para la salud del género humano. Aun más: lo ofrece anticipadamente por medio de una voluntad pronta, generosa, y tan libre como sumida.

¡Cuántos actos encierra este solo acto! acto de adoración la más profunda; de homenaje tributado á la majestad suprema y al dominio de Dios por un Hombre Dios; acto de amor el más perfecto, por medio del cual consagra su vida á aquel de quien la ha recibido; acto de obediencia á todas las voluntades de su Padre sobre él; acto de humildad, é aun más bien de anonadamiento, poniéndose en estado de víctima destinada á ser destruida y consumida sobre el ara del sacrificio; acto de una caridad inextinguible hacia los hombres, por quienes y en cuyo lugar se entregaba á fin de librarlos del infierno, y de restablecerlos en sus derechos á la herencia celestial. Todo el decurso de la vida de Jesucristo no fué otra cosa que el desarrollo y la ejecución de este primer acto, el cual abrazaba en sí distintamente hasta sus menores circunstancias.

Por manera, que en este instante mismo vió clara y detalladamente todos sus sufrimientos interiores y exteriores; conoció su número, su variedad, su intensidad, su duración: todo le fué manifestado, todo lo aceptó, y así entró en aquella larga cadena de penas, que debían terminarse por la cruz. Cruz, que tuvo siempre delante de sus ojos; cruz á la cual iba acercándose en cada paso que daba, subiéndolo, queriéndolo, desciéndolo ardientemente sin detenerse ni desviarse ni retroceder un solo momento.

Aquí es donde el interior de Jesús empieza á ser el modelo del cristiano: y no vacila en decir, que este es el punto capital de su imitación, del cual depende toda lo demás. El acto de consagrarse á Dios es el alma de la piedad; y si uno es posible formarse sin esta idea de religión verdadera. No se da culto á Dios, dice S. Agustín, sino por el amor, y si volun-

de que en todo se le ama en cuanto todo uno se consagra á él. Así que, nadie es ni puede ser buen cristiano sino por este espontáneo y cálido ofrecimiento del espíritu y del corazón; de modo que las demostraciones y prácticas exteriores no pasan de unos gestos vacíos, si no son la expresión de este sentimiento que debe manifestarse en toda conducta.

Para conocer la naturaleza y las calidades de este acto interior que nos pone á disposición de Dios, estudied el de Jesucristo, y conférmasos á él, sometiéndosos como él es en todo y sin reserva á la voluntad divina, consagrándos como él ante todo y sobre todo á la gloria de Dios; subordinando vuestros intereses, aun los espirituales y terrenos, á los suyos, y no miradlos sino como contridos en los suyos. Pensar en la propia salud únicamente con relación á él; llevar los deberes de cristiano por temor de condenarse y con la mira de asegurar la propia felicidad, es, no hay duda, una buena disposición, pero es una disposición muy imperfecta; es consagrarse á sí mismo mas bien que á Dios. Y aunque no se excluya el interés de Dios, poco entonces sería cristiano, no obstante este interés ocupa el segundo lugar, cuando en buen orden debe ser el primero. El temor es el principio de la esclavitud, cuya progreso es la esperanza; pero el amor y el sacrificio del alma forman su consumación. Tomad por objeto vuestra salud, vuestra perfección, vuestra utilidad: Dios es lo grande; pero no paréis aquí vuestros ojos, levántalos mas, y ved en vuestra santidad y en vuestra salud la gloria de Dios que es su último fin, y que debe ser el vuestro.

Así lo entendió y practicó Jesucristo; y no es este un punto de consejo, sino un precepto tan formal y tan expreso como el de amar á Dios de todo corazón. Explicad como os place el precepto del amor de Dios; siempre hallaréis que supone este sacrificio, y que solo por él puede ser cumplido, pues que mas hemos de amar á Dios que á nosotros mismos. Y si

esta falta no es el origen de las contradicciones entre los cristianos, lo es á lo menos de su tibieza, de su relajacion, de sus imperfecciones; lo es tambien de sus escrupulos, de sus dudas, de sus angustias, de todas las penas de conciencia que les atormentan. Un alma enteramente consagrada á Dios, se halla por la gracia superior á todas estas penas, que solo previenen de un corazón desigual, intranquila, que disputa con Dios sobre lo que debe concederle, ó lo que puede negarle. Si se halla atormentada es por motivo de purificacion y de prueba; es que Dios la ejercita, porque está dedicada toda á él, y no es ella misma la que se fatiga y se agita, porque no lo está; antes al contrario, por medio de un absoluto desprendimiento, entra en la senda de la perfeccion, y en tanto que en ella permanece, se sentirá libre y no fatigada. Mientras se conserva dedicada á Dios, se halla bajo el imperio de la gracia, y la naturaleza no puede tener fuerza para dominarla, sino desde el momento en que ella afloje los nudos de su íntima union á Dios.

Preguntase por qué los primeros cristianos eran casi todos hombres interiores, hasta el punto de no emprender que se pudiese ser cristiano sin ser interior; y por qué, al contrario, la mayor parte de los cristianos de nuestros dias, si idea tienen de la vida interior, se creyéndola esencial al cristianismo, y mirándola aun como una hermosa quimera, otros como un peligroso mistificismo, que debe huirse con horror. No es difícil dar la causa de esta discrepancia. Los primeros cristianos, que eran ó judíos ó paganos convertidos, estaban en la íntima persuasion de que abrazar la religion de Jesucristo y consagrarse á Dios, á imitacion de Jesucristo, era absolutamente lo mismo; que el cristiano era un hombre celestial que no tocaba en la tierra sino por necesidad, debiendo estar siempre pronto á sacrificar bienes, amigos, pacientes, patria, reputacion, la vida misma cuando el interés de Dios lo exigia; que en nada debía ceder ni seguir los moti-

mientos de la naturaleza corrompida, sino abandonarse enteramente á las impresiones de la gracia, dejarse gobernar por el espíritu de Dios, y conducirse en todo por principios sobrenaturales. El bautismo era para ellos una consagración á Dios, una divorcio eterno con el mundo y el pecado, un desprendimiento absoluto de sí mismos, una muerte total al pecado, un compromiso irrevocable para una vida nueva, una investidura de Jesucristo. Bajo este concepto, lo recibían con un perfecto conocimiento de causa; y al salir de este baño saludable, todo su cuidado era mantenerse en la pureza de conciencia que en él habían recibido, y era el efecto que debía producir, huyendo las ocasiones, usando sin cesar de la oración, de los sacramentos, de la palabra de Dios, y practicando estrictamente las virtudes cristianas. En cuanto á sus hijos, que recibían el bautismo luego de nacerlos, les recordaban sin cesar sus obligaciones, les conducían desde pequeños á las asambleas de los fieles, les procuraban, ó les daban ellos mismos las instrucciones necesarias, y cada uno labraba con una solícitud que conservasen en la inocencia. Estos hijos consagrados á Dios por sus padres, ratificaban los mismos promesas y sentimientos apenas despertaba su razón, y la gracia no encontraba obstáculo alguno en caracteres tan bien preparados.

¿Tienen en el día de hoy las mismas ideas del cristianismo? ¿Procuran los padres inspirarlas á sus hijos en sus primeros años? Casi los pruebo cristianos como nacidos ¿nos acordamos después de las promesas que se hacen de otro bautismo en el bautismo, y que no estubamos en todo de concert? las renovamos en nuestros propio nombres? nos tomamos el trabajo de instruirlos en lo que consisten? Si se nos dijese, con S. Pablo, que un virtud de nuestros bautismos es como ya mas de nosotros, que pertenecemos á Jesucristo, que debemos renovar de Jesucristo, tener sus consueños y sentimientos, y expresarlos en nuestra conducta; que no debe

trataros de consagraros á él, pues que ya lo estamos por el mero hecho de ser cristianos, sino de portarnos en todo como dedicados enteramente á su servicio, es decir, de no vivir sino por él, y de ser acortos á todo lo donde; si se nos habla, repito en esta lengua, ¿lo comprenderíamos? ¿Creyéramos que á nosotros se dirige? y confrontada con el nuestro modo de pensar y de obrar, ¿no nos víeramos obligados á confesar que nos es del todo desconocido? Las que hacen profesión de piedad (pues aquí no hablo sino de éstas) son fieles á los deberes esenciales que les obligan bajo pena de pecado; les son firmemente ajenas á este algunas prácticas de devoción. Casi todos, aun en los estados mas santos, sirven á Dios para sí mismos, y no para él; no tienen por objeto sino cultivarse; y al pensar en su cualificación, es para apropiarse su perfección, y hacer de ella secretamente el punto de su amor propio. Mas el olvidarse de sí mismos, ó á lo menos el no mirarse sino después de Dios, y en Dios, el referir toda entera á Dios, el cuidar principalmente de los intereses de Dios, de su voluntad, de su beneplácito, como estando todos consagrados á su gloria, y no debiendo respirar sino su gloria; el estar en la disposición habitual de hacerle todo, de sacrificarlo todo, de sacrificarlo todo por él, y de creer que tal es el primer deber, el último fin y lo que constituye propiamente la esencia de cristiano, esta es una moral no practicada, ni conocida, ni comprendida de muchos; porque para entenderla y practicarla sería menester elevarse sobre sí mismo, renunciarle, abandonarse enteramente á la gracia, y dejarse gobernar como verdadera hijo de Dios por el espíritu de Dios.

Estejante modo de pensar y de vivir, se replica, es superior á la naturaleza. Sin duda que lo es; pero ¿un discípulo de Jesucristo, un perfecto imitador de Jesucristo, no debe ser todo sobrenatural y divino? no se aparta de un modelo desde el punto en que sigue de cualquier modo la naturale-

¿se puede á su ejemplo estar dedicado á Dios desde que se cree con derecho de conceder algo á la naturaleza? Si Jesucristo puso algun límite, alguna reserva á su desprendimiento, ¿aí tanto nos estamos á ponerle también nosotros; pero si no se ha puesto, ni podido poner ninguna, ¿á qué título queremos ponerla nosotros? ¿No se ha consagrado él por nosotros? no nos representa? no se obligó por nosotros? ¿Seremos pues libres nosotros, después de esto, de no consagrarnos del todo á Dios, ó de restringir como nos plazca este sacrificio de nuestra alma?

Pero un desagravio tan universal y absoluto ¿es, atendida nuestra miseria, practicable? Menester es que lo sea, pues este es el punto capital en el que Jesucristo nos sirve de modelo. Por esta ha empezado él, y por esto quien que comencemos; si entraremos juntos en la verdadera senda cristiana sino por esta puerta. Menester es que semejante desagravio sea, con la gracia de Dios, practicable; pues no se puede, sino practicándole, amar á Dios de todo corazón. No amas á Dios sino con reserva, si no le estás consagrando sino con reserva; esta es evidente: nosotros pose, renunciáis formalmente al cumplimiento del primero, del mayor de los preceptos, si no habéis llegar este espíritu de desagravio para el servicio de Dios hasta el punto á que debe llegar y que la gracia os inspira. Menester es que sea practicable, pues que todos los santos, esta es, todos los verdaderos y perfectos cristianos lo han practicado; y solo practicándolo, han podido ser santos. Leed sus santas instrucciones, y veréis que la primera que han hecho, al sentirse movidos por la gracia, ha sido consagrarse á Dios, el cual, en consecuencia, ha tomado de ellos posesion, disponiendo de ellos á su querer y para su gloria. Unos se han dado á él mas presto, otros mas tarde; unos habian antes vivido en la incoherencia; otros habian sido pecadores; unos abrazaron un género de vida; otros abrazaron otro, cada uno según su vocación; mas todos se han consagrado á Dios.

Por este primer paso han entrado en la senda de la santidad cristiana, y se han llegado á su perfección, sino por la perseverancia en este interior desprendimiento y sacrificio. Su gracia ha sido desigual, pero todos han sido fieles á la gracia, é á la misma lo han querido ser constantemente; se han aplicado á serio con todas sus fuerzas, se han acordado de sus propias leves infidelidades, y han hecho servir sus faltas pasajeras para su santificación.

Mas vosotros, me diréis, que no aspiráis á ser santos, sino no tan solo á ser buenos cristianos. ¿Cómo si los santos hubiesen aspirado á otra cosa que á ser buenos cristianos, ó que hubiesen creído poder serlo de otro modo que con una entera abnegación de sí mismos! No; nunca distinguieron ellos, como hacemos nosotros, la santidad de la profesión cristiana, ni concibieron esta profesión bajo otra idea que la de una total desprendimiento y una consagración de todo en ser á Dios. No se han introducido la imperfección, el relajamiento y se seguido el desorden en el cristianismo, sino desde que se ha buscado esta falsa y perniciosa distinción, y que no se ha hecho consistir en este interior desprendimiento la escuela de la perfección cristiana.

Añadís, que el exigir semejante desprendimiento, es sujetar el cristiano á una vida tan dura como intolerable. Os regaláis por cierto, y habláis así por falta de experiencia. Es precisamente todo lo contrario. No hay vida tan dulce y tan feliz como la de un cristiano dedicado y entregado á Dios, é mejor, no hay otra vida dulce y feliz sino ésta. No se prevaenga contra esta mi aserción, que os parecerá adelantada. Escuchadme, y consultad vuestro corazón. ¿De dónde nacen vuestros penas en la práctica de la virtud? ¿Acaso de la dificultad de los objetos? No seguramente. Dimanas de falta de buena voluntad, de vuestra resistencia, de no hallaros firmemente resueltos á abrazar todo lo bueno y huir todo lo malo, de querer transigir con Dios, concediéndole esta y regalándoos

aquello, de haber fijado ciertos límites dentro los cuales queréis manteneros estrechamente, de pretender manejar la naturaleza, y conciliar, á lo menos hasta cierto punto, sus intereses con los que la gracia exige de vosotros; en una palabra, de que en el servicio de Dios os atrodéis sólo á vuestra salud, y que os dais por contentos con tal que no peligre vuestra alma. Fácil os será convenceros vosotros mismos, que tal es el origen de vuestras penas, y que esto es lo que os hace tan duro el yugo de Dios, y tan pesada su carga. Añadid también, que así como os mostráis escaso hacia Dios, Dios lo es también hacia vosotros. No os concede aquellas gracias poderosas que os harían triunfar de todas las debilities; y como no os las concede, os halláis positivamente indignados por la lejanía de vuestros sentimientos, y por la manera con que le tratáis. No os da á gustar sus dolencias en vuestros ejercicios de piedad, pero las reserva para las almas que le están del todo consagradas. Siendo vosotros fríos para con él, lo es él para con vosotros; y este mutuo enfriamiento os hace flojos y lánguidos en su servicio. Os arrastráis con esfuerzo por un sendero que todo conspira á hacerle hallar estrecho, difícil, crizado de espigas, y así marcháis á cada paso.

Preguntad á los cristianos que se han provechamente entregado á Dios, si dejan de correr ó de volar en esta misma senda por donde con tanta fatiga camináis vosotros; si no se encorcha y allana para ellos á medida que van adelantando; si se hallan cansados, sin fuerzas, ó disgustados como vosotros, y con tentaciones á cada instante de volver atrás. Y no obstante, ellos hacen incompensablemente más que vosotros, nada se dispensan, antes bien tienen siempre de hacer demandado; se cargan con todo el peso, y lejos de disminuirlo, añaden el consejo al precepto, y lo que es de perfección á lo que exige la obligación. La vida que llevan espanta y estrecha vuestra flojedad. Preguntadles si quisieran cambiarla por

la vuestra, si para ellos está llena de consolaciones, si una sola vista del Señor no les recompensa con abundancia todos sus sufrimientos, si dejan de disfrutar de una paz inimitable, de una paz que, en expresión de S. Pablo, sobrepaja á todo sentimiento, y es para ellos un gozo anticipado de las celestiales delicias. Vosotros los compadeceis, y os compadeceis como pueden sobrevenir una vida semejante: y ellos os compadecen á su vez con mucha mayor razón, se lamentan de vuestra ceguedad y de vuestra insensatez, no contribuyendo como sea posible al haceros desgraciado, pidiéndose, como hacéis vosotros, tan mal al Señor tan grande y tan bondadoso como es Dios. Nombrados un solo santo que no haya abundado en estos sentimientos; uno solo que no haya mirado como la época de su felicidad el día en que se consagró enteramente á Dios; uno solo que, como san Agustín, no haya sentido en el alma no haberse consagrado más presto á él.

Esta suplico, ¿hay cosa más justa y racional que esta consagración á Dios, que se os propone como la entrada á la vida cristiana? Y ¿qué se os exige para ella? Una disposición sincera y generosa de espíritu y de corazón que os conduzca á entregáros á Dios, dejando con una llena confianza á su providencia el cuidado de disponer de todos los sucesos de vuestra vida; á dejáros enteramente á la dirección de su divina gracia, renunciando á conducirnos por nuestros méritos, porque así inseguros de ellos, y no bariales sino perdidos; á aceptar de antemano las cruces que su bondad tendrá á bien enviarnos para vuestra salud, á fin de que, cuando vengan, no os causen sorpresa ni os hallen desprevenidos, y las recibáis con mas serenidad, bendiciéndolas con mayor sosiego, paciencia y amor, en la cual Dios sea mas glorificado; en nos palabras, á secundar los designios que Dios haya formado desde toda la eternidad sobre vuestra destinación, y á quitar todo obstáculo á su cumplimiento, cuyo término será infaliblemente vuestra eterna felicidad. Es aquí únicamente lo que

te es pido. ¿Podéis asegurar á ello, una consideración al negocio por parte de Dios, una le miréis con relación á vuestros mismos?

¿De quién, decidme, recibís vuestro ser y la conservación de vuestra existencia en todos los instantes? ¿No es de Dios? ¿Os crió para vosotros ó para él? ¿Puede dejar de ser vuestro dueño? ¿Podéis acotar vuestrosos á su soberana condición? ¿Y de buen grado ó por fuerza, no habéis de depender de él? ¿Esta libertad de que le sois deudores, la habéis recibido para usar de ella á vuestro antojo? ¿Vuestra primera obligación no es el consagrarosle? Si le debéis, para, vuestra libertad, nada os queda ya en poder vuestro. Si ya pertenecéis á Dios por el mero hecho de ser hombre, la pertenecéis por un nuevo título como cristiano. Oh tú, cristiano que me lees, mira lo que Dios ha hecho por ti, de qué inevitable abismo de desgracias te ha librado, lo que le ha costado lo mismo, el inconcebible amor que te ha manifestado, el deseo que tiene de salvarte, su solicitud y cuidado para conseguirlo, los socorros ya en general ya en particular que le ha prodigado; recorre por tí todos los motivos que la religión te propone, y mira si hallas uno solo que no te impulse fuertemente á consagrarle á Dios, y que no te lo imponga como el mas estrecho de los deberes.

En cuanto á tu provecho espiritual, ya para el tiempo, ya para la eternidad, no puede hallarse en parte alguna sino en tu total abandono á Dios; con este está calada y de este depende tu felicidad. No viviste dichoso sino en cuanto vivas consagrado á Dios: por este único medio asegurarte la eterna salud; y cualquiera que sea tu estado durante la vida, si no moras en esta feliz disposición de abandono total á las manos de Dios, amoldado sobre todas las cosas, hallarás el cielo cerrado para tí irremisiblemente.

Tú tienes, me dirás, las consecuencias de este desprendimiento. ¿Y qué consecuencias? ¿Esta vejación es la que te

alarmante? ¿No te acuerdas de lo que dice S. Pablo, que donde se halla el espíritu de Dios, allí está la libertad? ¿Tomar la privación de toda buena cosa? ¿Ignoras tú bien que el consuelo que se busca en las criaturas es vano; que puede lisonjear el amor propio, pero que no penetra hasta el corazón ni le libra de doluras, ni le satisface? ¿Dudas de que Dios conozca interiormente ó sostenga con su poder á un alma, que ha tenido la generosidad de desprenderse de sí misma para no recurrir sino á él en todas sus penas? ¿Recuerdas que Dios se aleja demasiado de ti, y que abusando de la entrega que de ti mismo le has hecho te trata como un extraño é insoportable? ¿Es verdad que hayas podido concebir de Dios semejante idea? ¡Ah! mal lo conoces, y no puedes hacer mas sensible ultraje á su amor. ¿Se complacerá poco en alarmarte? acaso lo que de él exiges, no lo exige en principio tuyo? no tenemos el mayor interés en darle todas las pruebas posibles de nuestro amor? se reconocimos de él el fruto aun en esta vida? y además ¿no puedes descansar sobre su solidaridad y sobre su bondad? Tuo por cierto que no exigirá de ti mas de lo que te habrá puesto en estado de hacer o de sufrir; lo que de ti quiera hará de modo que tú mismo lo quieras; aguardará la expresa consentimiento: es una palabra, no usará de la menor violencia; y para determinarlo no empleará sino la dulzura, ni mas fuerza que la del amor. Su gloria se interesa en ser de esta manera querido; no quiere él una obediencia forzada; y para que sea libre, talgo ante todo el sacrificio espontáneo de tu voluntad.

Este sacrificio, me dirás por última réplica, me obliga á soportar ciertas cruces á las que sin él no estaría expuesto. He aquí lo que arredra efectivamente las almas timidas; pero esclíbenos siquiera un momento. No hay modo, ó se ha de renunciar al Evangelio, ó consentir en que nadie pueda salvarse sin llevar su cruz á ejemplo de Jesucristo. Esta cruz

nadie negará que la escoge Dios y no nosotros; él es quien á cada uno nos la impone, segun sus sabios designios sobre nuestra paciencia y tribulación. ¿A qué te obligas pues al consagrarla á Dios? Tan solo á llevar la cruz que te ha destinado, de la cual dependes tu salud y el grado de santidad á que Dios te llama. No conoces esta cruz cual sea; pero sabes en general que te es necesaria, y que no llevándola te pones en peligro de perderla, ó á lo menos, que no llegarás á la perfección que Dios espera de ti; y que si te salvas serás tan solo por el arrepentimiento de no haberla llevada. ¿Por qué, pues, no aceptarla, no alzarla de antemano, y no disponerte á llevarla de buen grado cuando se presente? ¿Y qué viene á ser esta cruz para el común de los cristianos? Es la paciencia fiel y constante de las máximas evangélicas; es la exactitud en cumplir los deberes del propio estado, á pesar de las penas que en él llevan; son las contradicciones, las aflicciones, las accidentes y las males de toda especie á que nos sujeta la miserable condición humana, y que ordena y permite la Providencia, sin que podamos de modo alguno evadirlas; son en fin las pruebas interiores que debemos sufrir, y las violencias que hemos de hacernos tanto para evitar el mal, como para practicar el bien. ¿Hay en todo esto mas sola cosa á que un verdadero cristiano no deba anticipadamente someterse de todo corazón? ¿Y no es una verdad, que por esta sumisión se aumentará el número y el rigor de sus cruces, antes bien las tornará mas suaves y soportables?

Confiese sin embargo que la vida interior tiene sus cruces que le son peculiares. Mas en el fondo la vida interior ha de ser la vida de todo cristiano; y digase cuanto se quiera de ella, es compatible con todos los estados. Además, las cruces que le son propias se renuevan infinitamente por los contrarios que la acompañan. El amor á las cruces, por fin, es el verdadero carácter de las almas interiores, de modo que si

no tuviesen de sufrir algo que sufrir, la vida les sería insuperable.

En cuanto á las cruces extraordinarias, son el patrimonio de un corto número de almas escogidas. No es el desprendimiento y entera sujeción á Dios lo que se les ocurre; pero Dios, antes de presentárselas, solicita de ellas esta absoluta renuncia á sí mismas, como una disposición indispensable. Les descubre como á Jenequista, sino miradamente á lo menos en globo, las pruebas por donde quiere hacerlas pasar; y no las somete á ellas sino procediendo de no parir una voluntaria aceptación. Si no están destinados á semejantes pruebas, su general sujeción no influirá en nada para que las sufran, y todo su efecto será el procurarles hasta cierto punto el estirpe de ellas, como si las hubiesen sufrido. Si á ellas cupera esta destinado, cometerían una falta inexplicable en temerlas, y rebasar bajo esta protesta el conagrante sin reserva á la voluntad de Dios, á imitación de Jenequista.

CAPÍTULO III.

Qui padre escogió el Hijo de Dios para sí.

Todo cuanto concierne á Jenequista, fué decretado desde la Eternidad en el consejo de las tres Personas divinas; y él arregló como Dios hasta la menor circunstancia de todo cuanto debía pasar como hombre, todo con relación al grandioso designio de dar á su Padre en nuestro nombre la gloria que le es debida, y de salvar el género humano.

El es el único entre los hombres que, árbitro de su destino, escogió su condición y los padres de que quiso nacer. David había recibido de Dios la promesa de que el Mesías saldría de su estirpe, y que se sentaría algún día sobre su

trato. ¿Cómo se cumplió esta promesa? Estabilidad en sentido humano parece que anunciaba á Jesucristo el mas brillante nacimiento; que por una larga serie de reyes y profetas, el cetro de Judá pasaria á sus manos, y que podria el culme á la gloria de sus fastas familia. Mas ¡cuán distantes están las miras de Dios de las nuestras! Para dar al mundo á este Mesías tan prometido, aguarda Dios no solo que los descendientes de David hubiesen dejado ya el cetro por espacio de muchos siglos, sino que hubiesen ya caido en una coaridad, en una indigencia que los hiciese, por decirle así, desconocidos á sí mismos y á toda la nacion. María, que debía ser su madre, confinada á Nazareth en la Galilea, no tenia otra riqueza que bienes espirituales; y confundida entre la multitud, no se distinguia sino por su piedad, no teniendo para subsistir mas que el trabajo de sus padres y el suyo. José, destinado á ser su esposo, y á pasar en la opinion pública por padre del Mesías, era un simple artesano. Uno y otro habian salido de la sangre de David. Mas ¡qué descenso descendemos de la dignidad real hasta en pobres condiciones! Tales son sin embargo los padres que engendraron al hijo del Altísimo, cuando se dignó descender hasta tomar nuestra naturaleza. Tal es el primer grado por cuyo medio se elevó á la dignidad real, por medio de una condicion la mas miserable y la mas digna de horror segun nuestras miras, la mas sublime y la mas gloriosa segun las miras de Dios.

¿Qué nos enseña aqui Jesucristo, y en qué debemos imitarle? La condicion noble ó vil, rica ó pobre, brillante ó oscura en que nacemos, no depende de nosotros, y en esta parte estamos sujetos al orden de la Providencia. Mas lo que de nosotros depende es pensar de nuestra condicion, cualquiera que sea, como de la suya pensó Jesucristo. Si nacemos grandes, ricos, poderosos, no creemos en derecho de ser vanos y altaneros, y de burlar y mirar apenas como hombres á los que pertenecen á un estado muy inferior al nuestro; si naci-

mas en el abatimiento, en la baja, en la obscuridad, no avergonzarnos de nuestra cuna, ni hacer esfuerzos para olvidar y hacer olvidar á los otros nuestro origen; no envidiar las condiciones mas elevadas, ni gozar interiormente de la nuestra como de una humillacion.

¿A quién se oculta lo que en esta parte piensa, se dirá el mundo profano, sino hasta el mundo cristiano, el que hace profesa de una sincera piedad? ¿Hay ventaja que juegue superior á la de un alto nacimiento? ¿Hay desgracia mas aflictiva á los ojos de aquellos, cuyos sentimientos están desarrollados por la educacion, que la de ser de una baja extraccion? Ni la masa ni el Evangelio pueden conseguir rebajar el orgullo de los unos, y colocar la envidia y oculto desprecio de los otros: todos manamos con la lucha esta preocupacion lamentable; y el primer uso que los niños hacen de su reflexion, es el conocer lo que son por su nacimiento, compararse con los de su edad, preferir á unos con desdichosa alívea, y contemplarse con disgusto debajo de otros. ¡Pues! el fardo del orgullo, se menea en los pequeños que en los grandes, y que hace á unos y á otros igualmente desgraciados y culpables!

Y aun en los circos, y en los dominillos de la humildad cristiana, ¿en dónde están las almas tan perfectamente curadas de esta preocupacion fatal que no se acuerden ya mas del rango que ocupaban ó que padecian ocupar en el mundo, que en alguna casualidad no lo recuerden á los demás, y que no se envenenen de las consideraciones que se les tienen? ¿En dónde están las almas que se tengan en pensamiento mas ó menos ocupado, el conocer mas ó menos abyecto de la baja de su condicion, que no se muestren sensibles, delicadas, rendidas sobre este punto, al cual todo lo refieren, figurándose ver en todo el desprecio que de ellas se hace? ¡Oh qué miseria, y qué tormento! Pues librenos de él, ¡cuanto nos ha hecho Jesucristo! Esta es la primera leccion que nos ha

dada, y continuándola por toda su vida, la llevó en su muerte al más alto punto de perfección.

Mas, para aprovecharse de toda la verdad, de toda la belleza, de toda la utilidad de esta lección, para tomar gusto en ella, para abrazar su práctica con generosa alegría, es una palabra, para ser sólida y profundamente humilde en cuanto al nacimiento y la condición de cada uno, preciso es el ser interior y dadas la oración; preciso es reformar, según la doctrina y el ejemplo de Jesucristo, nuestra manera de pensar y de sentir; preciso es penetrar hasta el fondo de su corazón, y dejar que su gracia obra en el nuestro con toda libertad. No es esta obra de un día, y quedará imperfecta si los pechos no ponen la última mano á lo que hayan principiado la gracia y las saludables reflexiones. Examinémosnos de continuo, y mientras notamos alguna inclinación á inclinarnos á nosotros mismos, á á tener el menosprecio de los demás, no creemos de inculparnos nuestra poca semejanza con Jesucristo.

Si los discípulos pensasen como su Maestro, los que tienen un nacimiento distinguido, lejos de gloriarse por él, se confusísera de no conformarse en este punto con su modelo, estarían prevenidos contra la altivez y la vanidad que les inspira esta miserable ventaja humana, y se complaceran en abajarse hasta el nivel de los pequeños, lejos de hacerse sentir su superioridad y abatirlos bajo el peso de su grandeza; serían modestos, sencillos, afables, y no se modificarían tan paulatinos en lo que creen serles debido. Y al contrario, los que ocupan las últimas gradas de la sociedad, en vez de rebarbarse y afligirse por su baja, la llevarían por una gloria, de la cual se felicitarian á sí mismos, como de un rasgo de semejanza con Jesucristo, que les concedió la Presidencia; vivirían contritos y santamente ávidos de las humillaciones á que les expone su estado, en vez de temerlos y de huirlos; no tomarían tantas precauciones para disminuir á

los otros lo que son, ni haréis el menor esfuerzo para elevarse sobre un condicio, desterrando de su pecho la tristeza, las sospechas, la envidia, la malignidad, el odio y demás pasiones hijas secretas del orgullo. Los primeros se abastren de su rango, de su poder, de sus riquezas; los segundos vivirán felices en su mediocridad y en su sencillez; de este modo bien entendida y bien practicada la moral cristiana, introduciré y conservaré entre los hombres la única igualdad de que el estado social es susceptible, con la concordia, la calma, la recíproca utilidad que de ella nacen. ¡Oh Salvador mío! desde que nacisteis, y por vuestro nacimiento mismo, habéis trabajado en hacernos felices; y si no lo somos, es porque rechazamos vuestro amor en vuestros desgracias y en vuestros sufrimientos.

CAPÍTULO IV.

De qué manera acolta Jesucristo la llegada de su nacimiento.

¿Puedo abandonar a pensamientos del todo indignos de Dios? ¿Del imaginar que Jesucristo escogiese á David por uno de sus profetas, porque era rey. No; no le concedió tanto honor, sino porque era un hombre según el corazón de Dios; y como le dije ya, la mayor prueba de que no consideró en él la dignidad real, es que para nacer de su posteridad, aguardó que ésta se viese reducida á la condición mas oscura. No es pues por este lado por donde se propuso dar realce á su nacimiento, para qué hubiera tenido éste de divino y correspondiente al Verbo hecho carne? ¿Qué bien? Se dió por madre una Virgen á la que se complació en enriquecer con los mas preciosos dones de su gracia; una Virgen que, por un privilegio único, concibió sin pecado, y que desde aquel momento fué y se ha estado de ser el objeto de las comple-

esencias del Señor por su perfecta inocencia, por su eminente santidad, por el conjunto de todas las virtudes en un grado tan sublime que solo á ella conviene.

No para esto aquí: no le querido nacer de ella como los demás hombres, sino que por un prodigio inaudito hasta entonces, y que no se repetirá jamás, ha formado en su casto seno por la virtud del Espíritu santo el cuerpo, el cual debe nacer su divina Persona; y por una continuación del mismo prodigio, este cuerpo animado parecerá en día no haber menoscabado en lo mas mínimo la integridad de María. Árbitro de las leyes de la naturaleza, las suspenderá todas para dar á su nacimiento una grandez digna de un Hombre Dios.

Mas para conciliar tan alta maravilla con la humildad cuyo ejemplo viene á presentar á los hombres, la tendrá oculta toda su vida, y solo despues de su muerte será revelada por María á los apóstoles, y por los evangelistas S. Mateo y San Lucas á toda la Iglesia. Mas mas, cubrirá este misterio vergüenza con el velo de la union conyugal, dando á María un esposo casto como ella, que será el testigo y el custodio de su virginidad. A la vista de los hombres José pasará por padre suyo, ejerciendo la autoridad de tal, con los cuidados y la ternura propias á la paternidad, y el mismo estará dotado de una santidad aproximada á la de María.

Si la fe fuese como debiera ser la única regla de nuestros sentimientos ¿de qué se gloriarían, de qué darían gracias á Dios los hijos verdaderamente cristianos? ¿Seria de haber nacido en la grandeza y en la opulencia? No por cierto; sino de haber tenido padres virtuosos, de los cuales recibieron una buena educación, y que por sus instrucciones, ejemplos y oraciones los formaron en la piedad. En los primeros años no se conoce lo bastante todo el valor de esta ventaja, de la cual depende el resto de la vida, y casi siempre nuestra eterna felicidad. Mas cuando se llega en edad de reflexionar, cuando se observan los peligros á que está expuesta la jo-

verdad, y de que hemos sido preservados; cuando se conoce toda la influencia que tienen sobre la conducta del hombre los buenos principios inculcados en la tierna edad, y cuán poderosa es al imperio de las buenas costumbres que prontamente se contraen; cuando se contemplan en los demás esas fuerzas con los efectos de una mala educación, los desordenará que precipita, sin que sea ya posible retraerlos del mal y conducirlos al bien, entonces se cuando nos prosternamos de un profundo reconocimiento hacia Dios, y le bendecimos mil veces por un beneficio de que somos deudores únicamente á su inmensa bondad, para que el procurándolo no estaba en nuestra mano.

CAPÍTULO V.

Jesús en el seno de su Madre.

Nos es el niño Dios como los demás niños, que en el seno de su madre solo tienen la vida animal, y esta era muy imperfecta; y cuya alma, envuelta en órganos apenas formados, no es capaz de operación alguna. El alma de Jesucristo, desde el momento de su unión con el cuerpo, tuvo no solo el ejercicio libre de sus facultades, sino tambien el perfecto y entero conocimiento de los objetos sobre que debía ejercitarlas. Desde entonces para, empezó á poner en práctica su eterna santidad á Dios, que continuó sin la menor interrupción. Ella adoraba á Dios su padre, le amaba, sometiose á su voluntad; aceptaba con resignación el estado en que se hallaba, conociendo toda su debilidad, toda su humillación, todas sus incomodidades. ¿Quién de vosotros, cristianos, decidme, quita de vosotros quisiera retroceder á un estado semejante con el pleno goce de la razón y de la reflexión?

¿Quién pudiera medir un martirio tan prolongado, tan pesado, tan incómodo de todas maneras? ¿Qué prisiones tan terribles! qué calabozos tan oscuros! qué vejaciones de todos los miembros! Por ahí salió Jesucristo en su dolorosa y humillante carrera; así expone á verse delante de su Padre, y á confesarle lo que Dios merece por la parte de su criatura, y el estado á que debiéramos sujetarnos para honrarle, si de nosotros dependiese. Lo que entonces consistía en ser, lo era para nosotros, y lo es en lugar nuestro: él expiaba nuestro orgullo, origen de todos nuestros pecados, haciéndonos sentir toda su criminalidad y desorden.

¿Qué gloria para Dios el ver una persona divina reducida á un abatimiento tal para rendir homenaje á su majestad suprema! ¿Qué lección para nosotros, si no pitiéramos á fondo meditarla! Jamás llegaríamos á comprenderla perfectamente; y debía ser incomprendible para darnos una justa idea del orgullo humano: si; necesario era que los dos extremos, los dos estados opuestos se reuniesen en una misma persona para hacernos comprender hasta qué punto debe la criatura abatirse delante de Dios, y cuán culpable es cuando por su desobediencia se iguala y prefiere á él. ¡Oh humildad, primer deber y primera virtud del cristiano! ¿quién podrá tener excederos en los acatamientos que inspiras, viendo hasta qué punto insoportable Jesús te ha llevado, aun antes de nacer?

Unámonos á las afecciones del Verbo encarnado en el seno de María, unámonos á su profundo abatimiento; y sea este el primer efecto de nuestro sacrificio á Dios. ¡Ah! Si nos damos á Dios, es para ser alguna cosa. ¿Cuál es orgullo, cuánto amor propio entra en nuestra consagración! Démonos á él para no ser nada, para quedar enteramente consumidos y aniquilados, para renunciar de una vez á toda estimación de nosotros mismas, á todo cuidado de nuestra propia grandeza, aunque sea espiritual; á toda mira interesada, á todo mis-

niento, á todo regreso á vosotros mismos. Desaparecamos del todo á vuestras propias ojos, y que Dios solo le sea todo para vosotros.

¿Queramos hacer la verdadera oración? Empecemos por formarnos de ella una exacta idea, y contemplemos á Jesús en el seno de su madre. Jesús ruge, y ruge del modo mas enérgico. No habla, no medita, ni se destaca en tiernos acentos. Su mismo estado, aceptado con la intención de honrar á Dios, es su oración; y este estado expresa altamente todo lo que Dios merece, y de qué modo quiere ser adorado. La oración que nos anonada, que nos confunde, que nos humilla delante de él, que nos deja una impresión viva de su grandeza y de vuestra nada; la oración que abaja nuestro orgullo, que deja desolado nuestro amor propio, que mortifica y destruye la naturaleza, que nos arranca todo apoyo, toda confianza en nosotros mismos, es la buena, la perfecta oración. Verdad es que nosotros no la creemos así; á menudo quedamos de ella descontentos; y sin embargo esta es la mas grata á Dios, y la de que recibe mas gloria, por la razón misma de que nosotros quedamos en ella mas humillados. No juzguemos pues de vuestra oración: vuestros jainos solo pueden regañaros. Jesucristo no ha nunca reflexionado ni podido reflexionar sobre la suya. Haudida estaba en ella su alma, y abismada en la divinidad.

CAPÍTULO VI.

Nacimiento de Jesucristo en Belén.

Jesús había sido concebido en Nazareth, domicilio de José y de María, y allí es en donde debía nacer segun todas las apariencias. Mas Dios le tenía de otra suerte dispuesto, y los

profetas habían anunciado que el Mesías nacería en Belén de Judá, ciudad de David. Para que se cumpliera esta predicción, Dios se sirvió de un medio, que al parecer ninguna relación tenía con este objeto. El Emperador Augusto decretó un empadronamiento de todos los súbditos del Imperio romano, y á consecuencia de este edicto, cada familia debía marchar al punto de donde era originaria. Así que, habiendo nacido David en Belén, María y José, como descendientes suyos, no pudieron dispensarse de ir á aquella ciudad, igualmente que todos los demás procedentes de la misma sierra. Ni el embarazo de María, que estaba muy adelantado, ni la necesidad del trabajo diario, de donde José sacaba su subsistencia, les eximía de este largo y penoso viaje en una estación la más incómoda.

Almas interiores, deteneos aquí un momento para considerar hasta qué punto habéis de depender de la Providencia. Como no conocéis ni la serie de los designios de Dios sobre vosotros, ni el modo con que deben cumplirse, si formais el menor proyecto sobre vuestros mismos, si dais algún paso sin consultar á Dios, si no os dejais gobernar absolutamente por las circunstancias, si bajo cualquier pretexto y por cualquiera razón que sea, no cedéis á los que tienen autoridad sobre vosotros; en tal caso, respaldáis el hilo de los designios de Dios, os saltáis de su camino, turbáis el orden por él establecido, y ¡á cuánto no os exponéis! No ignoraba Jesús en qué lugar debía nacer; pero permitiéndole su estado disponer de sí mismo, se abandona á la conducta de sus padres, á quienes inspira en secreto que se abandonen á la Providencia, concurriendo de este modo, sin saberlo, á la ejecución de sus designios. Este es el punto más importante de la vida espiritual. Desde que uno se ha consagrado á Dios, ya no es más de sí, ya no tiene derecho de disponer de sí, ni ha de querer sino lo que Dios quiere á cada instante para nosotros, siguiéndole ciegamente, aun en las cosas exteriores, tales

como el cambio de lugar, donde quiere le place conducirnos. Ocasión tendremos de observar esta dependencia y esta fidelidad irrevocable en toda la carrera de la vida de Jesucristo, y este es el punto sobre el cual se han temerado mas en imitarle los santos verdaderamente interiores, renunciando absolutamente á su propia voluntad.

Llegan á Belen José y María, buscando hospedaje en los monjes; pero no lo encuentran, é por hallarse todo ocupado, é porque se les desechase á causa de su pobreza. Jesús era quien sufría principalmente estos reproches, y quien se los había procurado. Lo que escribió S. Juan, que vino en su propia casa y los hijos no le recibieron¹, se verificó de él mismo antes de nacer. Sus padres partieron con él este reproche con motivo de la dicha que tenían de pertenecer á él, y por él les fué mucho mas sensible que por ellos mismos.

Hicón aquí para entorpecidos á retirarse á un estable arruinado, á donde él mismo los conducía. En este lugar era en donde el Rey, el Salvador del universo había venido á nacer de toda la ciudad, tendido sobre un pajar, sobre un poco de paja, envuelto en pobres pañales, destituido de todo socorro, expuesto á todas las intemperies de la estación rigurosa. Él sufre en este estado todo lo que un niño puede sufrir, y se burlaba de los que á los otros niños les era posible burlarse. Pero acepta con alegría los sufrimientos y las burlaciones, porque se dirige á la gloria de su Padre, y trae la paz á los hombres de buena voluntad.

¡Tierra é inocente víctima del amor! ¡Qué conatos serías tú que no se consumiera, al contemplarte con los ojos de la fe, pensando que por nosotros habéis querido nacer así! ¡Quién no mezclará sus lágrimas con las vuestras! Mas no es una vana compasión el sentimiento estéril que exige de nosotros, no quiere que se le compadecemos, ni que se derramen á su presencia lágrimas de enternecimiento, sino que se

la India y se le secunda en lo que hace para destruir nuestro orgullo y nuestra sensualidad. En estos dos vicios, uno del espíritu, y otro de la carne, tienen su raíz todos nuestros pecados. Unámonos al nacimiento Jesús, expiemos con él y por él los que nos han hecho cometer aquellos dos vicios capitales, y privémoslos todos cuantos nos exponen sin cesar á cometer. Arranquemos este mal funesto hasta sus raíces, no contentándonos con cortar las ramas que van siempre brotando de nuevo. Abracemos la práctica de las virtudes contrarias, y pongamos nuestra primer cuidado en la humildad y en la mortificación. La vida espiritual no tiene mas objeto que combatir y exterminar, si se puede, nuestra naturaleza orgullosa y sensual. Observadlo bien, y veréis que toda su tendencia es á hacer morir los sentidos, atrayendo el alma á lo interior por medio del recogimiento y del santo ejercicio de la presencia de Dios; á humillar el espíritu, ligando el espíritu, estrechando sus facultades mediante una gracia desnuda, oscura, vacía en apariencia de todo objeto, en donde el espíritu parece estar ocioso porque la imaginación nada representa, la memoria nada recuerda, el entendimiento nada percibe y sobre nada raciocina; hasta la voluntad no produce sino algunos reflexos de que pueda darse cuenta á sí misma. Si, esta gracia es dulce cuando Dios hace sentir en ella su maravillosa presencia; desola y crucifica cuando parece que se retira; y ¡cuán prolongada es su ausencia! mas como él nos es por el temor mismo que nos infunde! Porque entonces lo que en nosotros padecemos es el propio espíritu, la propia voluntad que la gracia se propone aniquilar para hacernos mas semejantes á Jesucristo. ¡Cuán humildes sufrimos de una cruz tan semejante, de la cual tan desventosamente queda la naturaleza, porque sólo encuentra en ella su destrucción!

¿Nos admiraremos, pues, de que tantos cristianos, no buscando sino su satisfacción propia en la práctica de la piedad,

manifestos tanta aversión á la vida interior, que es una muerte cruzada á nuestros mismos? De todo y en todas partes quiere vivir el amor propio; y voluntariamente renunciará á los placeres de las ciencias para gustar las dulzuras del espíritu, que tienen un sabor mucho mas dulce y delicado; y el espíritu arguible dejará sin pesar toda otra ocupacion por una razon sublime, llena de luces y de sentimientos elevados que le inspirará tanta estimacion á si mismo como incompetencia para con los demás. Mas háblasele de una oracion trida, de una le para, en donde nada se ve, nada se siente: véase que la rehúsa, y prefiere antes que estar en ella, abandonarlo todo. ¿Qué será pose, de las otras cruces y de las otras pruebas de la vida interior, si no puede aguantar aquellas que se le presentan en la entrada del camino?

No nos abochornemos, pues, si nos herimemos ideas falsas, cuyo término seria el penderos en fementas ilusiones. El estado interior y exterior de Jesucristo, desde el pascion hasta el Calvario, no nos presenta mas que la humildad y la mortificación llevadas por grados hasta su colmo. Si queremos sinceramente imitarle, pidámosle la fuerza necesaria, que no nos la negará. Si empero rehúsanos seguirle por este camino, no esperemos que nos reconozca algun dia por discipulos suyos.

CAPÍTULO VII.

Para Dios los padres á su padre.

No es algun: nada se descubre en la conducta de Jesucristo, porque es siempre fiel al plan que Dios es Padre traza en la eternidad. Nace pobre; los padres son los primeros á quienes se dá á conocer, para ellos es su predileccion.

Todos los descendientes de David habian acudido á Belen

para haberse empadronar. ¿Quién se hubiera creído que la Providencia misma había dispuesto esta reunión, para que el Mesías naciera en medio de su parentela, y fuese solemnemente reconocido por aquellos con quienes estaba unido por los vínculos de la sangre? Esto parecía indispensable para manifestar al cumplimiento de la profecía hecha á David, y disponer á los judíos para que reconociesen un día á Jesús por su Mesías. Pero Dios lo ordenaba de otro modo. Las profecías se manifestarían á su tiempo, sin perjuicio de la ocurrencia en la que debía nacer el Salvador, y de lo que debía ejemplarar la fe de los que en él creyesen. No solamente la casa de David sino Belén entera ignora el nacimiento de Jesús: María y José guardan en esta parte un profundo silencio; y si Dios no lo revela, quedará desconocido á la Judea.

Mas ya en la misma noche de su nacimiento, un ángel le anuncia á algunos pastores que guardaban sus rebaños en este contorno. Asombrados por la claridad que les rodea, léanase de pavor; pero el ángel les reconforta; y después de haberles dicho: Hoy ha nacido para vosotros un Salvador que es el Cristo del Señor en la ciudad de David, añade: Heos aquí la señal por la que podréis conocerle. Hallaréis en niño envuelto en fajas y tendido en un pesebre¹. ¿Qué señal! ¿Tanta? No era menester para dejarse guiar por el año mas ruidoso! ¿Hubiérase jamás el racionalmente creído, si un ángel se hubiese descendido del cielo para declararlo? Habían realmente dicho los profetas que el Mesías nacería en Belén; pero no habían dicho que viviera al mundo en un estado tan miserable, que pareciera en contradicción con las maravillas que de él habían publicado, y que tan mal correspondía con las ideas que el pueblo judío de él se había formado.

¡Cuántas almas enajenadas de la vida interior vivan en la misma ilusión! Buscan en agilidad á Jesús, según dicen, y pretenden encontrarle; mas ¿en qué estado! en la magnificen-

¹ Luc. II. 12. 13.

cia de su gloria, en la sublimidad de sus ideas, en la abundancia de sus ideas, en las ideas extraordinarias. Mas se engañan esperándole de este modo. No son éstas las señales por las que se dá á conocer en este mundo. ¿Queréis encontrarle? Buscadle en la infancia, en la pobreza, en la debilidad, en la sencillez, en la desgracia. De tiempo en tiempo dejará escapar algunos rayos; mas pronto volverá á hundirse en la oscuridad; y no le podréis, ni gustaréis de él sino velado bajo la imagen de la fe. Esto es todo lo que debéis esperar. Pues, ¿qué os sirve esperarle de otro modo? ¿Qué gloria resultaría para él? ¿Qué amor le manifestaréis?

Por último, para ser llamados al pobre, no bastaba que fuesen pobres los pastores, si no se habían acostumbrado con su pobreza, si habían corrido á los ricos, y deseado tener lo que no poseían. La pobreza por sí misma no es una virtud, ni una disposición próxima para la virtud, si el corazón se rebela contra ella, si murmura, si pone todas sus fuerzas en librarse de ella. Jesucristo, pobre por afecto y por elección, no invita ni acoge sino á los que no hacen caso alguno de las riquezas, una cuando no las tengan, para sólo ellos mismos encerrados deprendidos de ellas; y si las tienen, cuando de ellas como si no usasen, abriendo de buena gana su mano al indigente, y siendo tan ricos para los otros como para sí mismos. Mas aun: concede una acogida mas favorable á los pobres voluntarios, que todo lo han dejado para seguirle, y que por sus votos se han obligado á no poseer nada propio. Estos son sus perfectos imitadores, y los que tienen un derecho particular á sus caricias.

La pobreza empero, en cualquier sentido que se la tome, no introduce el alma en la vida interior; no hace sino prepararla á ella, y apartar los obstáculos. La sencillez es la que abre camino á ella, y en ella hace adelantar. Sencillez eran también los pastores. Dieron fe sin melocinar á las palabras del ángel, por contrarias que fuesen á todas las apariencias

humanas: no vacilaron un momento, marcharon á Belén; y habiendo encontrado lo que se les acababa de anunciar, lejos de repugnarles el aparato de indignación que les ofrecía el establo, cobraron un nuevo aliento para acercarse al Salvador, rendirle sus homenajes, contemplarle, darle pruebas de su afecto y de su agradecimiento, y ofrecer á María y á José los cortos auxilios que estaban en su poder.

¡Oh Dios Dios! ¿qué pudiera referir lo que pasaba entonces en vuestra alma! cuánto se consumió la fe de aquellos sencillos rectos y sencillos, y cuán sensible fuisteis á los homenajes de vuestros primeros adoradores! con qué profusión los hacéis participar de los tesoros de vuestras gracias! Ellos se volvieron linces de alboroto, columnas de riquísimas celestiales, y fueron publicando por todas partes lo que habían visto y oído.

Aproyémosnos á Dios con sencillez, sí, con la mayor sencillez posible. Dejemos aparte los raciocinios, los discursos estudiados, los métodos y las fórmulas. Hable solo el corazón y exprese lo que siente; si nada siente, acéptese de no sentir nada, dé por esto á Dios amorosas quejas, y dígaselo todo por un silencio. Cuando estamos en oración, ¿qué es lo que Dios escucha? son nuestras palabras y nuestros actos? No: es nuestra intención, nuestros sentimientos íntimos, es el modo con que se prepara nuestro corazón. Menos actividad, menos esfuerzo, mas sosiego y recogimiento, una simple exposición de nuestra alma en su divina presencia, la expresión de los sentimientos que él inspira, y no de los que nos excitamos nosotros mismos: tal es la oración que sobre todo le complace, porque es más obra suya que nuestra, y porque nuestros almas, que nos reglamos el amor propio, en nada estorban su operación.

Estos buenos pastores estuvieron en oración toda el tiempo que permanecieron en el pueble; y al salir de allí, conservaron una impresión tan duradera, que les convirtió en hom-

tres varas. ¿Sabian ellos antes lo que esa cruz era? habian leído libros y tratados para aprender á hacerla? observó su curiosidad lo que en ellos se pasaba, y raciocinaron aditivamente sobre las operaciones de la gracia? Nada de esto; presentaron su corazón á Jesus; dejaron que obrase en él libremente; no hicieron mas que cooperar á su acción, no la violentaron, no la embarazaron con su propia actividad, con sus reflexiones, con su retiro sobre sí mismos. Desde aquel momento ya resucitaron á sí, y Jesus disponia á su placer de toda su alma. Entremos en las felices disposiciones de estos pastores; y Jesus hará en nosotros la gracia como en ellos la hizo. Nuestro mal consiste en que la pretendemos hacer nosotros mismos, á á lo menos que Dios la haga en nosotros segun nuestras ideas y deseos.

CAPÍTULO VIII.

Gloria de los ángeles en el nacimiento de Jesucristo.

Después de haber anunciado el ángel á los pastores que les habia nacido en Salvador, unidos á él una multitud de la corte celestial, alabando á Dios, y diciendo: Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad ¹. No debemos pasar sin explicacion este bello cántico, tanto por lo que mira á Jesucristo, como por su grande influencia con la vida interior.

Si examinamos aquí si los ángeles se han glorificado á Dios solo por medio de Jesucristo, y no han debido su felicidad solo á Jesucristo, á quien han reconocido y adorado en el misterio de la Encarnacion; lo cierto es que Dios no ha recibido ni ha querido recibir gloria de los hombres solo por Jesucristo. Desde el origen del mundo la fe en Jesucristo, en-

¹ Luc. II. 14.

perado como libertador del género humano, ha sido el fundamento de la verdadera religión y del verdadero culto dado á Dios.

Antes de nacer, le glorificaba ya en su nombre y en el nombre dentro el seno de su Madre; pero esta palabra se secretó entre su Padre y él. Su consagración era puramente interior, y no salía á fuera. El primer homenaje público y solemnemente que le rindió, fué en su nacimiento; y en este momento fué cuando cantaron los ángeles: Gloria á Dios en lo más alto de los cielos. Esto clásico fué el que Jesús naciente prefirió en su corazón, y que expresó por su estado. El glorificaba á Dios de un modo eminente, por medio de esta forma de esclavo que había tomado, volviéndose á sustraer naturalmente á pesar de ser Dios; le glorificaba por su pobreza, por sus sufrimientos, por sus lágrimas, por la oscuridad, por el abandono en que quiso nacer. Su Padre veía en el niño un Dios anonadado, é inmolado como víctima á la reparación de su gloria; anonadado, digo, en una persona igual á él, que le adoraba, que le servía, que le estaba obediente, que por nosotros se ofrecía á los golpes de su justa venganza y que los sufría ya. Ni todas las criaturas justas hubieran podido glorificar á Dios de esta manera, por su más perfecta sumisión; nada le hubieran ofrecido proporcionado á su infinita grandeza, nada que le indemnizase del ultraje cometido contra su soberana majestad por el más mínimo pecado.

Pero, además del mérito infinito de su persona divina, ¿por qué parte principalmente glorificaba Jesucristo á su Padre? ¿Era por el aparato exterior de su nacimiento? No ciertamente. Era por su disposición interior, por la entrega sin límites que le había hecho de su alma.

Lo que era un principio de paz para Dios, era también un principio de paz para los hombres, no solo porque consentía desde entonces á reconciliarlos con su Padre, resipiente

el mar de divisiones que de él los separaba; sino también porque les enseñaba con su ejemplo en que consista la verdadera paz del hombre, y por que nadie puede procurársela. Jesucristo, nacido en la pobreza, en el sufrimiento, en la humillación, gozaba no obstante de una paz deliciosa, profunda, inalterable. La paz del hombre, pues, no está unida á las riquezas, ni á los placeres, ni á los honores; que son muy al contrario para él una fuente inagotable de inquietudes y de tormentos, tanto si los apetice, como si los posea. Los males de esta vida tampoco son obstáculo para la paz, y se puede muy bien ser feliz en el seno de la pobreza, del sufrimiento y de la humillación. Jesucristo descubre en este día á los hombres un secreto hasta entonces desconocido.

¿Mas ¿á quién lo descubre? ¿á quién lleva la paz? ¿á los hombres de buena voluntad; y la paz consiste en esta buena voluntad. Y ¿qué es un hombre de buena voluntad? Es una voluntad conforme con la voluntad de Dios; una voluntad que se somete por amor á lo que Dios guste disponer de ella, que acepta con alegría todo lo que le viene de su parte, por medida que cuanto él ordena es lo mejor para ella. Tal es la disposición de Jesucristo. A cada una de las circunstancias de su nacimiento, decía: *Dios mío, así lo quiero, porque tú lo quieres; y tengo la Ley en medio de mí corazón*¹. Podría en él la naturaleza; pero él se tenía por feliz padeciendo, y realmente lo era por su union íntima con Dios.

La vida interior nos pone, debida proporción guardada, en esta feliz disposición de Jesucristo; nos tiene unidos á Dios, sometidos en todo á su voluntad; y por este medio ella le glorifica, y nos trae la paz. Fuera de esta voluntad adorable, no hay ni puede haber gloria para él, ni paz para nosotros. ¿Queréis ser felices? Considerad la gloria de Dios como superior á todo. ¿Queréis glorificarle tanto como merecemos y espera de vosotros? En nada impidáis otra voluntad que la suya.

¹ *Psalm. cxviii, 2.*

Lo que se opone á nuestra felicidad es, que en nuestras intenciones, en nuestros designios en tenemos por objeto la gloria de Dios; y lo que se opone á su gloria, es lo que se separa de su voluntad. Creemos firmemente dos cosas: la primera, que en cualquier estado, interior ó exterior, que él nos coloque, no se propone sino su gloria y nuestra felicidad; la segunda, que si lo aceptamos de todo corazón, aseguramos su gloria y nuestra paz; y que con el auxilio de su gracia, que nunca nos falta, esta aceptación depende de nuestra buena voluntad. Tendremos que sufrir, no hay duda, pero no es esperarla así; sentiremos rebeliones interiores, violentos combates; no morirá la naturaleza sin dar grandes gritos y oponer fuertes resistencias. Mas si el alma se mantiene firme é inalterable en medio de este involuntario torbellino, nada perderá en ello la gloria de Dios, si nuestra paz será turbada. Claros y sencillos son estos principios; unámonos con más fuerza á ellos, y sean la regla de nuestro conducto.

CAPÍTULO II.

Circuncisión de Jesucristo.

LLEGARON el día ahora en que debía ser circuncidado el niño; le fue puesto por nombre Jesús, nombre que le puso el ángel antes que fuese concebido en el seno de María¹. ¡Qué misterio tan grande, expresado en pocas palabras y del modo mas sencillo! Solo se anuncia el hecho, lo demás se deja á nuestras reflexiones. Tal es, y observámoslo una vez para todas, el relato de los Evangelistas. Ellos relatan los acontecimientos mas portentosos y divinos, y los refieren con tal sencillez y sencillez, que dejan muy atrás á todos los esfuerzos de la epi-

¹ Luc. ii, 21.

cuencia humana. Por poco profundamente que lo reflexionemos, nos vemos obligados á confesar que solo el Espíritu Santo pudo inspirarles semejante modo de escribir, y que el Evangelio es tan sobrenatural en el estilo como en la sustancia. Ni un solo versículo contiene que se admita esta observación. Desmenulémosla para nuestra instrucción la que se dice aquí con tan pocas palabras, y en general no creemos poder entender el Evangelio por otro espíritu que por aquel que lo ha dictado.

¿Qué cosa es la circuncisión? qué es el que se hace circuncidar? estaba á esto obligado? qué deber contraía con esta ceremonia? qué relación hay entre la circuncisión y el nombre de Jesús que se le pone? qué nueva circuncisión viene á establecer, aboliendo la antigua? Cuestiones son estas que deben ilustrarse para la inteligencia de este misterio, y para la de la vida interior, de que Jesús es el mas perfecto modelo.

La circuncisión era la señal de la alianza que Dios había establecido entre él y el pueblo judío descendiente de Abraham. Este patriarca fué el primero que se sujetó á ella; y era tan severa la obligación de circuncidarse, que cualquier israelita que no llevase esta marca sobre su carne, debía ser exterminado de en medio de su pueblo. Dios había escogido esta señal para recordar á los judíos que nacían pecadores, y que el pecado original se propagaba por la generación. Tal vez había también usado su expiación en esta ceremonia, junto con la de los padres en el Mesías. Era también el signo de su dependencia de Dios, y de su servidumbre, semejante al que los señores imprimían en los cuerpos de sus esclavos; ceremonia, de consiguiente, mas humillante que dolorosa, pues era el reconocimiento de una doble esclavitud, la de la naturaleza y la del pecado.

Esto supuesto, ¿no debe parecernos extraño que un Dios consistiese en hacer circuncidar en la carne que había to-

modo? no era ya una harta considerable humillacion para él el hacerse hombre? era indispensable que á esta forma de esclavo añadiese la semejanza de pecador? Los otros instantes no se sometian por sí mismos á esta operacion; solo la sentian por el dolor. Jesús conoce y acepta libremente su dolor y su ignominia.

¿Estaba á ello obligado? No, sin duda; si se considera la dignidad infinita de su persona, la santidad de su alma, y la pureza inefable de su concepcion. Aunque descendiente de Abraham, segun la carne, creia antes que Abraham fuese criado; ó mejor digamos, exista de toda la eternidad, en una misma cosa con su Padre, en todo igual á él. Bajo este respecto le pertenece el dominio soberano sobre las criaturas, así como á su Padre, pues por él fueron hechas todas las cosas, y es del todo independiente. Mas, inferior á Dios por su humanidad, se place en reconocer su dominio sobre él, se constituye el mas dependiente de todos los hombres, y quiere llevar en su carne el sello de esta dependencia. Su alma es asimismo santa é impecable en virtud de la union hipostásica: su cuerpo formado por el Espíritu santo; y siendo cuerpo del Verbo, está esencialmente exento de toda mancha. Sin embargo, no ha olvidado que se hizo hombre para ser el representante y el fador de los pecadores, y que no pudiendo contrar la mancha del pecado, es preciso á lo menos que se cure lleve la marca de la culpa, para manifestar con esto que él quiere prestarse por víctima. Por esta consideracion pues estaba mas obligado que ningun otro juicio á la circunstancia legal, no en su nombre, sino en el nuestro.

Así pues, él se comprometia voluntariamente, en primer lugar, á cumplir con exactitud toda la ley. Declara expresamente S. Pablo, que tal es la obligacion de cualquiera que se hace circuncidar; y Jesús la cumplió puntualmente hasta la muerte. Esta ley, no obstante, no era para él. En calidad de legislador, no la comprendia, antes bien era el árbitro de

ello; podía derogarla, pues que la había instituido con el fin de figurar la ley nueva, de la cual debe ser el autor. Se obligó en segundo lugar, á derramar en día todo su sangre para la expiación de nuestros pecados, cuyas primicias derramaba ya. Verdad es que una gota sola de su sangre bastaba para rescatar el universo; mas lo que era suficiente para pagar nuestras deudas no lo era para satisfacer su inextinguible amor. Obligábanse en fin á su Padre, para que ejerciera sobre él su absoluto dominio, y exigiera de él hasta el último rigor cuanto era debido á su justicia. Tales eran los sentimientos que ocupaban el alma de Jesús en el momento de su circuncisión. Salía como á tierno grito y derramando lágrimas, mientras que en su corazón veía cumplidos todos sus deseos; y bajo una aparente repugnancia ocultaba el duro ardiente que tenía de padecer.

Entre los judíos el nombre no se imponía al infante sino en el instante en que era circuncidado. El Nññ. Dios recibió pues entonces el nombre de Jesús, nombre que no le fué dado por los hombres, sino que le venía del cielo, como lo había anunciado el Angel á María y después á José. Evidente es la analogía de este nombre con la circuncisión. Jesús significa Salvador; y ya en su circuncisión Jesús expía la obra de nuestra salud, que debía consumar sobre la cruz. Y de tal modo la empieza, que lo que entonces hacía bastaba por sí solo para cumplirla. Nunca hombre alguno fué tan digno de este nombre, pues lo compró con su sangre al momento de imponérsele; y en toda su vida, y hasta el último respiro, no tuvo mas objeto que cumplir perfectamente su significación. ¡Qué Salvador! Un Dios espirante en la cruz, y desde su nacimiento derramando sangre y lágrimas bajo el cuchillo de la circuncisión. ¡Qué fíramiento! El de la esolitud del pecado, y de las repulsiyas carnosas del infierno. ¡Qué salud! Una felicidad sin fin en la segura posesión del bien eterno. Otros antes de Jesús habían tenido el mismo nombre que él; pero

¿cómo les costó tan caro? ¿Procuró á los hombres ventajas iguales y al síquiere comparables?

Entre el gran número de maravillas que nos ofrece este misterio, una de las mas asombrosas es, que Jesucristo quiso sujetarse á una ley que venia á derogar, y que la derogase en el acto mismo de someterse á ella; porque no era la circuncisión exterior, sino la del corazón la que pretendia establecer y proponer á los que de su nombre se llamarían cristianos; al paso que él practicaba de un modo sublime esta circuncisión del corazón al tiempo de ofrecer su carne al cumplimiento de la ley. Verdad es que ninguna raíz de vicio había que cortar en su corazón, sustituido augusto de la patria; pero había grandes sacrificios que hacer, y él los hacía anticipadamente: pruebas interiores y exteriores que sostener, y ya se ofrecia á ellas; y su circuncisión misma era una prueba proporcionada á su edad, y á la debilidad de su cuerpo.

Circuncidar el corazón es el grande objeto de la moral cristiana, y todo se refiere á él. Esta circuncisión es necesaria á los pecadores para que lleguen á ser justos; y es necesaria á los justos para que perseveren en la senda de la justicia. Por su medio solamente se hacen progresos en la santidad, cuyos grados no tienen límites, y se puede siempre avanzar. Mucho tenemos que hacer para cortar en nosotros lo que nos atrae al mal; y mucho mas tenemos aun que hacer para quitar de nuestro interior lo que repugna al bien. Necesario es haber emprendido seriamente la obra para conocer toda su extensión, y penetrarse de toda su dificultad. Lo que es de estrecha y rigurosa obligación en esta materia sobe ya muy alto, y es preciso aplicar el escudillo muy adentro, si se quiere asegurar la salud del alma tanto como se debe y es posible. Mas si se trata de aspirar á la perfección, ya es otra cosa; entonces no pudiendo límites á la persecución de las virtudes, y abandonándose enteramente á la gracia, es preciso resolverse á todos los sacrificios que exija el amor. Solo los

que lo han probado sobre una íntima y dolorosa en esta circuncisión, cuando la cortadora espada va cercenando el amor propio hasta en sus pliegues mas ocultos, y que no le perdona en parte alguna que lo encuentre.

No obstante, cualquiera que sea, si es sentís llamado á lo mas perfecto de la diadema interior, no es avaricia. Podríais desesperar de conseguirla, temer podríais que os faltase el valor, si vosotros hubierais de hacerla la operacion. Mas Dios es quien tiene el cuchillo; él es quien lo aplica en donde hay necesidad de cortar; él es el que hace la incision y dá fuerzas para sostenerla. Su mano es dulce á la par que segura, y nunca hace sufrir mas de lo que es necesario para vuestro bien. Entregaos pues con confianza á esta mano benéfica; y en tanto que opere, tened fijos los ojos en Jesucristo, cuya vista será vuestro aliento y vuestro consuelo.

CAPÍTULO I.

Los Magos son llamados á Belén por Jesucristo.

Jesús manifiesta desde su nacimiento, que ha venido para salvar á los hombres. Llamó á su cena á los judíos en la persona de los pastores, y ahora llama á los gentiles en la persona de los Magos. Los primeros eran hombres sencillos y de la condicion mas humilde; los segundos son sabios, y segun la comun tradicion, reyes. Ninguna distincion por, ni de pueblo, ni de estado, ni de talentos es excluida. La sabiduría encarnada, infinitamente superior á los mas grandes, sabe descender hasta los mas pequeños: á unos les abate el orgullo, á otros les inspira confianza.

Si es mas raro que los sabios, los ricos, los poderosos del siglo se entregara del todo á Dios, por el mayor número de

obstáculos ya interiores ya exteriores que han de vencer; también es una verdad, que cuando la gracia triunfa enteramente de su contrario, da mas honor á Dios, es mas sincera y mas sólida su piedad, y hacen llegar su virtud á un punto mas elevado de perfeccion. Ser casto en medio de ocasiones continuas para no serlo; ser humilde en la cumbre de las grandezas y del poder; ser templado y basta mortificada en medio de la abundancia de los bienes de la tierra; parecer pequeño á los propios ojos, mientras por el talento ó por el saber se disfruta de la mas alta estimacion, y dirigir á Dios toda la gloria que de ello nos resulta, es ciertamente algo mas admirable que tener las mismas virtudes en una situacion, en que cuesta menos adquirirlas, y es mas fácil conservarlas. Si el niño Jesus vió con mas complacencia los Magos á sus pies, si le agradaron mas sus homenajes, no fue porque su condicion fuese mas encubierta segun el mundo, sino porque ellos necesitaron una fe mas viva para adorarlo y reconocerle en el pobre y humilde estado en que le encontraron.

No piensen pues las personas distinguidas por su nacimiento, por su rango y dignidades, por su mérito y capacidad, que la vida interior no les comienza, y que á ella no son llamados. La gracia habla á todos los corazones que la escuchan, todos tienen una paz curarlos de la vana preocupacion de la nobleza, desapegar su afecto de las riquezas, inspirarles el menosprecio de los honores que no son sino humo, y de cuanto mas género y lucos están dotados, cuanto mas por medio de la adopcion se hayan desarrollado sus sentimientos y potencias, mas en estado se hallan de conocer toda la sublimidad y percibir toda la belleza de la moral evangélica.

Además, ya halla relaciones muy notables entre la vocacion de los Magos y la vocacion á la vida espiritual. Una estrella extramundana brilla á sus ojos y llama su atencion. Instruidos, como quiera, de la verdad próxima del verdadero

rey de los judíos, reconocieron que esta estrella anunciaba su nacimiento. Cuando Dios destina un alma á la vida interior, la prepara por lo común muy de antemano con ciertos conocimientos y con ciertas reflexiones, cuyo objeto ella de pronto no percibe. Talas son lecciones, convicciones, ejemplos que la ilustran, la impresionan, la mueven; nada hay aun ni difuso, ni bien determinado. Llega por fin el momento en que viene á herirle una súbita luz. Muestra le Dios la senda de la perfección por donde quiere que vaya y el camino que á ella conduce; opera con fuerza sobre su voluntad para atraerla, y le inspira un ardor que marca había ella sentido. En este instante le vuelve al pensamiento lo que leyó, lo que escuchó, lo que sintió de lo pasado, y claramente penetra los designios de Dios sobre ella.

Desde el punto en que los Magos habían conocido por la estrella que el Rey de los judíos había nacido, ya no deliberaron mas: le dejaron todo, y emprendieron un largo viaje para venir á adorarlo. Así se conduce el alma fiel á la vocación divina. Dios ha hablado; todo está dicho para ella: no hay afición humana, no hay consideración, no hay dificultad que la detenga; á todo renuncia, se libra por dichos de sacrificando todo para seguir la voz que le llama. Su corazón hiede, que hallará en Dios infinitamente mas de lo que por él ha dejado.

Apenas los Magos se ponen en marcha para Jerusalem, la estrella que habían visto en su país, desaparece. Esto fué para ellos una gran prueba; pero ellos la sostuvieron generosamente. Su luz no les era ya necesaria para guiarlos; tenían los medios ordinarios de que se valieron, y que les llevaron con seguridad á su término. Estas cosas son grandes en los principios de la vida espiritual, así como los contrarios que les acompañan; vive en ella en un admirable reposo, en una seguridad perfecta del propio estado; el alma siente que ama y que es amada por las pruebas que Dios le da de su

amos, y por las que del rayo recibe. Caminando con firme y segura planta, llegan á medirse los progresos, por decirlo así; y en medio de tanta abundancia, se puede exclamar como David, *jamás me cansaré*. Ni de otro modo se comportaría el alma en seguir esta senda. Mas cuando se ha internado un poco, Dios oculta su presencia, la luz va desapareciendo insensiblemente, y se entra en la oscuridad de la fe. Hasta llega á perderse la suavidad de aquellos dulces sentimientos que hacía Dios se sentir, y se hallan mas raras las pruebas que antes nos daba de su ternura. ¿Nos amará menos quizás? ¿O le amaremos menos nosotros? No, sin duda, no. El amor de Dios no es tan cariloso, pero es mas fuerte, y el nuestro pasa de las afecciones á los afectos. Entre las tinieblas, no obstante, en que nos vemos abismados, no nos falta guía, y mas que nunca se siente la necesidad de confiar en él, de creerle, de obedecerle. La ruta se ha perdido de vista, mas no podemos dudar de que nos hallamos en el verdadero camino, porque él nos la asegura. Sínctese toda la fealdad de la marcha, y no hay medio para jargar por el solo si se adelanta; preciso es dejarlo al director: y de este modo bajo su dirección se llega á la ciudad santa de Jerusalem.

Apenas entrados á Jerusalem los Magos, preguntan donde está el Rey de los judíos, que acaba de nacer, sin que respeto humano ó temor alguno les detenga. Fácil es adivinar qué respuesta recibirían de aquellos habitantes, que ignoraban enteramente el nacimiento de Jesucristo. Eranjeros son, y venidos de muy lejos, los que les traen la primera noticia, los que les sacan de su letargo, que les dispiertan sus ideas sobre el Mesías, que realmente en aquel tiempo se aguardaba. Herodes, instruido del objeto de la venida de los Magos, se levanta, y con él toda la ciudad. Convoca los principales de los sacerdotes y los doctores de la nación, y se informó por su medio del lugar en que debía nacer el Mesías: le respondieron que, segun las profecias, debía ser Belén. Sabido

le coal, y habiendo llamado á los Magos en secreto, les dirigió á Belen, diciéndoles: Id, informaos cuidadosamente del niño; y cuando lo hubierais encontrado, volved á darnos noticia, para que vaya yo tambien á adorarle. He aquí como este príncipe ambicioso y político disimulaba su temor, y ocultaba sus negros designios bajo el velo de la religion.

Entre otras infinitas pruebas, la vida interior se halla expuesta á muchos lances por parte de los hombres. Mientras se ignora que un alma camina por su senda, se la deja en reposo. Ella debe guardar el secreto, y nunca descubrirse por sí misma. Pero muchas veces Dios por sus inscrutables designios, quiere que sea conocida; y entonces es cuando debe apartarse para las persecuciones, armarse de valor y de integridad, y prevenirse contra las redes que se le van á tender. Y si llega el caso de ser preguntada por quienes ejerzan autoridad sobre ella, no debe avergonzarse de su estado, antes al, declarar con valentia lo que Dios en ella ha obrado, dándole muy poco de lo que se piensa de ella y de lo que puede sucederle. La prevención, la ignorancia, la envidia, la malignidad, el orgullo se levantarán contra ella; se la condenarán, se la despreciarán, se la tratará de hipócrita, ó cuando menos de imaginacion exaltada; se la humillará, y se echará mano de todo para destruirla de su propiedad. A pesar de todo, manténgase ella firme, acepte gustosa el opróbio, con tal que redunde en gloria de Dios; lo que permitirá Dios infaliblemente, confundiendo la malicia de unos, disipando la prevención de otros, y haciendo resaltar su protección sobre los que se abandonan á su amorosa presidencia.

Instruidos los Magos por los sabios de la nativ. del lugar en donde habían dicho los profetas que debía nacer el Mesías, se pusieron en marcha para Belen con una entera confianza. Para colmar su seguridad apareció la estrella que habían visto en Oriente, precedió su marcha, hasta que se paró por último sobre el lugar mismo donde estaba el Niño. Todas las

investigaciones, todas las existencias que se hacen tocantes al estado de una persona interior, no paraba por la contraria sino en afirmarla mas en sus resoluciones, dándole ideas mas distintas y mas precisas, con tal que se deje conducir de Dios y que no escape su propio raciocinio. Pasa que nada tiene que temer sino á sí misma; y no tema que le hagan vacilar las preguntas mas indolentes, las mas capciosos argumentos, los juicios menos favorables, si impone silencio á sus propias reflexiones. Seguirá en camino, y se irá acercando mas y mas á Jesucristo con mayor seguridad que antes. Dios mismo dissipará las tinieblas en que por largo tiempo le había dejado, y le prestará nuevas luces, mas vivas, mas penetrantes, que no le dejarán ya hasta que haya encontrado á aquel á quien busca con tanto ardor y perseverancia. ¡Qué trasportes de alegría, cuando Dios se manifieste de nuevo despues de una tan larga ausencia! ¡Qué placer, al verse tan cerca al término de que se creía tan distante! Mas para gustar tan odulza gozo es preciso que en la habiese sido largo tiempo probada. Si la estrella hubiese acompañado á los Magos durante toda su viaje, á mas de que ningún mérito habrían tenido en seguirle, habrían quedado privados del increíble consuelo de volverle á ver.

Entraron ellos en la habitación indicada por la estrella; y habiendo encontrado al infante con María su madre, se prosternaron, le adoraron, abrieron sus tesoros, le ofrecieron por presentes el oro, el incienso y la mirra; presentes misteriosos, por los cuales reconocían en Jesucristo sus dos naturalezas, la divina y la humana, y su calidad de Rey. La union hermosa en Jesucristo está reservada para la mansion de la gloria. Mas aun sobre la tierra, las almas interiores, cuando están al fin de su carrera, contraen con él en calidad de esposas una union exclusivamente para ellas, y cuyas delicias son inexplicables. Entonces se sienten por muy recompensadas de lo que han sufrido y sufren todavía, y sus experiencias infi-

ma les demuestra que todo se gana, perdiéndolo todo por Dios. Hallando á Jesús, hallan también á María, que es inseparable; y el Hijo les comunica por medio de su Madre sentimientos semejantes á los suyos. Entonces es cuando se convierten de espíritu y de corazón, adoran á Jesucristo en una disposición parecida á aquella con que él mismo adoraba á su Padre; y le ofrecen el oro puro de la caridad, el incienso de una oración toda amor que les consume, y la mirra de una mortificación que se extiende á todas sus sentidos y á todas sus facultades.

Advertidos en sueños por un ángel, de no volver á ver á Herodes, los Magos regresaron á su país por otro camino, y burlaron de este modo la pérdida astucia de su política. Aunque no lo diga el Evangelista, no podemos dudar de que al llegar á su país publicarían la gracia que el Señor les había dispensado, las maravillas de que fueron testigos, y que se convertirían en unos apóstoles de Jesucristo. Cuando las almas de Jesucristo han pasado por las últimas pruebas, llegando ya al estado de crisis, Dios se sirve de ellas para hacer sus conquistas, y para enseñar á otras los caminos espirituales. Entonces vuelven á entrar en el mundo del que hasta aquel punto habían vivido separadas; pero vuelven á entrar por otro camino del que tomaron al dejarle. Si algún comercio tienen con el profano, es para conducirlo á Dios. Este comercio, venajoso á los demás, nada tiene de contagioso para ellas; ni las distrae, ni las retiene de la oración, ni altera su sosiego, ni suspende su íntima comunicación con Dios. Mas guardadas de entrar por su propio consejo en este apostolado; aguardan la misión divina, y esperan á que las almas á quienes pueden servir de utilidad se dirijan á ellas por ocasiones ordenadas por la gracia. No correía en tal caso riesgo alguno en descubrir, según las circunstancias, las faltas que Dios les ha dispensado, los recursos que de él han recibido en sus tentaciones y en sus pruebas, y el modo con que

se han conducido en esta larga carrera, llena de escollos y de peligros. En estas comunicaciones, ya sea de viva voz ó por escrito, si es para su intencion, tampoco se exponen á la vanidad: darán gloria á Dios, edificarán al prójimo, y ellas recibirán su recompensa.

CAPITULO XI.

Presentación de Jesucristo en el Templo.

Dispuso al leer la relacion del Evangelista, que Jesus fué llevado al Templo y presentado á Dios como un niño ordinario por la voluntad de sus padres, sin otra direccion que su propio albedrio; y sin embargo nada mas cierto que quien gobernaba el espíritu de Maria y de Josef era un pequeño Dios, el cual les inspiraba en secreto el modo con que debían portarse en todo lo tocante á él.

Dispone la ley, que en reconocimiento del soberano dominio de Dios, y en memoria de la muerte de los primogénitos del Egipto, de la que fueron preservados los de los israelitas, le fuese ofrecida toda primogenitura tanto de hombres como de animales. No podia comprender esta ley la persona de Jesucristo, que, como á Hijo de Dios, tenia sobre la naturaleza el mismo dominio que su Padre. Y aun como á hombre estaba sujeto en cuanto de ella, no habiendo sido concebido, ni habiendo nacido por la via común. En cuanto á la plaga de Egipto, el mismo la habia obrado á favor de su pueblo, y no podia de consiguiente olvidarla. De otra parte, ¿qué var á pensar de él los hombres? ¿Cómo le tendrán por el Mesías, si se confunde con los demás niños, y no se distingue de ellos, manifestando que él es superior á la ley?

Todas estas razones tan legítimas, y que nuestro orgullo hubiera calificado de necesarias, no le privan de someterse á

la ley, de cumplir con puntualidad, añadiendo por su parte las mas perfectas disposiciones del alma. Hamilton pues en presencia de su Padre, reconoció el derecho de vida y muerte que sobre él tenía, le consagró de nuevo su existencia, y se entregó sin reserva á su voluntad.

Lo que nos importa observar aquí, es que Jesucristo no se consagró únicamente en nombre suyo, sino en el nuestro, y que con él consagró á todos los cristianos; de suerte que si pertenecemos al Salvador, ni él nos reconoce por suyos, sino en cuanto ratificamos la consagracion que hizo de nosotros. Y esta consagracion la abraza todo con respecto á nosotros, como la abraza todo con respecto á Jesucristo; por manera que nada nos deja de la libre disposicion de nuestros mismos, ni nos permite contrariar en nada nuestra voluntad, ni proponernos por último término de nuestras acciones. Es menester que Dios, de nuestro libre consentimiento, ejerza su dominio sobre nosotros en todas las cosas, en todos los momentos, tanto por el interior como por el exterior; y que su gloria, inseparable del cumplimiento de su voluntad, sea nuestro principal fin.

Examinemos seriamente si es este el modo con que nos hemos consagrado á Dios, no simplemente de palabra, sino en realidad, y si en todo y siempre nos portamos segun esta regla. En este examen hallaremos con distantes estamos de ella, y que en una infinidad de cosas nos reservamos derechos sobre nosotros mismos, sobre nuestros pensamientos, sobre nuestros afectos, sobre nuestras deliberaciones. Donde quiera no veamos pecado manifesto, creemos á nuestro gusto conceder ó rebuicar á Dios lo que bien nos parece, atendiendo mucho menos á su voluntad, que á la nuestra. Como si el dominio de Dios, que es un dominio de amor, el dominio de un padre sobre sus hijos, no se entendiase sino á lo que nos manda ó nos prohíbe so pena de ofenderle; y como si la idea de agradarle no debiese tener el mayor lugar en nues-

las sumisas y en nuestra obediencia. Me atrevo pues á decir, que con respeto á un padre tal como Dios, todo verdadero cristiano, sin olvidar sus deberes ni sus prohibiciones, sus promesas ni sus amenazas, sus recompensas ni sus castigos, pondrá sobre todo la atención en su beneplácito, sin fluctuar un instante en conformarse á él donde quiera crea descubrirlo; tal es la calificación y la perfección que á su consagración dió Jesucristo, tanto para nosotros, como para él mismo, y que desde ahora nosotros á la nuestra; de otro modo no merecerá su entera aprobación, pues le faltará lo que sería á él mas agradable, lo mas glorioso para Dios, lo mas ventajoso para nosotros. Mas, es preciso ser interior y alumbrado por una gracia especial para formarse idea de una consagración de esta naturaleza; precisa son sentimientos magnánimos, y mucha generosidad para resolverse á ella; mostrar es un valor á toda prueba para ponerla en obra, sin jamás desmentirse. Hasta que hagamos dado este gran paso, no somos mas que cristianos imperfectos, esclavos del amor propio, servidores mercenarios, que actuando con fatiga por la senda de los mandamientos, desmayaremos á las menores dificultades, y nos espantaremos por los mas ligeros sacrificios.

Ordinaba además la ley de Moisés, rescatar los primogénitos de los hombres, ofreciendo en su lugar algunos animales; y esta ofrenda para los pobres era de dos buecos ó dos palominos. Y por semejante ofrenda, el Hijo de Dios, en calidad de pobre, quiso ser rescatado. ¡Qué humildad! ¡Podía llevarla á mayor extremo? Y si él permite ser rescatado, no es en verdad para librarse á la muerte, sino para reservarse á un sacrificio mas doloroso, mas humillante y mas estrepando.

¡Oh Salvador mío! qué ejemplos de virtudes nos daís desde la mas tierna edad! En todas partes os veis empujado en confundir mi orgullo; y este vicio, que tanto detestáis, es el que mas me perdonas y alimenta en mí con mayor compla-

cencia. Siempre hallo pretextos para contemporizarlo, y aun para justificarlo; y mientras que vos os contentáis en pasar en el concepto de los hombres por lo que os es, yo me enorgullo de mil veces de ser conocido por lo que soy. Vos os complacéis en descender, y yo no pienso sino en subir. Vos jamás os halláis tan pequeño como deseáis, y yo nunca soy tan grande como deseo ser. Y sin embargo me llamo vuestro discípulo, al paso que hayo de vuestras locuras y de vuestras ejemplas. ¿Qué debo pensar de mí, cuando vos me amparáis? ¿Cada asombro os apoderaa?

Si Jesucristo olvida su propia gloria para ocuparse exclusivamente en la de su Padre, el Padre, á su vez, procura hacer extension de su Hijo cuando mas éste se afana en ocultarla. Es Belshé lo da á conocer por los ángeles y por una estrella prodigiosa. Cuando es presentado en el Templo, dispone su encuentro con el santo viejo Simeon, el cual, impedido por su espíritu, acude al Templo en este momento, y á presencia de todo el pueblo, le reconoce por el Mesías y por un Dios, le toma en sus brazos, junta las caricias á las adoraciones, y contento con haber visto al Cristo del Señor, no aspira ya sino para la muerte. A la misma hora concurre tambien Ana la Profetisa, la cual hasta la última vejez habia pasado su vida en el ayuno y en la oracion, sin dejar jamás el Templo, y que en vista del niño Jesus, alababa á Dios en un santo transporte de alegría, y hablaba de este Niño á todos cuantos esperaban la redencion de Israel. No faltaron pues á Jesus los testimonios mas brillantes, cuando mas parecia huir de ellos. ¿Habiéndoos encontrado si capaz habíais sido de buscarlos?

¡No permita Dios, espero, que seamos humildes con la mira de que él nos glorifique! Mas no deja de ser una verdad que Dios se place en glorificar á los humildes, siempre sin perjuicio de su humildad. De ellos hace los instrumentos de su gloria. Despues que ellos se han abalido, y que los ha

abandonado el mismo, los levanta otra vez á la vista de los hombres, para que sea en ellos glorificada. Todo el cuidado y estudio de los santos, á imitación del Salvador, es huir la pompa y el brillo, amar la oscuridad, ser despreciados del mundo y tenidos en nada. Aun cuando la verdadera y sólida gloria pudiera venir del mundo, no la quisieran para sí, porque no pertenece sino á Dios, al cual debe retornar toda gloria. El mismo Jesucristo, en cuanto á hombre, no podía tener ninguna justa pretension á la gloria, y bajo este concepto nada jamás se ha atribuido; al contrario, su union personal con la divinidad fue para él un motivo de humillarse mas. Cuanto mas el hombre conoce á Dios, mas se une á él, y mas es menester que se oculte en sí mismo; estas dos cosas se sostienen y corresponden: la humildad es á la vez el resultado y la prueba de la verdad.

CAPÍTULO VII.

Huida á Egipto.

HABÍAN, hablado por los Magos, perseguido de muerte á Jesucristo en la casa, y temiendo no le escape, manda al doguillo de todos los años de dos años abajo, que habia en Belen y en sus cercanías. No ignorando Jesús los alcances designios de ese rey tan cruel como ambicioso, podia muy bien impedirlos, y proveer por sí mismo para su seguridad, pero no lo hizo, y lo dejó á la solicitud de su Padre. Advertido José por un ángel, tomó á la Madre y al Niño, y huyó á Egipto. ¿En qué se diferencia aquí Jesús de un infante cualquiera que, débil, sin recurso, no conociendo ni aun el peligro que le rodea, debe su salud á las modestas precauciones de sus padres? ¿Ocurriamos así nosotros, para salvar nuestros

intereses temporales y nuestra vida, si, instruidos por medio de un ángel de los peligros que nos amenazan, recurriésemos á nuestra disposición los milagros y la omnipotencia de Dios? ¿Consentiríamos en no hacer de ella ningún uso, abandonándonos á la Providencia, y dejando que los medios comunes y ordinarios nos sacasen del peligro? No alcanzaría á tanta nuestra virtud; nos cubriríamos con derecho de obrar por nosotros mismos, y de valernos del poder sobrenatural que Dios nos hubiera confiado.

Prescindamos empero de esta suposición irrealizable; los santos mismos que recibiesen el don de milagros, no lo recibirían sino para los demás, y jamás intentarían emplearlo para sí mismos. Consideremos al Hijo de Dios huyendo de Herodes, el usurpador del trono de sus padres. ¿Por qué huye? ¿Teme tal vez? No; porque así lo quiere su Padre; porque libertados de este modo, oculta mejor á los ojos de los hombres lo que es, dándonos al mismo tiempo un ejemplo asombroso de bondad. Y ¿á donde huye? A una tierra extranjera, idólatra, enemiga de su nación á la cual ha perseguido desde su origen. Tal es el asilo en que busca seguridad; allí permanecerá mientras sea el beneplácito de su Padre, y de allí no saldrá sino por su orden. Sus padres, pobres ya en su país, sufrirán allí mayor estrechez y carestía de todo, y Jesús partirá con ellos estas penas. El Egipto ignorará el bien que posea, y no se le descubrirá este bien por señal alguna. Nada hablaré de lo que tuvo que sufrir en este viaje, si como debió sentir las inquietudes y sobresaltos que por su causa debía sufrir su Madre, y que si podía aliviarle si se hubiese sido para ella una ventajosa el sufrir aquella humillación.

Al leer este pasaje del Evangelio sea sensible tal vez á compasión tanto el Hijo como la Madre. ¡Compasión estéril! No es esto por cierto lo que Jesús espera de nosotros: no quiere ser compadecido, sino imitado. Entremos en su corazón: ¿qué

sentimientos en el ballenas? Una perfecta adhesión á las voluntades de su Padre, una confianza sin límites en él, un abandono total á la Presidencia, una paz profunda en medio de los mas justos motivos de alarma, una inexplicable alegría en verse ya juguete de las mas violentas persecuciones y víctima de las pasiones humanas.

¡Oh Salvador mío! ¿Cuándo aprenderemos á pensar como vos? ¡Cuántas rebeldias interiores, cuántas murmuraciones, cuántas desconfianzas y temores en los mas insignificantes contratiempos de la vida! ¡Cuántas quejas y resentimientos contra los que nos los ocasionan! ¿Dónde está entonces nuestra paz, nuestro recogimiento, nuestra oración? Las desgracias temporales nos agitan, nos cercan, nos aborrecen; y si á ellas se juntan circunstancias que nos humillan, hinchase nuestro corazón y se anhela. ¿En este ser cristiano? es querer verle mirar semejantes males con tanto horror como la muerte misma, agitar nuestras esfuerzos para librarnos de ellos, y no gustar reposo alguno hasta que han desaparecido? He aquí sin embargo lo que somos, sin reprochármelo á nosotros mismos, y lo que halláramos contra razón y justicia que se nos echase en cara: y ¿creemos que tales sentimientos puedan hermosear con una piedad sólida y verdadera? ¿En así como pensaban los cristianos de los tres primeros siglos del cristianismo? Y si ellos caminaban por la senda de Jesucristo, ¿caminamos por ella nosotros? De devociones exteriores, de ayunos, de vigilia, de austeridades, tantas como se quiera; todo lo aborrecen con gusto muchas personas piadosas; mas el probar contradicciones, persecuciones, derribos de fortuna, caer en un estado de humillación y de indignidad, y en él resignarse y vivir contento en vista de Jesucristo, por un deseo sincero de parecerse á él, es una disposición rara entre los cristianos mas fervorosos, aun entre aquellos que profesan vida interior y el ejercicio de la oración.

No intento decir con esto, que la naturaleza sea mala á

insensible á estos revueltos para una cosa es sentir el dolor, otra abandonarse á él. No es lo mismo dejar escapar algun lamento, que aprobarlo. Seria un grande error el creer, que para llevar cada uno su cruz de un modo digno de Dios, fuese necesaria no sentir gloria alguna de repugnancia natural. No confundamos la repugnancia natural con la repugnancia voluntaria. ¿No bebemos de buena gana una medicina amarga, sin amarse amargarla? ¿No nos sometemos á una operacion dolorosa, aunque al sufrirla demos agudos gritos? Pues no exige Dios de nosotros otra disposicion en las pruebas á que nos pone: que el alma las sufre en la voluntad de Dios, que las considere como sus propias que le ha tomado de la cruz de Jesucristo; como una prueba de su amor para con ella, y un medio eficaz de manifestarle el suyo; como la cosa mas ventajosa para su bien espiritual; que en esta persuasion las acepte cuando se le presentan, y que dejando gritar á la naturaleza sin cacocharla, permanezca firme contra las revueltas de la imaginacion, que condena la involuntaria turbacion que la agita; que condene igualmente los esfuerzos indeliberados con que intenta excusellas. Dios quedará satisfecho, y á esto se llama sufrir como cristiano. No me quejaré de que en las primeras pruebas, á pesar de las mejores resoluciones, se violentados todavia agacerridos, se manifestaban demasiado blandos para con vosotros mismos, y recorred un poco á los consuelos humanos, que os tengan compasion, y os plura que los demás os compadecan: basta con que os lo vísipereis como una debilidad, que os beneficiá al considerarla, sin empeño de demostrarlo; esperando que con la gracia de Dios os partareis mejor en cualquiera otra ocasion que os se ofresca. No deja de ser muy provechoso que en nuestros sufrimientos, sean cualesquiera, no tengamos motivo de estar demasiado satisfechos de nosotros mismos; y por esto permite Dios que se vea siempre en ellos alguna imperfeccion, ó real, ó aparente, para que nos veamos pequeños á

nuestros propios ojos; pues nada es mas capaz de inspirar orgullo que el poder gloriarse juntamente de la manera con que se lleva la cruz.

CAPITULO XIII.

Consuelo de Jesus en su infancia.

Cuando no podemos dudar que Jesus no recibiese en su infancia las mayores pruebas de ternura por parte de su Padre. Aunque nada hayamos dicho sobre esto los Evangelistas, podemos conjeturarle por lo que pasa de ordinario en la vida espiritual. Los principios no están siempre libres de penas, como no lo estuvieron para Jesucristo; mas estas penas van siempre acompañadas de inexplicables dulzuras. Dios entonces las prodiga; y si los gemidos se muestran para con los otros, la feé sin contradicción hasta una profusión extrema para con su Hijo muy amado, para con un Niño consagrado enteramente á su gloria. Jesucristo pasó ciertamente por todas las etapas de la vida interior, y de consiguiente por ésta que es la entrada á ella. Su alma fué pues suaviada é inundada de celestes consolaciones, y gustó las delicias inefables, consecuencia necesaria de su union con la Divinidad, y que no podían quedar suspendidas sino por un milagro. No es exageracion el decir que estas delicias sobrepasaban á todas cuantas gozan los Espíritus bienaventurados; pues es cierto que el alma de Jesucristo disfrutó siempre y sin interrupcion de la vision beatífica de una manera sin comparación mas excelente que los querubines y los serafines.

Mas ¿quién podrá decir como recibía ella estos favores del cielo? ¿Y cómo no se venecía de ello la humildad de Jesucristo, de aquel que se consideraba como cargado de todos

los pecados del género humano, y que veía al mundo para expiarlos como si le hubiesen sido personales? ¿Cuál sería su desistancia y su desprendimiento en no desearlos, en no apropiárselos, dejándolos, por decirlo así, pasar por su camino sin detenerlos, ni quedarse nada de ellos, no sirviendo menos por esto á su Padre gratuitamente, sin mira alguna de merecimientos ni de obtenerlos? ¿Con qué pureza los refería á la gloria de su Padre, retornándoselos tales como los había recibido, no atendiendo sino á su beneplácito, igualmente apacible y contento cuando no le daba mortis alguna de su amor? ¿Cuál sería su reconocimiento, cuando no solo se tenía por indigno de aquellos favores, sino que en aquel momento mismo se ofrecía como un criminal á todos los rigores de su justicia, no esperando de su parte sino los efectos de su indignacion y de sus venganzas?

Almas interiores, ved aquí el modelo que debéis proponeos en las lecciones de que Dios se place colmaros; quanto mayores sean, tanto mas estáis obligados de acercaros á vuestro modelo. De vosotros lo espera Dios; y si no correspondéis á su esperanza, le pondréis en la precisión de privaros de ellos, pues no contribuirán ni á su gloria ni á vuestro adelantamiento. No los deseáis para jactar, y creed aun menos haberlos merecido por vuestra fidelidad; antes al contrario, debéis persuadiros que vuestras faltas habituales, sin contar aun con vuestras pasadas culpas, os hacen indignos de ellos. Recibidlos como una pura gracia en el anonadamiento de vuestro corazón; nada os apropiéis de ellos, nada hagais para prolongar su duracion, no obréis como si esto dependiese de vosotros, y estadlos en vuestras manos el honor al espíritu divino que sopra en donde y cuando quiere, ni los echéis menos con vuestros recuerdos cuando hayan pasado. Sed desinteresados sobre toda, y jactéis en vuestras prácticas de piedad y de mortificacion en pospongais por objeto el llamar causaslas sobre vosotros. ¡Ay de vosotros, si estas

corrosivos es indolente á sentir cierta complacencia en sus propios méritos, elevándose á vuestras propias ojas, y prefiriéndolos á los demás! ¡Ah! todo sería perdido, y todo don del cielo se se convertiría en veneno. Mas valiera que nunca una sola gota de rocío hubiera caído del cielo sobre vuestro corazón, si en él debiese hacer germinar el orgullo espiritual, el mas sutil y el mas peligroso de todas las vicios.

El niño Jesús no guardaba para sí solo las caricias que de su Padre recibía; de su plenitud las derramaba también en el alma de su Madre, y se las comunicaba con toda la profusión de que era capaz un tal hijo. Esta era un efecto y una consecuencia de su unión. María solía también participar de ellas á S. José, y Dios era elevadamente glorificado por la pureza y el desinterés de sus disposiciones. Las corazonces de Jesús, de María y de José eran como los tres anillos de una cadena, en la cual todo partía de Dios, y todo volvía á Dios. ¿Qué unión la de José y de María! ¿Qué otra unión mucho mas íntima la de María y de su Hijo! Mas ¿qué insalvable unión la de Jesús y del Padre celestial! Y ¿qué producía ésta entre ellos? Una perfecta correspondencia de sentimientos, un transporte y una comunicación de sus gracias, y una similitud proporcionada al grado de su unión.

Las almas interiores, entre las cuales forma Dios una unión espiritual, no reciben para ellas solas las gracias que Dios les dispensa, sino que se las comunican, y su progreso depende de su misma correspondencia. Tales uniones de gracia no son frecuentes; pero cuando llegan á verificarse, Dios las dá á conocer por señales de que no es posible dudar. Las personas experimentadas en esta parte ya no se comprueban; y como tal es un secreto que Dios se reserva, si divulgarlo sería cuando menos una imprudencia. Lo que puedo decir tan solo es que estas uniones están sometidas á ciertas leyes, á las cuales es preciso ser en extremo fiel así por una como

por otra parte. Fórmase así siempre entre un alma ya avanzada y otra que comienza. Siéntese la primera impulsada á seguir por la segunda, y lo hace con tal ardor, perseverancia, y hasta asiduidad, que no pueden venir sino del espíritu de Dios. Entre el temor de la ilusión, en vano se esfuerza á desviar su pensamiento, al cual se ve sin cesar conducida, hasta tanto que el alma para quien suega se ha rendido por fin á los designios que tiene Dios sobre ella, la cual entonces, mediante un movimiento de la gracia, se pone bajo la dirección de la otra, sintiéndose impulsada á abrirle su corazón con una confianza sin reserva, sujetándose en todo á su juicio y decisión, y obedeciéndola como lo hiciera á Dios mismo. Los gozos y las penas espirituales de estas dos almas se hacen comunes; Dios no las conduce separadas, sino que las hace, por decirlo así, marchar de frente y avanzar con igual paso. Si por alguna infidelidad notable y sostenida quedase atrás una de las dos, no subsistiría ya la unión; y el alma culpable de flojedad quedara abandonada á sí misma. Por ejemplo, si la que es dirigida fuese reservada para con la otra, si se limitase á su propio juicio, y si en determinadas coyunturas abuse de su capricho, é rehúse obedecer, bastaría esto para romper aquella unión que Dios formó con el único objeto de tenerla en una eterna dependencia. Lo mismo acontecería si el alma que dirige faltase en el cuidado, en el celo, en la atención; si por culpa propia no recibiese las luces necesarias para conducir á la otra; si, en vez de consultar en todo á Dios, no escuchase mas que su propio espíritu. En una palabra si de una parte ó de otra, ó de entrambos lados entrase en la dirección la menor mira humana y natural, si no fuese perfecta la armonía por la que toca á la unión á la gracia, y si la obra de Dios no adelantase conforme á sus designios soberanos, estas dos almas no tardarían en hallarse extrañas entre sí; ó si tal vez continuase la dirección sería estéril; ó, lo que es peor, se mezclaría en ella el demonio, remedando las ope-

raciones de la gracia, y no sería mas que un fútil origen de tentaciones, de caídas, y de desilusiones.

CAPÍTULO XIV.

Vida de Jesús en Nazareth.

Por lo exterior nada tenía Jesús que lo distinguiera de un niño ordinario. No se valió de un milagro para llegar á la edad en que los niños empiezan á caminar, á hablar, á dar señales de una razón que poco á poco todo esto pareció seguir en él el progreso de la edad. Era para una verdad el decir que un Dios, siendo la omnipotencia misma, estaba reducido á la debilidad de los niños; que quien es la palabra eterna del Padre, no podía expresar sus pensamientos; que quien es la razón suprema, parecía tenerla encerrada en las tinieblas y en la ignorancia de la primera edad. María y José ponían sobre el secreto de este incomprensible misterio, ignorado absolutamente de los demás. Nada hacía Jesús, nada decía José y María que pudiese descubrirlo, ni aun dejarlo vislumbrar. Tal era la orden de Dios que arreglaba por sí mismo todo lo concerniente á la manifestación de su Hijo.

El Evangelista se contenta con decir, que el niño crecía y se fortalecía; que estaba lleno de sabiduría, y que la gracia de Dios moraba en él ¹. Y que Jesús adelantaba en sabiduría, en edad y en gracia á los ojos de Dios y de los hombres ². Por lo cual se significa con evidencia, que si Dios tuvo en sí la plenitud de la sabiduría y de la gracia, no producía la una ni la otra fuera de medida, proporcionando á su edad sus discursos y sus acciones, con el único objeto de edificar, para la intención de que la admiran.

¹ Luc. ii. 40 — 3.º Mat. iii.

¡Qué bella lección para las almas que Dios eleva á estados extraordinarios! Necesario es ante todo que guarden silencio sobre lo que en ellas se pasa, no descubriéndolo, ni dejando que sospechen nada aquéllas á quienes se impone el secreto; silencio que no debe ser menos una ley para sus directores que para ellos, y al cual los expone á faltar con frecuencia una vanidad indiscreta. Faltó en esta de la mayor consecuencia, de cualquier parte que procediere. Cuando Dios ha tomado en alma por su cuenta, á él solo toca publicar por su propia gloria lo que él quiere que sea público, cuando y á quienes juzgue á propósito. Observad bien la conducta de Jesucristo, y veréis con admiración que nada dijo y obró nunca por sí mismo con el fin de manifestarse al mundo, esperando únicamente los momentos designados por su Padre; que nadie estaba enterado de lo que él era, sino las personas que debían saberlo, y esto aun por medios sobrenaturales, precisamente hasta el punto en que convenia lo estuviesen para la ejecución de los designios de Dios: de manera que muchas cosas, aun las principales, como el cumplimiento de las profecías, de que él era el objeto, no fueron bien conocidas sino después de su muerte. Y esto ¿por qué? Por que si todo se hubiera descubierto y manifestado durante su vida, los consejos de Dios hubieran sido atorados, y la obra de la redención del linaje humano no se hubiera cumplido del modo que debía cumplirse. Pues como los judíos, dice San Pablo, hubieran crucificado al Señor de la gloria, si lo hubieran conocido por lo que era; ni nunca los demonios los hubieran impedido á dar la muerte á aquel, que marcado debía destruir su imperio.

Aunque los designios de Dios sobre ciertas almas escogidas dicen infinitamente de poder compararse con el de la Encarnación, son sin embargo grandes en sí mismas, é infinitamente respetables, pues son el resultado y la aplicación de aquélla. Es menester pues, que la misma inteligencia se-

prema que los ha concebido y educado, los condensa; que todo lo secunda, que nada lo estorbe, que no balle obstáculo alguno de la parte de aquellos á quienes se diga elegir por cooperadores suyos. Menos es que las cosas se preparen, avancen y caminen á su fin, del modo que Dios ha ordenado, y que ocurrea siempre oculto hasta el desenlace del suceso; lo cual exige en lo interior una dependencia entera de la gracia, y en lo exterior un silencio profundo para que nada se descuerde en el encadenamiento de las causas y de los efectos.

No se entienda por esto que no convenga edificar al prójimo; pero esta edificación no ha de depender de nuestra arbitrio: la gracia es la que ha de arreglar nuestras palabras y nuestras obras, segun nuestros programas y segun sus miras; de manera que, sin salir del órden regular, sin ninguna asociación, sin ostentar regularidad alguna, se procure guardar una irreprochable conducta, espaciando donde quiere el buen olor de Jesucristo, sin descubrir la fuente de que mana. Es necesario que al ojo del prójimo, por alto y elevado que se fija sobre nosotros, quede edificado de nuestro exterior, sin que pueda penetrar en nuestras interiores disposiciones. ¡Cuánta reserva esto exige, que cuesta á sí mismo, cuánta fidelidad al espíritu de Dios!

CAPÍTULO XV.

Jesus en el Templo entre los Doctores.

A la edad de doce años, habiendo Jesus ido á Jerusalem con sus padres, para celebrar allí la fiesta de la Pascua, al estar éstos de vuelta, y sin que lo advirtiesen, se quedó aquel en la ciudad; y despues de haberlo buscado, le encontraron

al cabo de tres días en el Templo, sentado entre los Doctores, escuchándolos y haciéndoles varias preguntas. Cuando le consultaban quedaban asombrados de su prudencia y de sus respuestas. Y habiéndole María hecha presente la inquietud que á su padre José y á ella le había causado, contestóles: ¿Por qué me buscáis? ¿No sabéis que yo debo ocuparme en todos los negocios que respectan á mi Padre? Y ellos comprendieron el sentido de aquella palabra que acababa de decirles ¹.

Este rasgo de la vida de Jesucristo ofrece muchas reflexiones que pueden aplicarse á la vida interior. Parece ante todo que él se separa de la obediencia que tenía siempre á sus padres, disponiéndose de sí mismo, y dejándolos por algun tiempo sin haberles participado su talento. A obrar de este modo le conduce el espíritu de Dios, que le guía en todo. Sometiéndose á María y José en todo lo demás, estaba dispuesto de consultarles y de seguir su voluntad en ciertos encuentros extraordinarios, en los que obraba mas bien como Dios que como hombre. Hay circunstancias en la vida espiritual en que su alma, de otra parte obediente, con toda perfección, se ve impulsada por la gracia á ciertos actos sin asistencia de su director, al cual consultado, no los permitiera. Estos casos son raras, y que nunca deben presumirse á menos de la mas marcada inspiración. En tales ocasiones el director no debe ser fácil en condenar una conducta semejante cuando se le dá cuenta de ella; sino que debe examinar maduramente el negocio antes de fallar si es dictado de Dios ó del propio espíritu. Porque Dios, que es superior á las leyes de la dirección, y quiere á veces obrar inmediatamente y por sí mismo en el alma que posee, da á conocer siempre por medio de alguna señal indudable, que de él viene lo que parece irregular; y de este modo manifiesta que no quiere en las almas tan estrecho é inflexible lazo de la obediencia, que impida

¹ Luc. 2, 51-52.

en ellas las operaciones de su gracia. Esta principio es una verdad; pero es igualmente delicada su aplicación, y se debe proceder con el mayor cuidado para no abusar de él.

En segundo lugar, Jesucristo pone á sus padres, y en especial á su Madre, en el mas duro conflicto. Imposible es imaginarse la inquietud en que Maria se vió sumergida por esta especie de heida; mantener fuera para esto conocer todo el exceso de su ternura para con su Hijo. Pero su amor, por perfecto que fuese, necesitaba ser ejercitado para mas acrisolarse, y por decirlo así, divinizarse. Era necesario que por grados se acostumbrase á amarle, menos como á su hijo que como á su Dios. La carne era el lazo, bien que sobrenatural, con el que estaba unida con Jesucristo, y era preciso que se habituase á elevarse cada vez mas sobre la carne, para no estar unida con él sino con el espíritu. Hay una distancia inmensa en cuanto á la perfeccion entre las disposiciones de Maria para con Jesus infante, y sus disposiciones para con Jesus espiritu á sus ojos sobre la cruz. La acostumbré ya muy de antemano á perderle un dia, y la preparé de lejos á este heroico sacrificio. Del mismo modo Dios se firma una union espiritual entre dos almas, sino para ejercitarlas y purificarlas, la una por medio de la otra. El las prepara, el las acuna entre sí, él permite que alicien repugnancias, desquites, un alejamiento reciproco, á fin de desairlas de la parte sensible, y espiritualizar mas y mas sus afeciones. Por de pronto no se descubre el designio de Dios, y hay una propension en atribuir tales sentimientos á cualquiera otra causa. Así es como José y Maria nada comprendieron entonces de la conducta que con ellos guardó Jesus. Mas llegó el momento en que todo se hizo patente, y vídese no tener Dios otro designio, que perfeccionar una union que era obra suya. En tal estado pose, no deben las almas desalentarse por las pruebas en que se han puesto reciprocamente sin saberlo; deben antes bien á Dios el cuidado de purificar los senti-

nienas que ha infundido en sus corazones.

En tercer lugar, Jesús no se deja ver en el Templo en medio de los Doctores, sino para empezar á manifestarles las espaldas, les hace varias preguntas, contesta á ellas á su turno con una sabiduría que les llenaba de admiración. Ponen que no hay duda, en que el asunto principal de esta conversacion fué el Mesías, y las profecías locales á él.

Natural era que los Doctores se informasen de quién era aquel niño que mostraba una capacidad y una profundeza las superiores á su edad. Siguiendo el hilo de esta informacion, habrían llegado á saber todo lo sucedido en su nacimiento, y que él era el Mesías en persona. Mas descaídas en el satisfacer tan laudable curiosidad, y no espuestas aprovecharse de la luz que se les había presentado. Si en el trato que tenemos alguna vez con personas inferiores, en las conversaciones que les oímos y que nos escuchamos, la vívidencia enlaidada de remontarnos hacia el origen, y de informarnos quienes son estas personas, cual es su tenor de vida, de qué modo adquirieron aquellos conceptos sublimes que hemos admirado en ellos, acabárianos por reconocer en las mismas el don de Dios, por abrirnos nuestro corazón, y tomar su consejo sobre los negocios de nuestra propia conciencia; y tal vez nosotros mismos nos volviéramos inferiores. La mayor parte de los que lo son, deben su felicidad á encuentros semejantes que Dios les ha proporcionado. Mas otros muchos hay que han recibido la misma gracia, y no han sacado de ella el mejor provecho.

En cuarto y último lugar, Jesús por su respuesta á María y á José enseñó á todos los cristianos, que en gran negocio es lo que interesa á la gloria de su Padre celestial; que para procurarla, debes renunciar á la carne y á la sangre, y sacrificar, si es necesario, las mas firmes y las mas legítimas afecciones de la naturaleza. En estos casos es preciso instruirse hasta á los propios padres, escapar á sus investigaciones y á

nos propiamente, haciéndolos superior á las representaciones que pudiera hacernos su paternal ternura. Mas para esto se requiere, repetimos, la mayor prudencia, la mayor discrecion imaginable, porque los padres nos representan á Dios, y de él recibimos su autoridad. Para que llegue el caso en que estemos autorizados á salir de los límites de la estricta obediencia que les debemos, es preciso que estemos moralmente ciertos de que Dios lo quiere así, y que le disgustaríamos si-guiendo las reglas humanas. Y aun entonces el respeto y la piedad filial nos hacen un deber de usar de todas las consideraciones que estén á nuestro alcance. Ciertos hijos aterrorizados por su inclinacion á la vida interior, se ven á veces molestados por sus padres en sus ejercicios espirituales. Los padres deben acceder á la voluntad de los hijos en todo lo que se ofrece á Dios, bien persuadidos de que esto no dañará á sus proyectos. La misma conducta se ha de observar en las comunidades con respecto á los superiores. En una palabra, si los padres ni los superiores pueden cosa alguna sobre lo interior; no deben detener ni retardar la operacion de la gracia; y si algo se pierde por un lado, Dios sabe resarcirlo por otro abundantemente. El punto en que se puede y se debe mostrar firmeza contra los padres, es el de la vocacion. Cuando estos tienen suficientes pruebas de que viene de Dios, cometen una santidad, una injusticia en oponerse; sus derechos no llegan á tanto: todo lo que pueden hacer, es probar la vocacion por todos los medios legítimos. Sin fallarles el respeto, se les puede entonces decir como los apóstoles: Es mi deber el obedecer primero á Dios que á los hombres; y como Jeremías: ¿ignorais acaso que debe consagrarse á todo cuanto interesa á Dios mi Padre? Nada mas falta ya despues de esto sino poner en él su confianza; y si no queremos disponer de nosotros mismos, esperar que se doble á que cambie la voluntad de aquellos de quienes dependemos. Con la paciencia y una grande fidelidad á la gracia,

toda, tarde ó temprano, se acuerda á nuestros deseos.

CAPÍTULO XVI.

Jesús guarda obediencia á sus padres.

Habiéndose regocado Jesús de Jerusalem á Nazareth con María y con José, pasó en este pueblo en el trabajo y la ocupación casi toda su vida. Nada nos dice el Evangelio de él durante todo este tiempo de cerca de treinta años, sino que estuvo sometido á sus padres. Muy importante es el mismo debía jugar el esta lección, y muy necesaria para nosotros, cuando la practicé por tantos años, y cuando es el único carácter de su vida privada de que quisiera dejarnos instruidos. Ella es digna para de todas nuestras reflexiones.

Que Jesús, en cuanto á hombre, haya estado sujeto á su Padre, á quien era igual como á Dios, aunque esto fuese un insondable abismo para un persona divina, era con todo un deber de que no podía dispensarse, como á prueba consecuencia de la Encarnación; pues se había hecho hombre para que un Dios pudiese obedecer á un Dios. De este modo nos daba á entender cuanto obediencia debemos á Dios nosotros, para criaturas suyas, cuando el mismo Verbo, por quien todo se hizo, no pudo eximirse de estarle sometido, desde el momento en que consistió unirse á una criatura.

Habiéndose sujeto á todas las flaquezas de la infancia, era de consiguiente una necesidad que en esta edad fuera dependiente en un todo de sus padres; tomada por él la resolución de no hacer uso alguno de su divino poder para manifestar que, si bien era querido, se hubiera hecho superior á esta dependencia. Esta resolución, admirable por ser voluntaria, es muy instructiva para nosotros. Este estado á que

se rebela, es ciertamente un ejemplo poderoso y muy capaz para confundir nuestro orgullo. ¿Quién es el que cuando á Jesucristo, y propiciándose imitarle, rehúsa después de esto doblegarse bajo el yugo de la obediencia?

Pero mucho mas admirable se presenta todavía que penetrar en esta obediencia hasta la edad de treinta años, un cuando, segun las leyes ordinarias de la naturaleza, todo hombre se halla en estado de gobernarse por sí mismo, y goza del derecho de hacerlo. Nada impedía entonces á Jesús detrazar donde quiera los tesoros de la subditia, de que estaba lleno; y dar á conocer á lo menos á sus padres, por la infanta ventaja que sobre ellos tenia en fuerza, en gracia y en santidad, que á él les iba mandar, y á ellos obedecer. Conviene en inspirarnos secretamente como Dios lo que debía mandarnos, y como hombres no cejé de haberme reservar otra cosa que ejecutar perfectamente su voluntad.

Ahora, para, que conozcamos el precio de la obediencia, ¿aspiraremos á hacer de ella nuestra virtud favorita? El ejercicio de esta virtud fué todo el empleo de un Dios sobre la tierra; y todas las circunstancias de la vida de Jesús se hallan compendadas en esta sola palabra: Obedeció. Obedeció á Dios su padre; obedeció á María y á José; obedeció á todas cuantas, segun el orden de las cosas humanas, estaban revestidas de alguna autoridad; obedeció á sus conárgos y á sus verdugos, llegado el momento en que debía poner en sus manos. Y nosotros en toda edad, y aun al salir apenas de la infancia, nada nos cuesta tanto como la obediencia. Apenas somos capaces de reflexion y sentimos nuestra volubilidad, nuestra mayor deseo es el seguirla, y sujetar á ella los demás. El deber de obediencia, sea á Dios, sea á los hombres que ocupan para nosotros el lugar de Dios, es el principal origen de nuestras faltas. Todo lo que contraria, todo lo que mortifica ó castiga nuestra voluntad, aunque sea en bagatelas, nos irrita, nos impacienta, nos rebela; y aun cuando obedecemos,

es con repugnancia y marmoreada, á lo menos interiormente. Comparemos aquí nuestros sentimientos y nuestra conducta con los sentimientos y la conducta de Jesucristo. El tenía derecho, aun como hombre, de mandar á los demás hombres: y se despojó de este derecho, y vino, como decía el mismo, no para ser servido, sino para servir. Nosotros el contrario, aunque los demás tengan el derecho de mandarnos, no cejamos hasta nosotros de su dominio, y nos hacemos independientes. Si tenemos este derecho sobre los demás, lo ejercemos con todo rigor; y nada nos regle tanto como varios temidos, respetados, obedecidos: ¡tan distantes estamos de renunciar á este dominio, y cuánto más recibiríamos que darlos! Si conservamos el imperio sobre nosotros mismos, el más pesado de todos los sacrificios es el someternos á otro; y hasta la muerte ningún sacrificio nos es en la práctica tan pesado.

Y ¿qué razón podemos alegar para dispensarnos de la obediencia? ¿Será porque somos mas ilustrados que aquellos que nos mandan? Aun cuando así fuese, ¿qué responderíamos al ejemplo de Jesucristo? Es el estudio la plenitud de la sabiduría eterna: y por esta ¿obedecí menos á José y á María? ¿Será que nosotros hacemos recibido mas gracias y favores del cielo? Las gracias nos conducen á la humildad y á la humildad, y seria hacer de ellas un extraño abuso el que nos diere autoridad para no obedecer. La gracia inefable de la union personal con la divinidad hizo á Jesucristo mas obediente. ¿Será que nos hallamos mas adelantados en caridad? ¿Que Santo se valió jamás de una rixa semejante? ¿Puede esta idea venir al pensamiento de otros que de almas hipócritas ó cegadas por el orgullo? ¿Y qué es nuestra vanidad comparada con la del Santo de los santos? En cualquier estado en que nos hallamos, amemos la obediencia, busquemos el depender de otros: este es el camino mas seguro para llegar á la perfeccion. La obediencia supone con todas las de-

estas virtudes; ella nos alcanza las que nos faltan, y es su guarda mas segura. El hombre que obedece no tiene que dar cuenta alguna á Dios de sus acciones; y será justificada, aplaudido, recompensado, menos por lo que habrá hecho que por haber obedecido.

Mas, para que la obediencia sea una virtud á los ojos de Dios, no basta perficiar la accion exterior que nos manda; preciso es que la voluntad reciba el precepto con agrado, sin permitirle la menor murmuracion ni queja. Aun mas; hemos de someter nuestro propio juicio, y no renunciar sobre lo que se nos manda. Jamás haréis de buena gana lo que condenais en vuestro corazón; y aun cuando lo aprobais, si obrais por este solo motivo, no seguiréis ya el juicio de vuestro superior sino el vuestro propio. Jesucristo, aunque infalible é impecable, jamás opuso ni su propia pensamiento ni su propia voluntad á lo que José y María le mandaban: obedeció ciegamente y con una sumision entera; y por esta obediencia y aniquiló todos nuestros vicios peculiares.

Des objetos principales tiene la obediencia; é la direccion espiritual, é las acciones exteriores. En cuanto á éstas, é menos que no vemos un pecado manifestado en lo que se nos manda, es siempre mas perfecto el obedecer; y es una obligacion si á ella estamos ligados por voto. En cuanto á la direccion de la conciencia, está claro que no podemos jugar nos, ni por consiguiente dirigirnos por nuestros mismos, es menester que sobre nuestro estado interior nos vulgamos de aquella persona que Dios nos ha dado por director. Nada pues le ocultamos, todo se lo descubrimos con fidelidad. Despues de lo cual, creamos no decidir sin vacilar un momento, y practiquemos con fiados lo que nos prescribe. Así nos preservaremos de toda ilusion que, sin esto, es inevitable. La obediencia nos hará caminar con seguridad sin desviarnos por ningun lado: jamás permitirá Dios que nos descarrié; y él por sí mismo cumplirá todo lo que pudiera faltar

por parte de su ministro. Siempre halláramos nuestra fuerza, nuestro auxilio, nuestro consuelo en la obediencia: todas las gracias que nos tiene Dios desahogado, están unidas á esta virtud. Armámonos de valor para vencer nuestras repugnancias, para imponer silencio á nuestra jactancia; y eslabemos prevenciones contra los lances del tentador, que todo nos lo hubiere ganado si llegase á conseguir el derribar nuestra obediencia.

CAPÍTULO XVII.

Jesús pasa su vida con el trabajo de sus manos.

Dícese que Jesús hubo llegado á la edad de trabajar, se ejercitó en el oficio de José, que, según la común tradición, era carpintero. Un Hombre Dios se somete á la ley impuesta á Adán pecador, de comer el pan con el sudor de su rostro. No se desdella de aplicarse á un ejercicio bajo y despreciable, según las ideas humanas, y á él consagra la mayor parte de su vida. Aquel que tan fácilmente podía librar á José de la necesidad de vivir también en trabajo, no tuvo por inconveniente extinguir el mismo de trabajar. Así estaba decretado en el consejo del Eterno, al que se sometió con gusto, cumpliendo lo que su profeta había dicho de él: *Pobre y en los trabajos pasó mi juventud* ¹.

Todos por su parte se dedicaban al trabajo en la santa familia de Nazareth. María cuidaba de los quehaceres domésticos; José administraba su oficio, y hacia subsistir á Jesús y á María. Jesús, ya adolescente, ayudaba á su padre, es decir, al que ponía por tal; y después cayó sobre él el principal trabajo. ¡Qué espectáculo! este augustísimo motivo de contempla-

¹ Isaías, 63.

cios! En él se fijaban, absortos sin duda los celestes Espíritus. Si nosotros no le meditamos con asombro, es porque no sabemos lo, y porque vemos las cosas de otra manera que Dios. Este trabajo era auido, diario, continuo: no era un trabajo de gusto y de capricho, sino de necesidad: trabajo penoso, oscuro, humillante, obligatorio, que casi no le dejaba sino el tiempo preciso para reparar sus fuerzas por medio de un alimento frugal, y por un corto sueño. En una palabra, su existencia era la de los más pobres artesanos.

Este trabajo ¿le impedía la oración? No sin duda. En él guardaban silencio; pero el espíritu y el corazón quedaban siempre unidos á Dios. El alma tenía su ejercicio así como el cuerpo, y lejos de perjudicarse reciprocamente, el uso de los dos ejercicios favorecía al otro. Bastaría serlo el decir, que el alma de Jesus hubiese podido separarse en solo instante de la presencia de Dios, si tampoco puede pensarse de María ni de José.

¿Qué deben inferir de todo esto los que se proponen imitar á Jesus? Primeramente, que el trabajo les es indispensable en cualquiera condición que el cielo les haya hecho nacer. Si no á todos lo prescribe la necesidad de vivir, á ellos les obliga una necesidad de un orden superior, la de llevar el castigo al que fulminan todos condenados en la persona de nuestro primer padre; la de obedecer á una ley de Dios que no permite excepción alguna; la de asemejarse á Jesucristo, si queremos ser del número de los predestinados. Notad de paso, que el Salvador recogió para sí el género de trabajo más propio para confundir nuestra pereza y nuestro orgullo.

En segundo lugar, que no hay ocupación por humilde que sea según nuestras preocupaciones, de la que deba avergonzarse un cristiano, con tal que sea honesta; que, antes al contrario, tiene un motivo de alegrarse si su estado le acerca más á Jesucristo; pero que para tener más perfecta semejanza con

el, es necesario aceptar por amor el trabajo á que nuestra condición ó profesión nos sujeta.

En tercer lugar, que un trabajo sea pura abstracción y absolutamente libre, que se toma y se deja cuando se quiere; que un trabajo cuyo único objeto es entretenernos y pasar el tiempo; que un trabajo cuyo único objeto sea adquirir riquezas, honores ó reputación, ó satisfacer una vana curiosidad, no está en el orden de la Providencia, ni es digno de un cristiano, ni merece el cielo. Si cada uno se examina á sí mismo en este punto, según los principios de la religión, ¿cómo tendríamos que reprocharnos?

En cuarto lugar, por fin, que para santificar el trabajo, no basta que sea honesto en sí mismo, conforme á las órdenes de Dios, y que se tenga en él una intención pura; sino que debe además ir acompañado del espíritu de oración, para de este modo disipa y deja poco y varía el cansancio. No quiero decir que se haya de meditar siempre que se trabaja, esto es casi siempre imposible; ni que se hayan de pronunciar oraciones vacías, lo cual, á mas de ser fatigoso solo sería la mayor parte del tiempo un movimiento maquinal de los labios. Lo que quiere decir es que conviene estar unido con Dios, como le describo, por una cierta atención del espíritu y un cierto afecto de corazón, que no se crea cosa sino la atención habitual. Solo el amor puede enseñarnos el hacer esta especie de oración trabajando, y á no interrumpirla nunca, por mas que el deber aplique á otra cosa nuestra atención. El amor de Dios, cuando se ha apoderado de un corazón, no puede estar sin ejercicio; ninguna ocupación exterior suspende su actividad, antes bien contribuye á mantenerla. El medio mas seguro de conservar el espíritu de oración, es procurar que el trabajo venga después de la oración, y la oración después del trabajo. No se puede estar siempre contemplando: fatigan el espíritu, el cuerpo agota sus fuerzas, y degeneraría en ociosidad. Preciso es entretener el rogo y la acción; y la vida

interior no se asustiera por largo tiempo, si no fuese alterando con alguna exterior ocupacion.

Avisas á las personas dedicadas á la vida espiritual de poseer amor al trabajo. Esta avaracion no es del todo infundada con respecto á aquellas almas devotas que se agobian con prácticas exteriores de piedad, ó que se abandonan tan indiscretamente á las buenas obras, que se olvidan de ellas una negocios domésticos; y aun mas con respecto á ciertos caracteres molles é indolentes, que sumidos en la holganza del reposo, no dejan trabajar mas que su imaginacion, dejando abrumar de visiones fantasmáticas, á los cuales toman por verdaderas oraciones. Mas es una injusticia el hacer semejante inspeccion á las almas que tratan en realidad de dejarse conducir en todo por la gracia. No negaré que en los principios en que las almas se encuentran la gracia, vienen tentaciones de descuidar el trabajo para abandonarse á ella, y que alguna vez se cae en esta tentacion. Mas como esto es una pura Union del amor propio, no tarda Dios en reprenderla y en corregirla.

No tiene para asegurar firmemente, que toda alma solidamente interior ama el trabajo, que se hace de él un deber, que aprovecha todos los momentos, y que evita con suma cuidado toda especie de holganza y de inutilidad. En las tentaciones, en las pruebas, no podiera sostenerse sin el trabajo: es necesario en cuanto pueda que salga de sí misma por medio de la accion, y que se destruya así de lo que en su interior pasa. Cuando mas sufre, si sus sufrimientos corporales no son excesivos, no le priva de ocuparse de una manera proporcionada á sus fuerzas. En cuanto á los ratos en que disfruta ó se recrea, no son tan largos que no le dejen en todo el día horas libres para trabajar, y no le absorban de tal modo que no le dejen expedita la aplicacion para el trabajo. Toda alma interior tiene en su fondo actividad y vivencia, y necesita siempre alguna ocupacion ya de espíritu ya de

cuerpo; y si no los halla suficientes en los deberes de su estado, industria tiene para procurárselos. A esto le guía el espíritu de Dios, y no le permite quedar un momento en inacción, á la cual si se ve reducida por la necesidad de las circunstancias, es para ella un verdadero tormento. ¡Qué hombres mas interiores que S. Agustín, S. Bernardo, S. Francisco de Sales! y qué hombres mas laboriosos y mas ocupados! Pienso á la verdad que hayas podido escribir tanta, y sus escritos no son tal vez la parte mas numerosa de sus trabajos. Otro tanto pudiera decir de muchas mujeres: de una Sta. Catalina de Sena, de una Santa Teresa, y de muchas otras, cuya vida, aunque toda de oración, fué extraordinariamente llena de diferentes géneros de obras buenas.

CAPITULO XVIII.

Bautismo de Javerito.

JAVERITO, después de haber guardado una vida oculta por espacio de treinta años, empieza á manifestarse exteriormente, y á darse á conocer por un acto de la mas profunda humildad. Juan su precursor habia salido apenas del desierto para preparar sus caminos. Este precursor anunciaba á los judíos que el reino de los cielos estaba cercano, que era necesario hacer penitencia; y los disponía por un bautismo de agua, purificación meramente exterior, á ser bautizados en el Espíritu Santo y en el fuego por aquel que debía venir después de él, y que era antes que él. Admirados de la austeridad de su vida, y conmovidos con la fuerza de sus discursos, corrían á él de todas partes los pecadores, y recibían su bautismo. Jerus confundida entre la turba de los

publicanos, de los soldados y de los demás que confesaban sus pecados en alta voz, presentarse á Juan como oco de entre ellos, para que le bautizase. Juan que le conocía, y que entre otras cosas había dicho de él en el acto de mostrarlos: *El aquí el cordero de Dios, ved aquí el que quita los pecados del mundo* " no pudo sufrir verla tan bañillado á su pretucia. ¡Fu, le decía, debo ser bautizado de ti, y tú rimar á mí? Mas Juan le respondió: *Dejame hacer ahora; que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia* ". ¡Qué prodigioso abatimiento! Lo que en concepto de Juan parece indecoroso al Hijo de Dios, el Hijo de Dios lo llama justicia, y un deber que le conviene cumplir. ¡Qué! ser bautizado como pecador por un hombre puro, por aquel á quien había el mismo santificado en el seno de su madre! No me sorprende la admiración de Juan, ni su repugnancia, ni sus esfuerzos para oponerse á Juan. Mas en este nudo combate vencerá la humildad del Salvador, y Juan se verá obligado á ceder por respeto.

Por lo demás, á Juan no le dá cuidado alguno el concepto que la multitud formará de su persona; ni menos piensa en que el bautismo que va á recibir será una provocación desfavorable contra su misión divina, y que jamás se creerá que quien así se confunde con los pecadores sea el Santo de los santos. Ni aun le ocurre la idea de que por esta acción disminuya, dignándose así, el honorífico testimonio que en diversas ocasiones ha dado de él su precursor. El representa á los pecadores, ha venido á pagar por ellos, y bajo este respeto, justo es que se humille, que se anonade. Lo conveniente á la manifestación de su persona divina, no le toca á él ahora; esto queda para su Padre: su negocio es el glorificarle abatiéndose, y dando de sí las mas humillantes ideas.

¡Oh Salvador mío! ¿cuando llegaremos á conocer que por

1 Juan 1, 29.

2 Mat. iii, 14 y sig.

nosotros y únicamente por nosotros se habéis reducido á tal estado? ¿Que lo que vos insistís por pura obediencia, debemos serlo nosotros por justicia; que como á cada y una mas como pecadores, la humillacion es nuestro patrimonio; y que si la vanidad, el orgullo, el amor propio es un crimen en la esfera mas elevada, es lo mas odioso, lo mas execrable, lo mas abominable en un hombre que no es otra cosa sino ignorancia, corrupcion y pecado? ¿Quién nos hará pues humildes, si vuestros ejemplos no producen en nosotros este efecto? ¿Es posible que no ochemos de ver que toda la religion cristiana atriba sobre la humildad, que todo la refiere á la humildad, que no predica ni inspira sino la humildad? Humilláronos interiormente; consueñan en ser humillado en lo exterior; no temer sino lo que nos eleva á nuestros propios ejes y á los de los demás; no temer sino el desprecio, y ser de él constantemente ambiciosos, con íntima persuasion de que no se nos puede menospreciar tanto como merecemos serlo; he aquí el principio, el progreso, el complemento de la modestia cristiana. No se glorifica verdaderamente á Dios sino por este medio; y si de este modo le glorificamos, ya habrá él glorificado á su vez, y hasta en esta vida, si ha de servir á sus designios. Ved cómo solícito se muestra en glorificar á Jesucristo, en el momento mismo en que él se muestra al pueblo tan solo como un pecador penitente. *Empujado Jesus, al instante que salió del agua, se le abrieron los cielos, y salió bajar al Espíritu de Dios á manera de paloma y posar sobre él. Fugóse una voz del cielo que decía: Este es mi querido Hijo en quien tengo puesta toda mi complacencia.* ¿Qué testimonio tan brillante rinden á la divinidad de Jesucristo las dos otras personas de la adorable Trinidad! Le precedia Jesus, mas como hombre en lo descendit: no se humilló para procurársela: no se alegró de él para sí mismo, y nada se atribuyó á sí de la gloria que le daba en el espíritu

de los que presentes se hallaban. Comparad este testimonio celestial con los que Juan Bautista dió á Jesús, y con los que Jesús dió asimismo en las ocasiones necesarias. ¡Qué diferencia en el aparato, en la magnificencia y en la impresión que debían producir! Abrense los cielos: el Espíritu Santo desciende visiblemente, y viene á posar sobre la cabeza de Jesucristo: el Padre habla, y declara con fuerte y majestuosa voz, que este hombre que acaba de abatirse hasta igualarse con los pecadores, es su muy querido Hijo, objeto de sus complacencias.

No tenemos parte en nosotros, y lo repetimos, sino para humillarnos, ora sea delante de Dios, ora delante de los hombres. No seremos verdaderamente grandes á los ojos de Dios, no seremos objeto de su amor y de sus delicias sino por este medio. Si á la vista de los hombres no somos grandes, ¿qué nos importa? han de ser ellos los jueces del verdadero mérito y de la verdadera grandeza? Pacifiquemos algunas veces que la gloria de Dios está interesada en nuestra reputación y en el éxito de nuestros negocios, y bajo este punto de vista creemos sernos perjudicados el deseo de ser estimados y de salir bien de nuestras empresas, cuando tienen por objeto la religión y el bien de las almas: nos afligimos cuando no cogemos el fruto de nuestros trabajos sino la humillación y el menoscabo. ¡Ah! cuán á menudo se oculta el orgullo bajo esta apariencia de celo por la gloria de Dios! Si trabajáis sinceramente por la gloria de Dios, expectad por desear para vos la humillación para gozaros y complaceros en ella; por medio de esta disposición, infaliblemente glorificareis á Dios. Despues de esto dejadle conducir como á él le plazca las empresas que habéis tomado para él; y sea cual fuere su éxito, estad seguros que redundará en gloria vosa. Y por lo que á vos toca, si él juzga á propósito dar en la tierra testimonio de vos delante de los hombres, lo hará, no para gloria vuestra, sino vosa, con tal únicamente que vos no la desecis mas de la que la dió Jesucristo. De otra modo, sería peligroso

para vos, y el bien de vuestra alma sufriría detrimento, si con semejante denuo fuese vicia vuestra súplica.

CAPÍTULO XIX.

Testación de Jesucristo.

Luego despues de haber recibido el bautismo de Juan, *Jesús fué convaluido del Espíritu al desierto para que fuese tentado por el diablo*¹. Notemos las circunstancias. Por la inspiracion del Espíritu Santo Jesús es empujado, ó, segun la expresion de S. Marcos, es arrebatado al desierto, para ser allí tentado por el diablo. Esta tentacion que tan estralla y humillante nos parece con respecto al Hijo de Dios, estaba ordenada por su Padre; y para obedecer al espíritu de su Padre se sujeta á ella, y quiere el mismo ser tentado como un puro hombre. El diablo pues, por una permission divina, osa arrearlo á esta alma tan santa, osa proponerle sus infernales sugestiones, y hace el ensayo de inducirle al mal. Basta se atreve á usar de su poder sobre el cuerpo de Jesús, sobre aquel cuerpo unido á la divinidad, y lo transporta sobre lo mas alto del templo, y despues sobre la cima de un monte. ¿Podríamos creer hecho semejante, si no lo leytamos en el Evangelio? Y á pesar de toda nuestra fe, ¿no repugna á esta idea nuestra imaginacion? Y despues de esto, ¿hallaríamos cosa extraordinaria el ser tentados nosotros que se somos áun criaturas miserables? ¿Chocará con nuestro orgullo, ó con nuestro amor propio, el que se sirva Dios del maligno espíritu para probarnos, para humillarnos? ¿Pensamos, por habernos consagrado á Dios, estar ya libres de tentaciones? ó que pueda garantizarnos de ellas la mas eminente santidad? O bien ¿nos creemos abandonados de Dios, porque

¹ Mateo, ca. 4.

para su gloria y para nuestro bien permite al demonio que nos instigue al mal? Preparémosnos mas bien para las tentaciones, y guardémosnos en ellas, ya que queremos pertenecer tan especialmente á Dios. Persuadiémosnos que en esto nos da una prueba de su amor. Sujetémosnos á esta humillacion á ejemplo de Jesucristo, y miremos las tentaciones como un poderoso medio de santificacion empleada por el mismo Espíritu Santa.

En el desierto es en donde se tentado Jesucristo, y allí le conduce el Espíritu con este objeto. ¿Qué nos enseña con esto el Evangelio? Nos enseña que el retiro y la soledad son el lugar propio de las tentaciones; evitando hablar de aquellas que permite Dios para nuestro adelantamiento espiritual. En el trato del mundo, las ocasiones de pecar se encuentran á cada paso; y mas bien son los objetos exteriores que el demonio nuestros tentadores, quedando ya vencidos cuando á ellos nos exponemos voluntariamente sin raras alguna legítima. Todo lo que hace el demonio con sus sugeraciones es incitarnos á ello, mientras Dios de su parte esfuerza con su gracia para alejarnos: así que estas tentaciones si son de la voluntad de Dios, si están en el orden de la Providencia para nuestra salud. Mas, cuando llamados por la gracia á la soledad, para ocuparnos durante algunos dias con Dios en las sagradas de nuestra conciencia; ó cuando habiendo hecho divorcio con el mundo, hemos tomado el partido de retirarnos, las tentaciones á que estamos entonces expuestos son propiamente del demonio envidioso de nuestra felicidad, que no deja piedra para mover con el fin de esterbar nuestros buenos propósitos. Dios, cuya voluntad es que la santidad sea el premio de nuestros combates, el mismo nos pone en lucha con el ángel de las tinieblas, girase con el espectáculo de nuestras esmeras y de nuestra resistencia; nos protege, nos sostiene, nos fortifica inevitablemente, y nuestra victoria es el triunfo de su gracia. No temamos pues las ten-

laciones que nos viagan á suitar en el desierto. No somos nosotros sino el Espíritu Santo quien nos expone á ellas, y quien por lo mismo se encarga de socorrernos. Cautémos en su asistencia y no en nuestras fuerzas, que no son sino debilidad; acatemos fíeles á sus inspiraciones; no cedamos de llevarle en el peligro; y lográremos salir de él en nuestro provecho.

Cuarenta dias y cuarenta noches habia pasado Jesus sin tomar el menor alimento, y durante todo este tiempo no se habia ocupado mas que en la oracion, cuando vino á tentarle el diablo. En cuanto á sí mismo no tenia Jesus necesidad de prepararse así para la tentacion; mas él queria enseñarnos de qué armas debemos valernos para rechazarla. El ayuno debilitando el cuerpo, y la oracion fortificando el espíritu, nos hacen insensibles al demonio, el cual en el aislamiento de la soledad no puede atacarnos sino por dos flancos, por la concupiscencia de la carne, ó por el orgullo del espíritu. Bajo el nombre de ayuno se encienden todas las maceraciones del cuerpo, todo lo que le reduce á la sujecion en que debe estar. Mas aquí son necesarias algunas precauciones de que echar mano para no traspasar los límites de la prudencia y no dar la salud por medio de indiscreciones. Para las personas que viven en el mundo, una vida sobria y arreglada, enemiga de todo lo que sabe á molice y delicadeza, es un suficiente preservativo contra las tentaciones que vienen de la carne. En el claustro es menester acomodarse á las prácticas de mortificación establecidas por la regla, no dispensándose nada de ellas, pero no abdicando nada sin permiso. A lo mas, si las tentaciones exigen medios extraordinarios en razon de su violencia ó de su continuidad, ya les inspirará Dios al director ó al superior, y bendecirá nuestra obediencia. El efecto de la oracion, ya vocal, ya mental, con tal que de corazón se haga, es humillar el espíritu, inspirarnos una santa desconfianza de nosotros mismos y enseñarnos á no confiar sino

en Dios solo, sin dudar jamás de su bondad ni de su fidelidad en socorrerlos. Toda oración que en vez de anegadarnos á nosotros mismos, alimentase nuestro orgullo, sería mala, pues no tendría á Dios por principio; y pudiera considerarse mas bien como una de las mas estúpidas lacer del diablo. ¿Cómo pudiera ser nuestra salvaguardia en las tentaciones, cuando ella misma sería una tentación peligrosísima? Examinemos pues con toda escrupulosidad las disposiciones en que nos deja la oración; y no la consideremos eficaz contra el tentador, sino en cuanto salgamos de ella mas humildes, mas contentos de Dios, de cualquier modo que nos trate, y mas descontentos de nosotros mismos. Esta advertencia nunca me parece bastante repetida; pues la humildad es la piedra de toque de la buena oración, y nada nos expone tanto al orgullo y á la ilusión, como la oración mal entendida y mal practicada, en donde nos es el juego del propio espíritu y del amor propio.

Jesucristo, por fin, se retira al desierto para conversar allí únicamente con Dios, y luchar con el diablo, antes de comenzar su vida pública. Hasta entonces habia llevado una vida oculta y laboriosa; y no hemos que mirarnos en la ociosidad se ocupaba en el trabajo de sus manos, hubiese probado tentación alguna. El trabajo sordo es efectivamente un medio seguro para destruirlos. Mas en el momento en que él va á entrar en la carrera de sus predicaciones, es que va á manifestarse al mundo por su doctrina y por sus milagros, quiere pasar por la prueba humillante de las tentaciones. En verdad no le era necesaria esta prueba para preservarlo de la dissipación y de la vanagloria, que son los dos escollos del ministerio público; mas en esto no le va otra mira que nuestra instrucción. Para afirmarnos en la vía interior y fertilizarnos en la práctica de las virtudes, Dios nos tiene por largo tiempo como ocultos bajo la sombra de sus alas, y en esta apacible retiro-mostramos nuestra seguridad. Mas tras-

de sus sus desiguales servicios de nosotros para la santificación de los demás, nos prepara regularmente para ello por medio de la tentación: primeramente á fin de que por nuestra experiencia personal podamos ser mas útiles al prójimo; y en segundo lugar, para hacernos mas vigilantes y mas eternos sobre nosotros mismos, y para que las relaciones exteriores no produzcan el mal efecto de dispersarnos. Porque las tentaciones son instruyeron de nuestras propias necesidades, y nos enseñan á no descuidarlas, proveyendo á las necesidades de otro; en tercer lugar, para mantenernos en la humildad con el recuerdo siempre presente de nuestra corrupción y de nuestra fragilidad, para estar apercebidos contra las alabanzas y las elogios de los hombres, y guardarnos de atribuirnos nada de todo el bien que Dios hace por nosotros, y del cual es justo que le redunde la gloria. Podemos here estas razones, y conocemos de nuestra utilidad son las tentaciones para las almas interiores que están destinadas al servicio y al adelantamiento de los otros por medio de la predicación, de la dirección, y hasta de las conversaciones familiares.

CAPITULO IX.

De qué modo Jesucristo rechaza la tentación.

Durante de un ayuno tan prolongado, que parece no pueda sostenerse Jesús más un prodigio, operado ya la naturaleza, probó el dolor y el hambre. Aprovechó el diablo este momento para acercarse á él y tentarle, diciéndole: Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan *. La tentación fué puramente exterior; el diablo se le presentó bajo una forma visible, y le habló. El desierto es donde se halla-

* Mat. iv. 3 y sig.

Haba en lo eterno naturalmente medio para satisfacer la necesidad negativa en que se encontraba. Era para nosotros que apelase para este efecto á su omnipotencia; y solo es lo que le propuso hacer el demonio á fin de asegurarse si era realmente el Hijo de Dios, como ya lo sospechaba. Su malicia estaba interesada en saberlo, y Dios quería enseñarle acalla para que la destrucción de su imperio y la redención del género humano se obrasen por los esfuerzos mismos que haría él para impedirlo. Jesús, que no podía desconocer el ardor, le respondió con esta sentencia de la Escritura: *El hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.* Es decir, Dios no está reducido á solo pan para sustentar al hombre, no tiene más que mandar, y puede suplirlo con todo otro alimento. Por medio de esta contestación inutiliza el artificio del tentador y se descubre lo que él es, sin que por sugestiones haga el menor uso de su poder absoluto sobre la naturaleza, y deja á su Padre el cuidado de proveer á su subsistencia. Á falta de pan, Dios había alimentado á su pueblo en el desierto con un maná que lluvia diariamente del cielo; esto es lo que significan las palabras de Moisés empleadas aquí por Jesucristo, para manifestar su confianza en Dios, que se carga de bondad de medios para subvenir á las necesidades de sus criaturas.

En las diversas especies de necesidades que nos apratan y en las males por las padece la Providencia, sucede de ordinario que nos entregamos á la impaciencia, y que el anhelo en que nos hallamos para salir de ellas nos expone á violentas tentaciones. Proponemos entonces el demonio, no proclamamos obras milagrosas, sino pedirlas á Dios, prescribiéndole en cierto modo la vía por la que deseamos que él nos libre. Si no lo hace en la ocasión y del modo con que apetecemos, murmuramos contra él, enojamos en desconfiar de su bondad, y el desamparo llega á veces hasta precipitarnos en el pecado. Resistamos pues al demonio como Jesucristo; y cuando nos fal-

ten ó sean ya agotados los medios humanos, jamás perdamos la esperanza en Dios; abandonémosle á él, y creíamos firmemente que vendrá á nuestro socorro, sin darnos pena por el modo, que no sabemos prever y que nos sorprenderá de sorpresa. Frecuentes son estas críticas circunstancias en la vida interior, en la que la fe se ve puesta á todo género de pruebas. Aquel momento mismo que parece sin ningún recurso, entonces es cuando obra Dios, el cual se complace en que la criatura haya puesto en él toda la confianza que puede poner; y entonces él se declara y viene en su ayuda. Mas nada le designaba, nada le presentaba, y conservase siempre en una confianza general que no es regular.

No habiéndole salido bien al diablo la primera tentación, transportó á Jesús á la santa ciudad, y después de haberle colocado en el punto mas elevado del Templo, le dijo: Si eres el Hijo de Dios saltas de aquí abajo. Para así decirte que le ha recomendado á sus discípulos, los cuales le tomaron en sus manos, para que no cayese contra alguna piedra. A la primera sugestión del tentador había opuesto Jesús la confianza en Dios; mas el tentador le sugiere desde luego el abusar de esta confianza, y hacerla llegar fuera de límites, no pretendo de que, si es Hijo de Dios, no corre riesgo alguno en precipitarse. Esto era una verdad; pero ninguna memoria el Salvador para hacer esta prueba, que no hubiera tenido otro objeto sino satisfacer la curiosidad del diablo, quien quería con esto asegurarse si era el Hijo de Dios. Y así como Jesucristo se había servido de la Escritura, el diablo le empleó también á su vez; y por la falsa y maligna aplicación que de ella hace, trata de justificar la acción que le propone. Mas Jesús le responde: También así serviré, no tentaría al Señor mi Dios; y sería tentarle, el pedirle un milagro de protección en un peligro en que se exponiera por el mismo sin causa legítima. Observad de paso, como Jesucristo explica la Escritura por la Escritura misma; y como por medio

de un paño claro y formal demuestran el abuso que hace el demonio de otro pasaje tomado en mal sentido y por aplicado.

El tentar á Dios es una falta en la que se cae con bastante frecuencia, sobre todo en los principios de la vida espiritual. Las señales de bondad y de familiaridad que de él recibe extiende el alma, la enardecen á veces con algun exceso, y el diablo, abusando de este atrevimiento y de su sencillez, la incita á pedir á Dios ciertas cosas que no están en el orden de su providencia, y que no debes esperarse de él: lo cual es propiamente tentarle. Así, es tentar á Dios contar sobre su auxilio en ocasiones peligrosas para el cuerpo y para el alma, en que nos mantenemos por nosotros mismos: es tentarle el hacer en alguna manera ensayos de su poder y de su protección sobre nosotros, sin razón alguna, y únicamente para ver si nos saldrá bien tales ensayos: es tentarle el imitar de nuestro propio movimiento ciertas rasgos de la vida de los Santos que tocan á prodigio, y que no se obtienen sin una particular inspiración, como por ejemplo ayunos, austeridades que superan las fuerzas ordinarias de la naturaleza: es tentarle, por fin, el pedirle gracias extraordinarias, que por el mismo no contribuyen á nuestra perfección, y servirle con el ánimo de conseguirlas. De sí mismo confiesa S. Agustín que estuvo sujeto á esta tentación. Por cada artificio de infernalidad, dice, me ha embutido el enemigo, para mostrarme á pedirle algun milagro, ¡oh Dios mío! ¿es á quien debe servir en la humildad y en ellet de mi corazón? Este gran Santo conocía el lazo y se guardaba de él. Mas ¡cuántas almas menos humildes y menos ilustradas que la suya caen en él todas las días! El tentador emplea para ello mil artimañas, mil aparentes razones de piedad, diciéndonos: que el brazo de Dios no se ha abreviado; que si para otros lo ha hecho, lo hará también para nosotros; que nada le cuestan los milagros en favor de las almas que le aman y que confían en él. Tampoco le faltan

palabras de la Escritura, de las que toma mano con astucia para mejor seducirnos. Mas estad prevenidos; examinad escrupulosamente la naturaleza de las cosas que pedís á Dios, las circunstancias en que se las pedís, y sobre todo los motivos que á él os impulsan. Consultad con personas ilustradas, y cada círculo de vuestro espíritu. Es cuanto á los corrientes de piedad con que el enemigo dificultará tales sugerencias, hallaréis siempre en los grandes principios de la religión y en estas palabras, un ínterin al Señor de Dios, armas invencibles para contrarrestar semejantes ataques. Desconfiad únicamente de vuestra imaginación, de vuestro espíritu, de vuestra vanidad, de vuestra curiosidad. Solo por estos flancos es fuerte contra vosotros el demonio.

En fin, le abrió el diablo á un mundo muy encusado; y mostróle todas las riquezas del mundo, y la gloria de años, le dijo: Todas estas cosas te daré, si postrándote delante de mí me adoraras. Y vencido en sus dos primeros ataques, en que solo había empleado la astucia, mostrábase ya en descubierta, y propuso al Salvador que le adore, prometiéndole á esto todo el imperio del universo, como si estuviese á su disposición. Con esto nos hace ver, que el fin de todas sus tentaciones mas ó menos inmediato es siempre el sustituirle á Dios en nuestro corazón, y hacerse adorar en lugar suyo. Y en verdad, ¿no es adorar al diablo el dar oídos á sus sugestiones, el acceder á su voluntad y seguirle, en detrimento de la voluntad de Dios? Y ¿qué nos promete para esto? ¿Qué de ventajas nos hace esperar en la vida presente, como si lo tuviese todo en su poder? ¿No nos engaña siempre con motivos de interés, de placer, de honra? Y á las almas interiores si no las seduce por objetos temporales del mismo género, ¿no las seduce por medio de objetos espirituales análogos? No les ofrece su servicio, con la mira de acumular riquezas espirituales; su desigualdad, por las falsas dárteas y por las vanas consolaciones que les procura; su orgullo, proponiéndole-

los estados muy altos de caridad, oraciones sublimes, éxtasis y revelaciones imaginarias? ¡Cuántas no ha seducido y arrastrado á su perdición por semejantes medios! Se le guardado bien de descubrirse por de pronto, ni de decirles: prosternaos y adoradme. Esta propuesta los hubiera alarmado; mas ocultándoles el término, ha encontrado el secreto para conducirlos á él, haciéndolos adorar en vez de Dios sus propias ilusiones, que él mismo había forjado, y precipitándolos sin esperanza de retorno en pecados enormes ya de espíritu ya de carne, que los han vuelto oscuras ayas.

El punto principal, pues, es saber discernir las miras del demonio en las tentaciones de que se vale, y prever sus funestos resultados, y entonces nos parecerán tales como son, horribles y abominables. Y le diremos como Jeronímico: *Apártate de mí Satana; para está servido. Adorando al Señor Dios hago, y á él solo servido. Tú pretendes que yo te adore y te sirva, á esta se dirigen las esfuerzos que hago de animarme preparada; mas no me importen los artificios. Hoy te detesto á ti y á tus sugestionas. ¡Cuán humilde, cuán atento y dócil á la luz divina se necesita ser, para descubrir de antemano los lazos que nos tiende el enemigo, y librarnos de ellos! Si dejas que se coja, heas aquí ya á su disposición, sin saber á donde se conducirá; pues la oscuridad y la debilidad crecen á proporción de nuestras caídas, y nos preparan á otras mayores, que el orgullo hace irreparables. No conozcamos al demonio, ni desconfiemos de él, ni nos horrorizará, sino en cuanto habremos aprendido á conocernos, á temerle todo de nosotros mismos, á reconocerle, á aborrecerle.*

CAPITULO XII.

Fin de esta tentación.

Aunque el diablo no pudiese conseguir el objeto que se habia propuesto, que era el saber de cierto si Jesus era el Hijo de Dios, no obstante en aquellas palabras: *apártate de ahí Salomé*, sintió una fuerza imperiosa que le alarmó y le obligó á alejarse. También debió advertir que nada podía sobre el alma de Jesucristo, ni aun para solicitarla y hacerla vacilar, lo cual aumentó sin duda sus sospechas. Retírase pues, mas hasta otro tiempo, dice S. Lucas. Y ¿cuál pudo ser este tiempo sino el de la Pasión, en que inspiró su traición á Judas, y sugirió á los judíos toda su rabia contra Jesucristo?

Cuando nos resistimos al demonio, mas escarmentadamente se empeña en perdernos; y viendo que no tiene poder alguno sobre el alma, descarga su furor sobre el cuerpo, como así lo experimentaron S. Antonio y tantos otros Santos. Mas ni aun sobre el cuerpo hace mas que lo que le permite Dios, y no puede traspasar sus órdenes. Cuidado, pues, que el temor de sus malos tratamientos no nos haga sucumbir jamás á sus sugestiones. La señal mas segura que se halla vencido y desamparado, es de que abandone el alma para atacar el cuerpo: lo que entonces lo hace sufrir, es una prueba, no una tentación.

Después de haberse retirado el diablo, acontecieron los ángeles, y sirvieron la comida al Señor. Así acaban las tentaciones, por favores del cielo proporcionados á lo que se ha tenido que sufrir, y al grado de la resistencia. Las tentaciones son siempre recompensadas. No indudable fruto es la adquisición á el don de la virtud sobre la que ha recaído aque-

lla, un aumento de la gracia santificante, y mayor copia de fuerza para combatir al enemigo. Cuando las tentaciones son extraordinarias, las gracias que las siguen lo son también, y entonces es cuando las visitas del cielo son mas dulces y mas consoladoras. Sabido es por experiencias semejantes hasta qué punto vela Dios sobre sus fieles servidores, y cuánto se interesa en sus victorias. Luchemos, pues, con valor y con alegría á los ojos de Dios, revestidos de la fuerza de Dios, el cual solo á este precio nos tiene prometida la corona, y que está mas pronto para dársela que nosotros para recibirla.

¿Qué tentación para? Jesucristo vendió por nosotros, y siguió estanco de vencer con él combatiendo bajo sus banderas. Si él quiso ser tentado, fué no para su provecho, sino para el nuestro. Con su ejemplo nos enseñó como debíamos portarnos en las tentaciones: hizo sobre sí mismo el ensayo de las fuerzas de nuestro enemigo, para dispensarnos en la medida conveniente los socorros de que necesitamos. ¿Cómo nuestro Pontífice no tuviera compasión de nuestras flaquezas, cuando, á escepcion del pecado, las ha probado todas, hasta las tentaciones, que es la mayor miseria á la cual estemos sujetos? El debió, como nos asegura S. Pablo, asemejarse á una hermanas, á fin de ser un Pontífice misericordioso y fiel para con Dios, en orden á expiar ó satisfacer por los pecados de su pueblo; ya que por razón de haber él mismo padecido, y sido tentado, puede socorrer á los que son tentados¹.

¿Qué cosa es la vida interior? Una serie, un tejido de tentaciones de toda especie. Desde el instante en que entra en alma por esta vida, allí encuentra al demonio ocupado delcamente en tradarle lazo. Si Dios está siempre con ella, el demonio está siempre también á su lado sin darle un momento de reposo, atormentándola de continuo, hasta que ha perdido toda esperanza de vencerla; esperanza que conserva por mucho tiempo; no renunciando á ella hasta el último ex-

¹ Heb. II. 17. 18.

tremo. Mas ¿para qué tanto empeño en atormentar las almas interiores? Porque das á Dios la mayor gloria; por el absoluto desprendimiento con que la estás consagrandas; y esta gloria es cabalmente lo que el demonio pretende disputarte. Y es tambien porque, en semejante estado, aspiras á una santidad eminente; y el demonio hace incomparablemente mas esfuerzos para retraer las almas de la santidad, que para conducir las al pecado, al cual nos precipita no tanto el como nuestra propia malicia; al paso que mas bien se malicia que nuestra propia debilidad nos hace difícil la práctica de la virtud, cuando la hemos formalmente abrazada. Además, Dios, que se place en humillar este espíritu soberbio, le dice, mostrándole las almas interiores, lo que decía en otro tiempo con respecto á Job: ¿No has visto como me sirviera Job, que no tiene igual sobre la tierra, es anciano y recto, y me teme, y se conserva alejado del mal? El se complace en que luche con estas almas, para atormentar y glorificarse en ellas. Permitele que contra ellas opere todas sus astucias y su violencia, para llevarle á que se confiese vencido, y rinda esta homage á su gracia omnipotente que las hace triunfar. Sabed pues, almas consagradas á Dios, cuya mas fuerte ó mas bien única pasión es glorificar á Dios, que lo conseguiréis sobre todo desafiando al diablo en combate, luchando con él cuerpo á cuerpo, haciendoos los campeones de Dios contra su adversario. El ha osado medir sus fuerzas con Dios, y Dios, para manifestarle mas desprecio, le opone una débil criatura, y la convierte en instrumento de su derrota. ¿Qué honor para vos con tan alta elección! Sed humilde, poned toda vuestra confianza en Dios; y ved á Satanás su rival como rue á vuestro país. La victoria de Jesucristo os es garante de la vuestra.

CAPÍTULO XXII.

Elección de los Apóstoles.

Jesucristo, que venia á reformar las ideas humanas, y fundar el principio de la conversión del Universo, no sobre las riquezas y sobre el poder, ni sobre la elocuencia, ni sobre medio alguno natural, sino sobre la pobreza, sobre la debilidad, sobre el defecto de ciencia y de talentos; que no debia emplear para la ejecución de su designio sino medios sobrenaturales; que procuró el mismo con el mayor cuidado no manifestar en su exterior sino la humildad, y nunca poco apreciados del mundo; no podia menos de escoger para sus apóstoles sino hombres que en algo se le parecieran, pobres, sin letras, sin crédito, sin ninguna de aquellas calidades que atraen la estima y la consideracion de los hombres. Menester era que solo Dios apareciera en una obra cuyo plan habia formado, que él debia empujar, conducir y llevar á cabo, y que no pudiera atribuirse sino á él solo la gloria de su buena obra. Hé aquí una de las principales razones del estado oscuro y humilde en su Hombre Dios, y que le dirigió en la elección de sus apóstoles.

Tomados la mayor parte de sus profetas baje, groseros, ignorantes, sin educacion: eligió que para seguirle renunciassen á lo poco que poseian, y que sacrificasen hasta el deseo de adquirir nada en lo sucesivo. No se les contó por premio alguna humana; y durante todo el tiempo que con ellos estuvo, nada cuidó tanto como de sofocar en su alma todo germen de ambicion. No les anunció sino contradicciones, persecuciones, padecimientos, oprobios de parte del mundo; y comenzó por hacerles ver en su propia persona lo que debian

esperar. Si les habló de un reino, fué de un reino celestial que nada tenía de común con la tierra; de un reino al que no se podía entrar sino por el camino de la cruz, y cuya puerta baja y angosta no se abría sino á la humildad y al desprendimiento propio. Si les prometió bienes, fueron bienes de un orden sobrenatural, que tenían precio tan solo á los ojos de la fe, y que no podían obtenerse sino renunciando, á lo menos de corazón, á todos los bienes temporales. ¿Qué esperanza les dejó por? Ninguna para la vida presente; y la que les hacía vibrar, no tenía por objeto sino la vida futura, de que no tenían casi ninguna idea, y sobre la cual era indispensable que no tuviesen mas garantía que su palabra.

Antes de escogerlos, se retiró á una montaña, y pasó la noche en oración con Dios *. En esta plegaria pidió y obtuvo para ellos de su Padre las gracias que les eran necesarias para cumplir con su misión; y hasta la mañana siguiente, en que había ya sido escuchado su ruego, no declaró los angelos sobre quienes recaía la elección.

¡Cuán abundante cascanta hay aquí para nosotros! La obra de Dios empezada por Jesucristo se continúa y se continuará hasta la fin de los siglos. ¿Queremos contribuir á ella de cualquier modo que sea, por nuestras oraciones, por nuestros ejemplos, por nuestros discursos? Ante toda preocupación en disposición de hacerlo por medio de la abnegación y de la humildad. No nos apoyemos sobre los medios humanos; de nada sirven aquí, y no pueden sino perjudicar. Si tenemos talentos naturales ó adquiridos de que nos sea permitido echar mano, santifiquémoslos desde luego, reconociendo que de Dios los tenemos, que á Dios debemos consagrarlos, y que á Dios solo pertenece dirigir el uso que de ellos hemos de hacer. Reconozcamos además que los talentos naturales, por bien que los empleemos, son muy poca cosa é nada en comparación de los dones sobrenaturales que lo hacen lo-

do en la obra de que se trata; donde que da Dios á quien le place, y que no merece sino igual que se crea indigno de ellos. ¡Oh santa humildad! ¡Oh perfecta desproporcion de sí mismo! ¡vosotros sois la fuente de todo el bien que obra Dios en la tierra por los hombres; vosotros sois los instrumentos de que se sirve su gracia, y los apóstoles de Jesús y el mismo Jesús nada han hecho sino por vosotros! Muchas gracias trabajas directamente en la salud y en la perfeccion del prójimo; muchas otras se esfuerzan en contribuir á igual objeto con toda especie de buenas obras; algunas otras multiplican sus ruegos y sus austeridades á esta intencion. Mas ¿se alina á que el mayor resorte que debe explicarse es la humildad? que por poco que nos reservemos de nosotros mismos, por poco que nos haquemos, por poco que nos permitamos de ser amar propio que retiene siempre á su origen, retardamos, debilitamos, é detenemos quizás el éxito de las mas santas empresas? No, no se piensa como se debiera en esta importante verdad, y este es el único motivo del poco fruto que se recoge.

No para esto aquí. Queremos trabajar en la gloria de Dios, queremos sacrificarnos á ella. Mas ¿estamos ya bien persuadidos de que no podemos procurárnosla sino á costa de la nuestra propia; que para ello hemos de sujetarnos á toda clase de cruces y de humillaciones, sin esperar sobre la tierra sino contradicciones, persecuciones, desprecios, calumnias, malos tratamientos, en una palabra ser burlados, ploteados y aguietados como un vil gusano? Tener otros pensamientos y otras miras es egualarse claramente; es ir directamente contra el Evangelio; es poner un obstáculo invencible á la gloria de Dios.

Y aun sin ser apóstol, sino solamente discípulo de Jesucristo, ¿se puede pertenecer á él sin ser humilde, despreciado, odiado á sí mismo, sin llevar voluntariamente su cruz? ¿A los que llamó para seguirle ¿no los llamó para humillarse

acompañas á él? Y los que abandonen serlo, ¿se le abandonaron después? ¿Podías confiar á Jona por maestro, no digo solamente en el Calvario, sino en el curso de su vida, sin querer acompañas á él? ¿Y por qué parte podías parecerle los que le seguían, sino por las virtudes que acabo de indicar? ¿Por qué pues los olvidas casi todos los cristianos? ¿No las crees esenciales al cristianismo? ¿Las miras tal vez con horror? ¿Por qué son tan poco gustadas, tan poco perseguidas en práctica hasta por aquellas almas que hacen profesión de la vida espiritual? Ellas constituyen el fondo de esta vida; sin ellas no hay interior, á menos que sea falso é ilusorio; y sin embargo, no se quiere una oración que nos las muestre, pruebas que nos mortifiquen, aflicciones que nos despeguen de nosotros mismos, tentaciones que nos hagan conocer nuestra corrupción, nuestra debilidad, y lo que seríamos sin la gracia.

Almas hay, en fin, á las cuales Dios une á otras en calidad de discípulas, y destina á secundarlas en cualquiera empresa en que se interese su gloria. Antes de escogerlas, é mas bien para asegurarse de que Dios las ha escogido, constitúyelas en la oración; pídanle humildemente sus luces, con entera desconfianza de las suyas propias; no se detengan en las calidades naturales, en los talentos, en ciertas aptitudes exteriores, á menudo engañadoras, y mas delicias que útiles á la obra de Dios. Sabemos que Samuel, á pesar de ser santo y profeta, pasó por engañado, cuando se trató de escoger entre los hijos de Isai, al que Dios destinaba para reinar en lugar de Baal. Dejémosle impresionar por la hermosura y gallardía de los que de pronto se le presentaron; y David, el mas joven de todos, que guardaba vacueta rebañes, fué el único á quien nadie pensó en presentar, aunque Dios habíase puesto en él los ojos. El hombre no es sino lo de afuera; mas el Señor penetra en el corazón: esto es el que le decide, porque todo lo demás depende de él; y como á solo Dios pertor-

pero el conocerte, á Dios solo se ha de consultar. Os dijereis por ejemplo en tal persona, á ella dedicareis vuestros primeros cuidados, porque creéis que adelantará mucho mas que las otras en los caminos de Dios, y que es la mas propia para secundar vuestros designios. Dios con frecuencia le ha jugado de otro modo, y el éxito justifica después este juicio. Aquel en quien contabais no faltar, para él son perdidos vuestros trabajos; mientras aquel otro, del cual nada ó muy poca cosa esperaba, se va formando un grande hombre de espíritu, y la gracia divina le asiste para secundar vuestras miras. Dios se coloca en sus juicios: quiere que se reconozca que de él viene todo lo bueno, y jamás bendice lo que dimana del solo juicio del hombre. Sed humildes en toda, y toda os saldrá bien. Nunca esta gran verdad será bastante repetida.

CAPITULO XXIII.

Principios de la predicacion de Jesucristo.

No es posible dar un solo paso en la vida de Jesucristo, sin que se halla donde quiera la humildad al frente de todas sus empresas. El vino para ilustrar el universo. Segun vuestro modo de ver personae humano, nos parece que él debía haber anunciado en sí mismo el verdadero Dios, señalándose por su salubridad y por sus milagros, haciéndose reconocer su enviado y por su Hijo á las grandes naciones: á los romanos, dueños del mundo; á los griegos, pueblo distinguido entre los demás por la cultura de su espíritu, y por el conocimiento de las bellas artes. Separando de la idolatría á los jefes y á los magistrados del imperio romano, y poniendo á los filósofos griegos en la senda de la verdad, habiere en poco tiempo establecido su religion en lo-

das partes. Podia sin duda hacerlo así; mas reservó estas grandes conquistas para sus apóstoles, y él se limitó á la Judea, nación que era su objeto de odio y de desprecio para los demás, y en la cual el éxito de su empresa parecia inútil para el resto del mundo.

Mas en la misma Judea, ¿por dónde empieza? ¿Se dirige desde luego á la capital? ¿Ya á predicar el reino de Dios en la corte de Herodes? ¿Ya á enseñar á los sacerdotes, á los escribas, á los fariseos, mostrándoles en su persona y en su doctrina el cumplimiento de la ley y de las profecías? Tal era, al parecer, el medio mas natural y mas breve que le conducia en derecho á su objeto. Una vez ganados Jerusalen y los principales de la nación, todo el resto hubiera seguido. Mas no así debía empezar el mas humilde de los hombres, el Maestro y el Predicador de la humildad. El profeta Isaias le comparó á una planta que se levanta de una tierra sedienta y agostada. ¡Cuán débil es esta planta! con cuánta pena empieza á brotar, falta casi de todo alimento! qué pequeño es este granito de mostaza que debe un dia levantarse tan alto, y servir de abrigo á los pájaros del cielo! Divíname apenas esta piedra destinada á ser una montaña romana que llenará todo el universo.

Por la Galilea, pues, la provincia mas oscura de la Judea de donde no habia salido nunca ningún profeta, por las aldeas de esta provincia es por donde abre su carrera el Salvador del género humano. Diríjase primeramente á pecadores viles, ignorantes y groseros: los pobres son á quienes anuncia con preferencia el Evangelio, y con esta señal quiere que los discípulos de Juan le reconocan, mas aun que por sus milagros obrados casi siempre en favor de los pobres. Irá á Jerusalen, pero solo en los dias de fiesta, y para cumplir con los deberes de la religion; allí predicará accidentalmente, y no enseñará sino en el Templo á la turba del pueblo reunido. No buscará á los grandes ni á los sabios, y sin des-

delicias ni tristezas, no afectará el hablarles para no salirse de su carácter, ni del aspecto de persona humilde bajo el cual quiere ser mirado. Ya prevé que semejante conducta irritará su orgullo; que les provocará y les animará contra él; que excitará su celosa emulación; que tomarán de ella un título para despreciarle y desecharle, como un hombre á quien solo sigue el populacho. Mas no por esto será menos fiel á su plan, aunque haya de ser víctima de él. No se le ocurre en caso el haber querido formarse nombre, ni captarse la estimación y el favor de las personas distinguidas por su nacimiento, su autoridad ó su saber.

Cualquiera que sea tú, que por el bien de tu alma tengas tanta interés en discernir los verdaderos ministros de Jesucristo, busca para la dirección predicadores, confesores y directores de pobres: quiero decir, aquellos que, sin excluir los ricos, se muestran mas aficionados con los pobres y hacen de ellos el objeto principal de sus cuidados. Estad seguros que Dios los recompensará mas luego y mas gracias, que proficiará con mas unción, que estudiarán mas en callar y en dirigir, en lo cual tienen miras mas puras, y emplean mas celo, mas paciencia, mas habilidad y mas eficacia.

CAPÍTULO XXIV.

Método de enseñar de Jesucristo.

De la abundancia del corazón habla la boca, no solo en las cosas que dice, sino en el modo con que las dice. Un maestro humilde puede enseñar grandes cosas, pero las enseñará con humildad: ni en su aire, ni en sus palabras dará á entender nada que hacia á suficiencia y á orgullo, habrá bajar hasta al nivel de aquellos con quienes habla, y se acomodará

á su inteligencia. Si pone peso y autoridad en lo que dice, no es para darle valor á sí mismo, sino para escuchar á aquel en cuyo nombre habla, y para producir mayor impresión en los que le oyen.

Tal fué Jesucristo en su enseñanza: hablaba como Hombre Dios, como doctor, como legislador del género humano, con una sabiduría soberana, con una autoridad infalible; y en obstante nunca salió del carácter de humildad. Ninguna afección en su dicarso, ningún aparato en su elocuencia, sino una sencillez que conmueve y arrobata. Es imposible decir cosas tan altas y tan divinas de un modo mas variado y natural. Los profetas parecían asombrados y profundamente agitados por las grandes verdades que anunciaban: conocen al Señor, que los anima otro espíritu que el suyo, y que se halla transportados fuera de sí. Jesús empero, cuando habla, queda dueño de sí mismo, porque lo saca todo de su propio fondo, y está familiarizado en las mas sublimes verdades. En sí propio tiene el tesoro de sus conocimientos, que comienza sin agotarse. Sus expresiones, sin ser bajas, nada tienen de superior á las mas medianas inteligencias; y al mismo tiempo encierran un sentido tan profundo, que los mas grandes genios, los mas ilustrados y favorecidos de la gracia, no lo pueden descubrir sino muy imperfectamente. De los objetos mas comunes toma las comparaciones de que se sirve, y sus parábolas son de lo mas usado y familiar. No raciocina, no se esfuerza en probar como los filósofos; contentase con exponer y afirmar. No es un entendimiento que habla á otro entendimiento, como los que enseñan las ciencias humanas; sino el corazón que habla al corazón, y que, lleno de lo que dice, lo comunica á los que le escuchan. Así es como enseñaba la ciencia de la salud, ciencia toda moral, ciencia cuyos principios están grabados por la mano del Criador en el corazón del hombre; no hace mas que desarrollarlos; y al mismo tiempo que los propone, obra sobre el interior para que el alma los

señores. Leed su conversacion con la mujer de Samaria; ved como la instruye, la convierte, la va ganando poco á poco, y la lleva por grados á que le reconocca por el Mesías. Era esto sin duda obra de la gracia; pero su discurso era el instrumento, y él le acomodaba á su accion secreta. Mas si él era sencillo con los sencillos, sabía tambien humillar á los que tenian necesidad de ser humillados. No se porta lo mismo con Nicodemo doctor de la ley, como con la Samaritana. Propónale verdades sobrenaturales que éste no comprende, y que cayendo en un sentido material y grosero; y en vez de explicárselas, se las encarece siempre, pasando á misterios mas encubiertos para obligarle á confesar su ignorancia. ¡Que le dicen: *eres maestro en Israel*! ¿ignoras estas cosas! Hasta aquí quería conducirlo para hacerla capaz de sus instrucciones.

Sus palabras, que la gracia acompañaba siempre, obraban sobre los corazones bien dispuestos; y era tanta su fuerza y su verdad, que hasta sus mismos contrarios la sentian á pesar suyo. Los fariseos que le oían, dice S. Mateo, no osaban de admirar su doctrina, porque su modo de instruirlos era con cierta autoridad, y no d la manera de sus escribas y fariseos ¹. Y sin embargo estas escribas y estos fariseos tenían autoridad, pues estaban sentados en la cátedra de Moisés, y así lo reconocia el mismo Jesucristo. Mas no por esto dejaban de ser declarats traidores, que mezclaban sus tradiciones con los preceptos de la ley; que hablaban por su propio espíritu, y no por el espíritu de Dios; que estaban hinchados por su ciencia, de la cual se valian únicamente para satisfacer su ambicion y su avaricia. Es decir que estaban diametralmente opuestos á Jesucristo; y de ahí era, que no gozaban como él del aprecio y de la confianza del pueblo. Nunca hombre alguno habló con este hombre ², dijeron los pontífices y á

1. *Matth.* viii. 19.

2. *Juan.* vii. 28.

los fatigan los genios que antes habían creído para producirle, y que sorprendidas por sus discursos y penetradas de respeto, no habían osado poner en él sus manos.

Del mismo modo, guardada proporción, enseñan de viva voz y por escrito los que tienen el espíritu interior. Su aire, su tono, su estilo, su manera, tienen cierta cosa que les es propia, y que no se podría remedar los que no tienen interiores. Hablan con firmeza, y al mismo tiempo con humildad, porque no hablan por sí mismos. En sus discursos no tienen parte el artificio, el raciocinio, el método; y sin embargo son convincentes, y tienen sus pruebas en su simple suceso. Ilustran el espíritu, pero van más recto al corazón; le inducen, le penetran, y le llenan de una acción divina. Son sencillos, accesibles, familiares: mas en su sencillez misma respiran una dulce majestad que embelena y encanta. No vemos en ellos floridas figuras ni rasgos de artificiosa elocuencia; mas para los corazones bien dispuestos parecen una persuasión, una eficacia, que solo puede venir de la gracia que les ha inspirado. Este carácter es, como he dicho ya, el carácter distintivo de los que predicán, de los que confiesan, de los que dirigen, de los que escriben sobre materias de piedad según el espíritu de Dios; carácter propio á las personas interiores, y á las que se hacen tales por el atractivo que en ellos encuentran. Porque hay una especie de correspondencia entre las disposiciones de los unos y las de los otros, y porque que su corazón está, por decirlo así, afinado bajo una misma cuerda. Cualquiera que no sea interior nada de esto entiende, ni puede entender. Ninguna impresión le hará la sencilla de su predicador, de su confesor, de su autor espiritual, y no hallará saber ni en el fondo de su doctrina ni en el modo de exponerla. Porque conciliará con su propio espíritu, único oráculo, juez y norma para él. Si tales gentes procedieran de buena fe, confesarían, como lo dijo S. Agustín de sí mismo antes de la conversión, que hallan

la Escritura demasiado sencilla, y los relatos del Evangelio demasiado sencillos y secos, y que casi nada comprenden de su moral. La misma digo de ciertos libros espirituales. La *América de Jesucristo* anda en manos de todo el mundo, mas pocas veces la penetran y le calientan! ¿cuán pocas impresionan aquel loco sencillo y natural que en él domina, aquel aire interior que respira, y aquella secreta acción diseminada en todas sus páginas! Un hombre de oración lo comprende, y jamás será gastado sino por hombres de oración.

CAPÍTULO XXV.

Trabajos de Jesucristo en su predicación.

Si consideramos los trabajos de la vida pública de Jesucristo no simplemente en el mismo, hallaremos que en esta parte le han aguantado muchos varones apostólicos, que han tenido que sufrir otros mas largos y mas penosos. No por esto compare tuvo que sufrir menos en este género; y no puede caber duda en que aguantó todas las penas y todas las fatigas acuosas á su misión, sin que en nada se perdiese. Recorria de continuo las ciudades y las aldeas sin detenerse en parte alguna. Todos sus viajes los hacia á pie, en una país cálida, y no tomaba la menor precaución para librarse de las incomodidades del clima. Su alimento era el de los pobres; pan de cebada y algunas pequeñas peces; llegaba á subsistir tan solo de las limosnas de algunas piadosas mujeres que le seguían. En dos distintas ocasiones hizo un milagro para alimentar un pueblo considerable, y no tenemos que haber hecho ninguno para subsistir sus propias necesidades. Lo que mas demuestra en él poco cuidado de sus necesidades corporales es que Jadas, cuya avaricia no ignoraba, era el depen-

hacia del dinero que para aquel objeto recibía. En las noches no tenía lugar fijo á donde retirarse: con frecuencia las pasaba en oración expuesto á las injurias del tiempo, no concediéndose á la naturaleza mas que el descanso indispensable para no sucumbir: pero no ha de creerse que sostuviera sus fuerzas por medios sobrenaturales, de los que parece echó mano tan solamente en su ayuno de cuarenta días en el desierto. Por lo demás, él sufrió el calor, el frío, el hambre, la sed, la fatiga, el desmayo, el tropel de la multitud que á menudo le empujaba y le oprimía. El mismo recorda una idea de su extrema indigencia de todo, cuando dijo á un doctor de la ley que quería seguirle y seguirle por todas partes: *Las raposas fimen sus madrigueras, las aves del cielo nidan; mas el Hijo del Hombre no tiene sobre qué reclinar su cabeza*¹.

Pero lo mas digno de atención son sus disposiciones interiores en medio de tantos trabajos, que no le dejaban tiempo ni para respirar. Gozaba siempre en alma de una perfecta paz: nada le disipaba, nada le retraía de su íntima union con su Padre; nunca dejaba escapar la menor queja ni una señal que diera muestra de que sufría; condescendía á los otros, se ocupaba en socorrerlos, incesante siempre á lo que tocaba á su persona. La gloria de su Padre, el bien espiritual de las almas, hé aquí los únicos objetos que llenaban su pensamiento y su corazón, y cuyo celo le devoraba. Toda su pena era de ver el poco fruto de sus trabajos, la hostilidad de tantos trabajos que tan pocas personas le atraían, levantando al mismo tiempo contra él tan gran número de enemigos. Pero ni esa pena que tan al vivo le hería, no alteraba su tranquilidad. ¿Qué diré de la profunda humildad con la cual soportaba un estado tan pobre, tan penoso, tan dependiente (para él á nada se desengañaba), que parecia degradar y envilecer su ministerio y su persona? ¿Cuál era le no era venencia para reconocer al Hijo de Dios en medio del corto pueblo que

1. *Matth.* viii, 20.

le redaba, siendo el mismo pobre, sujeto á todas las incomodidades de la vida, y sucumbiendo de cansancio y de debilidad? ¿Es de admirar, que cuando le miraban con ojos humanos le menospreciaban, temiendo de ello protesta para no creer en él, á pesar de las brillantes pruebas que daba de su misión divina? Ya sabía él que en pobreza, en sencillos, la humildad de su exterior, la preferencia que daba á los pequeños produciría este efecto, y alejaría de él á los espíritus de las gentes. Mas no por esto amó menos la humildad, ni hizo menos de ella una pública profesión. Así se lo había mandado su Padre, y así lo quería él, pues le era infinitamente dulce y agradable la obediencia.

Todos los sacerdotes que tienen cargo de almas, son llamados mas ó menos á los trabajos apostólicos; pero en sus funciones respectivas unos trabajan mas de cuerpo, otros de espíritu. Mas aquellos de entre los mismos que se consagran á las misiones, ya sea en su propia patria, ya en país extranjero, son los que llevan una vida mas análoga á la vida pública de Jesucristo. Dejo ahora que examinen ellos mismos si están desamando de él; si buscan ó no solaz ó alivio; si se consagran á la pobreza, á las molestias de las estaciones, á todos los géneros de mortificación exterior, inseparables del ejercicio del celo. Mas aun cuando sean pobres, severos consigo mismos, abandonados en lo temporal á los cuidados de la Providencia, libres é inasociables de trabajos, no imitarán perfectamente á Jesucristo, si no entran en sus disposiciones interiores; si sus ocupaciones los distraen; si no están siempre unidos á Dios por medio de la oración; si no se toman, aunque sea del reposo de la noche, algun tiempo para hacerla; y sobre todo si no permanecen en una sólida humildad. Están expuestos á sacar gloria de sus fatigas y de sus penas, de sus empresas y de sus resultados, á referirlas en todas ocasiones, á ostentarse de los elogios que se les tributan, y á no negarlos ellos mismos. El amor propio es muchas veces quien los

soriente en esta penosa carrera; solo se sienten desolados, desalentados, abatidos cuando se ven sin sígulos y sin aplausos de los pueblos, y que las conversiones no son numerosas ó tan brillantes como ellos deseaban. Estudiamos á Jesucristo, propagando por modelo, sean como los reyes sus sentimientos, y persuádanse que por la interior es por donde deben principalmente imitarla: menos movimiento, menos actividad, menos agitación de cuerpo y de espíritu, y mas recogimiento, mas sosiego, mas posesion de sí mismo en Dios. Sacóidles muy á menudo que pensando en la salud de los demás, se olvidan de sí mismos, sin reflexionar lo bastante que de su propia santificación depende la del prójimo. Un apóstol que no es interior, no tiene de apóstol más el nombre.

En ejercer el apostolado propiamente dicho, á lo menos á los ojos de los hombres, hay almas á quienes llama Dios para ejercerlo de una manera oculta, enteramente espiritual, y que tan solo él y ellas conocen. Propónales grandes y largos sufrimientos para la conversión, ó la propagación, ó el restablecimiento de la fe en ciertos países. Si ellas lo aceptan y los pasan según los designios de Dios, ¿quién duda que ellas son unos verdaderos apóstoles, y que tienen mas parte en la conversión de aquellos pueblos, que cuantos han trabajado inmediatamente en ella? ¿No es una verdad que Jesucristo adelantó mas la salud del género humano por sus penas interiores, que por sus trabajos exteriores? Y estas almas son las que se digna asociar á la parte principal de la obra de la redención.

Otras hay destinadas á propagar las virtudes interiores que Jesucristo enseñó también á algunas almas escogidas, tales como Marta y María, sin hablar de sus apóstoles, á quienes se dedicó á formar durante su vida. Esta direccion tiene también su trabajo, sus penas, que no aparecen exteriormente, pero que crucifican al alma, y la hacen morir á sí misma. Ella exige mucha oración, mucha penitencia, una continua

renuncia al propio espíritu, una dependencia absoluta de la gracia para secundarla siempre, y no precederla jamás. Está sujeta á grandes cuidados, cuando hay motivo para creer, que las personas á quienes se conduce no corresponden fielmente á los desahogos de Dios. Si es mucho lo que cuesta para convertir á los pecadores, mucho mas cuesta escarriar las almas en el camino de la perfección, y mantenerlas en él hasta su término. Si los apóstoles ordinarios no pueden dispensarse de ser inferiores, los directores de que hablo, están á ella sin comparación mas obligados; pero para conducir con seguridad un alma á la santificación, necesario es que aspiremos nosotros mismos á ella, y que tendamos á lo mas excelente, y por consecuencia á lo mas difícil que hay en la imitación de Jesucristo.

CAPÍTULO XLVI.

Milagros de Jesucristo.

Es necesario que Jesucristo hiciera milagros para probar su misión, para acreditar su doctrina, para hacerse reconocer en calidad de Mesías y de Hijo de Dios. De otra parte su caridad para con los hombres le conducía por sí misma á hacer en favor de ellos uso de su poder. Mas el sabió conciliar perfectamente la demostración de su poder sobre la naturaleza con la humildad, su virtud favorita; y en la precisión en que se encuentra de hacer obras sorprendentes, tomará todas las medidas para conservarse siempre en la ocultad.

Todas las especies de milagros estaban á su disposición y todas á la mano escoger. Podía obrar milagros semejantes á los de Moisés, y descargar horribles plagas sobre la incredulidad.

la y obstinada Judea. Fácil le era, como á Elías, hacer bajar fuego del cielo sobre sus enemigos. Así se le propusieron sus discípulos contra los de Samaria que le seguían el paso para regresar á Jerusalem. Mas él los reprendió diciéndoles: *Tenedos en cuenta á qué espíritu pertenecéis. El hijo del hombre no ha venido para perder á los hombres sino para salvarlos.* ¹ Podía obrar señales y prodigios en el cielo. Muchas veces lo pidieron los fariseos prodigios de esta especie, como para dar una prueba de su poder. Pero se lo rebasó constantemente, testificales de generacion depravada y adúltera, y remitiéndoles á la señal de Jonas figura de su resurreccion. Indigna habiéra sido de él dar semejantes señales para satisfacer la maligna curiosidad de sus émulos, y aun mas para dar celebridad á su nombre, y adquirirse una vana vanidad.

Los milagros que escogió son de pura beneficencia; en tienen otro objeto que el alivio de las necesidades y de las dolencias humanas: limpiar los leprosos, curar los enfermos, dar vista á los ciegos, oír á los sordos, el uso de los miembros á los cojos y paráliticos, librar á los condenados, resucitar los muertos. Obró estos milagros como sin designio y accidentalmente: no los anuncia; no prepara á ellos los espíritus de las circunstancias para causarles mayor impresion: la obra simplemente, sin aparato, sin ostentacion. Muchas veces deja que ignoren quién es, aquellos mismos á quienes cura, como sucedió con el parálitico de treinta y ocho años, y con el ciego de nacimiento á quien no se descubrió después sino un secreto para recompensar su fe. Por diferentes veces recomendada á los que la curado, que á nadie lo digan, como si temiera que no se hagan públicas las maravillas por él obradas. Después del milagro de la multiplicacion de los panes, habiéndole reconocido cuantos lo habían presenciado por el profeta que debía parecer en el mundo, y queriendo elevarlo para hacerle rey, huyó, y se retiró solo sobre una

¹ Luc. ix. 55. 56.

montaña. Atribula una milagrosa menes á su propio poder que á la fe de los que á él se dirigían. ¡Dios, mujer, muestra fe en tu salvado, pues grande es vuestra fe! Alguna como vos queréis; si poder creer, todo es posible si que crees. Toda, por fin, le atribuye á su Padre: éstas son las obras que le dió para ser su Padre; él no es más que el ministro y el ejecutor de una voluntad. ¡Cada asombrosa humildad es el que con una sola palabra se hacia obedecer de toda la naturaleza! Ni en solo milagro hallaréis del que podéis decir que buscó su propia gloria, ó por el cual quisiese llamar sobre sí la atención de los demás. Él, no obstante, era Dios, y se hubiera quedado en gloria su misión, si no hubiese sido reconocido como tal. Esto era el fin de sus milagros, imprimir en los corazones la fe de su divinidad. Y á juzgar por su conducta, creyérase cada que cosa se le fud agena; que se tenía el encargo de procurarlo, que nada le interesaba, y que á su Padre solo tocaba hacerse solo conseguir. Así es como, hasta en las obras de su omnipotencia, dejó Jesús marcada su humildad.

El don de milagros no es común. Dios se lo comunica algunas cuando es necesario para establecer ó para disipar la fe. No hay para necesidad de recomendar la tranquilidad á aquellos á quienes Dios hace participantes de aquella gracia. Perdiéndola al momento por poco que flaqueasen una virtud, bica que esta pérdida no sería para ellos alguna desventaja. Semejante don no se les concede para ellos, si produce en ellos por el solo aumento alguno de la gracia santificante. Es mas para temido que para deseado, porque es muy peligroso que se abuse de él, y que no se consagre enteramente á la gloria de Dios y al bien espiritual del prójimo. Que se pierdan jamás de vista la respuesta que dió Jesucristo á los setenta y dos discípulos al regresar éstos de su misión, cuando llenos de gozo le dijeron: Señor, hasta los demonios mismos se sujetan á nosotros por la virtud de tu nombre — Y respondiendo á Santiago, les respondió, *con dardo el cielo á*

manera de relámpago, precipitándose de este modo contra el orgullo y la vanagloria. Y después añadió: *No temo los hombres de gozaros porque se os rinden los espíritus, temo porque vuestros nombres están escritos en el cielo*¹. Como si dijera, no es el imperio que nos da Dios sobre los espíritus, sino la práctica de las virtudes cristianas y sobre todo de la humildad, lo que nos merece la felicidad del cielo. Damos por la común. Es un auto que hace milagros, Confieso que este don es un indicio vehementemente á favor de la santidad; mas Dios de nos con mucha mayor seguridad, haga é no haga milagros: Es un auto, porque es humilde. Jeronimo expone explícitamente en el Evangelio, que con el don de milagros se puede ser reprobado: *Muchas me dirán en aquel día: Señor, Señor! ¿por qué no hemos nosotros llamado en tu nombre los demonios, y hecho en tu nombre muchos milagros? Mas entonces yo les protestaré: ¿cuando os he conocido oportunos de mí, oportunos de la verdad*². En aquel mismo día del juicio, el hombre humilde, aunque haya sido pecador y gran pecador, se será desechado, Jeronimo le dará una favorable acogida; así así lo asegura en la parábola del Fariseo y del Publicano.

Los milagros egipto de otro género no son raros en la vida interior. Precipitándose de los favores extraordinarios que concede Dios á estas almas, las comunica con frecuencia, sobre todo cuando las emplea en la dirección, el conocimiento de lo oculto en los corazones, el del porvenir, un cierto imperio sobre las personas que ellos dirigen para librarlas de sus tentaciones, para infundirles la paz y la alegría espiritual, y otros dones semejantes; guardando la más profunda humildad en el uso de estos dones, cuyo único objeto es la santificación del prójimo. Guardémosnos egipto de hacerlos respetar y captarnos consideración con motivo de estas gracias, de las que debemos servirnos únicamente según los designios

¹ Luc. x. 20. el seq.

² Math. xii. 29. 30.

de Dios, sin mezclar en ellos nuestro espíritu como suele acontecer por desgracia. En estas cosas hablamos y obramos con sencillez, sin discurrir demasiado, sin recurrir á nosotros mismos, como malos instrumentos de la gracia; y si aun damos á conocer á las personas los efectos maravillosos que Dios opera en ellas por nuestro medio. ¡Oh! ¡Cuán puro, cuán deseado, cuán agraído á sí mismo se necesita ser para ejercitar así la dirección de las almas! ¡Cuántos malos directores se atribuyen estas gracias sin tenerlas; se dejan arrastrar por orgullo á la ilusión, arrastrando también á los demás, y desacreditan de este modo lo mas santo que hay en el ministerio evangélico.

CAPITULO XXVII.

Revela de Jesucristo en la manifestación de su divinidad.

Es muy digno de observarse que Jesucristo no dijo de sí, si-
 Eno muy rara vez y en ocasiones decisivas, que él fuese el
 Hijo de Dios, y que se nombra en casi todas partes el hijo del
 hombre. Quería ejercitar la fe de los que creyesen en él, por
 aquella mezcla de grandeza y de humillación, de poder y de
 debilidad que aparecía en su persona. Lo que decía de su
 divinidad: *Mi Padre y yo somos una misma cosa*¹; entre que
*Abraham fuera criado, yo criado*²; *yo estoy en el Padre, y el Pa-*
*dre está en mí*³, eran otros tantas enigmas que indignaban á
 sus enemigos, y que ellos no podían comprender porque le
 miraban con ojos carnales. Quería también, hasta en la ma-
 nifestación de su divinidad, sostener el papel de humildad

¹ Juan. 10, 30.

² Juan. 8, 56.

³ Juan. 14, 20.

que había venido á representar en el mundo; y dando á los judíos, por sus obras y por sus discursos, pruebas mas que suficientes de que era Dios, no se proponía menos abatir su orgullo, y combatir las vanas pero falsas ideas que se formaban de su Mesías. Por último, no quería poner obstáculo alguno, descubriéndose demasiado abiertamente, al cumplimiento de las profecías tocante á su Pasión, en la que debía ser condenado á muerte como blasfemo, por haber tomado la calidad de ser Hijo de Dios.

Tales son las razones de aquella mezcla de claridad y de oscuridad que se advierte en sus discursos, al tratar de su persona y de su naturaleza divina. Prescía ya el abuso que de ella hacían con el tiempo los herejes, y que esta misteriosa economía le costaría la vida. Ni fué menor su reserva hablando de sí, no manifestándose por lo que era sino á sus apóstoles y á algunas almas escogidas; y aun entonces les recomendaba el secreto. Cuando Pedro le hubo dicho: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo; le prohibió, así como á los demás discípulos, decir á nadie que él era Jesucristo, ó el Mesías¹. Y, como para contrabalanzar en su espíritu la alta idea que de él trataba, les predijo al mismo tiempo todos los tormentos y oprobios que habría de sufrir de parte de los judíos.

En su Transfiguración, en la que descubrió á Pedro, á Santiago y á Juan la gloria de su cuerpo; en donde vieron á Moisés y á Elias que conversaban con él, y á qué quél de su muerte violenta que debía verificarse en Jerusalén: en donde el Padre eterno dió nuevo testimonio de él, llamándole su Hijo muy amado, y mandando que le escuchasen; al bajar con ellos de la montaña en la cual había pasado aquella embellecida maravilla, les mandó terminantemente que no hablasen de esta visión, hasta que el Hijo del hombre hubiese resucitado de entre los muertos; y después en el mismo discurso

¹ Mat. xvi. 19 y 28.

les anunció que sería tratado de los judíos como lo había sido Juan Bautista. Observad como se esfuerza en atenuar la fuerza con que una tal visión debía haberlos impresionado. Su Padre le había llamado su Hijo querido, y él no se da sino la calidad de hijo del hombre; y este cuerpo, que se les había aparecido mas resplandeciente que el sol, les declara que sucumbirá bajo el imperio de la muerte. En fin, imponiéndoles el mas riguroso silencio, mas con los dedos apóstrofa, hasta después de su resurrección, sobre el favor que acababa de hacerles.

Los discipulos que él arrojaba de los empujones, le llamaban el Hijo de Dios, el Hijo del Altísimo; mas él no lo permitía, y les mandaba callar. Sea que hablasen así por el entusiasmo, sea que una fuerza superior les obligase á ello, no quiere publicar lo que él es, por glorioso que fuese para él aquel testimonio dado á la verdad por aquellos espíritus de tinieblas. Y por decirlo todo en una palabra, testifica el Evangelio que Jesucristo no ha hablado en público de su divinidad, sino cuando era necesario; que le hizo entonces con la mayor reserva; que fuera de esto la ha tenido oculta; y que parecia complacerse en hablar de su humanidad, amando firmemente y haciéndose amable lo que él se dignó ser por nosotros.

La misma conducta inspira Dios á las almas que distingue con los mas altos favores, de las cuales exige en este punto, tanta ó mas que en ningún otro, una fiel imitación de Jesucristo; no les permite hablar de las gracias que les ha dispensado á otras personas que á los directores de sus conciencias, á fin de que puedan guiarse con mas seguridad. El prestigio de la gloria de Dios y de la edificación del prójimo, con que se pretende á veces autorizar semejantes confidencias, es vano, sospechoso, y se debe desconfiar de él. Ofendrán de ello la humildad, y es menester tratar esta virtud como la niña del ojo, pues ella es la que glorifica verdaderamente.

mento á Dios, y la que edifica al prójimo. Por lo que toca á nosotros, debemos dexar que los favores que hemos recibido del cielo queden sepultados en un profundo secreto; lejos de hablar de ellos, no debemos ni aun recordarlos, sino olvidarlos tan luego como han pasado y hemos dado cuenta de ellos. Si importa á la gloria de Dios que estas cosas lleguen al conocimiento de los hombres, dejemos á él esta cuidado; él lo practicará á su tiempo sin peligro alguno por nuestra parte; él nos abrirá la boca, por nosotros que estamos en la boca cerrada; él se servirá de los que tienen autoridad sobre nosotros, para obligarnos, á pesar de nuestras repugnancias, á tomar la pluma y á confiar al papel el cuadro circunstanciado de un estado interior, ó lo hará escribir por otros á quienes de viva voz le habremos confiado. Mas esta especie de manifestaciones no las permite ni en el principio, ni aun durante el progreso de la vida espiritual, sino casi siempre á la fin, cuando está cercana la muerte; y aun muchas veces no quiere que se haga público sino después de nuestra muerte. Hagamos pues con mayor gusto de lo que puede deprimarnos que de lo que puede exaltarnos en el concepto de los demás; ó mejor, nada digamos de lo que mira á nuestro interior, ni hagamos que se sospeche nada. La humildad que se descubre no es por lo regular sino una vanidad disfrazada. Lo mas perfecto y lo mas seguro es callar, y hacer que no se piense en nosotros. Ama el ser ignorado y reputado por nada, dice el autor de la Imitacion. Tal debe ser la máxima favorita de las almas interiores.

CAPÍTULO XXVIII.

Conducta de Jesucristo con respecto á sus Apóstoles.

Aunque no tengamos sino muy pocas noticias acerca de la manera con que Jesucristo vivía con sus apóstoles, lo poco que sabemos basta para darnos de ello una idea exacta. Ellos le habían dejado todo para seguirle; mas ¿por qué habían hallado justificado á su persona? La indigencia, cuidados y fatigas corrientes, mucho trabajo, poco descanso, el desprecio, la envidia, la calumnia. ¿Qué les prometía en la vida presente para lo sucesivo? Lágrimas, cruces de toda especie, persecuciones semejantes á las suyas. Quería que no le estuviesen unidos sino por motivos sobrenaturales, que no esperasen de él ninguna ventaja humana, y que no contasen sino en los bienes del cielo. Así es como exigía de ellos la mas perfecta adhesión, y una renuncia absoluta á las esperanzas de la tierra.

No obstante, imbuidos como estaban de las preocupaciones de su país, creían, como los demás, que el Mesías sería un grande conquistador, que su reino sería de este mundo, del cual disputaban entre sí los primeros lugares. Esto se ve en la pregunta de los hijos del Scedoc, que hizo concebir á los demás tales é indignas: prueba de que sus cráneos no estaban todavía exentos de ambición. Nada deseaba Jesucristo para desgajarlos en esta parte. Por esto les predijó tantas veces su muerte ignominiosa, aludiendo á la verdad, que resucitaría el día tercero, con la mira de sostener en fe. Mas ellos nada comprendían de estas palabras, y se fundaban menos en esta resurrección sus groseras y quiméricas pretensiones. Duraba aun su ilusión en el momento mismo en que iba á separarse de ellos para subir al cielo; pero le pre-

ganaron entonces el restablecimiento el reino de Israel, libertando á los judíos del yugo de los romanos.

¡Cuanto no tuvo que sufrir Jesucristo de estas espíritus tan groseros y tan poco familiarizados con las cosas espirituales! Tráidos siempre, sin embargo, con dulzura y con bondad, sin desconfiar jamás, por no haber podido lograr el curación de sus errores. Sabía que llegaría este momento, y le esperaba con paciencia. Así como su gracia tenía ya su tiempo señalado para obrar sobre sus corazones, tenía también destinado otro, no para ejercitar su virtud en esta parte, sino para enseñarles á ejercitar la misma en ocasión semejante. No les enseñó las instrucciones, aunque de sus enseñanzas no recogiesen fruto alguno, y á pesar de haber previsto que nada producirían. Cuando le hablan de ocupar las primeras sillas en su reino, les propone el dicho de humillación que deben haber. Cuando disputan entre sí quien es el mas grande, es decir, el mas favorecido de él, llama á un niño, le pone en medio de ellos, y les dice, que el que se abajara como este niño, será el mas grande en el reino de los cielos. En cualquier accidente les predica la humildad, dándoles de ella en su propia persona los mas relevantes ejemplos.

Explicábales muy particularmente el sentido de las parábolas de que se servía hablando al pueblo; y si los increpó alguna vez su poca inteligencia, no fue para incomodarlos, ni mostrárselos ofendidos, sino para levantar su espíritu y hacerles mas atentos. Extrema era su condescendencia para con ellos; y nos parece increíble, al considerar qué Maestro era él, y qué discípulos tenía que enseñar. ¿Cuántas veces debió estrecharse y estrecharles á sí mismo para ponerse al nivel de su comprensión? ¿Cuántas preguntas no tendría que salir por parte de ellos, atendida la libertad que les daba de proponerle sus pensamientos, y la familiaridad con que les trataba? ¿Cuántos miramientos para no ofenderlos ni

desacertadas? ¿Cuánta constancia en repetirles cien veces esas mismas cosas que á menudo se entendían con la última vez que la primera? ¿Con qué firmeza toma su partido, cuando sus enemigos les acusan injustamente de herejía? Para ellos nada tenía reservado. Yo se le ha hecho saber, les dicen, cuántas veces el de mi Padre⁴. Les llama sus amigos, sus caros amigos; y les habla en todas ocasiones, sobre todo en el discurso después de la Cena, con una efusión de corazón admirable. ¡Oh prodigio de bondad y de humildad en un Hombre Dios!

Una sola vez dijo una palabra dura á Pedro, llamándole Sautas; y añadiendo que él era un motivo de escándalo; que no tenía gusto por las cosas de Dios, sino por las de la tierra. Porque este apóstol en el momento mismo en que inspirado de Dios, había confesado altamente que Jesús era el Cristo, el hijo de Dios vivo, se había escandalizado del pretencioso de su Pasión; y habiéndole llamado aparte, le había hecho por ello algunas increpaciones, como de una cosa del todo indigna de él. Quería Jesús rectificar esta poco ilustrada vista, y esta mal entendida afección á su persona, manifestando á Pedro cuán mal correspondía á la grande gracia que acababa de recibir del Padre celestial, cayendo otra vez en un estado humano, después de haberse elevado sobre la carne y la sangre para crear y publicar su divinidad.

Vosotros los que sois llamados á la dirección espiritual de las almas, meditad muy especialmente esta parte de la vida de Jesucristo: no perdáis de ella un solo rasgo, haced de continuo en vosotros la aplicación. La superioridad que os da vuestro ministerio sobre vuestros dirigidos, no es otra cosa, si bien lo consideráis, que una emanación de la autoridad misma de Jesucristo, el maestro, el director por excelencia; en él estaba en toda su plenitud el origen de esta autoridad. Reflexionad profundamente sobre la manera del-

⁴ Juan. vi. 43.

ce, caritativa, condescendiente, humilde, sabia y discreta en su firmeza, con que ejerció la suya; y pediste la gracia de ejercer asimismo la vuestra. Cuanto mas claramente penetréis la naturaleza y los caracteres de la santidad cristiana, cuanto mas habéis progresado en ella, mas fácil os será conocer los defectos y las ideas groseras y carnales de aquellos que Dios os confia, y mas deben chocaros. Pero jamas vuestras laceras, vuestra movilidad, pueden entrar en paralelo con las laceras, con la santidad de Jesucristo? Partaos con las almas en sus faltas y en sus imperfecciones, como se portó el Salvador con sus apóstoles; sufridlas como sufrió las de ellos; rectificadlas, ilustradlas, sin desalentaros porque no os comprenden, porque no os corrigen. Estais celosos de su perfeccion, os impacientais, os desanimais porque os adelantais; y vuestro celo no es mas que una pequeña chispa del fuego que devoraba el corazon de Jesucristo, el cual desahucaba con un ardor inexplicable el adelantamiento de los apóstoles; mas ¿acaso os impacientó y os dio pena por el poco fruto de sus instrucciones? El preparó y aguardó el momento de la gracia: preparadlos y esperadlos vosotros tan pacificamente como él lo esperó.

¡Qué arte tan sobrenatural, qué sabiduría tan divina, qué paciencia tan á toda prueba no se necesita, para temperar la firmeza por la condescendencia, y la amargura de la reprobacion por los dolores de la caridad! ¡Para reprender y tolerar oportunamente, para excusar las flaquezas sin autorizarlas, para sobornocomodarse, enducirse, hacerse ciego con los ojos, para proporcionar las lecciones á la capacidad, para no precipitarse en nada, y no anticiparse á la gracia, sino secundarla, y obrar de concierto con ella, para devorar todas las penas, todas las molestias y los disgustos inseparables de la direccion!

No hay que pensar en coger fruto, en tanto que atendamos al propio espíritu; en tanto que nos dejemos llevar de nuestro

cubrir; en tanto que no estemos decididamente resueltos á renaciéramos, á olvidarnos, á morir enteramente á nosotros mismos. De nada sirve estar despendido de toda otra baja é interesada, hacerse superior á la ambición y á la vanagloria, borrar el respeto humano, no hacer la menor excepción de personas. Si no trabajáis en resucitados de Jesucristo, si no es Jesucristo el que os dirige en todo, si descubéis una sola de las virtudes de que os dio ejemplo Jesucristo en la conducta que guardó con sus apóstoles, no seréis sino directores imperfectos. No enseñaremos á otro la senda de la santidad, si no caminamos por ella nosotros, y si no estamos ya en ella bastante adelantados.

Por lo que toca á vosotros, los que buscáis un guía tal como acabo de describirlos, os os halláis en estado de recoger. Diríjlos para esto á Jesucristo, y pedidle un hombre según os corra. El os lo dará, si deseáis sinceramente ser escuchados, y os concederá además una seguridad interior de que no podréis dudar. No tendréis mas que abrirle el corazón vuestro con una reserva, escucharle, y obedecerle. Si creéis posible en él algunos defectos (para qué tanto hablar de imperfecciones, y en dónde se ocan de ver mas que en la dirección?) estad persuadidos de que, ó él os los reparó, ó os duele de ellos, y trabaja en corregirlos. Sufridlos pues como un medio para ejercitar mas vuestra virtud; pero esto en toda debilita la confianza y la obediencia que le debéis.

CAPITULO XXII.

Vida común de Jesucristo.

Una de las cosas mas admirables en Jesucristo, y mas opuestas á nuestras ideas, es la vida común que llevó, y

que siendo elegida por el mismo Dios, es indudablemente la mas perfecta. Nosotros casi no sabemos considerar la santidad, sino por lo que tiene de exterior, de sorprendente, de extraordinario. Apenas podemos creer que un hombre sea santo, á menos que no cambie nuestra imaginacion por su vida solitaria, por sus ayunos, por sus vigilia, por sus austeridades. Así pensaban los judíos; y cuando vieron á Juan que salía del desierto vestido de un cilicio de piel de camello, no viéndole sino de miel silvestre y de insectos, este aparato de penitencia les hizo creer fácilmente que era profeta, y estaban enteramente dispuestos á reconocerle por el Mesías.

Tal es nuestra concepción sobre la santidad. Todo lo que aparece tal por de fuera, es en verdad indicio de ella, pero indicio equivoco. Se puede muy bien llevar una vida extraordinariamente austera, y sin embargo no ser santo; y sin llevar semejante vida, se puede ser un gran santo. La mas sólida y enérgica de la santidad está encerrado en lo interior. Dios se lo ve, y lo juzga: nada prohíbe de ello los hombres, que no pueden juzgar sino por conjetura, y la mayor parte no se hallan en estado de juzgar en esta parte. Así es como los judíos reconocieron á Jesucristo; y no viéndole en su vida nada que le distinguiese del curso de los hombres, no pudieron resolverse á creer que fuese el Mesías, el Hijo de Dios.

Por espacio de treinta años habia ejercido un oficio mecánico; estaba en una tienda, vivia del trabajo de sus manos, no dando señal alguna de lo que era. Bien es verdad que antes de manifestarse en público, habia hecho un ayuno extraordinario de cuarenta días; pero era en el desierto, y nadie lo habia sabido. Casado emperó á predicar, vino en hombre sencillo y pobremente vestido, pero sin afectacion. Vivía muy frugalmente con sus discípulos; pero no ayunaba: los fariseos le avergonzaban en esta parte, y los discípulos de Juan se maravillaron y casi escandalizaron de ello, hasta llegar á pre-

gustarle al motivo. Tampoco rebuzaba admitir á la mesa de los ricos ya fariseos, ya publicanos, cuando á ello se le invitaba; comía y bebía sin distinguirse en nada. Tampoco se singularizaba por medio de largas oraciones, como los fariseos, á los cuales se le echaba en cara; y era el primero en practicar lo que recomendaba á los demás, según en secreto. Hacíase accesible indistintamente á todo el mundo: en aire, en andar, en conversacion, toda su persona no presentaba sino la sencillez; si se hacía seguir y respetar, no era ciertamente por su exterior.

Esta vida sencilla y sin boato era conforme con su espíritu de humildad: servía como de velo á su santidad, y de materia para ejercitar la fe de los que en él creían; sirviéndoles al mismo tiempo de lección la mas instructiva, que les enseñaba á distinguir los verdaderos justos de los falsos, y á no dejarse alucinar por el exterior: esta vida condenaba y confundía el orgullo y la hipocresía de sus enemigos, que imponían al público con vanas apariencias de piedad, mientras que en secreto era presa de las pasiones mas bajas y aborrecibles.

En materia de santidad, cada uno debe seguir su afición, y el género de vida á que Dios le llama. Guardémosnos mucho de condegar en ciertos puntos las penitencias y las prodigiosas austeridades que la gracia les ha hecho practicar. En primer lugar, no debemos adimir en demanda estas piedadese excesos, ni dejar que impresionen extraordinariamente nuestra fantasía, ni proponernos el imitarlos, ni creer que no seremos malos hasta que los imitemos. En segundo lugar, era practiquemos á no grandes mortificaciones corporales, debamos atender principalmente á las virtudes interiores, pues ellas constituyen la esencia de la santidad; y lo restante, no siendo sino un accesorio, puede separarse sin dañar el fondo. En tercer lugar, es esencial depender de nosotros, hemos de preferir la vida sencilla á todas las demás, á fin de imitar de mas cerca á Jesucristo, conservarnos en la humildad, alejar-

nos mas del orgullo que ama la singularidad, hacer la virtud anabla al prójimo, en vez de retirarlo de ella y desalentarle, presentándosele bajo una forma y en unas maneras casi impracticables.

La vida común se llama así, porque entra en el orden común de la Providencia, y es compatible con todos los estados en que se divide la sociedad. No exige ni grandes fuerzas corporales, ni auxilios extraordinarios de Dios, ni que nos separemos enteramente del mundo para sepultarnos en un claustro ó ocaltarnos en un desierto. La vida común se hermana maravillosamente con el espíritu de oración, el recogimiento habitual, el desprendimiento de las cosas criadas, la unión con Dios, la caridad para con el prójimo, las mas sublimes virtudes del cristianismo; y tiene la ventaja de sustraernos á los elogios de los hombres y á las tentaciones de nuestra propia vanidad. En general, las almas interiores son para la vida común; no se apartan de ella por su voluntad, nada temen tanto como distinguirse con exterioridades, cualesquiera que sean; y si Dios quiere de ellas algo de extraordinario, le entregan con el mayor cuidado á la vista de los demás.

CAPÍTULO XIII.

Amor de los pecadores de Jesucristo.

Jesucristo era la caridad misma. Como Dios, tenía una aversión infinita al pecado; como hombre, aborrecía el pecado, á mas de ser imposible, con todo el odio que podía Dios comunicarle. Yemos sin embargo en el Evangelio que trata á los pecadores con una bondad que nos admira y casi nos escandaliza. Mas pongámonos, como debemos ponernos,

en el lugar de estos pecadores, y sentiremos la necesidad que tenemos de que se porte nosotros con nosotros, y nuestro cordado desaparecerá, y seremos mas compasivos é indulgentes con las faltas ajenas.

Para estar bien en los sentimientos de Jesucristo, y para justificarnos plenamente se necesita en esta parte, si fuere necesario, distinguir dos especies de pecadores: los pecadores de debilidad, y los pecadores de malicia. Los primeros son aquellos que caen en el pecado, ó de resultas de una mala educacion, ó arrastrados por la violencia de sus pasiones, ó llevados ó seducidos por las circunstancias, ó subyugados por el dominio de la habitud; que casi no reflexionan sobre el mal que cometen, ó que lo condenan luego despues de pensar en él; que se lo acusan interiormente; que no hacen caso de castigarlo; que quisieran no haberlo cometido y no cometerlo mas; pero que no tienen la fuerza necesaria para evitarlo. Los segundos son aquellos que meditan, que preparan el pecado en su corazon; que buscan las ocasiones y se aprovechan de ellas cuando las encuentran con el mayor placer; que lo cometen con toda reflexion; que añoran los remordimientos; que intentan de justificárselo, é á lo menos disminuir su gravedad; que se ciegan, que se obstinan, que se endurecen. Jesucristo que conocia intimamente las disposiciones de unos y otros, daba á los primeros una favorable acogida: no solamente permitia que le siguieran, sino que los llevaba, con ellos conversaba y comia, y él mismo se invitaba á hospedarse en su casa, como le hizo con Zaques. Mas no vemos en parte alguna del Evangelio que se haya portado así con los segundos; no porque no les tuviese una sincera compasion, sino porque ellos resistian tenazmente á la gracia, y cerraban voluntariamente los ojos á la luz.

Y por otra parte ¿á qué fin habia venido á la tierra el Hijo de Dios? ¿Era para ser un juez incompasivo contra los pecadores? El mismo declara que no: sino que habia venido para

bastar y salvar lo que estaba perdido. Cuando se le hace un cargo de comer con los publicanos y con los pecadores, no son los que están sanos, responde, sino los enfermos los que necesitan de médico; y remite á una contradicción á aquéllo que dijo Dios por su profeta: *Morati me la misericordia, que el sacerdote.* Porque los parafrazeas así, y no los justos, es decir, los que, como los fariseos, se creen tales, á quienes he venido yo á llamar á penitencia. ¿Qué debía pues hacer, durante el curso de sus predicaciones, aquel que había descendido del cielo para rescatar el mundo inundado de crimenes de toda especie? ¿No era necesario que anunciase en sus palabras, y que manifestase con su conducta las grandes misericordias del Señor? Convertir á los hombres, y conducirlos á su Padre, ¿no era una obra digna de él? Y para convertirlos, ¿no debía mostrarse fácilmente accesible, ganar su confianza, y secundar por medio de sus demostraciones exteriores la acción secreta de la gracia sobre sus corazones? Lo que por dentro expresaba, correspondía con lo que obraba interiormente; y había ya perdonado como Dios aquel pecado que declaraba cometido como hombre. ¡Ah! ¿En donde estáis vosotros, si Jesucristo no habiese construido en el cielo los mismos sentimientos que manifestó sobre la tierra? Los que, á pesar de él, quieren absolutamente perdonar, que perdonen. Mas dámosle gracias porque salva á los que corresponden al ardiente deseo que tiene de salvarlos.

Hemos de hermanar á imitación de Jesucristo el celo contra el pecado con la compasión hacia el pecador. Esta compasión la tendremos, si somos humildes; si conocemos nuestra debilidad y nuestra inclinación al mal; si estamos íntimamente convencidos que no hay pecado de que no seamos capaces; y que si nos vemos libres de grandes crimenes, es porque Dios nos ha preservado de caer en ellos. Cuando nos ha-

Hechos bien penetrados de esta verdad, miráremos con otros ojos á los pecadores, tendremos piedad de ellos por nosotros mismos, é imploraremos á favor suyo la misericordia divina que hemos experimentado, ya sea para salir de los mismos extravíos, ya para no caer en ellos.

Tengo por uno de los puntos mas importantes de la moral cristiana esta disposicion de espíritu para con los pecadores, que es uno de los mas bellos afectos de la caridad y de la humildad. Ella se ve comun en las almas que han llevado una vida inocente, é incluso que sean interiores. Solo éstas se conocen á sí mismas, saben de lo que son capaces en materia de obrar mal, y que son deudoras á Dios de todo el bien que hay en ellas. Pero las otras, que nunca han profundizado en miseria, y que atribuyen en gran parte sus virtudes á sí mismas, á su industria, á sus esfuerzos, á su fidelidad, no tienen los mismos sentimientos de compasion para con los pecadores, creyéndose muy distantes de poder parecérselos.

Mas la compasion general con los pecadores no priva el discernimiento que se ha de tener en el modo de tratarlos, y este mira principalmente á los que están encargados de la direccion de las almas. Cautelad, sostened, fortificad á los que caen fácilmente por flaqueza, en quienes observaia rectitud de corazon, confesion de sus faltas, y un cierto gusto de enmendarse. Haced de manera que se acerquen á vosotros con confianza, que no tengan la menor pena en abrirse su corazon, y que se retiren siempre contentos de vosotros. No por esto debéis flaquearlos, ni mucho menos atenuar la idea que se haya formado de la gravedad de sus faltas, pero necesitan ser consolados y animados. En cuanto á los pecadores de malicia se merecen los mismos tratamientos, para abusarlos de ellos. Si consultais el espíritu de Jesucristo, os auxiliará á discernir en las faltas lo que es efecto de fragilidad, y lo que es efecto de malignidad, y las reglas de la conducta que debéis seguir con los unos y con los otros.

Y toda vez que Jesucristo hace tan gran diferencia entre pecadores y pecadores, y atiende tanto al principio de donde digamos las faltas, así innumerables con vosotros mismos sobre las que tieneis en vós en una mala voluntad; y no atiende tanto á si son grandes ó pequeñas en sí mismas, pois son siempre de gran transcendencia, y pueden llevarnos á un abismo, cuando nacen de reflexión ó de deliberado propósito. No es las perdones, porque son las que Jesucristo perdona menos, y que mas perjudican á vuestro progreso espiritual. Así que, una palabra poco caritativa dicha con malicia, será por lo común mas culpable que una palabra ofensiva escapada en un momento de calor ó de viracidad; y una resistencia formal á la gracia es una pequeña cosa, desagraviará mas á Dios que una falta considerable en que se habrá caído sin premeditación. Muy diferentes culpas eran el adulterio y el homicidio de David, que las dos desobediencias de Saul. Estos pecados los fueron repudiados al uno y al otro por dos diferentes posturas: entrambos príncipes se reconocieron culpables, y dijeron: *Peccado he contra el Señor*. David, no obstante, halló gracia en la presencia de Dios, y Saul fue desechado sin remisión. Y esto ¿por qué? Porque el corazón de uno era recto y sencillo, y no lo era el del otro. El punto de los defectos y de los pecados que de ella se siguen, es otro de aquellas en que nos faltamos por carecer de rectitud y de sencillez, á causa de nuestro orgullo y de nuestro amor propio. Examinámonos muy de cerca y con la mayor rigidez acerca de este punto, y roguemos á Dios que no permita se nos pase nada que ofenda, por poco que sea, su santidad infinita. Para las miserias de pura fragilidad, cuando encemos de buena fe que son tales, la humilde confesión que de ellas hacemos, el sentimiento de haber caído en ellas, y el deseo sincero de evitarlas en adelante, nos obtienen finalmente su perdón; y no por esto somos menos agradables á los ojos de Dios, á quien nada agrada

tado como un consero tortura y batallado de sus faltas.

CAPITULO XXII

Conducta contraria de los Fariseos.

El humilde Jesus, el justo, el santo por costumbre, y tan-
to mas humilde, cuanto mas justo y mas santo, conversa-
ba gustoso con los pecadores; y estaba muy distante de ima-
ginar que ni su santidad ni su reputacion podian sufrir
por un comercio que no hacia otro objeto que su conversacion.
Los mayores Santos, aquellos sobre todo que se consagraron
al ministerio apostolico, se propusieron como un deber y una
gloria el mezclarse en esta parte. Tuvieron contradicciones
durante su vida; mas antes que ellos las habia tenido Jera-
criso. Los soberbios fariseos, que se vendian por justos por-
que observaban escrupulosamente lo literal de la ley, al
paso que desconocian y violaban su espíritu, vivian sepa-
rados del pueblo, como su nombre mismo lo significa,
para no contaminarse, y para conservar su pretendida justi-
cia en toda su pureza é integridad. Eran del número de
aquellos de que habla Jesus, los cuales dicen á otros: *Apár-
tate de mí, no me toques, porque tu eres inmundo* *. Hablaban
con el mas alto menosprecio de los que seguan á Jesucris-
to, tratándolos de populacho ignorante en la ley y malicia *.
Decian al oigo de nacimiento que daba testimonio del Sal-
vador: *Saliste del vientre de tu madre envuelto en pecados*. ¿Y
si nos das lecciones? ¿Es preciso de estrallar, que hombres tan
orgullosos y tan hipócritas no padescan perderse á Jesucris-
to una conducta que condenaba tan declaradamente la suya,

* Lucas xiv. 10.

* Juan. viii. 12.

* Juan. vi. 70.

que le imputasen como un crimen el comer con los publicanos y pecadores, que lemasen de ello un pretexto para negarle la calidad de Profeta, por mas que su propia experiencia les hubiese tan á menudo convencido que él loia en esas mas ocultas penitencias? Si este hombre fuera profeta, decía uno de ellos, bien conocería quién, y qué tal es la mujer que le está buscando, ó que es una mujer de mala vida ¹. Jenes sabía que ella le había sido, y que en su corazón ya no lo era. Y bien lo manifestó en su respuesta á lo que pasaba en el corazón de Simón el fariseo. El conocimiento que tenían de la indulgencia de Jenes para con los pecadores, les movió á presentarle la mujer sorprendida en adulterio, esperando ponerle en contradicción con la ley, que decretaba la pena de muerte contra este crimen. Mas Jenes, que conocía su malicia, les contradujo, remitiéndolos á su propia conciencia. *El que de vosotros se halla sin pecado, les dijo, tire contra ella el primer lapidre* ². Y cuando se hubieron retirado, perdonó á aquella mujer, cuya humildad y arrepentimiento veía, recomendándole no pecar mas en lo sucesivo.

Solo á un Hombre Dios correspondia el perdonar de este modo los pecados. Él había probado por medio de milagros obrados á este intento, que tenía este poder, del cual no había sino despues de haber puesto él mismo en los corazones las disposiciones necesarias. De otra parte, digno era de Dios el hacer esta gracia á aquellas almas que se arrepentían, movidas por el dolor de haberse olvidado, y nada mas conforme á su bondad, que aquella asistencia del Salvador, hablando de la pública pecadora: *Le he perdonado muchos pecados, porque ha amado mucho* ³. Los fariseos no podían negar ninguna de estas verdades, ni ninguno de estos hechos. ¿Qué les quedaba pues en la conducta de Jesucristo?

¹ Luc. vii. 36.

² Joes. viii. 7.

³ Luc. vii. 48.

Su bondad misma. ¿Y qué hería en ellos aquella bondad? Su duro é inflexible orgullo, su severidad afectada por un principio de vanagloria y de interés. No aspiraban sino á la reputacion y á las ventajas humanas de la mortid; eran verdaderas sepulcros blanqueados lienos de huesos y de corrupción.

Mas el espíritu de los fariseos no murió con ellos, introdujose en el cristianismo; y sin hablar aqui de los herejes antiguos y modernos que se separaron de la Iglesia por orgullo, y que para acreditar sus errores, se erigieron en reformadores de los abusos, esto poder adelantarnos en asegurar, que entre los mismos cristianos y entre las personas mas declaradamente dedicadas á la piedad, todo aquel que se gobierna por su propio espíritu en el servicio de Dios, y en el juicio que forma de las cosas de Dios, está mas ó menos infectado de la levadura fariseica. En una palabra, el propio espíritu hijo del orgullo es lo mismo que el espíritu fariseico. Sé muy bien que hay una falsa dulzura, una falsa indulgencia, una falsa compasion para con los pecadores; mas de ordinario no es el orgullo el que lo produce; es por el contrario, cierta blandura de carácter, una bondad del alma mal entendida y llevada á cierto extremo; es porque somos demasiado indulgentes con nosotros mismos, y por nuestra propension en presumir de la divina misericordia. Pero al condenar semejante exceso, no es menester caer en otro, y autorizarle. Si este segundo exceso, que es el hecho no siendo menos á la relajacion que el primero, y á una relajacion toda la mayor, no fuese incomparablemente mas peligroso, no se hubiera levantado armada contra él con tanta fuerza, aunque por sí el sea en si misma.

No es fiel guardar en términos medio en esta parte, á menos de conducirse con respecto á sí y á los demás por el espíritu de Jesucristo, y á menos de ser hombre interior. Como hay diferencia en los caracteres, si se se procede con mucho

colado, hay peligro de que cada cual tome la moral cristiana según su carácter. Esta moral tiene un lado que parece autorizar la severidad, y tiene otro que parece favorecer la indulgencia; y es una verdad, que la discreción y la prudencia cristianas consisten en conciliar estos dos contrarios, sin dar demasiado al uno en perjuicio del otro. Mas ¿cuán rara es esta dirección, tanto para sí como para otros! Es un presente de Dios, que no vive concedida á otras almas que á las heróicas.

Si el solo carácter hiciera inclinár á un lado ó á otro, y teniendo de otra parte otras parvas y rectitud de intención, el mal no aumentaría mucho, y sería remediable. Santos ha habido un poco severos en demasía consigo mismos y con los demás; y otros han existido que han sido tal vez demasiado indulgentes, pero mas con los otros que consigo mismos. A ellos les llevaba su carácter; y puede muy bien decirse que en este sí unos sí otros siguieron con bastante exactitud el espíritu de Dios. Mas por ello no sufrió gran decremento ni su rectitud ni la de los demás. Lo contrario sucede cuando al carácter se mezcla el espíritu propio. Entonces el orgullo ó el amor propio sugiere falsos principios de moral, y un plan de conducta que se sigue tanto para sí como para los demás: condenase á cualquiera que se separe de las reglas que uno mismo se ha establecido; entonces viene la torquedad, la obstinacion; no se quiere ver la verdad; pónense de su parte la envidia, los celos, las pasiones mas bajas; de la crítica, de los juicios temerarios se pasa á la maledicencia, á la calumnia, á los mas odiosos excesos. Si á esto se juntan miras profanas y criminales, sea de ambición, sea de interés, sea de crédito y de vana reputación, todo es muy licito para llegar y para mantenerse en aquel estado; y todo lo que se dice, todo lo que se hace para elevarse ó para deprimir á nuestros rivales en dirección, no se descuida de cubrirlo con el velo de la hipocresía, al paso que se pretende trabajar se-

lamente por la causa de Dios. Así es que Jesucristo fué tratado de seductor por los fariseos, los cuales se vanagloriaron de su muerte como de un servicio hecho á Dios; y así es también que se han visto obreros evangélicos y misioneros, que después de haberlo dejado todo para consagrarse á la salud de las almas en regiones distantes, levantaban la voz unas contra otros, se ignoraban con calumnias, se delataban ante los tribunales, sin pararse en el enorme escándalo que con esto ocasionaban.

Cuando no hubiese otra razón para abandonarse á la vida interior, que la de librarse de tantos escollos en que hacen precipitar el carácter, el espíritu propio, y las pasiones animadas por el orgullo en la senda de la salud y en las funciones del cielo, ¿qué mas se necesitaría para llevar el generoso partido de entregarse enteramente á la gracia? No se puede llegar á ser interior sin renuciarse; y cuanto mas se adelanta en esta renuncia de sí propio, tanto mas se progresa en la carrera espiritual: y como el carácter no tiene dominio, é le va perdiendo cada día sobre el que se dedica á renuciarse á sí, llega por fin el caso de no ser avaro ni indulgente en demasía ya consigo ya con los otros. Renunciándose, destruyéndose en nosotros el espíritu propio, y no le daremos eldes cuando tratemos de formar planes de santidad y métodos de dirección; sino que todo nuestro plan, todo nuestro método se reducirá á escuchar y seguir humildemente al Espíritu Santo, así para nuestra propia conducta como para la ajena, no atascarnos á nuestro propio sentir, tomar consejo de la necesidad, observar nuestras propias faltas y corregirlas. Renunciarse, es sacrificar todas las miras humanas, es quitar á las pasiones todas las objetos que las irritan, es atacar al orgullo en su raíz; y aquel que ha hecho tales sacrificios, el que ha emprendido esta guerra contra sí mismo, el que pone cuidado en mortificarse y humillarse en toda, no es susceptible de envidiar la santidad ni los prósperos resultados de

otra. Con tal que Dios sea glorificado, de cualquier modo que la sea, ya está contento; y si los medios de procurar su gloria consistiesen á su elección, preferiría las mas oscuras, las que mas se ocultan á las miradas de los hombres, aquellos de quienes le resultaría mayor humillación. Un hombre tal nada de común tendrá jamás con el espíritu fariseico, y cuanto mas interior sea, mas se irá siempre apartando de él.

CAPÍTULO XXIII.

Discurso de Jesucristo sobre Jerusalem.

La sensibilidad y la compasión de Jesucristo para con los **L**ipscadores no se limitaba á los que daban muestras de arrepentimiento de sus culpas, sino que se extendía á los que eran sus enemigos personales, y cuyo odio contra él iba cada día en aumento, sin esperanza de corregirse. Jerusalem debía condenarlo á muerte. No solo los jefes de la nación sino el pueblo debía pedir á grandes gritos que fuese crucificado, y que su sangre cayese sobre ellas y sus hijos. Acusábase al momento de este horrible delirio; y Jesus que previa este crimen y sus consecuencias, tenía por ello traspasada el alma de dolor. Fijando la vista sobre esta ciudad desgraciada, derramó lágrimas, y exclamó: ¡ah! si conocieras tú, por lo menos en este día que se te ha dado, lo que puede atraerte la perdición! Mas ahora está todo esto oculto á tus ojos. Vendrán unos días sobre ti en que tus enemigos te circundarán y te rodearán, y te asedián por todas partes: y te cercarán, con los hijos de fuego, que tendrán encerrados dentro de tí, y no te dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto has despreciado el tiempo en que Dios te ha visitado¹. ¡Quién podrá explicar con que senti-

¹ Luc. xix. 41. 44.

misericordia de ternura pronunció el Salvador esta triste predicción! Lloró sobre los males temporales que tendrías que sufrir los judíos de parte de los romanos, y que se habían ellos mismos atraído por su ciega rabia y obstinación; lloró sobre su dispersión y sobre el estado deplorable á que debían quedar reducidos en todas las naciones, y que dura todavía después de tantos siglos. Lloró mas aun sobre los males espirituales que habían de ser el fruto de su impenitencia y de su ceguera radical, sobre la pérdida eterna de tantas almas para quienes iba á derramar su sangre. ¿Y á qué causa atribuye tantas y tan grandes desgracias? Á que en el tiempo señalado por Dios, no había conocido lo que debía darle la paz, ni el momento en que le visitaba Dios en su misericordia. Este momento había durado todo el tiempo de su vida pública. ¿Qué se había dicho y obrado para abrirles los ojos, para convertirlos, para formarlos, por decirle así, á reconocerlo en calidad de Mesías? Las gracias interiores habían correspondido á los señales exteriores; y todo esto había quedado sin efecto. ¿Cuántas veces, dice en otra parte, podrá recoger á sus hijos como la gallina recoge á sus pollos bajo las alas? Y tú no lo has querido¹.

Lo que sentía Jesucristo con respecto á Jerusalem, le ha experimentado tambien con motivo de todos y cada uno de los pecadores sin excepción, que debían alentarle y resistir á sus gracias en toda la sucesion de los siglos. No le eran menos caras sus almas que las de los judíos; y si por muchos de ellos se veno los mismos males temporales que deplorar, no era menos terrible á su perdición eterna. Concibamos, si podemos, en qué abisma lanense de amargura y de dolor eterno de tantos sumergido en venenos.

Las almas que aman sinceramente á Jesucristo participan aqui con él de sus penas interiores, y experimentan á proporcion los mismos sentimientos de consideracion sobre tantos

pecadores condenados como se precipitan todos los días en el infierno. ¡ Cuántas oraciones hacen! ¡ á qué penitencias se condenan! ¡ á qué penas se se ponen para la eterna salud de aquellos pecadores! En tanto que los devotos y las devotas ordinarios no piensan sino en sí mismos, no trabajan sino para sí mismos, no se dedican sino á sus intereses espirituales, estrechándose en el reducido círculo de su amor propio; estas almas generosas se olvidan de sí mismas, y animadas por el espíritu de Jesucristo, abrazan en sus deseos la conversión y la salud del universo. Su mayor sentimiento es que Dios no sea conocido, amado, glorificado de todas las criaturas, y que la sangre del Salvador haya sido derramada inútilmente para tan grande número. ¡ Ah! cuánto se necesita estar muerto á sí mismo y á toda interés personal, y apasionarse por la gloria de Dios, y arder por el celo de las almas, para estar animado de tan nobles sentimientos! Este es sin duda el mayor esfuerza de la pura caridad; y es tan rara en el día esta caridad pura, que solo reina en los que se han consagrado á la vida interior. Esta manera de pensar y de sentir se eleva demasiado sobre la naturaleza, para que pueda llegar á ella una virtud común, la cual ni aspira á ella, ni aun la comprende. Menester es que Dios mismo siembre en las almas semejantes disposiciones, cuyo origen se halla en el corazón adorable de Jesús: de allí deben tomarse como de su manantial: y pocas veces siguen la senda que conduce á este divino corazón! cuántos caminos lleva él para sí solo, y poco les importa la suerte de los demás! (Como si se creyese agrandar á Jesús y asemejarse á él, sin interesarse en lo que fué el mas tierno objeto de su amor.)

Es preciso atender mucho á lo que dijo Jesucristo, de que la desgracia de Jerusalem provino de que no conociese el tiempo en que Dios la visitaba. Hay para cada alma momentos críticos, circunstancias decisivas ya para salir del estado de la culpa, ya para entrar á para perseverar en el camino de

la perfección. Estas son aquellos momentos en que la visita Dios de un modo mas señalado, y le llama á él por medio de una especial misericordia, bien sea inspirándole violentos remordimientos para arrancarla del pecado, bien sea poniéndola en el caso de practicar actos heroicos de virtud, ya sometiénola á ciertas pruebas, ya exigiendo de ella ciertos sacrificios que cuestan mucho á la naturaleza. Sirven tambien Dios algunas veces de medios exteriores por los cuales comunica su gracia, como una enfermedad, un contratiempo, una aflicción, un sermón, una lectura, una conversacion. Si el alma resiste, como es libre siempre de hacerlo, ya no hay mas remedio para ella; vivirá entregada en el pecado ó en una vida rebajada é imperfecta, y morirá en este estado. Si se rinde, bien aqui convertida, ó del mal al bien, ó del bien á lo mejor ó á lo mas perfecto, y de ahí depende no solo su conversacion sino su perseverancia.

Nosotros para no conocernos flaqueamos estas circunstancias decisivas para la salud ó pere la ruina; y Dios nos las tiene ocultas para que estemos siempre vigilantes y en disposicion de corresponder á cada gracia que nos concede. ¿Qué motivo es realmente mas urgente que este? Yo siento que Dios obra en mi conciencia; pero no sé si esta gracia será la última, y si le arriego todo despreciándola. Dios me pide en este momento una donacion entera y sin reserva de mí mismo, porque tiene el designio de hacernos entrar en la vida interior. Si yo lo rehúso, ¿confiaré en solicitarle, ó le haré con la misma eficacia? Yo lo ignoro, y debo temer que no. Mas si el desista de venir á encontrarme, hé aqui la puerta del camino de la perfección cerrada absolutamente para mí. Cuanto tiempo hace por las sendas espirituales, y hago en ellas algun progreso. Pero presentase un obstáculo que agotar, un paso importante que dar, una tentacion que vencer, una dificultad, una prueba que sufrir: Dios me impide interiormente; la naturaleza me detiene. Si cedo á la natu-

leta, nadie me asegura si volveré á tener sobre ella el ascendiente, me verá dolida absolutamente, no adoloraré mas, y estará muy expuesto á retroceder. ¿Y hasta qué punto retrocederé? Lo ignora. Tal vez la abandonaré toda, y no podré sin remedio. Lo mas seguro para mí es esta incertidumbre, es creer que cada momento en que no siento loco- do por la gracia, es el de la visita del Señor, y cumplir fiel y generosamente lo que en gracia me sugiere. Haba para cada judío uno de estos instantes críticos en que se trataba de reconocer ó no á Jesus por el Mesías. Los que fueron infieles á este llamamiento, resistieron después á los mas estupendos prodigios, y acabaron por crucificarle como un blasfemo. Ejemplo terrible, que se reserva por desgracia con tanta frecuencia en particulares, y á veces en naciones enteras. Porque nosotros nos parecemos todos mas ó menos á los judíos; y Dios guarda siempre la misma conducta en la distribución de sus gracias.

CAPÍTULO XXIII.

Gracia de Jesucristo.

Ya que Jesucristo es nuestra modelo en punto á oración, y fuente de todo bien espiritual, tanta como en todo lo material, es muy necesario que con el auxilio de su gracia podamos formarnos algunas ideas de su manera de ser; de otra suerte, no estaria en nuestra mano el iniciarle en este punto. No se halla á mal paso, que yo me atreva á hablar sobre esta materia, segun él se digne ilustrarme.

Aunque la oración de Jesucristo fuese continua, y no pudiese ser en solo instantes interrumpida por acciones algunas exteriores, ni aun por el reposo que concedia á la naturaleza; en

obstante, tenía tiempos señalados para orar, en los cuales, se-
parabase de sus discípulos, buscando algún recinto solitario.
Dice el Evangelio que en cierta ocasión habiéndose levantado
may de mañana, salió; fuése á un lugar desierto, y allí se
puso en oracion ¹. En otra ocasión, que habiendo despacha-
do el pueblo, entró á una montaña para orar solo; que por la
tarde estaba todavía allí, en donde permaneció hasta la cuar-
ta vigilia de la noche, es decir, á las tres de la mañana, para
volver á juntarse con sus discípulos ². Antes de escoger sus
apóstoles, se retiró á un monte para orar, y allí pasó la noche
entera en oracion con Dios ³. Dícese en otra parte que poco
tiempo antes de su Pasión, estando en Jerusalem, pasaba los
días en enseñar al pueblo que acudía may de mañana á sus
instrucciones; y que por la tarde al salir del templo, iba á
pasar las noches en el monte de los Olivos ⁴. Estaba en or-
acion tres horas había en un huerto de Getsemani, cuando
Judas y los judíos fueron á prenderle; y Judas conocía este
lugar, porque á él se retiraba Jesús á menudo con sus disci-
pulos. Así pues, durante su vida pública, ocupado todo el día
en el servicio de su Padre, consagraba á la oracion una bu-
ena parte de la noche, y con frecuencia la noche entera. Lo
mismo habría practicado sin duda durante su vida privada,
dedicando todo el día al trabajo, y tomando del reposo de la
noche horas para rogar.

Aprendamos ante todo, de lo que se acaba de decir, que la
oracion es el primer deber del cristiano, que en cualquier es-
tado de vida que háyamos alcanzado, y á cualquier trabajo de
cuerpo ó de espíritu que estemos sujetos, debemos siempre
proporcionarnos tiempo para este santo ejercicio; que nos es
tan mas indispensable, si estamos obligados á fuerciamos de

¹ Marc. i. 35.

² Marc. xvi. 76, 78.

³ Luc. vi. 12.

⁴ Luc. xxi. 37, 38.

culo y de dirección; que el órden de la caridad no nos permite descender nuestra alma para ocuparnos casi únicamente en el alma del prójimo; y hasta que jamás hagamos un verdadero bien al prójimo, si por medio de la oración no atraemos la bendición de Dios sobre nuestro ministerio. Hállase tiempo para todo, aun para lo mas indiferente y para meros entretenimientos, y no se halla tiempo para orar. Y ¿por qué? Porque la oración no se ama, ni se conoce su necesidad.

No rogaba para sí Jesucristo, pues no tenía necesidad alguna espiritual, ni gracia ninguna que pedir, por cuanto en él recibía la plenitud de las gracias; ni misericordia que implorar, siendo no solo exento de pecado, sino impecable; ni tentación que superar, ni virtudes que obtener. ¿Quién le inducía pues á pedir? Su amor para con su Padre, y el interés que se toma en su gloria. Unida á la divinidad por un favor único su alma desde el instante en que fue criada, se unía también á ella por su voluntad, por sus actos libres, por el ardor de sus afectos. La oración era su vida; y no la dejaba para dedicarse á la acción sino cuando esta era la voluntad de su Padre; volviendo por sí misma á la oración desde el momento en que quedaba libre. Después de la gloria de Dios, la salud de los hombres era el motivo y el objeto de sus súplicas. Ni para sí ni para otros obtenía de Dios una sola gracia, que Jesucristo en la hora pedida y obtenido para ellos en el decurso de su vida. Trataba pues á veces con su Padre de este gran negocio, en donde iban igualmente comprendidos los que se pierden por culpa suya y los que se salvan; nosotros le estábamos presentes en el pensamiento y en el corazón, en un punto de vista que abrazaba todas nuestras necesidades personales.

Nuestras necesidades espirituales de toda especie nos imponen la ley de rogar para nosotros mismos; y tantas son las miserias de que nos vemos cargados á la presencia de Dios, que es nos es posible olvidarnos en aquel acto á nuestros mis-

mos, y aun cuando estuviéramos tan entregados á él, que no nos ocurriese súplica alguna particular que hacerle, debemos siempre continuar en nuestra oración una súplica general á favor nuestro. Sería una insostenible pretension ó un desdoblado extrañamiento el no hacerlo, creyendo, ó bien que no tenemos ya necesidad de pensar en nosotros durante la oración, ó que es mas perfeccion el no hacerlo. Que en ciertas oraciones en que Dios solo obra nos perdamos de vista, y ni nos tengamos objeto alguno distinto, concebido fácilmente, y este estado es comun tambien á los principiantes. Mas cuando Dios nos deja la libertad en nuestras oraciones, el bien espiritual de nuestra alma debe ser uno de nuestros principales objetos. Lo que halla empeso mas reprehensible en la mayor parte de los cristianos es que el amor propio limita á sí mismo todas sus súplicas, y que en ellas olvidan los intereses de Dios y los del prójimo para concentrarse en los suyos; en lo cual proceden contra la intencion y el ejemplo del Salvador. La idea que nos formamos de la oración se limita á una peticion ó demanda. Mas ¿que es tambien una adoracion, un desahogo de amor á vista de la grandeza y de las perfecciones de Dios? ¿No es tambien una alabanza, una accion de gracias, un sacrificio, un deseo que Dios sea conocido y amado, un doloroso sentimiento de que no lo sea tanto como él lo merece y lo exige? ¿Hay por ventura en la oración otra mas excelente que cuanto liende directamente á los intereses de Dios? ¿Y acaso no debe movernos el interés del prójimo, á quien tenemos obligacion de amar como á nosotros mismos? ¿Nada tenemos que pedir por nuestros padres, por nuestros amigos, por nuestros bienhechores corporales y espirituales, para todos los hijos de la Iglesia que son hermanos nuestros, para los herejes y simoníacos, separados de ella por la desgracia del nacimiento, para tantos infelices é idolátricos que no adoran ó ni aun conocen á Jesucristo? No excluimos al prójimo de nuestras oraciones, es verdad; pero ocupados únicamente en nosotros

nuestras, no pensamos en él, y no presentámosle así nunca delante de Dios nuestro común Padre las necesidades de la gran familia cuyos miembros somos. ¿Dónde está pues nuestra caridad para con el prójimo? ¿Cuál es el primer objeto de esta caridad, si no es su salud y su santificación? ¿Y cuándo la ejercitásemos, si no le dejamos lugar en nuestros oraciones? Cada uno que ruegue para sí, suele decirse: máxima maldita y reprobada por Jesucristo. Te sostengo que se ruega mal para sí, cuando no se piensa en rogar para el prójimo; que no se le ama con un amor sobrenatural, cuando no se ruega para él; y que si no se le ama, no se ama á Dios.

Mas ¿en qué consistía la oración de Jesucristo? ¿Era tal vez un tejido, una larga serie de palabras, ó de actos artificiales? Oró tambien en público para darnos á conocer los sentimientos de su corazón, y para que sus oraciones fuesen para nosotros una enseñanza. Nos enseñó tambien una oración vocal, breve y sencilla, que abraza todo lo que un cristiano pueda y debe pedir para sí y para sus hermanos, tanto para la gloria de Dios, como para sus necesidades temporales y espirituales. Mas no por esta razón sujetó á las oraciones únicamente á la oración vocal; como si Dios se escuchase los deseos del corazón á menos que no los expresásemos la boca. Las oraciones públicas deben ser vocales, mas no así la oración en que el alma comunica á solas con Dios. Y Jesucristo así se comunicaba con su Padre: se oía por lo común sólo interiormente, aunque algunas veces dejase sin duda oír en suspiros, en lágrimas y en palabras los altísimos de su alma. Lo cierto es que en él todas sus oraciones eran animadas y dictadas por el corazón; y que Dios no acepta con agrado de nuestra parte sino las que del corazón parten. He aquí el punto capital: después dejémosle al Espíritu Santo que nos inspire al tiempo de rogar verdaderamente, ó si hemos de permanecer silenciosos á la presencia de Dios.

Y cuando Jesucristo estaba en oración, ¿ejercitaba méto-

diciendo las tres potencias de su alma en un objeto determinado y dividido en varios puntos? No por cierto: estos métodos tienen su utilidad, puede hacerse uso de ellos por algun tiempo; pero crearlos indispensable seria engañarse; restringirlos á ellos seria violentarla gracia, que es superior á todo método; hacer profusion de no cambiar otros, y sellarlos á todas las almas que están bajo nuestra dirección, seria cometer la acción de Dios á la de la criatura, dar pábulo á la actividad del espíritu propio, privar á la oración de sus mas excelentes efectos, reducir las almas en un grado muy inferior á aquel á que Dios las eleva si se le dejan obrar libremente; privarlas, en fin, de arar de una manera aproximada á la de Jesucristo.

La oración del Salvador era indudablemente única, pues era la de un alma unida inseparablemente á la persona del Verbo, y era la oración de un Dios que realmente no podía orar, atendida su divinidad; mas que se atribuía y jugaba digna de él la oración, valiéndose como de órgano de su humanidad. No es dado á ninguna inteligencia criada el penetrar en el secreto de una oración semejante, ni elevarse á su misteriosa sublimidad. Lo que de ello podemos decir nosotros, es que entonces el alma de Jesucristo estaba mas profundamente abismada en el seno de la divinidad, que estaba como oprimida y acorralada bajo el peso inmenso de su majestad y grandeza; y que para no sucumbir enteramente, necesitaba ser sostenida de toda la fuerza del Omnipotente. Los éxtasis, los arrebatos, el estado mismo de los espíritus bienaventurados y la vision intuitiva de la esencia divina con el amor y la felicidad que la acompañan, nada tienen de comparable con lo que seña en la oración el alma de Jesucristo. Creemos con razón, y es un artículo de fe, que esta oración era en el mas alto grado. Pero por un inconcepcible prodigio, los efectos admirables de la union hipostática que hacian á esta alma soberanamente sola, se deturcan en

su parte superior, y no pasaban sino raras veces y por cortos intervalos hasta la parte inferior.

Esto nos conduce á otra verdad desconocida al comun de los cristianos, y de la que ni aun las almas inferiores tienen conocimiento, sino cuando se hallan destinadas al estado de víctima. Y es, que la oracion de Jesucristo no abundaba en dulzuras y en consuelos, que era al contrario muy amarga y muy dolorosa, aunque tranquila; que en ella se presentaba como un criminal cargado de todos los pecados del género humano, como un deudor comprometido á pagar todas nuestras deudas, y como deudor á la justicia divina de todos los castigos que merecíamos. Parecía pues delante de su Padre como una víctima de expiacion, ofreciéndose á todos los rigores de sus venganzas, rogándole que nos perdonase y que descargase sobre él solo su indignacion, cuyos efectos experimentaba en la oracion: en Padre le manifestaba un semblante severo é irritado; en este Padre, que tan tiernamente amaba, tenía un hijo inextinguible que le preparaba tormentos y reproches, que parecia desecharlo de su presencia y tratarlo como objeto de maldicion. Y se podia mirarse á sí mismo sin que se viese como toda cubierta de pecados, sin que se hiciera horror, como si fuera el criminal el culpable. ¿Qué contricion se excitaria en él la multitud de estos pecados que abracaba, viéndolos todos distintamente, y penetrando toda su enormidad!

¡Y qué contraste entre la santidad adorable de su persona y esta lepra general, formada de la masa de todas nuestras iniquidades! ¡Y hasta qué punto se seria sensible á los ultrajes hechos á la majestad divina! ¡Y cuánto se sufriría ya de nosotros para repararlos! ¡Cuán seria aun en dolor, echando una mirada sobre tantas almas de las que venia á rescatar, que se obliterarian en perdono, que pisotearian sus gracias, el precio de su sangre, cubiéndose ellas mismas en infamia mas profunda que aquel de que venia á librarlas!

Tales eran las impresiones que obraban sucesivamente, á todas á la vez, sobre el alma de Jesucristo en la oración. Si podemos comprender su extensión, su viracidad, su intensidad, tendremos alguna idea de las penas interiores que el corazón de Jesucristo sentía en la oración, y conoceremos que los tormentos exteriores de su Pasión fueron nada en comparación de estas penas.

Almas sensibles, que las ávidas os mostráis de que Dios os acaricie en la oración, que solo para serle os padeis en su presencia, que quedáis desoladas si os lo priva, si os niega á alimentar vuestro amor propio espiritual, ¿no os avergonzáis de vuestras mismas cuando comparáis vuestras disposiciones con las de Jesucristo? Si consideramos su santidad, ¿qué es lo que merece encontrar cuando oraba? Sin duda que todas las delicias del cielo. Mas ¿eran estas delicias las que él buscaba en la oración, y las que en ella hallaba realmente? Y vosotros ¿qué merecáis, y qué buscáis en la oración? ¿Sois dignos acaso de una sola mirada de Dios? Y cuando os digna concedérsela, ¿no debéisle abismaros en vuestra nada, y derrirosos de puro reconocimiento? ¿No debierais pensar muy bien, que cuando al parecer os abandona, os hace justicia, y dando gracias porque os mortifica y os humilla?

Acudid á la escuela de Jesucristo para aprender allí cual es la verdadera y constante oración, la que más glorifica á Dios, y la más útil para vuestro adelantamiento. Y os responderá ser aquella que más os padece á la orar; aquella es que no solamente os ofrecéis en sacrificio, sino es la cual sois realmente sacrificados; aquella es que Dios os abate bajo el peso de su grandeza y de vuestra pequeñez, de su santidad y de vuestra corrupción: aquella es que os penetra de dolor al ver una bondad infinita tan gravemente ofendida por vosotros y por los demás; aquella es que por vuestro amor os ofrecéis á todas las oraciones, las aceptáis, las lleváis, para satisfacer á su justicia, deseando ventarosos en que os dig-

no admitir vuestro holocausto en unión con el de su Hijo.

Vosotros no aspiréis sino á la gloria y á las delicias del Tabernáculo, y no penséis que esta visión maravillosa pasó como un relámpago; que Jesucristo ni aun se deja ver en ella, y que sólo tenía la mira de animar el valor y afirmar la fe de sus discípulos; que mientras duró aquella, toda su conversacion con Moisés y Elias versó sobre su pasión; que S. Pedro, el cual se hallaba bien allí, y quería construir tres tiendas para fijarse en aquel lugar, se reprendido en el Evangelio como no oyendo lo que decía. Guardad, pues, grabado en vuestra memoria, que cuando tienen un verdadero amor á Jesucristo, y desean sinceramente participar á él, no desean para sí mismos una oracion de otra especie que la suya; que nunca están tan contentos como cuando están en ella en el cuerpo y en el espíritu, y quedan profundamente humillados. Tened por sospechosas toda oracion que no dé por fruto el desprendimiento de las delicias mismas del espíritu, y el odio de sí mismo.

CAPÍTULO XXIV.

Amor de Jesucristo hacia la Cruz.

Nos sin duda declara el Salvador en varios pasajes del Evangelio, que quien no lleva su cruz, no puede ser su discípulo. La cruz, por la que debemos entender no sólo aquella en que él murió, sino todas las penas interiores y exteriores de la vida, la cruz, repito, formó siempre las delicias de su corazón. Ella le fué presentada á su voluntad en el mundo, y él la aceptó con consentimiento con resignacion, sino con un amor generoso, con alegría; la abrazó, y la usó por su compañera.

insuperable. Prevía todas sus circunstancias, las veía sucederse una á otra; sabía qué contradicciones, qué enemigos debían ocurrirle en doctrina, en ejemplos, en acciones, y á donde debían llegar su odio y su malicia. Le predijo muchas veces á sus discípulos, y no se disminuyó jamás; adelantó siempre con paso firme hacia la cruz que tenía á la vista, y que esperaba por término de su carrera. Si en alguna ocasión haía ó se ocultaba, no era ciertamente por temor, ni para esconderse al furor de sus enemigos, sino porque su hora no había llegado, y no debía anticiparla. Desde que ésta hubo llegado, el mismo se adelantó á los que le buscaban, y se entregó en sus manos.

Veid con qué alegría reprende á S. Pedro, que por su mal entendido amor á su Maestro no podía sufrir que los anunciase su muerte violenta é ignominiosa; echándoles de sí, como hubiera echado al mismo demonio, y reprochándoles que nada entendía y gustaba de las cosas de Dios. Veid cuán ardiente desea manifestar de consumar su sacrificio. Con un brevísimo tiempo de ser ya lastimado, exclamaba; entonces hablaba de la efusión de su sangre en la cruz había de ser crucificado; ¡Oh y cómo se angustia en prever el corazón, mirar que no lo sea cumplido! ¹. En su última cena, después de su pasión, descubre á sus apóstoles con qué ardientes ansias había deseado comer con ellos aquella pascua antes de padecer ². Cuando Judas hubo tomado su última determinación, el Salvador sabiendo que no había ya mas esperanza de conversión para aquel desdichado, le entregó en cierto modo para que apretara su enleñador, diciéndole. Lo que pívocas hacer, hazlo cuanto antes.

Mas. ¿qué es lo que amaba en su cruz? ¿era los padecimientos y las humillaciones en sí mismas? No: nada digno de amarlo ni de apetecible considerado en sí. Noñe, dice S. Pablo, ha aborrecido su vida en carne; y Anacleto tenía me-

¹ Luc. xii. 36.

² Luc. xxii. 15.

nos amas que otro hombre alguno para querer su destrucción. Nadie le amado los oprobios por los oprobios mismos, y por todos títulos las honras y la gloria son debidos á Jesucristo. El amaba en su cruz el beneplacito de su Padre, la satisfacción que le daba por el género humano, la prueba que le mostraba de su obediencia. Amaba la victoria que por su muerte iba á conseguir sobre el diablo, y la ofrenda con que iba á cubrir á este enemigo de Dios y de los hombres; amaba nuestra salud y nuestra felicidad unidas á su cruz, por la cual nos libertaba del infierno, nos abría el cielo, y nos repenia en los derechos que habíamos perdido. Para conocer para basta que punto Jesucristo amó su cruz, preciso sería penetrar el exceso de amor que tuvo á su Padre y á nosotros. Tan luminoso era este amor, que no vaciló en decir que sacó el amor violento de las tormentas, y que superado todas las demás, sacrificó voluntariamente á este, habiendo excluido gustos y sentimientos, por la fuerza de su amor, el último suspiro.

Si Jesucristo amó su cruz porque amaba á su Padre, porque se interesaba en su gloria, y porque estaba sometido á su voluntad, ¿no estamos obligados por la misma razón á amar la nuestra? ¿No es Dios nuestro Padre, y no nos ha adoptado en Jesucristo? ¿No debemos interesarnos en su gloria, y darnos tanta mas prisa en repararla en cuanto nosotros somos los que la hemos ultrajado? ¿No le debemos una igual sumisión á su voluntad, en el acto de aceptar las cruces que nos envía? Proscrito se halla nuestro deber en la conducta de Jesucristo: como hombre él es nuestro modelo, y nos dió el ejemplo para enseñarnos lo que debemos practicar.

Si Jesucristo amó su cruz porque nos amaba á nosotros, porque quería nuestra felicidad eterna, porque estaba decidido á procurárnosla á cualquier costa, ¿no tenemos los mismos motivos de amar la nuestra? ¿No debemos naturalmente amarnos á nosotros mismos? ¿Hay algo que de mas cerca

nos lo que que nuestra eterna felicidad? ¿Podemos comprarla demasiado cara, y no merece para adquirirla que padecemos todas las penas de la vida presente? ¿No sabemos que nuestra cruz unida á la del Salvador es el instrumento, la prenda, el precio de nuestra salud, y que es imposible llegar al cielo por otra senda que por la de la cruz? Y ¡qué! Hablando Jesús de sí mismo, dijo: *Almecer ha sido que el Cristo sufriese, y que así entrase en su gloria; y ¿no será necesario que suframos nosotros para participar con él de esta gloria? ¿Estaba acaso excluido él como nosotros de la gloria celestial? ¿Había pecado en Adán como nosotros? ¿Se había hecho como nosotros culpable de algún pecado personal? ¿No era debida la gloria á su santa humanidad en virtud de su union con el Verbo? No obstante fue necesario que sufriese; y ¿no será una necesidad para nosotros el sufrir, que somos pecadores por nuestro origen, pecadores por nuestra propia voluntad, que hemos perdido todos los derechos á la celestial herencia y que no merecemos sino el infierno? En verdad que no tenemos la, ó si la tenemos, la desechamos en la práctica.*

Hablando S. Pablo de sus propios padecimientos, decía: *Yo completo en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo.* ¿Qué quiere decir con esto? ¿Falta alguna cosa al precio que pagó el Salvador por nuestro rescate? Indudablemente no. Mas esta precio, aunque suficiente y abundantísimo en sí mismo, no puede aplicarsenos, si no satisfacemos también algo por nuestra parte. Dios nos ha regalado lo que debemos pagar, y esta satisfacción son las cruces que su providencia nos destina. Si rehusamos satisfacer, inútil nos será el rescate de Jesucristo. El que nos crió sin nosotros, no nos salvará sin nosotros, dice S. Agustín. *No tenemos glorificándonos con Jesucristo, sino en cuanto con él suframos sufrido.* Estas son las palabras del Apóstol, que explican las que antes he citado.

Hay una raza particular para que las almas interiores

amen la cruz, y en que la ame su esposo Jesucristo. Creyerramos indignos de pertenecerle en calidad de esposas, si no tuvieran los mismos sentimientos, las mismas inclinaciones que él. ¡Qué! ¡Mi esposo ha sido un hombre de dolor, y ya burlé del dolor! ¡Mi esposo ha sido despreciado, el último de los hombres; ha sido no un hombre, sino un gusano de la tierra, y ya lancé barrer á la humillación! ¡Ah! ¿Podiera yo acercarme, conversar con él, aspirar á sus caricias, si así pensara? ¿Y él mismo pudiera valerse en su presencia? Este motivo agitado por el amor es el que mas fuertemente les impresionan. ¿Qué amarían ellas en su esposo, si no amasen su cruz? ¿Y cómo podrían amar su cruz, si no amasen la suya propia, que forma parte de la de aquél?

Mas ¿cuál es esta cruz que debemos llevar en pos de Jesucristo? Es ante todo para todos los cristianos en general la perfecta exacta de la moral evangélica: esto ya es mucho para quien tiene una verdadera idea de esta moral. Entre mil cristianos mucho es que haya uno que se aplique seriamente á observarla en todos sus puntos. Es en seguida para cada uno de ellos las penas inherentes al estado que ha abrazado. Le forman también todos los accidentes de la vida, todos los sucesos de la Providencia, todo lo que nos contraria, nos aflige, nos humilla, apenas damos un paso sin encontrar semejantes cruces, las cuales nos serian útiles y dadas, si las andáramos por tales sobrenaturales. Lo son tambien las privaciones voluntarias, las penitencias y las mortificaciones que nos imponemos con una santa discreción, ó las que abrazamos por toda la vida, consagrándonos al estado religioso. Lo son en fin las penas interiores inseparables de la vida espiritual, y las pruebas á que Dios se place poner ciertas almas elegidas para hacerlas mas perfectamente semejantes á su divino Hijo.

Es notable que la cruz propiamente dicha de Jesucristo, la que llevó desde su nacimiento y durante toda su vida, la

que le hizo sufrir incomparablemente mas que todas sus cruces exteriores, fué la que su alma sufrió ya inmediatamente, y que le venia de diversos objetos que alarmaban su espíritu, y afligian su corazón; y solo juntando cruces de esta naturaleza es como las almas interiores guardan con él mas notable conformidad; y el deseo de esta conformidad es el que las mueve á aceptarlas, y el que las sostiene en las mas pesadas pruebas.

CAPÍTULO XXXV.

De la humildad de Jesucristo.

Jesucristo nos dió el ejemplo mas perfecto de todas las virtudes; pero hay dos que parecen habernos querido enseñar con especialidad, y son las mas amadas de las almas interiores, á saber: la mansedumbre y la humildad. Aprended de mí, nos dice, que soy manso y humilde de corazón, y hallareis el reposo para vuestras almas¹. Veamos primero hasta qué punto llevó el mismo estas dos virtudes, y después hasta donde, ayudados por su gracia, debemos trabajar en imitarle: empezemos por la humildad, que es el principio de la mansedumbre.

Particemos á primera vista que si algun hombre tuvo jamás motivo, y en cierto modo derecho, para no ser humilde, era Jesucristo. El era Dios. ¿Y la humildad puede convenir á Dios? No, no puede convenirle su propia naturaleza. Dirías además que proporcion guardada tampoco podía convenirle en cuanto hombre; que por la misma hipótesis su santa humanidad fué elevada á una dignidad única, y tan alta que el mismo Dios no pueda hacer mas en favor de una naturaleza creada, que era imposible, que posela la gracia en un plení-

¹ Mateo. xi. 29.

tod, que estaba cierto de sentirse algún día á la derecha del eterno Padre, que gozaba ya en la tierra de su visión bien-aventurada, que nada por fin veía en sí mismo, ni en el cuerpo ni en el alma, que no fuese un motivo más bien de darse gloria que de humillarse. Esta es mucha verdad, si caemos en la humildad tal como pudiese y deben entenderla pecadores como nosotros.

Mas la humildad de Jesucristo era de otra naturaleza y muchísimo más profunda que la nuestra. Ved ahí sus fundamentos por los cuales podréis conocer su extensión. Toma él, en primer lugar, un encumbrado conocimiento de la distancia infinita que media entre la grandeza de Dios existente por sí mismo, y la bajeza de la criatura sacada de la nada; y como veía en su persona estos dos extremos, estaba su alma de continuo abismada en el sentimiento más vivo y más penetrante que causó jamás de la divina majestad y de su propia bajeza. En segundo lugar, por más y para que fuese aquella alma, lo era por gracia y no por naturaleza. ¿Qué podía por pensar de sí misma, cuando se comparaba con la nada y con la persona infinita y esencial de Dios? En tercer lugar, por una consecuencia necesaria de la unión hipostática, no había más que una persona, no yo es Jesucristo, la persona, el yo del Verbo. Así que su alma, no teniendo substancia propia, estaba en un anonadamiento total que no le permitía atribuirse nada, ni mirarse por nada, ni gloriarse en nada. En cuarto lugar, Jesucristo en calidad de víctima que debía ser inmolada á la justicia divina, llevaba sin cesar en su alma la viva impresión de todos los pecados del género humano, como si hubiesen sido los suyos; por esto estaba confuso y humillado como si los hubiese cometido; creíase digno de todos los castigos, de la cefera del cielo. Así que, él solo era tanto ó más humilde de lo que lo serían todos los hombres juntos, si tuviesen una contrición igual al suya, y á la enormidad de sus pecados. Digo más humil-

de, porque conocía y sentía la gravedad de nuestras ofensas en un grado á que no pudiera llegar estalara alguna por pura que fuese, y á cualquier punto de gracia á que hubiese sido sublimada. La humildad para de Jesucristo es por eso misma un misterio de lo mas incompreensible.

Aun puedo añadir, que el privilegio insalvable de que gozaba en alma en ser unida á la persona del Verbo, debía tenerla necesariamente en un inconcebible asombro, en una reconocimiento sin límites á tan singular beneficio, en una dedicacion absoluta á la gloria de Dios: disposiciones todas, que debían producir en ella una humildad incompatible. La misma dignidad de la dependencia en que estaba del dominio de Dios, y de su inevitable correspondencia á la gracia; dominio y correspondencia, cuyo efecto inmediato era conservada en una humildad proporcionada al imperio que Dios ejercía en todo sobre ella, y al pleno consentimiento que ella daba de su parte.

To recuerdo, oh Salvador mio, oprimido como me hallo, bajo el solo pensamiento de vuestra humildad; en ella se pierde mi espíritu, y nada puede claramente concebir sino que es un abismo insuperable para todo entendimiento criado. Mas ¿cómo queréis con esto, que apretados de vos que solo humilde de carnes? ¿Qué provecho sacáremos de una lección tan en extremo superior á nuestro alcance? ¿No es desesperarnos el proponernos su modelo, que ni aun poderíamos contemplar, cuánto menos imitar? Pero me engaño. Los mismos motivos, las mismas dependencias que hacían tan humilde el alma de Jesucristo, padecen y deben obrar sobre la nuestra, y producir el mismo efecto segun su capacidad.

¿No sabemos nosotros que Dios lo es todo por sí mismo, y que nosotros nada somos sino por él, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia? No perdamos de vista este pensamiento que debemos recordar muchas veces con santos entusiasmos de creernos alguna cosa; digamos sin co-

car: ¿De qué puede gloriarse la para nada? ¿Que hay de bueno en mí, que yo no haya recibido? Y si lo ha recibido ¿por qué me glorio de ello como si de mí propio lo tuviera? ¿Se necesitaría más para rebelar, para confundir, para aniquilar nuestro orgullo, para darnos á conocer cuán injusta es? Debamos á Dios todo el bien que á nosotros nos atribuímos, y nada hay tan criminal ni odioso como esta usurpacion.

Nuestra bondad moral, nuestra santidad, que no pueda venir sino de Dios, y que es en su principio un puro beneficio suyo ¿qué es sino nada en comparacion con la de Jesucristo? Mas, si á la vista de Dios tan puro, tan santo, el alma del Salvador, que todo lo tenía por su union con el Verbo, no podía ni una minute á sí misma, ¿cómo osaremos complacernos en nosotros mismos, y qué viene á ser ese mismo de santidad que en nosotros pensamos descubrir? ¿Una gota de agua podrá medirse con la inmensidad del Océano? ¿Una chispa, una centella disputará su luz con el sol? ¿Y qué será, si debemos á Dios hasta la sombra de persona que haya en nosotros?

El yo humano, origen de toda orgullo, era nulo en Jesucristo, no puede serlo en nosotros, porque nuestra union con Dios es moral, no personal. Pero esta union moral puede siempre aumentar y estrecharse; á medida que aumenta, nuestro yo se debilita, se derrama, se va perdiendo mas y mas en Dios, hasta que al fin, si no prevenimos, caemos en á lo menos los mas ligeros sentimientos de orgullo, los mas pequeñas reincidencias del amor propio, hasta llegar á un estado habitual de nosotros mismos, lo cual es para nosotros la consumacion de la humildad.

Jesús no era pecador sino por representacion; nosotros lo hemos sido y lo somos en realidad. Si tan humilde fui porque nos representaba, ¿qué debemos ser nosotros? Pensemos alguna tanto esta consideracion. La sola capacidad de pecar,

de reclamar contra Dios, nuestro Criador, nuestro Padre; de hacernos culpables del mayor de los crímenes, de la mancha ingratitude, debe bastar para inspirarnos la humildad mas profunda. Si esto es así, ¿cómo podremos dejar de ser humildes despues de tantos pecados de todas especies tan á merced millerados, y con tanta malicia acortados? ¿Cómo podremos no ser humildes, al pensar que llevamos en nosotros el gérmen de todos los crímenes, á los cuales estamos expuestos á caer por nuestras infidelidades y resistencias á la gracia, y caeríamos aun si Dios por su misericordia no nos preservase de ello? ¿Cómo no seremos humildes nosotros, que por tantas aflicciones merecemos sino el infierno, y que en él arderíamos para siempre, si Dios no hubiese escuchado mas que su justicia?

Si Dios nos ha librado con sus lavaras, si nos ha dispensado dones que á pocas almas concede, hé aqui una cruz mas para humillarnos á vista de nuestro propio indigüidad, para confundirnos de que un Dios tan grande se digna bajar hasta nosotros para libtarnos con tanta misericordia. Mas si recurrimos á gracias extraordinarias, el solo beneficio de la adopción divina, beneficio puramente gratuito, beneficio que sobrepaja á todos los dones, y que es en principio; beneficio, que es una conculcacion y una extension del privilegio insubstible que distingue la santa humanidad de Jesucristo: este beneficio, digo, debe excitar en nosotros la misma admiracion, los mismos transportes de reconocimiento, el mismo sacrificio de nuestros crímenes, y conservarnos en una humildad que corresponda á tales sentimientos.

En fin, el dominio supremo que ejerce Dios sobre nosotros, el derecho que tiene de ejercer su imperio sobre nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones, sin coartar nuestra libertad; la estrecha obligacion que tenemos de doblegar á la suya nuestra voluntad, y de corresponder fielmente á sus gracias, todo esto nos conduce indispensablemen-

to á la humildad. Nuestra dependencia de él es grande en todos sentidos; nuestra humildad debe serlo asimismo; y no cumpliremos en esta parte con nuestro deber sino aspirando á ser tan sumisos, tan obedientes, tan humildes como Jeroquías. Ahora entendamos ya lo bastante el significado de aquella lección: Aprended de mí que soy humilde de corazón. Conocemos ya sus motivos, su extensión, y el deber que es cumplir la lección. Venos que la humildad ha de tener su asiento en el corazón, y manifestarse después exteriormente según las ocasiones, con sencillez, con naturalidad, sin afectación; es una palabra, que es posible ser humilde sin pensar serlo, lo cual sería un orgullo refinado, y sin dar lugar á que lo piensen los demás, lo cual fuera una pura hipocresía. Pidámonos sin cesar á Dios sus luces para mejor conocer la naturaleza y las calidades de esta virtud sublime; pidámonle el amor y el gusto de esta virtud; pero un amor sincero, un gusto penetrante é íntimo; y sobre todo, pidámonle que nos la haga practicar. Pues esta virtud, como todas las demás, se adquiere por su ejercicio; y por poco que en ello reflexionemos, sentimos por experiencia la extrema repugnancia que tenemos en practicarla. Tránsenos toda nuestra naturaleza á la sola idea de un desprecio, de una humillación; oscilamos con el mayor cuidado cuanto puede rebajar nuestra opinión en el concepto de otro; hasta nos lo disimulamos á nosotros mismos, y nosra consolamos en veros talos como somos. Esperemos á lo menos por detestar nuestro orgullo, por confundirnos, por suplicar á Dios que nos libre de él, y nos dé la fuerza necesaria para combatirlo. Entramos á menudo en el corazón de Jesús, ya que á él nos corrimos. Observémosle los sentimientos, y nada descubriremos que no nos conduzca á la humildad, que no nos la haga amable y nos facilite el ejercerla. Sea la humildad de este corazón adorable el principal objeto de nuestra devoción y de nuestra imitación, diciendo con frecuencia: ¡Jesús

mano y humilde de oraciones, habed piedad de mí!

CAPITULO XXXVI.

De la mansedumbre de Jesucristo.

La dulce mansedumbre es hija de la humildad. Toda co-
 liracion humilde es manso, y tanto mas manso cuanto mas
 humilde. ¡Cuál debió ser para la mansedumbre de Jesucristo!
 ¡Y esta autorizado estaba para decirnos: Aprended de mí
 que soy manso! Conciliábase perfectamente en él esta virtud
 con el celo y la firmeza. Cuando se trataba de defender los
 intereses de su Padre, y de la verdad, de reprender á los hi-
 pócritas que abusaban de las apariencias de piedad para so-
 ducir al pueblo, ó de corregir los escándalos, hablaba con
 fuego y vehemencia, manifestaba sus santa indignaciones,
 hasta desplegaba su autoridad divina, como lo hizo dos veces
 cuando arrojó del templo á los que traficaban en él. Pero
 cuando se trataba de personas á bien dejaba sin rechazar las in-
 jurias y las calumnias que se le imputaban, les defendía con
 una extrema moderacion, sin mostrar la menor atencion
 en su alce ni en sus palabras, y empleando sin colorarse ra-
 zones irrecusables, que dejaban sin respuesta á sus enemigos.

El principio de esta mansedumbre inabarcable residía en su
 corazón; no tenía mas que seguir sus movimientos, sin necesi-
 dad de hacerse la menor violencia. Para hablar dignamente
 de él, hemos de decir que era absolutamente imposible que
 le abandonase, ni que faltase á ella en circunstancia alguna,
 porque en sí mismo estaba siempre bajo el dominio del Verbo
 que en todo le gobernaba y arreglaba. Y sin embargo es de
 observar, que aun alguna vez muestra una tan viva y deli-
 cada sensibilidad; que no le escapaba el menor ruego de la
 injusticia y de la perversidad de sus enemigos; y que tenía

pata con sus malas disposiciones toda la aversión que puede tener un Hombre Dios.

Nunca se manifestó mas dulce que en las contradicciones que experimentó durante todo el curso de su vida pública; en la masas con que se justificaba de las odiosas animadversiones que se le hacian, ya de violar el sábado, ya de arrear los demonios invocando á Beelzebú principe de ellos; ora de convencer y de comer con los pecadores, ora de ser en samaritana, un hombre poseido del demonio, hasta un blasfemo, porque se decía Hijo de Dios. ¡Cuántas veces se intentó prenderlo, precipitarlo, apedrearlo! La rabia de sus enemigos llegaba á su colmo; y la mansedumbre que á ella oponia, lejos de apaciguarlos, les irritaba mas todavía.

He hablado ya de la conducta de Jesucristo con respecto á sus apóstoles. No se mostró menos dulce con ellos, que con sus enemigos, ni tuvo de ello menor necesidad. Con ellos vivía como un padre y como un amigo mas bien que como un maestro. Trábalos casi como de igual á igual; y cuando se alude á lo que era él, y cuanto les era superior, no digo por su divinidad, sino hasta por su misma humanidad, no puede menos que asombrarnos y arrobarnos su condescendencia y su familiaridad. Eran hombres sencillos y sin vicio; pero sujetos á muchos defectos é imperfecciones, de las que les reprendía con tanta discrecion como dolor, cuando lo juzgaba á propósito para su provecho, y les sufría con paciencia aguardando que se corrigiesen, y sabiendo que no se verían libres de aquellos defectos enteramente sino despues de su muerte en el derrame del Espíritu Santo. Cuanto mas perfecto y santo era él, mas parece que debía sufrir por las debilidades y por las miserias de sus discípulos; mas no tenemos que nunca se lo vimos á conocer, ni que tratase de humillarlos. En su escuela no se proponía otro objeto que su bien y no la propia satisfaccion. Solo era solícito en ganar se

ceraron, y se fueron unidos con él y entre sí por medio de las instrucciones y de las miras comunes de la caridad.

Erán hombres ignorantes y groseros, incapaces de entender nada de las cosas espirituales. ¡Cualito debió costarle el instruirlos! ¡Cualito tuvo que abajarse para ponerse á su alcance! Y ¿qué otro sino él no se hubiera impacientado, á lo menos interiormente, viendo que nada comprendían, y que todas sus lecciones eran, por decirlo así, perdidas? Los que se hallan en el caso de enseñar á los demás, están tanto más expuestos á enfadarse y á desanimarse, cuanto mayor inteligencia tienen ellos, y mas obtusa es la de sus discípulos; y no es si se hallaría un punto bastante dentro de sí, para reprimirse siempre cuando tiene que instruir á ciertas inteligencias. Infiramos de ahí la dulzura é inabarcable mansedumbre de Jesucristo, el cual poseyendo todos los tesoros de la ciencia divina, tenía que convivir con hombres tan materiales y sin capacidad, no olvidándose jamás, y no dejando perder la menor ocasión para elevarlos al conocimiento de las cosas divinas. En su mano estaba el comunicarlos mas luzes y mas gracias; fácilmente podía desengañarlos de sus errores; podía, como lo hizo después de su resurrección, abrirles las potencias, y concederles la inteligencia de las Escrituras. Pero el momento no era llegado todavía, y él lo aguardaba sometido á la voluntad de su Padre, sin manifestar la menor impaciencia de verlo llegar mas presto.

Es la mansedumbre una virtud que diariamente practica: tenemos de ella una continua necesidad con respecto á las personas con quienes vivimos: un marido y una mujer entre sí, un padre y una madre con respecto á sus hijos, un amo ó señora con sus domésticos. Cada uno tiene sus defectos; no siempre depende de nosotros el corregir los del prójimo; pero ó no tenemos autoridad para tanto, ó queda sin fruto el uso que de ella hacemos. Entonces es necesario resignarse á sufrirlos. Nos dice el Apóstol: Comportad las car-

que unas de otros, y en su cumplimiento la ley de Cristo *. En las familias, en las comunidades seculares ó regulares, donde quiera vivan hombres reunidos, no hay precepto de obligación mas indispensable, si se quiere conservar la union y la paz. Mas ¿de qué otra dulzura para esto se necesita! No entiendo hablar aqui de aquella especie de dulzura de carácter que tiende mas bien á la flojedad, á la indiferencia, á la debilidad, que á la virtud, y que no puede comunicarse cuando no se recibió al nacer. Tampoco entiendo hablar de aquella afectada dulzura, efecto de la cortesía y del bien parecer humano, ó de los respetos que creemos debemos á nosotros mismos. Esta especie de mansedumbre es únicamente exterior; los motivos que la producen nada tienen de comun con la caridad cristiana, y hay mil circunstancias en que, é pierden la fuerza, é no tienen lugar. La mansedumbre de que aqui tratamos exactamente sobrenatural en el mismo y en sus motivos; es el fruto de la humildad, de la caridad, del imperio adquirido sobre nosotros mismos con el auxilio de la gracia, de nuestra habilidad en estar constantemente unidos á Dios, y ser dueños pacíficos de nuestra alma y de sus afecciones.

Si es ya mucho el soportar los defectos del prójimo; mucho mas se necesita en el concepto para reprenderlos, para trabajar en corregirlos; pues entonces es preciso saber hermearlo con el celo la firmeza, y hasta con una santa indignación excitada por la gracia. ¡Cuán puro ha de ser el celo para ser dulce! ¡Cuán prudente ha de ser la firmeza para no denegar en duricia y en inflexibilidad! ¡Cuán lleno ha de estar de Dios un corazón para que esta colera no le altere la paz, para que no pase de sus límites, y que no se mezcle con ella la natural impetuosidad! La corrección, cuando tiene todos los requisitos, es la obra maestra de la mansedumbre. Por esto nada escasea tanto como el talento de reprender á propósito, y de

la manera conveniente para de agriar los espíritus, y para moverlos á reconocer sus faltas y á corregirse de ellas. La mansedumbre, pues, es la virtud á que más han de aplicarse los que tienen inspección sobre la conducta de los demás, y que están obligados á dadas críticas y reprensiones. El medio entre la flojedad y el rigor excesivo es muy difícil de adquirir; y á menos de estar muy adelantado en la vida interior, no será fácil preservarse de uno de ambos extremos. Hay un cierto arte que prepara los espíritus, se insiste en ellos con paciencia, les maneja á su placer, se insiste más de lo que es necesario, los castiga eficazmente, poniéndolos en la senda de su caridad; y este arte solo lo enseña Dios á las almas que piensamente poseen.

En cuanto á los que enseñan, una manera dulce é insistente de proponer las verdades cristianas es tan necesaria á los que predicán como á los que escriben sobre asuntos de piedad. Ved el modo con que lo hacen Tomás de Kempis, San Francisco de Sales, y Fenelon: todo respira dulzura en sus escritos, y muestran la virtud tan amable, que nadie puede negarse á abrazarla. Difícil es no hallar sabor en ellos, y desde que se han gustado, es aun más difícil no rendirse á su doctrina. Y esto es, porque la gracia misma enseñaba por medio de estas palabras de oración, y animadas del espíritu de Jesucristo. Conoceréis siempre las obras buenas y sólidas sobre la vida interior por un carácter inefable de dulzura, que en vano buscaréis en otra parte. Las materias espirituales, y en general todo lo que pertenece á la moral cristiana, exige ser enseñado así.

Pero aun es mucho más necesaria la dulzura á los que enseñan en particular, ya sea en el tribunal de la penitencia, ya sea en las conversaciones familiares, como los confesores y directores. Estos tienen que luchar contra los defectos del espíritu y del carácter, y contra las malas disposiciones las personas con quienes hablan. Si manifi-

tan mal gusto, impaciencia, albor, y fieria cosa de imperioso y dominante, se haría mal á sí y á sus propias instrucciones, alejaría de sí á los almas, las volvería indóciles ó las fastidiaría. Atiendan al modo con que enseña la gracia, como se acomoda á la capacidad de cada uno, como va ilustrando insensiblemente y gradualmente, como castiga blandamente y poco á poco la voluntad, sin impacientarse aunque haya sido rechazada al principio, volviendo á la carga, aprovechando los momentos favorables, y no hablando sino en circunstancias oportunas para ser escuchada; no peando con una fuerza llena de aversidad los obstáculos que se le oponen, proponiendo todo lo que sirve para alisar el camino, y disimulando ó allanando las dificultades que pudiera arredrar. Así enseñaba Jesucristo, el autor de la gracia. Así deben enseñar aquellos á quienes encarga el este ministerio, ó que pora en ciertas coyunturas por una disposición particular.

No ha de creerse por esta que la mansedumbre excluya el celo; no hace mas que temperar su ardor, y regular su impetuosidad. Sin salir de su carácter de dulzura, Jesucristo pareció animado del mas fervoroso celo cuando era necesario. S. Pablo, su fiel imitador, reunió en sus Cartas toda la fuerza y la vehemencia del celo, con las expresiones de la mas tierna caridad. S. Juan, que es la misma dulzura, hace brillar su celo contra los enemigos de Jesucristo y de la caridad interioral. Lo repetiré una otra vez: entégase al espíritu de Dios; sea el quien hable por nuestra boca, y el que regule los movimientos de nuestro corazón. Si la naturaleza entra por algo en lo que debe ser todo sobrenatural, echárla á perder es ofensa, y nosotros tendríamos que investigar el haber inutilizado la gracia.

CAPÍTULO XXXVII.

Del amor de Jesucristo para con su Padre.

Jesucristo es el único hombre que haya perfectamente cumplido el gran precepto de la ley: *Amada al Señor tu Dios con todo tu espíritu, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas.* El amó á Dios mas de lo que fué amado, y mas de lo que lo será en el cielo y en la tierra por todas las cristianas justas. Y así como es imposible el concebir una union mas estrecha entre las dos naturalezas divina y humana que la union hipóstatica, asimismo es imposible corresponder á semejante beneficio con un amor mas grande del que tuvo Jesucristo. Verdad es que en cierto sentido este amor era necesario; pues que su alma gozaba de la vista de Dios, y no podía perderla. Pero la clara vision de Dios no quitaba á esta alma su libertad, ni el que ejercitase su amor con toda espontaneidad. Y bajo este punto de vista Jesucristo se nos propone por modelo en su amor para con Dios, como en todo lo demás, á nosotros que estamos aquí en la tierra en estado de fe. Era muy necesario que su amor fuese libre, para ser meritorio para él y para nosotros, y que las pruebas que de él dió, quisiese dárslas por medio de un expreso consentimiento. Podemos pues, y debemos imitar en esto á Jesucristo, amando á Dios segun toda la extension de la gracia que para él se nos ha comunicado.

Veamos ahora como Jesucristo amó á su Padre. Le amó con todo su espíritu; es decir, en primer lugar, que su amor correspondió al conocimiento que tenía de la amabilidad infinita de Dios, y de todos los títulos por los cuales merecía nuestro amor. Siendo la voluntad, como se sabe, ciega por sí misma, no puede amar un objeto sino en quanto el entendi-

mismo es lo presenta como amable; y cumple con todo lo que de ella depende, cuando ama de una manera proporcionada á los motivos de amor que el entendimiento le describe en el objeto. No se trata aquí de señalar á punto fijo hasta qué grado el alma de Jesucristo conoció la amabilidad de Dios bajo todos los aspectos. Diciendo que esto sobrepasa á nuestra comprensión, ya lo hemos dicho todo. Bastante sabría saber que él le amó tanto, cuanto lo conoció amable. Hé aquí la regla que hemos de seguir, y así es como debemos amar á Dios con todo nuestro espíritu. El conocimiento que tenemos de Dios y de sus beneficios, es incomparablemente inferior al que tenía de esto Jesucristo. Mas nuestro amor corresponde al que nosotros tenemos? Este es el punto sobre el cual jamás nos habremos examinado constantemente, con el fin de humillarnos, de confundirnos, de excitarnos á llevar el primero de nuestros deberes. Sabemos que Dios, siendo soberanamente perfecto, es infinitamente amable por sí mismo. ¿Qué debemos inferir de aquí? Que jamás le amaremos bastante, que debemos siempre desear, siempre, esforzarnos, y pedirle siempre amarle más; y que en este punto jamás debemos quedar satisfechos de nosotros mismos. Sabemos que Dios es el soberano, el único bien, el solo bien amable por sí mismo, y que el grado y principal motivo para amarlo, se ha de tomar de él y no de nosotros, ni de nuestro interés, ni aun de nuestro reconocimiento. ¿Amamos á Dios principalmente por este motivo tan puro, tan elevado, tan desinteresado de todo motivo personal? ¡Ah! ¿Cuántos cristianos que se tienen por ilustrados, y á quienes llega el amor propio, pretenden que el amor puro no es sino una quimera hija de imaginaciones vivas y acaloradas; que este amor no es propio de la vida presente, y que no conviene sino á los bienaventurados! Sin embargo así ha amado Jesucristo, y nos invita, y nos impulsa, y nos obliga á amar del mismo modo; y no entramos en el cielo sin nos

chupa al menos de este paradisico amor. Es necesario pues que así en la tierra nos esforcemos para llegar á la pureza de este amor, y sin escluir los demás motivos, hacerlo el motivo dominante de nuestras afecciones. Cónstanos que de Dios tenemos la existencia y todas las bienes que son en el orden de la naturaleza; que en el orden de la gracia, los beneficios que hemos recibido y los que esperamos en la otra vida son los grandes, que no hay de nuestra parte reconocimientos capaces de igualarlos. Sabemos tambien que Dios no necesita de nosotros para su propia felicidad; que si nos ha criado, si nos tiene destinados á una dicha eterna, es por una bondad enteramente gratuita. Paso en silencio todos los demás beneficios personales que forman el tejido de toda nuestra vida. Dictamos nuestra raza y nuestro fin, que por la mas justa de las retribuciones debemos amar al que nos ha amado el primero; y amarlo á proporcion de las mercedes que de su amor nos ha dado. ¿Le amamos así? ¿T hacemos servir al amor las luces que de la razon y de la revelacion recibimos? Y en tanto mas, en cuanto por precio de tantos beneficios naturales y sobrenaturales, Dios no nos pide otra cosa que nuestro amor.

Inscripta está á su Padre con todo su espíritu; es decir, en segundo lugar, que desde el primer momento de su vida hasta el último suspiro, todos sus pensamientos, todas sus miras, todos sus deseos se consagraron al servicio y á la gloria de su Padre; que ningún otro objeto ocupaba su espíritu, y que á él solo le refería todo. ¿Ocupa Dios actualmente toda la capacidad de nuestro espíritu? ¿De donde nos vienen pues tantos malos pensamientos, tantos pensamientos indolentes, tantos pensamientos de amor propio? ¿De dónde nos vienen todas estas miras terrenas y animales, todas estas proyecciones en que Dios no entra para nada, y que hijos de glorificarle, no suelen tender sino á alejarle? Confesemos por nuestro opróbio, que el pensamiento de Dios, con el cual de-

hombres familiarizados, y que nunca debiéramos perder de vista, es quizá el que nunca á menudo nos viene; que nos molesta e importuna, que procuramos desviarlo y distanciar de él; que lo rechazamos voluntariamente al primer objeto que halaga nuestros sentidos ó agita nuestra imaginación; que casi todas nuestras reflexiones se refieren á nosotros mismos, que nunca nos dejamos, ni aun en la oración, en la cual la mayor parte de tiempo Dios es quien menos nos ocupa. Si es una verdad que á menudo se pierde con lo que se ama, y que todo nos lo recuerda, ¿un hombre motivo para creer, ó que no amamos á Dios, ó que no le amamos sino muy débilmente?

Jesucristo amó á su Padre con todo su espíritu; es decir, en tercer lugar, que por amor lleva su espíritu en continua dependencia del espíritu de su Padre; que no tuvo otra regla en sus juicios que el espíritu de su Padre; que no dio acogida á otros pensamientos que á los inspirados por su Padre. ¿Es pues amar á Dios con todo nuestro espíritu, pretender gobernarnos por el espíritu propio, conservar el dominio sobre nuestros pensamientos, y no someternos al espíritu de Dios? Si el espíritu propio es por el mismo espíritu al espíritu de Dios, claro está que escudándose, siguiéndolo, tomando consejo de él solo, vamos directamente contra el precepto del amor de Dios. ¿Hemos dado hasta ahora en que para cumplir este precepto nos era absolutamente indispensable recurrir al propio espíritu? Y al presente que tan clara vemos esta necesidad, ¿tomaremos el partido de recurrir á ella? Para hacerlo eficazmente, empecemos por lastimarnos en la oración y en los buenos libros espirituales de lo que es el propio espíritu, hasta qué punto nos domina, y cuán útil es y peligroso. Cuando hayamos adquirido estos conocimientos que nos faltan, nos hallaremos mas dispuestos á hacer de aquél un sacrificio á Dios, rogándole que sustituya en nosotros el suyo, y trabajando nosotros para destruir el nuestro.

Jeracristo amó á su Padre con todo su corazón. Le primero que hizo al entrar en el mundo, fué dársele con una donación entera, absoluta, irrevocable. Y no fué esto un don vago, general y sin objeto determinado. Conoció ya entonces hasta el último punto y del modo mas distinto á todo lo que le obligaba aquel don; sabe cuales eran sobre él la voluntad y los designios de su Padre, cuáles rigurosos eran, y el sacrificio que de él exigia; y aceptó este sacrificio, consagrándose con el amor mas fuerte y generoso. Si posible hubiere sido que su Padre le hubiera exigido mas, no hubiera vacilado en dar su amor, porque su amor era superior en mucho á las terribles pruebas por las cuales pasar debía. Un valor de amor abasó desde entonces, derribó, consumió aquel corazón adorable; mas ¡qué valor tan inmenso! ¡Qué ardiente! Todo el fuego que inflama en el cielo los espíritus y las almas bienaventuradas, todo el que ha ardido sobre la tierra y ardará hasta la fin de los siglos en el corazón de los justos y de los santos, nada tiene de comparable con el fuego que se encendió en el corazón de Jeracristo; y es muy cierto, á lo menos en cuanto á los hombres, que todo el amor á Dios que han tenido y que tendrán para siempre mas, no son sino débiles chispas emanadas de aquel inmenso foco.

El hábito de la caridad se nos infundió en nuestros corazones con el bautismo, y nos impone la obligación de dar nuestros corazones á Dios, donde que tenemos la mano suficiente para hacerlo. ¡Cuán pocas veces cumplamos con este deber tan presto como podemos! ¡Cuán pocas persistamos en esta donación adelantando en edad, y en la juventud cuando empezamos á darse á conocer las ocasiones! Sembrante privilegio solo ha tenido lugar en un corto número de Santos. Los demás que han entregado enteramente su corazón á Dios, no lo han verificado sino ó después de haber perdido la gracia justificante, ó después de haber por largo tiempo balanceado entre Dios y las criaturas. La mayor parte viven y mueren sin ha-

ber nunca consumido en deseos enteramente de un corazón. Y ya que en pocas decías, de tantas personas como hacen profesión de piedad, las almas interiores son las únicas cuyo corazón sea enteramente de Dios; y aun hay entre ellas un mas y no menos, segun la medida de su gracia y de su correspondencia á ella. ¡Quien tal creyera! Este don de nuestro corazón que solicita Dios con tanta fuerza, que nos legitima y por tantas titulas se le debe, y que todas las razones tomadas de nuestro propio interés nos impulsan á concedérselo, este don, repito, es la cosa del mundo que mas nos cuesta, por la cual sentimos mayor repugnancia, y que la rechazamos con mayor obstinacion. Preciso es que Dios nos lo arranque por una especial gracia, sin la que jamás lo obtuviere. ¡Qué vergüenza para nosotros, y qué exceso de miseria hijo del pecado y de nuestro amor propio, el que tanto nos cuesta amar á Dios con toda nuestro corazón!

Jerusalén amó á su Padre con todo su corazón; á él se dirigieron todas sus afecciones en toda la extension y con toda la vehemencia de que era capaz. Nada amó sino por respeto á su Padre, y con el mismo amor que á él tenía, sin dividirlo nunca con nadie. Su corazón tendia derrochamente á Dios sin el menor desvío, con un movimiento tan vivo y tan rápido tan inconcebible, que mas bien puede decirse que estuvo siempre como abismado y perdido en Dios. ¡Qué es lo que amaba en su santa Madre, en José, en sus apóstoles, en los hombres todos? Dios, únicamente Dios; ni quería, ni podía amar en ellos otra cosa. ¿Dónde están los santos cuyos afectos están consagrados á Dios, que no tengan algunos afectos humanos, por pequeña que sea, ó desde el momento en que están algunos en sí mismos, sean honorables en cortarle de raíz? ¿Cada difícil es no amar sino á Dios solo en todo lo que nos manda ó nos permite amar! ¿Cada raro es un amor tan puro! Creyéramos molestar, cultivar demasiado nuestro corazón, si insistásemos que se dijera á esta sola amar; y no

pensamos que, muy al contrario, en esto consiste su verdadera, su perfecta libertad: y que la menor afección que le impide de allí, es un obstáculo que le impide tomar libremente su vuelo hacia el bien supremo.

Jesucristo amó á su Padre con todo su corazón; nunca re-
flejó su amor sobre sí mismo, nunca echó sobre sí la menor
mirada de complacencia, nunca amó cosa con respecto á sí.
En él no existió ni pudo existir el amor propio, porque él no
tenía ni propiedad ni ser yo que el yo del Verbo. ¿Con qué
no amaba él á su alma ni á su cuerpo? Sí, los amaba; mas
como unidos al Verbo, como perteneciendo al Verbo, y
con el mismo amor que, en cuanto á Verbo, profesa á su Pa-
dre de toda la eternidad. No podemos tratar nosotros de lie-
gar á esta inefable patria de amor; pero debemos aspirar á
toda la patria que Dios desea, y de que nos hace capaces su
gracia, combatiendo con todo nuestro poder al amor propio,
á este enemigo irreconciliable del amor de Dios, debilitánde-
le cada día mas, y persiguiéndole hasta los últimos rincones
de nuestro corazón. No amamos á Dios, sino en cuanto abor-
recemos el amor propio. Y para aborrecer al amor propio
tanto como merece, y hasta para conocerlo tal como es, nece-
sitamos de una luz y de una gracia sobrenaturales, que Dios
no concede sino por grados á los que están decididos á amar-
le con todo su corazón.

Jesucristo amó á su Padre con todas sus fuerzas; y no se
valió de su cuerpo sino como de un instrumento destinado á
auxiliar el alma en las pruebas que le dió de su amor. Em-
pleó sus fuerzas en obter y en padecer por Dios; se le dió ali-
mento y reposo sólo para ponerle en estado de aguantar nue-
vos trabajos y nuevas tribulaciones; se lo, por amor, entrego
su cuerpo á todas las tormentas, derramó toda su sangre
hasta la última gota, y lo levantó en holocausto sobre la cruz.
¡Reflexionemos seriamente, que este cuerpo que nosotros cui-
damos, debe ser una víctima de amor; que todas las mil-

pasiones naturales que le concedieron mas allá de la necesidad, sus otras tantas robes que hacemos al amor; que si se le ha dado vida, salud, fuerza, es para consagrarlo todo al amor; que cuando le aborrecemos el trabajo ó cuidamos tanto de librarle de lo que le molesta, le fastidia, ó le hace padecer, vamos contra el precepto del amor; y con mayor razón, cuando con tanto afán le procuramos los placeres de los sentidos, cuando le convertimos en una muella belgiana, cuando no nos ocupamos mas de su bienestar, y nuestra alma forma de él un ídolo consagrándose á su servicio, en vez de hacerlo servir y sacrificarlo al servicio de Dios? ¡Ah! ¡Cuán lejos estamos de imitar en esta parte á Jesucristo! Su cuerpo fue la primera cosa que mortificó á su Padre: no le torturó para hacerlo morir con una muerte violenta, y con este solo objeto le alimentó y le sostuvo, no mirándole al tratándole en toda su vida sino como una víctima. Y se cansa sin embargo con inocencia, con sencillez, y unida íntimamente con la divinidad; y la nuestra es corrompida en su origen, rebelde al espíritu, nos condena al pecado, y es la fuente principal de nuestros pecados; y el grande objeto de la mayor parte de las pasiones es el satisfacer sus terrestres y brutales inclinaciones.

Jesucristo vivió con todas las facultades de su alma. Su memoria, su entendimiento, su voluntad, su misma imaginación solo de Dios se llenaban, solo en Dios se ejercitaban, solo en servirle se ocupaban. El Verbo, por su acción divina, daba el impulso á las potencias del alma, y el alma á los movimientos del cuerpo; de suerte que todo estaba ordenado y dirigido por el amor, todo tendía y terminaba en el amor. ¿Nos hallamos nosotros en este caso? ¿Aspiramos á tanto por nuestros deseos? ¿Nos esforzamos con todos nuestros poder para llegar á conseguirlo? ¿En qué se ocupa nuestra alma que siempre está pensada, queriendo, y cuya actividad no para en solo instante? ¿Es acaso Dios, ó lo que

se refiere á Dios, al recuerdo de sus recuerdos, de sus relaciones, de sus afectos? ¿Solo para Dios tiene vida y acción? ¿Es un principio sobrenatural el que le imprime sus movimientos, el que manda y gobierna sus operaciones, y el que las dirige todas hacia el amor de Dios? Hé aquí sin disputa lo que debe ser un cristiano; hé aquí á lo menos á lo que debe tender con un amor infatigable, el quiere amar á Dios con todas sus fuerzas. Esto es imposible aquí en la tierra, me decía. Y ¿por dónde lo sabéis? Si habéis así es porque todavía no habéis empezado á amar. Amad, y veréis como el amor, con un dardo de vuestros corazones se apoderará de todo lo dentro, se apropiará el ser y la dirección de vuestros pensamientos espirituales y corporales, os enseñará á conseguirle vuestros trabajos y vuestros padecimientos, vuestros placeres y vuestros penas, lo dirigirá todo á él, y reducirá á su debida unidad esta multiplicidad que se divide y se disipa. El amor empieza por reunirle y reconcentrarlo todo en lo interior, desde donde se comunica después al exterior, y acaba por pasar á toda el hombre. Es un fuego que del centro se extiende á todos los extremos, lo gana todo, y transforma en él todo cuanto toca, después de haber consumido lo que se le opone.

CAPÍTULO XXXIII.

Del amor de Jesucristo para con los hombres.

El amor del prójimo es una consecuencia necesaria del amor de Dios. Porque no se puede amar á Dios, sin amar lo que él ama, y lo que nos manda amar. Dios ama á los hombres que son obra suya, que los crió solo para hacerlos felices; y manda á los hombres, y especialmente á los cristianos,

el amor se une á los otros. Así que, allí nos se juzgar del amor que tuvo Jesucristo á los hombres, por el que él tuvo á Dios. La medida del uno ha servido al otro de medida, y uno y otro los llevó hasta el mas alto punto á que pueden llegar. Y para explicarnos con mas precisión, estos dos amores se formaban dos uno: el mismo era en su principio, y solo en el objeto diferían.

Conocidos son los efectos del amor de Jesucristo hacia nosotros: la fe nos los propone, nos los enseña desde niños, y están extensamente desplegados en varias obras de piedad. Pero no los mediamos lo bastante, ni alimentamos con ellos nuestro corazón cuanto sería necesario.

Jesucristo nos ha amado á todos, no simplemente en general, sino á cada uno en particular; nos llevaba á todos, distintamente en su percha; y como este corazón era de una capacidad inmensa, no estorbamos en él apilados, ni la atención que á los otros tenía perjudicaba en lo mas mínimo á la que debía para cada uno de nosotros. De manera, que cada cual podía apropiarse al corazón de Jesús, como si hubiese sido el objeto único de su amor, y decir con S. Pablo: *Me ha amado, y se ha entregado por mí.* Al modo que el sol distribuye su luz y su calor á cada uno con tanta profusión, como si á aquél solo le diesen que alumbrar y calentar.

Jesucristo nos amó cuando éramos todos pecadores é indignos de sus gracias inefabiles. Hijos de cólera por nuestro nacimiento, por este solo título no tenemos derecho alguno al amor de Jesucristo, ni al de su Padre; y aunque él se hubiese desegado á redimirnos, aun cuando nos hubiese abandonado á la esclavitud de nuestra eterna prepotencia contra nosotros, no tendríamos de qué quejarnos. ¡Y cuánto menos motivos tenía para amarnos, stando así tantas culpas personales de que precia nos haríamos culpables!

El nos amó á pesar de haber previsto que, no obstante su amor, continuaríamos en pecar, y le ofenderíamos á

él en persona, pisoteando su sangre, y ahogado de su fardo que son las gracias. ¿Dónde están estos bienhechores que obligan cuando saben que se les pagará con ingratitude, y que se tomará contra ellos sus propios beneficios?

El nos amó no para la vida presente, que pasa como un sueño, sino para la vida futura que no podrá jamás; no para librarnos de algunas o muchas tempestades, y procurarnos o no dicha pasajera, sino para librarnos de una desdicha eterna, y asegurarnos una felicidad sin límites y sin fin. Nadie sino él podía librarnos de lo uno, y ponernos en posesión de lo otro; y éramos perdidos sin recurso, si él no hubiese venido á nuestro socorro.

El nos amó por sí mismo, de su propio movimiento, sin que nosotros se lo pidiésemos, ni aun pensásemos en recibirlo. Su amor fué un amor preventivo y gratuito; nada tenía que esperar ni aguardar de nosotros, ni menos que hacer nada de nuestra parte si nos hubiese denegado su amor.

Mas ¿cómo nos amó? Con el amor mas fuerte, mas tierno, mas generoso, mas eficaz. Nada pudo de todo cuanto podía hacer en favor nuestro, hasta ponernos en nuestro lugar, y satisfacer por nosotros á la divina justicia. Tomó sobre sus hombros nuestros pecados, y el castigo que merecían; nos abrió el cielo por medio de su sangre, y solo por la aplicación de sus méritos tenemos derecho de entrar en él. Consistió en ser á los ojos de su Padre un objeto de maldición, para atraer sobre nosotros su benevolencia, y reconciliarnos con él. Quiso ser tratado con tanto rigor como si él hubiese sido el pecador mismo, para empujar á su Padre á que nos adaptase por hijos suyos, y á restituirnos su celestial herencia, que habíamos perdido.

Como nuestro Médico, no solo curó nuestros dolencias, sino que se dedicó á prevenirlos. El orgullo y el amor propio son las dos fuentes de nuestros males, cuyo remedio nos ofrece en su humildad y en su mortificación. Abasó un estado

pebre, oscuro, despreciable, para inspirarnos el desprendimiento de las riquezas y del brillo de los vanos honores de la tierra; bebió el cáliz de las humillaciones y de los sufrimientos, para quitarla su amargura; y á mas nos abrió en los sacramentos, fuentes de gracia, en las que nos la rita á beber segun la necesitamos.

Como Maestro nos enseñó la verdad que el mismo habia aprendido en el seno de su Padre: nos descubrió los secretos de Dios, y á ellos nos introdujo con el auxilio de la fe. Nos dejó en el Evangelio, una moral pura, sublime, que nos conduce directamente á la felicidad, tanto en la vida presente como en la futura. ¿Que de Jesucristo, ¿Se conocia por ventura en qué consiste la felicidad del hombre? ¿Se sabia el camino que á ella conduce? ¿Quién ignora la multitud de sistemas, ó diremos mejor, de errores de los antiguos filósofos sobre esta materia? Jesucristo con una sola palabra nos enseñó que el es el Camino que conduce al hombre á la felicidad, la Verdad que se demuestra, y la Fide que la abraza y que la conserva.

Como Pontífice se sacrificó una vez sobre la cruz; y se sacrifica todos los dias sobre nuestros altares, para honrar en su nombre y en el nuestro la majestad infinita de Dios, para reconocer la grandeza de sus beneficios, para expiar nuestros pecados, para obtener las gracias necesarias á nuestra salud. Cualquier otro culto fuera de aquel en que Jesucristo es ofrecido y se ofrece á sí mismo, no da á Dios gloria alguna, ni puede satisfacer nuestro reconocimiento, ni continuar la mejor de nuestras oraciones, ni procurarnos gracia alguna. Este Pontífice, siendo á la vez nuestro intercesor y nuestro abogado, es cosa de interceder para nosotros junto á su Padre.

Como Pastor conduce las ovejas á los mejores pastos, les alimenta con su propia carne, les dá á beber su propia sangre, alija de ellas los voraces lobos, que son los demonios,

corre tras la oveja extraviada hasta que la ha encontrado, la canga lleno de gozo sobre sus hombros, y la vuelve al redil. ¿Quién podrá resistir en el portamón de todas las muestras de amor de Jesucristo para con los hombres, y expresar toda su viracidad y ternura?

El que así se ha amado, ¿no tendrá derecho para mandarnos que nos amemos unos á otros? ¿Tiene derecho de proponernos á sí mismo por modelo? ¿Nos manda algo que él no haya practicado primero, y de la manera mas excelente? ¿Nos admirará despues de esto oírle decir: Os doy un precepto nuevo: que os améis mutuamente como yo os he amado? ¿Qué mas nuevo es decirlo, que el precepto de un amor que nunca habia tenido ejemplo? Así es que el universo entero quedó sorprendido á la vista de la caridad que vivaba entre los primeros cristianos, y reconoció á esta señal los discípulos de un Dios muerto víctima de su caridad para con los hombres. Preciso es decirlo con lágrimas en los ojos; hoy día, entre la mayor parte de los cristianos, buscáranse en vano algunos fieles observadores de este gran precepto del Salvador. Ni aun se tiene de él idea; y los que la tienen, se la tienen sólo como un punto de perfeccion. Y la razón es porque para amar de esta suerte, y mirarlo como un deber, es preciso ser interior; es menester vivir del espíritu de Jesucristo; es indispensable estar muy interesado en su caridad. Y es por lo tanto una verdad, que se pertenecemos á Jesucristo sin á proporción de lo que imitáremos su caridad; y que el rechazo de sí los corazones duros, indiferentes, insensibles para con el prójimo, concentrados en sí mismos.

No hablo aquí de la compasión natural, que es una buena calidad y que supone muchas cosas. Esta no es una virtud sobrenatural que deba ejercitarse por un principio de la gracia y por los motivos mas puros de la Religión. Para tener caridad, no basta no hacer al prójimo lo que no quisiéramos que él nos hiciese. Esta lección nos la da la ley natural, y to-

vierámonos saber de salud á ella, si se nos regase el amor propio. Tampoco basta al hacer al prójimo todo el bien que quisieramos recibir de él. Una caridad semejante, si se limita á las cosas temporales, á las cuidados, á las atenciones, á las miras mundanas, á las leyes de urbanidad que pueden exigir las necesidades; la sencillez, la delicadeza de los demás, y que hacen dulce y agradable el trato de la vida, puede ser un fruto de la bondad del corazón, de la educación, y de la cortesia; y puede también ser dictada por el amor propio, y por una útil satisfacción de sí mismo. Y no obstante ¡cuán pocos cristianos se hacen un deber de tratar al prójimo como desearían ser tratados en idénticas circunstancias! ¡Cuán pocos se ponen en su lugar, ó le ponen en el suyo propio, diciéndole á sí mismos: Si yo me hallara en tal ó cual situación, ¿qué quisiera que se hiciera por mí? como desearé que me hicieran? Lo mismo para-debo hacer por él; y si no lo hago, hablo con Dios y fallo conmigo mismo. Esta regla de conducta tiene una aplicación indefinida; y tantas ocasiones en que caemos diariamente, no producen sino de que la violamos, ya sea por defecto de atención, ya por falta de buena voluntad, ya porque no nos creemos obligados á molestarnos ó incomodarnos un poco para servir ó complacer á otro.

El cristiano verdaderamente caritativo considera al prójimo con los ojos de la fe, le mira como á su hermano en Jesucristo, como el hijo de un mismo padre, como quien tiene derecho á la misma herencia, como quien ha de vivir eternamente con él en la santa ciudad, de la cual serán desterrados el mal y el pecado, y en la que todos disfrutamos en común y sin cesar de la misma felicidad. Está íntimamente persuadido de que así en la tierra debe, en cuanto le sea posible, estar con respecto á sus hermanos en las mismas disposiciones con que estará en el cielo; que debe quererlos, que debe hacerles todo el bien temporal y espiritual que de él dependa; sacrificar-

dades, si es necesario, su trabajo, su reposo, sus bienes, su reputación, su vida misma, al ejemplo de Jesucristo; y crearse feliz por medio de tales sacrificios, de poderse parecer en algo al divino Maestro. ¡Ah! él nos pide en esta parte incomparablemente menos de lo que hizo; y nosotros encontramos que pide demasiada; y no hay ley que tanto nos cuente observar como esta ley de amor y de caridad, ni de la que más fácilmente nos disponemos y con menos remordimientos. Lamentábase el Apóstol de que cada cual se pensaba sólo en su interés, y que olvidaba el de Jesucristo; y vosotros también desconfiadle el interés de Jesucristo cuando desconfiadle el de vuestros hermanos. Él se lava como hecho á sí mismo todo el bien ó el mal que vosotros le hacéis, ya temporal, ya espiritual; y expontamente declara que con esta regla se juzgará á vosotros tanto para remuneraros como para castigaros. Y es verdad que no pensamos en esto. A cada página del Evangelio hallamos enseñanzas de caridad, ejemplos de caridad, motivos de ejercitar la caridad; toda la ley cristiana se reduce á la caridad; y quien ama al prójimo, dice S. Pablo, *hace cumplida la ley cuyo cumplimiento es el amor*; * y no solamente nadie cual se dedica á los ejercicios de la caridad, sino que ni aun se cuida de estudiar una doctrina, y de medir su extensión. Esta extensión es inmensa. La caridad del cristiano puede y debe extenderse á todos los hombres y á todas las cosas, ya sea por el dero, ya por la gracia, ya por los efectos.

* Rom, xii. 9 y 10.

CAPÍTULO XXIII.

El amor hizo á la vez la felicidad y el tormento de Jesucristo.

La verdad que trato ahora de manifestar, sólo la conocen por experiencia las almas interiores, á las cuales se descubre cuando se hallan ya en tanto adelantadas en la vía espiritual. Ellas la comprenden por el sentimiento. Por lo que hace al común de las cristianas, la creen, porque pertenecen á la fe; pero no la comprenden, porque no la sienten, ni se ponen en estado de sentir.

Des como hay incuestionables en los principios de la fe. La primera, es que Jesucristo fué el mas feliz de todos los hombres; la segunda que fué el mas paciente y atormentado. Ambas extremas se concilian en el perfeccionamiento, sin que la felicidad disminuya en el sufrimiento, ni éste debilite la felicidad; siendo el mas feliz partícipe, según su humanidad, de toda la dicha que el Verbo podía comunicarle, unido íntima é inseparablemente al loro soberano, unido por todas las potencias de su alma y por todos los órganos de su cuerpo; de manera que le era imposible el sentir nada. Fué el mas sufrido, porque soportó penas interiores mas grandes de lo que han soportado y pueden soportar todos los Santos reunidos; porque sintió los rigores de la justicia divina hasta un punto de que no hubiera sido capaz otro alguno; porque los tormentos que sufrió en su cuerpo superan, en cuanto al sentimiento que de ellos tenia, á todo lo que han padecido todos los mártires. Las penas de su alma casi no tuvieron intervale durante el curso de su vida; tenidas siempre presentes, y con mas ó menos fuerza obraban de continuo en él. No podemos esquivar la impresión que hacian en su cuerpo estas mismas penas, la languidez, la debilidad, el extremo

abandono en que le ponías cuando estaba en oración; bien que lo que pasó en su agonía, nos da á conocer la violencia excesiva de esta impresión. Añadamos que en todas sus penas, así interiores como exteriores, experimentaba de la parte de Dios un abandono proporcionado á lo que merecía el que se había constituido fuador de todos los pecados.

Cuando consideramos separadamente la felicidad de Jesucristo y sus sufrimientos, poco nos cuesta comprender que uno y otro llegasen á un extremo increíble. Lo que no podemos explicar, es como se conciliaban en él dos cosas en apariencia tan contrarias. El amor empero los conciliaba. El había aceptado sus padecimientos, y los amaba; si hubiera querido concentrar alivio en ellos, prefiriendo este estado de dolor á los gozos mas locables. Otaba en sí mismo un prodigio constante, en suspender los efectos maravillosos de la única hipóstasis sobre su alma y sobre su cuerpo. Su mayor tormento dimanaba del amor que á su Padre tenía, viéndole de aquel modo ofendido por los pecados de los hombres, á pesar de la garantía que en él les daba de su bondad incomprendible, y este amor formaba al mismo tiempo todas sus delicias. Otro tormento poco menor que éste provenía de un amor hacia nosotros, cuando pensaba que su sacrificio sería inútil para una infinidad de almas, cuya pérdida y eterno suplicio no impediría, antes bien agravaría infinitamente. Pero la felicidad de aquellos á quienes su muerte debía abrir el cielo, le consolaba de la pérdida de los demás; y aun cuando no hubiese tenido que salvar sino una sola alma, se hubiera contentado de padecer. Y por una otra superior, se tranquilizaba con respecto á la condenación de los que no se aprovecharían de su beneficio; y esta idea no alteraba la paz de que gozaba siempre.

Así que, el amor dividía su alma entre dos sentimientos, dale y beneficio el uno, y el otro amargo y atormentador; ambos procedían del mismo origen, y se contrapuntaban de

modo, que su alma estaba tan contenta de sufrir el uno como el otro; y no hubiera deseado que el primero, que dominaba siempre, disminuyese la dolorosa impresión del segundo.

Ha dicho, y es una verdad, que el amor produce efectos muy parecidos en las almas interiores. Mas no es los principios de la vida espiritual, donde por lo común este amor no hace sentir sino consuelos, para prepararlas á las cruces que han de seguir. Tampoco pasa esto cuando la naturaleza, rigurosa todavia y no domada, se rebela contra las penas, y hace los mayores esfuerzos para librarse de ellas, irritándose contra Dios, á quien mira como un cruel tirano. Ya sé que en esto no tiene parte la voluntad; pero no me parece pueda decirse aun, que el alma sufre y es feliz. ¿Cuándo pudo decirse esto? Cuando la naturaleza ya domada opone muy poca ó ninguna resistencia; cuando siente la pena sin rebelarse, sin turbarse, sin murmurar; cuando el amor ha tomado ya tal ascendiente, que la voluntad se aquieta plenamente á lo que Dios manda; cuando el alma está tan contenta de sufrir, que no quisiera se disminuyesen la intensidad ó la duración de sus tormentos; que constante en sufrir de aquel modo por toda la eternidad, si fuese el beneplácito de Dios, y por esto se mantiene en una paz inalterable.

Entonces se verifica exactamente que el alma á la vez sufre y es feliz; y que el amor es á un mismo tiempo el principio de su felicidad y de sus penas; pues ella no sufre sino porque ama, y tanto como ama, y por la misma razón se cree tan dichosa en sufrir, que por nada del mundo quisiera mudar de situación. ¿No se han visto en semejante estado almas generosas, rebasar las delicias del cielo que se les ofrecían? ¿No se han visto otras pedir á Dios por singular favor nuevas cruces? Ellas pues ponían en la cruz toda su felicidad, hasta no poder vivir sin ella. ¿De dónde les venia esta disposición? Del amor, que les hacía mirar en la cruz la ve-

lidad de Dios; y bajo este aspecto les habla amable y preferible á todo.

Tales sentimientos parecen con quimera á los cristianos ordinarios, que no tienen la menor idea de la fuerza prodigiosa del amor divino. Pero con las reales, que cuando Dios ha empezado á probar su alma, si esta le es fiel, no la deja hasta que la ha conducido á este modo de pensar. Entonces pone fin á sus pruebas; mas en tanto que al alma desea este término, las pruebas continúan y van redoblando. Es necesario que se conforme en tanto como Dios la ejercita, para agradarle después por largo tiempo. Y Dios no le arranca á la violencia esta conformidad, si le da ella de descompensa: no. El amor la va disponiendo poco á poco é increíblemente, de manera que ella se conforma de muy buen grado, sin que le quede en cierta modo libertad para denegarse á ella, tanto le domina el amor.

CAPÍTULO XL.

Sencillez de Jesucristo.

Asi como la sencillez es el carácter propio de las perfecciones divinas, que no son infinitas sino porque son simples, así también es el distintivo de las virtudes de Jesucristo, que están sobre toda categoría en razón de su extremada simplicidad. ¿Qué podré decir yo de esta calidad existente, que escapa á toda expresión, y que ni aun al pensamiento es accesible? Nuestro Señor me dará auxilio para hablar de ella dignamente, y á los que me lean para comprenderme.

Las virtudes son sencillas, cuando se reducen á un solo motivo que las anima, á una sola intención que las dirige, á un solo fin al cual ellas tienden. Tales fueron las virtudes de

Jesucristo, que no tenían otro motivo que el amor de Dios, otra intencion que la gloria de Dios, otro fin que el cumplimiento de la voluntad de Dios; y esta motivo, esta intencion, este fin, no era sino una sola y misma cosa absolutamente. Ni este motivo era susceptible del menor aumento en su pureza, ni esta intencion de mas rectitud, ni este fin de mayor perfeccion. Nuestra provecho, nuestra utilidad, nuestra dicha eran tambien un motivo, una intencion, un fin que se proponia Jesucristo. Mas su amor para con nosotros era tan solo una consecuencia de su amor para con Dios; nuestra perfeccion se referia á la gloria de Dios; nuestra felicidad se hallaba encerrada en la voluntad de Dios. Así para todo esto tendia á la unidad.

Las virtudes son sencillas en su práctica, cuando no van acompañadas ni seguidas de ninguna reflexion, ó de alguna retorno sobre sí mismo, de alguna mira de interés personal. Tales fueron tambien las virtudes de Jesucristo. Practicábolas segun se ofrecian las ocasiones por un puro instinto de la gracia, sin premeditacion, sin esfuerzos, sin mas regla que el espíritu de Dios, sin reflexionar sobre el acto de virtud que practicaba. Su alma recibia el impulso divino para hablar, para rogar; y al hacerlo, nada mas de apoyo menabala á lo que se sentia inspirado á practicar, y ni aun echaba una simple mirada sobre su operacion. Todo era directo, todo iba á parar á su Padre; nada se detenia ni volvia á él; no se tenia por nada absolutamente, nada pretendia para sí, ni por parte de Dios ni por parte de los hombres.

Jesucristo era sencillo no solo en sus virtudes y en su utilidad, sino tambien en su exterior, en sus palabras, en su conducta. Nada en él de afectado, nada de grave ni de austero en demasia, nada que le distinguiese ó que llamase en él la atencion, nada que tuviese por objeto sorprender á la vista, y dar elevada idea de su persona. Todo en él era divino, y nada parecia tal al humano sentido; era sencillez ho-

harto elevado por la fe sobre todas las apariencias para reconocerle, no solamente en calidad de Hombre Dios, sino hasta en calidad de hombre extraordinario.

Ahora podemos comprender en qué consiste aquella infancia espiritual que él tanto elogiaba, y de la que presentaba en el mismo tan admirable modelo; el por qué amaba tanto á los niños; el por qué los abrazaba y los bendecía, y la causa por qué decía: Si no os volvéis y hacéis semejantes á los niños, no entraréis en el reino de los cielos¹; y añadía: Dejad vuestro peso á los niños y no los atormentéis de venir á mí: porque de los que son como ellos es el reino de los cielos². Para la infancia es el símbolo de la sencillez. El infante no tiene malicia, ni doblez, ni ficción; pictura en su semblante todo cuanto pasa en su alma. No medita ni reflexiona, y solo se deja conducir por el corazón. Solo obedece á un instinto el más sencillo, que Dios le ha dado y que le lleva derecho á su objeto. Es crédulo, porque de nada desconfía; es dócil, porque nada sabe. El sentimiento de su debilidad le enseña á depender y á obedecer.

Cuando nos dice Jesucristo que tal es la imagen de la infancia espiritual, que hemos de volver á la sencillez infantil para que Dios establezca su reino en nosotros; si un gracioso no nos abra los ojos, nada entendemos de este lenguaje, y nos vienen ganas de decirle con Nicodemo: Y qué pan hombre entrado ya en años puede ahora volver otra vez al seno de su madre para criar? Si; lo puede en el sentido espiritual; y jamás comprendes nada de lo más sublime que enseñó Jesucristo, ni de lo que practicó; jamás entras en el fondo de la moral evangélica, ni jamás la gustas, si no entra por la senda de la infancia y de la sencillez.

Dios hace ya atractiva esta virtud desde que se entra en la vida interior, y las primeras operaciones de la gracia conducen

¹ Mat. 18, 3.

² Mat. 18, 14.

á simplificar el alma. Desde luego encierra el amor cuanto en el corazón; le enseña á obrar tan solo por amor, desahucando poco á poco el temor y las miras inferiores. Inspira á la voluntad una cierta rectitud conliga de toda malicia y de todo artificio, que le inspira la franqueza, el candor, la ingenuidad. Desembaraza el espíritu de una multitud de miras y de intenciones, que solo sirven para distraer su atención, dirigiéndolo todo á la gloria de Dios, como á la intencion que abraza, y comprende substancialmente todas las demás. No le propone más que un solo y único fin, su voluntad, su bien-plácito; y le acostumbra poco á poco á subordinarlo todo á este fin. Además, á mas del ejercicio complicado y fatigoso de las tres potencias del alma, que se ejercitan sobre diferentes objetos, la pone en un estado de simple oración, en la que el espíritu no tiene otro objeto que una vista continua y general de Dios, el corazón singa otro sentimiento que un gusto dulce y apacible de Dios que le alimenta sin esfuerzo, como la leche alimenta los niños. El alma percibe entonces tan poco sus operaciones, y tan sútiles son estas y tan delicadas, que á ella le parece estar ociosa y abismada en un delicioso sueño. Y aun pasando cierto tiempo, no le permite reflexionar sobre sí misma, ni echarse una sola mirada. En fin, él la descarga de una multitud de peñunas de que se servía en otro tiempo para entretenerse en la piedad; pero que, como otras tantas trabas, solo servían para molestarla y retenerla de su sencillo.

Hé aquí lo que hace Dios de su parte para simplificar el alma, é introducirla en la infancia de la santidad. Lo que debe ella hacer de la suya, es conservarse fielmente en el estado en que Dios la ha puesto, no dar rienda suelta á su espíritu, contener todo raciocinio, toda reflexión, todo pensamiento inquieto é curioso, no aplicarlo á objeto alguno particular, á menos que Dios se lo presente; no leer libros espirituales para estudiarlos, sino para saborearlos; conser-

vamos libre en el decoro del día, ocupándose únicamente en sus deberes, no mezclándose en los negocios de otro, y no abandonándose demasiado á los ayres propios. Lo que tiene que hacer todavía es vigilar, pero dulce y tranquilamente, en los movimientos de su corazón, en sus deseos, en sus temores, en los sentimientos de gozo ó de tristeza que en él se levantan, y reprimirlos tan pronto como los descubre; no dar entrada á los objetos exteriores, no adherirse á criatura alguna por mérito humano, y de una manera natural; estar alerta contra el amor propio, que excita todas las pasiones, segun se le hincha ó se le ofende; que se busca á sí mismo en las cosas espirituales tanto ó mas que en las otras; que se esfuerza en observarse y complacerse vanamente; que incita el alma á mirarse y aplaudirse, ó á indignarse y desolarse; á presumir de sus fuerzas, ó á desalentarse y abatirse. Todo acto del espíritu, todo movimiento del corazón que no tiene la gracia por principio, es contrario á la sencillez; todo lo que refuerza el alma á sí, en vez de ablandarla y perderla en Dios, es una verdadera dolencia; toda obra exterior que no está ordenada segun el benéficio de Dios, complica la situación del alma. Las prácticas mismas de piedad, si nos sobrecargamos de ellas en exceso, si ponemos en ella una solicitud extremada hasta nuestros ociosos ayres, son un obstáculo á la sencillez. Acordémosnos sin cesar de las palabras del Salvador á María que se apresuraba á servirle con tanta actividad. *María, María, té te afanas y acompañas en muchísimas cosas; y á la verdad que una sola cosa es necesaria* *. Tu hermana María se toda tranquilamente á mis pies, no tiene mas atención que la de escucharme: ella ha escogido la mejor parte, que consiste en la sencillez y en la multiplicidad: así es que goza en reposo de mi presencia, y gusta la dulzura de mi conversacion; mientras que la diversidad de objetos y la vivacidad de su accion le distraen y le turban.

* Luc. x. 42.

La sencillez se comunica del interior al exterior; y entre dos personas devotas, un ojo perspicaz discernirá fácilmente con el airo, con el continente, con las palabras, con el gesto, con el andar, la que es interior y sencilla, y la que no lo es. Imposible es remedar aquello que inspira Dios en el semblante, en las miradas, en las palabras y en el porte de un alma que él posee. A todo el mundo sorprende, y muy poco se remontan á la causa, que no es otra sino aquella admirable sencillez que se derrama de dentro á fuera. Y á través interior un cristiano que no lo sea; tanto Dios poseerá de él en la oración, y hágalo entrar en la infancia espiritual: su exterior cambiará, sin él pensarlo, ni aun advertirlo.

CAPÍTULO III.

De la abnegación de Jesucristo.

Una de las sentencias mas célebres de la Escritura es aquella que dice: Si alguno quiere venir en pos de mí, renuncie-se á sí mismo, y lleve su cruz, y síguese ¹.

Toda vez que se pueda seguirse á Jesucristo, sino después de haberse renunciado á sí mismo, es una prueba de que él nos dió el primer ejemplo de esta renuncia; pues nada exige él de nosotros que no haya antes practicada en él mas alto punto de perfección.

Mas la dificultad está en explicar, en qué pueda consistir la renuncia interior de Jesucristo. Fácil es descubrir á primera vista lo que tenemos que renunciar en nosotros, es quienes todo se halla corrompido por el pecado, todo nos aparta del bien y nos conduce al mal. Nuestros sentidos, nuestra imaginación, por poco que los demos oídos, se consierten para nosotros en escollos: nuestro propio espíritu, nuestra propia

¹ Luc. 9, 23.

voluntad son mas peligrosos todavía; el uno nos ciega, la otra nos perverte. El orgullo y el amor propio son los que nos hallamos amarrados, son el origen de todas nuestras vicissitudes, y poseen en juego todas nuestras pasiones. Es por eso necesario, para seguir á Jesucristo, que nos renunciemos en toda lo que pertenece al cuerpo y al alma. No hay cristiano debidamente instruido en sus deberes y celoso por su salud, que no convenga generalmente en esta verdad, cuando en ella reflexiona. Si no la reduce siempre á la política, no tiene que temerle sino á su flojedad, y se verá forzado á condenarse á sí mismo delante de Dios.

Pero Jesucristo, ¿en qué podía renunciar? Su carne era pura, santa, divina; no podía sentir movimiento alguno de concupiscencia, estaba en todo sometida al espíritu, así como lo estaba el espíritu á la gracia. No conocía á la naturaleza sino las acciones indispensables; y en lo que exigían las necesidades corporales, era absolutamente incapaz del menor exceso. Por lo que respecta á su alma, dirigidas inmediatamente por el Verbo todas sus facultades, conspiraban no sólo al bien, sino á lo mas perfecto. Sus primeros movimientos eran esencialmente rectos; y lejos de tener que repetirlos, como eran todos sobrenaturales, inspirados y dirigidos por la gracia, sólo tenía que secundarlos y seguirlos. De otra parte conservaba sobre ellos el mas pleno dominio, y ninguno se levantaba en él sino por su expresa voluntad, que era impecable. Todo en él estaba perfectamente ordenado, tanto por dentro como por dentro, y no se puede suponer lo contrario sin blasfemar. Jesucristo pues no tenía la menor necesidad de renunciar en nada; nada hay mas evidente.

Así pues, no por necesidad, sino por puro amor, por puro espíritu de sacrificio, se renunció á sí mismo. ¿Y en qué? En todo. ¿Hasta qué punto? Al mas alto punto de que fuese capaz un Hombre Dios.

Renunció él á su cuerpo, á todos los privilegios que le eran

debidos en virtud de la union hipostática, sujetando su carne á la necesidad, á las flequeras, á las miserias humanas, al dolor y á la misma muerte. Renunció al estado glorioso y á las celestes delicias propias de aquella carne adorable, desde el momento de su union, queriendo que participase de la pobreza y de sus privaciones, del trabajo y de la mortificación, del sufrimiento y de las humillaciones. Renunció á su cuerpo, hasta sujetarlo á una muerte violenta, á tormentos tan crueles como atrevidos.

Renunció á su reposo, no habiendo probado acá en la tierra sino el trabajo, la pena, la contradicción, las calumnias, la rabia y furor de parte de sus enemigos, y del demonio que les instigaba; viéndose ya desde la infancia el blanco de su malicia y de su ambición; viéndose obligado á huir á una tierra extraña, y cambiar á menudo de domicilio, y de ocultarse para escapar de los peligros que le amenazaban.

Renunció á su honra, habiendo consentido ser puesto en paragon con un malvado, y en verse supuesto á él, y ser juzgado menos digno de vivir; en que delante de los tribunales se le cargase de las mas odiosas acusaciones, sin decir una sola palabra en su defensa, á ser melado, ultrajado, tratado como un insensato, un rey de teatro, un falso profeta; á ser desatado, asotado, crucificado como un esclavo vil, á insultado en la cruz misma con el último desprecio y la mas cruel irrisión.

Renunció delante de su Padre á su inocencia y á su santidad, cargándose voluntariamente todos los pecados de los hombres; teniendo á bien que su Padre los trasladase sobre él, siendo á sus ojos un objeto de horror y de maldición, y sometido al mas terrible de los anatemas como un delincuente justamente reprobado.

Renunció á aquel testimonio íntimo y consolador que ofrece la conciencia á todo justo en medio de las mayores pruebas interiores ó exteriores; viéndose cubierta de nuestros cri-

mona, mirándolos como si los hubiese realmente conocido, como si le fuesen personales, asociándolos á sí, y consoliendo por ellos el mas amargo dolor, sufriendo en castigo con toda la confusión interior y la humillación de un criminal, y reconociendo sinceramente que era merecedor mas.

Renunció á lo que podía servirle infinitamente lo amargo de su cruz, el consuelo de saber que no lo había en vano por la mayor parte de los hombres. Murid, conociendo con tanta certeza como claridad, que el número de los elegidos salvados por su muerte, sería incomparablemente mas reducido que el de los reprobados, que no se aprovecharían de sus gracias, y hasta harían de ellas el mas horrible abuso. Murid, sabiendo que esta prueba de un extremado amor hacia nosotros, serviría algun dia de motivo á una turba de libertinos y de ímpios para no creer en él, para insultarlo, blasfemarle, y mostrarle mas desprecio y mas ódio que los mismos judíos.

Renunció á todas las comodidades que podía recibir de su Padre, á todos los testimonios de ternura que tenía derecho de esperar de él, hasta consentir en ser abandonado, y arrojado en este abandono el último suspiro.

¿No es esta bastante renuncia? ¿Y las renunciaciones que él exige, no digo del cuerpo de los cristianos sino de las almas mas purificadas, son comparables á las suyas? ¿Lo que hizo él en esta parte no le autoriza lo bastante para decirnos, que si queremos seguirle nos hemos de renunciar á nuestros mismos? Cuanta acabe de exponer, sin haberlo aun agotado, nuestra imaginación, nuestra razón y hasta nuestra fe. ¿Y qué sería si fuésemos capaces de concebir la grandeza de estas renunciaciones en sí mismas, y el exceso de amor con que las abrazó y practico en toda su extensión, sin dejar escapar ni formar en su interior el menor sentimiento de queja?

Y despues de semejante ejemplo, ¿deben parecer tan duros

¿á los discípulos de Jesucristo el precepto de renunciar á sí mismos? ¿Nos pide algo que no sea muy inferior á lo que él nos muestra en su persona, y que, prescindiendo del amor que le debemos, no debamos concederle por nuestros intereses mas caros? Ya que nos mostramos insensibles á los motivos tomados del amor y del reconocimiento, estamos á lo menos sensibles á los que nos son personales. Nos pide que nos renunciemos cuanto sea necesario para evitar la ofensa de Dios. ¿Hay cosa mas justa? Y aun cuando no nos lo mandase, ¿no deberíamos hacerlo nosotros por nuestra propia voluntad? ¿No es nuestro mayor interés el no ofender á Dios, ni exponernos al peligro de ofenderle? ¿No lo perdemos todo si perdemos su gracia? ¿Hay molestia, privación ó mortificación que no debamos ceder pronto á imposición? Á este precio solemnemente nos concedo Dios la eterna felicidad, cuya posesión no promete sino á los que le hablozan amado en la tierra. Dúello es de sus beneficios; pero es tan racional esta condición, y tan tan necesaria, que nuestra conciencia misma no puede negarse á aceptarla? ¿Y será amarlo si se quiere vigilar sobre sí lo bastante, si hacerse la violencia necesaria para no ponerse en peligro de pecar, y de no incurrir en su desgracia? Sin embargo esta renuncia solo abraza uno. Si renunciásemos sinceramente al pecado, es preciso huir todas las ocasiones de pecar; es preciso combatir en nosotros mismos las ocasiones que nos inducen al pecado; es indispensable guardar nuestros sentidos, hacer la guerra á las pasiones, observar todas las mortificaciones del cuerpo, porque nada hay en nosotros que no sea corrompido y propenso al pecado. Todo esto se esfuerza y se sigue reciprocamente: mas no basta renunciar al pecado mortal; la renuncia debe extenderse á todos los pecados veniales, pues si no debemos permitirnos con deliberado propósito. El pecado venial, ya por vía de disposición, ya por vía de castigo, conduce al pecado mortal.

Además, si yo resisto voluntariamente á la gracia de Dios, si no tomo la resolución firme de obrar todo el bien á que me excita, y de obrarlo tan á menudo como se ofrece la ocasión, á pesar de toda repugnancia, y exerce lo que contiene, Dios me retirará sus gracias; y mucho será si en ciertas circunstancias críticas, en ciertas tentaciones angustiosas, no calgo en alguna falta grave. Mas ¿á qué repugnancia, á qué continua mortificación en todas las cosas no me conducirá la gracia, si quiero ser atento y fiel á sus inspiraciones?

Y ¿cómo será habitualmente atento á la gracia, sin el retiro, el recogimiento, el silencio, la práctica de la presencia de Dios, el frecuente uso de la réplica y basta de la oración? La voz de Dios no se deja oír sino al corazón que se mantiene en un continuo diálogo sobre sí mismo, que evita la dissipación, la carteridad, el agobio, la excesiva actividad; que se precave contra las fugas de la imaginación, contra un tropel de pensamientos y de deseos, por lo menos inútiles, que le agitan sin cesar. ¿Qué mental tan inagotable de eterna abnegación! ¿Y cómo será fiel á la gracia, si queda en solo punto en que no está resuelto á renunciarse? La gracia permitirá en poderme cuenta sobre este punto; y si obstinadamente se lo rehúso, ¿puedo responder del resultado?

El peso de la naturaleza me arrastra hacia las cosas de la tierra: ellas se presentan sin cesar á mi vista, véase en la necesidad de ocuparme en ellas, y las necesidades me atibujan á valirme de las mismas. Vivo en medio de gentes que las estiman, que las buscan, que no se creen felices sino poseyéndolas, que no piensan sino en ello, que no hablan sino de ello; y que desprecian, que huyen, que rechazan á los que no tienen los mismos sentimientos. ¿Puedo yo luchar como debo contra la poderosa tendencia de la naturaleza? ¿Puedo elevarme sobre todos los respetos de la tierra por medio de miras sobrenaturales? ¿Puedo ocuparme en dichos

objetos sin pagar á ellos mi corazón, mirar las necesidades del cuerpo como un tributo indispensable al cual Dios me ha sujeto, olvidando al paso mismo que las satisfago? ¿Puedo estar prevenido contra el respeto humano, contra los discursos y los ejemplos que me rodean, contra las preocupaciones, las desprecios, la aversión de los mundanos, sin practicar la abnegación en un grado suficiente, del que no puedo de otra parte dispensarme, si quiero asegurar enteramente mi salud? He aquí á lo que estoy obligado por la sola razón de mi propio interés: con esta sola mira se han poblado los desiertos; y ello es lo que ha movido á tantos cristianos de uno y otro sexo á hacer un divorcio absoluto con el mundo.

¿Qué es basta para el amor de Dios y el deseo de caminar por la senda de Jesucristo sobre un alma movida por tan poderosas motivos, sobre un alma que se olvida á sí misma para no pensar sino en los intereses de Dios, sobre un alma dispuesta á inmolarse al beneficio de Dios, y que se conoce ella dicha que el cumplimiento de su voluntad divina? ¿Hay género alguno de abnegación, de sacrificio, de prueba á que pueda desegarse un corazón lleno de amor divino, un corazón que va á beber su valor, su generosidad, su perfecto desinterés en el corazón adorable de Jesús? Almas inferiores, almas á quienes Jesús escogió para expiar suyo; ¡ah! cuánto dulce y atractivo tiene para vosotros esta palabra que llena de espanto á los demás: El que quiera venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, y lívese en cruz y algemá! ¿Qué es lo que no estareis prontos á sacrificar para poseer á Jesús! Arrojados por el olor de sus perfumes, en brazos de deseos de caminar por la senda que se ha trazado, y de seguirle por los vestigios de su sangre. ¿Marcharéis acaso sin esas tiernas caricias, sin esas lindas favores, si no estuviérais en estas disposiciones? ¿No es terrible por indigna del título de esposas, único objeto de vuestra ambición?

Si, Salvador mío, sé que renunciarne á mí es lo mismo que darme á vos; y que no puedo vivir de vuestra vida, sino en cuanto os traigo á mí mismo. Arranque pues vuestra gracia en este momento de mí como un acto de renuncia tal como lo desaloja de mí, y el mas perfecto de que sea yo capaz; ayúdame despues á ponerle en práctica en todo el decorso de mi vida, para que por una muerte entera á la materialidad, me conduzca en vuestros brazos, para no separarme mas de vos.

CAPITULO XLII.

Modo con que Jesucristo trató los intereses de su Padre.

Vamos á ver un perfecto modelo de renuncia á el mismo en la manera con que trató Jesús los negocios de su Padre. Vino á la tierra para la obra mas grande que podia traer un Dios á este mundo, para procurar á su Padre una gloria digna de él, para manifestar su nombre á los hombres, para destruir el imperio del demonio que se hacia adorar bajo el nombre de falsas divinidades, para obrar la salud del género humano. Devorado por el amor hacia su Padre, y por el celo para con sus intereses, veía con el mas profundo dolor estrechado el imperio del demonio, y ardia en deseos de destruirlo; lamentábase de la malicia, de la ceguera y de la perdición de los hombres, y se aspiraba sino á santificarlos, á ilustrarlos, á salvarlos. En sus manos estaban todos los medios para salir bien de esta grande empresa; y de cualquier modo que hubiese querido llevarla á cabo, reuniendo el caso venia la sabiduría al poder, no era posible que hubiese fallado. Pero su Padre lo habia ya ordenado todo, y le habia señalado la ruta que debía seguirse. Tronado estaba el plan

de la ejecución, y él lo ejecuta con la mayor fidelidad, sin omitir nada, sin cambiar nada, con el mayor desinterés; no atendiendo á sí mismo, y poniéndose absolutamente pasivo, con un perfecto sacrificio de su espíritu y de su voluntad; no permitiéndose á sí mismo reflexion ni raciocinio, y violentando, por obedecer, todas las repugnancias naturales.

En cuanto al modo con que debía glorificar á su Padre, estaba decretado que sería por la vía de los apóstoles y de las bendiciones. Esta medida parecia contrario al fin propuesto; el apostolado del Hijo debía al parecer redundar sobre el Padre; y á consultar la razón, no podía apurarse de otro modo. Mas Jemocriso no escucha la razón: sabe que la subordinación de su Padre es infinita; que es incompatible en sus designios; que se toca á una razón criada pronunciar sobre los designios del Eterno, ni mezclarse en sus consejos. Se muere, pues, á esta medida, lo aprueba, lo abraza con la mas perfecta confianza de que redundará en gloria de Dios, sea lo que fuere para la suya, que no le dá cuidado alguno.

Kamello estaba que aterrorizaba al demonio dejándose vencer por él; que este adversario de Dios, el cual, en expresion de S. Pablo, tenía el imperio de la muerte, y lo ejercia inextinguible sobre todos los hombres, lo ejercia tambien sobre él; y que su pretendido triunfo seria el principio de su destrucción. ¡Cuanta repugnancia no debía tener Jemas á sucumbir bajo los golpes de aquel que tenía á desarmar! ¡Y como podia creer salir victorioso por su propia derrota! Lo creyó no obstante sin vacilar, seguro de la infalibilidad de las medidas tomadas por su Padre. ¡Cuanto debió costarle el consentir en sujetarse al yugo de la muerte, de que estaba tanto! Y consintió en ello, dejando á su Padre el cuidado de remediar los resultados de este golpe en apariencia irreparable.

Estaba decretado que entraría á los hombres por medio del mayor crimen de que éstos podian ser capaces, y que

su sangre, derramada por manos de aquillos, sería el origen de su salvación. ¡Qué contradicción mas monstruosa para el mas ilustrado sentido humano! Jesucristo desvane esta contradicción; sabe que su Padre puede conciliarlo todo, y que lo conciliará realmente: se hace ciego por obediencia, y no duda del efecto de una causa que naturalmente debe producir un efecto contrario.

En cuanto al tiempo decretado para liberar al universo de la esclavitud del demonio, el Padre espera que éste se halle en el ocaso de su poder; que la idolatría se halle bajo la protección de todas las fuerzas del imperio romano; que el mundo esté abismado en la corrupción mas profunda, y que á las deusas Tefelitas del paganismo se junten las febas locas de una filosofía atenea, impia y voluptuosa. En este momento cabalmente es cuando viene el mundo Jesucristo, y cuando se le abre el campo de batalla. No para aquí; no debía vivir sobre la tierra sino treinta y tres años, y de tan breve tiempo estaba decretado que pasaria treinta solamente desconocido del mundo, y ocupado en un trabajo oscuro en la tienda de un artesano; pero es muy cierto que su vida publica no duró mas que tres años y algunos meses. ¡Qué debía pensar Jesucristo de esta circunstancia de su misión, que parecia ponerle un obstáculo invencible! Y teniendo tan poco tiempo para cumplir el designio mas vasto, el mas difícil, el de cambiar por la eternidad y las costumbres la faz del universo, ¿cómo puede concebir que casi todo este tiempo se consuma, sin que se desvelen él á los hombres, sin que los instruya, sin que los dé á conocer á su Padre? ¡Qué tormento para su amor y para su celo este retiro y este silencio! El sin embargo permanece oculto, calla, limita á trabajar y á regar, apurando por sus deseos tan ardientes como enmascara el momento en el cual pondrá mano á la obra para la cual es enviado. Y adelantaba mas esta obra, persiguiendo así en la oscuridad, de lo que pudiera hacerle por

medio de las mas eloquentes y fuertes predicciones y de los mas asombrosos prodigios, valiéndose del orden que le estaba señalado por su Padre.

En cuanto á los lugares en que debia Jesucristo anunciar al verdadero Dios, nos parece que, como el verdadero Dios era ignorado de todas las naciones, Jesucristo por medio de un milagro que nada le hubiera costado, debia transportarse á todas partes, y que con la fuerza invencible de sus razones y por el asombro de sus prodigios destruyese á todo el universo. O á lo menos, si debia fijar en un solo punto su misión, parecia Roma el mas á propósito, Roma, la señora del mundo entonces conocido; y que de aquí como de un centro se repartiese su doctrina á todas las partes, los cuales para la religion, así como para todo lo demás, bobieran facilmente recibido la ley de los emperadores y del senado romano. Mas Dios lo habia de otra manera dispuesto. Jesucristo no predicó el Evangelio sino en la Judea, á un pueblo oscuro, ignorante en las ciencias profanas, separado en todas épocas de los demás pueblos, á quienes aborrecia y de quienes era aborrecido y despreciado. Y si aun estableció en misión en la capital, en la cual no se dejó ver sino como accidentalmente y de paso, sino en los pueblos y aldeas de la Galilea, region de la cual se creian los judios que debiese salir el gran profeta; de manera que para ellos este era una cosa plausible para no tener le en Jesucristo. Por lo que hace á los gentiles, es decir, todo el universo, excepto los judios, no les hará escuchar su palabra, ni conocerle su persona, ni su carácter, ni el objeto de su venida, ni oirán hablar de él hasta que les será entregado por los judios, para que le den la muerte como un malhechor. Deje esto solo respecto les será conocido al principio. El mismo declara que solo es enviado á las ovejas de Israel que se han extraviado; llama á los gentiles perros á quienes no debe darse el pan de los hijos; y cuando envia á predicar los ciento y dos discipulos, les pre-

híbe expresamente el ir á los gentiles. Así que su carrera se limita á la Judea, aunque viene para alumbrar é instruir al universo; y no hay otro nombre dado á los hombres por medio del cual puedan ser salvos. Sujétase á esta disposición de la Providencia, por incomprensible que sea á la razón humana.

Debiendo elegir cooperadores, y tomarlos de entre los judíos, era natural escoger los de mayor consideración, los mas hábiles, los mas elocuentes, los mas capaces por todos respectos de impresionar al pueblo; y toda vez que después de su muerte debían dispensarse por las naciones, parecia necesario que fuesen hombres versados en las letras humanas, en las fábulas del paganismo, y en los sistemas de la filosofía. Nada de esto. Mas quise que se asociase doce hombres sin educación, sin saber, sin elocuencia, sin ninguna de aquellas talentos ó ventajas que pueden dar alguna consideración; tan groseros, en fin, y de capacidad tan limitada, que nada comprendían de su doctrina, que solo en un sentido humano la entendían, no teniendo el menor conocimiento de las Escrituras, ni de las profecías que á ellas se referían. Podia abrirse sus potencias, mas no se lo permitía su Padre, y permanecieron en esta ignorancia y en esta estupidez hasta la muerte de Jesús. Si hubiese podido hacer valer algo la reflexion y el raciocinio, ¿no hubiera juzgado que con tales instrumentos era absolutamente imposible la ejecución de su empresa? Apenas pues en el poder de un Padre, y en la eterna sabiduría de sus consejos; y no permitió que en él obrase la razón humana, que en un plan tan sobrenatural no debía ser escuchada.

Por lo que toca al culto, estaba determinado á no tener casi ninguno durante su vida, y á que al fin todo se convertiría contra él, y destruiría al porvenir sus esperanzas. Apenas pudo juntar á su rededor un corto número de discípulos, la mayor parte de la hez del pueblo, cuya fe era lánguida, y solo

venaba en los efectos sensibles de sus milagros, sin remontarse ni á su causa, ni á su objeto. Dos ó tres de los principales judíos creyeron en él; mas no osaron declararse, y se iban á verle sino de noche, como hizo Nicodemo, por el temor de los judíos. El pueblo que le seguía, que admiraba su doctrina, que estaba asombrado de sus prodigios, era despectivamente de estrimintatos desde que le vió su poder de sus enemigos; prefirió á él un asesino, un homicida, pidió su muerte á grandes gritos, y forzó al juez á pronunciarla. Aun de sus mismos apóstoles, el uno le vendió, el otro le negó, todos le abandonaron. De aquí puede deducirse la fidelidad de los demás. *Nosotros esperábamos, decían los discípulos de Emaria, y de aquí que viniera ya en el tercer día después que nos dieron dudar como ?*. Pero ¿qué esperaban? ¿Que él era el que había de redimir á Israel. ¿De qué? ¿De la captividad del demonio? No: del yugo de los romanos. Los demás, sin excitar los apóstoles, no aguardaban otra cosa; y cuando le vieron morir, perdieron toda esperanza, á pesar de las reiteradas seguridades que les había dado de su resurrección. En una palabra, estaba decretado en los consejos del Eterno, que la nación depositaria única de las promesas, que le esperaba como su Mesías y su libertador, le recibiría en un caliz de hielos, de rey y de profeta, y le condenaría á muerte como un blasfemo por haberse llamado á sí mismo el Hijo de Dios. Morir en cruz entre dos ladrones, ver partidas todos sus trabajos, y en no dejar en pen de sí mas que la incredulidad y el desamparo en el corazón de los que se le habían unido, tal vez debía ser la fin, tal el fruto de la misión del Salvador. El lo sabía ciertamente, y este mismo conocimiento debía naturalmente desalentarle, retraerlo, obligarle á abandonar una empresa, cuyo término debía serle tan fatal. La mas elevada virtud que hubiese tenido á la vista tan espantosa perspectiva, ¿hubiera podido sostenerse y perseverar

hasta el fin, si hubiese dado entrada en su pensamiento á la menor reflexión, ó por poco que hubiese escuchado la naturaleza? Jesucristo, pues, sabía de positivo que así terminarían las cosas; y en esto consiste el prodigio de su abnegación y de su abandono á las manos de su Padre. Si él de cualquier modo hubiese estado en sí mismo, si se hubiese atendido para algo, si hubiese sido capaz de pensar en lo mas mínima sobre este punto, no atreve á decir que hubiera fallado á su designio, no hubiera sido su Padre glorificado, ni el universo rescatado, ni sublimado el mismo según su bondad al cénit del poder en el cielo y en la tierra, porque todo esto formaba parte del mal ésto aparente de su empresa.

Se dirá que estaba instruido con anticipación de lo que sucedería después de su muerte; que había anunciado que cuando se hubiese separado de la tierra, le atraería todo á sí, seguro de que hacía por medio de sus apóstoles lo que no había hecho por sí mismo. Eso es cierto; mas no debemos creer que hiciera uso de esta providencia para retirarse en sus trabajos y en sus penas; pues no se detenía en ella, ni le era posible reflexionar para procurarse algun consuelo. Sería ya conocer el interior de Jesucristo, pensar que el motivo del ésto conocido é indefectible influyese para cada en sus resoluciones y en su conducta. Si de ésto hablaba alguna vez á sus discípulos, era para darles mas fortaleza; pero no echaba mano de este recurso ni de él podía servirle con el fin de alejarse á sí mismo. La fortaleza enteramente divina no necesitaba este recurso; ni permitía que le sirviese de apoyo en absoluta renuncia á todo interés personal. De este modo trataba el gran negocio de su Padre, no viendo sino á él, y no pensando sino en él; no pensó sino en cumplir enteramente su voluntad; y no pensó en sí mismo sino para consagrarse y para imolarse.

Detengámonos bien en la consideración de estos dos puntos: la manera con que fué conducido el gran designio de la re-

dacion del mundo, y las disposiciones interiores de Jesucristo en su ejecucion. Dios puede que se sirva algun dia de nosotros para su gloria y para el bien espiritual del prójimo; porque las almas interiores, y que se le han consagrado del todo, son las que de ordinario emplea en semejantes ocasiones. Proseguimos ante todo, primeramente que Dios está infinitamente solícito de conducir por el mismo todas las obras que interesan directamente á su gloria. En segundo lugar, que el plan de semejantes obras está siempre concebido y sancionado sobre el plan que dirigió la eterna sabiduría en la obra de la redencion; porque en realidad toda obra tiende á la gloria de Dios y á la salud de las almas; es una dependencia y una consecuencia de la grande obra de la redencion. En tercer lugar, que los medios empleados por Dios para la ejecucion de sus obras, no tienen por el mismo ningunas proporciones, ninguna relacion natural con el fin que él se propone; y sucede por lo común, que consultando únicamente la razon, parecen del todo contrarias á él. Porque es realmente digno de Dios, cuando quiere que á él solo redonde toda la gloria de una empresa, el obrar por medios que de él únicamente toman su virtud, y que desconciertan la sabiduría humana hasta parecerle una locura. En cuarto lugar, que los obstáculos, las dificultades naturalmente inevitables, las contradicciones, los absurdos y las aparentes imposibilidades deben reconocerse en lo que lleva el carácter de obra de Dios, y que por esta señal se dá á conocer que es obra suya.

Una vez convencidos de estas verdades, fácil nos es el juzgar cuales han de ser nuestras disposiciones para coöperar á los designios de Dios. En la primera, que no debemos obrar por nosotros mismos, sino esperar que Dios se sirva de nosotros como de instrumentos, hacernos atentos y obedientes á sus inspiraciones, y conservarnos en una entera dependencia de la gracia. La segunda, que nuestro deber es el sujetarnos al plan trazado por la Providencia, á medida que

ello le va descubriendo, lo cual puede permitir por grados para ejercitar nuestra fe, por consiguiente que no debemos apartar mucho nuestro pensamiento para buscar medios, para imaginar recursos, para remediar inconvenientes, sino servirnos de lo que Dios mismo nos pone á la mano; de no confiar en nuestra destreza, y por cualquiera razón que sea, nada desconcertar en el orden de los designios de Dios. La tercera, de no abaldrarse por los contratiempos que sobrevienen, de estar dispuestos á todo lo que es capaz de desconcertar nuestras miras humanas, de desalentarnos, de destruir nuestras esperanzas. Á veces nos parecerá que retrocedemos de nuestro objeto, que atrasamos en vez de adelantar, que todo está desatrapado. No abandonemos empero la obra, y redoblemos entonces nuestras esperanzas. Dios para llegar á sus fines toma casi siempre una ruta del todo opuesta; nos oculta sus recursos, y tenemos al término cuando de él nos quedamos mas distantes. La cuarta, en fin, consiste en no mirarnos para nada á nosotros mismos en la obra de Dios, de no atender en ella ni á nuestro interés ni á nuestra reputación, de consentir, en así lo quiere Dios, en tomarnos en trabajo inútil, sacrificando nuestro reposo y nuestra misma vida. Todo lo gana quien todo lo pierde por Dios. Y es menester que el sacrificio llegue hasta á aquellas cosas en que nos parece se interesan directamente la gloria de Dios y nuestra perfección. No en lo uno ni en lo otro somos jueces competentes; y cuando la voluntad de Dios nos es claramente conocida, nada tenemos que tener ni por lo uno ni por lo otro. Acontece algunas veces que al principio ó en el decurso de semejantes empresas Dios revela ya el éxito que has de tener. Janda nos fundamos en esta especie de revelaciones, por mas seguras que podamos estar de ellas; ni las tomemos por punto de voluntaria reflexión con la mira de sustentarnos; y sobre todo no las hagamos servir para conducirnos, pues iríamos contra la intencion de Dios, el cual nada ruega en perjuicio de la fe, cuyo ejerci-

cia base en gloria y nuestro mérito. Lo que él revela, va siempre acompañado de una cierta oscuridad, que nunca se aclara bastante sino por el suceso. La revelacion es verdadera; mas la prematura interpretacion que damos á ella es casi siempre falsa, y solo sirve para inducirnos á error. Esta advertencia es de la mayor importancia; y puede servir como principio, que en las revelaciones que miran al porvenir, el solo suceso es su verdadero intérprete, y que en algunos casos pueden servir de alimento al propio espíritu, al de dirección para la conducta.

Cuanto acabo de decir se ha de aplicar tambien, proporcion guardada, á los negocios temporales, que se hallan tambien en el orden de la Providencia. Dios quiere sacar de ellos su gloria y nuestra santificación. Mas para esto es necesario que los gobiernes, y si nosotros aspirásemos aconsejarlos y someterlos á su voluntad, él los cuidaría muy especialmente. No tengamos pues jamás proyecto fijo y determinado, cuyo buen resultado desearíamos conseguir á todo precio. No pongamos en ello demasiado consueo y ardor; ni nos abandonemos á la impetuosidad y á la ira cuando las cosas no nos salen del modo que apetecemos. Y ante todo tratemos de descubrir en la oscuridad qué partido quiere Dios que tomemos, y como hemos de portarnos para agradarle. Sigamos despues las miras que él nos habrá inspirado. Seamos indiferentes en cuanto al éxito, persuadidos de que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman á Dios. Pues nos importa salir bien ó no de nuestros proyectos, con tal que en ellos no esté interesada la gloria de Dios y nuestra salud; y esto se sucederá juntos, si con una recta intencion, y una perfecta sumision á lo que Dios dispenga, dejamos de satisfacer nuestra passion en los proyectos que formamos, y en la manera de seguirlos. Mas para conducirnos así, es necesario estar muerto para las cosas de este mundo y para sí mismo.

CAPÍTULO XLIII.

Jesucristo se revela sólo á los pequeños.

Vo le glorifico, Padre mío, exclamó Jesucristo en cierta ocasión, porque has tratado encubiertas estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los pequeños¹. Las cosas de que habla aquí son el misterio de la Encarnacion y sus consecuencias. Este misterio es un misterio de pequeños y hasta de anacardamiento. La humanidad de Jesucristo se abatió de tal modo por medio de su union con la persona del Verbo, que vino á quedar moralmente en un verdadero nada. Esta nada moral se humilla mas todavía, pasando por los estados mas despreciables segun nuestras ideas humanas; abstruendo la potencia, la oscuridad, la obcecacion, todo género de oprobios, el mas afrentoso repulchro. No basta esto, sino que su humildad interior llega al extremo de sentir delante de Dios toda su confucion, hasta á tomar sobre sí el castigo, y juzgarse digno de él. Y como en Jesucristo no hay sino una sola persona, esta persona divina es la que se apropia el sentimiento, la confucion, el castigo del pecado, con todas las demás humillaciones, que son nada en comparacion de aquella.

Cristianos sabios y prudentes por vuestra propia sabiduría, á vosotros me dirijo ahora. Vosotros encubris este misterio, y sellaríais su fe con vuestra sangre: así lo decís, y así lo creéis. Mas vosotros no profundizáis ni penetráis sus razones, no le aborrecéis, no muere vuestro corazón, y no os mostráis por esto mas sensibles, delicadas y angustiosas. Tal vez le hacéis servir de objeto á vuestras ideas y astutas especulaciones: pero desconocéis enteramente el fondo inagotable de moral sobrenatural que este misterio contiene, y no osáis

¹ Mat. xi. 25 y 26.

de él ninguna consecrancia política por entrar en la senda de una sólida humildad. Si; esta virtud debe cultivarse en Jesuista, en las disposiciones íntimas de su corazón, mas bien que en el exterior aparta de su boca y de sus acciones; solo allí se formarán de ella una verdadera idea; solo allí aprenderá á estimarla y amarla sobre todas las demás virtudes morales, recorda con el dedo que sin ella no hay ni puede haber verdadero cristianismo.

¿Ignorais todo esto? Si, lo ignorais ciertamente, si lo heis de juzgar por vuestras sensaciones, por vuestras palabras, por vuestra conducta. Y ¿por qué lo ignorais? Porque no queréis renunciar á vuestra propia sabiduría, porque no os acercáis á Jesucristo, ni leéis su Evangelio mas con una confianza de orgullo y de satisfacción; porque nunca os habéis humillado como pequeños en la oración, y os transformais en la idea de presentarse delante de Dios como niños, poniendo á sus pies todas vuestras pretendidas luces, considerando os ser dados en vuestros mismos para ser ilustrados de lo alto. Vuestras desechais la pobreza, la mirais con horror, y por esto mismo os oculta Dios sus secretos y los teneis íntimos de la sabiduría contenida en Jesucristo. Creyerais degradar la dignidad humana, si hicierais un pleno y absoluto sacrificio de vuestra razón; y al signora afiais en que el cristiano que es enteramente espiritual, no puede edificarse ni levantarse una sobre la degradación y la destrucción del hombre soberbo. Jamás seréis nada delante de Dios, mientras osais alguna cosa en vuestros mismos. Sostrad el orgullo hasta en sus fundamentos, arrancadlos, no quede de ellos el menor vestigio, y entonces empezareis á conocer la extensión y profundidad de la humildad de Jesucristo. En vuestros mismos y en el estruendo desorden de vuestra naturaleza encontrareis los motivos de esta incomprendible humildad. Os acordareis de que tan poderoso remedio no haya tenido la virtud de curaros, y que vuestra rebeldía voluntad haya hasta aquí re-

sistido á su eficacia. Así, vuestro propio corazón de una parte, y de otra el corazón de Jesús, os ofrecerán los mas urgentes motivos de confundiros, de humillaros, de osendaros.

Lo que acabo de decir, comprenda á todos los cristianos que no son interioristas, y que ningún esfuerzo hacen para serlo; que en su corazón no hacen el mayor caso de la vida espiritual, ni del camino de recogimiento y de oración que á él conduce; que juzgan de las cosas de Dios segun su propio criterio, al cual han determinado no renunciar; y que llegan á veces al extremo de blasfemar, combatir y condenar lo que ignoran. Jesucristo los tenia á todos presentes, cuando glorificó á su Padre por haber oído á los sabios y á los prudentes los misterios del Evangelio. Muchos de ellos se glorian de conocer á fondo la religión, porque han pasado gran parte de su vida en estudiarla. Mas si no la han mirado por el lado de la humildad, si no han fijado en esta virtud su principal estudio, si para aprovechar sus enseñanzas no han empezado por humillar su espíritu y su corazón, puede ser muy bien que se hallen en estado de disipar y de racionalizar sabiamente sobre las materias de teología; mas en otrove á decirlos, y á sostenerlos, que es aun los elementos conocidos de esta ciencia divina, que es está destinada para formar razonadores y sabios, sino santos, esta es, hombres profundamente humildes. ¡ Ah! quién pudiera persuadir verdad tan importante á aquellas que por su estado están destinadas con preferencia por Dios á enseñar la religión á los demás, y á moverles á practicarla! Para ellas lo reduce todo á un solo punto: que sean pequeñas por la humildad, y que enseñen á los demás á serlo.

En cuanto á vosotros, algunas sencillas é infantiles, que convencidas de vuestra propia incapacidad para comprender las cosas divinas, os habeis hecho discípulos del Espíritu Santo, que todo lo sabéis por su gracia, y para quienes son razones de luz las enseñanzas de la fe, yo os felicito, por haberos

revelado el Padre celestial lo que á tantas otras tiene oculto. A la humildad debéis estar conociéndolos sublimes; mas acordaros que no se os dieron sino para hacerlos mas humildes; hacellos para servir para crecer en esta admirable virtud. A esta sola fin se os ha descubierto el misterio de Jesucristo; y si hasta de él este uso os da, se os irá manifestando siempre mas; y como nunca debéis cansaros de profundizarle, tampoco debéis cesar de abismaros en la humildad. En el momento en que os parais, y pusiérais algun flauto á vuestro alrededor en Dios, se detendrían vuestras luces, se irían oscureciendo, y os expondriais á perderlas. No las concede Dios para que se detengan en ellas, y para que sirvan de una estéril complacencia, para que vos prefirais á los otros que no las tienen; sino para que sean un motivo de abatirnos y de dejarnos destruir mas y mas por la operacion aniquiladora de la gracia. ¿Por qué fué Jesucristo el mas humilde de los hombres? Porque fué el mas ilustrado en la grandiosidad de Dios y en la nada de la criatura. ¿Y por donde mereció esta plenitud de luces sobrenaturales? Porque, como dice S. Pablo, el primer acto libre que produjo fué el anonadarse delante de su Padre. La primera luz que del cielo recibimos, debe producir en nosotros la humildad; y la humildad es lo que nos hace dignos después de todas las demás. Son dos abismos que el uno llama al otro. Nuestra elevacion en Dios nos abisma en nosotros mismos; y nuestro abatimiento en nosotros mismos aumenta nuestra elevacion en Dios.

CAPÍTULO XLII.

Jesucristo enemigo del falso celo.

PASANDO Jesucristo por tres ciudades de Samaria para volver á Jerusalem, los samaritanos, enemigos declarados de

los judíos, le negaron el paso. Vióle lo cual, los dos hermanos Santiago y Juan, animados de un celo mal entendido hacia la persona de su Maestro, quisieron hacer uso para vengarle del don de milagros que les había comunicado. Señor, le dijeron, ¿quieres que mandemos que llueva fuego del cielo y los devore? Pero Jesús volvió á ellos, les reprendió diciendo: No sabéis á qué espíritu pertenecéis. El Hijo del Hombre no ha venido para perder á los hombres, sino para salvarlos *. Estos dos apóstoles querían emplear el poder espiritual que de Jesucristo habían recibido para vengarle de sus injurias personales; y Jesús lleno de dulzura y de misericordia, no pensaba sino en perdonar y en expiar los ultrajes cometidos contra su persona. Ellos querían quitar la vida á los enemigos de Jesús por medio de un castigo del cielo que costase á respetarlo y á temerle. Mas Jesús, lejos de consentir en que pereciesen los cuerpos, manifestó que no vino al mundo sino para salvar las almas, y ganárselas para Dios, dándoles tiempo para arrepentirse, y excitándolas á ello interiormente por su gracia, y en lo exterior, por su testimonio y enseñanza. Por cuyo motivo estaba de él escrito, que no quebraría la olla cocada, ni apagaría la mecha con amoroso **. Los caracteres del celo de Jesucristo fueron: una infinita viveza para con los intereses de su Padre; conciliar esta viveza con una bondad y una ternura extrema hacia los pecadores, que le inclinaban á tener compasión de ellos, á perdonarles cuando los veía humillados, y á no dejarlos abandonados á su malicia mientras no fuesen enteramente obstinados y endurecidos; en fin, no tener el menor interés propio, no vengarse á sí mismo no pretendo de defender la causa de su Padre, con la cual la suya parecía tan íntimamente unida.

Tal debe ser nuestro celo; y si no está fundado sobre el

* Luc. ix. 54 y sig.

** Matth. xii. 20. Luc. xiii. 3 y sig.

de Jesucristo, jamás estará exento de defectos, y hasta será muchas veces superado con justo motivo. ¿Qué cosa es el celo? Es un puro y sincero deseo de la gloria de Dios, que nos hace sufrir con impaciencia todo cuanto se opone á ella, y que nos mueve á impedirlo, ó á repararlo.

Pero en primer lugar, este celo para ser una virtud, ha de ser sobrenatural en su principio. La gracia debe ser la que en nosotros le encienda y lo dirija, y lo modere en su ejercicio. Si se mezcla en él la naturaleza, si el carácter toma en él alguna parte, si nos dejamos llevar del ardor del temperamento ó de la vivacidad de la imaginación, la intención podrá ser buena, mas siempre habrá error en las palabras ó en la acción. La señal de un verdadero celo es un perfecto dominio de sí mismo, por medio del cual nos armamos tanta como exige el negocio, pero sin alterar la paz del corazón. La gracia tiene también su fuerza y su santa impetuosidad; pero en el fondo queda tranquila, y nada trastorna en la economía interior de un alma á quien ella posee. Cuando nos sentimos pues agitados y turbados, cuando la imaginación inflamándose levanta en nuestro pecho movimientos naturales, cuando nos dejamos llevar de nuestro carácter, el cual pretende dirigir la gracia en vez de seguirla, es preciso desconfiar de nuestro celo, detenernos, y no precipitar nada.

En segundo lugar, el celo ha de ser ilustrado, y no puede serlo como es manifestar algo por medio de la divina luz. San Pablo estaba en cara á los judíos de su tiempo, que ellos tenían celo de Dios; pero que aquel celo no era según la ciencia ¹; porque se dejaban aluzinar por sus preocupaciones, y pretendidos en llevar de sus falsas lacer, no eran ya capaces de discernir la verdad. Un celo de esta naturaleza es el que había antes convertido en perseguidor al mismo Pablo. ¡Cada como es este defecto, y de cuán difícil curación! Sin examinar, sin consultar, sin tomar las medidas necesarias

¹ Rom. x. 2.

para sostenerte á fondo de las cosas, muchas veces sacando de la capacidad necesaria, y llenas no obstante de la buena opinion de nosotros mismos, nos prevenimos, nos apartamos, nos enorgullemos; adelantamos sin poder volver atrás; no estamos ya en disposición de escuchar, ni aun de oír; condenamos ó aprobamos á diestro y á siniestro ora las cosas, ora las personas, y hacemos un daño incalculable á la causa de Dios creyendo servir á ella. En este caso se hallaban los dos apóstoles reprendidos por Jerocriso; su celo era un efecto de su ignorancia; y si hubieran estado mejor instruidos del verdadero espíritu del Evangelio, no habrían concebido el pensamiento ni el deseo de castigar á los maritimos. A veces un celo poco ilustrado, se presta de cometer abusos, ha agriado las mejores cosas, y hasta ha introducido de malas. Los superiores eclesiásticos seculares ó regulares, los predicadores, los confesores, los directores jamás pecarán por exceso en aplicarse á adquirir las luces necesarias para juzgar bien de todo lo que por ellos pasa, para evitar toda avaricia, sea de relajacion sea de severidad en su moral, para dar en el tribunal de la penitencia doctrinas, justas, para conducir con seguridad las almas á la perfeccion. Adquiriéndolas estas luces por el estudio, recurriendo á personas hábiles, y sobre todo por medio de la oracion, y por una humilde desconfianza en el propio juicio.

En tercer lugar, debe ser practicado con toda la delicadeza posible. Evitamos las medidas violentas, la aspereza, las lecciones, las amarguras y demasiada severas reprensiones. Ved como se porta Dios mismo así en la tierra con los pecadores en sus propias almas. ¿Hace donde haga truenos contra ellos su justicia? Al primer pecado ¿los precipita en las ciencas llamas? Debe de ser para ello, sin que nadie pudiera quejarse. Mas no representa su amor al pecador en crimen, le convida al arrepentimiento, aguarda con paciencia que vuelva á él, y si le castiga, es siempre como un padre, y con miras

de misericordia. En una palabra, todas las medidas capta para ganar y cambiar la voluntad. Y hasta en el último momento en que se consuma la impenitencia final, no es lícito pensar que Dios haya abandonado enteramente al pecador, sin esperanza alguna de perdon. No se podría asegurarse que vuestro celo por Dios debe conformarse, en cuanto sea posible, al celo que tiene el para consigo mismo. No desearia con mas ardor que el la correccion de los abusos, y la enmienda de las costumbres, si sabreis aplicar medios mas eficaces de los que el capta para conseguirlo. Obrad puse en la exterior, como obra el en lo interior. Vuestros avisos, vuestras invitaciones, vuestras reprimendas secundan las suyas; trabajad de concierto con la gracia, y para esto haced que la misma gracia os anime y os sostenga en el ejercicio de vuestro celo: no os mayeís, no os impacientéis, no apelaís á extremos violentos que harian nacer la desesperacion en el alma de vuestro hermano, y de que tendriais luego que arrepentiros. No renunciéis á la correccion, porque no habreis salido bien la primera ó la segunda vez. Basteos vuestras calidades, aguardad las ocasiones favorables, y no abandonéis como incorregible al que, á pesar de vuestras reprensiones, recaiga aun en la misma falta. En semejante conducta entra un despacho secreto del amor propio, irritado de que no obtempera al primer golpe lo que exige; entra aqui el aguijón que se cree deseado. ¡ Ah! si así lo vieseis Dios con nosotros, ¿ en donde estaríamos? ¿ Queréis corregir con eficacia? Procurad ganar el corazón; haceros amar; manifestad á vuestros peñinos con ternura de padre; coged el la que os cuesta el repetirlo, y que con el mayor dolor recorred á remedios amargos. Aquí es preciso tratar á las demás, como en igual caso queriendo vuestros ser tratados.

En fin, sea vuestro celo enteramente puro y desinteresado. No pongáis jamás vuestras propias injurias, no protestas de que Dios es en ellas olvidado. No creáis, como muchos co-

periores, que faltar á la regla es faltaros á vosotros mismos; ni como muchos cardenales, que si no sujetarse desde luego á lo que exige, ó no someterse exactamente á lo que habéis prescrito, es un desprecio de vuestra autoridad; ni como muchos directores, que si apartarse un solo ápice de vuestros métodos y de vuestras prácticas, es no tener confianza en vosotros, y negaros la obediencia que os es debida. Si no se pone un escrupuloso cuidado, mezclase mucho de personal en vuestro celo por Dios y por el bien de las almas. Á vosotros mismos nos mismos; vuestro amor propio es el que procuramos contentar; vuestro dominio es el que pretendemos ejercer; y no el reino de Dios sino el nuestro es lo que queremos establecer. De ahí aquella extrema delicadeza, aquella facilidad en chocar, aquella disposición á irritarse, aquella dureza, aquella tiranía, y hasta hipocresía, que alega los derechos de Dios, mientras que no piensa sino hacer valer los suyos propios.

Infinita sería todo lo que hay que decir acerca de esta especie de celo, que mereciera una obra á parte para ser tratado en toda su extensión. Lo que puede añadir aquí es, que jamás el celo se ejercerá cual es debido sin la caridad y la humildad; que no pueden poseerse erias dos virtudes hasta cierto punto, sino por la práctica de la oración; y que Dios no concede el don de oración sino á las almas que le están enteramente consagradas y consueñas á seguir en todo la conducta de la gracia. Por último, que el celo perfecto es su principio y en su ejercicio es la consumación de la virtud, el fruto de la unión divina, y la muerte total de sí mismo. Y por esto se necesita haberla ejercitado largo tiempo consigo mismo, antes de hallarse en estado de ejercerla sobre los demás.

CAPÍTULO XLV.

Aversión de Jesucristo á los falsos doctores.

Es muy notable por cierto, que siendo Jesucristo la misma dulzura, y toda bondad hacia los mayores pecadores, haya manifestado tanta indignación y aversión contra los escribas y fariseos, contra aquellos hombres tan celosos en apariencia de la observancia de la ley, que se preciaban de ser más justos que los demás, y hacían llegar la exactitud hasta la última minuciosidad. No hay lugar en que no les amonara, ni ocasión en que no guarde de ellos á sus discípulos y al pueblo. Los retaba al vivo, publica en alta voz todos sus vicios, y les carga de las más terribles maldiciones. Y ellos eran no obstante los doctores y los maestros de la nación; estaban sentados en la cátedra de Moisés; tenían el carácter y la autoridad necesarias para interpretar la ley; á ellos era preciso recurrir, y el mismo Salvador recomendaba respetar y seguir sus decisiones.

Como han existido y existirán siempre hasta la fin del mundo en la Iglesia fariseos y falsos doctores de que debe desconfiar el pueblo fiel, es importantísimo reconocerlos por la pintura que de ellos hace Jesucristo. No recogeré toda lo que de ellos dice en diversos parajes de su Evangelio, limitándome únicamente á lo que se lee en el capítulo xxii de San Mateo, que los abarca de uno á otro extremo. Veamos como nos los pinta.

Primer rasgo. Ellos dicen y no hacen. El hecho es que con mucho orgullo pecaban, é insuperables, y les ponían sobre los hombros de los demás; cuando ellos no quieren ni oírlos al dedo para moverlos. Los verdaderos malos, duros y aus-

teros para consigo mismos, son dulces é inteligentes para con los demás, se hacen cargo de la humana debilidad, se nada se excusan; y distinguiendo cuidadosamente el precepto del consejo, la obligación, de la perfección, se exigen al pronto de otro más lo que es indispensable para su salud; y no le hacen esperar más sino después de haber consultado sus fuerzas y su buena disposición. Hacen todo lo que dicen, y más de lo que dicen, á imitación del Salvador, que comenzó por hacer antes de enseñar; que exige de nosotros, aun para nuestra perfección, infinitamente menos de lo que él mismo hizo, cuyos ejemplos superan de mucho á sus enseñanzas. Los santos contrabechos, obran al revés: llenos de indulgencia para sí mismos, no son rigurosos sino para los demás. Incapaces de consideraciones, exigen de un pecador realmente convertido, de un principiante, de un novicio, esfuerzos de virtud, y una perfección que los aterra, que los desalienta, y aun repulsa á sus fuerzas; les prescriben ayunos, viglias, austeridades, larga oración, de que ellos saben muy bien dispensarse. Si se es corregido de repente de una mala é inculcada costumbre; si á pesar del más firme y sincero propósito, renacida todavía, se niega la absolución; exageran las disposiciones necesarias para acercarse á los sacramentos, y por este medio logran tener separados de ellos á los fieles más castos. Por los más leves defectos imponen largas y severas penitencias, y á veces impensables. Sus discursos y escritos son declamaciones continuas contra la relajación y la corrupción de la moral; y ellos mismos privadamente son los más laxos y los más corrompidos de todos los hombres. Al reunirse entre sí, se burlan de la credulidad de aquellos á quienes sedujeron por la buena fama de su virtud. Almas sencillas y rectas que querían dirigirse á Dios de buena fe, cuando halláreis doctores de este carácter, tenedlos con mucho por sospechosos, en cuanto á la severidad excesiva de su moral. Creed firmemente que dicen lo que no hacen;

para ello se autoriza Jesucristo. Huid de ellos como de charlatanes é impostores, y diriglos á otro ¹.

Segundo ruego. Todas sus obras las hacen con el fin de ser visto de los hombres. Los verdaderos santos ocultan cuanto pueden sus buenas obras á la vista de los hombres, y hasta llegan á veces á encenderlas á sus propias ojos. Como no tienen otro objeto que agradar á Dios, que es lo mas secreto, buscan el secreto en todo el bien que hacen. A ellos los impulsa la gracia que les hace obrar, y casi se ruborizan de ser sorprendidos en una buena accion que puede dar alguna idea de su santidad. No porque teman edificar al prójimo; pero les cuesta que así como ciertos deberes religiosos deben practicarse públicamente y sin respeto humano para la pública edificacion, hay tambien ciertas obras de piedad que deben practicarse en particular. Lejos de ir en busca de la estimacion de los hombres, la tienen como el escollo de la humildad; aspiran á ser ignorados, y prefirieran el vituperio á la elabanza si no se tratasen mas que de ellos, y se esfuerzan de por medio al servicio de Dios. Nada pues afectan que pueda llamar sobre ellos la atencion, y se portan con sencillez sin cuidarse de si son ó no observados.

Los santos contrahederos, empero, no atienden sino á su reputacion; no aman sino las obras de bauto; toman todas las medidas para que el bien que hacen llegue al conocimiento del público; y aunque no lo descubran por sí mismos, tienen personas destinadas que lo dicen por ellos. Si no hacen resonar delante de ellos la trompeta para anunciar sus buenas acciones; si no ruegan, como los fariseos, en las plazas públicas, es porque á mas del mérito de la santidad quieren tener el de la modestia y el de la humildad. Mas colmados en su orgullo, hacen de manera que se diga bien de ellos como

¹ Trágase aquí presente la época en que ocurría el milagro. Ha levantados que traza, por plaza el vivo á los Jesuitas, enciénden los mas peligrosos de la Religión.

si fagan á pensar enyo; pactos que salten violencia oyendo sus elogios, y los desechan de modo como si dejáran pensar que merecen otros mayores. Guardase, y estad alerta muy especialmente contra estas personas de partido, que tienen patetizmas acalorados, que se dan el caso y seña para incomodarse mutuamente, que nada dejan ignorar al público de lo bueno que hacen, y á menudo del que no hacen; que se componen y toman la máscara de la piedad cuando son vistos de los hombres, para dejarla cuando no tengan otro testigo que Dios. Fácilmente los conocerais por su afección en referirlos todo á sí, ocupando de sí mismos todo el mundo, haciéndose notables en todo, diciendo en tono de caridad mal de cualquiera que, sin parecerles, goza del concepto público; éste es su crimen que no perdonan, porque quieren para sí solos aquel aprecio. Acordaos las solo que es propio de la santidad el ser sencillo, natural, amigo de ocultarse, dejando caer el bien que de ella se dice sin poner la menor atención; y aunque disfrute de buena fama entre los hombres, nada practica con la mira determinada de procurársela.

Tercer rango. Aman los primeros crismas en los banquetes, y los primeros siles en los sinagogas, y el ser notados en la plaza, y que los hombres les den el título de Maestros. Nadie mas árido de honores, de distinciones, de preferencias que los falsos santos, justos de su propia justicia, llenos de estimación á sí mismos, persuadidos de que todo les es debido por parte de los demás, y que en todas partes les tocan las primeras plazas. Es preciso acercárseles con todo respeto, darles todas las muestras de veneración; para los crismas por su fingida gravedad y por su aura de suficiencia, dando á conocer su descontento si no se les guardan. No ponen el pie en una casa sino para dominar en ella; todo ha de doblarse á ellos, en la mesa y en todas partes para ellos es el asiento de honor. Todos callan cuando ellos hablan, y se recoge como árculos las sentencias que salen de sus labios. Lo que mas

señalan es ser mirados como los maestros de Israel, como los depositarios de la ciencia; todo es manifestar que para por su fallo, nada es bueno sino lo que merece su aprobación. Se precian de que á ellos se acuda como á los que ven; se atraen de todas partes visitas y cartas consultivas, y cuidan mucho de que no se ignore el crédito de que disfrután por sus luces y por su virtud. Los verdaderos santos tienen una conducta diametralmente opuesta. Se sienten interiormente sorprendidos y confusos de que se les distinga y se les aliente; toman por sí mismos el último lugar como el que les pertenece. Aunque muy ilustrados y muy capaces, no se glorian de ello; dicen con modestia su parecer; escuchan de mejor gana que no hablan, y están mas dispuestos á aprender que á enseñar. No tienen anhelo de ser consultados, y guardan en secreto las relaciones que personas de la mas alta jerarquía tienen con ellos por su conciencia. Nada mas distante de su espíritu que la dominacion, y nada tienen tanto como el crédito y el amor popular. Todo para Dios, nada para sí mismos: esta es su máxima.

Cuarto rango: Cierran el reino de los cielos á los hombres, al cual ni entran ellos, ni dejan entrar á los demás. Tal es el efecto del rigorismo de que hacen alarde, y que tan solo afectan con este objeto. Ellos mismos por su orgullo se cierran la puerta del cielo, y la cierran á los demás por su excesiva severidad. De sus coloquios se sale descompuesto, diciendo consigo mismo: ¿Quién podrá salvarse? Todo se abandona, tomando el partido de entregarse á las propias pasiones. Esta es la que pretende el demonio, del cual son agitados estos hipócritas. Los santos no ensanchan el camino del cielo; pero tampoco le estrechan con exigencias. Antes al contrario, allanan las dificultades, sofocan y alientan la buena voluntad, la inspiran á los que no la tienen, y los persuaden que es fácil á la gracia lo que es imposible á la naturaleza. Al dejarlos, van increpando nuestra flojedad, según el corazón

mas enmascado, y mas dispuesto á obrar el bien.

Quinto rango. *Devoran las viudas de las viudas,* después de haberlas emborachado con sus largas oraciones. Los que, segun la expresion de S. Pablo, hacen un tráfico de la piedad, se asocian sobre toda cosa las mujeres ricas y con las viudas que pueden disponer de sus bienes. Como estas se dejan alucinar facilmente por los sermões y por la imaginacion, las tagañan por medio de sus largas oraciones, y por todas las exterioridades de la devocion. No es necesario preguntar si ellas acompañan sus oraciones de gestos, de arrobos, de suspiros, de ademanes, que imponen á espíritus débiles é ignorantes. Y cuando han logrado dominarlas en su vez, se las dan en aprovechamiento de sus ofertas y de sus daciones, para ponerse á sus anchuras, y procurarse todos los placeres de la vida. Por su crédito y sus instancias obtienen pensiones y beneficencias. Logran morada, alimento y diversion á costa de ellas, las chapas y las devotas, sin calarse de las habilidades del mundo, ni de las quejas de los benderrcos. Los verdaderos santos son desdichados; y se creyóran culpables del mas honroso abuso, si hiciesen servir la direccion de las almas en provecho propio. No rehúsan encargarse de dirigir las personas ricas que Dios les proporciona, para ¿qué derecho ni que razones tendrian para ello? Pero están siempre prevenidos contra la buena voluntad que ellas les demuestran, jamás la solicitan, usando de ella con extremada reserva, hasta el punto que conocen indispensable para no chocar con ellas. Si tienen verdaderas necesidades, esperan tranquilos que Dios se las dé á conocer, y les inspire la resolucion de acorrearlas. Encomienda recibien el socorro como auxilio. Señor aceptaba el de las mujeres que le seguian en sus viajes. Por lo demás, nunca se oyó en la historia de los santos, que ninguno de ellos hiciese servir la piedad á el ejercicio de un sagrado ministerio como un medio de enriquecerse, y de procurarse una vida molle y voluptuosa.

Sexto ruego. Antes grande por mar y tierra á bragues de concertar un punto: y después de concertado, le hacen digno del aprecio de cada uno que ellos. Los iniciados del cristianismo, así como los del judaismo, no sea por lo regular hombres aislados; forman una secta que tiene su espíritu, sus intereses, sus cábalas, sus intrigas y sus fondos necesarios para las necesidades de la obra. Para perpetuar y extender esta secta van haciendo prosélitos, y para este trabajo van con ardor infatigable, poniendo en obra todos los medios de seducción. Cuando han ganado uno, le inician poco á poco en los secretos de la secta, le muestran todo en orden; y como la materia va siendo siempre mayor y mas refinada, los discípulos vienen á ser mas machados y mas punibles que sus maestros. Los Santos son un número determinada reducido para formar secta; y como la gracia les hace salir de diversos puntos, es raro que se reúnan para obrar sobre un mismo plan y seguir un mismo objeto. Muchos de ellos, y en particular los Fundadores de Órdenes religiosos, han tenido discípulos; pero Dios se lo proporcionó, para no verlos que desplegaran un celo ardiente, no qué aglutinasen todos los esfuerzos para hacerlos suyos. Además, no tienen ellos sino un objeto, la santificación propia y la de sus adeptos, ó la gloria de Dios y el bien espiritual del prójimo. Y aun cuando procuran formar un cuerpo, se someten en cuanto al objeto de su institución y el género de su regla, á los primeros pastores y á la Santa Sede. Así que, en nada son comparables aquellos con las fariseos de todos tiempos.

Séptimo ruego. Sin excusas en las mas minuciosas observaciones de la ley, de la cual describan los puntos mas esenciales, como la justicia, la modestia y la fe. Como un mosquito, y á bragues un conejo. Estabilidad con atención el espíritu interno; y observarla que guarda minuciosamente las películas exteriores del culto, que convierte en cosas de carnicería cosas indiferentes, ó á lo mas de muy poca consecrada, anti-

bras que no tiene escrupulo en dejarse devorar por la envidia y por los celos, en denigrar al prójimo con la maledicencia y la calumnia, en recurrir á la mentira y al artificio para conseguir sus fines. Este vilísimo carácter se descubre claramente en todas las herejías antiguas y modernas. Y déjase también reparar mas ó menos en todos los devotos de partido ó de cabala. Sin embargo, por una inconcebible ceguera, tranquilizándose sobre el particular, se tiene casi por un merito delante de Dios el obrar así; ó increpándose sobre otros puntos las mas ligeras faltas, algunos recordando ciertos pecados de mucha mayor consideración contra la verdad, contra la justicia, contra la caridad. Paréceme ver á los teólogos deliberando sobre el uso que harán de los treinta dineros dados á Judas, y que dicen: No nos es permitido ponerlos en el tesoro del templo; mas que no tienen el menor escrupulo de haber sobornado aquel traidor con el dinero, para que les entregase al Hijo de Dios. Inútil es observar que a esto se enteramente opuesto el espíritu de los santos; quienes, si bien son delicados en las faltas leves, tienen horror á las grandes. Sin olvidar que en la ley hay su parte exterior, atienden principalmente á lo que le es intrínsecamente esencial, al amor de Dios y del prójimo.

Octavo ruego: Limpian por dentro la copa y el plato; y por dentro es la linea de rapacidad, é inmundicia. La causa de esto es porque lo exterior está á la vista de los hombres, á quienes desean imponer con esto, en tanto que lo interior es visible solo á Dios, á quien se esfuerza de complacer. Desconfianza pora de cosas exteriores tan arregladas, tan compostas, donde todo huele á afectacion. Los verdaderos hombres de bien se dedican sobre todo á purificar lo interior; y si en su casa todo respira santidad, ésta es hija únicamente de la que hay en lo interno. En su porte, en sus palabras, en sus acciones, nada hay formado ni sobrepuesto, todo corre naturalmente, si necesitan de reflexion ni de

esfuerzos para parecer tales como son.

Ningun espíritu fué nunca ni puede ser tan opuesto al espíritu fariseico que el espíritu de Jescristo; y no es difícil adivinar en él por qué les tuvo á impulso á sus discípulos tanta aversión. Pues realmente este espíritu es el mayor y mas peligroso enemigo de la piedad, el loco mas útil que pueda tener el diablo para seducir las almas, el arteficio que menos desconfianza infunde, y en el cual es mas fácil dejarse prender, si no se junta la prudencia de la serpiente con la sencillez de la paloma. Jescristo que conocía á fondo aquel espíritu infernal, quiso ser la víctima de los filios devotos y de los hipócritas, para inspirarnos tanto horror á ellos como amar debemos tener á él; para hacernos temblar de tener con ellos la menor semejanza, á vista del abismo de iniquidad á que se precipitaron, y hacernos detestar el orgullo y el amor propio que engendran la hipocresía, la cual está en su colmo en las personas espirituales cegadas por aquellos dos vicios.

CAPÍTULO XLVI.

Jescristo objeto de contradicciones, y motivo de escándalo.

Una de las mas profundas predicciones que se hayan hecho con respecto á Jescristo, es la del santo viejo Simeon. Dijo este bendiciéndolo en sus brazos: *Este Niño está destinado para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción, al fin de que sean descubiertos los pensamientos de un gran número de corazones* ¹. En Jescristo, unas mismas cosas, los diversos estados de su vida, su doctrina, su conducta, sus milagros, han hecho caer á unos y han levantado á otros, segun sus disposiciones interiores. En todo sufrió contradicción, en todo fué admirado, y

¹ Luc. ii. 34.

por aquí se pusieron de manifiesto los secretos pensamientos de los fariseos. Aquellos en quienes operaba la gracia le escucharon y siguieron: este fué el corto número. Los que resistieron á la gracia, le odiaron y perseguieron. Todos en el edificante en grado supremo, y todo era materia de escudala, según que se miraba ó con los ojos de la fe ó con los de la naturaleza. Encantaba y arrebataba deliciosamente el espíritu humano, cuando éste se elevaba á los designios sobrenaturales; espantaba y trastornaba este mismo espíritu cuando se abandonaba á sus errores y pasiones. Su vida oculta y su fiel acento eran un atractivo para los pecadores; y para los falsos justos era un motivo para desearle y para odiarle. Este hombre era la luna nueva y el buen vino; es el amigo de los publicanos y gentes de mala vida¹. Su doctrina pura y sublime cristallaba las almas rectas y sencillas; los fariseos solapados y falsos no podían sufrirla. Los unos no podían menos que reconocer en él algo de divino, viendo en esta era un subiduría, y que no la adquiría de los hombres; los otros no podían resistirse á creer en él, porque era el hijo de un artesano, y él mismo lo era también. ¿Cómo ante este hombre, decían, sin haber estudiado? Por otra parte, Nicodemo le decía: Maestro, nosotros conocemos que eres un maestro enviado de Dios: porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, si no fuere á Dios conigo². En todas ocasiones el pueblo testigo de sus milagros bendecía á Dios, y creía que nada de semejante se había visto en Israel. De otra parte, sus enemigos pretendían que arrojaba los demonios por la virtud del príncipe de los demonios; podían envidia sus milagros porque los hacía el sábado; y no pudiendo sufrir la brillantez y la multitud de ellos, se ratificaron en el designio de perderle.

¿Quién creyes que con motivo de un mismo hombre, y

1. Juan vii, 24.

2. Juan viii, 26.

3. Juan, ix, 3.

de un hombre tan extraordinario como Jesucristo, fuera tan extremada la diversidad de los sentimientos? Mas nosotros no reflexionamos lo bastante en la corrupción del corazón humano y en su profunda perversidad. No era el entendimiento sino el corazón el que juzgaba de Jesucristo; y de ahí la gran divergencia de los juicios que de él se formaban. Los menos ilustrados no podían engañarse en él, por poco recto que tuviera el corazón; y los mas perspicaces, si les faltaba esta rectitud, no podían menos que estar ciegos, ó cegarse á sí mismos. Por esto decía Jesucristo: *Rememorado aquel que no tomare de mí escandalo de escandalo* ¹. ¡Qué! tan fácil es escandalizarse en la persona de Jesucristo, que él mismo llama diebasen á los que se libran de este escandalo! En verdad que esta sentencia debe hacernos temblar á todos; pero no somos de una naturaleza diferente de la de los judíos, ni tenemos el espíritu ni el corazón formados de otro modo que ellos. Y si esta nación, á la cual estaba prometido el Mesías, que no aspiraba sino por el Mesías, que se fundaba todas sus esperanzas sino en el Mesías; que no existía, que no formaba un pueblo aparte, que no había recibido de Dios su ley, su culto, sus ceremonias; que no había tenido una tan larga serie de profetas, que Dios no le había especialmente gobernado, protegido, adoptado, sino con la mira del Mesías; si esta nación, regida, querida y privilegiada se escandaliza de su Mesías, cuando apareció en la persona del Hombre Dios, hasta clasarlo en una cruz, ¿cómo nos escandalizaremos nosotros, gentiles de origen, nosotros extraños á las promesas de Dios, nosotros sustituidos á los judíos por una pura misericordia, nosotros que á mas de las razones aparentes de escandalo que tenían, tenemos á mas la del oprobio y de los tormentos de su pasión? Si, dichoso el cristiano que en nada se escandalice por lo que mira á la adorable persona de Jesucristo, en doctrina, en vida, en

¹ Mat. xi, 6.

morte, sus sentimientos y sus virtudes. Este cristiano no atiende ni á la carne, ni á la sangre, ni á una rama engendadora: no escucha sino la fe, no piensa si juega sino según las leyes de la fe. La fe le muestra que para él todo es digno de veneración, de amor, de imitación en Jesucristo, y tanto más digno en cuanto chocan y contrastan mas la naturaleza. Mas ¡cuán raras son y han sido siempre esta suerte de cristianos! Sin hablar de los herejes, de los libertinos, de los incrédulos, que todos se han escandalizado de Jesucristo, todo cristiano que no es verdaderamente un hombre interior, que no trabaja para serlo, que no sabe si al quítese aun saber lo que es, se escandaliza mas ó menos de Jesucristo. Contento en adorarle, pero ¿contento en parentrarse? ¿Le respeta como á su maestro, pero ¿gusta de su doctrina? le sigue en la práctica? Le reconoce por su modelo, mas al proponerle sus ejemplos, retrocede, no los cree hechos para él, ni aun los tiene por practicables. ¿No es escandalizarse de Jesucristo el estimar, el querer, el buscar con algo lo que él ha despreciado, aborrecido, desechado? ¿El temer menosprecio, avergonzarse ó horror á lo que él ha estimado, aprecio, estimado, preferido á todo lo demás? ¿Y cuál es el cristiano que hasta cierto punto no se halla en esta disposición? ¿Cuál es el cristiano que de ella se avergüenza delante de Dios, que se confunde, que le pide sinceramente la gracia de salir de ella, y que hace todos los esfuerzos para conseguirla? ¿Cuál es el cristiano que no se justifica á sí mismo acerca de su modo de pensar y de obrar en esta parte? Mas el justificarse en las cosas en que se está en manifestada oposición con Jesucristo es condenarse, y con mucha mayor razón es escandalizarse de él. Es aquí sin embargo el punto en que casi todos nos hallamos. Los santos perseguidos en el mismo todo cuanto observan de contrario al espíritu de Jesucristo, y se aplican á destruirlo. Mas por esta sola razón de ser imitadores de Jesucristo, se halla en los santos motivo de escándalo, y se

los condena. Todas las persecuciones que han tenido que sufrir los santos, se reconocen por causa.

Remontémosnos al principio, y probemos el abrir los ojos á tantas criaturas, que no lo son sino de nombre y profesión exterior, no solo en el siglo, sino también en la Iglesia, y aun en el claustro.

Tenemos todos un fondo de orgullo y de amor de nuestra propia excelencia inherente á todo ser creado, que ha precedido á todo pecado y ha sido origen de él. Este orgullo, cuando nosotros cedemos á su instigacion, nos rebela contra Dios, nos hace odiosa nuestra dependencia, nos inclina á contraerarnos á su dominio, nos hace olvidar que de él tenemos todo lo que somos, que no podemos sin él ser dichosos. Toda es la apropiación, todo lo atribuye á sí, y en sí se apoya únicamente; no puede salir lo que le llama á su nada y al conocimiento de sí mismo, y cuando le recuerda la adoracion, la obediencia y el amor que debe al Ser supremo. Por este vicio cayó el ángel, habiéndose querido igualar á Dios: por este vicio tentó el precito al primer hombre, y le hizo sucumbir, sugiriéndole la vana idea que seria semejante á Dios comiendo del fruto prohibido.

El justo castigo de nuestro orgullo arrastró la rebelion de la carne y su consagracion contra el espíritu. De ahí este amor desordenado de nuestro cuerpo; este alma desmedida de procurarle sus gustos y comodidades; y sobre todo, esta propension violenta á los placeres de los sentidos, origen fonsente de nuestros pecados y de nuestro apego á las cosas de la tierra, en las que buscamos conseguir nuestra felicidad, que solo podemos hallar en la posesion de Dios.

Habiendo pues el orgullo y la sensualidad sumido al género humano en un monstruoso desorden, del cual era imposible que saliese por sí solo, pareció conveniente sobre la tierra para traer el remedio á estos dos vicios. Necesitó en su persona un Dios obediente, humillado, asociado, á quien

de la naturaleza humana á la que se había unido; y por este medio puso mas patente que el sol la injusticia enorme y el crimen imperdonable del orgullo de una simple criatura que se rebelase contra Dios. Infinitamente rico en sí mismo, manifestó un vano desprecio de las cosas de la tierra; vivió en la pobreza y en el trabajo; murió entre tormentos para enseñarnos hasta que punto nos oprimemos por el amor de los delitos criminales, que hemos de tratar con tanta necedad nuestro cuerpo, y sacrificarlo, si es necesario, para conservar nuestra alma. Su doctrina nos conforme á sus ejemplos. No predicó sino la humildad y la reverencia á todo cuanto satisface las deseos corrompidos de la carne.

Tanto mismo es lo que escandalizó y escandalizará siempre al hombre orgulloso y sensual; porque como no puede sostener el paralelo de sus debilidades con las de Jesucristo, de su confusión con la de Jesucristo, le es forzoso fallar, ó contra Jesucristo, ó contra sí mismo. Mas si se estima, se ama demasiado para condenarse á sí propio; si se le mira, si se le considera, se le permite condenar á Jesucristo. ¿Qué hará pues? Racionalizará contra las pruebas y los principios de la fe; la debilitará y la extinguirá poco á poco en su corazón, la apartará de su pensamiento, y descuidará sus prácticas. Tal es el partido que toman los herejes, los incrédulos y los libertinos. Se limitará á lo exterior de la religión, á las oraciones vocales, al cumplimiento de los deberes necesarios é indispensables para la salvación; pero si se le permiten combatir su orgullo, su vanidad, su sensualidad, sien es lo que tienen evidentemente de criminal. Además estará lejos de sí mismo, sentirá sus escándalos, estará apegado á las cosas de este mundo, como si no tuviera la menor idea de Jesucristo, ni la menor obligación de imitarle. Así se portan los cristianos ordinarios. Tienen cada día sus horas arregladas para la oración, para una lectura piadosa; oír misa regularmente, asistir á los oficios de la Iglesia, frecuentar los sacramen-

tos de la Penitencia y de la Eucaristía, no despreciará ocasión para ganar las indulgencias, practicará algunas obras de caridad. Mas en su alma no podrá sufrir una señal de desprecio, una humillación, una falta de respeto y de atención; no lo se ocupará en sí mismo, en su nobleza, en su dignidad, en su mérito, en la consideración de que disfruta, ó en sus riquezas que equivalen á todo esto. Será delicado en sus alimentos, austeró en sus vestidos, nada rehusará á su cuerpo de lo que no ofende claramente la conciencia: el temor de perjudicar su salud no le dejará observar las abstinencias y los ayunos de la Iglesia. Con todo esto se creará un cristiano superior al común, un devoto de profesión, sin ver lo demás que puede exigir de él Jesucristo, y sin tener ni una idea de las virtudes interiores y de la muerte á sí mismo. Tal vez, en fin, se dará á la espiritualidad, leyendo los libros que tratan de ella; hará la meditación ó tal vez la oración á su modo; tendrá conferencias con otros sujetos espirituales como él sobre asuntos místicos, en las que cada uno á porfía querrá parecer mas ilustrado que los demás. Pero ¿tendrá en esto por objeto adquirir la humildad, quedándose solo en Dios y olvidado de los hombres? De ningún modo. De ello tomará ocasión para estimarse en mas, como un hombre versado en los caminos de Dios, y para adquirirse este concepto con ciertas personas; en su oración se buscará á las luces que alienta, que deslumbran, que rodean de ilusión, ó bien las delirios y las sensaciones tierces que alimentan el amor propio; tendrá horror á las sequedades, á las tristezas, á la aridez y á otras pruebas que conducen al monopolio de sí propio, al desapego, á la muerte interior.

Todos estos cristianos que acabo de describir, ¿son verdaderos discípulos de Jesucristo? han penetrado en las disposiciones íntimas de su corazón? gustan acaso de los diferentes estados de pobreza, de seguridad, de contradicción, de contristamiento, de agración, por los que él quiso pasar? consenti-

ría en probar algo que se le pareciera? le desear de veras? se humilla á lo menos por sentirse incapaces de un tal esfuerzo de virtud, y reconocen que tal es el espíritu del cristianismo? Puede asegurarse que no: que están muy distantes de extender tanto sus miras y sus pensamientos; que desearían que Jesucristo hubiese hecho menos para salvarlos, y que exigiesen menos de los que él llama para seguirle. No le reconocen absolutamente; pero rehúsan seguirle por tan estrechos senderos, y se labran un camino menos inclinado para el espíritu y para la carne. No se atreven á decir que se escandalizan de Jesucristo; pero se antojaban mejor con su moral, si concebían algo al amor propio, y con sus ejemplos, si con ellos no le diera el golpe mortal.

CAPÍTULO XLVII.

Jesucristo vino á traer el amor de Dios sobre la tierra.

El amor divino es el fuego de que habla Jesucristo, cuando dice: He venido á poner fuego en la tierra, y ¿quién le de querer sino que arda? Antes de él el género humano no amaba sino á sí mismo; amaba sus vicios y sus pasiones en las falsas divindades que se había forjado. El padre conocía el verdadero Dios; mas no le amaba, á lo menos en virtud de su ley y de la alianza especial que Dios había con él contratado. Esta ley le prometía únicamente bienes temporales si era fiel á Dios; y le amenazaba con castigos temporales si abundaba en culto por el de los ídolos. Excepto un pequeño número de verdaderos hijos de Abraham, que pertenecían con anticipación á la ley nueva, y en quienes operaba ya la gracia del libertador prometido, para elevar una co-

1 Luc. xii, 48.

piritas y sus conatus sobre las cosas de la tierra. Todos los demás servían á Dios por motivos de esperanza y de temor puramente humanos; y estaban tan obligados en estas mismas bajas y serviles, que la principal razón que los movió á dedicarse á Jesucristo, es porque regaló su esperanza, aconsejándoles únicamente bienes y males espirituales, y enseñándoles á amar á Dios por sí mismo, y á servirle con la esperanza de poseerlo y con el temor de perderlo, sin cuidar para nada los bienes y los males de la vida presente.

El vino pues á traer á la tierra el fuego de la caridad, para consumir en el hombre todo lo que tiene de grosero y de terrenal; todo lo que sirve de pábulo á sus vicios y á sus pasiones; toda la que le degrada y le serviliza, limitando sus deseos y su ambición á las grandezas temporales; todo lo que corrompe y desvía de su verdadero fin sus afecciones, fijándolas en objetos perecederos; todo lo que le hace en efecto enemigo de sí mismo, consumiendo en él su amor, en vez de elevarlo á un bien mas excelente. Propone con la mas viva eficacia en varios pasajes de su Evangelio el motivo de temer á Dios y de obedecerle, tomados de las penas eternas del infierno; mas no quiere que obra este motivo en los corazones sino en defecto de otros mas poderosos, mas puros y mas sublimes; quiere que se considere por temblar delante de Dios como Maestro y como Juez, para pasar luego á amarle como el mejor de los padres; y que el temor de ofenderle nazca del deseo de agradarle. Propone tambien en todas ocasiones la recompensa celestial para animar nuestra fealdad, y sostenernos en la práctica de las virtudes cristianas. Pero establece, perfecciona este motivo de esperanza, mostrándonos el cielo como una herencia prometida al amor filial, y como si consistiese tan solo en ver y gozar á nuestro Padre celestial. Así que, pretende que nuestro afecto hacia él nos haga desear poseerlo, y practicarle todo, servirle todo, sacrificándole todo para conseguirlo. Jesucristo pues, le reduce

toda al amor de Dios como nuestra Padre, y del prójimo como nuestro hermano; declarando expresamente que en estos dos preceptos, que no forman sino uno, se encierran la ley y los profetas.

Toda su moral, que tan duro parece á la naturaleza corrompida, no tiene en realidad más objeto que engrugar ó arrancar del corazón humano todo lo que sería un obstáculo al amor de Dios; ella despoja al corazón de todo lo demás, á fin de que nada le deba de amar á Dios, y no pida su afecto con las criaturas. Ella priva al hombre el amarse á sí mismo, como no sea por respeto á Dios; y en todos los bienes que recibe á que espera de Dios, quiere que no sea sino á Dios, y que no ame, ni bendiga, ni dé gracias sino á Dios. Seguid exactamente esta moral, y ella os conducirá por grados á la perfecta caridad. No lo ignoramos nosotros, y por este mismo nos desagrada; porque no podemos resolvernos á renunciar al amor propio, el grande, el dulce consuegro del amor de Dios. La caridad que tan bella nos parece, cuyo nombre es tan dulce, y cuya idea nos encanta, es en realidad la cosa á que mayor aversión tenemos y que más nos cuesta poner en práctica, porque anula todo amor desordenado de nosotros mismos.

El cielo es la morada de este fuego divino. Arde en Dios desde toda la eternidad; en la vida de las tres Personas divinas, cuya esencia y felicidad es el amor. ¿Qué puede amar Dios? Nada existe sino por él; nada es amable sino por la comunión de sus perfecciones. Los espíritus bienaventurados que lo contemplan, no pueden amar sino á él; ellos se aman, pero en él, por él, y para él; ni son libres de amarse de otro modo. Lo perdieran todo, si por imposible llegasen á perder la pura caridad.

Por un exceso de amor hacia nosotros Jesucristo trujo este fuego sobre la tierra; y para nuestra felicidad desea tan ardientemente que este fuego se encienda en nuestros cora-

nos. Sabe que la caridad es la única que puede abrirnos las puertas del cielo, en donde será mas ó menos elevada nuestro trazo segun el grado de caridad que acá en la tierra hayamos adquirido. Sabe que quien no ama, queda y quedará eternamente abismado en las sombras de la muerte; que la desdicha del diablo y de sus ángeles es el no amar á Dios, sin tener para él ni el poder ni la voluntad; y que si no amamos á Dios durante esta corta vida, que solo para esto se nos ha concedido, participaremos para siempre de la suerte de aquellos rebeldes espíritus. En este concepto, y segun el amor que nos ha demostrado Jesucristo, juguemos de lo que queda en su alma al pronunciar aquellas palabras: Yo he venido á poner fuego en la tierra, y ¿por qué he de querer sino que arda?

¿Se limita tal vez á quemar? ¿Se desea queda de su parte sin efecto? En tanto que vivió, sus palabras, sus acciones, sus ruegos, sus padecimientos, no tuvieron otro objeto ni otro fin, que ponernos en estado de amar á Dios, en peñones á él, haciendo para lograrlo á nuestros corazones una dulce violencia. En cualquier estado que le consideremos desde el estado de Belén hasta el Calvario, ¿qué es lo que nos presenta en su persona? Un modelo de amor. ¿Qué nos dice? Ved como amo yo á mi Padre y al vuestro, hasta qué punto mecom ser amado, y como debéis amarle vosotros. Si os descubre su corazón, ¿qué veis en él? Una hoguera de amor, y del amor mananó, hoguera inmensa, capaz de abrasar el universo entero. Y ¡ah! lo que corresponde al ardor de esta hoguera. A ella es corrida, á ella es atraído con toda la fuerza de que es capaz. Venid á tocar á lo menos una chispa del fuego que la devora, ponella en vuestro corazón, alimentadla, conservadla por todos los medios que el mismo os enseña y os inspira, y no tardarí en ser un nuevo ardiente que se consumiría.

Desde el cielo es donde habita, ¿qué hace mas sino enviarnos de continuo sus gracias, que son como otras tantas

estas cosas que seña a nuestro corazón? Y si no vemos lo que se necesitaría para destruir nuestro bien, ¿á quien podamos echar la culpa sino á nosotros mismos? Con tal que nos hallásemos confesos de nuestra frialdad, con solo gemir en su presencia, y regarlas con lágrimas que son la bien-venida por su amor hacia nosotros, muy pronto quedaríamos abrasados. El lo quiere, pero nosotros no lo queremos; y mientras persistamos obstinados en no quererlo, nos mas ardorosos deseos serán inútiles, porque nadie ama sino queriendo amar. Y, lo repetimos, no queremos amar á Dios, porque queremos amarnos á nosotros mismos.

Y sin necesidad de elevarnos hasta el cielo con las alas de la fe, contemplémosle en el santo tabernáculo en donde reside y residirá hasta el fin de los siglos. ¿Para qué está allí, si no para comunicarnos aquel amor en que anda el mismo hijo de su Padre? ¿A qué fin se usa de en la Eucaristía, sino para hacernos vivir como él de amor? *El que come mi carne, dice, y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él.* ¿Puede acaso Jesucristo vivir en nosotros, sin encender en nuestro corazón el fuego de que se siente abrasado? ¿Y podemos vivir nosotros en él, sin una continua vigilancia en conservar y aumentar el fuego que él ha encendido? ¡Ah! si cada vez que nos acercamos á la santa mesa le dijéramos: Señor, acordaos del objeto que se hizo venir al mundo y que en él se refugia á vos me presento para recibir el fuego sagrado que habéis traído del cielo. Este fuego sois vos mismo, es vuestra adorable persona. Dios es caridad, vuestro Apóstol lo ha dicho; Dios es un fuego que consume, lo dijo Moisés. Y recibiendo á vos, no es una chispa de este fuego, sino este fuego todo entero lo que yo recibo. ¿Quién impide para, oh Salvador mío, de que en él me consuma? Vos lo desearis, yo lo deseo también; y si vos y yo lo deseamos, nadie puede detener el efecto de este divino fuego. Mas para amar sinceramente de semejante lenguaje con Jesucristo, preciso es tener horror al amor propio, y estar re-

realto á perseguirlo hasta su total destrucción.

Si el objeto de nuestras visitas al santísimo Sacramento fuese reanimar nuestro fervor junta á Jesucristo, exponer nuestra alma á los rayos abrasadores que parten de aquel sol de amor, dejándola penetrar por ellos, sentiríamos los afectos á veces sensibles y á veces reales, que nos transformarían en otros tantos verdantes. ¿Ser nosotros libres, si actos, si metidos, para acercarnos al fuego y calentarnos en él? ¿Abandonarnos solamente á su acción, postrándonos lo mas cerca de él que podamos, descansamos allí tranquilos, y él obrará en nosotros con tanta mayor forma, cuanto menos nos agitáremos. Mas el amor propio viene también aquí á oponerse á las intenciones de Jesucristo. No para él sino para nosotros le visitamos; muchas veces lo llevamos un corazón pegado á las criaturas, un corazón humanizado y sensible á dolores, un corazón soberbio, desdénoso, despreciador, lleno de envidia y de odio contra el prójimo; un corazón ligero, disipado, incapaz de recogimiento; un corazón agitado, turbado con mil cuidados y con mil proyectos; un corazón vacío de la presencia de Dios, que no sabe lo que es oración, y que teme probarlo; un corazón, en fin, todo lleno de sí, todo ocupado en sí, y que, cuando mas, quiere conciliar el amor de Dios con el amor propio. En estas visitas no buscamos sino deleznas y consuelos de que podamos satisfacer: no es el esposo, sino sus caricias lo que nos atrae. Nada menos podemos que el gozar de lo mas tierno, de lo mas afectuoso, de lo mas delezable que tiene el amor; mas no queremos lo que tiene de fuerte, de doleroso, de acerbó. Como si la propiedad del fuego, cuando se fija en un cuerpo, no fuese el dividirlo, penetrándolo, el desmenule y transformarle en sí, destruyendo su primera forma.

CAPITULO XLVIII.

Jesucristo adorador en espíritu y en verdad.

Dios no podía ser dignamente adorado sino por un Hombre Dios. El homenaje que merece es infinito, y ninguna criatura, por pura que sea, se halla en estado de tributarle semejante homenaje; pues no puede darle un valor superior á lo que es ella en sí misma. Verdad es que el homenaje debido á Dios es menester que le sea prestado por una naturaleza inferior á la suya, porque es un homenaje que afecta todo el ser, y por medio del cual se reconoce haberle recibido de él, y deber consagrarle enteramente á su servicio. Mas para ser digno de Dios es necesario que sea infinito como él, y de consiguiente que le sea tributado por una persona igual á él. Esto es lo que hizo Jesucristo, cuya persona divina adoraba á su Padre, reconociendo que de él había recibido la naturaleza humana á la que estaba unida, y consagrándola á su gloria.

En este sentido, Jesucristo es el único adorador; y es esta tanta verdad, como que Dios no agradece nuestro homenaje, ni tiene valor alguno á sus ojos, sino en cuanto está comprendido en el de su Hijo, y le está inseparablemente unido. Porque Jesucristo hombre nos representaba á todos; adoraba á Dios en su nombre y en el nuestro; y si no le estamos incorporados, si no le pertenecemos como miembros á su cuerpo, si no recibimos de él la influencia sobrenatural, si en fin no adoramos á Dios en él y por él, no nos es aceptada nuestra adoración, ni nos sirve de ningún provecho para nuestra salud. Esta verdad, uno de los principios de nuestra fe, nos hace sensible cuán necesaria es para nosotros la unión

con Jesucristo, y cuanto nos interesa estrechar este nudo por todas las medios posibles.

Y ya que la adoración de Jesucristo ha sido la única perfecta, y que la nuestra no lo es sino en cuanto se aproxima á ella, nos importa en extremo considerar cuáles fueren las calidades de la suya, á fin de expresarnos fielmente en la nuestra.

Jesucristo fué un adorador en espíritu; esto es, su adoración fué interior, fundada en el conocimiento que tenía de lo que es Dios, de lo que era él, y de lo que como á hombre le debía. En decir, que en él se unía el corazón al espíritu para comunicarse á Dios con toda la fuerza de su voluntad, al mismo tiempo que reconocía el deber de estarle unido. Esto es lo que se entiende por adorar en espíritu, es decir, del fondo del alma, y con toda la extensión de sus fuerzas. Dios es espíritu, y así la adoración que en le da debe ser espiritual. El judío le inmola víctimas, y con esto creía haber cumplido con su deber. Pero Dios declara en varios pasajes de la Escritura, que estos sacrificios meramente exteriores, no le daban honor, que los desechaba y aborrecía; y que tan solo era glorificado por el sacrificio de alabanza que le ofrece el corazón. ¿Y no pudiera hacer el mismo cargo á la mayor parte de los cristianos, que en nada faltan al culto exterior, que adoran á Dios de boca y por la postura de su cuerpo, pero que ni aun saben en qué consiste adorarlo en espíritu? El homenaje exterior nada significa por sí solo, y no dará oro á Dios el hombre que no sea interior. El espíritu puede adorar por sus actos íntimos, sin palabras ni demostraciones; y esta es propiamente la adoración que conviene á Dios, espíritu para, que presta en aquellos mas secretos pensamientos, en lo mas profundo de nuestros sentimientos. Las demostraciones y las palabras que sirven para imponer á los hombres, no imponen á Dios; el cual no se paga de ellas cosas, y atiende únicamente al espíritu que las anima y las dicta. Á cada uno de nosotros

laca eternamente acerca de este punto, y ver que parte tiene en espíritu en el tributo de oraciones que cada día ofrece á Dios: si en la lengua, ó á lo mas la imaginación; ó si en el corazón quien lo descompaña.

Jesucristo fué un adorador en verdad. No se limitó á pocas oraciones, pasó á las acciones; consintió en que su Padre ejerciese su libre y plena voluntad sobre él, se prestó á todas sus voluntades, y las cumplió. Toda su vida no fué otra cosa que una inmolación continua de su ser á la majestad divina. Olvidándose á sí mismo, solo se dedicó á santificar el nombre de su Padre, á fin de establecer su reino; no se entregó á trabajo alguno, ni á la menor humillación; dió el ejemplo de una perfecta obediencia. Su única regla fué la voluntad de su Padre; y la ejerció mas fielmente y con mas amor sobre la tierra, de lo que se ejerce en el cielo.

Tal es la verdadera y efectiva adoración que Dios espera de nosotros. Las protestas de sacrificio que sin cesar le hacemos, no son sino una ilusión, si no las reducimos á la práctica; si en todo no le dejamos disponer de nosotros mismos, y si, porque nos dió la libertad, pretendemos tener un derecho en gobernarnos á nuestro capicho en todo lo que nos parece indiferente. Ninguna de nuestras acciones debemos sustraer del dominio de Dios. Es mentir que le adoremos por nuestro género de vida, por nuestra situación, por nuestra ocupación actual, y que en todo esto seamos dependientes de su voluntad, y sometidos á su beneplácito. Si hay en nuestra vida un solo instante, un solo pensamiento, un solo proyecto, un solo paso en que no consultemos sino á nosotros mismos, en que no obramos sino por nosotros mismos, en que no atendamos sino á nosotros mismos, vamos contra el primer deber de adorarle en verdad, que debe extenderse á todas nuestras intenciones, y á todas nuestras acciones. Así lo comprendía Jesucristo; y no hizo sino expresar sus sentimientos. Así lo comprendía tambien S. Pablo cuando decía: Oros

comos, ora debais, ó loquais cualquiera otra cosa, haciendo todo á gloria de Dios ¹. Obrar por la gloria de Dios es adorarle en verdad. Esta adoracion, presta, abraza las acciones mas comunes, hasta las que tienen por objeto las necesidades corporales; y á ella se falta cuando no se propone en tales acciones la gloria de Dios.

No es esto todo. La Providencia, sea natural sea sobrenatural, es propiamente el ejercicio del dominio de Dios sobre nosotros; y no podemos adorarle en verdad sino por medio de nuestra sumision á este dominio. Mas atended, os replico, todo lo que abraza. La Providencia natural se declara por todos los acontecimientos generales ó particulares, por todos los accidentes de la vida en los cuales nos interesamos algun tanto, por todas las situaciones de salud, de enfermedad, de riqueza ó de indigencia, de prosperidad ó de adversidad en que nos hallamos. En estas diversas circunstancias que cada día acontecen, debemos adorar á Dios, aceptando y haciendo buen uso de los bienes y de los males que de su mano nos vienen. Toda queja involuntaria, toda murmuracion, toda repugnancia interior con motivo de las penas que nos sobrevienen, toda falta de reconocimiento, todo sentimiento puramente humano ó inmoderado, todo abuso de lo que nos sucede según ó conforme á nuestros deseos, es una disposicion mas ó menos contraria á la adoracion en verdad; porque Dios en estos casos no es honrado como debe serlo, y aun queda ofendido.

La Providencia sobrenatural, empero, se extiende mucho mas. Dios pretende ejercer sobre nuestra voluntad un dominio libre, por la entrega absoluta é irrevocable de nosotros mismos. Quiere que nos pongamos en todo bajo la dependencia de su gracia, que no obramos sino por sus impulsos, por los motivos que ella nos sugiere, y para el fin infinito para el cual somos criados: la gloria de Dios y nuestra felicidad.

¹ Corint. X, 31.

Para adorar poco á Dios en espíritu y en verdad, es preciso que estemos enteramente desasidos de los objetos terrenos, elevados siempre con el pensamiento y con el afecto á las cosas del cielo; que miremos con ojos sobrenaturales y con relación á la eternidad todo cuanto acá nos acontece; que renunciemos á nosotros mismos, á nuestro propio espíritu, á la propia voluntad, para no vivir sino del espíritu y de la voluntad de Dios; que nos propongamos, en fin, á Jesucristo por modelo, sin tener otro dero al objeto que imitarle en sus sentimientos y en su conducta.

Cada día, y muchas veces al día, repetamos las palabras de la oración que nos enseñó el mismo Señor: Santificando sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. ¿Hemos penetrado alguna vez el sentido de estas tres peticiones? ¿Hemos reflexionado que ellas comprenden la mas perfecta adoracion en espíritu y en verdad? Si de todo corazón deseamos que el nombre de Dios sea santificado, es decir, glorificado ante todo por nosotros mismos, por aquellos que bajo cualquier título dependen de nosotros, é que nos crean males, despues por todos los cristianos, en fin por todo el género humano, que no existe sino para glorificar á Dios; que sea adorado de cada uno glorificado tanto como puede y quiere serlo en el tiempo y en la eternidad, entonces le adoramos en espíritu, como Jesucristo se propone que le adoremos al declarar esta oracion. Si por todos los medios que están en nuestro poder, por el buen uso de todas las gracias generales y particulares que hemos recibido y recibimos continuamente de Dios, hacemos de manera en toda el decurso de nuestra vida, en todas las ocasiones que se presentan, que el nombre de Dios sea santificado por nosotros y por los demás, entonces le adoramos en verdad.

Lo mismo pediremos, si deseamos que reine acá en la tierra por su gracia, ante todo en nuestro corazón y despues en el de los demás, haciendo que reine en el nuestro por

nuestra docilidad y por nuestra fidelidad á sus inspiraciones, destruyendo en nosotros con su auxilio todo cuanto se oponga á su imperio, conduciendo á los demás por nuestra autoridad, por nuestras exhortaciones, por nuestro ejemplo á hacer otro tanto, ofreciendo con frecuencia á Dios nuestras oraciones para este objeto, entonces le adoraremos en espíritu y en verdad.

También se adora así, el desear efectivamente que se cumpla en la tierra con tanta perfección como se cumple en el cielo, el procurar valerosamente que del mismo modo la cumplamos nosotros, sin decidir nada de lo que pueda imponer á los demás en cumplida, según el grado de obligación que en ella tengan.

Hé aquí pues como con tres breves frases compendib: Jesucristo la adoración interior y exterior que á Dios debemos: sólo nos resta penetrar con sentimientos en toda su extensión, y llevarlos en seguida por regla de nuestra conducta. De este modo nuestra oración crecerá ser toda á la de Jesucristo, el cual la ofrecerá á su Padre junto con la suya, y se la volverá agradable por los méritos infinitos de la suya.

CAPÍTULO XLII.

Jesucristo nada se apropió á sí mismo.

Al como todo bien viene de Dios, todo bien ha de volver á Dios. La criatura nada tiene de su fondo; nada pues puede apropiarse. Si no devuelve á Dios lo que de él ha recibido, si se le retiene y le considera como suyo, es una injusticia manifiesta, es un robo de que se hace culpable, y digno de que Dios le despoje de los bienes que ella sin razón se atribuye. Claros son estos principios, y nos dan una idea

exacta así de la apropiación como de su desdicha.

Jesucristo es entre todos los hombres el que, sin comparación, fué de Dios mas favorecido. En él se acumulaban todos los bienes sobrenaturales. La oración hipostática los comprendió y sobrepaja á todos. Mas de todos los hombres fué tambien Jesucristo el mas desapropiado. Él no cesó de retornar á su origen todos los tesoros de ciencia y de sabiduría, al conjunto de prendas divinas que habia en él, sin nunca atribuírselas ni tener cosa, ni nada retener para sí, ni dar sobre sus eminentes calidades una sola mirada de satisfacción. Así es como fué á un mismo tiempo el mas rico y el mas pobre de los hombres en punto de tesoros espirituales: el mas rico, porque Dios mismo no podia enriquecerle mas; el mas pobre, porque no permitiéndole nada de lo que podia, no podia en manera alguna mirarlo como ayo. ¿Y cómo lo hubiera podido, si, segun nos enseña la fe, ni aun habia en él el yo humano? Mas lo que no podia, lo queria con menos, si pudiéramos así hablar. Su voluntad repagaba con toda su fuerza á desbordar lo mas mínimo á su Padre, para atribuírselo á él; y no hizo otra uso de su libertad, sino el de restituirle enteramente todo lo que de él habia recibido. Su desapropia llegó á un punto para nosotros inconcebible.

Oigámosle hablar á él mismo. Mi doctrina, dice, no es mia, sino de aquel que me la enseñó¹. Como hombre lo sabia todo; pero no habiendo aprendido nada por sí mismo, ni debiendo cosa alguna á la lectura ni á la meditacion, no habiendo adquirido nada por medio del estudio y por la experiencia, no podia dudar que de su Padre habia recibido todo cuanto sabia, y que de consiguiente lo que enseñaba no era su sentido alguno doctrina suya, sino de su Padre. Cuando dijo mi doctrina, no lo dijo porque se la atribuyera, pues añadió á continuación por no ser suya; sino que quiso decir la doctrina que yo enseña. S. Agustín explica esta frase del mismo Yurbo,

¹ Juan. viii. 26.

el cual, siendo engendrado del Padre, todo lo recibió de él, la doctrina y lo demás. Esta explicación es verdadera sin duda; pero es más natural entender que Jesucristo habla en este lugar como hombre, y que declara que quien le ha enviado, le pone lo que enseñe en el pensamiento y en la boca. *Yo he-Me, dice en otra parte, lo que mi Padre me ha enseñado*¹. Y además: *las cosas que yo hablo, las digo como el Padre me las ha dicho*². En este pasaje y en todos los demás no quiere que los judíos vean en él al hombre, ni que se limiten á contemplarle como hombre, para admirarle como si de sí mismo dijese tan grandes cosas; eleva mas alto sus espíritus, haciéndolos remontar á su Padre, como el origen de los discursos que escuchaban de su boca.

Ni tampoco se atribuya los milagros, á los cuales no llama obras suyas, sino las obras de su Padre, las obras que su Padre le ha dado á hacer³. No obstante, como hombre unido á la persona del Verbo, en él reside el poder de hacer milagros, y no toda necesidad de invocar á su Padre para que le dé las obras á su ruego; no necesitaba más que querer, como lo dijo al leproso: *Quiera, queda limpio de tu lepra*⁴. Mas como este poder era una consecuencia de la unión hipostática, y como por esta unión la humanidad quedaba moralmente unificada, no quería ni podía atribuirse en cuanto hombre los milagros ni la doctrina, refiriendo á su Padre no solo la gloria de uno y otro, sino tambien su eficacia. Dijo en fin, que todo hacía por el mismo⁵. Quien hace semejante confesión, no diciendo lo contrario de lo que piensa, no tiene cuidado de atribuirse lo menor cosa.

[Cada día os acordéis de acercaros en esto punto á Jesucristo! ¡Y cuando le costará á la más encanecida virtud siquiera el aproximarse! Todo lo recibimos de Dios, así en

¹ Juan. viii. 28.

² Juan. viii. 28.

³ Juan. i. 31.

⁴ Matth. xii. 13.

⁵ Juan. viii. 28.

el don de la naturaleza como en el de la gracia, y todo nos lo apropiamos: nuestras calidades del pensamiento y del corazón, nuestros talentos, nuestra ciencia, nuestras virtudes, de todo, hasta de las prendas del cuerpo nos vanagloriamos, como de un bien que es nuestro. Dios nada nos ha dado para nosotros, ni aun la existencia. Todo lo hizo para sí mismo, dice la Escritura, y exige que todo le sea devuelto. Mas se halla tan arraigado en nosotros el espíritu de propiedad, que el primer sentimiento que nace en nuestra alma, es el de mirarnos como dueños de lo que no poseemos sino prestado, creyendo desprendernos de nuestro bien cuando lo ofrecemos á Dios en homenaje, y llamando á esto un sacrificio, cuando no es mas que una restitucion. Así que, nos cuesta muchísimo, por mas que lo reflexionemos, el reconocer que todo cuanto hay en nosotros y para nuestro uso, pertenece á Dios; y que debemos desprendernos de ello, cuando él quiere por conveniente el restituirlo, ó quiere que lo renunciemos, ya sea por afecto, ya sea realmente. Entonces parece que se nos arrebata parte de nosotros mismos, y hemos de violentarnos para no acusar á Dios de injusticia ó de tiranía. De ahí aquella estrechada sensibilidad en la pérdida de nuestros bienes, de nuestra salud, de personas que nos son queridas; de ahí aquella pena inexplicable que tenemos para volvernos á morir. Nuestras quejas, nuestros pecados, nuestras lágrimas demandan del espíritu de propiedad. Cuesta infinito, aun á las personas mas virtuosas, el decir entonces como Job: *El Señor me lo dió, el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado, bendito sea su santo nombre*¹. De ahí aquella admiracion de las personas del mundo, cuando alguno recobra una fortuna brillante y las mas bellas esperanzas del siglo para abrenar el estado religioso. ¡Qué sacrificio! exclaman, qué valor! qué generosidad! Y la persona misma cree en efecto haber dado mucho á Dios, concediéndole lo que su gracia

¹ Job 1, 21.

mucha tiempo ha le pedía. Sin embargo nada meyo tenía esta persona; y si bien se observe, nada tenía que dar, y es una pura bondad de Dios el abonarle una de ada que le había dado para devolvérsele siempre que él quisiera, siendo el árbitro de quitársela sin que le quedase á ella motivo de queja. De ahí aquella increíble delicadeza acerca de la honra, de la reputación, que apreciamos sobre todas las demás bienes, y en la cual creemos tener derechos inviolables. Quitad el espíritu de propiedad, y costumbres de mirar la honra como nuestra; consentiremos de buen grado en que Dios disponga de ella y nos tranquilizaremos al perderla, no considerando en ella sino nuestro interés, que será nulo para nosotros. De ahí es, fin, para no extenderme mas en este punto, aquella complacencia en los elogios que se nos tributan, y que recibimos como una justicia que se nos hace, como un tributo que nos es debido. Supongo que sean fundadas estas alabanzas; mas, ¿se detendrán en nosotros, y dejaríamos de mirarnos obligados á retribuir las á Dios, si no fuese una desdichada propensión á apropiarnos todo el bien que hay en nosotros y en nuestras acciones?

Resistir á esta propiedad, es sin disputa lo mas sublime y difícil de la perfección. Sacrificar en todas las cosas el espíritu propio, la propia voluntad, el amor propio, es despojarse de lo mas íntimo que tenemos, y solo una gracia especial concedida por un valor extraordinario puede hacernos capaces de este sacrificio. A este punto no se llega sino por grados, después de muchas pruebas y de los mas violentos esfuerzos sobre sí mismo. No me sorprende esta dificultad: intente nada menos que de arrancar me yo humano, que es la imperfección radical de la criatura. Cuando digo el yo, es claro que entiendo hablar del yo moral; pero este yo moral está de tal modo confundido con el yo físico, que repugnamos á su destrucción tanto como á la destrucción de nuestro ser, y nos parece que el querer quitárselo, es aniquilarnos.

Este es el motivo por el cual tan pocos cristianos comprenden lo que es el renunciar á sí mismo, y cuando le entienden de este deber; y los que lo comprenden, hallan dura esta palabra de Jesucristo, por no decir impracticable. Haced á un devoto aferrado á sus sentidos y gobernado por su carácter, de renunciar á su juicio, de despojarse de su propio espíritu para tomar el espíritu de Jesucristo; ó no os entendáis, ó veréis en él un hombre prevenido, intratable, que os rechazará á largo trote, á vosotros y á vuestras reflexiones. ¿Por qué motivo, os dice, he de renunciar á mis lucos naturales? ¿No me dió Dios la razón para jugar de toda, hasta de la moral cristiana y de las cosas espirituales? ¿No permite san Pablo á cualquiera, que abunde en su sentido? ¿Puedo acaso despojarme de mi carácter? ¿No tengo derecho para seguirle en todo lo que no es malo? Por más que le digáis empero, no osará de propósito, ni conocerá la necesidad ni aun la posibilidad de mudar. Decid á ese devoto que solo tiene una ruina de actos y de oraciones, y sin embargo es esclavo de su amor propio, que en la oración se busca sólo á sí mismo, que se adhiera á la parte sensible; y que, cuando percibe algún sentimiento de dulzura ó de enternecimiento, cuando ha derramado algunas lágrimas, cree amar mucho á Dios, y se hace sólo amarle á sí mismo, que por le decís en nada se molesta ni se mortifica: decidle, que la sólida y verdadera piedad es incompatible con el amor propio; que es necesario que se tenga á sí mismo un tanto odio: que la oración no será buena hasta que no buscaremos en ella su propia satisfacción, sino únicamente agradecer á Dios por el sacrificio de todo lo que puede lesionar su amor propio. Por muchos que sean los medios y precauciones de que os habéis dado, y por esta industria que empleáis para insinuármelo en su espíritu, y hacérle gustar esta moral, no escuchará por mucho tiempo este lenguaje de muerte y de desamparo, y os dejará para buscar otro director, que le con-

danza conforme á sus miras é inclinaciones.

Cuando atentamente se mira, fácil es conocer que es la devoción nos miramos casi siempre á nosotros mismos, y nos le referimos todo, atribuyéndolo á nuestros esfuerzos, á nuestra fidelidad: nos apropiamos las virtudes, las victorias sobre nuestros alcancados, los dones de Dios y los favores que de él hemos recibido: consideramos todo esto como un mérito nuestro, como un bien propio. Y cuando Dios para elevarnos á un amor puro, á un servicio desinteresado permite que nos perdamos de vista, y nos reduce á la indigencia espiritual, á una aridez que nos hermaniza, arrojaunos prisioneros terribles, le acusamos de crueldad, y sentimos infinito pesar de dejarnos despojar así.

Lo cierto es, que sin ser interior no se tiene idea alguna del despropio: si se tiene tampoco al empezar la senda, cuando el amor propio se pega fuertemente á las dolencias espirituales, y en cuyo tiempo sufre Dios esta adhesión por imperfecta que sea, porque entonces se hace como necesaria, atendida la extrema debilidad del alma. Pero á medida que ésta cambia de estado, es decir, á medida que va adelantando, aprende á conocer y á practicar el despropio; porque á cada nuevo estado va despojándose de lo que pertenecía al estado anterior; y si ella resistía á este despojo, no haría ningún progreso. Por lo cual se ve, que no toca al alma el despojarse á sí misma por un desinterés mal entendido: á mas de que, ella ignora en qué tiempo y hasta qué punto conviene hacerlo; y en vez de renunciar á la propiedad, no haría sino afirmarse mas en ella obrando por sí propia. Sino que es preciso aguardo que Dios la despoje, y que logre de ella un consentimiento, que siempre le cuesta el darle alguna pena. En una palabra, en el despropio, el alma ha de permanecer pasiva, dejando solamente obrar á Dios, y aquiesciendo á lo que pasa en su interior.

CAPÍTULO L.

Jesucristo no se glorificó á sí mismo.

No hay duda que era debida toda gloria á la humanidad santa que el Verbo divino se había dignado unir á su propia naturaleza; y la gloria exterior que le hubiera procedido era nada en comparación de la que por esta unión había adquirido. Parecía pues muy justo que se hubiera dedicado á glorificarla en presencia de los hombres, con tanta más razón en cuanto era incapaz de abusar de ella; antes al contrario, todo el esplendor que de la misma recibiera, reflejára enteramente en su persona. Tales son nuestras ideas: mas, ¿cuánto difieren de las nuestros los pensamientos de Dios! Prefijado estaba el tiempo en que la naturaleza humana en Jesucristo debía ser soberanamente glorificada en el cielo y por toda la tierra. Pero antes de este tiempo, Jesucristo, que no había descendido aún en el mundo sino para la gloria de su Padre, en vez de pensar en la suya, debía hacerle de ella un absoluto sacrificio, por el cual debía hacerse digno de que su Padre á su vez le glorificara. Así se hallaba dispuesto todo en los consejos del Eterno.

Nunca sus disposiciones soberanas fueron con más amor y puntualidad cumplidas. No hallaréis en toda la conducta de Jesucristo una sola palabra, un ruego, un milagro solo que tuviese por objeto su propia gloria. La única expresión notable en esta parte es la súplica que hizo á su Padre inmediatamente antes de su pasión, de glorificar á su Hijo, á fin de que su Hijo le glorificara; de darle la misma gloria de que estaba en posesión antes de la existencia del mundo ¹. Mas lo que aquí dice en potencia de sus aspiraciones, es con la mira de fortalecer

¹ Juan. xvi. 26.

sa le y de consuelos; es en el momento en que iba á padecer la muerte mas afrentosa, y en el que se se miraba ya como estando en este mundo, pues tocaba el fin de su carrera: no pide esta gloria para su carne humana sino después que haya resucitado, y que habrá entrado en una vida inmortal; no la pide sino como el precio de sus padecimientos, y en virtud de la prometa que de ella le había hecho su Padre; es fin, si bien se reflexiona, menos era esto una réplica dirigida á su Padre, que una predicción de la gloria que debía coronar sus humillaciones y su obediencia hasta la muerte de la cruz.

Mas durante el curso de su vida, y cuando habla á los judíos, muy diverso es su lenguaje. No busca ya su gloria, les dice: si yo me glorifico á mi mismo, mi gloria no vale nada *. ¿Puede darse una mas expresa y mas terminante declaración? La gloria que me daría á mi mismo, es nada. Un Dios es quien así habla, y el cual en cierto sentido tiene las mas justas razones de glorificarse. ¿Qué título alegaremos para nosotros para buscar nuestra gloria, después de haber declarado Jesucristo que carecia de él? Y si nada hubiera todo lo arja, ¿qué hemos de pensar de la que á nosotros nos atribuimos? Orgullo humano, vanidad humana, ¿gondreis después de este valor para levantar la cabeza? ¿No es lisa de oprobio y de vergüenza esa falsa gloria que ambicionais, que adorais como un idolo, y á la que le sacrificais todo, hasta la salud eterna? ¿Puede conciliarse el ser cristiano, y andar solcito así en la tierra de alguna gloria, sea cual fuere?

Si yo soy testamento de mí mismo dice tambien, mi testimonio no es válido *. ¿Y qué! El testimonio que Jesucristo se dió de sí mismo seria falso! Sin duda, si se lo dió en calidad de hombre: el mismo, que es la misma verdad, con la angustia.

* Joan. viii. 14. 15.

* Joan. vi. 11.

Y esto no priva que él tenga derecho para decir y diga realmente como Dios: *Amén* yo soy testamento de mí mismo, mi testamento es verdadero, porque al de donde he venido y al donde voy⁴. ¿Cuán impostores para con los alabaemas que á nosotros mismos nos damos, ya sea interiormente, ya delante de los hombres por cualquier motivo que sea! Don cuando fuese laudable este motivo, sea cuando tuviesen fundamento para reconocerlo en nosotros, la alabanza por la cual nos lo atribuyéramos no sería menos falsa, para esta alabanza no pertenece sino á Dios.

Jesucristo es tal de esta diferencia para con su propia gloria, como de un argumento para probar á los judíos, que lo que les dice es lo que dice por sí mismo. *Quím dico, hablo de mí propio movimiento, y por mí propia coacción, hago mi propia gloria. Mas el que hace la gloria de aquel que lo ha enviado, es veraz y no hay en él injusticia*⁵.

No quería pues que se creyese en palabras, si podía sospecharse que tuviese por objeto su propia gloria; y solo se atribuye verdad y justicia, en cuanto buscaba únicamente la gloria de su Padre que le había enviado. Mucho tienen aquí para que confundirse todos aquellos que, hablando en nombre de Dios, y en calidad de sus enviados, se sirven del sagrado ministerio como de un medio para adquirir gloria y reputación entre los hombres. No, no es Dios quien les inspira; ellos hablan en su propio nombre. Desde el momento en que aspiran á su propia gloria, ni son verdaderos en sus juicios, ni rectos en sus intenciones. Almas fieles, que deseadis dirigiros únicamente á hombres que os conduzcan directamente á Dios, y que temáis ser engañados en vuestra elección, observadlos con cuidado; y si reparais en ellos alguna inclinación de buscar su gloria personal, creed que Dios inmediatamente caloso de la suya, no los concede mas luzes al su

⁴ Juan. viii. 12.

⁵ Juan. vi. 28.

gencia para que puedan instruíros y salvaros. No quiero decir que no pueda escaparse á su ministro bueno y celoso alguna vanidad, alguna palabra de vanidad; pero jamás tendrá el desigüie continuo de trabajar para su propia gloria; y cualquiera que tenga un tal desigüie, es indodablemente indigno del ministerio del cual hace el mas enorme abuso.

Era Jesucristo tan poco sensible á su propia gloria, que ni aun se aprovechaba para sí de los testimonios que daba de él su Padre. En una ocasion en que dijo públicamente: *Padre mio, glorifica tu nombre*, oyó una voz venida del cielo que decía: *Yo lo he glorificado, y lo glorificaré de nuevo*. Sobre estas palabras dijo á la multitud que le rodeaba: *No para mí, sino para vosotros ha venido esta voz*¹. Con el mismo objeto exigia el sigilo de aquellos á quienes curaba; quería que se diera gracias á Dios y no á él de sus milagros; imponía silencio á los demonios que publicaban sus grandezas; prohibió á Pedro, Santiago y Juan, testigos de su transfiguracion, que hablasen á nadie de ella hasta que hubiese resucitado; reprendió al que, mirándole simplemente como hombre, le llamaba buen maestro, diciéndole: *¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios*; hayó cuando el pueblo, en cuyo favor había multiplicado los panes, quería llevárselo para proclamarle rey; con el mismo objeto, por fin, fué tan distante de toda pompa humana su entrada de triunfo en Jerusalem.

Con mucha razon pone S. Pablo, que tan bien conocia el espíritu de su Maestro, nos asegura que nunca sintió la menor complacencia en sí mismo, y pone en su boca estas palabras del Salmoista: *Los oyentes de las que le ultrajaban pedían Dios mio! vinieron á descargar sobre mí*². Y en otro paraje dice, que Jesucristo no se glorificó á sí mismo por a hacer ponti-

¹ *Joan. vi. 45. 46.*

² *Rom. xv. 3.*

¡Ay, más que ha sido glorificado por aquel que le dijo: Tú eres mi Hijo, el quien hoy he regenerado ¹.

Indicaciones de ahí, pues, cuán injusta, odiosa y abominable es á los ojos de Dios el buscar, sea en lo que fuere, su propia gloria, pues que el Hijo del mismo Dios se lo prohibió á sí absolutamente. Y no obstante, esta es el vicio mas profundamente arraigado de la criatura, sobre el que mas facilmente se ciega, cuya injusticia le es menos conocida y menos sensible; vicio del cual trabaja menos en corregirse, y del cual jamas se desprende hasta el punto de no quedarle siempre algun resabio, ó á lo menos una propension involuntaria. Los que se dedican á estudiar el corazón, captaudo sus mas secretos movimientos, saben que el hombre tiene cierta tendencia á glorificarse en todo, en sus ventajas interiores y exteriores, hasta en las mas vanas y mas frágiles; que esta tendencia es uno de los mas peligrosos escollos de la piedad y de las virtudes interiores, que la tentacion de la vanagloria, de las deferencias á sí mismo, del deseo manifestado ó oculto de la estimacion de los hombres, de la complacencia en sus elogios y en las muestras de respeto que de ellas recibimos, es una de aquellas tentaciones contra las que tienen que luchar mas á menudo, con mas ahinco y por mas largo tiempo; que este es el primer sentimiento que nace en el corazón, y que solo á fuerza de meditarlo y despues de una prolongada habitud se llega á dar á Dios lo que le es debido, y á casi no pensar en sí.

Es tan sutil el veneno de este desdichado vicio, que se insinúa en todo, corrompe todas las virtudes, engendra, cuando á él nos abandonamos, la hipocresia y los demás vicios del espíritu, y viene á ser por fin un mal casi sin remedio. Triste prueba de ella hacen los fariseos, y un ejemplo debe hacernos temblar. A este solo vicio atribuye Jesucristo su culpa de fe y su endurecimiento. ¿Cómo es posible que un

¹ Mate. v. 32.

creáis, les dice, vosotros que andáis buscando solamente amor de obra, haciendo un comercio de ellas, y que no procuráis aquella gloria que de Dios solo procede: ¹ Reflexionad de nuevo lo mismo el evangelista S. Juan, y admirado de que después de tantos milagros como había obrado Jesucristo, no creyeron en él, no alega otra razón, sino que estimaron más la gloria que viene de los hombres, que la que viene de Dios ². No hay peligro en que la gloria amada de Dios produzca vanidad, porque no se concede sino á los humildes y á aquellos que se la devuelven toda entera; y el orgulloso no hace caso de semejante gloria, que no pudiera atribuirse á él. Pero está muy celoso de la que viene de los hombres; la adora, se embriaga de ella, si conoce una deliciosa bebida; y en su embriaguez olvida tan absolutamente á Dios, que se hace un Dios de sí mismo. Arrojemos pues, desarraiguemos este vicio de nuestros corazones, y tomemos las medidas mas eficaces para cerrarle todas las avenidas.

CAPÍTULO LI.

Jesús lava los pies de sus Apóstoles.

La relación que hace S. Juan del lavatorio de los pies, nos lleva todo el preámbulo, es verdaderamente asombroso para quien se detenga en meditarlo. Jesús, dice, sabiendo que era llegada la hora del tránsito de este mundo á su Padre, como habíase amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y cumplida la cena, sabiendo que su Padre le había puesto todo en sus manos, que salió de Dios, y que volvió á Dios ³. ... ¿Qué es lo que anuncia esta preliminar tan magní-

¹ Juan. v. 44.

² Juan. vii. 24.

³ Juan. xiii. 1, 2, etc.

fico, que tiene suspendido el espíritu, y á qué le prepara? Sin duda que le prepara á una estupefacta noticia de parte de Jesucristo, á algún efecto maravilloso de su poder. Esta esperará todo lector no prevenido sobre lo que va á seguir, hasta mas, en cuanto ningún otro pasaje de la vida del Salvador va precedido de un tal preludio.

Mas ¿qué es lo que sigue luego después? *Arrodábanse de la mano, dejó sus sandalias, y tomando una toalla, se la cubre. Esta agua en un lebrillo, y se pone á lavar los pies de sus discípulos, y á esfregarlos con la toalla de que estaba cubierto. Mientras era que san Juan levanta una idea muy elevada de este acto tan bajo en apariencia, para referirlo con tanta separación, sin omitir la menor circunstancia. Es manifiesto que era su intención el impresionar vivamente á los que la leían. Y en efecto; qué humildad tan incomprendible! ¿Una persona divina abajarse delante de sus criaturas hasta llevarles los pies, y cumplir á sus ojos el oficio de un vil esclavo! ¿Nos admiráramos del nombre de Pedro, cuya le revivida en aquel momento le hizo exclamar: ¡Qué! ¿Señor! ¿me á mi lavarme los pies! ¿Y es á mí! Esto lo dice todo. ¿Nos sorprenderemos que se deniegue á tan estruendo tratamiento, y que le diga: No, no fuese me lavaría los pies: no admitir que se rebajara hasta tal extremo? Sabida es la contestación de Jesús, y por cual amorosa venió su repugnancia.*

Si el mas grande monarca de la tierra prestase el mismo servicio al último de sus súbditos, creyérase comprometida su majestad, y costaría creer que está en su sano juicio. Y inmediatamente hablando, se le viera reos. La dignidad real no permite humillaciones semejantes, y el afecto mas justo, el mas bien merecido no pudiera causarlo. Y esto no pasaría sin embargo de un hombre que se humilla delante de otro hombre. Pero aquí es un Dios quien se humilla delante de sus obra de sus manos, y el que, poniéndose mas bajo que al hombre, no cree hacer nada indigno de su grandeza sobe-

mana. Es verdad que es en su infinitísima bondad en la que se abisa así; pero se por esto deja de ser él una persona divina, y la humillación recae sobre la persona, la cual es quien la quiere y la abraza con toda la adhesión de que es capaz.

¿Y quién pudo empujar á Jesucristo en un acto semejante? El amor que en nada se para, que no calcula ni busca su contentamiento, y que es admirable en sus intenciones; el amor impuso este deber á Jesucristo: y ¿quién podría explicar con qué celo, con qué interior alegría lo desempeñó? Que así se hubiese portado con sus discípulos que literalmente le amaban, es ya un prodigio inasombroso; pero que se pusiese á las piés del traidor Judas, que se los lavase y enjugase con tanto afecto y humildad como á los demás, esto es lo que trastorna del todo nuestras ideas, sin repugnar menos á nuestro corazón; sólo de esto era capaz el corazón de Jesucristo.

¿Y en qué circunstancias lava los piés de sus apóstoles? Antes de darlos en comida su propio cuerpo. Estaban ya pobres, como lo dice el mismo, mas no lo eran lo suficiente para participar de esta divina herencia con la santidad que convenia: todos necesitaban ser limpiados de las mas leves manchas; y necesario era que el mismo Jesucristo les purificase. Claramente se deja ver la explicación de esto pasaje en las disposiciones con que debemos acercarnos á la sagrada Comunión. Si percibimos alguna pequeña mancha en nuestra alma, no es necesario por esto volvernos á presentar al tribunal de la penitencia: mas castigámonos de ella con verdadero dolor, y rogámonos á Jesucristo, antes de recibirle, que se digne borrarla con su gracia.

Después que los hubo lavado los piés, y que hubo vuelto á tomar sus vestidos, volviendo ya en la mesa les dijo: ¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Ved como les invita á reflexionar sobre lo que acaba de suceder, y como les llama la atención sobre la instrucción que va á darles. Vednos en

¡Damos Maestre y Señor, y desde luego, porque lo soy. Pero sé yo que soy el Maestre y el Señor en la tierra los pies, vosotros debéis también hacerlos los pies uno á otro. Porque ejemplo se le da, á fin de que sepáis como yo acabo de hacer. ¿Qué razón mas imperiosa y mas urgente! ¿Se puede ser discípulo de Jesucristo sin someterse á ella? ¿Por cual otro motivo mas poderoso podéis engañaros á practicar la humildad con nuestros hermanos? Y pues que era nuestro Señor y nuestro Preceptor, tenía derecho de mandarnos lo que tuviese por conveniente. Ambos títulos le dispensaban sin duda de darnos un tal ejemplo de abstinencia. Mas no nada quiere exigir de nosotros que no haya él antes practicado. Sabes como dudo había de ser para nuestro orgullo este precepto. ¡Humillarse delante de nuestros iguales, delante de nuestros inferiores, hasta prestarles por un principio de caridad los mas humillantes servicios! A esta sola idea nuestro corazón se subleva. Para abate su hinchazón, para conquistarle, nos aboca á nuestros ojos un Persona divina prostrada por amor á los pies de una apóstola, y en este postura misma nos dice: Haced lo que me veis hacer.

Retocómonos á la primera causa, y hallaremos que el orgullo es el que nos impide ser caritativos para con el prójimo, con para con él de manera y costis amabilidad, darle ciertas demostraciones de benevolencia, mostrarnos con él solícitos y eficientes en aquellos pequeños servicios que nada nos costarían, pero á lo que se dedica nuestro orgullo. Nos hacemos una leona de ostentar benevolencia, compasion, generosidad; mas si se trata de manifestar humildad, y de hacer para el prójimo cosas que parecen ser pocas en un lugar inferior á él, sentimos para ello una extremada repugnancia. No es esta decir que no se hagan encontando en el mundo personas, hasta en el rango mas elevada, que se consagran á obras de piedad y de caridad hacia los pobres, los enfermos y los pecas. No ha quedado sin fruto el ejemplo de Jesucristo-

to. Pero sin pretender ahora penetrar en las intenciones, podemos decir que tales obras no siempre van acompañadas del espíritu de humildad que debe caracterizarlas; que si fueren enteramente ocultas, si no llaman las miradas y la atención del público, si para ejercerlas no basta abajarse exteriormente, y fuese necesario añadir abajamientos interiores, muchas menos personas se dedicarían á practicarlas. En menor una virtud muy elevada para cultivar aquí en las disposiciones íntimas de Jesucristo, y para ponerse con los mismos sentimientos á los pies de aquellos mismos á quienes reconocemos por nuestros enemigos. En las casas religiosas, en donde viene el caso de prestarse mutuamente pequeños socorros y pequeños servicios, que supone la humildad y la caridad, ¿qué violencia se es necesario hacerse para cumplir con estos deberes, con franqueza, con cordial generosidad, con respeto á aquellos ó aquellas que no aman á no nos amar, y de quienes tenemos algún motivo de resentimiento! Y esta poca son capaces de semejar la violencia! Mostradme una comunidad cuyos miembros se hallen recíprocamente en esta disposición, y no vacilaré en decir que es una reunión de santos, de perfectos imitadores de Jesucristo. En religión, así como en todo lo demás, hay ciertos puntos en que no se consigue con gusto en ponerse debajo de los otros. Aunque está desterrado de estas aulas el orgullo del siglo, reina con todo un orgullo mas delicado, mas sutil, pronto á ofenderse por la menor cosa. Casi en ninguna parte se practica la humildad por amor á la humildad.

CAPITULO LII.

De la institución de la Eucaristía.

Mas ahora hablaré de la vida Eucarística de Jesucristo, la cual es el mas perfecto modelo de la vida interior. Aquí se trata sino de la institución misma de la Eucaristía, de la cual diré pocas cosas, por hallarse tratada extensamente esta materia en un gran número de obras de piedad.

¿Qué cosa es la Eucaristía? Es un sacrificio y un sacramento, el único sacrificio y el mayor de los sacramentos. Por medio de la Eucaristía Jesucristo renueva, ó si se quiere, continúa y perpetua hasta la fin del mundo el sacrificio de la cruz. El se ofrece, se llama sobre nuestros altares de un modo místico é incremto; pero real, por el ministerio de los sacerdotes. El tributa á su Padre por nosotros, y en su nombre, el solo culto que le es agradable, le adora, le da gracias por sus beneficios, satisface á su justicia por nuestros pecados, nos obtiene de él todas las gracias que necesitamos. Nos es imposible honrar á Dios dignamente por nosotros mismos, recibir acciones de gracias proporcionadas á sus beneficios, obtener, ni aun disponernos para obtener, la remisión de ningún pecado, y merecer la menor de las gracias de que necesitamos. Pero toda esto nos es fácil uniéndonos al sacrificio de Jesucristo, que lleva cumplida y altamente todos estos objetos.

La Eucaristía es el mas grande, el mas sagrado de nuestros sacramentos. En los otros se halla presente por su virtud; en este se halla presente por sí mismo. Allí nos hace partícipes de sus gracias; aquí nos da su carne, y con ella su alma y su divinidad. No podía darnos una preda mas preciosa de su amor, ni contraer con nosotros una mas ínti-

ma union. Es una verdadera extension de la Encarnacion, cuyas efectos nos comunican; y como se él la naturaleza humana está divinizada por la persona del Verbo que se la ha apropiado, así mismo nos diviniza en cierto modo, incorporándose á nosotros. Su carne pasa espiritualmente á nuestra sustancia por medio de la manducacion; se se transforma él en nosotros, á lo que nos transforma en él. Por un prodigio natural los alimentos se hacen parte de nuestro cuerpo; por una maravilla sobrenatural nosotros nos hacemos una parte de Jesucristo, tomándolo como alimento. En una palabra, comunica á nuestras almas y á nuestros cuerpos la misma virtud divina que santifica en alma y en cuerpo.

Para llegar á este invaluable union con nosotros, nada le cuesta los mayores milagros. Este sacramento los sostiene tales y es tan gran alimento, que sobrepasa todo lo mas estopendo y grandioso que ha obrado la omnipotencia divina, de la cual es como el último esfuerzo. Es solamente la obra del amor; y como este amor es incomprendible, lo es también su obra nuestra. ¿Puede mejor expresarse hasta qué punto nos una Jesucristo, que diciendo: El nos da á comer su propia carne, y á beber su propia sangre?

La una nos la da bajo la aparicion de pan, y la otra bajo la aparicion de vino, para darnos á entender, que así como el pan y el vino son el alimento ordinario de nuestros cuerpos, así quiere que su carne y su sangre sean el alimento habitual de nuestras almas. Así es como dice: *Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros* ¹. ¿Y como tendríamos vida en nosotros, no teniendo á Jesucristo, que es la vida, la vida sobrenatural de nuestras almas? Recibimos oficialmente esta vida en el Bautismo por la gracia santificante, á bien la recibimos por el sacramento de la Penitencia. Mas solamente la

1. Juan. vi. 54. 55.

Eucaristía es la dá en su plenitud; y penderíamos lo que tenemos ya, sin la participación del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. El alimento corporal supone la vida; mas aun es necesario á su conservación, la mantiene y aumenta su vigor. Lo mismo hace el pan Eucarístico con respecto á la vida espiritual. Preciso es vivir para comerlo con fruto; pero si se se come, se caerá en la languidez y en la muerte. Así como yo vivo por el Padre, Dios también; así el que me come vivirá por mí¹. El Hijo que lo recibe todo de su Padre, de quien es siempre y actualmente engendrado, ¿viviría si lo recibiésemos comiendo separado de él? El alma que se comunica con el cuerpo de Jesucristo y que se aparta de él, tampoco vivirá. La unidad íntima é inseparable que hay entre el Padre y el Hijo por la generación eterna, se produce proporcionalmente entre Jesucristo y nosotros por medio de la transubstanciación de su carne adorable. Así como el Padre habita en el Hijo, y el Hijo en el Padre, el uno comunicando, el otro recibiendo la sustancia divina, así mismo Jesucristo habita en nosotros por la comunicación de su cuerpo, y nosotros en él por su recepción². ¿La fuerza de estas palabras nos haría tal vez dudar de su verdad? ¡Ah! no dudéis de ella por cierto los santos, las almas intencionales. Si no lo experimentamos así nosotros, es porque no nos acercamos á este sagrado sacramento con las debidas disposiciones, y no ciframos nuestra felicidad en la unión habitual con Jesucristo. ¿En dónde está nuestro amor para con él? No amamos sino á nosotros mismos. ¿En dónde está la conformidad de nuestros sentimientos con los suyos? ¿Queríamos decir que pensamos y jugamos en todo como él? ¿En dónde está nuestro recogimiento, nuestro espíritu de oración? Jesucristo viviendo por su Padre, estaba siempre absorto en él. ¿Estamos nosotros así mismo absortos siempre en Jesucristo desde que co-

¹ Juan vi, 56.

² Juan vi, 57.

mueren á vista? Si esto no es así, muy ilusa y muy lánguida es nuestra vida.

¿Qué mensura escogió para instituir la Eucaristía? El que precedió inmediatamente á su Pasión. Iba á morir, y como un buen padre, tomaba sus últimas disposiciones en favor de sus hijos. ¿Y qué podía dejarles? Nada había poseído en la tierra: hasta sus vestidos, sus únicos bienes, debían repartirse entre los soldados que le crucificaban. Dejan pues á sí mismo á ellos, y todo entra á cada uno de ellos. Así es como testimonia á sus discípulos de su presencia amable que ellos iban á perder, y á nosotros, que no hemos disfrutado de ella, no nos dejará; su amor no se le perdía: le poseeremos bajo el velo de la fe; mas haremos que verle, le contememos no una vez, sino todos los días de nuestra vida, si de ello somos dignos, y si correspondemos á sus fines. El amor solo, por el amor llevado hasta su último exceso, podía sugerir semejante modo á un Hombre Dios.

Debemos por fin añadir á la institución de la Eucaristía la circunstancia de cenar, única comida que hacían los antiguos en común, y que por esta razón se llamaba *cena*. Sin hablar de la cena que hizo escoger á Jesucristo la circunstancia de la comida solemnísima del cordero pascual, me permite á observar que, siendo una señal de unión entre los hombres el comer juntos en una misma mesa, la intención del Salvador, dando en la misma mesa su cuerpo á los apóstoles, fué, que los fides mirasen este sacramento como el mas poderoso motivo de la caridad que debe reinar entre ellos, y el medio mas eficaz de conservarla. Por esto en la primitiva Iglesia la celebración del sacrificio, cuya participación tenía cada cristiano como un deber, era seguida de un banquete ó comida que en comun celebraban, grandes y pequeños, ricos y pobres, señores y esclavos de distinción, y que se llamaba *agape*, es decir caridad. Así era que se unían amar hacia la edificación de los paganos. La caridad es la verdadera en-

en los cristianos á medida que ha sido menos frecuente el uso de la comunión.

Mucho tiempo hace que se procura con tanto empeño buscar métodos para oír Misa y para conseguir devotamente. Jamás se hallaría propio método que solo en los libros se busca. En el altar es donde ha de hallarse este método, y los libros solo son buenos en cuanto contribuyen y todo el tiempo que contribuyen á fijarlo. Porque en nuestros primeros años nos hemos valido para estos dos grandes actos de un libro de oraciones, ¿debemos siempre recurrir á él, y no apoderar jamás á nosotros sin él? He aquí el método mejor que yo conozco, y lo tomo de la naturaleza misma de la Eucaristía.

Considerándola como sacrificio, Jesucristo se ofrece en ella á su Padre, y nos ofrece á nosotros con él. Bastante nos dice con esto qui se intenten nos sino acirnos á esta ofrenda de él y de nosotros, y hacerla en las mismas intenciones, y con las mismas disposiciones que él. Sea intenciones y sus disposiciones ya las conocemos. Apropiémoslos no por una multitud de actos distintos, sino por un acto muy sencillo y muy íntimo. Roguémosle que nos la conceda, y en seguida permanecemos en un santo recogimiento; y déjase á su gracia el cuidado de ocuparnos durante la celebración de los santos misterios. Todo lo que él nos pida es no llevar allí pensamientos profanos é extraños del objeto; no distraernos vulgarmente ni dejémosnos extraviar por nuestros sentidos y por nuestra imaginación: él cuidará de lo demás, si en él ponemos toda nuestra confianza. Seguro estoy por experiencia, que si al empezar la Misa dijésemos con sencillez y del fondo de nuestro corazón: Señor, haz que ante el rostro de tu sacrificio de una manera digna de una, pero yo soy incapaz por mi mismo, sintiéramos los efectos de nuestra fe y de nuestra humildad; Jesucristo obraría en nuestra alma, la convertiría en un silencio de respeto y de amor, y saldríamos con

una impresión de gracia, que nos sería fácil mantener en todo el resto del día.

Si consideramos la Eucaristía como sacramento, Jesucristo se nos da en ella con toda la plenitud de su amor. Démosle pues á él de la misma manera con rectitud y sinceridad. El amor es de Dios de unirse á nosotros: unámonos nosotros en los mismos deseos de unirse á él. Sea delicias con él estar con nosotros; hagamos nosotros nuestras delicias de su presencia. No hay necesidad de tantos actos para esto, basta que sea tal nuestra interior disposición. Si no nos hallamos con ella, rogámonle que nos la conceda, pero sencillamente y sin tantos esfuerzos: humilémonos con delicadeza, y confiadmonos de hallarnos tan íntimos é indiferentes. Sea nuestra preparación el suplicarle que él mismo nos prepare. ¿No le hará el mejor de lo que pudiéramos hacerlo nosotros con todos nuestros métodos? ¿Por qué nos descomulgamos en él? Sea nuestra acción de gracias dejarle obrar en nosotros como sea de su agrado. Si quiere actos ya nos los regalará; ya no veo que haya de haber otro por nuestra parte, sino adorarle y amarle del fondo del alma, sin decirle nada más. Pero queremos obrar por nosotros mismos, queremos sentir, nos precipitamos, nos movemos, nos agitamos para él, y no pensamos que se viene de nosotros la verdadera devoción, que se mantiene esperarla con confianza y humildad, y no desmarla para él por amor propio. Queremos quedar contentos de nuestras oraciones, cuando solo debiéramos procurar excitarse á Jesucristo. En su satisfacción hallaríamos la nuestra; pero de una manera mas sólida, mas elevada, mas excelente, cual se podemos creer.

La asistencia al santo Sacrificio y el recibir la Eucaristía según el método que acabo de proponer, por el cual haciendo nosotros poco, dejaríamos hacer mucho á Jesucristo, dispondría las almas á la vida interior; y una vez hechas interioristas, desempeñarían con dignidad y grande provecho capi-

ritual estas dos principales actos de la religion, sin otra utilidad de su parte que abandocaros á la operacion del Espíritu Santo, y seguir sus movimientos.

CAPÍTULO LIII.

Pasión de Jesucristo ordenada por Dios.

NO es mi propósito extenderme aquí sobre las diversas circunstancias de la pasión de Jesucristo. Esta asunto se hallará minuciosamente tratado en muchas obras, y particularmente en la tan conocida bajo el título de *Padecimientos de Jesucristo*. Me detendré tan solo en los principales puntos que manifiestan mejor sus disposiciones interiores, y que se nos proponen especialmente para nuestra imitación.

Desde el principio de su vida pública el Salvador se atrajo la envidia y el odio de los fariseos, de los sacerdotes y doctores, que no podían sufrir su doctrina, y aun menos su conducta, en la cual hallaban su condenación. No tardaron en formar el designio de hacerlo morir; y al mas presto se le ejecutaron, así porque se había llegado la hora.

Dios había previsto desde la eternidad aquella malicia y ceguedad de los judíos, y en consecuencia de esta previsión tenía ya ordenado todo cuanto debía padecer su Hijo para su gloria y para la salud del género humano, que había hecho avanzar por medio de sus profetas. Esto es lo que dice San Pedro en formales palabras en su primer discurso á los judíos: *A Jesús delado á vuestro archirre por una falsa aseveración de la voluntad de Dios, y decretado de su provisión, vosotros le habéis hecho morir, clavándole en la cruz por mano de los impíos*¹. Vosotros nada habíais podido contra él por vosotros

¹ Act. ii. 23.

mismo. Mientras fue que Dios se le entregase, y conociendo de antemano vuestras intenciones perversas, había resuelto permitirlo así, porque sabía una grande obra debía sacar de tan grande crimen. Resueltos los Jefes en la súplica que hicieron á Dios, después de la amenazadora prohibición que el consejo de los judíos había impuesto á los apóstoles de anunciar á Jerosolima al pueblo, se expresan así: Herodas y Poncio Pilato, con los gentiles y los tribus de Israel, se encomendaron en esta ciudad contra tu santo hijo Jesus, á quien enviaste para ejercitar lo que tu poder y providencia determinaras que se hiciera *. Por esta S. Padres en su segundo discurso á los judíos, atribuye al mismo Dios el cumplimiento de lo que había prometido por boca de todos los profetas, en orden á la pasión de su Cristo *. Los judíos no tenían otra mira que la de satisfacer su envidia y su furor, sin penetrar en las miras profundas de Dios, que se servía de sus pasiones como de un instrumento para cumplir sus propios designios. No es poco de admirar que Jesucristo dijese á los judíos que le permitieron: *Esto es la hora nuestra y el poder de las tinieblas* *. Hasta ahora no habéis puesto la mano sobre mí, aunque tan fácil es esta el hacerlo, porque no había llegado aun el momento señalado por mi Padre. Ha llegado ya: obrad libremente contra mí, de concierto con los espíritus infernales; mi Padre os lo permite. Ni tampoco debe sorprendernos que respondiese á Pilatos, cuando éste hacía valer el poder que tenía de crucificarle ó de enviarle absuelto: *No tendréis poder alguno sobre mí, sino lo que es dado de arriba* *. En el ejercicio de la voluntad no veo sino la de mi Padre, y á ella me sujeto. Ni que dijese á los discípulos de Emaús: *¿No está escribiendo*

* Act. iv. 27-28.

* Act. xiii. 46.

* Luc. xxi. 33.

* Juan. xix. 11.

que el Cristo padeciese todo esto? ¿Y por qué ora convenientísimas? ¿Por qué tal vez los judíos estaban encarnizadamente resueltos á perderle, y que no podía escaparles? No: muchas veces los había ya escapado; y en el momento mismo de su crucifixion solo tenía, como lo declara el mismo, que rogar á su Padre, el cual hubiera enviado á su socorro mas de doce legiones de ángeles; sino porque su Padre le había preparado este cielo, que él estaba resuelto apenas hasta las bocas.

Era de la mayor importancia el fijar bien esta parte, que es una de las principales claves de la Escritura, sin la cual no pudiera tomarse de ella una plena inteligencia, y la cual nos descubre y descubre toda la serie de los designios de Dios sobre Jesucristo. Nada sucedió por acaso; todo fué previsto, todo concertado. Era preciso que él fuese el Mártir de la verdad y de la caridad; que señalase con su sangre la religión que venia á establecer; que el mas insignificante beneficio fuese pagado con la mas negra ingratitude, y que con este se levantase á un soberano grado de excelencia, que sin esta circunstancia no hubiera tenido. Decretado estaba en los consejos de Dios, que el Hijo de Dios le daría la mas grande gloria que podese darle; y para esto era necesario que se pasase fuese lo que fué en la reunión de todas sus circunstancias: un desmembramiento de la tabla de los deberes y de las pasiones humanas; un conjunto de padecimientos y de humillaciones excesivas; una traición, una negacion, un abandono de la parte de sus apóstoles; y sobre todo un abandono interior de parte de su Padre, que descargaba sobre él como sobre el mayor de los criminales, todo el rigor de su justicia. Así se decidió, crimen el mas enorme que pudiera cometerse, dió lugar á los actos de la mas sublime virtud, y al mas perfecto homenaje que la majestad divina hubiera podido jamás recibir.

De ahí se sigue una verdad, que es de una grande exten-

ción es la moral y de la mayor consecuencia, el que nosotros en la práctica nos hallamos de ella íntimamente convencidos. Esta verdad es, que el pecado, que Dios no quiere, pero que prevé y permite, entra en el plan de la Providencia, y sirve para el cumplimiento de sus designios, para su gloria, para el adelantamiento de su Iglesia, y para nuestra propia perfección: que el pecado redanda en gloria de Dios, del cual se vale para la manifestación de sus atributos, de lo cual es la mas relevante prueba la pasión de Jesucristo. Si la santidad de Dios fue ultrajada por el pecado de los judíos, ella brilló con todo su esplendor, porque un Hombre Dios padeció para hacerle una reparación solemnísima de todos los ultrajes que aquella ha recibido por nuestros pecados. Si parecía ofendida su justicia por los indignos tratamientos hechos al mas inocente, al mas santo de los hombres, de otra parte ella ejerce todos sus derechos, ella se vinda y se satisface plenamente sobre este codardo sin mucha dificultad en hacer castigo, y que se constituyó fiador por las deudas insolvibles. Si su misericordia aparece como sofocada sobre el Calvario, en donde Dios parece que abandona y descomete un propio Hijo, desplégase con todas sus riquezas en el perdón que por motivo de él concede generosa y gratísimamente al género humano, que de él era indigno. Si nos parece aun que la santidad divina ha como fallado á su dignidad, viendo á Jesucristo expiar en la cruz, y sucumbir bajo el poder del infierno y de la muerte, aguardemos un momento, y esta santidad se mostrará con toda su luz, cuando veamos á Jesucristo triunfar por su resurrección gloriosa, del diablo y de la muerte, é insultar al uno y á la otra diciéndoles: ¡Oh muerte! ya he de ser la muerte tuya: así tu destrucción, ¡oh infierno! esto es, ya te arrasaré la presa. ¿De qué pecado se sacará Dios su gloria, habiéndola sacado del de los judíos? No puede fallarle este fin, ora sea en esta

mundo, ora en el otro. Seaque para colmar por la gloria de Dios, procurémosla de esas mismas cosas sea posible; mas no nos inquietemos por ella, como si pudiésemos dárle la suficiencia de los hombres. Todo pecador que se quiere glorificar en esta vida en misericordia, glorificará en la otra en justicia.

A vista de los escudelaes que suceden en la Iglesia, y que hacen como vacilar nuestra fé, acordémosnos tan solo de que aquella es la esposa de Jesucristo, que la adquirió con su sangre, y que la esposa debe participar de la suerte de su esposo. Es necesario que ella glorifique como él á Dios por sus sufrimientos, después de los cuales Dios la asociará á la gloria de Jesucristo. Y aun en este mundo, todos los males que ha sufrido, han redundado por fin en provecho suyo. Seguid su historia, y veréis que las persecuciones sirvieron para establecerla: que las herejías han afirmado su fé; que dones han caído y ella ha quedado en pie; que lo que ha perdido por un lado le ha ganado por otro; y que en las regiones y en los tiempos en que se menor el número de sus hijos, son dones mas fervorosos y mas edificativos. Lo que pasa hoy dia en Francia (*), parece anunciaros la ruina de la Iglesia en este reino y en toda el resto de la Europa. Recordemos las promesas que á la Iglesia se la hicieron, y sin darnos peso por el modo con que Dios las cumplirá, creámonos firmes como que será fiel á ellas, como lo ha sido en otras épocas las mas horribles. Los elegidos serán puestos á prueba; pero ninguno de ellos perecerá. Terminante es sobre este punto la palabra de Jesucristo.

Desde que alguno se entrega á Dios de un modo especial, está expuesto á sufrir mucha de su prójimo: contradicciones, calumnias, injurias de toda especie, no solo de parte de los perversos, sino aun de parte de las gentes de bien, ó de las que pasan por tales. ¿Y por qué admirarnos de esto, cuando

(*) El malor sentida en la época de la revolución.

Jesucristo fué la víctima de los falsos devotos sentados en la ciudad de Mérida? Cuanto acontece, está previsto por Dios, el cual lo permite por parte de los autores del mal, cuyas consecuencias quiere también que nosotros suframos. Así lo ha dispuesto todo para su gloria y para nuestra santificación; y se cumplirá sus designios, si nosotros tomamos á Jesucristo por modelo de nuestros sentimientos y de nuestra conducta. El objeto que él se ha propuesto no puede faltar como no sea por culpa nuestra; y los pecados de los demás, hijos de perjudicar á nuestra perfección, contribuirán á ella si queremos: su pérdida será nuestra salud; ¿que puede darse de mas considerar?

En fin nuestros propios pecados, cuyo recuerdo tan á menudo nos desalienta y nos espanta, pueden en las manos de Dios convertirse en un medio de utilidad: con solo esto objeto los ha permitido; quiere de ellos hacer la materia de sus grandes misericordias; quiere que sirvan para humillarnos, para desconfiar de nosotros mismos, para redoblar nuestra confianza en él, aumentar nuestro amor y nuestro reconocimiento, hacernos capaces de los mayores esfuerzos de virtud, ya para expiarlos, ya para repararlos. Sin hablar de los ejemplos de tantos grandes Santos que fueron pecadores, ¡cuántos judíos que habian tomado parte en la muerte de Jesucristo, se convirtieron despues, y formaron la Iglesia de Jerusalén, la mas perfecta de todas! ¿Creeremos que un amorso arrepentimiento no habiese contribuido infinitamente á su santificación? ¿Por qué no habrá de ser así con nosotros, si despues de nuestros extravíos hemos vuelto, ó volveremos dignamente á Dios? Es un gran peccador á quien hay por lo comun menos distancia, que de una vida libre á una vida fervorosa. Todo depende de la rectitud y de la generosidad del corazón, y de la correspondencia á la gracia. Es un mal grave el obedecer á Dios, pero de nosotros depende que este mal nos sirva de un bien imponderable.

CAPITULO LIV.

Jesucristo sacrificó su vida porque el mismo lo quiso.

Huicna faltado al sacrificio de Jesucristo la parte mas esencial, si no hubiese sido voluntaria libre y voluntaria. El era dueño absoluto de su vida, nada debía á la muerte, que no entró en el mundo sino por el pecado; y como su union con la Divinidad hacia su humanidad impasible, la hacia tambien inmortal. Siendo exento de la muerte, lo era tambien del dolor, y su cuerpo no podia ser presa de él sino en cuanto fuese de su beneplacito. Por lo que toca á humillaciones y oprobios no los merecia por ningún título, antes bien era digno de toda honra y de toda gloria, pues la persona del Verbo elevaba su alma y con su carne á un rango incomparablemente superior al de los espíritus bienaventurados.

Fue por voluntad, porque el mismo lo quiso, como dice el Profeta ¹. Ni tampoco era necesario que se sujetase á la muerte ni á género alguno de tormento y de ignominia para reparar la gloria de su Padre, y para rescatar el género humano; para esto bastaba una oracion, una lágrima, un suspiro, una expresion de su deseo. Lo que hizo de mas, lo hizo de su plena voluntad por amor á su Padre y por amor á nosotros; y esto es lo que ha hecho su obediencia infinitamente preciosa á los ojos de Dios, y lo que debe hacernos infinitamente amados. Mi Padre me ama, dice el mismo, porque doy mi vida para tomarla otra vez. Nadie me la arrebató: sino que yo la doy de mi propia voluntad, y soy dueño de darla, y dueño de recibirla; este es el mandamiento que recibí de mi Padre ².

¹ Isai. liii. 7.

² Juan. x, 17. 28.

Como si dijere : no es una orden la que me ha dado, sino un simple deseo que me ha manifestado. Me ha dado á conocer que esta sería su beneplácito, y yo le he consentido de todo mi corazón. Por este motivo me una con tanta ternura, porque mi obediencia es un puro efecto de mi amor para con él.

Almas interiores ¡qué enseñanza os dá aquí Jesucristo! Hay muchos puntos de moral evangélica que son solamente de consejo y de perfección, hasta la vida interior con las prácticas que le son propias es de este género. Puede uno avanzar, y llegar á un cierto grado de santidad, sin alcanzarla. Mas desde el momento en que Dios nos la presenta atractiva, desde que nos llama á ella, ¿no es suficiente su invitación para su alma que profiere á todo el beneplácito divino, y que se propone imitar á Jesucristo en lo que tiene de mas excelente su condición? ¿Amará Jesús á Dios como debe amarlo? ¿Mercedará ser de él especialmente amado, si le abandona la vista de las penas, de las aflicciones, de las dificultades, si dice entre sí: esto no es sino un deseo de Dios, no es una orden expresa : yo no corro peligro en mi salud aunque rehúse seguir la gracia que me llama? Dejemos este lenguaje y esta conducta para las almas flojas é interesadas, que se quitan renunciando para agradar á Dios, y que le sirven mas bien como un amo cuyos castigos temen, y de quien esperan un salario, que como un padre á quien se obedecen por afecto y con solo la mira de complacerle. Felicitémonos, al contrario de haber tomado este último partido, tan digno de Dios, tan conforme al ejemplo de Jesús, tan ventajoso de todos modos para nosotros; y tributémosle continuas acciones de gracias de habérnoslo inspirado y ayudado á alcanzarlo.

En los mismos sentimientos deben estar las personas á quienes Dios ha llamado al estado religioso. Lo que forma el principal mérito de la obligación que imponen los votos

religiosos, en el ser libre; y el que Dios, diéndoles la vocación, no deja la elección de responder ó no á ella. No negaré que se sienten muchas veces de motivos tomadas de nuestro propio talento, del temor de perdernos en el mundo, del deseo de asegurar la salvación. Pero casi siempre el amor á Dios es el que decide y determina la voluntad: y por poco que se libren después los deberes propios del estado por espíritu interior, el amor se convierte al fin en motivo dominante. Así que, el sacrificio que se hace consagrándose á la religión, se acerca mas ó menos al sacrificio de Jesucristo, según las disposiciones que á él nos llevan; y es un verdadero sacrificio, porque es voluntario.

Pero el sacrificio que mas se parece á la pasión del Salvador, es el de ciertas almas escogidas sobre las cuales tiene Dios sus particulares designios, y á las que quiere hacer pasar por grandes pruebas. Después de haberlos puesto en el camino una voluntad firme y generosa de ser eternamente ayes, los preparan durante algun tiempo. Tiene el instante en que declarándoles sus designios, les muestra la cruz de que quiere cargarlas, y pide su consentimiento, que por lo común les cuesta dar. Aceptan por fin la cruz, á pesar de todas las repugnancias de la naturaleza; y si son fieles, llevan la dicha de expiar en ella, á lo menos en sentido moral, por una muerte total á sí mismas, que va seguida de una milagrosa resurrección, por la cual entran en una nueva vida. Este sacrificio suele ir acompañado de cruces exteriores, tales como padecimientos corporales, maltratos, calumnias, desprecios y humillaciones de toda especie. Algunas veces se son los hombres sino los demonios los ejecutores, que atormentan al cuerpo y al alma. Como todo esto ha sido propuesto y aceptado de antemano, á la menor en conjunto, estas almas tienen algun derecho de decir como Jesucristo: Que el Padre las ama, porque se han sacrificado voluntariamente, dejándose inspirar al gusto de Dios como víctimas, sin abrir la bo-

ca para quejarse, y permaneciendo quietas sobre el altar hasta la completa consumación del sacrificio.

CAPÍTULO LV.

Apenas de Jesucristo en el huerto de los Olivos.

La pasión de Jesucristo empezó por su interior; y lo que allí principia á ella pasó entre su Padre y él en el huerto de los Olivos. Apenas habia retirado en él con una discípulo, y se habia retirado solo para orar, cuando se sintió poseído de terror, de disgusto y de una tristeza mortal, como lo declaró á los tres apóstoles Pedro, Santiago y Juan, conjurándoles que velasen con él, como si tuviera necesidad de su asistencia. La plática que acababa de hacer después de la Cena, en la que parecía como transportado, en una prueba manifiesta, sin hablar de los demás motivos, que aquellos movimientos tenían un principio sobrenatural; y que la fuerte impresión que le causaba, solo provenia del abstinente en que se hallaba entonces su santa humanidad, no sostenida ya escabablemente por la Divinidad; abstinente, que él sintió porque quiso, y hasta el punto que quiso. Héle aquí pues, temblando y temblando delante de sus apóstoles, al que tantas veces les habia confortado. ¿Es la imagen de su próxima muerte la que le pasa en tal estado? De cualquier otra sería natural pensarlo así. Mas ¿cómo creerle de aquel que habia prevenido á sus discípulos contra los angustias y la muerte que tenían que sufrirles de parte de los hombres, y que les habia dicho que no debían temerlas? No, no fueran la causa de tan violentas impresiones los tormentos y las agonías que iba á sufrir. El los habia siempre deseado; él aspiraba por este momento, y lo veía acercarse con alegría. La tristeza

divina que manifestó en el decoro de su pasión, prueba clara superior aun á todo cuanto padecía.

Resquemos para otras causas de los movimientos que se levantaban entonces en su alma y que le agobiaban con su peso, de aquel terrible combate que tuvo que sostener, y de la agonia cruel á que se vio reducido, hacia tener necesidad de que un ángel descendiese del cielo para alentarle, de aquel resaca de sangre que agrasándose en gólos, caía hasta el suelo. En primer lugar, todos los pecados del universo que él tomaba como suyos, se presentaban á su espíritu con mayor fuerza que hasta entonces; dolores vivamente comunicados por su número y por su enormidad, y consorcio de ellos un dolor y una confusión proporcionados, sometiéndose como un criminal al castigo que merecían. En segundo lugar, representó á su Padre armado contra él de todas sus venganzas, apartando de él los ojos, y no arrojándole sino miradas de indignación, levantando el brazo para herirle, y tratarle como un objeto de maldición. En tercer lugar, representóse también la ingratitude de los hombres, para quienes su pasión sería inútil á motivo de una repulsa mas espantosa. Nada digo de las otras penas que tan sensibles fueron á su corazón. Batíanse aquellas para hacerle aspirar mil veces, si por un efecto de su omnipotencia no se hubiese contenido y no hubiese conservado su vida hasta que todo quedase consumado.

Tan débil, tan agotado de fuerzas como estaba, pasó cerca de tres horas en oración, no interrumpiéndola sino para ir á despertar y rendirle á sus discípulos dormidos. Prostrábase, pegada la faz contra la tierra, y dice: Padre mío, si es posible, apartese de mí este cáliz. No obstante, no se cumple mi voluntad sino la tuya. Lo mas amargo que tenía este cáliz, lo que derramaba en amargura sobre todo lo demás, era el abandono de su Padre. ¿Cómo consentir en ser abandonado de un Padre único á quien llamamente amaba, que había

puesto y podía aun en él sus complacencias, aunque pareciera que las había retirada del todo? Menester fuere conocer y amar á Dios como lo conocía y amaba Jesucristo, para sentir cuanto pena debió costarle el resolverse á morir en semejante abandono. A ello se resolvió por fin, pidiendo cada vez que estaba, que se cumpliera la voluntad de su Padre y no la suya. Observa además S. Lucas, que en la violencia de su agonia rugaba con mas ardor.

Solo por la expresion de las pruebas interiores se puede formar alguna idea de la agonia del Salvador. Por buena voluntad con que uno se haya consagrado á Dios, y haya aceptado todas las penas que le agradará enviarle; cuando estas penas han venido, y llegan hasta cierto punto; cuando de otra parte no lo sostiene un cierto ardor que anima, y se siente ya, si aun percibe la operacion de la gracia, aunque ella obra siempre; entonces es indispensable que entre en una especie de agonia causada por un levantamiento general de las pasiones y por la rebeldia de la naturaleza, que no puede mirar sin horror su destruccion. Dios nos hace pasar por las penas estado para humillarnos profundamente, y convencernos de que nuestra fuerza no viene sino de él solo. En tan violenta crisis, en que nos parece que desechamos con horror aquella cruz que con tanto amor habíamos abrazado, y en que somos presa de horribles tentaciones contra Dios; no debemos creer que dejamos de estarle sometidos, cuando le decimos: ¡Dios mio! si es posible, aced que este caliz se aparte de mí; con tal que alcancemos como Jesucristo: No obstante, cúmplase vuestra voluntad y no la mia. En estos momentos hay dos voluntades en el hombre: la una de la naturaleza, que es infirma, y mas bien un ciego instinto que una voluntad; la otra de la gracia, que puede llamarse una voluntad superior, que se adhiere al beneplacito de Dios, del cual no quisiera separarse por cuanto hay en el mundo. No siempre se percibe distintamente esta voluntad superior, por-

que no se hace sensible, ni puede reflexionar sobre sí misma, lo cual sería ya un apoyo. Mas lo que prueba que existe realmente en nosotros, es nuestra constante é invariable fidelidad; y que si se nos propusiera el mas ligero alivio á nuestra cruz, lo desechariamos sin vacilar.

Quiso probar Jhericristo este estado de flaqueza y de apartarse trahernos, para enseñarnos á no caer en el desaliento cuando pasemos por aquel estado, ni temamos que Dios se olvida por él. No, no se olvida Dios por esto, antes él es quien nos lo proporciona, para enseñar el poder de su gracia, y hacernos perder toda confianza en nosotros mismos. Quiso también probarlo Jhericristo, para que su propia experiencia le hiciera mas compasivo con nuestros males, y mas inclinado á socorrernos. S. Pablo es quien lo dice en su carta á los Hebreos ¹.

No nos atorremos pues por los clamores de la naturaleza, ni por la rebeldía de las pasiones: este combate se dura sino por algun tiempo, y no sin plena resignacion como aquellas otras afecciones. La paz interior del alma no se resiente de esta borrasca; y aun mientras dura se hace sentir por intervalos. Si no podemos tranquilizarnos por nuestros mismos desconsuelos á la vez que en la decision de un sabio director que tiene luz y gracia para juzgar de nuestras disposiciones, y que, no hallándose turbado como nosotros, está en mejor estado de dar con acierto su juicio. sometamos á nuestro espíritu, oremos, obedezcamos, y saldremos aminorados de esta tempestad. Si á ella caen tambien algunas almas por ignorancia, ó por una direccion equivocada, es infinitamente mayor el número de las que pierden el aliento, ó se descomponen por haber caído por sí solas, ó por una temeraria adherencia á su propio sentido.

¹ Ebr. x. c. 12.

CAPÍTULO LVI.

Traición de Judas, y delators de Jesucristo.

Una de las penas que mas doloró Jesucristo, debió ser sin duda la traición de Judas, por la que empezó su Pasión. Los judíos querían apoderarse de él, pero en un momento en que se encontraba rodeado de la multitud, porque tenían al pueblo, que le miraba como profeta. Ofrecióse Judas á ponerle de noche en sus manos, por una pequeña cantidad de plata; y ejecutó su infame designio con una turba que se le había dado de hombres armados de espadas y de palos, como si se tratase de prender un ladron. A fin de que no se perdiesen entre las tinieblas, debía él adelantarse hacia Jesus, saludarlo y besarle: tal era la señal convenida.

Nunca será bastante considerada la crueldad y delcra de que usó Jesucristo con aquel traidor, ya antes de cometer su crimen, ya en el momento de cometerlo, ya despues de cometido. Desde un principio, y antes aun de escoger á Judas para uno de sus apóstoles, sabía que seria traidoramente entregado por él, y no le admitió nunca en su compañía y en su íntima familiaridad, ni se aplicó nunca á instruirlo y á formarle en el ministerio evangélico, manifestándole bondad y hasta una particular confianza, recargado á su custodia el dinero que recibía para su subsistencia y para la de sus discípulos y de los pobres. A mas de las señales exteriores de amistad que le daba, se puede deducir que por medio de su gracia se obraban poderosamente en su corazón. Con esta misma se lo dejó ignorar que él conocía sus malas disposiciones. ¿No voy yo el que os escogi á todos doce, decía en una ocasión á sus apóstoles: y con todo uno de vosotros es un diablo? ¿Qué

impresión no debió hacer á Judas esta palabra? En la última Cena le lavó los pies como á los demás apóstoles; y hasta, según el común sentir de los santos Padres, y mejor apoyado sobre el relato de los Evangelistas, le dió su cuerpo á comer, y su sangre á beber. Entonces fué cuando por la última vez probó denunciarle de su crimen. Esperó diciendo que él oíría á los que había escogido, pero que era necesario se cumpliese la Escritura: *El que come el pan conmigo, levantará contra mí su calcañar*⁴. Y un momento después se burló en su oración con el pensamiento del crimen que Judas estaba á punto de cometer, y protestó con su acostumbrado juramento: *En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me hará traidor*. La consternación de los demás apóstoles, el temor que tenía cada uno de ellos de que en la locura esta predicción, le pregunta que sobre el particular hicieron á Jesucristo con el mayor sobresalto, la imprudencia de Judas en hacerlo la misma pregunta, todo demuestra que hasta entonces nada había dejado escapar el Salvador que pudiese hacer entrar en sospecha. ¿Cuál estaba la del pécador? ¿Y por qué entonces que solo él podía impedir? Verdad es que Jesús respondió seris él, pero fué tan secretamente que los demás no lo percibieron. Solo le indicó á Juan, que reposaba entonces en su seno, diciéndole en voz baja: *Será aquel á quien yo daré pan mojado*. No habiendo este último favor olvidado el corazón de aquel pariente, díjole Jesús: *Lo que pienso hacer, hasta cuando oírás: palabra que los demás no comprendieron, y después de la cual Judas salió*.

Algunos horas después, cuando vino con su torcha al huerto de los Olivos, se acercó á Jesús diciéndole: *Dios te guarde, Maestro*⁵, y le besó. No rehusó Jesús su beso, y con una dulzura incomparable le dijo: *Amigo, ¿á qué vienes?* Judas,

⁴ Juan. xiii. 18.

⁵ Math. xxvi. 48.

con un beso entregar al Hijo del Hombre *! ¿Qué otro corazón sino el de Judas hubiera podido resistir á estas palabras?

El día siguiente, Judas vino á Jesus acompañado, arragante de la haza, restituyó las treinta monedas de plata que habia recibido á los principales de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: Yo he pecado, pues he vendido la sangre del justo †. ¿Quién sino la gracia de Jesucristo le inspiró este arrepentimiento? Pronto estaba todavía en usar de misericordia con este desdichado, y se la hubiera concedido, si la enormidad de su crimen no le hubiera precipitado en una horrible desesperación que le llevó á suicidarse. Hé aquí una imagen fiel de la que Jesucristo hace una y todos los días para salvar á los mas grandes pecadores que se obstinan en su perdición, á la cual los atrae el horrible desespero.

La sensibilidad es una de las mas excelentes calidades del alma; pero así como es la fuente de una mas íntima pena, lo es también de una mas postrante pena. Cuando es excitada por el orgullo ó por el amor propio, qué vivo, qué durable resentimiento se produce por ciertas injurias, por la atrocidad de ciertos procedimientos! ¿Y cuán difícil se hace en perdón! Jesus sentía mas vivamente de lo que podía sentir hombre alguno la fealdad de la traición de Judas; mas no se mostró de ella sensible por el propio, aunque en ella iba nada menos que su vida; solo fue sensible á la ofensa de su Padre, y á la pérdida de aquel infeliz, de quien declaró, que mas le hubiera valido el no haber nacido. El Hijo del hombre, dijo, se marchar mas; es de aquí por quien fuere entregado al Hijo del hombre ‡! Como si dijera: conociendo yo anticipadamente la muerte que voy á sufrir, la acepté; no lamento pues por mí el menor sentimiento; solo deploro la desdicha de aquél que me entregará.

* Luc. xxi. 37.

† Matth. xxvi. 25.

‡ Matth. xvi. 21.

Cuando el alma se ha entregado totalmente á Dios, y lo-
cualquier que tenga con él una especial semejanza, de-
be prepararse á sufrir de parte de sus amigos, de sus confi-
dentes, de sus hijos espirituales, injurias y trances.
Mas Dios le predispone á ello muy de antemano por su gra-
cia; y en la pena que por ello siente, le quita insensiblemente
todo retorno á sí misma; de manera, que no considera es-
tos males procedentes sino por el lado de Dios, y de las
personas culpables de ellos. No tiene pues la menor dificul-
tad en perdonarlos, en rogar por los mismos, en prestarles
buenas oficio, y en dadas señales de amistad. A este grado
de perfección llega, cuando por una serie de pruebas y de
sacrificios, ha quedado extraordinariamente debilitado y casi
extinto en ella el orgullo y el amor propio. Al mirar un
sermón y un lenguaje continente, se le creyera insensible;
pero nada mas distante de ello; la gracia no borra la sensi-
bilidad, antes al contrario la torna mas delicada y perfecta;
pero la deriva de nuestro propio interés, y no la aplica sino
al interés de Dios y al del prójimo. ¿Para qué ser sensible, á
lo que, segun los principios de la religion, no es un mal para
nosotros? ¿Y cómo no seria á lo que es una ofensa para Dios,
y para el prójimo una terrible desgracia?

El camino de los cristianos vive apenas que pueda llegarse
á las perfectas disposiciones; y es porque refieren á sí mis-
mos toda su sensibilidad, siendo para ellos el amor de los
enemigos y el perdón de las injurias el punto mas difícil de
la moral cristiana. Algunos llegan hasta tenerla por imprac-
ticable, y en efecto así lo es para ellos en el momento de la
herida. Mas no fuera así, si hubiesen á su tiempo crecido
la necesidad de hacerse interiores, y de domar el orgullo y
el amor propio. Los devotos de moras prácticas, y las perso-
nas de espíritu falso, que se estiman al amor sólo á sí mis-
mos, son aun mas sensibles en estas ocasiones, que los cris-
tianos ordinarios; y no se necesita que sean víctimas de una

traicion como la de Joán, para abrir en su corazón una llaga incurable.

Los que aspiran á la perfección, los que por su carácter ó por la profesión que han abrazado están obligados á dar el ejemplo á los demás, y seguir de mas cerca las huellas de Jesucristo, vígiles de sus ojos sobre su corazón para reprimir con sus ligeros movimientos de sensibilidad; estén en vela por sus contra la avaricia y el resentimiento; no los aflijan con sus reflexiones, ni por la confianza hecha á los demás de los motivos de queja que tienen ó creen tener; no los hien soloques estos sentimientos apenas nacidos; báguen superiores á esas pequeñas incidencias que tan á menudo sobrevienen, á fin de obtener la gracia de vencer en las graves, que son mas raras. ¿Cómo se perdonarían insultos, desprecios, agravios del prójimo, cuando tanto maravillosamente se demuestra por una palabra que escapo, por una desatención? ¿Podemos acaso vivir aislados, sin tener á cada paso de qué disculparnos unos á otros? ¿Y de cuánta dulzura se necesitará para con los Judas, si ninguna se tiene con las personas á quienes no pueda echarse en cara sino leves faltas de caridad?

CAPITULO LVII.

Negacion de S. Pedro.

La negacion de S. Pedro, que permitió Dios para hacer mas humilde á este apóstol, é inspirarle una saludable desconfianza de sí mismo, es un maravilloso recuerdo de enseñanza para las personas espirituales. Pedro era de todos los discípulos de Jesucristo el mas colmo para con su persona, el mas ardiente por sus intenciones, el que la manifestaba un amor mas vivo y mas animado. Muchas pruebas en su exi-

nistra de ello el Evangelio, que es inútil referir aquí. Este fervor sensible, que venía de la gracia, pero en el cual se mezclaba también algo de carácter, había producido en él una especie de presunción, que le hacía creer que el sobrepasaba á los demás en adhesión á su Maestro, y que no recambiaría como ellos á la tentación.

Así que, habiéndole Jesucristo dicho á todos: Todos vosotros podréis serme fieles por espacio de mi esta noche; por cuanto yo os he escogido. Envíale al pastor, y se desbarriaba las cejas del rebato¹; Pedro, por impetuosidad de celo, y sin atender que desmentía á la vez á Jesucristo y á la Escritura, así respondióle: *Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo.* Presunción y temeridad inmensables, que obligaron á Jesucristo á hacerle esta predicción personal: *Pues yo te aseguro con toda verdad, que esta misma noche, antes que cante el gallo, me has de negar tres veces. No por esto entés Pedro en su interior, sino que desmintiendo de nuevo á su Maestro, le dijo: aunque me sea forzoso al decir asígo, yo no lo negaré.*

Este fervor de Pedro se sostuvo hasta el momento de la prisión de Jesús, en donde echó mano de su espada para defenderle; pero le abandonó muy luego, y cayó con los demás. Sabido es del modo con que en seguida tomó la debilidad de negarlo hasta tres veces, asegurando y protestando con juramento que no conocía aqueí hombre. Parece, según el relato de S. Lucas, que esto pasó en presencia del mismo Jesucristo, el cual, desde el lugar en que se hallaba, podía ver y oír al apóstol. Después de la tercera negación volvió hacia Pedro, y le arrojó una mirada². ¡Qué mirada! de tanta gracia interior fué acompañada! á Pedro le penetró hasta el fondo del alma. Confuso y enternecido salió luego para llorar con amargura su falta.

¹ *Mat.* xxv. 18. y sig.

² *Luc.* xx. 28. 29.

Aquella maldad del Salvador que le aseguraba su perdón, hizo mas vivo y mas íntimo su arrepentimiento. Lloró toda su vida en pecado y la penitencia que le motivó. Si no hubiese de este modo pronunciado de sí mismo, no hubiera permitido Dios tan notable caída en el príncipe de los apóstoles y en la cabeza de la Iglesia. Pero es mal recomendaba este remedio, del cual resultó tan grande bien para él. Se amó tan después aun mas sincera, mas lierno, mas reconocida, y al propio tiempo mas humilde y mas circunspecta. Así se ve palpablemente, cuando Jesucristo después de su resurrección le hizo reflexionar su triple negacion por una triple protestacion de amor. A la primera pregunta que le hizo: *Simón, hijo de Jacob, ¿me amas tú mas que estos?* se contentó con responder: *Señor, tú sabes que te amo¹*, sin decir que le tenía mas amor que los otros; y se adigió de que Jesucristo reiterase su pregunta hasta tres veces, temiendo, no que dudase de su amor, sino que no fuese verdadera la protestacion que le hacía. Así, cuando le dijo: *Tú me amas, sino tú sabes que te amo*, apoyando su afeccion, no ya sobre su sentimiento interior, sino sobre el conocimiento que de él tenía Jesucristo, á quien nada se ocultó.

Es admirable por cierto la bondad de que Jesús usó con S. Pedro. Predijole su caída, á fin de que, desconfiando de sí mismo, evitase la ocasion, ó en caso de hallarse á ella comprometido, recurriese al solo que podia salvarle. Porque la predicción de Jesucristo no era absoluta, sino solamente condicional, suponiendo que Pedro persistiese en sus confesiones, y se exponía á la tentacion, que podia haber evitado. Después de su caída, este apóstol no se hubiera levantado jamás, si Jesús no lo hubiese llamado á sí mismo. Cuando conjurados sus enemigos se ponían á las en quitarle la vida, suscitándole contra él falsos testigos; le declaraban digno de muerte por haberse llamado Hijo de Dios; y le aguiaban

¹ Joan. xiii. 36.

con toda especie de alago, insensible á lo que concierne á él, no piensa sino en un solo discípulo; arroja sobre él una mirada mas tierna, mas afectuosa, mas penetrante que todos los discursos, le inspira el corazon, y le hace derramar lágrimas. Despues de resucitado, le trata con mas bondad que nunca, le distingue de los demás apóstoles por medio de una aparicion particular; conviérta con él familiarmente sin hacerle inculpacion alguna por su falta; y despues de haber casado de él una reparacion enteramente dictada por el amor, le confia el cuidado de sus ovejas y de sus ovelas, y le predica el género de muerte con que deberá algun dia glorificar á Dios. Tal es la conducta tierna de ternura que ha guardado siempre para con los pecadores sinceramente convertidos. ¿Ha sido el modo con que nos volvemos los primeros hacia aquellos de quienes hemos recibido alguna injuria personal, y nos dedicamos á reconquistar su corazon por medio de provocaciones y herosas ofensas? La caridad de Jesucristo es no obstante el modelo de la nuestra, y nosotros necesitamos que él nos prevenga y dé el primer paso para acercarnos á él, cuando nos hemos alejado por nuestras ofensas.

En cuanto á la caída de S. Pedro, en hablando aqui sino del pecado que pueden sacar de ella los principiantes en la vida espiritual, aludamos que ellas son servidos en el servicio de Dios, como lo era este apóstol; que en el primer fervor de un amor sensible se elevan con un valor que les hace presumir de sus propias fuerzas, y creerse capaces de las mas altas empresas y de los mayores sacrificios. Párecenos entonces que alguna tentacion pueda vencerlos, algun obstáculo arredrarlos, y que todo es posible y aun facil á su amor. Cuando luego á ojos de él que ciertas almas santas se aceptaron sino con extrema repugnancia y despues de largos combates las cruces que les fueran presentadas, se admiran, y no saben concebir como se pueda pagar á Dios cosa alguna. Mas que aguarden un poco, y cambiando de idea y de lenguaje.

No han hecho todavía la prueba de su debilidad, ni aun la conocen: no han gustado sino dulzuras y consolaciones, y dicen como David: *En medio de mi prosperidad habia yo dicho: No experimentaré nunca fardo madonra alguna*¹. Mas veis al Señor en estos por poros que son, sobrecega los recuerdos de capricho, levántase la mas leve barranca, sea necesario resistir á una ligera tentación, á un pequeño respeto humano, tentos firme, no digo contra las amenazas de personas poderosas, sino contra el chisme de cualquier mujer-cilla; abandónalos en fortunas, la naturaleza tiembla, se voluntad vacila; hélos aquí á punto de hacer traidos á la causa de Dios, hartos dichosos aun si no reconocian á ella realmente. ¡Oh hombre! y cuán débil eres! y cuán fuerte sienta si no presumes serlo! No cuentes sobre la impresión de una gracia pasajera, y no juegues de tus disposiciones, sino cuando se haya refriado la arder. Hay las ocasiones por un sentimiento de desconfianza; invoca humildemente á Dios cuando á ellas te veas expuesto á pecar hoy; no vayas delante de las cruces, bastante vendrás ellas por sí mismas. Vistas de lejos en un momento de fervor, te parecerán bellas y ligeras, y las alcanzarás con las buenas deseos; pero vistas de cerca, cuando te hallas en la estado ordinario, las hallarás espantosas, insuperables. Mucha diferencia va, decía un santo varón por su propia experiencia, entre hacer el sacrificio de su vida al pié de un crucifijo, é hacerlo al pié de un patíbulo. ¡Cuántas veces hemos dicho á Dios como S. Pedro: Te daría mi vida por vos! Y le hemos negado cuando nos ha pedido una lagrimita, un ceniza. Dios se ha de ser el jagoste de nuestras aflicciones y de nuestras protestas; ni tampoco debemos serlo de nosotros mismos. Y ciertamente que en este punto no procederemos de ligero cuando báyanos experimentado lo que somos. Pedro, después del descenso del Espíritu Santo, hizo prodigios de valor, sin haber experimen-

¹ Psal. xxi, 7.

tado ni proferido una sola palabra de presunción.

CAPÍTULO LVIII.

Silencio de Jesucristo en presencia de sus jueces.

Si yo escribiese ahora para los gentes del mundo, seguiría á Jesucristo en los diversos tribunales á que fué condenado: en el tribunal de los judíos, en que la presunción y la pasión le condenaron; en el tribunal de Herodes y de su corte, en donde la impiedad lo despreció como un insensato; en el tribunal de Pilatos, en donde la política sacrificó su inocencia á intereses temporales; y demostraría que en todos tiempos, y en el día mas que nunca, Jesucristo y su doctrina son la reprobación del mundo, prevencido é apasionado, impío y libertino é interesado y político. Pero esta materia es mas propia de la cátedra cristiana, y la dejo para los predicadores. Limitome ahora á la conducta que observó Jesucristo delante de sus acusadores y de sus jueces.

Los sacerdotes, los escribas y los asociados del pueblo presididos por Caifas, habiendo pronunciado ya desde mucho tiempo en su cónclave el decreto de muerte contra Jesucristo, no trataron sino de cubrir con algunas formalidades la autoría injusticia de esta sentencia. Sobornaron pues dos falsos testigos, cuyos deposiciones se estaban de acuerdo. Parecieron des, por fin, que le acusaron de haber dicho del Templo lo que había dicho de su cuerpo, á saber: que si se le destruyese, después de tres dias lo restablecería. Hábitudole preguntado el príncipe de los sacerdotes, por que nada respondía á los que le acusaban, Jesucristo persistió en guardar silencio. Fácil le hubiera sido sin duda el confundir á sus acusadores con solo abrir la boca, si hubiera reconocido rectitud y equi-

dad en sus jueces, y que solo necesitaban ser instruídos. Pero sabía que hubiera sido inútil cuanto dijera en su defensa, y que estaban resueltos á perderle. Calló pues, y se dejó juzgar como un criminal, puesto que se quería á toda costa que le fuese.

Hay en el mundo cristiano, y aun entre los mismos devotos, gentes decididas á continuar la vida interior, y á las que la han abrazado. Segun el modo con que de ella hablan, con mezcla de calumnia y de exageracion, segun el tono de pasion con que lo dicen, y su torquedad en no querer escuchar razones, no es difícil deducir que su prevencion es extrema, y que están decididos á no salir de ella. Subidos de cierto sus disposiciones, el silencio es el único partido que hay que tomar con tales gentes. Preciso es dejar que condenen los caminos espirituales, las personas que los siguen, y á nosotros mismos, si ante ellos nos vemos acusados, sin soltar una sola palabra de justificacion, que solo serviria para irritarlos mas y hacerlos mas culpables. Creemos deber hablar porque la gloria de Dios nos parece interesada en ello. Mas ¿lo fué nunca tanto en apariencia, como en la causa de Jesucristo? El no despegó siquiera sus labios, porque era realmente para la gloria de Dios el que callase y fuese víctima de su silencio. Callemos pues á ejemplo suyo, aunque en ello nos haya la reputacion y la vida.

No obstante, cuando el príncipe de los sacerdotes le manda en nombre del Dios vivo, que declare si es el Hijo de Dios, se vacila en responder que lo es en efecto. El responderle era una atencion debida á la autoridad, y un testimonio solemnemente que á la verdad debía prestar, y se lo prestó realmente, por mas que supiese que por su respuesta iba á ser condenada á muerte por aclamacion como un blasfemo. Así pues como hay circunstancias en que se debe guardar silencio, hay otras en que es preciso hablar; y aun, cuando la autoridad legítima nos pregunta, y se trate de una materia

importante á la religion ó á la buena moral. No debe atenderse entonces ni á la malignidad hacia conocida de las insinuaciones, ni á los fatales resultados que puede acarrear en nuestra confesion; sino que se debe declarar la verdad francamente y con una santa intrepidez, teniendo á muy alto honor el ser inculcado por ella.

Herodes, príncipe impío y voluptuoso, manchado ya por la muerte de Juan Bautista, deseaba desde mucho tiempo ver á Jesus, no para instruirse y convertirse, sino para satisfacer su curiosidad con la vista y conversacion de un hombre extraordinario. Esperaba tambien que Jesus haria algunos milagros en su presencia. Hicole pues muchísimas preguntas, cuales podian esperarse de una persona de un carácter extraño al reino de Dios, sin religion, sin costumbres, que sólo deseaba divertirse, ó cuanto mas satisfacer su vana curiosidad. Mas Jesus no se dignó contestarle, ni darle cuidado lo que pensaria sobre las acusaciones de que le hacian cargo una escuadra que se hallaban presentes. ¿Qué le importaba el ser condenado por semejante príncipe? Oprobio hubiera sido para él, en cierto modo, que le hubiese absuelto antes de despedirle. Herodes pues le despreció, con toda su corte; y para manifestar que le tenia por un monedero, le hizo enredar á Pilatos vestido de blanco.

Si hacéis abierta profesion de pertenecer á Jesucristo, y de seguir sus ejemplos y su doctrina, preparaos á pasar por un monedero en el concepto de los incrédulos y de los libertinos, y á ser el blanco de sus menasprecios y de sus irrisiones. No os comprometáis con ellos, ni respondáis á sus preguntas, sólo os deseen divertirlos á vuestra costa, y reírse en ridículo cuanto les dijerais. En general, desde el momento en que se os hable en tono de broma de las cosas de Dios y de materias espirituales, guardad silencio, y despreciad el juicio que se os hará de vosotros. ¡Dichoso el que en tales ocasiones participa del oprobio de Jesucristo!

Pílatos, á quien se vieron precisados á recurrir los judíos, porque carecían del derecho de vida y muerte, reconocía la inocencia de Jesucristo; sabía que por pura envidia le conducían á un tribunal; y después de haberles oído, declaró que no le juzgaba digno de muerte. Con todo, para salvarle sin comprometerse, le puso en parangón con Barrabás, y le mandó azotar. Este juez, débil por política, temía que los judíos no le hiciesen un crimen ante el César de haber perdonado á un hombre que se había declarado su rey; mas viendo que persistían en pedir su muerte á grandes gritos, se lo entregó, contentándose con llevarle las manos delante de ellos, y protestando que era inocente de la sangre del justo.

Como este gobernador romano, aunque débil, tenía rectitud, Jesús, á la pregunta que le hizo de si él era el Rey de los judíos, no titubeó en contestarle que lo era; mas que se reía no era de este mundo. Por este medio ponía á Pílatos en camino de instruirse, si él lo hubiese querido. Aludó Jesús: *Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que pertenece á la verdad, escucha mi voz*¹. Nada de esto podía calar en un pagano; pero por esta misma razón era natural que pudiese ser capcioso. Pílatos le preguntó, pero sin tomar mucho interés: *¿Qué es la verdad?* Y sin aguardar la respuesta, que hubiera sido decisiva para su instrucción, dejó á Jesús, para ir á decirle á los judíos que no le hallaba culpable. He aquí la primera falta que cometió Pílatos, y que le servirá á todas las demás. Jesús quería ilustrarle: había ya empeñado; la luz habíase encendido por grados, si aquel hubiese continuado la conversacion. Mas la interrumpió, y se hizo indigne de que Jesús la renovase después. Porque luego de concluirse este primer diálogo, pasó á Jesús en la misma línea de Barrabás, dejando á los judíos el derecho de libertar al uno ó al

otro, y le hizo sufrir en seguida una cruel flagelación. Por hacer que fuese la intención de Pilatos, no podía excusar dos injusticias tan crueles. Mejor le hubiera estado la firmeza, pues no podía ignorar que si se afloja un poco á la pasión, es después mucho más fervida en todas sus resoluciones. Tuvo por conveniente mostrar á Jesus á los judíos en el estado mas propio para excitar su compasión; mas este sentimiento, supero, había ya buido de su corazón: así que gritaron mas que nunca: *Crucifícale, crucifícale*. Y cuando les dijo que le crucificasen ellos mismos, pues él no le hallaba culpa alguna para condenarle á muerte, respondieron: *Nosotros tenemos una ley, y segun esta ley debe morir, porque se ha hecho hijo de Dios*¹. Tal era realmente en su concepto el verdadero crimen de Jesucristo.

Estas palabras de los judíos debieran haber recordado á Pilatos las que le había dicho el Salvador, y hacerle sospechar que este hombre era algo mas que un hombre ordinario, por cuyo motivo le inspiraron sentimientos de temor. Volvió pues á entrar en el pretorio, y dijo á Jesus : *¿De dónde eres tú?* Mas Jesus no le dió la menor respuesta. No le merecía en efecto, después del abuso que estaba de hacer de las leyes que había recibido. Sin embargo, su pregunta le hubiera abierta la puerta de la verdad, dando ocasión á Jesus para explicarle de donde y por qué había venido á la tierra, su procedencia eterna y su misión temporal. Pilatos le dijo sorprendido : *¿A mí no me habías?* Pues no sabes que está en mí mismo el crucifícale, y en mí mismo está el soltarle? No podía imaginarse como un hombre, de cuya vida era árbitro, le respetase tan poco, é le fuese tan indiferente la muerte, para no responderle. Por un sentimiento de piedad hacia este jesus estando que iba á perdurar delante de Dios, Jesus le dió aquellas palabras que fueron las últimas y que debían abrirle los ojos: *No tendrías poder alguno sobre mí, si no le*

¹ Joan. 10. 33.

*fuera dado de arriba. Por tanto quien d'él me ha entregado, es
 ras de pecado mas grave. Tu me juzgas inocente, y por inte-
 reses humanos vas á condenarme á muerte, no sabiendo de
 otra parte quien soy. En esta eres culpable; pero no tanto co-
 mo aquellos que por una maligna envidia me han puesto en
 tus manos, habiéndome voluntariamente cegado para desco-
 nocerme. En cuanto al poder que sobre mí tienes, te ha sido
 dado de lo alto, y no eres libre de usar de él á tu antojo.
 ¡Qué impresión no debía hacer en Pilatos esta firmeza, esta
 dignidad mas que humana, esta indiferencia de la vida, y es-
 te desprecio de un suplicio tan cruel como el tuyo! Temió
 pues de nuevo como salvar á Jesus. Mas no supo resistir á
 esta amenaza de los judíos: Si escuchas á ese, no eres amigo del
 César; puesto que cualquiera que se hace rey, se declara contra
 César. No temas rey sino á César.*

En mil ocasiones los verdaderos discípulos de Jesus han
 tenido y tienen cada día que combatir contra la política hu-
 mana. Dios concede entonces la fuerza y la sabiduría á los
 que le son fieles, y que están dispuestos á sacrificarle todo
 en defensa de la verdad. Los mártires son de ello una pro-
 ba. En calidad de cristianos, no han creído hacer mas que
 cumplir con su deber, inmolándose como su Maestro á
 los mismos suplicios antes que hacer traición á su fe. Sus
 discursos, que les inspiraba el Espíritu Santo, y aun mas
 su invencible intrepidez, confundían á los jueces; los cuales,
 convencidos de su inocencia, les condenaban casi siempre
 por un estúpido respeto á los edictos de los emperadores, y
 por culpables condescendencias con el pueblo. Desde que se
 estableció el cristianismo, ¿de cuántas injusticias públicas, de
 cuántas secretas infidelidades, de cuántas resistencias á la
 gracia no ha sido causa el desdichado respeto humano!
 ¡Cuántas almas no ha perdido! ¡Cuántos buenos deseos,
 cuántas santas resoluciones no ha hecho abortar! Si siem-
 pre dáña á la salvación, es rarísima la vez que no perjudica

á la perfección. En el claustro así como en el siglo es el mayor enemigo que tienen que combatir las almas que á ella son llamadas. Ocullemos nuestra virtud y nuestras buenas obras á los ojos de los hombres; no hagamos el bien con el objeto de que nos lo vean hacer: esta es el precepto del Evangelio. Mas no sea que el deseo de agradarlos, ó el temor de disgustarlos, nos estorbe jamás de lo que el deber exige de nosotros, ó de lo que la gracia nos inspira. Marchemos con la frente alta; declárennos cuando sea necesario; jamás hagamos traición á la cruz de Dios. Nada es mas glorioso para él, nada le complace tanto como el ver que su interés es nuestro espíritu superior á todo lo demás, hasta en los objetos mas mundanos; pero es esto es mas difícil vencer el respeto humano, porque no nos vemos sostenidos por aquellos grandes motivos que dan valor en las ocasiones importantes.

CAPÍTULO LIX.

Padecimientos de Jesucristo en su Pasión.

Nos sia ruego llamé anticipadamente á todos á Jesucristo el *Faro de dolor*. Si fueron extremados sus padecimientos exteriores, los superaron de mucho los interiores. Desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza riega en parte de su cuerpo quedó ilus. Ya en el huerto de los Olivos, aquel sudor de sangre tan extraordinario no pudo ser producido sino por las mas violentas y raras convulsiones. Su cabeza fué coronada de espinas que los soldados hundieron en ella con golpes redoblados; en rostro fué lastimado de hostilidades; su cuerpo fué desgarrado, y derramado en sangre en la flagelación. Se le renovaron las llagas cuando se le arranco

su túnica, ya para cubrirle con un mal trozo de escarlatina, ya para crucificarle. ¡Cuanto se tuvo que sufrir llevada en cruz por las calles de Jerusalem, hasta la montaña del Calvario! ¡Qué dolores tan agudos cuando le taladraron con gruesos clavos las manos y los pies! ¡Qué terribles sacudimientos! ¡Qué desconcierto y estiro en todos sus nervios cuando se levantó la cruz y la colocaron en el agujero! Son tormentas llegaron á su colmo, durante las tres horas que estuvo colgando en la mas violenta posición en que pueda hallarse un hombre. Todos sus padecimientos se sucedieron sin interrupción, y siempre aumentando por el espacio de quince á diez y ocho horas que duró su Pasión. Hasta su lengua y su paladar tuvieron su particular tormento, cuando se le dió á beber vinagre y vino mezclado con hiel.

Ha hablado de sus martirios interiores, al tratar de su agonia: nos es imposible formarnos una idea cabal de ellos. Todo lo que podemos decir, y que le abraza todo, es que fueron tales, que solo un Hombre Dios era capaz de soportarlos.

Padeció sin consuelo divino ni humano, privado de todo recurso, de todo socorro en sí mismo. Padeció, creyéndose digno de sufrir una cruz, y descendiendo por amor á su Padre y á nosotros. Padeció sin querer que se le torcies la cabeza, ni se diese la menor señal de compasión. *Hijos de Jerusalem*, dijo á las mujeres que le seguian caminando hacia el Calvario, *no lloréis por mí, llorad por vosotros mismos y por vuestros hijos*¹. Mas le ocupaban, mas le conmovían las males que debían desplomarse sobre aquella culpable ciudad, que los reyes propios. Padeció con una paz, con una serenidad de alma maravillosa, sabiendo, por decirlo así, sus tormentos, y no dejando pasar ninguno sin sentirlo con toda su fuerza.

Vengamos ahora á la otra parte de la cruz de Jesucristo, quiero decir, á sus humillaciones, que fueron, si cabe, in-

periores á sus padecimientos, y mas unidas de su cercanía. Tal es una muy grande el terror abandonado de todos sus discípulos, vendido por uno, negado por otro, como si él los hubiese regalado con sus imposturas, haciéndose indigno de que le confesasen por su Maestro. Sus enseñanzas supieron sin duda prevalecer de este general abandono, echándole en cara que nadie creía á su favor. Todo el mundo sabe los oprobios que sufrió en los tres tribunales, y nadie seguramente acusará á los Evangelistas de haberlos referido con exageración. En la primera palabra con que en casa de Anás continuó á las preguntas de aquel pontífice, uno de los criados de este le dió un bofetón, diciéndole: ¿La respuesta al pontífice? No bien hubo declarado que era el Hijo de Dios, cuando se le llamó blasfemo, se le escupió á la cara, se le dieron palmadas y bofetadas, añadiendo: Cristo, profeta queira ser el que se le ha herido. Herodes, atardecido de su silencio, justamente con toda su corte le trata con el último desprecio, le hacen el blanco de sus burlas, y le vuelven á estar vestido de blanco como un incensario. En casa de Pilatos el pueblo le propone á Barrabás, bandido culpable de sedición y de homicidio. Es condenado á los azotes, que era castigo propio de un esclavo. Y después sirvió de diversion á toda una cohorte de soldados romanos, los cuales habiéndole despojado de su túnica, le cubrieron con un manto de púrpura, le pasaron en la cabeza una corona de espinas y en la mano una caña por cetro. Y doblando después por bella la rodilla delante de él, le decían: Salve rey de los judíos! y escupíndole y tumbándole la cara, le golpeaban con ella la cabeza. En este aparato de rey de farra, es que debía causar tanto horror como lástima, Pilatos lo presentó á los judíos, creyendo mover su compasión; mas éstos gritaron, mezclando todas las invectivas que pueden imaginarse: Que sea crucificado. En vano sería querer expresar las risadas, los alaridos, las imprecaciones que sobre él descargaron al pasar de un tribunal al

cito, y dirigiéndose al Calvario. Para esto saca nosotros crecer hasta donde llegó el furor de sus enemigos, y hasta que punto soltaba acriar su odio triscante. No, nunca sufrió un verdaderamente tan horrores tratamiento. Fue crucificado entre dos ladrones, como si fueran mas culpado que ellos. Los que pecaban le insultaban, mezclando á las palabras tales de maldad. Los príncipes, los sumos, los escribas y los ancianos le echaban en cara sus milagros con ironías, diciéndole: Que habiendo salvado á los demás, se salvase á sí mismo; que si era rey de Israel, no tenía sino que bajar de la cruz, y todos caerían en él; que ya que se había llamado el Hijo de Dios, á Dios tocaba el librarlo: y otras blasfemias semejantes. Y hasta de los ladrones crucificados con él recibía las mismas ultrajes.

Recordemos ahora toda nuestra fe, la cual nos enseña que el hombre á quien así se trata es el Hijo de Dios; que todas estas ignominias le estaban reservadas en los consejos del Eterno; que las aceptó y sufrió con alegría para glorificar á su Padre, para expiar nuestro orgullo y todos los pecados que esta vez ha hecho cometer. Ella nos enseña que Jesucristo es nuestro modelo aquí tanto é mas que en otras partes; que á ejemplo suyo, para arrancar este miserable orgullo, nuestro primer y principal vicio, debemos aspirar á querer los desprecios y los apodos; á mirarnos como la librea de un servidor de Jesucristo, como su traje y ornato distintivo; que hasta tanto que hayamos llegado á este punto, no merecemos ser deos y recondicionars, sino en política, no seremos los amigos y favoritos de Jesucristo; que el amor de las humillaciones es la mas elevada y perfecta que hay en la moral, el medio mas seguro para llegar á la santidad, é mas bien la cima y la consumación de la santidad.

Examinemos ahora delante de Dios, y reunos, sin hacernos ilusion, cuales son nuestras intimas disposiciones con respecto á las padecimientos y á las humillaciones. Si nos con-

no horror, si al solo pensar en ellas se rebelan nuestro espíritu y nuestro corazón, debemos convenir en que la naturaleza vive en nosotros externamente, y que si aun sabemos qué cosa sea ser cristiano. O se ha de decir en nombre al Evangelio, ó se ha de convenir en esta verdad. Si apreciamos, aunque los padecimientos y las humillaciones, aun cuando sintamos repugnancia para abrazarlas; y nos avergonzamos de nosotros mismos; y nos ruborizamos de estar tan distantes de parecernos á Jesucristo, entonces empezamos á ser cristianos, á lo menos en los sentimientos. Si á pesar de las rebelles interiores nos resignamos con los padecimientos y con las humillaciones que place á Dios enviarnos, ya tenemos dado un gran paso hacia la sólida virtud. Si de la resignación y de la paciencia pasamos á regocijarnos, á felicitarnos, á tener por la mas elevada dicha lo que mortifica la carne y humilla el espíritu, entonces ya muy adelantados en el camino de la perfección. Ya no nos falta sino el donar las cruces con todo el ardor de nuestra alma, y preferirlas, no digo á los honores y á las riquezas de la tierra, sino á todos los consuelos y favores celestiales. Esto es lo que hizo Jesucristo, el cual, según S. Pablo, en vista del gozo que le estaba preparado, y *qué gozo?* el mas puro y delicioso que puede experimentarse en el cielo, *soportó la cruz, sin hacer caso de la ignominia*¹. Este es lo que hacen á imitación sus muchas almas generosas, que han escogido la cruz con preferencia á las delicias del cielo que se les habían ofrecido.

No se trata aquí de exaltar la imaginación, ni de derrotarse en deseos y en actos para producir en el corazón semejantes sentimientos. Solo la gracia nos puede elevar á ellos, subiéndolo por grados. Humillémonos delante de Dios; de nada nos creemos capaces; ejercitémos en las pequeñas acciones que se nos ofrecen; tengamos ya en mucho el representar un movimiento de orgullo, un sentimiento de amor propio,

¹ Hebr. xii, 2.

el privarnos de una ligera satisfacción de los sentidos, el sufrir alguna molestia, algún dolor sin quejarnos. Cada uno por algún tiempo habremos sido fieles en estas cosas prácticas, no atribuyendo la gloria á nuestros mismos, sino á Dios, perseverando constantes por otra parte en los ejercicios de la vida interior, tal vez algunos seremos juzgados dignos de que Jesucristo nos haga participar de su caliz. Sin aspirar á lo que admiramos en un corto número de Santos, pidámosle á Dios tan solamente el llenar la medida de los padecimientos y de las humillaciones que nos ha destinado, sin meterlos en sí en pequeña ó grande. La mayor de todas es nada en comparación de la de Jesucristo; y la mas pequeña es suficiente para ahuyentar en razón de nuestras fuerzas. Acordémosnos también que las mejores creces no son aquellas que nos buscamos y que nos procuramos, sino las que nos vienen de la mano de Dios. No merezcamos jamás por nuestra propia voluntad, ni por los golpes que nos daremos nosotros mismos.

CAPÍTULO LI.

Jesucristo ruega por sus enemigos.

En medio de tan horribles tormentos, y de opresivos mas espantables aun que los tormentos mismos, Jesucristo, que conocía intimamente la malicia, el odio y la rabia encendida de sus enemigos; que no podía ignorar la fuerza de las pruebas de toda especie que les había dado de su misión divina, y de su calidad de Hermano y de Hijo de Dios, el padre hasta donde la gracia había obrado en sus corazones para moverlos, persuadirlos, y ganarlos á la verdad, y la obediencia inevitable que le habían opuesta, convirtiéndole una milagrosa adversidad y reconocido por ellos mismos en un me-

lino de penegarla de muerte; Jeueriste, rapto, no solo deja de abrigar el menor resentimiento por tan enorme injusticia llegada á su crimen; no solo se la perdona sinceramente, sino que por un exceso de caridad ruega á su Padre que le conceda el perdón. Padre mío, le dice, perdónadle, porque se salva la que hea¹. No saben que quitan la vida al autor mismo de la vida, al Mesías prometido á sus padres, á la esperanza y á la salud de Israel. Se han dejado cegar gradualmente por sus pasiones; su ignorancia es culpable, voluntaria, afectada; no pretendo yo excusarla; mas si he pecan por ignorancia, no piensen en la enormidad del crimen que cometen contra vos, Padre mío, y contra mí, vuestro ungido hijo; no olvidado á que aquel á quien condenan al suplicio de los crucados, es el mismo Señor de la gloria; no olviden los terribles males que van á llamar sobre ellos y sobre su ciudad y sobre toda su nación, si la desdicha eterna que á los crimenes se preparan. Mas yo, que veo el encadenamiento de sus males, inevitables para ellos y para su posteridad, cómo puedo dejar de compadecerlos, y no ser sensible á su perdición? Miradles, Padre mío, con la misma compasión, abrid sus ojos: y pues que ya no es tiempo de impedir su crimen, concededles á lo menos su sincero arrepentimiento.

No se contenta Jeueriste con orar así de boca; sus llagas, sus dolores son otras tantas súplicas mas eloquentes que sus palabras. Por ellos derrama su sangre, á favor de ellos ofrece á su Padre los méritos de su obediencia y de su muerte. Si obtiene su gracia, contento está de morir, y se tendrá por bien recompensado de su sacrificio.

Por lo demás, esta súplica de Jeueriste nos comprende á todos como pecadores; y no menos pidió perdón para nosotros que para los judíos. Cualquiera cristiano que se hace culpable de un pecado mortal, crucifica de nuevo en sí mis-

mo al Hijo de Dios, le consiente en objeto de burla, le plasta, profana la sangre de la alianza, según la doctrina del Apóstol *. ¡Y cuán pocas almas hay pocas é inocentes, que no tengan muchos pecados graves que aprovechar! Cuántas veces nuestras malas disposiciones, y aquella mente para profunda y verdica que tenemos á la doctrina de Jesucristo, y poco nos costará el persuadirnos que si hubiésemos vivido en su tiempo, ó si él hubiese parecido en el nuestro, le hubiéramos desconocido, é hubiéramos alzado contra su persona, como lo hicieron los judíos. La misma necesidad la vivimos, pues, de que pidiere gracia para nosotros.

Y si Jesucristo pidió y obtuvo el perdón de nuestras almas, ¿podemos rebatirlo á aquellos que nos han ofendido? ¿Podemos aborrecerlos á título de enemigos, después que él tanto nos ha amado, siendo nosotros enemigos suyos? Discípulos de un Dios replicaste, y dando su vida sobre la cruz para aquellos que le clavaron en ella, ¿podemos conservar en el corazón sentimientos de venganza? Crístianos, queréis vengaros, y Jesucristo con no se lo vengado, dice S. Agustín. No lo hará hasta la fin de los siglos, cuando vendrá á juzgar el universo. Difidid pues para entonces vuestra venganza. No el anteaño imitad su ejemplo; rogad como él por aquellos que os calumnian y os persiguen; decid á Dios como él: *Padre mío, perdónalos, pues no saben lo que hacen*. No soy yo á quien ofenden, vos sois el ofendido; no á mí me perjudican, sino á sí mismos. Decid tal vez que eso lo gatas, que no les habéis hecho sino bien, y que nunca han tenido el menor motivo de quejarse de vosotros. Jesucristo en la cruz responde y satisface á todas vuestras razones; y si no perdonaís, se deja sin escusa. Aun mas, le obligaréis á revocar la súplica que por vosotros hace, y á decir: *Padre mío, no le perdonas, pues él no quiere perdonar*.

La dulzura, é sea la mansedumbre, es otra de las virtudes

* Hebr. ix. 1. u. 20.

des que mas se nos recomiendan en el Evangelio. La práctica de ella es mas difícil de lo que se cree: el orgullo y el amor propio se oponen con todas sus fuerzas, y no creo que nadie, á menos de ser interior, pueda llegar á ponerse hasta en cierto grado de perfección. Á veces somos tocados en partes tan sensibles, se nos dicen palabras tan ofensivas, se nos dan tales pruebas de menosprecio, se nos insulta tanta provocación, tanto odio, se nos calumnia, se nos persigue con tanta violencia, que es preciso tener grande imperio sobre nuestro corazón, para contener los movimientos de aspecho, de indignación que sentimos nacer á pesar nuestro; para no dejar trasladar nada de ellos en lo exterior; para no conservar la menor semilla de rencor; para querer sinceramente bien á aquellos que nos hacen mal; para mostrárselo en todas ocasiones; para perdonarlos en fin, y rogar á Dios que los perdone. Conducirnos de modo que árbítrus siempre de nosotros mismos, no nos hagamos jamás amigos con nadie, ya es mucho. Tener enemigos y envidiosos á motivo de la propia virtud y santidad, y sufrir en paz sus injurias, sin quejarse, sin dar la menor señal de resentimiento, es ya una cosa muy difícil y muy rara. Pero amarlos cordialmente, proveerles con toda especie de buenos oficios, distinguírlos de entre los demás por mayor atención, mas benevolencia y caridad; estar pronto á malestarse, á incomodarse por ellos, á socorrerlos á propias expensas, á exponer, si necesario fuese, la vida para su servicio, y en fin á inmolarlos á Dios y obtener que les trate con misericordia, esta es el grado mas sublime de la caridad cristiana. Y esto es precisamente á lo que nos trabaja S. Juan, proponiéndonos el ejemplo de Jusefrito, al cual nos dió á conocer su amor dando su vida por nosotros, y que nos pone por deber el dar la nuestra por nuestros hermanos *. Esta es lo que hizo S. Esteban primer mártir, y tantas millares de cristianos despues de él, que han ob-

* Juan iii. 16.

tuído la conversión de los paganos ávidos de derramar su sangre. Si no nos hallamos en las mismas circunstancias, Dios tiene poder para ponernos en ellas, y á nuestros locos prepararnos á esta gracia por medio del perdón diario de las ligeras ofensas.

CAPÍTULO LXL

Dehó abandonado de Jesucristo expirante.

PORQUE desgracia muy bien que desde el huerto de los Olivos fué Jesucristo abandonado de su Padre, el cual después de aquel momento no vió en él más que un culpable que recia sobre su cabeza todos los pecados del género humano. ¡Qué criminal, gran Dios! de esta terrible maldición, de estos suplicios no era digno! Este abandono fué en aumento durante el curso de su pasión, hasta que, á punto de expirar, Jesucristo, no tanto para lamentarse como para manifestarnos la extrema angustia á que se vió reducido, exclamó: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me has abandonado? Por estas mismas palabras empieza el salmo xvi, que el Salvador se aplica en este lugar, y que evidentemente no se refiere sino á él.

No es posible pensar sin estremecerse, en qué consistía aquel terrible abandono. No era real yá dada, pues antes fué el deber ser Jesucristo objeto mas tierno de las delicias de su Padre, que en los momentos en que le daba la mas grande prueba de su amor. Pero aunque este abandono fué tan solo aparente, y no afectaba el fondo íntimo de su alma, hacia á su Impresión tal sobre sus potencias, que el combatir el tormento producido por esta impresión es superior á toda inteligencia creada. Era una especie de petra de dabo,

es decir, una pena causada por la pérdida de Dios, pena peculiar al alma, y que es sin comparación la mas espantosa que hay en el infierno. Pues se hace preciso medir esta pena, con respecto á Jesucristo, por el conocimiento que como hombre tenia de Dios y de sus perfecciones, y por el amor que le profesaba; y como este conocimiento y este amor sobrepasaba en Jesucristo á todos los grados de conocimiento y de amor de que son susceptibles todas las criaturas, sigue que sintió la pérdida de Dios mas vivamente de lo que podemos sentirlo todas las criaturas juntas, representando que conociesen y amasen á Dios tanto como podemos. Juzguemos por lo dicho de la desolacion del alma de Jesucristo; desolacion tranquila, es verdad, porque no afectaba el fondo del alma; pero por lo demás desolacion de una incompreensible amargura, desolacion que no podia ser dulcificada por ninguna reflexion, por ninguna mira del porvenir; porque en aquel estado Jesucristo ni usaba, ni queria usar de la libertad de discurrir.

Es menester tambien medir esta pena sobre la que merecian todos los pecadores pasados, presentes y venideros, porque Jesucristo satisfizo no solo al rigor, sino superabundantemente á la justicia divina por todos ellos. Así, exceptuando la turbacion y la desesperacion que sienten solo los verdaderamente réprobos, sufrió Jesucristo un sentimiento mas afectivo y mas profundo por la pérdida de Dios, que todos los demonios y condenados juntos. Y lo que le hizo capaz de soportar una pena de su peso tan aterrador, fué la fuerza irresistible de su amor, fué la plenitud de la gracia que en él residia, fué la virtud estagipotente, virtud de la divinidad que coexistia en la humanidad santa.

Abandonado así de su Padre, ¿qué hizo Jesucristo? Por el acto de virtud mas sublime de que fué capaz en Hombre Dios, abandonó sin reserva á su Padre su cuerpo y su alma, á fin de que las tratase como mejor le pareciese. Entregase

enteramente á aquella insonable justicia que con tanto rigor sobre él descargaba, y de toda su voluntad echó el último suspiro en esta disposición. Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu; y diciendo estas palabras espiró¹. ¿Podía dar á su Padre mayor prueba de confianza, en el tiempo mismo en que se estaba desplomando sobre sí todas las rayas de su culpa, que recomendándole por sí mismo y por su sola voluntad en sus manos en alma desamparada y en cierto modo desechada y malida? Nos adueñamos sobre este misterio inefable de amor, y sobre lo que pasó entonces entre el Hijo y el Padre. ¿Qué pudiéramos de ello decir? Esto será el objeto de la admiración eterna de los ángeles y de los incorpóreatos; mas no lo comprenden jamás.

Ahora traslademos una de las principales razones de la union de las dos naturalezas en Jesucristo, la divina y la humana. Esta fué la de poner su alma en estado de soportar aquel espantoso abandono, supliéndole con su amor, y abandonándose por su parte á su Padre. Esto hubiera sido una carga absolutamente insuportable para una simple criatura, por perfecta, por exaltada en grado que se la suponga, aunque fuese para la santa Virgen. Un abandono tan extremo exige una gracia tal como la de la union hipostática: y cualquier otro que en Diosse hubiera acordado á su inmenso peso.

También conocemos en esta como, por esta sola pena aceptada y sufrida hasta la muerte, Jesucristo sacrificó plenamente á la divina justicia, la cual se podía pedirle, si él podía hacer á ella un mayor sacrificio; como de este modo fué Dios soberanamente glorificado. Pues siendo su gloria el ser amado por sí mismo con un amor puro, genuino, desinteresado, es imposible, después del amor infinito que Dios se tiene á sí mismo, que haya otro comparable con el amor infinito con que Jesucristo abandonado de su Padre, entregó en

¹ Luc. xxiii. 46.

alma en sus manos. Conocemos como por este medio el pecado original y los demás quedaron perfectamente expiados; porque la injuria que Dios recibió de ellos, es menos ofensiva en sí misma de lo que le fué beneficiada la reparación de Jesucristo; su comisión supuso á nuestra rebeldía; su voluntario anonadamiento á nuestro orgullo; y su bondad á nuestra malicia. Conocemos como por este medio nos hizo mercederos del cielo y de las gracias que á él nos conducen; porque ofreció á Dios por el género humano un precio al cual no puede Dios negar la eterna bienaventuranza, no siendo posible el ofrecerle otro mas grande.

Concebimos por fin, que un alma capaz de tan justos sacrificios, debió quedar tranquila, humillada, y parecer como insensible á todos cuantos tormentos y aprehensiónes sufría de parte de los hombres. ¿Qué recien á ser estas penas procedentes de fuera, en comparación de la pena interior que venía de su Padre? Y si ésta no pudo alterar la paz de su corazón, ¿cómo podían aquéllas alterarla?

El abandonarse á Dios es el grande fundamento de la vida espiritual. Desde que nos entregamos á él sin restricciones ni reservas, le hacemos árbitro por nuestra parte de hacer de nosotros lo que le place; de exigir de nosotros todo ó aquel sacrificio que él tenga por conveniente: según esta facultad, por cualquier motivo que sea, es volviendo á nosotros mismos, es revocar nuestra donación. Si quiere ser altamente glorificado en nosotros, nos tratará de una manera parecida al modelo con que trató á su Hijo único. Después de habernos ejercitado por diversas pruebas, para prepararnos al grande acto de pura amar, del que si nos podemos formar una idea, parecerá que nos abandona y nos deja á nuestra nada, á nuestras miserias, á nuestras tentaciones, á los pecados de que nos parecen ser culpables, y que nos abandona á la pena espantosa que ellos merecen. Poca alma llega á un tal punto, pero llega algunas; insiguen las vidas de los

Santos: y Dios oculta bajo el velo del secreto las operaciones de su gracia que crucificas. No hay necesidad de decir á estas almas lo que tienen que hacer en tan cruel circunstancia; bastante se lo enseñan el amor y el ejemplo de Jesucristo. Si se quejan amargas como él, diciendo: ¡Dios mío! ¡Oh Dios! ¿por qué me has abandonado? añaden con él desde luego: ¡Padre mío! yo entrego mi espíritu en tus manos; y así espiran místicamente entre los brazos de la cruz.

Para merecer que Dios nos deya á su tan grande acto de amor, que muchas veces le glorifica mas de lo que le ofenden todos los pecadores de un vasto reino, y que consiga en parte el tan misericordia de la que se ha hecho indigna, se necesita nada menos que la perfecta correspondencia á la gracia en la larga serie de pruebas precedentes, ya de parte de los hombres, ya de parte de los demonios, ya de parte del mismo Dios. Es menester un valor, una grandeza de alma, una elevación de sentimientos que no se adquieren sino por una multitud de sacrificios, é dolores para el cuerpo, é desoladores y humillantes para el espíritu. Si retrocedais ante alguno de estos sacrificios, no seréis nunca capaces del último. Esta es de tal modo superior á la naturaleza, que es imposible se haga de otro modo sino por la viva fuerza de la gracia, y aun de una gracia que descargue el golpe mortal á la naturaleza. Seamos fieles, seamos humildes, seamos generosos, hagámonos llegar hasta el mas alto punto la confianza en Dios y el olvido de nuestros propios intereses; todas estas son otras tantas disposiciones necesarias para el grande sacrificio al que Dios conduce un alma por grados, y que acaba el mismo por un exceso de amor para el alma que él ha destinado á tan indigno lavar, en comparación del cual nada son los éxtasis, las revelaciones y las exultaciones.

CAPITULO LXII.

Resurrección de Jesucristo.

Dueño de una vida pobre, oscura, aquejado con toda suerte de penas y de contradicciones; despojado de los dardos e ignorancias de la pasión, despojado de la muerte más desoladora que concebimos pueda, todo cambia de aspecto para Jesucristo. El tercer día despojado de un sepulcro, su alma vuelve unida con su cuerpo; sale del sepulcro lleno de vida y de gloria, vencedor del demonio y de la muerte: llega aquí ya para siempre en posesión de una felicidad y de un poder sin límites; inaccesible a todos los males del cuerpo y del alma, y seguro de gozar eternamente de una felicidad superior sin comparación a la de los espíritus bienaventurados, é inferior tan solo á la de Dios en su propia naturaleza.

¿De dónde proceda tan maravilloso cambio? ¿Pasar de la cruz á la derecha del Padre celestial! del seno de la tierra á lo más elevada de los cielos! de la debilidad y de la falta á un poder inmenso! del dolor á un júbilo inefable! del estigma de las humillaciones al cónulo de la gloria! de un gusano de la tierra, del apóstrofo de los hombres, del desecho de la infame plebe, á soberano del universo, á juez de vivos y de muertos, á aquel Señor ante quien todo se postra, y que participará para siempre de los homenajes debidos á la Divinidad! Pérdase el entendimiento al cotejar ambos extremos; y sin embargo el uno fué el resultado y la recompensa del otro. Porque Jesucristo se humilló, dice el Apóstol, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: por esto Dios le exaltó y le dió nombre superior á todo nombre, á fin de que al nombre de Jesús se doblé toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en el infierno, y todo lengua confiese que él

Señor Jesucristo así en la gloria de Dios Padre¹.

Tal es pues el término de los padecimientos y de las oprobios reportados por causa de Dios, por amor, por omisión á su voluntad. Dios no se dejó vencer en liberalidad; y si exige mucho de la criatura, es porque quiere volverle en la eternidad mucho mas de lo que recibió de ella en el tiempo. Confieso que no es posible dar mas á Dios de lo que le dió Jesucristo. Mas tampoco es posible á Dios mismo retribuir mas de lo que dió en retribucion á Jesucristo. Pues lo que Jesucristo dió á su Padre, padeciendo, humillándose, muriendo por él, era finito por él, proporcionado á la naturaleza humana, y no era de un valor infinito sino con respecto á la dignidad de su persona; en vez de que lo que Dios le daba en dicha, en gloria, en inmortalidad es infinito, en el sentido de que agota todo cuanto es magnificencia, es amor, es reconocimiento pueden comunicarse á una naturaleza creada, unida personalmente á la Divinidad, y dotado por esta union de una capacidad que no cede sino á la inmensidad divina. Y si, como le dije ya en el precedente artículo, esta union tuvo por objeto poner á Jesucristo como hombre en estado de hacer el mayor sacrificio que se hizo jamás, Dios su Padre tuvo en esto la mira de hacerle capaz de aquella inmensurable recompensa, con que debía pagar su sacrificio. Así que es exactamente verdadero, que tanto como Dios mismo es superior á un hombre Dios, tanto es superior la recompensa al sacrificio. Y aunque todo esto excede de mucho á nuestra débil comprension, sin embargo, esto alcanza y enseña que así debe ser, pues Jesucristo no murió ni dió sino como hombre, y Dios le amó y le recompensó como Dios.

Echemos una mirada de lo sobre Jesucristo resucitado, contemplándole en la gloria, pensando que él es el precio de sus padecimientos y de sus oprobios. Esta consideracion nos determinará á abjurar con alegría todas las renuncias,

¹ *Philipp. ii. 9, 10.*

todas las vejaciones que sufre la vida interior, á repartir generosamente todas sus gracias, á prestarnos á todos los sacrificios. Bien sé que el amor cuando es puro, no permite que el motivo de la recompensa haga impresión alguna sobre el alma, aun en el tiempo en que está unida con la cruz. Mas este motivo tiene una grande fuerza, cuando se trata de tomar nuestra resolución, y es también muy á propósito para sostenernos en las tentaciones exteriores que nos vienen de parte de los hombres, y en las mas pesadas contrariedades de la vida. Así que S. Pablo le proponía con frecuencia á los Galas de su tiempo, y los animaba á padecer con Jescristo para ser glorificados con él. Y aun por nosotros mismos no debemos desviar nuestros ojos de tan poderosos motivos, ni hacer nada que pueda debilitarlos. Es preciso que dejemos obrar á Dios, el cual nos lo oculta cuando lo juzga á propósito, no permitiendo que pensemos ni que nos paremos en ello, á lo cual sustituye otros motivos mas perfectos. Jescristo puesto en cruz no se ocupaba de la gloria que le esperaba, la cual sacrificó al expirar, si tal era el beneficio de un Padre. ¿Y no es justo que las almas capaces de seguirle en este punto, cuando le place elevarlas á tan alto grado de conformidad?

Por lo demás hagamos del misterio de la resurrección del Salvador el uso que nos recomienda el Apóstol. La conversión del pecado á la gracia es una especie de resurrección, y aun la mas especial de todas. Y así como Jescristo resucitado no vuelve ya mas á morir, y la muerte no tiene ya sobre él mas imperio, no permitámonos que el pecado cause de nuevo la muerte á nuestra alma, y hagamos de toda ocasión que ponga en peligro nuestra eterna vida en Dios.

La conversión de una vida tibia y del todo exterior á una vida ferviente é interior, es otra manera de resurrección. Y así como Jescristo resucitado nada tiene ya de común con la tierra, se mostrándose en ella sólo por cortas apariciones,

que no tiene otro objeto sino la gloria de su Padre; del mismo modo al nosotros hemos resucitado con él, no busquemos mas que las cosas del cielo, en donde él está sentado á la derecha de Dios; no hallemos gusto sino en las cosas del cielo, y no en las de la tierra, de las cuales tan pronto hemos de desahucarnos. Porque nuestra atalaya, dice S. Pablo, y nuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios *. Para sostenernos en las ejercicios de la penitencia, en las lagrimas y en las dolencias, y al aproximarse la muerte, que debe reducir á polvo nuestra carne, acordámonos de que la resurrección de Jesucristo es una prenda segura de la nuestra; y que nosotros cuerpos, si los hemos santificado aquí en la tierra, participarán de las cualidades gloriosas del cuerpo de Jesucristo. Leed sino el capítulo xv tan bello y consolador de la primera Epístola á los Hebr. de Caristo.

Las mas sublimes situaciones de la vida espiritual se encierran en las simples consideraciones que nos ofrece la resurrección de Jesucristo, en cuanto fué ella el precio de sus pecadilleros. Error sería el pensarlo así, y de ellas debemos servirnos tanto como nos sea posible. Las penas extremas tienen sus intervalos, y en estos intervalos hemos de auxiliarnos con todo cuanto pueda inspirarnos aliento para sobrellevarlas.

CAPITULO LXIII.

Desempeño del Espíritu Santo.

Jesucristo entró en posesion de su gloria desde el momento en que hubo morrido; pero quedós en la tierra, durante los cuales se manifestó con he-

* Colos. iii. 3. R. B.

conoció á sus apóstoles, conversando familiarmente con ellos. En el día de la Ascension, se elevó desde el monte de las Olivas de una manera sensible á presencia suya, y entró en una nube que lo ocultó á sus ojos. Por medio de esta misteriosa desaparición, disipó enteramente sus conceptos de los objetos terrenos, disipando sus falsas concepciones, y dándoles claramente á entender que su reino no era de este mundo; y que para reinar con él, era preciso que transportasen al cielo todos sus deseos y toda su ambición.

Así es como los preparó para el descenso del Espíritu Santo, al cual no podían recibir, sino después de haber perdido la presencia sensible de Jesucristo, el que les había dicho: Os envío que yo me voy; porque si yo no me voy, no vendré á vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré¹. Tomad pues vosotros estas palabras, ideas demasiado pegadas á dulzuras y á consolaciones sensibles, que os quedáis desolados cuando de ellas se os priva; y aprended en qué sentido es preciso perder á Jesucristo, para ponerle de una manera mas pura y mas excelente por medio de la recepción del Espíritu divino.

Notemos tambien que quien envia al Espíritu Santo á sus apóstoles es el mismo Jesucristo. Aun no se había descendido al Espíritu Santo, dice S. Juan, porque Jesús todavía no estaba en su gloria². Observad bien el orden de las acciones. Jesús debió padecer antes de entrar en su gloria; Jesús debió ser glorificado antes de enviarlos el Espíritu Santo. Ad pues, á las humillaciones y á los padecimientos del Salvador debemos que sea envió el Espíritu Santo á nuestros corazones, el que es llamado el don de Dios por excelencia.

Dios guarda siempre en nuestra santificación un orden enteramente opuesto. Expíenos por enviarlos el Espíritu Santo que toma posesion de nuestros corazones, y los llena de cari-

¹ Juan. xvi. 7.

² Juan. vii. 39.

dad, es decir, de sí misma. En seguida le inspira el aprecio, el amor y el deseo de las cruce, y por este mismo espíritu le comunica el valor y la fortaleza necesarias para super-tarlas. Cuando ya aborrazadas las cruce y sostenidas por el amor, han destruído el hombre viejo con sus dos principales vicios, el orgullo y el amor propio, el Espíritu Santo reina pacíficamente en el hombre nuevo, que es su obra, acaba de perfeccionarla; y cuando ha llegado á la medida de la santidad que Dios le tiene destinada, se le hace pasar de este mundo á la morada de la gloria.

Dios, por el don de su Espíritu, ocha en nosotros las raíces de la vida interior. Nada podemos conocer de ella antes de ser alumbrados por su luz, y aun menos podemos gustarla y amarla antes que nos haya dado á percibir su atractivo. ¿Qué cosa es la vida interior? Una vida conforme á la doctrina y á los ejemplos de Jesucristo. Esta doctrina y estos ejemplos son enteramente sobrenaturales. Nada entendemos de las máximas de Jesucristo hasta que el Espíritu Santo nos descubre su sentido: todos son sus ejemplos para nosotros, y ninguna impresión hacen en nuestros corazones, si el Espíritu Santo no nos marca por una gracia espiritual. Jugamos de esto por los apóstoles. Ellos habían vivido tres años enteros con Jesucristo: habían sido testigos de sus discursos, de sus hechos, de sus milagros: él había puesto particular cuidado en formarlos, y les había dicho, que cuanto había aprendido de su Padre, todo se lo había enseñado. ¿Eran por esto menos groseros, mas inteligentes en las cosas de Dios? No, porque no habían aun recibido el Espíritu Santo: sus pensamientos y sus deseos no se elevan sobre lo de la tierra; su celo y su adhesión á su Maestro eran enteramente humanas, y se limitaban á esperanzas temporales: barto lo manifestaron en el momento de su pasión. Porque el Espíritu Santo no les había sublimado todavía á los objetos celestiales.

Yed á estos mismos apóstoles después que este bruto desatido sobre ellos. Ya no son los mismos hombres. Mas ¿en qué han cambiado? ¿En su exterior? No: en sus ideas y en sus sentimientos. Nada es ya para ellos la tierra; no piensan sino en el cielo y en los medios de llegar á él, y de conducir á él á los demás. Son paciencia, el amor, el odio, el temor, el desprecio, la alegría, la tristeza ya no se excitan sino por causa de objetos sobrenaturales. Estos cobardes que habían abandonado á Jesucristo, le asocian con una intrépida asombrosa: ya no temen ni las amenazas, ni los malos tratos: regocijense de haber sido juzgados dignos de sufrir en oprobio por el nombre de Jesús. No prefieren sino su cruz; no aman más que á su cruz; no viven con gusto sino en medio de las cruces; van á buscarlas hasta al extremo del universo; no quieren otra fruta de sus trabajos que derrochar en sangre por la gloria de su Maestro. Este cambio prodigioso fué la obra del Espíritu Santo; en momento realizó lo que tres años puestas en la escuela del mismo Jesucristo no habían ni aun comenzado.

Si nos fijamos en los primeros Discípulos de Jerusalén, no hallamos menos admirable su conversión. Aquellos judíos, aquellos hombres pegados á la tierra, que no habían renunciado, ni dado la muerte á su Molero, sino porque no correspondía á las ideas ambiciosas y carnales que de él se habían formado, apenas recibieron el Bautismo y el Espíritu Santo, bílos aqul convertidos de repente en hombres interiores; para desahucarse de todo, venden sus posesiones, llevan su precio á los apóstoles sin reservarse ni aun un distribucion entre sus mismos hermanos pobres. Libres de toda cuidados, y viviendo en comun, perseveran uniformemente en la oración; la Eucaristía viene á ser su diario alimento; y la caridad produce entre ellos una tal cohesión, que no forman sino una sola carne, una sola alma. El descenso del Espíritu Santo produce el mismo efecto en los gentiles y en los idóla-

trio, abismados en la corrupción y en los mas infernales vicios. Ellos forman aquellas Iglesias tan edificantes, que hacen aun en el día nuestra admiración, y que despues de tantos siglos no se han encontrado mas sobre la tierra. ¿Ellos dirigia S. Pablo aquellas divinas Cartas que nosotros ya no entendemos ni gustamos, y que hablas á nuestro espíritu y á nuestro corazón en lenguaje enteramente extraño.

¿De qué provienen, que entonces casi todas las cristianas eran interiores, y que hoy tan pocas de ellas en el día? Era entonces mas abundante la gracia del Espíritu Santo? No. ¿Acaso los judios y los gentiles estaban mejor preparados por su vida precedente? Tampoco. ¿A qué causa pues hemos de atribuir esta diferencia? ¿A la siguiente. Desde que conocieron la verdad, y se sintieron movidos por ella, la abrazaron, y la abrazaron enteramente: todo: renunciaron á cuanto se oponia á ella en lo interior de sí mismos; plantaron resaca todos los respetos humanos y los obstáculos exteriores; se dispusieron á sacrificar sus bienes, sus padres, su honra, su vida, y con esta determinacion se hacian cristianos y recibian el Espíritu Santo. ¿Es de admirar que de este modo produjese en ellos efectos admirables?

Hoy día baja el Espíritu Santo sobre nosotros en una edad en que apenas sabemos lo que es el ser cristiano. Los niños mejor educados y mas piadosos practican por rutina los ejercicios de piedad; no se hallan todavía en estado de ser interiores, no hay duda. Mas si sus padres, si sus maestros, si sus confesores los ponen en disposicion de serlo. Se les enseña el Catecismo de sus acciones; tienen libros para la Misa, la Confesion y la Comunión. Cuidan mucho de arreglar su exterior; mas del interior, que forma el verdadero cristiano, apenas se les habla. Ellos enteramente van administrado en ellos, su espíritu toma las ideas y las preocupaciones del mundo, su corazón se pega á las cosas de la tierra y á las impiedades de los sentidos: desarraigan las pasiones, ejercitanse

sobre los objetos que los sentidos les presentan; el orgullo y el amor propio se arraigan y se fortalecen. Aun aquellos que conservan el temor de Dios y el espíritu de devoción, se forman un plan de piedad que no les dicta por cierto el Espíritu Santo; en el cual nada se trata de la vida interior que ellos no conocen ni quieren conocer; ni se propone imitar á Jesucristo, ni examinar á la luz de su gracia, ni estimar y amar lo que él estimó, amó y escogió para sí; sino que en este plan siguen su propio espíritu, su propia voluntad, su carácter, su humor y sus caprichos en toda cuanto no les parece una ofensa manifestada á Dios; un plan de piedad, en sus palabras, en el cual no se trata de renunciarle á sí mismo, que contendría con la naturaleza y el amor propio; contentándose con la flosofía idea de hallarse en estado de gracia, sin tomarse el trabajo de aspirar á la perfección cristiana. Si escrupulosamente un pequeño número de almas, ¿no es esta la disposición general de aquellos que profesan la devoción? Su conducta no ofrece en la exterior nada de muy reprochable. Desempeñan regularmente sus ejercicios de piedad, frecuentan los sacramentos, tienen cada día un rato de piadosa lectura. Mas fuera de estos momentos, que consagran á Dios, viven para sí mismos; se abandonan á una continua disipación de espíritu; no tienen otras miras que las naturales y humanas; no saben lo que es el entrar en el fondo de su corazón para escuchar allí á Dios; al contrario, huyen de sí mismos, buscan siempre objetos exteriores, sordos á las voces que los llaman á reconcentrarse en sí propios. ¿Tendremos de sorprendernos que tales cristianos no reciban jamás el Espíritu Santo, ó que la venida de éste no produzca en sus almas efecto alguno semejante á los que producía en los fieles de los primitivos tiempos?

CAPÍTULO LIII.

Fida Escríptica de Jesucristo.

Jesucristo reside en nuestros santos tabernáculos, en donde se le conserva para el uso de los fieles. Su vida en este estado es uno de los mayores atractivos para las almas interiores. Ellas se deleitan en contemplarle allí; le visitan de día y de noche; forman sus delicias de conversar con él, y de participar de sus placeres y de sus penas, de consultarle en sus negocios, de tratar con él como un íntimo amigo; y por sufriendole de este modo bajo el velo de la fe, no envidian la dicha de los habitantes del cielo. Por su parte Jesucristo se comunica á ellas con tan vivo afecto como familiaridad. Como allí no está sino para nosotros, no gusta que se le deje solo. Plácete en ser visitado; y como distingue á los que le prestan debidamente este homenaje, recoge aquellos momentos para prodigarles sus favores. Así que, el hábito de visitar al Santísimo Sacramento es uno de los mas seguros medios de adelantar en la oracion, si se sabe hablar á Jesus de corazón, y sin fórmula ni acto preparatorio decirle francamente lo que nos inspira el amor y la confianza.

Mas no para aquí. Su Fida Escríptica es uno de los estados que mas repetidamente propone á nuestra imitacion y que nos ofrece un modelo admirable de las virtudes que mas le agradan. Su vida allí es oscura: encerrado está en nuestros tabernáculos, y no se deja ver por defuera. Es necesario que el ojo de la fe penetre hasta su retiro para descubrirle. Es una vida de la mas profunda humillacion, pues está no solamente oculto sino como escondido, segun su santa humanidad. Allí está su cuerpo, y no se le vé; y las especies que le ocultan, dan á creer á los sentidos, y así á

la cruz, que no está, y que no puede estar. Su cuerpo está lleno de vida; y allí nada hay que deje percibir ni aun sospechar el menor movimiento, la menor señal de vida. Allí está con toda la integridad de sus miembros, y aun parece reducido á un espacio casi imperceptible. ¡Qué amor á la oscuridad en este Hombre Dios, que emplea todo su poder en hacerse invisible! Vida en esta de silencio, así interior como exterior. Allí suega de continuo á su Padre, sin hablar ni hacer más acto distinto. Su estado es la oración.

En una vida toda de recogimiento, toda interior, toda de sacrificio y de inmolación; ninguna acción, ninguna función sale afuera: su Padre solo, que es en lo secreto, es testigo de sus adoraciones, y recibe la ofrenda que esta víctima le hace de sí misma.

¡Oh Dios Salvador! Por así verdaderamente un Dios oculto. Vos lo habéis sido en todas las situaciones de vuestra vida mortal; pero en parte alguna lo habéis sido más que en la Eucaristía; lo sois, aunque glorioso é inmortal, lo sois en todo lugar y tiempo, y queréis serlo hasta el fin de los siglos.

¡Cuán santa, cuán gloriosa para Dios y conforme á la de Jesús es el Sacramento del altar es una vida oculta en Dios, de la cual nada saben ni perciben los hombres, ni aun llegan á sospecharla! Vivian en medio de ellos sin ser conocidos. Tomando parte al parecer en los objetos que los ocupan, alimentase el corazón de un manjar invisible, del cual ellos ni aun tienen idea. Dedicándose á los propios negocios como si aun tuvieran mucha cuenta, no se tiene otro secreto que el de adorar y amar á Dios; y mientras se conversa con las personas que la necesidad ó la ocasión nos presentan, conversamos interiormente con Dios por medio de una oración no interrumpida. Estamos recogidos, pero sin estarlo fácil, tan natural este recogimiento, que escapa á los ojos más observadores. Por dentro estamos como acostumbrados; y de ello no damos señal alguna exterior. Casi no hay momento en que no

practiquemos algún acto de virtud; pero Dios solo los ve, y los oculta como cuidadosamente á las miradas de los hombres. Nos ocultamos, pero sin afectación, evitando mas que todo el dar á entender que queremos ocultarnos. ¡Oh vida oscura, vida desconocida, vida encubierta bajo apariencias comunes, cuán preciosa eres delante de Dios! pero ¡cuán rara sobre la tierra! El instinto natural propende á manifestarse, y este instinto no está siempre muerto en las personas mas espirituales: pretéstanse la gloria de Dios, la edificación y el bien del prójimo. Mas fuera del caso de una vocación de Dios muy señalada, ya sea por el llamamiento interior, ya por los deberes mismos del estado, ya por la obediencia, el instinto de la gracia inclina á repalearse con Jesucristo, á vivir en el retiro y en el silencio, á explicarse lo menos posible, y á encubrir las propias virtudes, las gracias y los dones de Dios con el velo de la oscuridad mas profunda. Si pudiéramos hacer milagros, debiéramos hacer uno para contrainformar á los ojos de los hombres, y hacernos invisibles como Jesucristo. No ser conocido sino de Dios, ser ignorado y repaido por nada en su propia casa, como en S. Aloja, tal es el deseo de todas las almas verdaderamente interiores.

CAPÍTULO LXV.

De la devoción al Corazón de Jesús.

No hallamos ya en estado de conocer por lo dicho, en qué consiste la devoción al Corazón de Jesús; devoción nueva en cuanto á su denominación; pero devoción tan antigua como la Iglesia en cuanto á su principal objeto, mejor conocida y mejor practicada por los primeros fieles, de la que ha sido nunca después de ellos. Si en el último siglo la reveló

Jesucristo mismo á una alma santa, fué para resumir el fervor casi extinto, y para llamar otra vez á los cristianos de nuestros días hacia aquel antiguo espíritu que admiramos en los mártires y en los confesores de los tres primeros siglos, pero que estamos bien distantes de revivir en nosotros.

El corazón de Jesús es su mismo interior: nada hay en el hombre tan íntimo como el corazón; por el corazón somos buenos ó malos, agradamos ó desagradamos á Dios. Los mismos hombres cada uno tan sólo en sus semejanzas como las calidades del corazón; y todo el arte de aquellos que se las tienen, es el alocutarlas, bien convencidos de que sólo por este medio se conseguiría la estimacion y el afecto de los demás. Así pues, el Corazón de Jesús sea sus virtudes, su amor hacia Padre y hacia nosotros, su dulzura, su humildad; sea los sentimientos de que estuvo animado durante el curso de su vida y en su pasión: sentimientos de celo el más ardiente para con los intereses de su Padre; sentimientos de bondad, de ternura, de compasión hacia nosotros, y de desecho el más vivo de hacernos felices, hasta sacrificar su vida por estas dos objetos. En el lenguaje de los hombres, así como la cabeza es la morada del pensamiento, el corazón lo es del sentimiento y de las pasiones, de la alegría y de la tristeza, del amor y del deseno. Estas pasiones en Jesucristo eran sobrenaturales y excitadas por los dos grandes motivos de la gloria de Dios y de nuestra salud. He aquí lo que se propone á la meditación, á los afectos y á la imitación de los fieles en la devoción al Corazón de Jesús.

Así que, ser sólidamente devoto de este Corazón adorable, es penetrar en él, con la ayuda de la meditación ó de la oración, para conocer sus disposiciones, sus inclinaciones, los objetos que tuvo presentes, los principios que le hacían obrar, las virtudes que practicó y que le eran gratas ó penosas: es concebir con respecto á este divino Corazón los sentimientos de amor y de reconocimiento que de nuestra parte

marco; de dolor por todos los disgustos que le hemos ocasionado, y de lo que le hemos hecho sufrir; de aquel desconsuelo y efíaca de contentarle, y de nada descuidar para complacerle, exultando y reparando nuestras pasadas faltas. Es por fin aplicarnos á imitarle, como á ello nos exhorta el Apóstol, teniendo en nuestros corazones las mismas sentimientos que tuvo Jesucristo, resucitando de Jesucristo¹, pensando, hablando, obrando como él, por los mismos principios y para los mismos fines que él; de manera que nos le parezcamos en lo interior y en lo exterior, siendo esto consecuencia necesaria de aquello. Que se me diga sino, si es otro el objeto del Evangelio y de las Cartas de los apóstoles, sobre todo de S. Pablo; si hay nada mas sólido y mas profundo en la religión; si puede darse una piedad mas verdadera, mas agradable á Dios, mas útil á nuestra alma; ó mas bien, si esto no constituye la esencia misma de la piedad. ¿No he tenido pues motivo para decir que esta devoción, así considerada, empezó con la Iglesia, y que ella hizo de los primeros cristianos otros tantos hombres interiores?

En efecto, es imposible que si alguna la mira y la practica de la manera que acabo de decir, no se vuelva interior, porque la vida interior no tiene otro objeto de reflexión, de contemplación, de afecto y de imitación, que Jesucristo. ¿A quien amamos Señor? debemos decir con S. Pedro: á tiómas palabras de vida eterna². ¿No ha dicho el mismo, que la vida eterna consiste en conocer á su Padre, al solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien el Padre ha enviado³. ¿No dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie viene al Padre sino por mí⁴? Si no se conoce al Padre sino en cuanto se conoce á Jesucristo del modo que quiere ser conocido para ser ama-

¹ Philpp. ii. 5. Rom. viii. 26.

² Juan vi. 33.

³ Ibid. xvi. 31.

⁴ Ibid. xiv. 6.

da é limitado, y en cambio se conoce su Corazon, es decir, lo mas interior de él, ¿no es evidente que el conocimiento del Corazon de Jesús incluye el conocimiento y la práctica de la vida interior, y la contiene en toda su extension?

¿Cómo pues debemos pararnos para tener acceso al Corazon de Jesús, y ser introducidos en aquel santuario? No podremos jamás introducirnos allí por vosotros mismos: dad siempre vuestro Corazon á Jesús; dejádselo á sus inspiraciones y á su gracia; el mismo os servirá de introductor; él os enseñará todas sus secretas; él os comunicará el amor de que está inflamado, y con el amor todas las virtudes que le acompañan. Dando á él vuestro propio corazon, es como se gana el suyo. Jesús os ha dado su Corazon, y con este linde derecho sobre el vuestro. Negándolo, perdéis el derecho que sobre el suyo tenéis, lo cercáis para vosotros mismos, y ya no sois dignos de entrar en él.

Me decís que vosotros estáis ya en la costumbre de dar vuestro corazon á Jesús, y que ya por esta causa mas en posesión del suyo; que ya por esta vía mas recogidos, mas dispuestos á la oración, mas interiores. Os eres sin dificultad. Mas, ¿de qué modo dais vuestro corazon á Jesús? De boca solamente, por una especie de hábito, recitando con liviana imaginacion algunas fórmulas afectuosas que halláis en un libro. Es preciso que vuestro mismo corazon sea quien se dé con toda la rectitud, sinceridad y generosidad de que es capaz; que reconozca á poseerse y á gobernarse por sí propio; que se abandone á discrecion de Jesús, para que haga de él lo que tenga por conveniente, y que se vea por los efectos que esta entrega no es aparente. Y ¿qué efectos has de esperar? No valdréis á tomar, intrigados por el amor propio, á abandonándoos á la sensibilidad, á vuestra propia satisfacción y á todas vuestras naturales inclinaciones; mostrarse atento y fiel á la gracia, que en todas ocasiones os inspira el amor á vosotros mismos para que viva en vosotros Jesucristo; acep-

tar con agrado todas las pequeñas mortificaciones, contrariedades y humillaciones que os vengan de parte de las criaturas; apartaros de lo que pueda disipar vuestro espíritu; Ejercer con fuerza, y extinguir en vosotros todo atractivo, hasta el de la presencia de Dios y de la oración. He aquí sin duda á todo lo que os obliga la entrega de vuestro corazón. ¿Y es esto lo que practicáis?

Esta devoción, decís, del Corazón de Jesús. Esto es, que el pensar en las dolores Corazón produce en vos buenos movimientos y santas afecciones, os haga derramar algunas lágrimas, os llene de gustos y de consuelos sensibles. Nada mas propio es electo que el Corazón de Jesús para excitar semejantes sentimientos. Pero vos os aspiráis mas que á esta. Aquí os limitáis, sin advertir que esto no es amar el Corazón de Jesús, sino amarse á vos mismo, y no buscar en este Corazón divino sino una vana y estéril satisfacción, que solo tiende á haceros creer verdadera vuestra devoción, cuando se es sino ilusoria. Id al verdadero objeto de esta devoción; referid vuestro propio corazón sobre el de Jesús; copiad las virtudes cuyo modelo os presenta; imitad su dulzura, su humildad, su paciencia, su caridad. Ved de qué manera cada objeto le afectaba, y procurad con todas vuestras fuerzas poner os en las mismas disposiciones; condescendad á vuestras mismas por no herirlos, y regadlos sin cesar que os ayude á adquirirlos. Esto es honrar verdaderamente el Corazón de Jesús, y tomar el camino de una devoción sólida é interior. Los que conciben que se presenta al culto y á la piedad de los fieles el Corazón material de Jesús, deberían atender que nuestros sentidos y nuestra imaginación necesitan de un objeto sensible; que este Corazón, como órgano corporal, es ya adorable en sí mismo á causa de su union con la Divinidad; sin embargo, no nos limitamos á él, sino que la intención expresa de la Iglesia es que se pase á los sentimientos que afectaron el alma de Jesús, sim-

balsados por su Caridad. Por poco discernimiento y equidad que la vista tales censores, siquiera se averguenaban de sus miserables reparos, que solo inspiran desprecio á las almas buenas, y que los verdaderos fieles deben mirar con horror.

CAPÍTULO LXVI.

Razonos para unirse con el interior de Jesús.

La grande razón para unirse al interior de Jesucristo es porque el interior es el alma de todo lo demás, cuando el exterior no es sino su expresión, y no debe ser mas que un resultado y una dependencia. Aun cuando conociere yo hasta el último ápice todas las particularidades de la vida exterior de Jesucristo, todo lo que él fué, todo lo que dijo, todo lo que hizo y padeció; si no conozco el espíritu interior que le animó y dirigió en todas sus situaciones, en todas sus palabras, acciones y padecimientos, no poseo la ciencia de Jesucristo. Y aun cuando tuviere esta ciencia, si no la aplicara á mis sentimientos y á mi conducta, me sería por lo menos inútil.

¡Cuántos pecanosa al meditar ó al contemplar el nacimiento del Salvador, se detienen ó limitan el estado humilde, pobre, angustioso en que nació; á su establo, á su pesebre, á los palios en que fué envuelto; y solo piensan en enternecerse viendo las lágrimas y oyendo los gritos de este pequeño infante! Todo esto no es mas que lo exterior del misterio. Para penetrar á lo interior, preciso es reflexionar que quien así nace es el Hijo de Dios, el Rey del cielo y de la tierra, á quien se debe toda honra y toda gloria, toda riqueza y toda majestad; que nació así por su propia elección, con la mira de honrar á su Padre con su abasamiento, y traerlos

la paz con su absoluta indigencia; que al mismo tiempo que llora y grita como un niño, es la sabiduría eterna, la fortaleza, la omnipotencia; que su corazón se goza en padecer, y que se ofrece ya á su Padre para muchos mayores sacrificios. Mas si me llecía á estas consideraciones, tampoco basta. Menester es que me aplique este misterio, y que me diga: Para mí quiso Jesus nacer así, para curar mi orgullo, para abatir la suficiencia de mi razón, para condenar las delirancias de mi amor propio, para enseñarme á despreciar las grandezas, los placeres, las riquezas del mundo, para introducirme por la pobreza, por la simplicidad en la vida interior, de la cual me ofrece desde su nacimiento un perfecto modelo. ¿Qué conformidad hay entre mis presentes disposiciones y las del nacimiento Jesus, entre mis pensamientos, mis afectos y los suyos? ¿Qué debo hacer para parecerle? Pregunto ahora, ¿hay muchos cristianos que profundicen de este modo la natividad de Jesucristo, y que saquen de ella consecuencias prácticas para la reforma de su espíritu y de su corazón? Si así se practicara sería y eficazmente, ¿no cambiaría de faz el cristianismo? Y siendo interiores, ¿no entraríamos en las intenciones de Jesucristo? Lo que he dicho de su nacimiento, lo digo de todos sus demás misterios, de la menor de sus acciones, y de cada uno de los puntos de su doctrina. Así es como deben considerarse, remontando siempre al principio, penetrando hasta el fondo, y haciendo la aplicación á sí mismo.

Además, el imitar la parte exterior de la vida de Jesucristo no está en nuestra mano, y Dios no lo exige sino de un corto número de cristianos á quienes llama, unos á la imitación de su pobreza, otros á la de su vida oculta, otros á sus trabajos y á su ministerio público, otros á sus ignominias y á sus padecimientos. Ni permite la Providencia arrugar de otro modo la diferencia de los estados y de las condiciones de la sociedad humana. Pero todos, grandes, pequeños, sabios, ignorantes, ricos, pobres, dueños, servidores, todos son

llamados á imitar el interior de Jesucristo, y todos pueden hacerlo. Sin tocar nada al exterior de las condiciones, de nosotros solos depende el ser humildes en medio de la grandeza, por un sincero desprecio de todo lo que nos distingue y nos eleva á los ojos de los hombres; á de estar contentos de la condición oscura en que Dios nos ha colocado, sin avergonzarnos de ella, sin aspirar á mas alto, sin tener envidia á los que se hallan sobre nosotros. En nuestra mano está el renunciar con el afecto á los grandes bienes que poseemos, creer que su propiedad pertenece á Dios, y que no somos sino sus administradores, obligados á usar de ellos con arreglo á sus intenciones, dándole de los mismos estrecha cuenta; á él no quejarnos de nuestra pobreza, sino sufrir sus incomodidades con paciencia y aun con alegría, bendiciendo á Dios por la semejanza que en esta parte nos ha dado con su Hijo. De nosotros pende el mandar con dulzura y hasta con benignidad, como si no fuéramos mas que latirar las órdenes de Dios de quien recibimos nuestra autoridad, y el imitar á Jesucristo en el ejercicio de la obediencia; á obedecer á los hombres, atendiendo á Dios á quien nos representan, sin murmuraciones, sin rebeldía interior, sin bajezas, sin respeto humano, con miras nobles y dignas de un cristiano, acordándonos que Jesucristo no vino para ser servido sino para servir. Todos tienen la gracia para conformarse de este modo á sus estatutos interiores, para pensar y obrar cada uno en su estado como si mismo hubiera pensado y obrado. De manera que nunca inexcusable si no nos lo pareciere, no pudiendo dudar que tal es su voluntad, y que nos da todos los medios necesarios para cumplirla.

Segun la doctrina de S. Pablo, de nuestra conformidad con Jesucristo depende nuestra predestinacion. A aquellos, dice, que Dios comenció en su predestinacion, tambien los predestinó para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo ¹. ¿Y de qué

¹ Rom. viii, 29.

conformidad puede hablarse, sino de la de los sentimientos? ¿Cuál es esta imagen á la que debemos parecernos, mas la imagen interior del Hijo de Dios, en donde se hallan definidas todas sus virtudes? En nosotros interiormente debemos copiar el interior de Jesús, como copiadola raso por raso, y procurando llegar en cada uno á la perfección posible. Cuanto mas nos aplicáremos á este estudio, mas fuerte tendremos para esperar el ser del número de los predestinados; y cuanto mas la deseáremos, mas raras tendremos para temer el ser excluidos. Reflexionemos sobre este motivo temido de nuestro mayor y mas íntimo interés. Nosotros ignoramos enteramente el secreto de nuestra predestinación; y si cosa hay sobre la cual podemos poder formar á lo menos alguna conjetura para tranquilizarnos, es esta sin contradicción. Es aquí para una, que sin ser una seguridad positiva, casi no pueda engañarnos. Es cierto, que si Dios reconoce en nosotros la imagen de un Hijo, está asegurada nuestra predestinación. Si no podemos respondernos a nosotros mismos de que sea fielmente representada en nosotros, pues la humildad no permite semejante testimonio, nuestra conciencia pueda á lo menos respondernos del deseo que de ella hacemos, y de los esfuerzos que hacemos para conseguirla. Pon-gamos toda nuestra cuidado en imitar el interior de Jesús, y jamás tendremos inquietud alguna real acerca de nuestra predestinación; antes al contrario, de tiempo en tiempo recibiremos de Dios las mas consoladoras garantías, sea las cuales sin embargo, en beneficio nuestro, no permitirá que nos contradigan.

Jesús mismo es quien nos ha de juzgar, pues Dios lo tiene el jura de vivos y de muertos. Nada mas formidable por cierto que este juicio, que debe decidir de nuestra eternidad feliz ó desgraciada. ¿Qué medio empleo mas seguro de no tener para que temerlo, que hacer de manera que Jesús no pueda proceder contra nosotros sin proceder contra sí

mismo? Convertámonos, como en nosotros queda, en otros tantos Jesucristos; encarece él en nosotros su espíritu, sea á lo menos delicadas las principales rasgas de sus virtudes, represente nuestro interior el suyo, bien que imperfectamente; ¿cómo podría condenarnos, si aun dejar de darnos una favorable acogida?

El nos dijo que nadie podría arrebatarle sus orejas de la mano, como tampoco de la de su Padre; añadiendo que sus orejas escuchan su voz y le siguen. ¿Puede acaso escucharse esta voz que habla al corazón; podemos estar siempre dispuestos á escucharla y á obedecerla sin ser interiores? Y ¿qué dice esta voz? ¿A qué conduce? ¿No es á la práctica de las virtudes de que Jesucristo nos ha dado el ejemplo, y sobre todo de las virtudes interiores que tienen directamente á Dios por objeto, y que son el fundamento de las otras? Mas ¿puede seguirse á Jesucristo, como lo hacen sus orejas, si se descuida el interior en el punto principal que es el interior? Es evidente que no. Sin embargo nadie es oreja sorda, es decir, del número de los elegidos, sino escucha su voz y le sigue.

En otra parte dice que él es la vida, y que nosotros somos los sarmientos. ¿De dónde tiene su vida el sarmiento? De su unión con la vid. ¿Qué cosa de ella? Lo mas íntimo que tiene, la savia, el jugo que la alimenta. En Jesucristo la naturaleza humana vive de su unión con la naturaleza divina, de la cual chupa el espíritu de Dios. Es indispensable que por el canal de Jesucristo el mismo espíritu de Dios pase hasta nosotros, y nos viva, proporción guardada, hombres interiores y divinos como lo era Jesucristo. Nuestra unión con él es imprescindible, y por él nuestra unión con Dios, el cual, siendo espíritu, nos transforma de terrestres que somos en espirituales. Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto, si no está unido con la vid, así tampoco nosotros si no estamos unidos con Jesucristo; porque sin él nada podemos ha-

er ¹. Estas son las palabras. Mas qué cosa es el estar unido con Jesucristo, sino procurar ser interior como él? Y ¿qué frutos de gracia llevará el cristiano para la vida eterna, si el germen de estos frutos es reino del interior mismo de Jesucristo? Se me dirá que basta para esto la gracia santificante. Mas ¿para qué nos la da Jesucristo, sino para ponernos en estado de pensar y de obrar en todo de un modo sobrenatural como él? ¿Y qué es esta gracia en sí misma, sino un principio de vida interior? La dejamos ociosa, y nos exponemos á perderla, si no llevamos una vida interior, que sea como una dilatación y propagación de la vida de Jesucristo.

Nunca sebaria si quisiese trasladar aquí todos los pasajes del Evangelio, en donde se expresa la necesidad de imitar el interior de Jesucristo. Uno solamente recordaré sacado de la última súplica que hizo á su Padre antes de su pasión. Después de haber rogado especialmente por sus apóstoles, añade: No ruego solamente por ellos, sino también por todos aquellos que han de creer en mí por medio de mi predicación ². Esta es una loca personalísima, para nosotros hemos creído en Jesucristo por la palabra de los sucesores de los apóstoles. ¿Qué pide pues á su Padre para nosotros? Yo es ruego que todos sean una misma cosa; y que como tú, oh Padre! estás en mí, y yo en tí, así sean ellos una misma cosa en nosotros. Ahí está: Yo estoy en ellos y tú estás en mí, á fin de que sean consumados en la unidad. Lo que pide aquí Jesucristo para todos nosotros es la unidad, ó sea la perfección de la caridad; todo le reduce á este punto, que es el punto le comprende toda; y no podía desearnos una unidad mas perfecta que aquella cuyo modelo es la unidad que hay entre su Padre y él. Y es evidente que no podrá lograrse esta unidad entre los cristianos, sino en cuanto tendrán su mismo espíritu interior tomado en el corazón de Jesucristo. Las imágenes, para parecerse entre sí,

¹ Juan. xv. 4.

² Juan. xvii. 20.

han de ser formadas sobre un mismo modelo. Y es muy digno de advertir, que todas esas almas interiores ha habido, y las pocas que hay ahora, han tenido y tienen el mismo carácter de devoción; por manera, que dos personas interiores que se ven por la primera vez, abriendo el corazón la una á la otra, se hallan tener en el fondo las mismas ideas y los mismos sentimientos, los mismos atractivos y los mismos gustos; traban una misma amistad, y quedan mas unidas por la gracia de lo que nunca lo fueran por naturaleza. Lo mismo acontece con los escritos producidos por hombres interiores: adviértase en ellos el mismo fondo de doctrina, y á corta diferencia la misma manera de expresarla. Un alma interior cuando lee sus páginas, las saborea al momento, hallando allí lo que tiene en el corazón: los allí lo mismo que experimenta, y los distingue á primera vista de todas las demás obras de piedad que el espíritu de Dios se ha dictado. ¿De dónde viene pues esta unidad de sentimientos y de doctrina en las personas espirituales y en sus escritos? Viene de que las anima el mismo espíritu de Jesucristo, y de que todas participen mas ó menos de su interior. La unidad pues que el pide para nosotros, es el cielo y la consecuencia necesaria de nuestra conformidad interior con él; y esta unidad llega á consumarse, cuando la conformidad es tan entera en cada uno, cuanto puede serlo por la fidelidad á la gracia. Verdad es que en cierto sentido esta conformidad de unidad y de caridad no se verificará sino en el cielo; pero Jesucristo quiere que empiece y sea ya bastante adelantada sobre la tierra, para darse que el mundo conozca por esta señal, que su Padre le ha enviado.

¿No es evidente que Jesucristo tuvo la mira de introducirnos en su interior, ó de comunicarnos su latente espíritu, dándonos á comer su carne, y á beber su sangre? ¿Podía dar á nuestros almas un alimento mas espiritual, mas sobrenatural, mas propio para divinizarlas? ¿No impedimos el pri-

el principal efecto de este augusto sacramento cuando solo buscamos en él una devoción efímera, lo hacemos servir de pérfido á nuestro amor propio, y no concebimos por él un deseo el mas ardiente de vivir de la vida de Jesucristo? No hay duda: el gran fruto de la comunión es el ponernos en estado de decir con verdad: *Yo vivo, ó mas bien me apoyo en el que vive; vivo que Jesucristo vive en mí* *. ¿No diga Jesucristo que, así como él vive por su Padre, así mismo él que lo como vivirá por él? ¿Qué otra vida es esta sino una vida de gracia, una vida interior, una vida oculta y apocada á la que llevó Jesús entre la tierra?

CAPÍTULO LIVII.

Ventajas de imitar el interior de Jesucristo.

Para conocer bien las ventajas que nos vienen de imitar el interior de Jesucristo, es menester exponer considerando las ventajas que resultaron al mismo Jesucristo de haber sido lo que fue. No hablo aquí de la única hipóstasis, beneficio enteramente gratuito, concedido á la humanidad santa del Salvador, sin que ésta la hubiese merecido, ni aun pudiendo merecerlo; pero ¿cómo si por donde pudiera una criatura merecer semejante gracia? Esta gracia ha sido el principio de sus méritos, y los aumentó en valor infinito. Mas, hablando con propiedad, los méritos de Jesucristo resultan de las disposiciones y de los actos libres y voluntarios de su alma; y estas disposiciones y estos actos constituyen lo que yo llamo su interior.

El alma de Jesucristo, por el libre ejercicio de su valen-

* *Galat.* II, 20.

† *Joan.* VI, 56.

dad, ha sido la mas unida á Dios, la mas seria, la mas colmada por la gloria de Dios. Unida á Dios como á su soberano bien, disfrutó en este mundo de toda la felicidad que puede gozarse sobre la tierra. Este es un punto de fe; y cualquiera que haya sido en este mundo la condicion de Jesucristo, es innegable que su felicidad fué sin igual. Imitar pues el interior de Jesucristo, es acercarse tanto como es posible á la vida moral que su alma tuvo con Dios. Los medios son desear incesantemente de las cosas de la tierra, formar en el corazon un vacío que Dios venga á llenar, dedicarse al recogimiento y á la oracion, ocuparse habitualmente en Dios é en los deberes del propio estado teniendo presente á Dios. Con esto el alma se adhiere al bien soberano, lo posee; participa de su bondad, á medida que va haciendo progresos en la imitacion del interior de Jesucristo.

Su alma fué santa, esto es, todo cuanto en ella es un orden perfecto é invariable: la misma dependia enteramente de la gracia, no habia en ella otra pasion que el amor del bien y el odio del mal, y nada ni por dentro ni por fuera le causaba la menor alteracion. Esta alma pues se hallaba constituida en una paz imperforable; era pues feliz, porque la felicidad se halla necesariamente donde reinan el orden y la paz. El mismo orden, la misma paz, la propia felicidad reinarian en nosotros, si trabajáramos en santificarnos, formando nuestro interior por el de Jesucristo.

Su alma fué devorada de celo por la gloria de Dios, no teniendo otro objeto ni otro interés, olvidándose á sí misma, y no refiriendo nada á sí. Es evidente por la experiencia, que el amarnos á nosotros mismos y el buscar nuestro propio interés, nos hace desgraciados en la tierra. Jesucristo no sintió pues tristezas alguna, ni fastidio, ni enfado, ni género alguno de pena que saliese de su propio fondo, é de volver sobre sí mismo. Si pues á ejemplo suyo nos consagramos á la gloria de Dios, no olvidándonos sino de lo que le interesa,

y abandonando lo nuestro, ni queriendo ni dejando para nosotros más lo que sea de su beneplácito, no seremos jamás para nosotros mismos un manantial de tormentos, ni los que de otra parte nos vengan, podrán hacernos sufrir, pues nos hallaríamos siempre tranquilos y serenos. Hace la verdadera pena del hombre no pueda presenciar más de su rebeldía interior contra lo que sufre, y por consiguiente de su amor propio. Así pues, desde que ha sacrificado su amor propio á la gloria y á la voluntad de Dios, es imposible que sea desgraciado.

Jesús llevó una vida pobre, oscura, laboriosa; mas él la había elegido, la amaba en sí misma y en sus consecuencias. Pero lo que se ama, por repugnante que sea á la naturaleza, no puede dalar á la felicidad de un alma que se hace superior á la naturaleza misma; antes al contrario contribuye á ella, porque nuestra felicidad no depende de los objetos exteriores, sino de nuestras disposiciones con respecto á ellos. Las incomodidades de la pobreza, el desprecio inherente á la oscuridad, las fatigas que acompañan un trabajo sólido y estioso, no impidieron á Jesucristo el ser feliz. Tratemos pues de arreglar nuestras disposiciones interiores, y no nos sentiremos inquietados ni por los inconvenientes de la pobreza, ni por el embargo de las riquezas; no nos afectará ni la consideración que trae consigo un estado distinguido, ni la abyección y el olvido en que nos deja una condición oscura; no sentiremos por vernos condenados á un trabajo penoso y humillante, y aun acaso nos gloriamos por la comodidad que nos procura la libertad de hacer lo que nos place. Todas las condiciones de esta vida nos serán indiferentes, pues no buscaremos en ella nuestra felicidad, que habita en región más elevada; y si en algunas hallamos mayor atractivo, será porque nos acercaría más á Jesucristo. ¿Es poca ventaja esta que nos asegura la imitación de un imitador?

Mas figurémosnos ahora lo peor, y supongamos que comenzásemos á imitar el interior de Jesucristo, se exponen como él á las contradicciones, á la envidia, al odio, á las calumnias; y que este llega hasta el extremo de las persecuciones, de los malos tratos, de la pérdida de los bienes, del honor, de la vida. La sola idea de estas cruces extremas á los cristianos ordinarios; y cuando les venga con ellas la Providencia, se notaría cómo insuportable les parece un peso, cuántas quejas, cuántas mormoneaciones, cuántas rebeldias, cuánta indignacion, y hasta cuántas blasfemias; sube en cuánto se abate, cómo se agustia, en qué profunda tristeza caen, en qué desesperacion; crecen sus miedos en el abatimiento de la desgracia; maldicen su existencia, llaman á la muerte, y mucho es ya que no se la procuren. Mas cuando en alma may de estremo ejercitada en imitar la dulzura, la paciencia, el silencio exterior é interior de Jesucristo, y veros como ella conservará la paz del corazón en medio de las mas violentas borrascas, se mantendrá firme á los empujes del viento que la batirá por todas partes; perdonará sinceramente á los autores de su mal, y no conservará rencores de sorpresa ni de resentimiento; tales bien, hijos de aflijirse, se regocijará en hacer algo que salir por Jesucristo; su serenidad recordará á los que estan testigos de lo que ella sufre, y á nadie será posible no repetirla bien. ¿No son estas unas ventajas verdaderas y sólidas aun para esta vida? ¿Hay cristiano tan exigido de sí mismo, que no desee llegar á un tal grado de virtud? ¿Y por dónde puede á él llegar? Por la imitacion del interior de Jesucristo. Nada digo de las celestiales consolaciones que inundaban con abundancia al alma de todo cuanto viene por parte de los hombres. San Pablo asigna que en medio de sus tribulaciones recibió tantas consolaciones que no podía contarlas, y que de su superabundancia leia con que sostener y consolar á los demás. Añadiré que la semejanza con Jesucristo llega hasta el

punto de inundar una sed insaciable de sufrimientos, desahucando siempre mayores, ¿de los cuales sería insuperable la vida? Tales sentimientos admiramos en san Javier, en san Teresa, en san Magdalena de Pazzi, y en muchos otros. ¿Por qué no nos hemos de consolar solamente en felicidad? ¿Por qué no nos ponemos en estado de participar de ella? Aquí no se trata sino de consolarnos por todos los medios á copiar en nosotros el interior de Jesús. No conocieron ellos otro secreto, ni realmente le hay. ¿Diciéramos que no tenemos necesidad de ella? ¡Ay! ¿quién puede prever lo que sucederá? ¿Tanta ruda calamidad se desploma á veces de repente sobre nosotros cuando menos lo esperáramos? Nuestra virtud es tan débil, que muy presto agota sus recursos, por no haber hecho de ella suficiente provisión. Preparámonos pues á todo evento; y el consuelo de no ser mas inferiores es ya demasiado tarde cuando nos hallamos en la prueba.

Suponga por fin, que propiamente imitar el interior de Jesús, debemos resolvernos á marchar tras él por el estrecho sendero de las penas espirituales, de los tormentos, de la aridez, del abandono, de la agotación. En estas penas llevadas hasta el extremo ¿no fué feliz Jesucristo? Si. Bien podía dispensarse de ellas, y sin embargo las aceptó; quiso beber y apartar el cáliz que le había ofrecido su Padre, y se escandalizó de que Pedro intentase separarle de él. Podía bajar de la cruz, á ella le provocaban inutilidades sus enemigos, y prefirió quedarse y espirar en ella. El que ama una posición por terrible que sea, no se puede llamar desgraciado. Las almas que hacen llegar la imitación del Salvador hasta seguirle en el Calvario; que como él son sacrificadas, abandonadas de Dios en apariencia, y que mueren á real é idénticamente en este horrible abandono, no son para ser compadecidas; gáñense muy bien de compadecerse á sí mismas, si de querer que se las compadezca; están contentas y gozosas de paz en tan cruel situación. De ella las sacará Dios cuando le

plaza; ellas no deben salir, aunque duren toda una eternidad. Esto es inconcebible, mas no deja de ser una verdad. La imitación de Jesús las eleva á tan sublime grado de fortaleza, y les procura la inestimable ventaja de que ni la malicia de los hombres, ni la rabia de los demonios, ni las mas crudas pruebas por parte de Dios alteran en paz ni disminuyen su felicidad, que ellas ponen como Jesucristo en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Yo solo he hablado de las ventajas que producen para la vida presente la imitación del interior de Jesucristo; pero las de la vida futura sobrepasan á todo humano pensamiento. Su gloria y su felicidad en el cielo ha de medirse por la gloria y la felicidad del mismo Jesucristo; es decir, que cuanto mas conformidad y semejanza habrán tenido estas almas con Jesucristo, tanto mas serán sublimadas en gloria y beatitud sobre el comun de los elegidos. Hay gran número de almas en la casa del Padre celestial: los mas encumbrados serán sin contradicción para aquellos cuyo interior se habrá acercado mas al de Jesucristo. El mismo los distribuirá, y no es de temer que se equivoque en el mérito de cada una.

CAPITULO LIVIII.

Falsos ramos para dispensarse de imitar el interior de Jesús.

Siempre la vida interior de Jesucristo la mas solenne contradicción de nuestro orgullo, de nuestro amor propio y de todos los vicios que brotan de estos dos, nada es de admirar que la corrupción naturalista nos crezca hasta aversión y repugnancia por semejante vida, que se hagaorda á la propuesta que se le hace de imitarla, y que aparezca ingenio en inventar razones para dispensarse de ella. No trata de refutarlas todas, porque me alejaría de mi objeto: me limitaré á

las principales, cuya rotacion destruirá las demás.

Primera rama: puede lograrse la salvacion sin esta imitacion del interior de Jesucristo. Esta rama, tomada en su generalidad, es falsa, y está demostada por muchos pasajes formales del Evangelio. Ténganse presentes las pocas frases repetidas. ¿Puede tolerarse en boca de un discípulo de Jesucristo el decir, que pueda llegar á conseguir la vida eterna sin imitar á su Maestro? ¿No se nos ha dado por modelo? ¿No hizo resonar por dos veces Dios Padre su voz de lo alto de los cielos, para mandarnos que escuchásemos á su Hijo muy amado? De todas sus acciones, ¿hay una sola por ventura, que no tenga, por objeto la imitacion de su interior? ¿No es él nuestro Médico? Nuestras dolencias ¿no residen en el fondo mas íntimo de nuestra alma? ¿No es allí donde debemos aplicar el remedio? ¿Podemos acaso aspirar á la salud sin la curacion, y curar de otro modo que reconociendo á nuestras disposiciones interiores, para imitar las de Jesucristo? Es pues evidente que la imitacion de Jesucristo es absolutamente necesaria para la salvacion. Todo lo que puede decirse es que no es necesaria sino hasta cierto punto. Mas ¿quién fijará este punto? Hé aquí la cuestion capital. No se halla fijado ni en el Evangelio, ni en S. Pablo, ni en ningun lugar del Nuevo Testamento. En parte alguna se señalan los límites de la obligacion de copiar en nuestras almas los sentimientos de Jesucristo. ¿Y será nuestro espíritu, nuestro amor propio, la naturaleza en fin, á quien habremos de consultar sobre este punto? ¿Tiene ella autoridad para decidir un punto de tanta importancia? ¿Está bastante ilustrada para pronunciarse sobre las delicada materia? ¿No está interesada en engañarnos? Y ¿no nos engañará infaliblemente? Y ¿quién? ¿Qué otro objeto tiene toda la moral cristiana, sino la reforma de la naturaleza viciada por el pecado? Jesucristo no vino al mundo, ni habló, ni obró, ni sufrió, ni vivió ni murió, en fin, y resucitó despues, sino para llevar este gran-

de objeto. En todo se declaró enemigo de la naturaleza viciada; eligió que se renunciasen á ella para seguirlo; y á esta la naturaleza la que se toma por juez para decidir hasta qué grado se ha de llevar esta renuncia, y de qué modo se ha de seguir á Jesucristo? No puede concebirse como así piensa y habla un cristiano. Sin embargo, no hay medio: preciso es que decida, á Jesucristo, ó la naturaleza; y es indispensable adherirse á la decisión del uno ó de la otra.

Pregunta además: cuando se dice que uno puede salvarse sin aplicarse á imitar el interior de Jesucristo, ¿se tiene la mas minima mira en la gloria de Dios? Seguramente que no: piénsese únicamente en el propio interés personal, no se mira la salvacion sino con respecto á sí, y se quiere poner en seguridad á tan poca costa como se pueda. Mas ¿salvará vos, oh Dios mío! á aquellos que no tendrán el menor deseo de glorificaros, á aquellos que os habrán servido únicamente para sí mismos, mas bien por el temor de perderos, que por la esperanza de poseeros? ¿Vuestra gloria os ha de ser nuestro primer fin? ¿Y llegaremos al segundo, que es vuestra felicidad, si no nos proponemos el primero? Me adelanto á decir que esto es imposible. Mas ¿cómo puede interesarse por mí la gloria de Dios como principal motivo á menos de volver en el interior de Jesucristo? ¿No fué esta gloria el alma de todos sus sentimientos? ¿Y estimará en algo los nuestros, si no somos mas ó menos cópilas vivas de Jesucristo?

Sin esto podemos salvarnos. Mas aun cuando pudiésemos, aun cuando no corriésemos el mas evidente peligro de perderos, ¿se ha postado siquiera en el largo y terrible Purgatorio por donde pasará el alma que se haya conducido por este principio? Jesucristo no admitirá en el cielo sino aquellas que llevarán las rasgas esenciales de su imagen. Mas si con estas rasgas conserva á un todos los de la naturaleza, el fuerte vengador irá á buscarlos en el fondo de vuestro alma

para destruirlos; y solo después de incesantes tormentos lograréis ser salvos, en virtud de vuestra semejanza con Jesucristo. No olvidéis pues como incensales al exponer vuestra salvación, el poner en la necesidad de subir en el estrecho mundo largas y crueles penas, para no ocupar el fin en el cielo sino uno de los últimos lugares, y de no gozar jamás de una verdadera felicidad sobre la tierra; mientras que, consagrándose á la imitación de Jesucristo, aseguraréis cuanto es posible vuestra salvación, os ahorraréis del todo, ó á lo menos os ahorraréis considerablemente las penas del Purgatorio, ocuparéis un distinguido lugar en la mansión de la gloria, y os procuraréis así en la tierra la paz del corazón y la abundancia de celestiales consuelos?

Segunda razón: para ser un buen cristiano, basta observar los mandamientos de Dios y de la Iglesia; no hay necesidad de más, ni de molestarse para llevar una vida interior conforme con la de Jesucristo. Tal es el lenguaje de los cristianos del siglo, que viven tranquilos en esta persuasión. Los sacerdotes añaden las obligaciones de su estado, como son el culto divino y los servicios espirituales que deben al prójimo; las personas consagradas á Dios comprenden además la observancia de los votos de la religión, y de los principales puntos de su regla. Contentamos á cada uno en pocas palabras.

Los diez mandamientos de Dios pertenecen á la ley natural. La sola razón nos los impone como un deber, y no basta el ser fieles á ellos para ser cristianos. Los preceptos de la Iglesia no miran sino á la profesión exterior que se hace de pertenecer á ella: son ceremonias que ella prescribe á sus hijos para reconocerlos como tales. Para ser un verdadero cristiano es menester también creer y practicar la moral de Jesucristo, que es enteramente sobrenatural, y que por cierto va mucho más adelante que el Decálogo; es preciso tomar el espíritu de Jesucristo, estimar y amar lo que él juzgó dig-

ne de su estimacion y de su amor, despreciar y desochar todo aquello á que él manifestó aversión y desaproben. He dicho ya que no era posible resistir hasta qué punto ha de dominar en nosotros su Espíritu; pero es indispensable que reine en nosotros y en todo lo que en nos dejemos conducir por él, no somos cristianos. La vida del cristiano es una vida de gracia; y el principio de esta vida es necesariamente interior, y escada de Jesucristo fuente de toda gracia. La gracia no nos lleva sino á imitar á Jesucristo, y cuanto mas fieles le somos, mas nos hace adelantar en esta imitacion. Los sacerdotes, como ministros y representantes de Jesucristo, como consagrados al servicio de los altares, á la administracion de los sacramentos, á la instruccion y á la edificacion de los pueblos, tienen una obligacion especial de acercarse mas perfectamente á Jesucristo. Si desconocen esta obligacion, ó descuidan el cumplirla, si desempeñan su ministerio sin espíritu interior, si se contentan con exorcismos de ciertos vicios gruesos, y no se dedican á la practica de lo mas elevado que tienen las virtudes cristianas, son indignos de su carácter; y son cuando no lo deshonran delante de los hombres, lo deshonran delante de Dios.

Los religiosos, si dejaron al mundo, si hicieron los votos de religion, si se sujetaron á una regla, fué solo para hacerse mas semejantes á Jesucristo, para ponerse en la feliz necesidad de imitarle, para asegurar los medios y remover los obstáculos con el fin de conseguirlo. Cada uno de los institutos se propone el interior de Jesucristo como su principal punto de perfeccion; y aunque tengan un objeto diferente, los unos la soledad, el silencio, el ayuno de Jesucristo en el desierto; los otros una vida activa y empleada enteramente á la gloria de Dios y al bien espiritual del prójimo, todos, en obstante, tienden al mismo fin, cual es formar en los que los abrazan imgenes fieles de Jesucristo. Cualquiera religioso, cualquiera religiosa que no se propone este objeto, que no

trabaja para él con todas sus fuerzas, y que se refiere á él sus ejercicios de piedad, sus destinos, las observancias de la regla, no tiene el espíritu de su institución, y no cumple con el fin que este se propone.

Tercera razón: no todo el mundo es llamado á imitar la vida interior de Jesucristo. Decid más bien que cada uno es llamado á ella según su estado y la medida de su gracia; mas ¿cuán pocas corresponden á este llamamiento? Dadme un cristiano que no tenga por modelo á Jesucristo. Y si ninguno hay ni puede haber que deje de tener este modelo, convenid en que todos están obligados á imitarlo. ¿No son llamadas todas á amarle de todo su corazón, con toda su espíritu, con todas sus fuerzas? ¿Cómo de otro modo Jesucristo? Su amor llegó á un punto á que no llegará jamás el nuestro, convergo en ella; pero es menester que el nuestro sea de la misma naturaleza y que tenga las mismas calidades que el suyo. Porque, ¿hay nada más íntimo que el amor? ¿Y el amor de Dios se tiende á dominar sobre todas nuestras afecciones, y á subordinarlas como á su principio y á su fin? ¿No son llamadas todas á amar el prójimo como á sí mismas por respeto á Dios? ¿Y Jesucristo no manda á sus discípulos amarse los unos á los otros como él nos ha amado? Y reduciéndose el interior de Jesucristo á estos dos amores, y siendo estos los dos grandes preceptos de la nueva ley, ¿no está obligada toda cristianeidad á asemejarse en su interior á Jesucristo?

De este modo, se replicará, todos los cristianos están obligados á ser santos. Efectivamente; todos están obligados á trabajar para serlo. Una poca se dudaba de esta verdad en la primitiva Iglesia, que los apóstoles en sus Cartas no dan á los cristianos otro nombre que el de santos. Si después han cambiado las ideas, el cristianismo no ha cambiado de naturaleza. Un santo no es otra cosa que un cristiano perfecto; y ningún cristiano puede, sin faltar á la ley que profesa, apartarse voluntariamente de la imperfección.

CAPÍTULO LXIX.

No puede entrar en el interior de Jesús sino renunciándose á sí mismo.

Para conocer el interior de Jesús, preciso es renunciar al propio espíritu: para gustar el interior de Jesús, se ha de renunciar á la propia voluntad: para imitar el interior de Jesús es indispensable vivir en la práctica continua de una renuncia universal.

Todo el interior de Jesús estriba en el fundamento de que en él se hubo po leuante; sino que la persona del Verbo todo le ordenaba, todo lo disponía en él, todo se le atribuía y le refería á él; de manera que su alma aunque libre, no era mas que el simple instrumento activo ó pasivo de lo que el Verbo le movía y operaba en ella, sin poder ni obrar por sí mismo, ni hacer reflexión alguna, ni dirigir cosa alguna á sí, ni apropiarse nada. Es preciso de toda necesidad profundizar hasta lo mas fondo de este asombramiento moral, para conocer la altura inmensa del edificio de virtudes que levantó Dios sobre tal fundamento.

No es imposible por nuestra propia inteligencia, es decir, por nuestra manera natural de concebir y juzgar, penetrar hasta el abismo profundo de semejante asombramiento, formarnos idea de una naturaleza racional despojada de toda propiedad, de toda personalidad, y conservando sin embargo toda la libertad de sus operaciones, sin que pueda ni quiera decir que son las suyas. La razón abandonada á sí misma nada comprende de este misterio; alumbraida supiere por la fe, lo cree y se somete á él. Mas se necesita una luz especial para formar alguna idea de los efectos morales que produjo este misterio en el alma de Jesucristo, y esta luz especial

Dios no la concede sino á los que, renunciando á su propia espíritu, se aproximan humildemente al interior de Jesús, y le suplican que á él les conduzca por su gracia.

No menos gracia al menos concede á las propias luces se necesita para elevarse desde este fundamento á la contemplación de las sublimes virtudes en ya prácticas habitual para Dios en un alma, que por su abundancia, se hizo capaz de contener en sí misma todas las dones y todos los tesoros del cielo. Nuestra razón, ayudada por una gracia común, no comprende hasta qué grado ha llegado en algunos Santos el amor de Dios, y qué sacrificios les ha movido á hacer: menos aun comprende hasta donde llegó este amor en la Santa Virgen. ¿Cómo pudo llegar á conocer el exceso del amor de Jesucristo para con su Padre? Tan altamente humillándose y renunciándose á sí misma es como merece recibir sobre este objeto luces que la sorprenden por su esplendor, y la tienen como enajenada. Lo mismo digo del amor de Jesucristo hacia los hombres, en particular hacia sus amigos; de su dulzura, de su paciencia, de su humildad, de sus demás virtudes. El espíritu humano, lejos de profundizarlas, no puede ni aun percibir las en superficie, pues no se le concede el conocimiento sobrenatural sino á proporción de lo que se juega incapaz de adquirirlo por sus propias esfuerzos. De ahí viene que las obras de piedad, en las cuales se evita algun tanto en el interior de Jesús, son tan poco comprendidas, que el mismo Evangelio y las cartas de S. Pablo casi nada dicen á los que las leen, porque su sentido es tan profundo que no se puede penetrar en él sino con el auxilio de la divina luz; y esta luz debe pedirse con humildad, y recibirse con reconocimiento. Jamás alcanzará Dios sobre el interior de Jesús á un alma que cuenta con sus propias fuerzas.

Poco es conocer el interior de Jesús, si no se gusta de él. Mas ¿cómo distamos de tener naturalmente la mejor disposición para percibir gusto en este interior! Al contrario, le

tenemos aversión y horror; y aquí es del todo necesario hacer el sacrificio de la propia voluntad. ¿Cuál es el hombre ni aun el cristiano ordinario, que por elección propia, y con la mira de agradar á Dios, prefiera la pobreza á las riquezas, la oscuridad al brillo y á las distinciones, la sujeción al trabajo, á la libertad de hacer lo que quiere, ó de no hacer nada si se le antoja? Entre las personas piadosas, ¿hay muchas que hallen un gusto sobrenatural en el retiro, en el recogimiento, en la soledad interior, en la conversacion habitual con Dios? De tantos devotos y devotas que se entregan á la vida espiritual, ¿cuántos hay que quieran amar á Dios por lo que él es en sí, sacrificando como Jesucristo toda mira de interés personal; que se priven de las reflexiones, de las secretas satisfacciones del amor propio, que consistan en no arrojar jamás sobre sí mismos una complaciente mirada, en no tener adhesión alguna á los consuelos celestiales, á desapropiarse de sus virtudes, y á vivir en un perfecto desprendimiento espiritual? ¿Cuántos hay que quieran amar al prójimo hasta dar su vida por él, hasta sufrirlo todo de él, hasta perdonarlo todo y regar por su salvación, cuando reciben de él insultos y tal vez ultrajes? Entre las almas grandes, cuyo número es ya tan corto, ¿cuántas están las que hallan gusto en el dolor y en la ignominia de los tormentos, en las irrisiones sangrientas, en los oprobios, en las extremadas y raras humillaciones, en la muerte de Jesucristo sobre la cruz, abandonado de su Padre y entregado á toda la rabia de los hombres y de las demonios? La naturaleza retrocede de horror á semejante espectáculo; la voluntad rechaza con todas sus fuerzas un estado como éste; y por decirlo en una palabra, no hay una sola virtud de Jesucristo para cuya pobreza no sintamos una extremada repugnancia. En poses realmente una quimera el pretender gustar al interior de Jesús de otro modo como no sea por el sacrificio de nuestras más íntimas inclinaciones y aversiones naturales: es necesario

consentir en la inoculación del amor propio, y en la destrucción de este desdichado yo, que reside tan mas profundamente en el cuerpo que en el espíritu.

El conocimiento y el gusto del interior de Jesús dista mucho todavía de su imitación. Aun después de haber alcanzado en la oración y en la comunión las luces mas sublimes y las mas heroicas sentimientos, cuando es necesario descender á la práctica, ¡qué resistencia! qué debilidad! qué tentaciones de abandonarlo todo! Se empieza, se deja, se vuelve á tomar, se abandona de nuevo, nada se hace hasta que se determina firmemente renunciarle á sí en todo y para siempre. No quiero decir por esta que se llegue de una sola vez á esta renuncia efectiva, absoluta, y perfecta en todas las cosas; mas es preciso dirigirse siempre á ella, y ayudar á la gracia con todo nuestro poder: es necesario luchar sin descanso con todos los esfuerzos contra la naturaleza: hemos de dejar á Dios que haga en nosotros lo que no pudiéramos hacer por nosotros mismos; hemos de sufrir que sus operaciones crucifiquen y destruyan en nosotros todos los afectos de la carne, hasta que la naturaleza expire, si queremos reproducir en nosotros una copia del del divino original que se nos presenta en la montaña del Calvario.

Hé aquí cuanto tenía que decir sobre el interior de Jesús. Es muy poco, es nada en comparación de lo que es en realidad; mas hagamos uso de las luces que poseemos, que ya adquiriéramos mayores á medida que vayamos adelantando. Así que, creciendo de día en día las luces con nuestros progresos, y nuestros progresos con las luces, nuestra fidelidad, nuestra alma, nuestro género de existir nos elevarán hasta la conformidad que Dios quiere que tengamos con su Hijo unigénito. Así sea.

SEGUNDA PARTE.

EL

INTERIOR DE MARIA.

CAPÍTULO I.

De la Inmaculada Concepción de María.

El Verbo divino de toda eternidad puso los ojos en María. Espara hacia ella Madre suya; por lo mismo no podía dudarse que, al verla, distinguiera su alma con todas las privilegios, y la enriqueció con todas las gracias que á tan alta dignidad convenian, la mas grande á que puede ser elevada una simple criatura. Así pues, se creó en su seno de la Iglesia, aunque no sea un artículo de fe ¹, que la santa Virgen, sola entre todos los hijos de Adán, fue suelta del pecado original y de todas sus consecuencias; que fué concebida en gracia santificante y en un estado de santidad, que sirviera á las complacencias del Altísimo. En tambien de creer, que ella gozó del uso de su razón mucho tiempo antes que los demás niños, tal vez en el instante de su nacimiento, é quizá en el de la unión del alma con el cuerpo. Porque lo-

1. Creóle santificada el Angel en la virg por obra de su

do lo que pudo hacer el Verbo en favor de aquella que en el tiempo debía ser su Madre, es muy justo pensar que lo hizo; y en esta parte no debemos temer aducir demasiado el pensamiento.

Esta suposición, es una verdad que María, en el primer instante de su concepción, se hallaba en una disposición de santidad superior á la de todos los ángeles y de todos los hombres; y que desde aquel entonces ha estado en disposición de glorificar á Dios de una manera más excelente que todas las demás criaturas justas; que en ella nada la inclinaba al mal, y que todo la conducía al bien sobrenatural el más perfecto, en cuanto se le permitían la edad y las circunstancias; que sin ser imposible por naturaleza, lo cual es pertenecer á Dios, lo fué por la gracia, hasta el punto de no haberse nunca culpable de la menor imperfección voluntaria.

Pasémosnos por aquí, si posible es, la idea del nacimiento interior de María: un entendimiento alumbrado con las luces más puras; una voluntad recta, enteramente conforme en todo con la de Dios; una libertad más perfecta que la de los ángeles y de Adán en el estado de inocencia, de que no solamente se debía abuser, sino que debía hacer é hizo continuamente el uso más excelente; nada de ignorancia, nada de concupiscencia, que son los dos mayores males de la naturaleza humana, y la fuente de todos los demás; pasiones siempre arregladas, siempre en orden, siempre conspirando con la razón y la gracia; una carne tan pura, tan santa, que fué digna de ser algún día la carne del Hombre Dios; un grado excelente de gracia suficiente; gracias actuales de un orden superior para todos sus pensamientos, afectos y acciones; ninguna mala inclinación; ningún hábito vicioso por dentro, ninguna tentación por defuera; un estremado horror á todo mal, aun el más leve; un atractivo, un gusto, una facilidad inexplicables para todas las virtudes; una unión continua con Dios, un sacrificio absoluto á sus voluntades, una

fidelidad invariable á la gracia, un olvido total de sí misma, una intencion de una persona loable, que todo lo dirigia sin escopelos y sin reservas á la mayor gloria de Dios, y que la hacia muy superior á todo motivo de mérito, de utilidad personal, de recompensa: tales fueron los primeros delirios del interior de María.

Y es un punto de la que esta interior, tan perfecto desde su principio, fué tomando siempre nuevas crestas, crestas proporcionadas á su primera perfeccion, crestas tan rápidas y tan grandes como era posible. ¡Cual era pues el interior de María en el curso de su vida! ¡Cual seria al acabar su último suspiro!

Figúrense ver lo que pasa en este momento dentro de vosotros. ¿Cómo, os decís, podré ya imitar tan cumplido modelo? Muéstrenle fuera para ello haber recibido las mismas gracias que María. Pero bien os será posible á vos N..... imitar á María, pues que en el Evangelio se os propone imitar á Jesucristo, modelo infinitamente mas cumplido, y que la predestinacion de todas nuestras se funda en la conformidad que tendremos con Jesucristo. ¿Entonces acaso autorizados á dispensarnos de esta imitacion, porque no hemos recibido como Jesucristo la gracia inefable de la union hipostatica? Ciertamente que Dios no nos exige que nos acerquemos á la perfeccion de Jesús y de María, sino á medida de la gracia que se nos habrá concedido. Mas lo que propiamente satisficó á María no fué el solo privilegio de su Inmaculada Concepcion, ni precisamente el grado eminente de gracia santificante que le fué desde luego comunicada; sino tambien el solo libre por el cual se consagró á Dios desde el primer instante de su vida; su perseverancia irrevocable en aquella consagracion; que nunca volvió atrás; y su invariable fidelidad á todas las gracias actuales. ¿No podéis consagraros á Dios como ella, aunque no sea tan perfectamente? ¿No podéis esforzarnos para permitir en este esposado sacrificio como

ella, y condenar y renovar todos los reparos de que pudierais ser culpable? ¿No podéis en cada ocasión corresponder á la gracia, y echaros en cara las mismas inidelidades que os escaparon? Haced esto, y seréis un verdadero imitador de María. Si á ella Dios le dió una, también exigió una de ella, la cual llenó á su vez la medida de perfección que Dios de ella esperaba. Dad osura ella á proporción de lo que habierais recibido: tened de ello una buena y decidida voluntad; haced cuenta de las faltas que cometiereis; y reparadlas volviendo amorosamente á Dios. Esto es todo cuanto de vos se exige. ¿No veis que los modelos que Dios nos propone deben ser de toda parte perfectos; y que si no lo fueron no serian dignos de él? Mas, por perfectos que sean, no son menos proporcionados á nuestra debilidad, la cual Dios todas las veces nos socorre para acercarnos á ellos. Si Dios nos negase estos socorros, no sería justo, y pediríamos nosotros quejarnos de él. Nada nos falta siempre por su parte; y nosotros no podemos inculpar sino nuestra flojedad. Estad pues aquillo en que María es imitable, á invocando su protección poderosa, trabajad con todo vuestro poder á perfeosarla.

CAPÍTULO III.

De la Presentación de María en el Templo.

En una antigua tradición, cuya memoria celebra la Iglesia por medio de una fiesta particular, que María desde su mas tierna edad fue presentada al Templo por sus padres, y consagrada al servicio de Dios, como el niño Samuel lo había sido tantos siglos antes por su madre.

¿Cuáles fueron los sentimientos de María en esta santa consagración de sí misma, y qué sentimientos le indujé-

Dios entonces en el corazón? No podemos dudar de que sus disposiciones y sus sentimientos fuesen tan perfectos como su edad y su gracia lo permitían, y aunque en este acto tan importante no recibiese un aumento de gracia, de que se valió para crecer en santidad. Así pues, desde entonces se adelantó, á la sombra del santuario, oculto á las miradas de los hombres, ocupada únicamente en Dios y en su culto, fué haciendo cada día progresos lencos en la vida interior, y sin saberlo, se fué preparando para la alta dignidad á que Dios la destinaba. Los designios de Dios sobre ella le eran desconocidos; mas ella se dejaba conducir por sus inspiraciones, sin pensar en otra cosa que en unirse mas y mas á él, y sin otra pretension que conservarse en su humildad y en su nada, siendo conocida de Dios solo, é ignorada de todos los demás.

Vida ociosa, vida pasada en el recogimiento, en el silencio, en el retiro; vida que solo tiene á los ángeles por testigos; vida que se oculta con cuidado á los demás, y basta á sí propio, ¡qué preciosas eres á los ojos de Dios! No necesitas preciar los hombres: incapaces son de estimarte por lo que vales. La piedad mal entendida busca como manifestarse, se pretende de edificar; la verdadera piedad busca lo mas que puede al ocultarse; si se deja ver, es por necesidad en tanto que lo exigen la gloria de Dios, ó el bien del prójimo, y tan presto como puede, desaparece.

Maria en el recinto del Templo fué un tesoro de virtudes desconocido á sus mismas compañeras, y á todos cuantos con ella vivían. No habíaba de sí, ni descubría públicamente sus sentimientos interiores. Sencilla, natural sin afectacion, no se distinguía en lo exterior por nada de extraordinario: con la sencillez mas sublime llevaba exteriormente una vida común; y encerrados todos dentro de sí, se dedicaba á no hacerse notable. Sin duda que edificaba cuanto menos pensaba en edificar; mas habíase sido mostrar nada

que muy penetrantes para sospechar lo que ella era. Y ¿cómo lo habrían descubierto los demás? Ella misma lo ignoraba.

Si Dios os llama, N.... al estado religioso, haced que vuestra entrada en el claustro sea para vos lo que fue para María su presentación al Templo. Consagraos allí á Dios como ella, y no os ocupéis sino en la oración y en la mortificación. Mas sea vuestro interior sellado como el de María, y no lo deis á conocer sino á aquellas que debéis conducirnos, y hasta el punto que sea necesario. Por lo demás, vida sencilla, vida común, nada que llame la atención, ninguna comunicación exterior sino cuando se sea indispensable; olvide perfecto del mundo y de todo cuanto pasa en él. No tengáis mas ambición que la de las miradas de Dios: apartad á ser ignorada de todos los hombres. Estad, como María, penetrada de vuestra nada; no penséis en vos, y haced maravillosamente todo lo que podáis para que los demás no piensen en vos.

CAPÍTULO III.

Su voto de Virgindad.

No sabemos en que edad consagró María su virgindad á Dios; pero no cabe duda en que ella hizo esta consagración por una inspiración muy especial del Espíritu Santo, y con un pleno y perfecto conocimiento de todas las consecuencias de esta promesa.

No había en toda su nación un solo ejemplo de un voto de esta naturaleza. Todos los judíos de uno y de otro sexo contrahían matrimonio, hasta los de la tribo de Levi, destinados al servicio del Templo, como los demás, sin exceptuar los sacerdotes, y hasta el Sumo sacerdote. La hija de Jafé, con-

denada á morir por el voto temerario de su padre, nada más sentía que al morir virgen, y le pidió al pontífice, antes de su sacrificio, de retirarse á los monjes para llevar su virginidad con sus compañeras. En general, la esterilidad entre los judíos pasaba por un oprobio, y el más ardiente deseo de las mujeres era el llegar á ser madres. Así pues, María se oponía al espíritu de su pueblo, y se condenaba á una especie de oprobio.

También el sacrificio de María no debe considerarse por el punto de vista de los placeres y de las ventajas del matrimonio. No tenía alta concupiscentia, ni estaba aficionado alguno á la unión conyugal, y por esta parte nada le costó su voto. Tampoco tenía el menor apego á las cosas de la tierra, ni buscaba en ella ningún acomodamiento humano. Contenta con tener á Dios de su parte, era muy superior á la consideración, al apego, á los consuelos, á los recursos que las personas de un sexo hallan en el matrimonio; y consentía de todo su corazón á vivir sola, oculta, sin relación alguna exterior, en la estrechez y en aquella especie de esclavitud á que se sujeta el estado de virgen.

Lo que sacrificó á Dios en aquel entonces era de mucha mayor importancia. Ella era de la tribu de Judá, y no ignoraba que de esta tribu debía salir el Mesías. Era de la familia de David, y sabía que al Mesías debía nacer de aquella estirpe. Conformes estaban, por fin, varias profecías en hacer mirar como muy próxima la venida del Mesías en el tiempo en que vivía ella. Tal era la esperanza no solo de los judíos, sino también de los samaritanos. Cuando pareció Juan Bautista, los judíos enviaron á preguntarle si era él el Mesías; y la mujer de Samaria dijo también á Jesucristo: *El Mesías está para venir, él nos lo declarará todo*. Por último, nadie pensaba que este Mesías debiese nacer de una virgen, y no se había ningún caso de la predicción de Isaías, que expresamente lo anunciaba. María al consagrarse á la castidad, re-

renunció por, siguiendo las ideas de su vecina, á la esperanza mas bien fundada que pudo concebirse jamás de ser madre del Mesías; renunció á ella con pleno conocimiento de lo que hacia; renunció por una humildad la mas profunda, juguetosa absolutamente indigna de un tal favor; y aun cuando ella lo hubiera visto nacer de cualquier otra, no le hubiera tenido la menor envidia.

Tales son los sacrificios que el mismo Dios había puesto en su corazón; tal era la renuncia interior y exterior por cuya medio la preparaba á la maternidad divina. ¡Oh Dios mío! cuánto distas vosotros penamientos de los nuestros! Vuestra sabiduría tiende á un fin por otros caminos que nos parecen directamente opuestos á él. ¿Quién entonces ha biena podido creer que el estado de virginidad, desconocido á los judíos, y entre ellos despreciado, fuese el medio escogido por Dios, la condición necesaria para llegar á ser la Madre del Hambre Dios, y que para ser elevada á esta dignidad hubiese sido necesario renunciar á ella?

Por un milagro íntimo, y que no debe ya repetirse mas, Dios tornó fecunda la virginidad en la persona de María. Mas él se sirve aun todos los dias de vírgenes que le están consagradas para hacerlas madres espirituales, y darles hijos de gracia. Para merecer este favor, es menester, como María, no pensar en él, creerse indigno de él, renunciarlo en cierto modo, no pretutando mas que para la propia perfeccion, sin estroñarse en la de los demás sino cuando hay obligacion de ello. Los desiguales de Dios sobre un alma tan humilde, tan retirada y encerrada en sí misma, se manifiestan á su tiempo: ya cubra Dios servirs de ella para su gloria y para la santificación de los otros. Olvidémosnos, no nos contemos para nada, ni nos creamos buenos para nada. Sobre la nada Dios se complace en trabajar; de la nada lo hizo Dios todo. Debemos ser infinitamente celosos por la gloria de Dios, y al mismo tiempo enteros incapaces de procurarla. Añadíme-

nos en nuestra fey; perdámonos en la oscuridad; dejemos á Dios el cuidado de emplearnos y de sacar en gloria de nosotros como mejor le plazca; él lo conseguirá por vías enteramente opuestas á las que pudiéramos imaginar. María vino á ser, después de Jesucristo, el mayor instrumento de la gloria de Dios; y en cuanto á sí misma, nunca pensó María sino en anonadarse. Su humildad parecía ser un estorbo á las miras que Dios tenía sobre ella; y al contrario, ella le confiaba todo á un cumplimiento.

CAPÍTULO IV.

Se desposó con San José.

El voto de virginidad, siendo en aquel tiempo una cosa extraordinaria, quedó como un secreto entre Dios y María, y no hay la menor apariencia de que lo comunicase á sus padres, supuesto que aun vivían, pero por razones que fueran, es probable que se hubieran opuesto á ello, según las ideas recibidas en su nación. Mas Dios que quería ocultar por algun tiempo á los hombres el conocimiento de la concepción y del nacimiento milagroso de Jesucristo, y cubrir este prodigio bajo el velo del matrimonio, inspiró á José la idea de pedir á María á sus padres para esposa. Era, así como ella, de la tribu de Judá y de la estirpe de David. Sus padres se la concedieron, y la ceremonia de los esposales, y tal vez la del matrimonio, fué celebrada antes de la embajada del ángel Gabriel.

María, pues, se vió obligada á declarar su voto á José, exigiendo de él la palabra de que se alentaría contra aquél, que viviera con ella en una perfecta pureza; y solo bajo esta condición le admitió por esposo. José puso por su parte,

se comprometió también á la virginidad, y fué un ejemplo único, un espectáculo de júbilo y asombro para el cielo el de un matrimonio de dos esposos resueltos á vivir y permanecer vírgenes.

Mas, aunque José fuese un hombre justo, y que María tuviese todos los motivos imaginables para confiar sobre su promesa, tuvo sin duda necesidad de una gran confianza en Dios, y de un grande abandono de sí misma para entregarse así á la fe de un hombre; para consentir en vivir y en habitar con él en la libertad, franqueza é intimidad que lleva consigo la unión conyugal; para darle en lo exterior todo derecho sobre ella, y creer al mismo tiempo que su castidad no correría el menor peligro. Hasta entonces habia vivido oculta á los ojos de los hombres, y hésta aquí entregada en las manos y á la merced de un hombre que se casaba con ella, y á quien, bajo el título de esposo, lema por custodio de su castidad. José correspondió bellamente al concepto que María habia formado de él. Mas para comprender hasta que punto se abandonó María á Dios en tan delicada coyuntura, que tan importantes consideraciones debia tener para el resto de su vida, seria menester escribir cuán extremadamente amaba ella la pureza, y cuán celosa estaba de conservarla sin la menor mancha. Y sin embargo, conservádola así, era preciso salvar en lo exterior todas las apariencias, y aparentar que vivía con José como otra esposa cualquiera; es decir, que su union fué á la vez muy estrecha, muy cordial, muy familiar y muy santa.

Tal es la prueba á la que puso Dios la virtud de María, antes de anunciarle sus designios sobre ella. Para resolverse á entrar en este empeño, cuyo misterio ignoraba todavía, no tomó mas consejo que de Dios, obedeciendo á sus padres, que tenían derecho para disponer de ella, ignorando el voto que habia hecho: esperó que Dios la protegería, sin darse cuidado por los medios, y que prevendría para él el entero con-

placido de su voto. Así que, no tuvo la menor desconfianza, ni sospecha, ni sombra de escrúpulo con respecto á José, y se entregó á él con la misma seguridad con que se hubiera entregado á un ángel.

¿Qué nos cuenta aquí María? ¿á no ridiculizar sobre la voluntad de Dios, cuando nos es evidentemente manifestada; á no imaginarnos peligro alguno para nosotros, cuando el mismo es quien nos expone; á confiarle sin temor nuestros mas caros intereses, y á creer que no cambiará menos de ellos que nosotros mismos. La vida interior es una vida toda de fe, toda de abandono: ella no consulta ni sigue las reglas de la prudencia humana. Entonces se vive bajo el imperio de la gracia; á ella sola debe escucharse, sin otra dirección que la de la obediencia. Si María hubiera tenido propio discernimiento, propia voluntad, jamás hubiera consentido en disponerse con José. Si hubiera dado oídos á su razón, no hubiera creído poder consentir en ello, en exponer su virginidad, y sin faltar á su voto. Fácil lo hubiera sido justificar á sus propios ojos su negativa; no le faltaban ciertamente razones las mas fuertes en apariencia, y no podía porver lo que debía acontecer. Y no obstante hubiera obrado mal, y hubiera resistido á la voluntad de Dios. Nosotros le jugamos ahora así, porque la vemos por el suceso. Pero el suceso que nos es desconocido, y que hasta nos es imposible sospechar, no puede ser la regla de nuestra conducta; de otra nosotras mismas, y esta regla es el abandono á la voluntad de Dios, sucede lo que sucede: es el sacrificio de todo raciocinio á la fe. Observad bien todo el decorado de la vida de María, y veréis que se dejó guiar en todo por la fe, posponiendo todo raciocinio.

CAPÍTULO V.

Embajada del ángel Gabriel.

MARÍA estaba retirada en Nazareth, pequeña ciudad de Galilea, territorio el mas oscuro y el mas pobre de la Judá; allí vivia del trabajo de José que era carpintero, y desempeñaba por sí misma los quehaceres de la humilde casa. Dios había preparado estas circunstancias de toda la eternidad, y había escogido esta ciudad, esta tienda y este miserable recinto para hacer de él el teatro de sus maravillas. Despacha para esta Virgen no un ángel ordinario, sino un arcángel, para anunciarle que él había puesto en ella los ojos, con el fin de hacerla Madre del libertador del género humano. ¡Y qué, Dios mío! ¿Ver habéis prometido á David que el Mesías saldría de su sangre, y esperáis, para cumplir vuestra promesa, que esta sangre haya caído en la condición mas abyecta! ¿Un artesano, confinado á un rincón de la Judá, será reputado el padre de vuestro Hijo único, y su Madre la mujer de un artesano! ¿Qué será pues de aquellas ideas magníficas que vuestros profetas nos dan del Mesías y de su Reino? ¡Pensamientos humanos! cuán bajas son, cuán vulgares, en comparación de los pensamientos de Dios! La grandeza de este Mesías es una cosa enteramente diversa de la que se imaginaba; será grande á los ojos de Dios; y para ser tal, ha de ser pequeña y despreciable á los ojos de los hombres; sus padres nada han de ser segun el mundo, y eso es necesario que sean mas humildes en el camino de lo que parecen exteriormente.

A María pues, en la humilde casa de Nazareth es á quien se aparece el ángel Gabriel, el cual le establece su embajada en estos términos: *¡Dios te salve ¡oh llena de gracia! el Señor*

es sencillo, bendito tú eres entre todas las mujeres ¹. En este discurso reconoceré cualquiera á un súbdito respetuoso que rinde á su Reina sus homenajes. En toda la Escritura, en donde son las frecuentes las apariciones de los ángeles, no hay una sola que empiece con estas palabras: Dios te salve. Reservadas estaban para María, cuya humildad se permitió que se reconociese por ellas. Y aun las que siguen aun mucho mas capaces de reverencia: Llena de gracia. Un ángel se quien habla de parto de Dios, y que no profiere sino las palabras que Dios ha puesto en su boca. María podía por, y debía serme llena de gracia, pues el mismo Dios se lo aseguraba. Pero cuando mas se la ensalza, mas se humilla; y sin hacer una sola reflexion sobre el discurso del ángel, reconoce interiormente que ella es nada, y que todo lo obró en ella la gracia.

Bendito tú eres entre las mujeres. Otras mujeres antes de vos fueron benditas del cielo, mas nadie lo es ni lo será como vos. Vos lo sois como un alma pura y sin falta; lo sois como consagrada á él por vuestro voto de virginidad, y vais á serlo por el beneficio único que os hará Madre de Dios sin dejar de ser virgen. Vos por humildad habéis condescendido ser la Madre del Menso, y esta humildad es la que va Dios á coronar con una dignidad tan gloriosa. Las otras mujeres han creído en mérito y así un piadoso deber el pretenderlo; mas juzgandoos vos indigna de ello, habéis merecido ser preferida á todas, y la bendición del Altísimo ha demandado especialmente sobre vos, porque os habéis consagrado siempre en vuestro abajamiento.

A este discurso del ángel María se turbó, no creyendo que á ella pudiesen dirigirse semejantes palabras, ni que fuese un ángel quien así le hablase. Se turbacion se procedía de otro cosa sino de los nobles sentimientos que de sí misma tenía: temió hacerse ilusoria temió las artimañas del deemo-

alor entró en desconfianza de este estado á causa de que le era tan desconocido. Todo lo que podía hacerla parecer grande á sus ojos le era sospechoso, y su humildad se alarmó tanto que hubo necesidad que el ángel la tranquilizase.

¡Cuán agradables eran á Dios aquellas agitacion de María, aquellas penitencias que la turbaban con motivo de un estado que no podía creer que se dirigiese á ella! Si Dios la mandó saludar en términos tan benéficos, fué porque sabía que ella era incapaz de atribuirse nada á sí misma, y de otro modo se hubiera portado en ella, si hubiese previsto que por parte de la misma había algo que temer. La mas fuerte tentacion de vanagloria á que podemos verse expuestos es sin duda cuando recibimos las alabanzas de Dios, que es la verdad misma. Preciso es entonces complacernos, creernos verdaderos, y sin embargo, no complacernos en ellos, refiriendo á Dios solo toda la gloria. ¿Qué otra virtud menor que la de María no hubiera sucumbido á semejante prueba? Mas el triunfo de su humildad consistió en que esto aumentó á pesar de lo que parecía deber debilitarla.

Cuando en la vida de los Santos vemos los favores que Dios les ha dispensado, los elogios que algunas veces se ha complacido en dar á su virtud, guardémosnos mucho de desear para nosotros ninguna cosa semejante. Imitemos á María, la cual nunca pensó que un ángel debiese venir á traerle una tal embajada, de la cual se hubiera realmente hecho indigna si hubiese sido capaz de tener de ella el menor desear. Tales favores, aun ó dejan de ser peligrosos, segun se halla dispuesto el corazón cuando se reciben. Mil veces mas vale quedar privado de ellos, que abusar de los mismos por el menor asomo de vanidad: el único medio para evitar este peligro, es alejar de sí el deseo y hasta el menor pensamiento de un tal beneficio. Tengamos por cierto que todo cuanto en esta parte concediésemos á nuestros deseos, seria una pura ilusión. No busquemos, pues, por nosotros mismos como sa-

Er de la via ordinaria; y si Dios nos socorre de ella, estemos seguros de que lo único que puede socorrernos en una senda extraordinaria, es una humildad parecida á la de María.

CAPÍTULO VI.

Anuncio del misterio de la Encarnación.

El ángel pues llegó á la tímida y turbada María, diciéndole: ¡Oh María! no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios. El es quien á vos me envía, para llevaros de parte suya palabras de bendición y de paz. Vos habéis hallado gracia delante de él; vos le sois agradable mas que á ninguna otra criatura, y él se ha recogido para cumplir en vos el mas grande de sus designios, el de la reparación de su gloria, y el de la salud del universo. Sabéis que has de concebir en la seno y pariréis un hijo, á quien podéis por nombre JESÚS. Será grande, y se llamará Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su Padre David; estará firmemente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin ¹. ¡Magnífica promesa! ¡Cada pueblo parece para elevar su corazón como humilde, dignándose mejor, menos asombrado que el de María! ¡Un hijo que llevará el nombre de Jesús, ó de Salvador, que será grande absolutamente y por sí mismo, grande con una grandez incomparable, y sobre toda grandeza criada, para que será reconocido por el Hijo del Altísimo! Este Hijo, salido de David, será colocado sobre su trono por Dios mismo; no sobre un trono material, que está destruido y no se volverá á levantar, sino sobre un trono espiritual del que el de David no es sino figura. Reinará para siempre sobre los hijos de Jacob, sobre los violadores israelitas, es

¹ Luc. 1, 32.

decir, los verdaderos servidores de Dios, de quienes será el la cabeza, el legislador y el modelo. Su Reino, todo de gracia, no tendrá fin; y después de haber ocupado sobre la tierra, continuará en el cielo para no acabar jamás. Tal es el sentido de las palabras del ángel, que María entendió entonces cuanto debió entender, quedando siempre no obstante en la oscuridad de la fe. Porque ya se cree que fuesen para ella tan claras como lo son para nosotros ahora que el velo está levantado, y que el misterio se nos ha revelado enteramente. Dios dispensa las luces con maravillosa economía, dejando siempre á la fe de que ejercitarse; y la misma María, aunque mas atendida que otro alguno sobre el destino de Jesucristo, no fué perfectamente instruida, sino después de verificada en su persona el entero cumplimiento de las profecías. El Evangelio nos dará mas de una prueba de lo que acabo de decir.

Sea de esto lo que fuere, lo que mas sorprendió á María no fueron las grandes cosas que se le anunciaban, sino la imposibilidad natural que veia en ejecutarse, sin perjuicio de su virginidad. Se le dice que será Madre, y ella pensará á Dios conservarse virgen. ¿Cómo ha de ser eso, dice al ángel, pues no contas curas, y estoy resuelta á no conocerlo jamás? No duda ella de la omnipotencia de Dios; mas expone con sencillas circunstancias, su deseo de ser fiel á su voto, y pregunta cómo puede esto conciliarse con la maternidad que se le anuncia.

Jamás me parece bastante repetido, que María pensaba y hablaba en todo de una manera sobrenatural, y en aquella ocasión mas que en otra alguna. La disposición que ella descubrió al ángel, era la misma en que Dios la poseía por su gracia. No tenia entonces en sentimiento, no decía una palabra que se le fuese inspirada por el Espíritu Santo. Dios pues quería, que en el momento en que él le anunciaba por medio de un ángel los mas encumbrados destinos, ella se ocupase sólo en su castidad, y en el cuidado de conservarla.

Conserváramos de ahí, que en las ideas de Dios el amor y la práctica de una virtud, son de aquella cuyo único objeto es la parte corporal, son muy superiores á los mas sublimes labores del cielo, y á la dignidad mas sublime á que puede ser elevada una criatura. Así pues, para conformarnos con los pensamientos de Dios, hagamos en toda nuestra vida, como María, mas caso del menor acto de virtud, que de todos los dones celestiales; porque no son estos dones, sino las virtudes cuyo ejercicio cuesta á la naturaleza las que glorifican á Dios, y nos santifican. Los dones de Dios, el de la oracion, por ejemplo, no se nos conceden para que distraímonos meramente de ellos, sino para facilitarnos la práctica de lo mas perfecto que tiene la moral enigmática, la renuncia, el abandono, la muerte entera á nosotros mismos. Toda oracion que no produzca tales efectos, por elevada que se la suponga, nada vale, y no servirá sino para nuestra condenacion. Si María, deslumbrada por el título de Madre de Dios, se hubiera sentido inquietud sobre el modo con que podia conciliarle con su virginidad, Dios la hubiera desechado: no hay duda. Todo lo que el ángel de esa parte, todo lo que María de otra debia decir, estaba preparada, previsto, ordenado en los designios de Dios; y si ella se hubiera separado en solo ática, hubiera dejado sin efecto la mas sublime embajada que jamás se hizo.

CAPÍTULO VII.

Declaracion del cumplimiento del misterio.

El ángel va á tranquilizar á María sobre el objeto que causa mas en ella que la maternidad divina. El Espíritu Santo, le dice, descendará sobre ti, y la virtud del Altísimo te

cubrirá con su sombra. El mismo Espíritu Santo es quien se tornará fecunda: el Altísimo pondrá en obra su omnipotencia; superará la ley mas inviolable de la naturaleza, para formar en vos por medio de una maravillosa operacion la carne á que debe unirse su Verbo. Esta obra será de la misma Trinidad, y á ella concurrirán todas las personas divinas. ¡Misterio inabarcable! ¡Secreto conocido de Dios solo, y que no comprendia ni el ángel que á María le anunciaba! María necesita aqui de toda su fe para creer; lo que se le dice es superior á su inteligencia. Al preguntar como puede aquello verificarse, se le explica, pero de un modo tan elevado á que nó alcanza su pensamiento. No comprende, pero siente su razon, persuadida de que no faltan á Dios medios para cumplir sus designios, que no están al alcance de la criatura.

Por esta causa, añade el ángel, el niño que de ti nacerá será llamado *Hijo de Dios*. El cuerpo que se formará en tu útero casto seno, de vuestra mas pura sangre, mediante la operacion del Espíritu divino, será un cuerpo santo de la entidad misma del Hijo de Dios, que se le unirá; y se dirá de esta carne: Es la carne del Hijo de Dios. De la union del alma humana con un cuerpo se resultará una persona; sino que, una y otra sustancia unidas inseparablemente al Verbo, no tendrán otra personalidad que la suya. Así el alma será el alma del Verbo, el cuerpo será el cuerpo del Verbo encarnado. Una carne destinada á ser la carne del Hijo de Dios no debia formarse en otra parte que en el seno de una virgen y por la operacion del Espíritu Santo.

Para hacer creíble á María tan estupendo milagro, continúa el ángel, á la pariente *Elisabeth*, que ha concebido un hijo en su vejez, y hoy cuenta ya el año mas de su embarazo lo que se llamaba *edreí*, esta es, reconocida por tal porque á Dios nada es imposible. Dios es quien se había por boca mia; Dios es quien se asegura que concebiréis y pariréis sin dejar de ser virgen. El es veraz en sus palabras;

es indolopleroso : sancitida le atia todas las leyes de la caritativa; el es quita las bino; el puede, cuando le place, sobrepasar á ellas. No debia para ver recalar en errorio.

Cuando Dios tiene sobre un alma algun designio extraordinario, no explicarlo á todo este designio, ni la manera con que el lo cumplirá, se lo explica lo bastante para conveniencia de su infinito poder, y no dejarle motivo alguno de duda, exigiendo de ella un consentimiento á la vez ciego é ilustrado. Ciego, porque la razon no puede penetrar en el secreto de Dios; ilustrado, porque esta misma razon tiene en la realidad de la omnipotencia divina motivos evidentes para someterse. No permitamos para á nuestro entendimiento curiosidad alguna sobre las cosas mismas que Dios nos propone, ni sobre los medios por los cuales las verificará. Esto no es de la inspeccion de nuestra inteligencia; y si lo comprendiéramos, ya no habria fe, ni mérito por consiguiente. Alarguemos á su palabra; y desde el momento que tenemos seguridad de que habia por medio de los que tenemos en lugar suyo, no vacilemos en creer lo que nos parecen mas distante de la posibilidad.

CAPÍTULO VIII.

Consentimiento de María.

Sumámosle ya sobre el punto que mas inquietud le daba, y cuando es el discurso del ángel, aunque no lo comprendiese, María no dudó en dar su consentimiento. *Nó* aquí, dice, la palabra del Señor: *Adgase en mí según la palabra.*

Muchas observaciones importantes hay que hacer aquí. La primera es que Dios pide el consentimiento expreso de María para elevarla á la dignidad de Madre de Dios, y que

le depuso un ángel para obtenerla. Ved con qué consideración y miramientos trata Dios á su criatura, cuando tiene sobre ella algún designio extraordinario. No lo ejecuta sin proponérselo, sin escuchar sus ruegos, si alguna tiene que oponer. Solicita su consentimiento, pero no lo exige, y quiere que se le dé con entera libertad. El título de Madre de Dios era un favor único, un privilegio incomparable, una distinción sin ejemplo, y que no debía reservarse en todo el decurso de los siglos. Mas por este título María contraía también las mas grandes obligaciones. Debía dar á Dios á proporción de lo que recibía; debía aspirar á la santidad mas sublime, y de consiguiente consagrarse sin límites á la voluntad de Dios, uniéndose absolutamente á él mismo; debía someterse á las mas terribles pruebas, y participar de las de su Hijo. Estaba instruida lo bastante en el sentido espiritual de las profecías, para saber que el Mesías debía padecer mucho, y que sería en carne de dolores. Sin duda que Dios le presentó en general un cuadro de todo esto que le impresionase, al tiempo de hablarle el ángel, y pudiera ser tambien que ésta le enseñase algunas cosas sobre el particular, que su humildad no le permitió revelarlas. Es pues muy probable que previó todas las consecuencias del consentimiento que iba á dar, y que, en calidad de Madre, tuviese mas parte que otro alguno en la cruz del Salvador. Sin esta circunstancia, el mérito que tenía en consentir, no hubiera sido tan grande de mucho como podia ser. María se sacrificó de un modo el mas perfecto desde el instante en que aceptó el ser la Madre de Jesús, así como Jesús se sacrificó en el instante mismo de su entrada en el mundo.

La segunda observacion es, que María necesitó de mas valor, de mas generosidad, de mas grandezas de alma de lo que se cree generalmente para consentir en la proposicion que le fué hecha por el ángel; y esta observacion es una consecuencia de la anterior. Muertos en la calidad de Madre de Dios

no vemos mas que una dignidad que la elevaba sobre los ángeles y los hombres; y bajo este respeto, nos parece que ningún esfuerzo debía costar á María al aceptarla; antes al contrario, que debía darse á ella la mayor prima. Mas es engañarnos groseramente, porque miramos las cosas sobrenaturales con los ojos de la carne. Esta calidad era una carga, y una carga la mas pesada, á la cual iban unidas todas las cruces que debía llevar María; así como la gran cruz con que Jesús debía cargar, era una consecuencia de la union del Verbo con la santa humanidad. Á la manera, pues, que esta santa humanidad quedó en cierto modo anonadada por su union con el Verbo, y así puesta en un estado de víctima, que le comprometió á llevar todo el peso de la cólera divina para la salud de los hombres; en la misma proporción, la union de María con Jesús, siendo su Madre, era para ella una especie de anonadamiento, una destrucción total de la naturaleza, una asejoramiento al mas doloroso martirio que hubo jamás, después del de su Hijo. Inférrese de ahí la grandeza de sentimientos con los que pronunció aquel *Fiat* de que dependían la reparacion de la gloria de Dios, y la salvacion del género humano.

La tercera observacion, sobre la que tanto han insistido los santos Padres, mira á la profunda humildad de María. De aquí la saluda como Madre de Dios; y en el momento mismo en que comienza serlo, se llama su esclava: y por humildad, por obediencia, sin olvidar su bajaía, antes bien abismándose mas en ella, se como acepta un título de honor que le dará autoridad sobre un Dios hecho hombre. Al ejercer los derechos de su Madre, María se acordará siempre que es sierva, y la sierva da aquel mismo á quien manda. Cuando mas elevada, tanto mas humilde. Tal es el efecto de las grandezas que nos vienen de Dios, cuando se reciben y se usan de ellas como es debido. Estas grandezas obligan á la práctica de las mas altas virtudes, y sobre todo de la humil-

dad. Los bajos sentimientos de nuestros mismos deberes crecer con proporción á la altura á que Dios se digna elevarnos. Lo que mas á él nos acerca, no son los favores que nos hace, sino nuestra fidelidad en quedarnos en nuestra nada. ¡Oh pequeños! ¡Oh humanidad! ¿Quién conoce la preñe? ¿Quién la perfere á todo? ¿Quién la emplea toda en empujarse siempre mas? Esto es verdaderamente grande á los ojos de Dios, y no hay otra grandeza sobrenatural sino esta. Después de Anacrisio, el mas bello ejemplo de esta virtud nos lo da María. ¡Qué grandeza la del Hombre Dios! Ella fué la medida de su encarnación. ¡Qué dignidad la de Madre de Dios! María no fué por ella sino mas humilde sierva del Señor.

CAPÍTULO IX.

Consummación del misterio de la Encarnación.

Tan presto como María hubo dado su consentimiento, el Ángel la dejó. Aquí se detiene el Evangelio, sin hablar una sola palabra del misterio inabarcable que en aquel instante se cumplió en ella. Solicitase al Espíritu Santo, y levantó por el mismo de la mas pura sangre de María en su casto seno el cuerpo del Hombre Dios. Este cuerpo, en un mayor pequeño, fué completo y perfecto en todas sus partes, en el momento mismo de su formación; en el cual fué animado, y quedó unido inseparablemente, así como un alma, á la persona del Verbo. San Lucas calla sobre todo esto, porque no refiere sino lo que había mediado é inmediatamente de la santa Virgen; y porque esta guardó un profundo silencio sobre lo que entonces pasó en ella. Sin duda que si ella misma ho-

biera podido explicarlo, pues una tal operacion es superior á toda palabra y á todo concepto. Parecia que por lo mismo podia ella hablar del éxtasis en que entró en aquel momento, y de la celestial delicia, é infinitamente superior á los sentidos, de que quedó santamente embriagada por la presenca y acción íntima del Espíritu Santo en esos. María guarda para sí este maravilloso secreto; y después que salió de este arrobamiento, ni aun se permitió pensar en él.

Callemos pues tambien nosotros, y respetemos el silencio que le impusieron Dios y su humildad. ¿Qué distancia cubra este particular que se acerca á la verdad, y que por otra parte dejase de ser una pura aunque piadosa imaginacion? S. Pablo dice que en su transporte el tercer cielo oyó las palabras misteriosas, de que no es dado á un hombre hablar. Por sublime que fuese la elevacion del Apóstol, nada fué por cierto comparada con la que el Espíritu Santo obró en María en su union inefable con ella. Aprendamos en esto principalmente á callar sobre las gracias extraordinarias que Dios pudiera hacernos, á no comunicárselas sino con una sola persona, aunque sea al director de nuestra alma, hasta el punto que sea necesario para asegurarnos de que no es ilusión; en segundo lugar, á no ejercitar la curiosidad de nuestro pensamiento sobre lo que pasó en nosotros durante las operaciones invisibles de la gracia, y á imponernos el deber de no reflexionar sobre ello, á lo cual harto nos inclina el amor propio con evidente peligro de caer en la vanidad. En cuanto á esta especie de favores el alma debe ser como un canal que las recibe, que las deja pasar, sin embargo alguno en dárseles la mas mínima parte ni por el entendimiento, ni por la voluntad. En tercer lugar, á no ser mas curioso con respecto á lo que experimentaron los Santos en sus comunicaciones con Dios; á no detenerse demasiado en lo que en sus vidas leemos sobre el particular; y sobre todo á no leer ciertos libros en los que algunos insignes pi-

duos, pero temerarios, se empeñan en explicar lo que sobrepasa claramente á la comprensión humana. Observad la sobriedad admirable de la Escritura siempre que habla de cosas semejantes; dice lo que se ha de decir, sin dar el menor pábulo á una vana curiosidad. Dejemos á Dios sus secretos; él nos los reserva para la otra vida, porque sería tan fatal como peligroso el querer conocerlos en esta. Y sobre todo, no hacen estas gracias las que formaron los Santos; y nosotros no debemos solicitar otra instrucción que la que los santificó. En esta mas que en otra cosa, es necesaria la prudente sobriedad tan secretamente recomendada por S. Pablo. Muchos libros hay de una espiritualidad falsa, é á lo menos sospechosa. Tales son aquellos en los que el autor se interna mucho en los secretos de la gracia: descripciones de ellos. Créase que elevan el espíritu y que le ilustran. Nada de esto, le llenan el de ideas abstractas, confusas, sin la menor solidez, y al mismo tiempo hieden y secan el corazón. Las mujeres son muy curiosas para esta especie de libros, en los cuales se calienta y se refina su imaginación: en ellos se pierden, reteniendo en su memoria una mística jerigonza de que se valen sin entenderla. Y es lo peor, que se aplican á sí mismas lo que leen en semejantes libros, forjándose ideas en que no se hallan, y creen ver claramente en su interior. No es terrible lo que abuse el demonio de esta ard inextinguible que tienen de ser entendidas en materias espirituales. No sea N.... este vuestro defecto, y sea María vuestro modelo en este punto, así como en todos los demás. Nadie sobre la tierra supo tanto como ella en las cosas de Dios. Su experiencia, sin libro alguno, la había instruido, y los mas hábiles doctores, los mas grandes Santos, los apóstoles mismos; cada uno comparados con ella. Pero nadie fué mas reservado en hablar de ellas; y su reserva en este punto es para nosotros una enseñanza mas profunda, mas instructiva, que la enseñanza mas sublime que podía haberse dado.

CAPÍTULO I.

Reflexión sobre la Maternidad divina.

HAY aquí á María entrada ya en un estado nuevo, mas sano y mas perfecto que los precedentes. El ángel la ha saludado llena de gracia: ella posee ya dentro de sí al mismo Autor de la gracia, y esta posesión no es momentánea, pues le llevará nueve meses en sus entrañas estrechas. Mientras que con su propia sustancia madre y hace crecer el cuerpo de su Hijo, cuerpo adorable que forma con el suyo una misma cosa, su Hijo la eleva este espiritualmente por medio de las influencias de su divinidad, y hace con el alma de su madre lo que ella con su cuerpo, comunicándole, si es lícito hablar así, su sustancia divina, así como ella le comunicó su sustancia corporal. ¡Qué unión! qué intimidad! No hay mayor, en el orden de la naturaleza, que la de una madre con el hijo que lleva en su seno. Todas las disposiciones, todas las impresiones de la madre pasan al hijo; y lo que obra sobre la una, obra por reproducción sobre el otro, porque los dos únicamente se forman uno que uno. Asimismo pasa, en el orden de la gracia, es hay unión mas estrecha que la de María con Jesús. Las disposiciones, las sentimientos del Hijo pasan al alma de la Madre. No hay afecto, no hay impresión de que no la haga partícipe; y uno y otro se forman mutuamente sí no una misma cosa. María era antes receptiva. Mas ¡qué nuevo género de recogimiento le domina ahora, de que sí sus ideas tenía! Ella antes gustaba de oírse de la presencia de Dios. Mas ¡qué comparación tiene con esta nueva presencia que le sobreviene para decir: Dios está realmente en mí, me es mas íntimo que yo misma; y así como mi vida es la suya, su vida es también la mía! Antes estaba siempre en oración.

Mas ahora Jesucristo mismo es quien roga en ella y con ella: y su oracion es la misma que la del Verbo encarnado. Ya no necesita, para hallar á Dios, que un espíritu y un corazón se transporten fuera de sí misma. Ella lo tiene en sí; en estado natural, en cierto sentido, es de estar con Dios; y el mismo Hijo único que está eternamente en el seno del Padre, reside temporalmente en el seno de Maria. Dicho esto, ya se ha dicho todo sobre el interior de Maria; solo falta concluir que es incomprendible.

Mas ¿que escuela de amor á Maria el Verbo anonadado en ella? Le da luces mas vivas que nunca sobre la grandeza de Dios, y sobre la nada de la criatura. Le comunica sobre la humildad misma y sentimientos que antes no tenia, ni podia tener; le enseña que si la majestad divina no puede ser dignamente honrada mas por las humillaciones de su Dios hecho hombre, todos nuestros homenajes de nada sirven, y no son capaces de merecer por sí solos un agrado. ¡Qué enseñanza, oh Dios mío! ¿T quien nunca la comprendió mejor que la madre del Verbo encarnado, para dar á su Padre la gloria que le es debida? Maria desde aquel momento ya no pensó mas en glorificar á Dios por sí sola; tuvo el sentimiento íntimo de su impotencia, y no lo glorificó sino por medio de su Hijo. Nada puedo, le dice, nada tengo, nada tengo que ofrecerte; solo tengo al Hijo que vos me habéis dado: ya os adora por él, ya os doy gracias de todo por él. No fijis en mí los ojos; ¿qué verdad? ¿Con qué título mereciera yo ser admitida á vuestra presencia? Mas mirad á vuestro Hijo: es el vuestro, es el mío. Vedlo reducido á un estado de anonadamiento para reconocer vuestra soberanía. No cree abatirse demasiado, y mas se abatiera aun, si le fuese posible. ¡Ah! ¿qué puedo hacer yo sino unir la nada de mi naturaleza á un voluntario autohumillamiento, y suplicaros que os sea grato el homenaje de la Madre en el del Hijo?

Si: Maria desapareció totalmente á sus propios ojos desde

el momento en que fué Madre de Dios. El ser infinito que encerraba en su seno absorbió su ser finito; ni tanto queda perdida una gota de agua en el Océano, como lo quedó ella en el abismo de la Divinidad. Así se verifica como le he dicho ya, que toda elevacion que viene de Dios, comienza la oración en la mas profunda humildad.

¡Oh humildad incomparable! ya no te conozco, y sin el auxilio de una luz superior yo no te conoceré jamás. Si cosa hay que pueda hacerme concebir de ella alguna idea, son los sentimientos que debió tener y que tuvo de sí misma la Madre de Dios. ¡Cuán humilde debió ser ella para merecer semejante favor! Mas ¡cuanta mas debió serlo después que le habia recibido! ¡Qué vanidad á ser nosotros! ¡Cuán injustos y despreciables, cuando queremos ser alguna cosa! ¡Cuán culpables, cuando nos corrompemos de los dones de Dios, cuando nos los apropiamos, cuando tomamos de ellos motivos para anteponerlos á los demás! En despreciar el orden, en ir contra los designios de Dios, en ultrajarle por el lado mas sensible, en igualar en orgullo á los demonios el hacer servir á la vanagloria lo que solo se me ha dado para humillarme mas. ¡Oh Verbo encarnado! Tú suplicas por la intercesion de vuestra Madre santísima que se sirva de todo el poder de vuestra gracia para aplastar, para aniquilar en mí el orgullo y el amor propio. Cortad el vicio en la raíz, no me tengais piedad en esta parte. Nada servé á vuestros ojos en tanto que á los míos sea alguna cosa. El pecado que vuestras dones deban vencerse, privadas de ellas, retiradas. Contento en ser miserable, despojado de todo bien espiritual, con tal que sea humilde.

CAPÍTULO XL

Visita de María á Elisbeth.

HABÍAN sabido María por el ángel que su prima Elisbeth estaba en cinta de seis meses, inspirada en caridad el ir á visitarla desde luego para felicitarla, y el cumplir con ella los deberes de una parienta por medio de los servicios que en su estado necesitaba. Juan, que sugirió á su Madre esta idea, tenía un designio mas elevado, cual era el de consolar á Juan su pocueto, y prepararle muy de antemano para cumplir las fracciones de tal. No dió á conocer á María su designio, la cual ignoraba los pormenores de lo que había pasado con respecto á Elisbeth, é ignoraba el destino de Juan; mas para que se cumpliera, sirvióse de la oportunidad de esta visita. En aquellos días pues, dice el Evangelio, pocos días después de la embajada del ángel Gabriel, partió María y se fué apresuradamente á los montañas de una ciudad de la tribu de Judá, donde moraba Elisbeth. Esta ciudad distaba mucho de Nazareth, y estaba en el extremo opuesto de la Judea, por lo cual el viaje fué bastante largo y penoso para una joven de quince á diez y seis años.

Muchas observaciones se posecian acerca de este viaje. María, aunque mucho mas jóven que Elisbeth, era, por su calidad de Madre de Dios, incomparablemente superior á ella; y si hubiese sido capaz de mirarse con ojos humanos, se hubiera conde sin duda muy dispuesta de visitar á su prima, y obligada lo mas á correr alguno para congratularla é informarse de su novedad. Mas la humildad no discernía así. María no solo dejó de pensar que se abaja, pasando á Elisbeth por la mano; sino que, muy al contrario, se halla

intimamente convencida de que le debe aquel acto de abnegación que la tributa, y se da prisa á partir.

No sabiendo sino por el ángel el estado de Elisabeth, sin haberse ésta participado, podía crear también fundadamente que no se olvidaría de que no la visitase; y para otra cualquiera que no hubiese sido María, esta era una razón muy justa para excusarse de un largo viaje. Pero no discurre así su alma humilde y caritativa. María no toma pretexto de no saber el embarazo de Elisabeth sino por una vía extraordinaria, si se olvida que es prima nada le basta indecote. No dice para sí: Elisabeth debía haberme informado de su estado si quería que la visitase; sino que marcha sin deliberar para partir con su prima la alegría de ser madre á pesar de su esterilidad y de su edad avanzada; resuelta siempre firmemente á guardar un profundo silencio acerca del prodigio que en sí misma se acababa de obrar.

La prisa que se dió María, nos enseña también que para llenar ciertos deberes que el patriarcado y la corteja exigen, es preciso saber sacrificar á la proximidad del momento el retiro, el silencio, la oración, las demás ejercicios de piedad; y no hacerse dificultoso de aplicarse á ciertos actos exteriores. Si la piedad de María hubiese sido mal entendida, ¡cuántas razones aparentes tenía para omitir esta visita y quedarse encerrada con Dios en la soledad de Nazareth! La gracia no permite descuidar lo que al prójimo se debe, aunque no sea sino por simple bien parecer; y renunciar á esta especie de deberes, es protesta de desprecio, es abusar de la devoción misma, y tomarla en mal sentido. Fortifíquese pues como María en estas ocasiones indispensables, y en nada perjudicáremos nuestra santidad. Guardémosnos diligentemente de no conceder algo á la dissipación y al deseo de manifestarnos en lo exterior. María se olvida á sí para pensar en su prima, mas no olvida á Dios; y en medio de las distracciones interiores,

inevitables en semejante viaje, no pierda un solo momento su santa presencia.

En esta especie de deberes que se cumplen con el prójimo, y generalmente en todas nuestras relaciones con él, cuando son para nuestros máximos, y rectas nuestras intenciones, Dios se propone muchas veces miras más elevadas que las nuestras, y que nos deja ignorar hasta el momento en que las cumple. El grande objeto de Dios en la visita de María era la santificación del Procurador de Jesús. María lo ignoraba absolutamente, y sin embargo cooperaba á ello sin saberlo. La oportunidad de esta visita era el medio que Dios había escogido; y si esta no hubiera tenido efecto, por haber faltado María de su parte, ella hubiera sido responsable á Dios de haber hecho faltar su designio. Esto es la práctica en de la mayor consecuencia. Cosas que os parecen indiferentes, tienen á menudo conexión con otras que son de la más alta importancia para la salud y la perfección del prójimo. Nada sabéis de ello, es verdad; pero podéis y debéis presumirlo, y esto debe ser para vos un motivo de no faltar jamás, ni á un deber de urbanidad. Haréis ó recibiréis una visita que os parecerá de pura ceremonia. Tal vez Dios quiere servirse de ella para el bien espiritual de la persona que os viene á visitar. Una palabra que se os habrá ocupado como por casual, promoverá la conversacion, abrirá el alma de aquel á de aquella que os habla, y producirá frutos de gracia. ¡Cuántas conversaciones habéis suspendido por semejantes confusuras, en las cuales os se había propuesto desde su principio ningún objeto formal! ¡Cuántas almas entraron por esta puerta en las sendas de la perfección! San Francisco de Sales hizo más bien con sus conversaciones que con sus sermones y sus controversias. Fructificaron para á todos estos actos de caridad que exige el comercio con el prójimo: son siempre para nuestros miras, abandonámonos á la gracia, á fin de que cada uno de nosotros se santifique y nosotros

discursos; y Dios sabrá sacar de ellos su gloria.

CAPÍTULO XII.

Entrevista de María y de Elisabeth.

MARIA, dice S. Lucas, habiendo entrado en la casa de Zacarías, saludó á Elisabeth. Lo mismo fue oír Elisabeth la salutación de María, que la criatura del sollozo de placer en su vientre; y Elisabeth se cedió llena del Espíritu Santo, y exclamando en voz alta, dijo: Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre¹.

¡Cuántas maravillas se abren á la primera entrevista de las dos primas, y á la simple salutación de María! Jesús es el que las obra: oculto está, pero es el autor de todo. María es tan solo un instrumento. Llegan á los oídos de Elisabeth las palabras de María, y la voz secreta de Jesús se hace perceptible en el corazón de Juan. La presencia de María causa á su prima una impresión de júbilo. La potencia de Jesús obra en el alma de Juan, la purifica de la mancha original, la corrige de gracia, la llena de una alegría espiritual que le hace saltar de gozo, reconociendo y adorando ya á aquel de quien ha de ser Profeta y Precursor. En el mismo instante Elisabeth queda llena del Espíritu Santo. La repentina agitación de su hijo tiene una causa sobrenatural que le es revelada al momento. Penetra con los ojos de la fe en el seno de María, y descubre allí al Infante divino, autor de lo que en ella pasa. En su transporte exclama que María es bendita entre todas las mujeres por el doble privilegio de su Virginalidad y de su Maternidad divina, y que el fruto de sus entrañas es bendito por su unión con el Verbo. Así pasa, Elia-

¹ Luc. i. 42.

belli tiene un conocimiento distinto del misterio de la Encarnacion, y este conocimiento pasa de Jesus, á quien Jesus inmediatamente le comunica, á Elisabeth su madre. ¡Qué maravillas, reptó, obradas por la ocasion de una simple visita!

¡Cuál debió ser, pues, la sorpresa de Maria, cuando vió á su prima instruida por el mismo Espíritu Santo de lo que ésta habia obrado en ella! Su humildad le habia impuesto la ley de guardar secreto sobre esta bendición. Mas Dios es el árbitro de revelar lo que le place; y ella adora la profundidad de sus designios, sin conocerlos. Ignoraba las relaciones é íntimas comunicaciones de Jesus y de Juan, y que Elisabeth era dueña á su propio hijo de la revelacion que entonces tuvo.

¡De dónde á mí tanto bien, prosiguen Elisabeth, que venga la Madre de mi Señor á visitarme? Hé aquí unas palabras las mas claras y terminantes en favor de la maternidad divina. La admiracion y el sentimiento de su indignidad con que las pronunció, manifestaban con evidencia que Dios se las ponía en la boca; y de este modo recibió Maria por el órgano de su prima una seguridad indudable de la verdad del prodigio obrado en ella. No solicitaba ella tal seguridad, ni la necesitaba, y Dios con todo se la dió en el momento en que menos lo pensaba.

¡Qué fondo de instrucciones se encierran aquí para las almas á las cuales constituye Dios en estados extraordinarios! No es raro el que despues de haber tenido en un tiempo la mas entera certeza de la realidad de su estado, le ponga despues en duda, ya sea que se haya borrado la primera impresion, ya sea que el demonio loceje para tacharlas por medio de sus sugestiones, ó que sus propias reflexiones sobre los cambios sobrevénidos en su estado les inspiren alguna inquietud. Mas guárdense de alarmentar á Dios, como hacen muchas veces, para que les dé seguridades de que no se alucinan; desconfíen de él, como Maria, y dejen á su cuidado el discernir entre

do lo jugará oportuno. No los faltará á lo necesario, y sabré hacer conocer muy bien á estas almas y á los demás, que aquel su estado interior es aún oscura. Mientras esperan que se declare, manténgase en la oscuridad de la fe, sometidos al juicio de su director espiritual lo que les atañe, y no busquen importunamente seguridades, para las cuales Dios tiene tiempos señalados, fuera de los que serían perjudiciales á los progresos de su espíritu. Es necesario que conozcan solamente á sí mismas; y es evidente que no morirán jamás á sí mismas, si conservasen siempre una seguridad positiva de que su estado es de Dios. María nada de esto pidió jamás, y no podemos dudar que no le haya sido tanto ó mas ejercitada que la de otro santo alguno. Las pruebas nos las suministrará el Evangelio.

Elisabeth comprendió perfectamente el misterio del estrechamiento de su hijo, para sobre esto se fundó el Hacer á María la Madre de su Señor. Después de haberle dado esta noticia, añade como para explicarle el motivo: *Para de mismo fue penetrar la voz de la salvación en mis oídos, que dar á luz de hijo le criatura en mi vientre.* Conoció pues, que el principio de esta alegría celestial y católicamente milagrosa era la potencia del Hijo de Dios, el cual desde el seno de María obraba sobre Juan en el seno de Elisabeth.

¡Oh bienaventurada tú que has creído añadir, porque se cumplía las cosas que se te han dicho de parte del Señor. ¡En qué cosas felicita á María? De su fe. Ella ha creído las dos maravillas extraordinarias que le han sido anunciadas por el ángel: la una, que sería la Madre del Hijo de Dios, según la carne; la otra que en fecundidad, obra del Espíritu Santo, no produciría el mas mínimo menoscabo á su virginidad. Para creer estas dos misterios, impone silencio á su razón, no pidió sobre ello aclaraciones algunas; y aunque la manera con que debían cumplirse le fuese incomprendible, se sometió á la autoridad divina.

La fe es realmente en nosotros el principio de todo bien. No hablo tan solo de la fe común á todos los cristianos; sino de aquella fe especial de la que necesita toda alma que se encuentra bajo la dirección particular de la gracia. Muy grande se necesita para asombrarse sin discurrir á lo que Dios anuncia á estas almas sobre los designios que con respecto á ellas tiene formados, para no entrar en dudas ni en reflexiones, cuando ha pasado ya el momento de la confusión que consigo lleva la palabra divina. No menor se necesita también para llegar á creer, cuando los medios de que se sirve Dios para la ejemplar parecen contrarios al fin que se propone; cuando de todas partes se levantan obstáculos al parecer insuperables, y las cosas toman un giro del todo opuesto al sentido que las palabras de Dios presentaban desde un principio.

Reflexionad un momento sobre lo que el ángel anunció á María en cuanto á las grandezas de Jesús. Será llamado *Hijo del Altísimo*; el Señor le dará el trono de su *Pedre David*, reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin. ¿Qué puede haber de mas magnífico? Comparad sin embargo este discurso del ángel con todo lo que pasó con respecto á Jesucristo: su nacimiento pobre y como á hurtadillas en Belén; su vida oculta durante treinta años en la ciudad de un artesano; su vida pública, en la cual solo de lincesos vivió, sin tener donde reclinar su cabeza; la envidia, el odio, las persecuciones de sus enemigos, que calumniaban su doctrina y sus milagros, y se maquinaban contra su persona; el fallo de muerte dado contra él por la sinagoga, por llamarse el Hijo de Dios; su dignidad de rey encarnado; la preferencia que dió sobre él á Barrabás la nación entera; por fin, el suplicio lastimoso de la cruz. ¿Dónde está el trono de David? ¿Dónde este reinado sin fin sobre la casa de Jacob? ¿Lo que anunció á Jesucristo, no parecia todo contrario de aquellas promesas magníficas? ¿Qué le pudo no necesitar María para

creer hasta el fin que ellas se cumplirían, como se cumplieron en efecto, después de la resurrección del Salvador, en un estado espiritual, infinitamente mas elevado, mas digno de Dios, que el que prometían las palabras del ángel!

CAPÍTULO XIII.

Exposición del Cántico de María.

A este discurso de Elisabetta, contenta María con un Cántico, que puede llamarse el cántico de la humildad. En él no habla sino de Dios y de sí misma: de Dios, para celebrar sus alabanzas; de sí misma para abajarse y anonadarse. *Mí alma, exclama, glorifica al Señor; y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios Salvador mío.* ¿Quién será capaz de expresar ni aun de concebir con qué sentimientos pronunció María estas palabras? No es para hombre mortal el exponer el arrebatamiento de María en Dios, la parcia de aquel con que le tributa la gloria de todo, no reservando nada absolutamente para sí misma. Dios la glorifica cual merece glorificar á otra criatura. María recibe esta gloria para devolverla toda entera á su autor, y no hay criatura que con tanta excelencia lo glorifique. ¿Qué triunfo para Dios, digámosle así, ver un alma colmada de sus beneficios, inundada de sus favores, que se los emplea en otra cosa que en alabarle, y que, olvidándose totalmente á sí misma, no piensa sino en él, se pierde y se abisma en él! El gozo que la transporta se tiene por objeto un propiá elevación, tan sublime como en su único objeto es el Dios autor de su salvación, el Dios que lleva en su seno, en el cual se ha encerrado tan solo para salvarla á ella y á todo el género humano. Y aun esta misma elevación la considera ella, menos por lo que tiene de

ventajas para él, que por lo que tiene de glorioso para Dios. Deja aparte su interés propio para no ocuparse sólo en el interés de Dios. ¿Así es como nosotros referimos á Dios todas las bienes que nos dispensa, no interesándonos en nuestra misma perfección, sino por la gloria que de ella redonda á Dios? ¿En dónde están las almas en quienes reina tal pazana de egotismo? ¿Cuán raras son! Las demás si son fieles de sí mismas, por sentir que están en otros respaldos. Regularmente nos referimos á nosotros mismos las gracias que Dios nos concede; queremos ser santos para nosotros solos: la gloria de Dios no es nuestro primer motivo ni nuestro fin principal. Si en ella pensamos alguna vez, es como por reflejo: los primeros pensamientos, las primeras sensaciones del corazón son para nosotros. ¡Miserable amor propio! Tú contras todo, tú todo lo infectas con tu veneno, tú atacas hasta contra el amor que se debe solo á Dios, y atropas toda lo que puedes á su gloria para atribuírlo á tí! ¡Oh María! alcanzadnos los para conocer la horrible deformidad de este vicio, valor para combatirlo, y grandeza de espíritu para dejar que Dios, señor de su gloria, lo destruya por sí mismo.

¿Y de dónde vienen estos transportes, este júbilo de María? De que Dios ha puesto los ojos en la Virgen de su esclava. Ella nada era y nada hubiera sido jamás por sí misma. Dios la miró, y esta mirada produjo todo lo que ella es. Para ser elevada á la dignidad de Madre de Dios, no pierde de vista su bajura; no olvida que ella es su esclava, y no toma otro título. ¡Oh Dios mío! ¡con qué dulce complacencia debías contemplar á aquella que, hallándose exaltada al cénit de la grandeza, no caía por esto de su nada! ¡Ah! y vemos nosotros tan vanos, teniendo tantos motivos para ser humildes! Por esto sin duda Dios no fija en nosotros su mirada, para ver que si se dignase echarnosla, seríamos sacos por ella mas vanidosos. ¡Qué contraste entre María y nosotros!

Por esto, con motivo de esta mirada de Dios sobre mí, todas las gracias me llaman *divinecristada*. Todo lo debo á esta mirada: nada sería sin ella. Quien en mí mismo me considere, nada verá que merezca la menor alabanza, nada que no sea digno del mas alto desprecio. Mas quien me vea tal como me ha puesto la mirada de Dios, mirada que es tan solo un puro efecto de su misericordia hacia mí, no podrá menos que llamarme *divinecristada*, título que me me dará de edad en edad hasta el fin de los siglos. Por ello bendigo y bendeciré para siempre al que me ha mirado, y le devolveré fielmente todos los elogios que se me dieren, porque de él solo dimana, y él es el único que debe ser en mí ensalzado. Estas son las sentimientos que animan en el cielo á los *divinecristados*, que no entraron en él sino después de haber expiado todo su amor propio; pero María los tuvo ya en la tierra con toda su pureza y perfección. Procuremos imitarla en este punto mas que en otro alguno.

Porque ha hecho en mí cosas grandes equal que es poderoso y repe nombre es santo. María no atreva por una falsa humildad lo que Dios hizo por ella. Reconoce que son cosas grandes, y tan grandes, que sus demás obras son nada si con ellas se comparan. Mas ¿á quien las atribuya? A su omnipotencia, para la cual nada hay difícil, que dimana las leyes de la naturaleza, y que con solo pronunciar una palabra ejecuta las mas grandes proyectos. ¿Y qué reconocimiento sacar de ahí? Que el nombre de Dios es santo; que por la gloria de este nombre obra todas las cosas, y que la santificación de este gran nombre debe ser el objeto de los pensamientos, de los sentimientos y de las acciones de la criatura. Y después que de este modo todo lo ha atribuido, todo lo ha dado á Dios, ¿qué queda para María? Nada: ella no pretende nada, no quiere nada; sino que se admira en ella las maravillas del divino poder, y que se alaba su santo nombre. Mas, cuanto mayor sea su alabanza y humillación, tanto mayor será el de Dios

se glorificaría; pero que todo el honor que se diere á María, reflejará en Dios, el cual con ella nada perderá de sus derechos. Ocupémonos pues únicamente en la gloria de Dios, y así la partiremos con nosotros sin perder el nada. Y si nada hay comparable con la gloria de María, es porque nada fue comparable con su humildad. Dios quiere depositar sus dones en lugar seguro, y el lugar mas seguro es en alma humilde. María misma nos lo va á enseñar.

Su misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que la aman. Por los que aman á Dios, extiende la Eclesiástica los que le aman, que por un principio de amor tienen misericordia. Porque cada hiera mas al vino el corazón de Dios, que el robarle su gloria, de que es tan celoso. Es un crimen que no deja impune, y que de precision ha de castigar. ¿Y de qué modo lo castiga? Retirando sus misericordias de los culpables, desolando la mayor que puede suceder á un alma. Al contrario, derrámalas con profusion sobre las almas celosas por su gloria, que temen mas que todo el defraudarle la menor parte. Tengamos pues un temor saludable: el orgullo y la vanidad son nuestros vicios favoritos. Y como son tan odiosos y tan extremamente ignominiosos, se nos desfilan con tal astucia que no los percibimos, y nos rodean hasta el punto de justificarnos. Dígamos pues con S. Felipe Neri: *Mé se Ale de mí, Señor, porque soy un ladron que no hace sino como robaria nuestra gloria.*

Alto alarde del poder de su brazo, desalta las miras del orgullo de los soberbios. El brazo de Dios así en el antiguo como en el nuevo Testamento, es Jesucristo. Por este brazo, como Verbo, creó el Universo de la nada. Por este mismo brazo, como Verbo encarnado, lo ha hecho todo en el orden sobrenatural. ¿Y en qué se ha señalado ese brazo omnipotente? En la dispersion, en el castigo de los soberbios enjaulados contra la gloria de Dios. El los ha humillado, el los aplastó debajo sus pies, él formó para ellos el abismo del in-

fierno, en donde se venia eternamente forados á resucitar á Dios el bien que probaron en vano arrebatarse.

Derridió del alto á los poderosos, y redujo á las familias. Colmó de bienes á los hambrientos y á los ricos los despidió sin nada. Tal es la conducta de Dios. Ábale á los poderosos que se engrían de la altura que ocupan, y levanta en su lugar á los que son humildes. Si no siempre lo hace en este mundo, no deja jamás de hacerlo en el otro. Los altos asientos del cielo son para los humildes: los mas benditos calabozos del infierno son para los soberbios. Tened hambre de justicia, y reconociendo vuestra impotencia, dirigios á Dios, el cual os colmará de verdaderos bienes. Si nadais en la abundancia, aunque sea de bienes espirituales, y apropiadoselos, haced de ellos el pasto de vuestro orgullo, él os los retirará, y os arrojará hijos de sí con las manos vacías. Tal es la lección que os da María, y de la cual nos muestra un brillante ejemplo en su persona. Jamás sobreestimemos ni balucemos lo bastante del orgullo: jamás amaremos ni buscaremos bastante-mente la humildad.

Agradándonos de su misericordia, acogió á Israel en sí: según la promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham, y á su descendencia por los siglos de los siglos. Las verdaderas promesas hechas por Dios á Abraham, á su posteridad y á Israel, según se explica S. Pablo, eran espirituales, y no debían quedar cumplidas sino por el advenimiento del Mesías. Hizo aquí venido ya; está en el seno de María, del cual no ha salido aun, y derrama ya sus bendiciones sobre Juan y sobre Elisabeth, cuando, como es, el Padre de los verdaderos israelitas, aquel cuyo nacimiento deseó ver Abraham, y que visitándole en espíritu, se llenó de alegría. Todas las figuras van á cesar. Abraham no será ya mas mirado como el padre de los israelitas según la carne, sino el padre de los creyentes, de cualquiera nacion que sean; y Abraham, con toda su posteridad espiritual pertenecerá á Jesucristo. María para profeti-

na aquí, y nos muestra en ella el cumplimiento de la grande promesa hecha desde el origen del mundo, y renovada de edad en edad. Repetámosla que nos explique ella misma el sentido de su admirable Cántico, y sobre todo que nos inspire en el corazón los sentimientos con los cuales lo pronunció.

CAPÍTULO XIV.

Regreso de María á Nazareth.

Maria, dice S. Lucas, desíase con Elisabeth una de tres meses y se volvió á su casa. Quedó allí sin duda hasta después del parto de su prima, en el cual necesitaba mas de su presencia y de sus servicios, y no la dejó hasta que estuvo fuera de peligro. Así pues, María fué testigo del milagro obrado en Zacarias, el cual recobró la palabra y el hijo; ella tocó aquel bello cántico, en el cual Zacarias profetizó igualmente el cumplimiento del misterio de la Encarnación, y la grandeza futura de Juan, destinado á ser el preloja del Altísimo, y de ir delante del Señor á prepararle los caminos. Zacarias le refirió, así como á Elisabeth y á los demás que presentes se hallaban, la visión que había tenido en el Templo, y como había sido castigado por su falta de fe. Así María quedó instruida de todo, y afirmada de nuevo sobre su estado por Zacarias, siempre por disposición de la Providencia, y sin medio alguno de su parte.

Si la primera entrevista de María fué tan ventajosa á Elisabeth, ¿qué fruto no sacaría de su permanencia por el espacio de tres meses? María no cuidaba sino de prestar á su prima servicios temporales; mas como estaba llena de gracia, y llevaba en sí al autor de ella, su conducto, su conversacion, su sola presencia era para Elisabeth una faceta fe-

cuada de bienes espirituales. Elisabeth, aunque llena ya de piedad y de justicia, adquirió un nuevo grado de santidad por la conversacion de Maria. Juan recibió sus meritos gracias por la operacion secreta de Jesus, que ya desde entonces echaba en él las raíces de su futura santidad.

Pero Maria dejando su retiro, y comunicándose exteriormente, ¿quién perdió de su recogimiento y de su union íntima con Dios? nada absolutamente. Puede que dedicase menos tiempo á la oracion que en Nazareth, pero conversaba mas con Dios y mas con el prójimo. Con todo, su estado de oracion nunca se interrumpia, todos sus discursos eran de Dios, ó se dirigian á Dios. Por sus acciones, por su caridad hacia su prima, por su modestia, por su afabilidad, por su amor todo del cielo, por todas las virtudes que tuvo ocasion de practicar, edificó á la familia de Elisabeth, y las personas que iban á visitarla. En una palabra, Maria santificó á todos quienes la veia cerca, y ella regresó tambien mas santa de esta larga visita.

¡Qué modelo para nosotros en nuestras conversaciones con el prójimo! ¿Cuán excelentes reglas podemos sacar de él? 1.º No busquemos por nosotros mismos los ocultos de ver al prójimo; aguardemos que Dios nos los ofrezca, y en este punto miremos como voluntad de Dios todo lo que nos prescribe el bien parecer y la cortesia. Vitamos retirados como Maria por gusto y por eleccion; mas comunicémosnos como ella por deber, cuando es necesario, y la gracia nos conducirá á ello. 2.º No vamos, en cuenta de nosotros dependa, sino personas piadosas, que puedan servirnos y á quienes podamos servir de motivo de edificacion. No nos doña el tiempo que con ellos pasamos, en tanto que á ello nos obligan razones plausibles; y no hagamos sino manifestarnos en casa de aquellos con quienes solo nos ama deber de mera urbanidad, cuando advertimos que no pueda servir de provecho ni para ellos, ni para nosotros. 3.º Tomemos la dispo-

ción en el comercio de las criaturas; y no las visitamos únicamente para evitar el fastidio, ó para buscar en ellas consolaciones humanas. Muchas veces visitamos á nuestros deudos y conocidos sin otro objeto que el procurarnos nuestra propia satisfacción. No se concilia con tales visitas el recogimiento interior. Cuando se pone á Dios en el corazón, muy fácil es prescindir gustosamente de las conversaciones de los hombres, á las cuales no se accede sino cuando la necesidad ó la caridad lo exigen. 4.º Por fin, no prolonguemos las visitas mas allá del tiempo necesario, sin cuando tengan por objeto la caridad. Maria se retiró luego despues del alumbramiento de Elisabeth; ni debia partir antes ni debia quedarse despues. ¿Y por qué? Porque en esta visita se tuvo otro objeto que Elisabeth, y de ningún modo á sí misma. Así pues partió tan luego como dejó de serle necesaria. Partiémosnos del mismo modo, y desde que se halla cumplido el objeto de nuestra visita ó de nuestra conversacion, retirémosnos. Siguiendo estas reglas, jamas nos dará el comercio con el prójimo; y Dios lo hará servir á su santificación y á la nuestra.

CAPÍTULO IV.

Suspechas de José: silencio de Maria.

A su regreso de la casa de su prima Elisabeth, Maria estaba á los cuatro meses de su embarazo. No tardó en advertirlo José su esposo; y no sabiendo nada de lo que habia pasado, se dejó llevar por cuales fueren sus sospechas. Aquí pues empiezan las pruebas de Maria, cuya causa y objeto es José, de quien Maria se halla en cinta. Conoce José la elevada virtud de Maria; sabia que ella habia hecho voto de virgini-

dad, y que no se había desposado con él sino bajo el pacto que guardaría él también la castidad, y que vivirían como un hermano y una hermana. Había consentido en ello; y sin embargo, la ve en ceta. ¿Qué otra cosa pueda creer, sino que se ha hecho culpable de adulterio? ¿Qué mortal angustia se debió causarle la presunción, al parecer indudable, de semejante crimen por parte de una esposa á la que tan tiernamente amaba? ¿Qué idea debió formar de ella? ¿Y como conservar el mismo aprecio? ¿Qué terrible conflicto de pensamientos en su espíritu, y de sentimientos en su corazón! ¿Y á casa profunda tristeza no se vería abandonado!

Aunque guardase silencio por respeto á su esposa, imposible le era el disimular la agitación de su alma; y María, cuyo embarazo era visible, no podía ignorar ser ésta la causa de la pena de José. ¿Qué prueba de una y de otra parte! ¿Y cuánto no debieron padecer mientras duró! Cuanto mas malas una y otra, tanto mas debió serles sensible esta prueba, ya tan delicada en el mismo. ¿José engañado traidaramente por una esposa, que había creído ser la misma pureza! ¿María sospechosa de adulterio, porque en la Madre de Dios! ¿Qué atentado contra la fe conyugal en el matrimonio mas santo que hubo jamás en la tierra! Tal era el pensamiento de José. ¡Cuán injuriosa sospecha! ¿Qué ultraje contra el Espíritu Santo que me ha hecho fecunda! Tal debía ser el pensamiento de María.

Una palabra suya, una declaración de lo que el ángel Gabriel le había anunciado, la hubiera justificado plenamente, hubiera tranquilizado á José, hubiera trocado sus sospechas en una profunda veneración hacia ella. Sin duda que él había dado fe á un relato, sobre todo al le hubiese referido lo que pasó con ella en casa de Elisabeth. María siempre guardaba silencio. Su secreto es el secreto de Dios. No lo revelará, aunque hubiese de perder en ello su reputación y hasta su

vida. José podía disimularla en público. Estaba autorizado y era obligado por la ley á censurarla delante de los sacerdotes; y contra toda mujer adúltera estaba pronunciada la pena de muerte. El honor mismo de Dios estaba visiblemente interesado en la causa de María; y si ella no quería decir nada por respeto á sí misma, parece que debia hablar para la gloria de Dios. Así lo hubiera jugado cualquier otra que María. A pesar de tantas razones para hablar, ya por parte de José, ya por parte suya, ya por parte de Dios, ella persiste en el silencio, y no deja escapar una sola palabra que ponga á José en camino de saber la verdad. María no se mira aquí: nada sea para ella los mas caros intereses, los abandona á Dios: á él toca revelar, si le juega á propósito, las grandes cosas que en ella ha obrado. Su humildad le cierra la boca, y todos los motivos humanos, por mas fuertes que sean, no se la abren.

Con frecuencia acudimos á las almas interiores, que las favores que de Dios han recibido, son para ellas una ocasion de caida y de perniciosa. ¿Qué hay que hacer entonces? Todo induce fuertemente á justificarlos, y es muy difícil resistir á esta tentacion: bastaria una palabra para cambiar la disposicion de los ángeles, todo parece invitar á provocarla. Nada mas justo que desagraviar al prójimo, discurrir su perniciosa, aborrrirle faltas casi siempre considerables, de las que tarde ó temprano tendrá que arrepentirse, cuando oye la verdad. ¿Hay cosa mas justa que vengar el honor de Dios, y no permitir que sus fauces sean un motivo de escandalos? Algo se debe tambien á la propia reputacion: la virtud, la piedad, la pública edificacion parecen exigirlos. ¿Y nos protegen del amor propio! La conducta de María les enseña la máscara y los condena. Enmudeced como ella, y aguardad que Dios os justifique, manifestando él mismo su obra. ¿Por qué no queréis que sus gracias sean para vosotros una ocasion de sacrificio y de muerte á nosotros mismos? Es-

te es el efecto mejor, el mas glorioso á Dios, el mas provechoso para nosotros que pueden producir. ¿Qué resultará de nuestro silencio? Que seréis humillados, que tendréis que sufrir. ¿No es esta lo que mas debéis temer?

Sus Fraternas de Sales, cuando de haber escrito á una mujer una carta que desahucaba su carácter episcopal, y que tendía nada menos que á hacerla pasar por un malvada hipócrita, se contentó con decir que se había muy bien irritado su letra, pero que aquella carta no era suya; por lo demás no hizo gracia alguna para perseguir al autor de la calumnia. Dios sabe, decía, la medida de reputación de que necesito para llevar mi ministerio; no quiero óver mas. Manténgase tranquilo, y no déje nacer en su alma el menor deseno, aunque esta novedad hubiese metido mucho ruido en Saboya, en Francia, y donde quiera era conocida. Algunas años después fui denunciada la impostura por la pública confesión de aquel mismo que habia sido su autor. No siempre se debe practicar la humildad en ocasiones de tal importancia. Mas hay mil pequeños incidentes, sobre todo en las conveniencias, en los cuales se sospecha de nosotros, ó se nos imputa lo que no hemos hecho. ¿Qué bueno es callar entonces, sufrir una ligera humillación, y no tomarse la pena de justificarse! Mucho cuenta esto al amor propio; mas tambien es el amor propio el que hemos de procurar silenciar con todas nuestras fuerzas.

CAPÍTULO XVI.

Maria justificada por el mismo Dios.

Masa permanecía tranquila, bien que angustiada por el Mensaje de José; y así era capaz á temer que Dios ha-

blase por ella, esperando no obstante que lo haría. José por su parte era un hombre justo, y no solamente no se puso con la menor violencia contra su esposa, sino que ni aun quiso emplear contra ella el rigor de la ley. Creyóse dispuesto de hacerlo por la virtud que se podía dejar de reconocer en ella, á pesar de todas las apariencias contrarias. La respetó siempre, y Dios que obraba en su corazón, y que solo se proponía probarlo, no permitió que se portase como se hubiera portado cualquiera otro marido en igual circunstancia. No quería disimularla; mas tampoco podía ya guardarla en su compañía; porque esto hubiera equivocado á aprobar su culpa, en caso que ella fuese culpable, ó á lo menos cerrar los ojos sobre una infidelidad que no debía tolerar. Tomó pues el partido que mejor se avenía con su conciencia y con el miramiento que creía deber al honor de María. Este partido sin dejarla secretamente y sin estrépito.

Había tomado ya su resolución, y estaba á punto de ejecutarla, cuando Dios, que no falta jamás á sus servidores en el momento de la necesidad, pero que no quiere venir á su socorro sino después de haber ejercitado asiduamente su virtud, disipó las justas inquietudes de José, y cambió su tristeza en un gozo mayor de lo que había hasta entonces experimentado. Un ángel se le apareció en sueños, y le dijo: José, hijo de David, no tengas miedo en recibir á María tu esposa; porque lo que se ha engendrado en su vientre, es obra del Espíritu Santo. Ella dará á luz un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús, en hebreo, Salvador, pues él es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados.

Heos aquí pues el gran misterio revelado á José. Quiso Dios que él comprase tan preciosos beneficios con las penas que antes había sufrido, á fin de que le causase un gozo mas sensible. ¡De cuán terrible pena quedó aliviado en aquel! ¡Qué felicidad para él verse esposo no de una simple virgen, sino de una virgen Madre de Dios! ¡Cuán feliz en aquel punto se

reconocimiento! ¡Y qué podrá explicar los sentimientos en que pasó la restante de la noche! No bien dispuso de su sueño, cuando se apresuró á practicar lo que le había mandado el ángel del Señor: y de volver á tomar á María por esposa suya, renunciando en fe y en amor. La Escritura sumamente compendiada en sus relatos, no pudiendo sino las circunstancias esenciales, no nos dice que participase á María el sueño que había tenido; pero en esto no puede haber duda; para así como el ángel le sacó á él de su pena, no podía dispensarse él de disipar la de María, la cual padecía tal vez mas que él en verle sufrir sin poder aliviarle.

Así, los dos esposos después de habersa casado inocentemente en medio tormento, gustaron á porfia un puro y sencillo placer, á cuyos transportes los atarizó Dios que se abandonasen. José miró á María con otros ojos, la admiró, la honró, la amó mas que nunca; y María se confirmó en la alta idea que tenía de la virtud de José, y se unió ya antes tan íntima, se estrechó mas y mas por lo mismo que parecia deber temerla.

¡Oh Dios mío! ¡Cuán admirable sea en vuestra conducta con vuestros santos! Vos los probais, vos los consolais, y de sus pruebas y de sus consolaciones sacais vuestra gloria y el adelantamiento de su mérito. Á ellos no les toca sino dejarse obrar, y poner enteramente en vos su confianza, que jamás saldrá confundida. Si los ejercitais por algun tiempo, sabreis muy bien indemnizarlos lo que han sufrido. Si José hubiera hecho preguntas á María; si María por medio de una declaración hubiese prevenido las sospechas de José, no hubiera brillado en esta ocasion la virtud del uno y del otro; Dios no hubiera sido glorificado, ni ellos habrían recibido la recompensa. Aprovechámonos de este ejemplo en las ocasiones que se nos ofrecen. Llevemos la prueba por tanto tiempo como sea del agrado de Dios; nada digamos, nada oremos para sustraernos de ella, ni para aborrecerla; porque seria dalar-

nos á nosotros mismos, y privarnos del socorro y de las consolaciones de Dios, que vendría infaliblemente á su tiempo.

No es menester preguntar si José respetó aun mas que antes la pureza de la esposa del Espíritu Santo y de la Madre del Hombre Dios. El Evangelio lo dice expresamente. Y aun cuando se le dijera, ¿quién osará ni aun sospechar, que quien antes no la había tocada, se hubiese despues acercado á ella? Y no por esto es menos verdad, que despues vivieron juntos en una cordialidad, una intimidad, una familiaridad mayor que hasta entonces no lo habían hecho. Tampoco es para nosotros, carnales y groseros como somos, el inquirir que caricias inspiró Dios á José á hacer á María, y que María le permitiera. Esta es un secreto que no tiene mas testigos que los ángeles; aquellas caricias hijas de perjudicar á la pureza incomparable del uno y del otro, no hicieron sino añadirle un nuevo grado de perfección.

CAPÍTULO XVIII.

Partida de María y de José para Belén.

José y María estaban establecidos en Nazareth, y segun el orden natural de las cosas, María debía parir allí. Mas estaba predicho que el Mesías nacería en Belén, ciudad de David en la tierra de Judá, y á Dios tocaba ordenarle todo para el cumplimiento de esta profecía. No mandó pues á José y á María que se trasladasen allí, como podía fácilmente hacerlo por medio de un ángel; sino que para este designio se sirvió de un medio enteramente natural, que parecia no tener con ello la menor conexión. El emperador Augusto, dueño entonces de la Judea, mandó formar el empadronamiento de todos los que vivían bajo su imperio, á fin de re-

gular las inspecciones que debían celebrarse á cada año. Pero esto era indispensable que cada familia pasase al lugar de su origen para hacerse empadronar. Así pues, como era de su caso y familia de David, vino desde Nazareth, ciudad de Galilea, á la ciudad de David llamada Betlehem, en Judea, para empadronarse con María su esposa, la cual estaba en cinta *.

Admirámonos aquí la Providencia que cumple para la ejecución de sus decretos, acciones que parecen nada tienen de comunes con ellos. ¿Qué relación hay entre el edicto político de un emperador pagano, y el nacimiento temporal del Hijo de Dios? Sin embargo, en las miras de Dios este edicto debía dar ocasión para que naciese el Mesías en Belen. Esto sucedió como casualmente, y asíaba decretado de toda la eternidad. Obedeciendo la orden de un soberano idólatra, María obedecía sin saberlo la orden de Dios; pues es verosímil que ignorase que el Mesías debía nacer en Belen.

Aprendámonos en todo á no temer la privación, á no mirar los sucesos humanos, cualesquiera que sean, como fortuitos; sino á creer que Dios es quien los dispone para el cumplimiento de ciertos designios que manifestará mas adelante. Obedámonos sus designios, para acostumbrarnos á seguir á ciegos su voluntad. No nos separáremos jamás de las disposiciones de la Providencia, aun en aquellas cosas que nos parecen las mas indiferentes, y no nos imaginemos que en estas cosas nos deja Dios enteramente á nuestra libertad. Las diversas circunstancias de nuestra vida tienen con nuestra salud y con nuestra perfección un enlace que ni siquiera sospechamos, y que no descubrimos sino muy tarde. Luchemos por la comun que poco importa á nuestro alma el que habitemos en esta ó en aquélla parte, que vivamos con tal ó cual persona, que formemos este ó el otro proyecto. Pero nos regulemos, y las consecuencias nos lo harán ver si en ellas reflexionamos. Una atenta ojeada sobre los aconteci-

menciones de nuestra vida pasada, sobre el modo inconspicuo que los unos han redimido en bien para nosotros, y los otros en mal, nos persuadirá de esta importante verdad. Dejémosnos pues conducir en todo, hasta en las cosas puramente temporales, por aquellos de quienes dependemos; y si somos dueños de nosotros mismos, no tomemos partido sobre cosa alguna, sin haber antes consultado á Dios. El tiene arreglados y meditados todos nuestros pasos, que deben terminar en una eternidad feliz ó desgraciada, segun que caminemos ó no bajo su direccion. ¿Mas en nada dependemos de nosotros mismos? Tanto mejor. Dios dispondrá por nosotros; y creemos bien seguros que no dispondrá de nosotros sino para nuestro mayor bien.

La segunda leccion que nos da aquí el Evangelio es que no debemos aguardar que Dios obre con respecto á nosotros por vas extraordinarias para cumplir con mas elevados designios. á nosotros nos conviene salir del delirio en que por lo general nuestra vanidad espiritual, cuando Dios gusta tenernos en él, nos como lava á María y á José, á no ser en caso de necesidad. ¿Somos acaso mas que ellos? ¿T tenemos mas derecho que ellos á que Dios se parte con nosotros de un modo extraordinario?

María nos da tambien aquí otra enseñanza que no es de despreciar. Bállese á los últimos de su embarazo: el infante que en su seno lleva es nada menos que el Hijo de Dios; es pobre, y apenas tenía en Nazareth los socorros absolutamente necesarios para la conservacion de tan precioso Niño. Sin embargo en tan critica estado es preciso que emprenda un viaje harto penoso, y conculcado el viajar, que se vaya á un pais en donde á nadie conoce, y que allí dé á luz á su Hijo, con peligro de no tener lo necesario ni para él ni para ella. Y sin embargo, no se queja, ni murmura, ni contra aquellos que le obligan á salir de su pais en una circunstancia tan critica, ni contra el rigor de las ordenes de la

Providencia. No pide á Dios alivio, ni dilacion alguna; ni le hace presente que esido de ella, si no por ella misma, á lo menos por el Fruto que lleva en sus entrañas. ¿Debió una Madre de Dios esperar ser tan ligeramente tratada? Ninguno de estos pensamientos se ofrece á la consideracion de Maria. De Dios es el proveer á todo, y de ella el ir á donde Dios la llama, descansar en todo sobre él, acórrle todo, y bendecirle de todo. Parte pues tranquila y contenta en compañía de José su esposo, su proveedor y su custodia.

CAPÍTULO XVIII.

Nacimiento de Jesús en Betelem.

Enfaticamos por el relato del Evangelio. Cierro es, á la verdad, y sencillo: mas ¿cuántas reflexiones no nos sugiere con respecto á Maria, que es aquí nuestro principal objeto? Y recordó que habiéndose en Betelem, le llegó la hora del parto. Y parió á su hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y recostóle en un pañero, en decir en un establo, porque no habia lugar para ellos en el meson ¹.

José y Maria pues no hallaron donde hospedarse en Betelem; todas las plazas estaban ocupadas en el meson, y se vieron precisados á albergarse en un establo. Allí pues, en medio de la noche, en la mas rigurosa estacion del año, en un paraje expuesto al aire, sin fuego, sin socorro, el Salvador del mundo sale milagrosamente del seno de Maria, sin herir en lo mas mínimo en perfecta integridad. ¡Cuán maravilloso es este nacimiento á los ojos de la fe! Y cuán perfectamente comprendió Maria toda la grandesa de esta maravilla!

¹ Luc. 2, 7.

¿Qué hizo ante todo, cuando vió con fruto bienaventurado de sus oraciones? Lo adoró profundamente como á su Dios: le besó con ternura como hijo suyo; se apresuró á convulvar con pañales en delicado tiempo para librarlo de las injurias del aire, y le tendió sobre algunas pajas en un pesebre.

¡Oh fe de María! ¡Cuán ejercitada fuisteis en aquellos momentos! ¡Y qué! ¡Es el Hijo de Dios, diría, y aun en un establo, en una indigencia extrema de todas las cosas, abandonado del resto del universo, sin tener mas amigos de su nacimiento que José é yo! ¡Padre eterno! ¡Reconocéis vos en este pesebre á aquel á quien regredaréis de toda la eternidad en los resplandores de los cielos! El ángel me dijo que sería grande. ¿Nació nunca infante alguno en un estado tan pobre, tan abyecto? ¡Oh Dios mío! cuán diferentes son de las vuestras vuestras ideas! Aquí la razón se pierde, y no le queda sino adorar y maravillarse. Un Dios niño, un Dios flaco; el Todopoderoso siente todas las flaquezas de la infancia, y no puede ayudarse á sí mismo por el menor movimiento, ni se expresa sino por gritos inarticulados. Es la eterna Subiduría, y hasta carece del uso de la palabra, ni da señal alguna por la que pueda distinguirse de los demás niños. Estas y otras semejantes preocupaciones debieron ocupar el espíritu de María, y abismarla en un asombro, en un arrebato incomprensible. En vano pretenderíamos penetrar lo que pasó entonces en su interior. ¡Qué paz! qué alegría! qué transportes de amor! qué harnaje! qué anonadamiento ante la majestad de un Dios niño! Y al mismo tiempo ¡qué ternura! qué caricias! qué cuidados! cuánto afecto maternal! ¡Ella es una criatura, y es Madre de su Criador! Bajo estas dos respectos ¡qué sentimientos en apariencia opuestos debían reunirse en su corazón!

Aquí empieza la época de los grandes consuelos sensibles de María, que duró tanto como la primera infancia de su Hijo. ¡Qué inefable placer para ella, cuando lo tenía entre sus

brazos, cuando lo estrechaba contra su seno, cuando lo besaba, cuando lo alimentaba con su leche! ¡Qué placer, mayor todavía, cuando Jesús amorosamente le miraba, cuando le sonreía, cuando la acariciaba, estrechándola entre sus infantiles brazos! Las caricias de Jesús no eran caricias de mero instinto, como las de los demás niños; eran caricias de razón y de gracia, caricias inspiradas, ordenadas por la Divinidad, caricias de persona divina, caricias que por su propia virtud producían efectos deliciosos en el corazón de su Madre. ¡Con qué suavidad, con qué pureza las gustaba, no reservando nada para sí misma, y refiriéndole todo á aquel de quien las recibía!

Todos los motivos de amar á Jesucristo se hallaban reunidos en María, y en su grado tan exuberante, que absorbían y aglutinaban todas las afecciones de su corazón. Ella le amaba como su Dios, como su Salvador, de una manera especial; le amaba como hijo suyo, como su hijo único, como un hijo que solo á ella pertenecía, y de quien, como á tal, era también únicamente amada. No tenía excusas en su amor, porque el objeto de este amor era soberano é infinitamente amable; este amor, bajo todos los respetos, era natural y divino: nada lo limitaba, nada lo distraía, nada lo dividía; á él se abandonaba con toda libertad, con entera seguridad; y si de algo hubiese podido inculparse á sí misma, hubiera sido sin duda el no amar bastante. Mas si con esto tenía que reprocharse, amando con toda la capacidad de su corazón, según la medida y la fuerza de la gracia que se le había dado. Todas estas consideraciones pueden ayudar algún tanto nuestro espíritu para concebir de qué torrente de delicias, de cuán penetrante júbilo se miraba llenada el alma de María. Pero la idea no puede jamás llegar al sentimiento, y la sola experiencia que de esto tenemos no sería nunca capaz de hacernos formar sobre la materia un juicio exacto. Cállese pues, y no pautemos mas adelante sobre el particular. Placer, dolor,

todo lo que afectó el corazón de María, enciende nuestra comprensión.

Al paso que el amor que tenía á Jesucristo era el origen de su alegría, lo era también de sus penas; y todo cuanto sufría esta divina balanta en el posero que le servía de cuna, hería el corazón de la Madre de un modo el mas sensible. La vivacidad de sus impresiones y de sus sobresaltos correspondía á la de su afección, y pasaba sin cesar, por decirlo así, de un extremo al otro, sin perder ni en el placer ni en el dolor la paz profunda, que era su habitual estado; sin reflexionar, ni volver la atención sobre el mismo; sin dejarse embriagar por el consuelo, ni abatirse por la pena; sin desear lo uno, ni dárse en la otra; sin temerlo, sin evitarlo.

¿Qué moral deduciremos de aquí, sino amar á Jeseu por sí mismo; ser solamente indiferentes á sus caricias, sin por esto ser insensibles á ellas, y sobrellevar como María, con un espíritu de muerte á nosotros mismos, las pruebas por las cuales nos hará pasar en amor?

CAPITULO III.

Adoración de los Pastores.

En la noche misma del nacimiento del Salvador, un ángel lo anunció á los pastores vecinos que guardaban sus rebaños; díjoles que había nacido un Salvador, y el señal que les dió para conocerlo fué, que hallarian un niño envuelto en mantillas y tendido en un posero. ¡Qué señal! ¡Y cuán propio era para ejercitar la fe de aquellas almas sencillas! Poco Dios obra siempre así, y sus obras no guardan proporción alguna con nuestro modo natural de pensar. Al propio tiempo oyeron una multitud de espíritus celestiales que can-

taban en los aires: Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Observad aquí, que el himno de los pastores se halla ejercitada por el estado de pobreza y de debilidad con la que se les anuncia que ha nacido el Salvador; de otra parte es poderosamente excitada y sostenida por la aparición y por las palabras de los ángeles.

Tan presto como hubieron desaparecido los ángeles, retirándose á los cielos, los pastores se dijeron unos á otros: Vamos hasta Belén, y vemos este nuevo prodigio que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado. Aparentáronse pues á marchar, y encontraron á María, á José y al Niño tendido en un pesebre. Entonces reconocieron la verdad de lo que se les había dicho tocante á este Niño. No pudo dudar-se que referirían á María y José lo que habían sabido por los ángeles, adorando á Jesucristo, y manifestando á María todo su respeto y todo su amor. El estado de salud en que la víctora tan recien parida, debió descubrirles que este maravilloso Infante se había venido al mundo como los demás.

Durante esta adoracion y estas relaciones de los pastores, ¿qué pasó en el corazón de María? ¿Qué sentimientos de admiracion, viendo como Dios empezaba á manifestar y á glorificar á su Hijo, haciéndola anunciar por medio de ángeles, y llamando adoradores á su casa! ¿Qué reconocimiento por el testimonio que Dios le daba entonces á ella misma, haciéndola reconocer y honrar como la Madre del Salvador! ¿Cuál fué su admiracion al ver que hombres pobres, sencillos, ignorantes como los primeros que Dios llamaba á conocer, á adorar, á amar á su Hijo; sirviéndose para esto del ministerio mismo de los ángeles! Belén no estaba distante de Jerusalem, y sin embargo esta nueva se revela inmediatamente á Herodes ni á su corte, ni á los sacerdotes ni á los doctores de la ley, ni á los grandes, ni á los ricos, ni á los nobles de aquella capital, sino á pobres pastores que habían

en los campos. ¡Oh! ¡Cuánto comprendió entonces María, mejor que nunca, que solo por la sencillez, por la humildad, por la pobreza se puede ser grato á los ojos de Dios; Cuánto le bendijo, y cuantas gracias le dió de ser ella pobre y esposa de un simple artesano, viendo su predilección por los pobres!

Nada dice el Evangelio de la análoga lienz de bondad que dió María á los pastores, de la constatación que con ellos tuvo, de la circospección y modesta franqueza con que atendió á sus preguntas, de los ofrecimientos que ellos le hicieron de sus cortos socorros, y del reconocimiento que ella les manifestó, atendida la necesidad en que se hallaba, falta de todo, y sin poder dejar á su Hijo. Pero fácil es suplir aquí el silencio de la Escritura, é imaginar lo que pasó entre María, José y los pastores, en una situación conducida por el cielo, en que la gracia obraba en todos los corazones y se manifestaba por todas las bocas, y cuyo motivo era el amor mismo de la gracia, el cual, en su calidad de Salvador, empezaba á desplegar las riquezas de su misericordia.

El Evangelista, al paso que omite tan tiernos como interesantes pormenores, no olvida el advertir, que María conservaba en su corazón todo cuanto en aquella noche sucedió. Es decir, guardó silencio, conociendo que Dios mismo largaba las palabras de los pastores: recogidas, sí, con cuidado, las meditó, é hizo de ellas el alimento de su espíritu. Esta silencio de María á todo lo que le venia de Dios por cualquier vía que fuese, ya interior, ya exterior, y aquella fidelidad en usar de todo su provecho espiritual, es una de las rasgos que mas la caracterizan. Nunca dejó desperdiciar la menor gracia, teniendo abierto siempre su corazón para recibirla y hacerla fructificar. Así pues nada quedó perdido en aquella noche, ni para ella, ni para José, ni para los pastores. Todos los corazones estaban bien preparados, y el de María mejor que el de los demás.

Aquí todo con aires grandes y profundas instrucciones. Todos tenemos necesidad de un Salvador: todos nos apresuramos á buscarlo. ¿A qué edad le reconocemos? ¿A qué en infancia; entiendo hablar de aquella infancia espiritual que Jesús ha recomendado tanto, y que profesó y practicó toda su vida. Los pastores que él dirige á su casa son los que todos los demás, eran de estos bienaventurados infantes; María, el alma mas sencilla, la mas ingenua, la mas dócil y la mas humilde que hubo jamás, lo era incomparablemente mas que ellos. Tengamos con respecto á las cosas de Dios esta sencilla infantil, y las gustaremos, las comprenderemos, las practicaremos con amor. La infancia espiritual producirá en nosotros todas las virtudes; las pondremos en el mas alto grado, sin pensarlo, sin saberlo, sin peligro de gloriamos por ello.

¿A qué edad, dice tambien el ángel, que se conocerá el Salvador? A los pañales que le envuelven. ¿Qué viene á ser un infante fajado? La debilidad misma. No tiene el uso de ninguno de sus miembros, ni puede por sí mismo hacer movimiento alguno, ni la menor resistencia. Esto es lo que quiere ser Jesús, la eterna subiduría, para enseñarnos que no hay que esperar progreso alguno en nuestra vida espiritual, si no nos dejamos del mismo modo fajar a nuestra voluntad para sujetarla. ¡Cuán débil es esta voluntad para el bien! Y al mismo tiempo, ¡cuán fuerte para el mal! Si no se la sujeta con ataduras, no puede dejar de herirse y dañarse á sí misma, ni dejar de resistir á la gracia, haciéndola inútil por medio de sus ciegos é insensatos movimientos. Es menester que esté atada y cautiva como los miembros de un infante, para que haga Dios de ella todo lo que quiera. Esta faja tan estorbada y tan necesaria para ella es la de la obediencia. María sujeta los miembros de Jesús con los pañales, y á su ejemplo el director ha de sujetar el alma que Dios pone bajo su dirección, la cual no debe resistir mas á Jesús, de lo que re-

sistió Jesús á su Madre. No tenemos otro partido que el de dejar disponer de nosotros, y obedecer; y estaremos seguros de nuestro adelantamiento.

En fin, el último señal por el que el Salvador quiere ser reconocido, es el pobreza en donde se halla acostado. Señal de humildad, señal de pobreza, señal de mortificación. No somos nosotros árbitros de la condición en que nacemos; pero de nosotros depende estimar y querer lo que Jesús escogió para sí mismo, para no poder cegarnos en su elección. Amemos pues todo cuanto puede abatirnos y envilecernos delante de los hombres; mantengámonos en los límites mas modestos de nuestro estado, y no ambicionemos distincion alguna. Amemos la pobreza, y practiquémosla sin abstraccion en cuanto podamos. Pobres seremos á los ojos de Dios en nuestra abundancia misma, si nuestro corazón está enteramente desasido de las riquezas; si las empleamos oportunamente en socorrer las necesidades del prójimo; si, lejos de despreciar á los pobres, tenemos una santa codicia á su estado, como mas conforme á la doctrina y al ejemplo de Jesucristo. Amemos la mortificación exterior; nada concedamos á la sensualidad y á la molicia. Trátemosnos en muchas cosas con un poco de dureza, sin que lo parezca, y acostumbremos nuestro cuerpo á sufrir. Lo que en todo tiempo ha perdido y perderá el mundo, es el amor de los honores, de las riquezas y del placer. El desprecio de estas tres cosas es lo que ha salvado y salvará á los cristianos. No basta este solo desprecio para santificarlos; pero los pone en el camino de la santidad, y remueve los principales obstáculos.

CAPÍTULO XX.

Adoración de los Magos.

No fueron solos los pastores los que á quienes María vió á venir para reconocer y para adorar á su Hijo. El que debía salvar á los judíos y á los gentiles, después de haber recibido el homenaje de los judíos en la persona de los pastores, recibió en la de los Magos el homenaje de la gentilidad. Una estrella extraordinaria que viene en el oriente, y cuyo aspecto y significado los leó revelado por Dios, les movió á dejar su país y á venir á Judea, guiados por aquella estrella, para adorar al rey de los judíos recién nacido. Dirigiéronse al mismo Herodes para saber el lugar de su nacimiento, y bajo la respuesta de los sacerdotes y de los escribas, cuya decisión fué, que, según las profecías, el Cristo debía nacer en Belén, se encaminaron hacia esta ciudad, guiados por la misma estrella que había desaparecido cuando entraron en Jerusalem, y que se pasó sobre la morada misma en donde estaba aquel que buscaban. Entraron pues en esta habitación, donde encontraron al Niño y á su Madre; y habiéndose prosternado, le adoraron, ofreciéndole por presente, oro, incienso y mirra.

Puede muy bien creerse que manifestaron á María quienes eran, y que le refirieron como Dios los había llamado, como había obrado en su espíritu y sobre su corazón, cuando apareció la estrella, mostrando á la Madre del que ellos venían á adorar todo el respeto que le era debido. ¿Sintió María la menor complacencia en las ofertas que la tributaron? No: los recibió con un perfecto desinterés, y los devolvió á su Hijo en quien solo se estaba, y en quien únicamente existía. El sentimiento que entonces la ocupó, fué el ben-

decir á Dios de que hiciese conocer su Hijo á los naciones idolátras, y de que empezase ya á destruir por sí mismo el imperio de los malos dioses. ¡Qué consuelo para ella el ver á su divino Infante adorado por grandes y por chicos, que á su vuelta debían anunciarlo en su país! De esto se alegró por su Hijo, no por sí misma; y si ella había mostrado más simpatía á la visita de los pastores, iguales según por la condición, manifestó más humildad en la visita de los Magos, cuyas señales de veneración hubieran costado como á su modestia, si lo hubiese mirado de otro modo que en el orden y los desiguales de Dios, á quien lo refería todo.

Cuanto mas elevadas son segun el mundo las personas que nos rinden homenajes, mas estos homenajes herojen naturalmente el amor propio, y mas peligrosas en dejarnos captivar por él. Maria nada temia que temer por esta parte. Veia su dignidad de Madre de Dios reconocida por los grandes de la tierra, hijos de engrise por ello, la hacen aun mas humilde. En los respetos que le tributan los Magos no ve sino el efecto de la gracia, y la deja obrar con toda libertad en la expresion de sus sentimientos, no viendo en todo nada mas que á Dios glorificado por ellos, y á ella en él. ¡Cuanto es menester tener una intencion tan pura como la de Maria, para no ver, como ella, sino el honor de Dios en el que con justa titulo se nos tributa! Muy grande humildad es sin duda sustraerle tanto como se puede á los elogios y á las distinciones que atraen la virtud y los favores del cielo. Pero es mucho mayor la de recibir estos elogios y estas distinciones sin apropiárselas, y hacer de manera que toda la gloria venga á reinar en Dios. Ademas á decir, que en esta entrevista la admirable virtud de Maria fué para los Magos una prueba de la divinidad de su Hijo, y que reconocieron que solo la Madre de su Dios podia juntar tanta humildad á tanta grandeza.

CAPÍTULO XII.

La Circuncisión.

LLEGARON el día entero en que debía ser circuncidado el niño: le *despojaron el nombre de Jerm,* nombre que le puso el ángel antes que fuese concebido *. En el misterio de la Circuncisión de Jesucristo, dejemos aparte lo que á él concierne para no ocuparnos más de lo que respecta á María.

Ella ve á este divino Niño sujeto por orden del Padre celestial y por su propia voluntad á una ley rigurosa, humillante, y que no era hecha para él. Veía que el que era la misma santidad, pasando por esta ley, se reconocía pecador, y se sujetaba á la práctica de todas las observancias legales. Entendió, á lo menos confusamente, que por la efusión de su sangre libraría su pueblo de sus pecados, según lo había dicho el ángel á José; que derramaba ya las primicias, que las ofrecía á su Padre, y que en esta dolerosa ceremonia hacía el ensayo de otro mas grande sacrificio, cuya víctima había de ser su día.

¡Oh Tierra Madre! ¡De qué dolor se quedasteis postrada, al ver la carne de vuestro Hijo cortada por el cuchillo de la Circuncisión, cuando oísteis sus gritos, y visteis correr á la vez su sangre y sus lágrimas! ¿Quién ignora lo que en semejante circunstancia tiene que sufrir una madre por la vivacidad de su imaginación, y de la compasión? El mismo cuchillo desgarró para vuestras maternales entrañas, y no fuisteis menos sensible á su incisión que vuestro mismo Hijo.

Mas ¡con qué resignación, con qué sumisión aceptasteis esta pena! Adorando los consejos del eterno Padre, entrasteis en los sentimientos de su Hijo, y con su sangre ofrecía-

* Luc. 2. 21.

tais vuestro propio dolor en satisfacciones á su justicia y en reparaciones de su gloria ultrajada por los pecados de los hombres. Entonces rischambasteis lo que os costaría en todo el decurso de su vida, y aceptabais anticipadamente las pruebas que os costaría su estado de víctima, uniendo al vuestro sacrificio. Dios que quería ejercitar de continuo vuestra fe, os se dió entonces una idea clara de todo lo que promulgaba aquella primera efusión de la sangre de vuestro Hijo, mas así como quería que exterioricéis como él en un estado habitual de sufrimiento, os dió el presentimiento de todo lo que debía suceder algún día.

Si conocisteis todas las grandezas del adorable nombre de Jesús, si comprendisteis que este grande nombre reconciliaba á Dios con los hombres, que había de ser algún día emblema de gloria, y que toda rodilla se doblaría en el cielo, en la tierra y en los infiernos al ser este nombre divino, también penetrabais todas las obligaciones que se imponía, ya con respecto á Jesús, ya con relación á vos misma. Conocisteis que si Jesús debía ser un varón de dolores y de espinas, la Madre de Jesús debía precisamente tener parte en estos espinos y en estos dolores; y que si por este título debía ser elevada sobre todos los ángeles, por este mismo título le debía ser elevada mas que todas las mujeres. Hé aquí las ideas y los sentimientos que ocuparon á María durante tan dolorosas operaciones, y durante todo el tiempo necesario para la curación de la herida.

Si nosotros queremos ser con Jesús glorificados, dice San Pablo, proveos en que padecemos con él. Cuanto mas á él nos atorguemos por la imitación, mas estrechamente nos unirá con él el amor, y mas debemos prepararnos para padecer. La circuncisión del corazón que él exigirá de nosotros en toda su extensión, es un agudo y prolongado martirio. Mas el amor de Jesús, la unión con Jesús, la dicha de parecerse á Jesús y á su santa Madre, nos lo endulzará, nos lo hará amar

y preferir no solo á los felices placeres de la tierra, sino hasta á las célicas consolaciones del cielo.

CAPÍTULO XIII.

La Purificación.

Un día cuarenta y dos dias después de su parto, María, cuidadosa de observar puntualmente la ley de Moisés, se dirige al Templo para purificarse á sí misma, para presentar al Señor aquel Hijo que lo pertenecía en calidad de primogénito, y para rescatarlo por medio de la ofrenda de dos tórtolas ó dos palominos. Todas las demás mujeres judías practicaban en casos semejantes las mismas observancias de la ley; pero María las cumplió con una perfección que solo á ella convenia.

Sujétos pues á la ley de la Purificación; aunque es evidente que no estaba comprendida en ella, habiendo sido virgen en su alumbramiento. Consientis pues en pasar en público por una Madre ordinaria; sin embargo el secreto de su milagrosa virginidad, y el que una palabra profeta que puede dar indicios de lo que es ella en efecto. ¡Qué humildad! Ocultemos pues á ejemplo suyo bajo las mas comunes apariencias las gracias que Dios pediere dispensarnos; y no temamos el sujetarnos por esta consideracion á ciertas cosas de que tendríamos derecho de eximirnos. No dejan de ser grandes los fervores celestes, pero mucho mas grande es la humildad que los encubre. Aunque nos vistamos encasados sobre los serafines, hagamos de modo que se nos mire siempre como á almas comunes, y nunca demos deliberadamente lugar á los que viven á nuestro lado á que nos tengan en aprecio singular. Es necesario ser nada, no hay nada, y tan nada como

se pueda; es nuestro edificio el prójimo con las palabras y con las obras; pero nadie será jamás verdaderamente nuestro por lo que estuviere de sepultar en sí mismo, dignándose así, los donos del cielo, y de no distinguirse de los donos en lo exterior.

Maria ofrece su Hijo á Dios, como a un bien propio de él, y que de él ha recibido tan solo para devolverle, uniéndose su ofrenda con la que el Hijo hacía extracto de sí mismo al Padre celestial. Como es su sacrificio, y animado de los mismos sentimientos. El Hijo sabía perfectamente á qué se consagraba: la Madre no tenía de ello sino una idea confusa y general; mas ella lo aceptaba todo, lo consentía todo para su Hijo y para ella. Porque ofreciéndolo, se ofrecía ella, sino que ofrecía lo que le era infinitamente más amado que ella misma; y en ofrenda tanto de él como de ella, con su rostro, su existencia, hecha con toda la plenitud de su corazón, con su amor y una generosidad sin límites, extendiéndose á todos los designios de Dios conocidos y desconocidos.

Nosotros en la ley de gracia pertenecemos á Dios bajo todas las concepciones de un modo mas especial que le pertenecían los principiantes en la ley de Moisés. Nuestro primer deber y el primer uso que debemos hacer de nuestra razón y de nuestra libertad, es ofrecernos á él á fin de que disponga de nosotros como sea de su agrado, ejecute sobre nosotros su supremo designio, y cumpla en nosotros su voluntad. ¡Oh! Si entendásemos bien penetrados de esta gran verdad, que ya no somos absolutamente de nosotros, que nada tenemos propio, que no existimos para nosotros sino para Dios, ¡con qué fervor nos consagraríamos á él! ¡Con qué amor le serviríamos! ¡Con qué devoción trabajaríamos diligentemente para su gloria! ¡Con qué generosidad le ofreceríamos todas las sacrificios que de nosotros exigiera, sabiendo que conserva todos sus derechos sobre lo que nos ha dado, y instituciones por

may dichosamente podémosles tributar! Dios le dió todo á María, dándole su propio Hijo; María le devolvió todo á Dios, consagrándole su Hijo; y sacrificándole todo en él sobre la cruz, le restituyó todo en el cielo, en donde por medio de su Hijo dispone de todas las tesoros de la Divinidad. Si Dios nos lo pide todo, no es porque eche á menos sus dones, es para desapropiarlos de ellos, y para devolvertelos en seguida mucho mas de lo que nos ha dado. Así lo hizo con Jemrisie y con María; así lo hará con nosotros si los imitamos.

En fin, para el rescate de Jemrisie, segun estaba ordenado por la ley, ofreció María en calidad de pobre dos tórtolas ó dos palominos. Dios no miró su mano sino su corazón. Los ricos, que le hacian ofrendas de mucho mas valor, no le eran tan agradables, porque como menos perfectas sus disposiciones. ¿Qué importa á Dios que le demos, si no es lo da el amor? Y cuando el amor es quien se lo da, ¿qué le importa se le dé poco ó mucho? Nada sabe reservar el amor, cuando se trata de Dios. Lo da todo, ó á lo menos está presto á darle todo á medida que Dios se lo vaya pidiendo. Si nada tuviese, se daría á sí mismo, y este don supliría abundantemente á todos los demás. María, deseada de bienes temporales, pensó perfectamente esta verdad. Nunca sintió tener poco para dar á Dios; pero lo poco que le dió, se le dió con tanto amor, que nadie se lo ha dado ni dará jamás con tanta amor como ella. To he dejado grandes bienes por Dios, he renunciado á las mas altas esperanzas: ¿de qué precio será eso en el mismo delante de Dios? Del precio que es ella habiéndole prestado el amor. Los apóstoles se dejaron sino sus barcas y sus redes. Reyes y reinas que han renunciado al trono han dejado menos que ellos, si lo renunciaron con menos generosidad y amor. Los hombres atienden al sacrificio exterior. Dios no mira sino el del corazón, y este, rico ó pobre, no depende sino de nosotros.

CAPÍTULO XIII.

Encuentro de Simón.

Hasta, dice S. Lucas, en Jerusalén un hombre llamado Simón. Este hombre era justo y temeroso de Dios; esperaba el consuelo de Israel, es decir, el Mesías, y el Espíritu Santo estaba en él. Había recibido una promesa del Espíritu Santo que no morría, sino que hubiese visto el Cristo del Señor. Viene pues al Templo movido por el Espíritu, y al encontrar con el niño Jesús una palabra..... lo tomó entre sus brazos, bendijo á Dios, y exclamó: Ahora, Señor, vacas en paz de este mundo á tu siervo según tu promesa, porque mis ojos han visto ya al Salvador que nos has dado, que has puesto á la luz de todos los pueblos como la luz que debe iluminar las naciones, y que será la gloria de Israel el pueblo tuyo. Y el padre y la Madre de Jesús estaban admirados por las cosas que de él se decían.

Observemos desde luego como María recibe una luz otra nueva luz que la ilustran por lo que respecta á Jesús, y que le asegura más y más en su maternidad divina. Este es lo que sucede al principio de los estados extraordinarios en que se halla un alma. Dios multiplica en ella los testimonios; no deja duda alguna de sus designios ni al alma que ha escogido ni á su director. De ellas se vale también para afirmarla en la fe, que podrá después á darlos prebados. Notemos también lo que ya antes ha observado, que María no pidió ninguna de estas seguridades, y que no obstante la venían creando antes lo pensaba.

Simón, guiado por el Espíritu Santo, entra en el Templo en el momento de entrar Jesús, le toma entre sus brazos desde los brazos mismos de su Madre, le adora, y le da las mas

terras de manifestaciones de su amor. Y después transportada de gozo, pide á Dios que le deje morir en paz, porque ha visto al autor de la salud del género humano, el que debe ser la luz de las naciones y la gloria de Israel. Oye María estas palabras como si Dios las dirigiese á ella misma, las recibe con respeto, las medita y se antea de ellas. Nada pierde de lo que sobre su Hijo se dice delante de ella, y se reconoce que la luz se va aumentando continuamente, y que por un progreso admirable, Elisabeth, Zacarias, los pastores, los Magos, Simeon, todo conspira á ilustrarla mas y mas. Ella y José están admirados de lo que oye decir del infante Jesús.

No es menor la sorpresa de su alma á quien Dios ha manifestado los designios que sobre ella tiene, cuando ve que muchas personas son como mediadas por Dios para confirmarle en lo que le fué revelado desde un principio. Cuanto menos se halla inquieta y se muestra curiosa en este punto, mas seguridades recibe de donde mas le esperaba.

¿Qué debemos concluir de aquí? Que es necesario fiarse de Dios, y estar con una indestructible firmeza y un ciego abandono, que no nos desgarra ninguno de las testimonios indispensables para asegurarnos que nuestro estado es obra suya. No quiere que procuremos contactarnos con nuestro propio raciocinio. Este medio nos engañaría, y cualquiera que en él se apoyase no podría estar seguro de que no se aleja, pues las cosas divinas no están sujetas al raciocin角度 humano. Mas quiere que, después de la primera revelacion de sus designios, se quede en paz, y que de él solo se esperen todas las confirmaciones necesarias. El las dará infaliblemente, no al propio espíritu que las pide, sino á la confianza que descanza en todo sobre él, y que se guarda bien de entisparse á sus divinas loras. No las prodiga, sino que las distribuya con mucha economía, disipando toda duda, y dejando siempre en abando una cierta curiosidad. Levanta

el velo poco á poco, pero nunca enteramente, hasta el perfecto cumplimiento de sus designios. Y el Dios obra así, es tan solamente para su gloria y para nuestro bien. Si todo nos lo declarase de golpe, nos aturdira la vista de las pruebas que nos desfilan; ningún mérito tendríamos en dejarnos conducir, sabiendo de antemano á qué punto debemos llegar, y nuestros sacrificios nada tendrían de real ni de glorioso para él, porque veríamos en lo que han de terminar.

Nadie, después de Jesucristo, tuvo mas alto destino que María; y nadie ha tenido menor curiosidad en saber sus pormenores. Nunca apartó su vista de la fe; aprovechóse de cuantas luces le fueron dadas; pero no las duró, contenta en quedarse en aquel grado de seguridad en que Dios quisiese dejarla. No es pequeña cosa imitarla fielmente en este punto; y para esto es necesario desde la entrada del camino una muerte entera á nuestros talentos, ó sea á nuestra propia voluntad.

CAPÍTULO XXIV.

Predicciones de Simeón sobre Jesús y María.

Simeón, presigue S. Lucas, los bendijo, diciendo á María la Madre de Jesús: Este Niño que ves, está destinado para tuía, y para resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción de los hombres; lo que será para ti misma una espada que traspasará tu alma, á fin de que sean descubiertos los pensamientos ocultos en los corazones de muchos.

La parte de esta profecía de Simeón que mira á Jesucristo es una de las mas profundas que se leen en la Escritura, para anunciar que el Hombre Dios fue durante su vida y se-

rá hasta el fin de los siglos, el motivo de la pérdida de las uvas y de la salud de los viros, y una señal que experimentará contradicciones, á fin de que sean descubiertas las penamísticas secretas de los corazones. María, á la cual se dirigieron estas palabras, comprendió poco, según la luz que Dios le dió, que su Hijo atraería á los hombres en conjunto de grandeza y de abasimiento, de poder y de debilidad, de gloria y de ignominia, de luz y de oscuridad; que atraería á unos, que indignaría á otros, que ejemplaría la fe de los que creyeron en él, y que ejemplificaría la infirmitad; que aborrecería y aborrecería á los incrédulos, causando su ruina, haciendo palante la rectitud de los corazones de los primeros, y la malicia de los segundos. Comprendió lo que su Hijo tendría que sufrir de la contradicción de los hombres, que sería desechado de la mayor parte de la nación misma que por tanto tiempo le aguardaba como su libertador; que lo mismo sucedería más ó menos con las otras naciones; y que entre los que profesarian en día su religión, un grande número de incrédulos, de herejes, de libertinos, de malos cristianos, estarían opuestos en sentimientos y en conducta á la doctrina y á los ejemplos de Jesucristo; en una palabra, que se le haría la guerra en todos lugares, y que esta guerra duraría hasta la fin del mundo.

No quiero decir que María le viese entonces una idea distinta de todo esto; pero sí la tuvo general, suficiente para darle á entender todo lo que su Hijo sufriría, y todo lo que ella misma sufriría que sufrir con respecto á él. Nada mas claro y mas positivo que el anuncio que de esto le dió aquel santo viejo: *Una espada traspasará tu corazón.* ¿Qué espada será ésta, sino la que quitó la vida á Jesucristo? Esta espada traspasará no el cuerpo sino el alma de María: será una espada espiritual, que por la compasión le hará sentir todos los dolores de su Hijo de todo género. Su corazón se le sentirá como quema, sino que ellos la penetrarán y la traspasarán.

ría: los padecimientos de los esclavos, las penas interiores de las almas mas puras á prueba, nada tendré de comparable con esas penas.

¿En qué disposición recibió ella tan acerba profecía? La recibió con amor, con paz, con una perfecta conformidad con la voluntad de Dios, y desde aquel momento nació su cruz con la de su Hijo. Hasta entonces nada semejante á esto se le había anunciado; ni parecía que, después de lo que le había dicho el ángel tocante á la grandeza de Jesús, debiese esperar un penoso tal como el de Simeón. Mas Dios no declara á la vez todos sus designios, y sin contradecirse, a veces en diferentes tiempos cosas al parecer opuestas, pero que sabrá muy bien conciliar. María, que recogía con cuidado, que meditaba en su corazón todo lo que se le había dicho con respecto á su Hijo, no pudo dejar de notar la aparente oposición que se hallaba entre las palabras del ángel Gabriel y las de Simeón. No dejó tampoco de reconocer que unas y otras venían de Dios, creyéndolas firmemente sin buscar como conciliarlas, bien segura de que todo se cumpliría á su tiempo.

Tres cosas que imitar ofrece aquí María á las almas interiores. La primera, que se persuaden y convencen de que son infinitas veces mas íntima union con los de Jesucristo, cabeza de los predestinados, siendo un resultado y una dependencia de aquéllos, y que los hace partícipes de su cruz porque son y especialmente le pertenecen. La espada penetró tan profundamente en el corazón de María, porque era la Madre de Jesús, y se penetró proporcionalmente en ciertas almas escogidas, sino porque son las esposas de Jesús. No separen pues ellas jamás sus sublimidades de los de su Esposo, y mírenlos como formando un mismo todo. Nada mas propio para visitarlos y sostenerlos. Jesús sufre en mí; Jesús no me hace sufrir sino porque soy de él, y para que le sea mas dulce.

La segunda cosa es la que deben imitar á María, es en

aceptar con la misma paz, el mismo amor, la misma conformidad las cruces que les sean asociadas; no se dejen aterrorizar ni turbar por su terrible perspectiva, sino creer firmemente que Dios les dará la fuerza necesaria para superar las pruebas que les prepara. No se abalan pues, no dejan correr sin freno su imaginación, ni se debilitan de antemano por medio de vanas y peligrosas reflexiones.

La tercera cosa, en fin, es que se se alarmen para conciliar lo que Dios les dice en un tiempo, con lo que les dice en otro. Estas cosas parecen muchas veces contradictorias, como la orden dada á Abraham de sacrificar á Isaac parecía absolutamente contraria á las promesas que Dios le había hecho por la herencia á su hijo. Esta aparente contradicción es lo que ejerce y forma el mérito de nuestra fe. Creemos todo lo que nos viene de parte de Dios, y no nos damos pena para conciliarlo, pues este es negocio de Dios, no nuestro. Guardamos los ojos humildemente cerrados hasta el desenlace, en el cual veremos, como Abraham y María, todas las predicciones de Dios enteramente cumplidas.

CAPÍTULO XIV.

La huida á Egipto.

HUIMOS instruido por los Magos, del nacimiento del nuevo Rey de los judíos, es decir del Mesías, temió por su corona, y formó el designio de quitarle la vida. Cuando estaba ya para ejecutarlo, un ángel del Señor apareció en sueños á José diciéndole: Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise; porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle. Levantándose José tomó al Niño y á su Madre de noche, y se retiró á Egipto, donde se mantuvo hasta la muerte de Herodes.

¿A José como cabeza de la santa familia es á quien comunica el ángel las órdenes del Señor. No cobijó María esta preferencia, ni aun le ocurrió al pensamiento. Parecía no obstante, que la orden del cielo debía dirigirse mas bien á ella, pues en cierto sentido, era mas digna de este favor que José, el Niño pertenecía á ella sola, y en él debía interesarse mas vivamente que José. Y si María no recibía sola el celestial mensaje, ¿no podía el ángel del Señor darle este aviso al mismo tiempo que á José? He aquí las reflexiones que hubiera hecho cualquiera misma en alma imperfecta y susceptible de amor propio. Pero María se las hizo, y no vaciló á no hacerlas en ocasion semejante, y á recibir con respeto las órdenes del cielo por cualquier camino que se digna instruirnos, aunque sea por medio de personas de una gracia inferior á la nuestra. Además, en José su esposo María reconoció un superior, y bajo este respeto juzgó que debía con preferencia á ella ser instruido inmediatamente de la voluntad de Dios, y que por medio de él debía ella saberla. Perennemente admitimos que nuestra guía espiritual á nuestros superiores, sobre principalmente los cauales por los que Dios nos dará á conocer su voluntad, y miramos este camino como mas seguro que si él mismo nos lo declarase, pero aun en este caso estaríamos obligados á someter á su juicio las revelaciones del cielo.

Mas ¿qué otro motivo para ejercitar la fe de María! ¡Su Hijo, el Hijo del Altísimo es perseguido de muerte, y es preciso procurar su seguridad como la de un niño cualquiera! ¿No tiene Dios bastante poder para sustraerlo á la crueldad de Herodes sin necesidad de bair? ¿No tiene en sus manos el corazón de este malvado rey? ¿No es el árbitro de su vida? ¿Como un infante cual Jesus, para quien el cielo debiera prodigar los milagros, ha de correr los peligros y las inconveniencias de una huida precipitada á una tierra extraña? ¿No era muy natural que tales y muchos otros semejantes pen-

mientras ocurríase á María? ¿Debia ella esperar, atendida las magnificas promesas del ángel, que su Hijo apenas nacido estaria expuesto á perecer bajo el cuchillo de un perseguidor?

En otra parte ¿que año buscarla en Egipto, en un pais desconocido? ¿Cómo subsistir allí? María es pobre: no tiene otro recurso que el trabajo de José. ¿Y cómo podrá ésto ejercer su oficio y hallar las proporciones necesarias? En una tierra de reias la idolatría, en donde los judios adoradores del verdadero Dios son aborrecidos del pueblo. ¿Qué decirle, podiera decir María, á que terribles extremos vamos á veros reducidos! Y además, ¿cuanto tiempo durará este destierro? El ángel no lo ha dicho, y en esto nos ha dejado en la incertidumbre mas cruel. ¿Qué prueba para una Madre tal como María, y para la Madre de su Hijo tal como Jesús!

Molinos cruzamos sin duda para venir á María en la mas violenta turbacion, si estuviera en una abandonada á Dios, y menos confiada en los paternales cuidados de su providencia. Mas ella no tuvo la menor inquietud voluntaria, ni para ella, ni para su Hijo. Sufrió todo lo que debia hacerle sentir en este lance la ternura maternal: pero su virtud no vaciló por esta prueba. Obedeció y partió de noche con José, llevando al Niño en sus brazos. ¿Qué habia de temer para Jesús ni para ella, estando en compañía de Jesús? Si tenemos la fe de María, nada temeremos ni del infierno ni de los hombres, mientras llevemos á Jesús con nosotros. Podemos tener que padecer por esta causa; pero tales padecimientos, si lo usamos, hacen nuestras delicias y nuestra gloria.

Dios pueda creerse que Dios, amando como amaba muy singularmente á María y á José, y ofreciendo toda la fuerza de la virtud que en ellos habia puesto, no les abastó ninguna de las penas que eran naturalmente conseqüentes á su viaje y á su permanencia en Egipto; y que al mismo tiempo les dió todas las gracias necesarias para reportarlas de una manera digna de él. Permanecieron pues en Egipto hasta que,

muerto Herodes, un ángel avisó en sueños á José, que tomando al Niño y á su Madre, volvieran á la tierra de Israel, por ser ya muertas las que atentaban contra la vida del Niño. José ejecutó esta orden; pero temía el ir á Judea, en donde reinaba Arquelao en lugar de Herodes; y advertido de nuevo en un sueño, se retiró á Galilea.

Observad como José y María cada hacen por sí mismos, y se dejan en todo conducir por Dios. Reciben la orden de huir á Egipto. ¡Cuántos reparos parecen se hallaban enterizando á hacer presentes, ya con respecto á sí mismos, ya mas aun con respecto á Jesus! Ninguno hacen, y parten inmediatamente en la misma noche. Su estancia en Egipto debe serles en extremo penosa por todos respetos; mas no temen por sí mismos medida alguna para salir de allí, ni aun dirigen súplicas á Dios para que les abrevie aquel destierro. Aguardan tranquilos que el ángel venga á avisarles; y al ser retirados á Galilea para mayor seguridad, es por un nuevo aviso que reciben de Dios. Una vez puestos bajo la dirección de Dios, no tenemos otra partida que tomar, sino el de la obediencia. Dios se encarga de todo, y podemos estar seguros que nos hará conocer su voluntad, aunque para ello debemos confiar en el ángel. Nada hay mas glorioso para Dios si que nos sea tanquillo, que una ciega obediencia. Ningun movimiento tenemos que hacer por nosotros mismos, ni que prever nada, ni que tomar precauciones algunas: esperamos la orden de Dios, que viene siempre á tiempo, y que empieza á acabar, según le place, su otras pruebas.

CAPÍTULO XXIV.

Jesus perdido y vuelto á encontrar en el Templo.

Rememorando á Nazareth José y María, iban todos los años á Jerusalem para celebrar allí la Pascua. Llegaron á Jesus, cuando tenía la edad de doce años. Pasados los días de la solemnidad, y al regresar ellos á su país, Jesus se quedó en Jerusalem, sin que sus padres le advirtiesen; y pensando que estaba con las personas que les acompañaban, hicieron una jornada de camino, y lo buscaron entre sus parientes y conocidos. Y no encontrándolo, volvieron á Jerusalem para buscarlo. Después de tres días lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos, y proponiéndoles cuestiones. Todos cuantos le oían estaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas. En vista de esto sus padres quedaron suspensos de admiración.

Jesus, hasta entonces tan obediente á sus padres, se oculta á ellos, los deja partir, y quédase en Jerusalem sin que ellos lo adviertan. Bien sabía que iba á causarles inquietud, á su Madre sobre todo. Buscando su efecto por toda el primer día entre sus parientes y conocidos, y no encontrándolo volvíronse á Jerusalem. ¿Quién podrá explicar cuáles fueron los sentimientos que agitaron el corazón de María? ¿Por qué me ha dejado sin decirme nada? ¿Qué le hice yo? ¿Tiene motivo de queja?

Álmas interiores, Jesus muchas veces os abandona en apariencia, sin prevenciones. Os priva de su presencia sensible, como privó de ella á María. Queriéndoselas, teméis haberle dado motivo para ello: os examináis, vais buscando scrupulosamente hasta las menores faltas. ¿Qué os pensáis? Pero vais engañadas. No os ha abandonado Jesus en el fondo, pero

está siempre con vosotros por su divinidad. No se oculta á vuestras ojos, ni se esconde, sino para disfrutar de vuestro amor y de las muestras que de él le daís, para purificarle y hacerle mas espiritual. Presente estaba él á todo lo que pasaba en el círculo de su santa Madre, y se ternura para con él, un adhesión, el dolor de haberlo perdido, le llenaban de contento. Lo mismo pasa con vosotros, almas interiores. El ve vuestra pena; cuanto mas grande es, tanto mayor placer le causa, con tal que sea tranquila y sumisa, como la de María, y que sea Jesús y su vuestro propio consuelo lo que echais mano con sentimiento.

Jesús se place en ser buscado. ¡Cuál sea la inquietud, cuál sea el ardor y apremio de su Madre! ¿Qué se ha hecho mi trabajo, exclamaría, mi todo, aquel en quien yo vivo, y á quien amo mas que á mi misma? ¿Qué lugar dejó de regirnos? ¿A qué persona dejó de pedir por él? ¿Qué gozo para Jesús el venir con tanto alar buscarle? Cualquiera que así lo busca, por cierto que no le ha perdido: volverá á encontrarlo con mas contento que venga. ¡Oh es una admirable cosa, artificios del amor divino! Si siempre se percibíramos sensiblemente, ¡oh amor de Jesús! nos acostumbraríamos á vos, y no conociéramos todo vuestro valor. Preciso es percibirnos por intervalos, en cuanto al sentimiento: es necesario hallarnos colocado uno á al mismo, frío, árido, destruido, desolado, para conocer lo que valéis, y cuanto bien derramais en el alma. Nunca esta alma es de una prueba mas grande de amor, como cuando se hace en sus memorias de desolacion, y cuando pide por vos á todo lo que encuentra. Entonces redobla sus súplicas, su recogimiento, su fidelidad; se se ocupa solo en vos: toda lo demás le disgusta, le causa, le fastidia. No es eso, dice, lo que yo amo, ni por lo que aspira mi corazón. Busquemos pues á Jesús como María, y no perdamos nunca á encontrarle.

Buscoteisla ella, al fin; pero ¿en dónde? ¿Es entre sus

parientes y conocidos? No. ¿En por las calles ó en las casas de Jerusalén? No. Fue en el Templo, en la Casa de Dios. Luego no debemos nosotros buscar á Jesus entre la carne y la sangre, pues allí no le encontraremos. Tampoco le busquemos en el ramito y en los embarazos del mundo, porque aborrecen semejante morada. Le hallaremos, sí, en el Templo, en el santo Tabernáculo de donde no se aparta nunca, y allí nos aguarda. Verdad es que está oculto; pero ya sabrá descubrirla el ojo penetrante de la fe. Seguros estamos de encontrarle allí, y de que no nos escapará jamás. Acudamos, pues, al templo en nuestras inquietudes, en nuestras desolaciones; volvamos á él con frecuencia, pues vencido al fin por nuestra actividad y por nuestra piedad importunidad, se nos manifestará.

¿Y qué hace en el templo? Nada está allí en apacencia, pero de hecho nos dá allí lecciones admirables. Habla á los curules, y les pregunta. Si le sabemos escuchar, saldremos de su compañía instruidos en toda ciencia podemos desear saber. Vámonos pues al templo, para aprender en él la ciencia de los santos, de aquel que es el Maestro de los doctores. Dejemos los libros, y preguntándole todo á él mismo. Cállemos en su presencia, y dejémosle hablar. Una palabra que nos diga en el fondo del alma, nos enseñará mas que todos los libros y las meditaciones. ¿De qué nos servirían los libros y nuestras reflexiones, si él no nos hablase por sí mismo?

Habiéndole por fin encontrada en Madre, le dijo: *Espe, ¿por qué te has perdido así con nosotros? Mira como te padre y yo hemos de espíritus te hemos estado buscando* ¹. Llena criaba de ternura esta increpacion; la Madre de Jesus tenía derecho de hacerla, y él lejos de ofenderse, quedó por ella muy satisfecho. Una santa familiaridad con Jesus da ciertos derechos, que se permitirían el amor si el respeto. Las almas buenas le piden á veces con libertad las razones de la conducta que

¹ Luc. II 48.

con ellas Dios; le hacen presente con humilde sencillez la aflicción que les causa, y él se complace con esta confianza, hijos de reconciliarse por ella. Dios no se parece á los hombres, con los cuales son menester ceremonias y precauciones. Gusta de aquel cierto abreviamiento que hace de la sencillez; y el lenguaje del amor, que trata con él casi como con un igual, le agrada mucho mas que el conedido lenguaje del respeto. Pero este lenguaje y estas dulces excepciones no están permitidas sino á madres, á esposas, á hermanas, á hermanas de Jesucristo; es decir, como lo explica el mismo, á los que hacen en todo la voluntad de su Padre celestial. Este es lo que autorizaba la santa libertad de María, mucho mas que su título y su calidad de Madre.

Mas como en esta ocasión, no escuchando sino un acento maternal, ella consideró á Jesucristo, tal vez con algun exceso, segun su naturaleza humana; su Hijo, que queria elevarla mas á la consideracion de su naturaleza divina, y darle la primera idea del ministerio de que le habia encargado su Padre con los hombres, respondió á ella y á José: *Cómo es que me llamáis?* ¿No sabéis que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre? Como si les hubiese dicho: Vosotros debiais elevaros sobre lo que veis en mí de humano; considerar el Padre que tengo en los cielos, el ministerio para el cual me envió á la tierra, la necesidad en que me hallo de cumplirlo, y la obligación que me impone de preferirle á las afecciones mas legítimas que se debe, pero que pertenecen á un género muy subordinado á lo que debe á mi Padre. Acompañó estas palabras con un tono de gravedad, y con un airo de majestad divina, que en un niño de su edad, debió dar á conocer á todas las que presentes se hallaban, que habia en él algo de extraordinario é infinitamente superior al hombre. Hablaba al que pasaba por padre suyo, segun la carne, y al mismo tiempo daba á entender á los doctores que le escuchaban, que tenía otro Padre, ce-

que intereses debían serle mas queridos que los de aquí. De esta modo pues se manifestaba públicamente, bien que de una manera encubierta, por el Mesías; y esta respuesta, añadida á los admirables discursos que habian precedido, daba mucho que pensar sobre su persona. Además, él quería preparar muy anticipadamente á su Madre á verle como la dejaría un día, y en algun modo desconocíendola, en todo el decurso de su profecía.

Observa el Evangelista que ni ella ni José comprendieron el sentido de la respuesta que les hizo, lo cual manifestaba á todas luces que por divinas disposiciones se le estaba enseñando todavia en mucha seguridad, y que solo con el tiempo y por grados conoceran lo que Jesucristo habia venido á hacer sobre la tierra. Sin embargo, María recibió esta palabra con todo el respeto que debia, se humilló de su enteraidad, é impuso silencio á sus sentimientos maternales.

¡Cuanto deseado se ha de estar de todo lo que sabe á naturaleza para conocer bien á Jesucristo y estar unido únicamente á él! Nada son en su presencia la carne y la sangre; y cuando él lo exige, se precisa sacrificársela. No es esto decir que quiera él que se renuncie al amor de los padres; al contrario; él purifica, establece, santifica este amor; queriendo que se le prefiera únicamente el suyo, y que se ame á aquellos en él y por él. María fué muy ejercitada en su ternura maternal, la mas fuerte y la mas justa que jamás existió. Jesucristo le enseñó de solemnidad á desearle é desprenderse de él, y por medio de este desprendimiento la elevó á la mas sublime patria del amor que él le debia. ¡Qué ejemplo para los padres y madres por una parte, y por otra para los hijos! Los unos y los otros, si son verdaderamente cristianos, deben persuadirse, que su mismo amor no será del todo perfecto, sino en cuanto se aplique á sobrenaturalizarlo, purificando progresivamente los sentimientos de amado benévolo, y substituyendo á ellos los que les inspirará la gracia. Para serle

un absurdo el pensar que Dios fuese contrario á sí mismo, y que el objeto de la gracia fuese sublevar en el corazón de los padres y de los hijos la afeccion que el mismo pone en ellos como autor de la naturaleza. Mas esta afeccion está sujeta á excederse, y Dios quiere que sea atregada; ella no pasa á veces al amor que á Dios se debe, cuando ha de estarle subordinada; ella es puramente natural en el hombre, y en el cristiano ha de ser sobrenatural.

CAPÍTULO XXVII.

Jesús conocido de María y de José.

Jesús salió luego después de Jerusalem con sus padres: vino á Nazareth, y las cosas siguieron. Esta es todo lo que nos dice el Evangelio de la vida de Jesucristo desde la edad de doce años hasta la de treinta. Vivió en Nazareth en una pobre habitación, ayudando á José en su trabajo así que tenía fuerza para ello, y obedeciéndole en todo, así como á María.

Entraron en esta casa bendita del cielo sobre todas las demás, y venían como se gobernaba la mas santa familia que hubo y habrá jamás sobre la Tierra. No se componía sino de tres personas, del Hijo de Dios, de la Madre de Dios, y de José esposo de la una y reputado padre de la otra. Su pobreza era suma; no tenían sino lo necesario, y quizá les faltaba alguna vez, pero estaban contentos, bendecían á Dios, y nada mas le pedían. Vivían en la oscuridad, desconocidos al mundo, y sin el menor deseo de darse á conocer. Ignoraban en Nazareth lo que era Jesús segun un naturaleza divina, cual era distinta de Dios la dignidad de María, y que fuese Madre sin dejar de ser virgen. Pasaban sin duda por gentes piadosas y bien observadores de la ley, y toda su conducta

edificaba al prójimo. Mas su piedad nada tenía que los distinguiera del común de los demás; nada aparecía en lo exterior de la que era interiormente; nada daban que sospechar del secreto de Dios: y venían por el contexto del Evangelio, que los más próximos parientes de María y de Jesús se tenían presentimidos a algo del gran misterio del Verbo hecho carne. José y María esperaban que Dios mismo revelase la verdad, y que Jesús se manifestase al mundo.

¡Qué paz, qué silencio, qué union en esta santa familia! ¡Qué interior y continua correspondencia entre Jesús y María, entre María y José! Jesús era la fuente de las gracias, derramándolas sin cesar con profusión en el corazón de su Madre, y María hacía participar de su abundancia á José. Así pues, sin casi desplegar sus labios, se hablaban de continuo. Toda partía de Jesús, y todo á Jesús volvía, como al centro de las afecciones de María y de José. ¡Cuánto adelantaban así y otro en la perfección, durante tan larga especie de tiempo, en que Jesús no los dejó en solo instante! ¿Quién podrá decir cuales fueron sus conversaciones? Dios y sus beneficios, sus grandes misericordias sobre su pueblo y sobre todo el género humano, serían sin duda su objeto. Su espíritu estaba siempre en contemplación, hacia en el trabajo y en los quehaceres donaciones, y su carisma arrojado siempre en el mas puro amor divino. Jesús los instruía, pero sin afectación, sin pretension, sin que pudieran repararlo, participase siempre como hijo respetuoso, y no dejaba escapar sino con maravillosa economía algunos rayos de la sabiduría profunda que había en él. María y José estaban atentos á todas sus palabras, y de ellas se alimentaban en secreto.

No obstante á pesar del homenaje que recibían constantemente en su alma á su persona divina, conservaban y ejercían exteriormente toda la autoridad que sobre él había querido darles. Los amonestaban, los mandaban hacer, pero ¡cuánto con qué miramientos, con qué circospección, con qué dulzura,

con qué humildad! Prostrados de la infinita distancia que de él les separaba, admiraban que un Dios se dignase abajarse tanto hasta el punto de obedecer á sus criaturas. Jesús obedecía á la vista de Dios su Padre, y le glorificaba por su acatamiento. María y José le mandaban como integrantes de Dios en la tierra con respecto á él, y ejerciendo sus derechos supremos sobre un Dios asociado por amor á él. La obediencia de Jesús es superior á todo, y nada puede compararsele. Mas ¡qué virtud, qué muerte á sí propia, qué sublimidad de gracias no se necesitaban para mandar á Jesús de un modo digno de él, y que mereciese su aprobación divina! ¡Cada embelleciendo espectacular á los ojos del Padre eterno y de los espíritus celestiales! Pérdase el pensamiento al fijarse en esta idea, y el espíritu humano no es capaz de tan alta contemplación.

¡Cada grande me parece María cuando manda á su Hijo! No precisamente porque esta Hija se Dios, sino porque mandándole, practica las virtudes mas admirables; porque al le manda, es para obedecer ella misma en todo la voluntad de Dios; porque nunca fué mas humilde, ni mas asociada á sus propios ojos, que ejerciendo semejante autoridad; porque seguía el movimiento de la gracia, merceda profundamente á sí misma en el ejercicio de esta autoridad, que se apropió jamás, y que devolvió toda entera á Dios.

Recordemos, admitamos é imitemos en cuanto está en nuestro poder. Dios merece que un Dios se asocie para honrarle, hasta prestar obediencia á seres asociados de la nada, y que sus deseos de él como si no existieran. Y po, que nada soy, ¡tendré repugnancia en obedecer á los hombres que Dios ha reunido de su autoridad! ¡Ofenderlos por esto me orgullo, y rebusaré doblegarme mi voluntad! ¡Ah! ¡Qué orgullo pueda resistir aquí el ejemplo de Jesús, quien todo cuando se reflexiona que tan solo por causa nuestra quiso dársele!

Si Jesús me enseña á obedecer, María me enseña á mandar, lección mas difícil quizá que la de la obediencia. En momentos, que al mandar, me acuerde siempre que no tengo para ella mas título que el que Dios me da; que no ejerzo mis derechos, sino los derechos de Dios; que ejerzo estos derechos con una entera dependencia de la gracia, no escuchando ni mi propio espíritu, ni mis caprichos ni pretendo que los ejerza con dulzura, con caridad, con los mayores miramientos á la delicadeza de mis inferiores: que los ejerza en fin sin perjuicio de la humildad, la cual no debo perder jamás de vista, y cuyo sentimiento nunca es mas acosado que cuando se ejercen actos de autoridad. Mucho mas ventajoso nos es sin comparación obedecer que mandar; y no mandaremos bien sino en cuanto hubiéremos sabido obedecer; mas para mandar bien, así como para obedecer bien, se necesita de todas las virtudes, en especial de la moderación.

CAPÍTULO XXVIII.

Vida de María en Nazareth.

No dejemos todavía esta casa de Nazareth, pues nos ofrece mas de un género de enseñanza. ¿Qué vida para María en Nazareth? Una vida común, una vida oscura y oculta, una vida laboriosa, y al mismo tiempo una vida la mas santa, la mas agradable á Dios que haya llevado criatura alguna sobre la tierra. En este punto nadie sino su Hijo le llevó ventaja.

María lleva una vida común, y está tan distante de llevarla, que la pofiere á todo cuanto hubiere sido singular y extraordinario. Pasaron ya las revelaciones y los milagros: ella ha vuelto á entrar en el orden común, y por ello se felici-

cita. Maria ya no recibe mensajes del cielo; ya no suscita Dios para ella Elisabetta, Zacarias y Simeon, que le descubren sus altos destinos. Bella aquí convertida ya es una simple mujer, que exida de su casa es una abita. Su oración es tan sencilla como sublime: ella misma ignora lo que allí pasa de tal manera, que si aun se permite reflexionar sobre ello. Cuanto mas sencilla es el recogimiento, tanto mas percibe y gusta la presencia de Dios. Brega siempre, pero con el corazón; nada se observa de notable en sus ejercicios de devoción. Las otras mujeres que la visitaban nada veían en ella que les llamase la atención para exclamar: Hé aquí una mujer de una piedad extraordinaria. Si Maria hubiese sido capaz de complacerse en alguna cosa, se hubiere complacido en esta vida común, que la confundía con la multitud. En cualquier parte en que viviese, sea en el siglo, sea en el estado religioso, pusiésemos nuestras delicias en la vida común, y no nos distingásemos en nada de los demás en lo exterior. Dios ve lo interior; hagásemos pues de manera que este interior sea á una ojos tan puro como puede ser. En cuanto á lo exterior que está á la vista de los hombres, sea edificante, pero nada ofenda que llame una atención particular.

Maria lleva una vida oculta y oculto encerrada en su pequeña habitación, no sale sino por precisos, ó por algun motivo de caridad. Las mujeres de su clase no se hallan en estado de parecer en público, ni de brillar en las reuniones. ¿Y qué público, de otra parte, el de la abita de Nazareth? Mas tal como es, Maria no se presenta á él. Las visitas, si alguna hace, le son inspiradas por la gracia, ó dictadas por la urbanidad. No las prolonga mas allá de lo necesario: la conversacion solo versa sobre asuntos de edificación. Nada de curiosidad, nada de maledicencia, nada de inutilidad: retírase, y vuelve á entrar placentera en su casa, después de haber cumplido sus deberes con el prójimo. Nunca se le oye hablar de ella ni de su Hijo; escucha cordialmente cuanto

cuestiones á ella y á su hijo, y solo deja ver en ella una mujer ordinaria. ¡Oh! cuán difícil es, cuando se han recibido grandes favores del cielo, hacer de modo que nadie lo conozca, y no manifestar nada exteriormente que pueda hacerla sospechar! ¡Cuán rara es, con un interior tan perfecto como el de María, conducirse de un modo tan sencillo, tan creyente, que nada se descubra! ¡Cuán continua vigilancia sobre sí misma se se necesita para esto, sobre todo en los principios, en los que, bajo falsas pretensas de celo y de edificación del prójimo, nos sentimos propensos á hacer confesiones secretas de lo que es nosotros para! Este amor propio, esta vanidad espiritual, es cuando menos una indiscreción, y nunca estamos bastante prevenidos contra tan astutas seducciones.

María, por fin, lleva una vida más laboriosa. No basta ya figurarnos que María estuviese siempre en oración, ni que pasase horas enteras en contemplar con los brazos cruzados. Lejos de ella aquella sencilla y ociosa piedad á que se dedican tantas mujeres como consuegas del trabajo, porque no lo necesitan para vivir. María no tenía tiempo para estar así. Ella había de cuidar de la manutención y del aseo de José y de Jesús: debía cuidar de todo el arreglo de la casa, y hacerlo todo por sí sola. Mas en su trabajo, que era así continuo, no perdía la presencia de Dios, ni la paz del corazón, y consagraba á la oración los momentos que tenía libres. Amamos como ella el trabajo, que es el mayor susten de la vida interior: el trabajo nos hace salir de nosotros mismos, y obstruye el origen de las reflexiones y de los pensamientos. En tiempo de consolaciones, nos priva que nos abandonemos á ellas: en tiempo de sequedad, alimenta el alma, distrae las tentaciones y las pruebas: es, por fin, útil y una indispensable en todos los estados de la vida espiritual.

Esta vida de María fué sin embargo la más santa, la más agradable á Dios que críatura alguna haya llevado sobre la

tierra. De ello nos convencemos plenamente á la sola reflexión de lo que era María. Mas, mirando lo cosa en sí, apenas podemos creerlo; y si María viviese entre nosotros como vivía en Nazareth, nos costaría formar una alta idea de su piedad y de su virtud. Necesitamos lo maravilloso, lo extraordinario, actos sorprendentes, largas oraciones, vigiliat, ayunos, austeridades. Desde no vemos nada de esto, no sabemos reconocer santidad. Desengañémonos; estimemos en los otros la vida común, oscura, laboriosa; excusémosla para nosotros en cuanto podamos llevarla, y sea éste uno de los puntos principales en que tratemos de imitar á María.

CAPÍTULO XXIX.

Aplicación de María en estudiar á Jesús.

Nos da razón el Espíritu Santo, que guiaba la pluma del Evangelista, nos hace observar por segunda vez, que la Madre de Jesús conservaba en su corazón todas las cosas, ya palabras, ya acciones, que le concernían. Por esta razón, además de lo que dije dicho sobre el particular, juzgo á propósito hacer otro artículo sobre lo mismo.

Desde el nacimiento de Jesús hasta su muerte, María no le perdió un momento de vista: en él se ocupaban de continuo su pensamiento y su corazón, no solo como en el objeto de su amor, sino también como en el objeto de su imitación. Sabía que no se había hecho hombre sino para servirnos de modelo; creyéndose feliz de tener siempre á la vista un modelo tan perfecto, de conversar con él con mas frecuencia y con mas libertad que ningún otro, de ser testigo de su conducta, y depositaria de sus sentimientos; y por pertenecerle mas de cerca que nadie, se creía con mas obligada á imitarle y á

parecíale mas que nadie. Así es que ella le estudiaba sin cesar, observaba con cuidado su comportamiento en todas ocasiones, retenta y meditaba en en corazón todas sus palabras, aplicándose sobre todo á conocer bien sus disposiciones interiores, á fin de conformar con ellas las suyas propias. Ni menor atención ponía á lo que de él publicaban las personas inspiradas por el Espíritu Santo, tales como Elisabeth, Simón y los demás. En sus palabras, nada desmentaba para instruirse á fondo de la nueva ciencia, la de Jesucristo, y para instruirse en ella, no por caridad, sino á fin de temerla por norma de sus sentimientos y de su conducta. Este estudio y esta imitación hicieron de María la mas perfecta de las criaturas.

Estudiemos á Jesucristo toda nuestra vida con la misma aplicación, por el mismo motivo, con la mira de imitarle. Estudiémosle en sí mismo, estudiémosle en María que tan excelentemente le imitó.

Estudiemos á Jesucristo toda nuestra vida. Por larga que pueda ser, jamás agotaremos las ricas fuentes. Cuanto mas le profundizamos, mas descubriremos en él de nuevo; y cuanto mas le conocieremos, mas cosas hallaremos aun que descubrir en él. Estudiémosle en cualquier condición y en cualquier estado en que nos hallemos, grandes, pequeños, ricos, pobres, hombres públicos, hombres privados, en la salud y en la enfermedad, en la prosperidad y en la desgracia; ora vivamos en el mundo, ora retirados de él; donde que queramos ser verdaderos cristianos, no podemos serlo sino por un constante y asiduo estudio de Jesucristo. Cualquier otro estudio, cualquiera otra ocupación que de esta nos desvíe, ó sea inútil, ó peligrosa. Los demás estudios de nada nos servirán por sí solos para la eternidad, si por este no van ordenados, dirigidos, auxiliados.

María nada mas hizo que este sobre la tierra. Aun después de la muerte de su Hijo, se acordaba de lo que le había

nido decir, de lo que la había visto practicar, y de las diversas circunstancias de su vida. Ignoraba absolutamente todo lo demás; su espíritu no estaba cultivado por ninguna ciencia profana, ni poseía lo que en las personas de su sexo se llama talento. ¿Qué pérdida por esta ignorancia? Nada. ¿Dejaba de ser por esto á juicio de Dios la más sabia en la ciencia sola digna del hombre y única interesante al hombre?

No estudiemos á Jesucristo como de paso y ligeramente. Toda la atención de que somos capaces por la gracia, no es demasiada para tan grande materia. En él todo había, todo es sólidamente instructivo, todo es profundo, y contiene un acervo de una extensión infinita. Al contemplar su doctrina, no cabe duda que todos nuestros libros la explican, no la despliegan jamás sino imperfectamente. Esto es aun mas cierto con respecto á sus ejemplos, que son su doctrina practicada en toda su perfección por un Hombre Dios, tanto interior como exteriormente. ¿Podemos seriamente beneficiarnos de que, con tan poco tiempo y reflexión como empleamos en esta ciencia, la poseeremos, no digo perfectamente, aun le bastará, y tanto como Dios lo desea y nosotros le agradecemos para santificarnos? Si estamos bien persuadidos de su importancia, de su extensión y de su profundidad, no regatearemos ni nuestro tiempo ni nuestra aplicación. Estudiáremos á Jesucristo en la gracia, no por el educto del discurso, sino por el gual del corazón: le estudiaremos en los libros que mejor y con mas acierto hablan de él: le estudiaremos observando en nosotros las inspiraciones y los movimientos de la gracia, escuchándole como Maestro interior que nos habla al oído del corazón.

Estudémosle, no por curiosidad, no para hacer alarde de nuestros conocimientos, no para aconsejar á instruir á los demás, sino por los mismos motivos que María: ante todo para nosotros mismos; y si Dios quiere servirse de nosotros, para la sociedad y el provecho del prójimo. ¿Cuán culpables se-

riamos, é indignos de que Dios nos alumbrase, si no nos iluminamos en este estudio intensísimo para, y si vivamos en el otro cosa que la gloria de Dios, nuestra perfección y la de los demás, en caso de estarnos encargada?

Estudiémosle en vista de la práctica: refiriéndole todo á la práctica. Imitemos de Jesucristo lo que conocemos, y así mereceremos conocerle mejor. ¿De qué nos servirán nuestras lecturas, si no sacamos alguna provecho? No servirán sino para nuestra condenación. Dios nos las pagará, si no hacemos de ellas un buen uso, pues para esto solo nos las da, y si nos conserváramos por mucho tiempo un vivo afán de adquirirlas. No se tiene ardor para conocer á Jesucristo, sino en cuanto se procura imitarle.

En fin., estudiémosle ante todo y sobre todo en sí mismo. Tratemos de penetrar en su Corazón, para descubrir allí la fuente de su doctrina, y el principio de sus acciones. Hagámonos con urgencia que nos introduzca en esta interioridad, y cuando tendremos libre la entrada, retirémosnos allí á descansar, ó mas bien á esguarnos junto de él. No desviémosnos tampoco de estudiarle en sus santos, en su S. Pablo, por ejemplo, en su S. Juan, en su S. Francisco de Asís, pero sobre todo en María, que los bien sabe traer en sí misma la imagen de su Hijo. Ella es principalmente el modelo de las personas de su seno, y Jesucristo les ha dado en ella el ejemplo de las mas constantes virtudes. Á las esposas de Jesucristo especialmente corresponde estudiar é imitar á su Madre. Esto es su deber peculiar, para ella tienen todas las proporciones, y para ello les alcanza María de su Hijo una gracia especial.

CAPÍTULO XIX.

Bodas de Caná.

Al principio la vida pública de Jesucristo, se celebraron *muchas bodas en Caná de Galilea*, á las que asistió la Madre de Jesús, y en que se halló también Jesús con sus discípulos. Corridores á María en nuestros regocijos, rogándole que asista á ellos espiritualmente. Los banquetes de regocijo en estas prohibidos, y hay circunstancias, tales como de una boda, y muchas otras, en que Dios los autoriza. El los bendecirá, derramando en los corridores una dulce é inocente alegría, si los acompañan el temor de Dios, la pureza de conciencia, la modestia y el decoro. ¡Cada edificante y santo debió ser este festín de bodas á que asistieron Jesús y María! Sean tales las nuestras, que merezcan ser bendecidas con su presencia, y vaya todo como si estuviesen presentes. Las comidas, destinadas á estrechar mas las íntimas relaciones de los hombres, son una de las circunstancias de la vida en que deben reinar mas la caridad y la cordialidad. Distinguen allí fácilmente los verdaderos cristianos, y mas aun los cristianos interiores, portándose con una santa libertad, con una franqueza y una afabilidad tan modesta, que son el fruto de su unión con Dios, y de la paz íntima de que disfrutan.

Y como viene á faltar el vino, dijo á Jesús su Madre: No tiene vino¹. Observad aquí la atención y la caridad de María. Repara ella que el vino falta á los convidados; y para aliviar á los dos esposos aquella especie de vergüenza que esta falta debía naturalmente causarles, le advierte á su Hijo, el cual por su omnipotencia se hallaba en disposición de suplir

¹ Juan. 2, 3.

aquel defecto. Le pedía un verdadero milagro, y no podía con una reserva manifestándole su deseo. Bien sabía Jesús, antes que ella se lo advirtiese, que faltaba el vino, ni tampoco se lo decía ella para advertirlo. El sabía también, antes de abrir la boca, cual era su deseo, pues el mismo se lo había puesto en el corazón, y no le pidió ella un milagro sin una particular inspiración. Sabía él, en fin, que haría aquel milagro, y que satisfaría el ruego de su Madre. Necesarias son estas observaciones, para juzgar como se debe de la respuesta que le hizo.

Respondió Jesús: Mujer, ¿que me es á mí y á tí con no se Espada así hora. ¿Que dura parece por parte de un hijo semejante respuesta! ¿Que humillante para una madre, y mas haciéndola en alta voz, y que la oyeron los convidados! Mas, profundamente, para que la especie de escándalo que al principio nos causa, se convirtiera en enseñanza y edificación. ¿Un Hombre Dios hablar así á su Madre en una ocasión de publicidad, y mortificarla tan sensiblemente cuando ella recurre á su omnipotencia y á su bondad, en favor de aquellas mismas que los habían convidado! Mas él lo había así, precisamente porque era Hombre Dios, y porque María era su Madre. No debemos creer que le quisiera increpar el haberle pedido un milagro fuera de propósito, pues estaba resuelto á hacerlo; ni que hallase á mal el que ella interpusiese su autoridad, pues no era posible hacer uso de ella con mas dignidad. No; no fue culpable María á los ojos de su Hijo ni de indiscreción ni de imperfección alguna, antes bien aprobó y acogió interiormente á la súplica que ella le hacía.

¿Por qué, pues, le habla con tanta aspereza? Por muchas razones dignas de él y de ella, y que ella misma comprendió sin duda perfectamente. En primer lugar, quíase que los concurrentes viesen, á lo menos confusamente, su naturaleza divina. Llamando mujer á su Madre, y preguntándole

lo que era común entre él y ella, dió con bastante claridad á entender, que si era hombre, era también alguna cosa mas que hombre; que bajo este último respecto su Madre no le era nada, y que nada de común había entre los dos, pues esta se en su divinidad era la que se proponía unirle en el corazón de los que le escuchaban.

En segundo lugar, quería dar á entender á su misma Madre, que como Dios nada le debía, que no tenía sobre él autoridad alguna, ni aun por vía de súplica; y que si le concedía un milagro, era una pura gracia que le hacía como Dios, y no una deuda que le pagase como hombre; no tratando ni aun él, como hombre, al poder de hacer milagros.

Quería en tercer lugar, que ella, sus discípulos, y todos los que presentes se hallaban, comprendiesen que si aun él era, en cierto sentido, árbitro de sus acciones; que dependía de su Padre; que la hora, en la cual había de obrar, estaba señalada; que debía sujetarse á este decreto, y que no hacía milagros por su voluntad humana, sino por las órdenes de su Padre; motivo por el cual en vano se le pedirían milagros, tanto por caridad, como para experimentar su poder, á la manera que lo hicieron los fariseos; y que los mismos que obraría no los concedería sino á la fe sobrenatural inspirada por su Padre.

Quiso, por fin, poner en prueba la virtud de su santa Madre; y antes de concederle un favor, que no era para ella, haciéndole recordar por medio de una humillación. Cuando le dijo: *Aun no es llegada mi hora, es como si se le hubiese dicho: No ha llegado mi hora para los demás, pero ha llegado para ti; tú estás á otro nivel que los otros, y como Madre mía, tienes privilegios que no tienen los demás.* Este sentido de su respuesta se hace evidente por el milagro que siguió luego.

Al paso, se quedó confundida la respuesta de María. Por medio de una luz que solo á ella era dada, entendió perfec-

lamente la respuesta de su Hijo; y segura de que no sería desdida, dijo á los verdaderos Discípulos lo que él se dará. No vaciléis, y veréis un efecto de su poder.

El primer milagro para que obró Jesucristo, lo hizo á instancia de su Madre, después de haber probado en fe y en humildad. Por este medio enseñaba á los demás á no desalentarse cuando les ejercitase por una aparente dureza, antes bien á perseverar en su fe en él, y recibir con agrado las humillaciones con las cuales tuviera á bien probarlos.

Muy ordinario es en Dios el hacer milagros de providencia á ruego de almas interiores, ya para ellas, ya para los demás; mas casi siempre se los hace compungir; es decir, que hace servir estas milagros á su santificación. La fe humilde y perseverante que se los arranca en cierto modo, le es infinitamente agradable, y no se los puede negar, porque no se peliga alguno en concedérselos. Nada pidamos á Dios temerariamente; mas cuando tengamos motivo para creer que él mismo nos inspira nuestra demanda, y que en esto va su gloria, entonces firmes en nuestra fe como María; experimentemos con humildad estas aparentes durezas; no dudemos de que seamos oídos, y lo seremos realmente.

CAPÍTULO XVIII.

Maria desconocida en apariencia por su Hijo.

Los tres años y aun mas de la predicacion de Jesucristo fueron un tiempo de pruebas para su Madre. El la dejó para no ocuparse mas que en la gloria de su Padre, en las funciones de su ministerio, en la instruccion de sus discipulos y del pueblo. Durante este tiempo, olvidó, por decirlo así, á María; ya no mas conversaciones, ya no mas consue-

con ella, como si fuese para él enteramente estéril. Mas si la había dejado como hombre, estaba siempre con ella como Dios; obraba de continuo sobre su corazón, y le enseñaba á espiritualizar y á divinizar el afecto que ella le tenía. La privación de su presencia sensible era para ella una pena; pero lejos de ser una pérdida, era una verdadera ganancia, pena por su medio se iba santificando mas y mas. Convencía que ella se desprendiese de Jesús según su naturaleza humana, y que se dispusiese poco á poco á sacrificarlo.

Ea por lo tanto natural que ella siguiese á su Hijo en sus viajes, y que estuviese en compañía de las otras mujeres, de que habla el Evangelio, que le asistían con sus bienes. Ellas cuidaban sin duda tambien de María, la cual, habiendo perdido á Jesús, no tenía otro recurso para vivir, y nada le privaba de acompañar donde quiera á su Hijo, no teniendo ya cosa que cuidar. Seguía pues á Jesús, y Jesús en cierto modo la evitaba. Desde las bodas de Caná hasta el momento que precedió á su muerte en la cruz, no leemos en el Evangelio que le hablasen una sola vez: vemos al contrario, que en ciertas ocasiones afectaba desconocerla, y esto públicamente.

Un día, dice S. Mateo, estaba él platicando al pueblo, y ahí está que su Madre y sus hermanos, esto es, sus primos, estaban fuera, que le querían hablar. Por lo que uno le dijo: Mira que tu Madre y tus hermanos están allí fuera preguntando por ti. Pero él respondiendo al que le hablaba, le dijo: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Como si le dijese: ¿Qué queréis decirme? No conozco ni madre, ni hermanos según la carne. Y mostrando con la mano á sus discípulos, dijo: estos son mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciera la voluntad de mi Padre que está en los cielos, este es mi hermano, mi hermana y mi madre ¹. No es este el momento de reconocer á los que me están unidos por la sangre, ni de conversar con ellos. En mis funciones públicas, en las cuales yo

¹ Mateo. xii, 48.

aire en nombre y por la gloria de mi Padre que está en los cielos, no como por hermano, ni por hermana, ni por madre, sino el que cumple la voluntad de aquel Padre que me ha levantado sobre la tierra; y con los hombres no tengo otra unión que una unión espiritual y toda de gracia.

Por medio de esta doctrina anunciaba al pueblo su naturaleza divina y su generación eterna. Declarábale que él se había venido á la tierra sólo para hacer saber á los hombres la voluntad de su Padre, y enseñarles el modo de cumplirla. Declaraba que pertenecer á él según la carne no era un mérito; que no hacía el menor caso de esta alianza, y que era necesario pertenecer á él según el espíritu, conformándose como él á la voluntad del Padre celestial. Mas esto mismo era el mayor elogio que podía hacer de María, por cuyo medio expresaba cuánto la quería, y hacia qué punto le estaba unida espiritualmente, pues sabía que desde la infancia había siempre llena y perfectamente cumplido la voluntad de Dios. Así que, María nunca fué reconocida de un modo mas sublime y mas excelente por la Madre de Jesús como en esta ocasión, en la cual parece confundirla con sus discípulos y con todos aquellos que creyeran en él.

Verdad es que esta maternidad espiritual le es común con todos los verdaderos fieles, y que la maternidad corporal es el único privilegio. Mas también es una verdad, que aun en sentido espiritual, es ella Madre de Jesús de una manera que le es propia: y esto es lo que constituye su mérito y su gloria; esto es lo que Dios alabó y recompensó en ella, y no la calidad de Madre del Verbo encarnado. Así pues, si María, que juzgaba de todo como su Hija, se glorificó de alguna cosa en el Señor, no fué de haber sido elegida para ser la Madre del Mesías, sino de haber, con el acorro de la gracia, hecho siempre la voluntad de Dios.

Podemos para nosotros tener parte como María al título de Madre de Dios en el sentido mas elevado, y debemos aspirar

á él. María lo desea, y hijos de confidencioso, nos ayudará por su intercesion á partir este título con ella; quiere que seamos grandes delante de Dios, en lo que hizo en verdadera grandeza; que seamos unidos á su Hijo con la misma union que á ella le ha hecho tan querido. Mas acordémosnos siempre, que cuando mas Jesus amó á María, mas se complació en ejercitarla, en probarla, en demostrarle de sí mismo para tornársela mas unida; y que nunca fué con mas perfeccion en Madre, que cuando ella, conformándose con la voluntad de Dios, aceptó las pruebas incomparablemente dolerosas á que le sometió su ternura única para con su Hijo. Si es preciso permanecer mas de cerca á Jesus, renunciando al mismo Jesus; preciso es consentir en perder su presencia sensible, en verse privados de la dulzura de su conversacion y de sus insalubles consuelos. Entonces es cuando se llega á ser, como María, Madre sola en el sentido espiritual.

CAPÍTULO XIII.

En qué hizo consistir Jesucristo la felicidad de María.

Este capítulo volverá á tratar un poco en la materia del precedente; mas no halló reparo alguno en exponer á parte é inculcar en diferentes términos una materia de tal importancia. Una mujer, transportada por los discursos de Jesucristo, levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: ¡Desventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron! Mas Jesus respondió: ¡Desventurados mas bien los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en practica.

Veis con qué cuidado aparta Jesus las ideas materiales de la carne y de la sangre, y lo reduce todo á los pensamientos espirituales. Esta mujer felicitaba á María por haber llevado

á Jesus en su seno, y haberle dado su leche. ¿No tiene razón? ¿Quién lo duda? La Iglesia la felicita también por lo mismo, sirviéndose de las mismas palabras. Mas ella paró aquí en silencio, y no escuchó en María lo que era de muy otra manera digno de elogio y de felicitaciones. María había estado siempre toda su vida en escuchar la palabra de Dios, y en guardarla. Esta es lo que, á juicio de Jesus, constituye su verdadera felicidad, su esclauir no obstante lo que le venia de la maternidad divina. Grande dicha es sin duda para ella, el haber llevado á Jesus en su seno, y haberle alimentado con su leche. Pero mayor dicha es todavía el haber tenido el oído del corazón siempre abierto á la palabra de Dios, y haberle cumplido fielmente. La primera dicha es un favor puramente gratuito, que no fué concedido á María para ella sola, sino para todo el género humano; una gracia que, aislada y por sí misma, no la hacía mas santa, porque dependia mas bien de la eleccion de Dios que de su voluntad, aunque para ella hubiese dado su consentimiento. Mas la segunda dicha es efecto de la libre correspondencia de María á las inspiraciones del Espíritu Santo; es el fruto de su fidelidad, que ella se procuró, haciendo su santo uso de su libertad, y esta dicha es la que mas aprecia Dios en ella, la que le hace mas agradable á sus ojos, es la felicidad á la cual debe en el cielo su corona.

Examinando las ideas de aquella mujer, Jesus nos enseña á encender las nuestras. ¿Cuáles cristianos se ocupan en el concepto que forman de la felicidad de María! Admiramos y celebramos con mucho placer en ella lo que nos causa envidia, disponiendo de imitar; sus privilegios, su dignidad de Madre de Dios, hé aquí lo que nos mueve mas á llamarla bienaventurada. Mas no olvidemos ni alabemos tanto lo que le merece mucho mas, y se nos propone para nuestra imitacion: su atencion y su fidelidad á la palabra de Dios, ya interior, ya exterior. La causa de esto es porque las primeras

alabanzas no podemos deber alguna para nosotros, y nada nos cuesta recomendar en Maria lo que está fuera de nuestro alcance, y que Dios no exige de nosotros; en vez de que las otras alabanzas que damos á Maria, nos impongan el deber de parecernos á ella, y nos obliguen á procurar nuestra condenacion por el poco cuidado que nos tomamos en imitarla.

Y sin embargo, la felicidad por excelencia de Maria, aquella por la cual Jesus la felicitó sobre todo, puede y debe ser tambien la nuestra. Nos está mandado aspirar á ella, y ¡ay de nosotros si no nos tomamos este trabajo! No envidiamos á Maria sus privilegios, porque sabemos que son únicos. Mas al leer la vida de los Santos, tenemos cierta envidia de sus éxitos, de sus revelaciones y de los dones que del cielo recibían. Los tenemos por felices á causa de estos dones, y deseamos tener parte en esta felicidad. Mas ¿envidiamos asimismo sus virtudes, su desprendimiento de las cosas terrenas, su humildad, su obediencia, su abnegacion interior, su amor á las cruces, en fin, todo lo que va comprendido en la atencion á la palabra de Dios y fidelidad en observarla? Tal es sin embargo la única fuente de verdadera felicidad para la vida presente y para la venidera. Dignos de compasion nosotros, tomaremos siempre la santidad al revés, y haremos consistir la dicha de Maria y de los Santos en la que no la es, mientras no nos persuadamos de esta importante verdad, si olvidamos seguir la en la práctica.

CAPÍTULO XXIII.

Maria escogió el mejor partido .

La Iglesia en la fiesta de la Asunción, aplica á María el Evangelio de S. Lucas, donde habla de María y de María su hermana, que recibieron á Jesus en su casa. Así pues nos conformaremos con la intención de la Iglesia, aplicando á la santa Virgen las palabras del Salvador hablando de la hermana de María. María ha escogido la mejor suerte¹. María estaba muy apurada en disponer lo necesario para Jesucristo, y se quejaba con él de que su hermana no le ayudase. María sentada á los pies de Jesus, escuchaba su palabra. Jesus, pronunciando un jaile entre ambas hermanas, increpa á María en alia que llegaba hasta la turbación, y todo esto para prepararle una comida para la cual no eran necesarios tantos aparejos; y alaba á María por haber preferido quedarse á sus pies, y alimentarse tranquilamente de su palabra. Añade que la parte de María no le será quitada, es decir, que no le mandará al que le dejó para ir á ayudar á su hermana, porque esta suerte es la mejor; mientras la suerte de María, aunque buena en sí misma, se ha de restar de ella la excesiva actividad y la inquieta turbación.

Para aplicar esta misma á la Madre de Dios, de una manera que le sea propia, veamos cuál es la mejor suerte que escogió. Primeramente escogió no ser nada para ella, y serlo todo para Dios. En segundo lugar, escogió vivir de tal modo la contemplación á la acción, que el trabajo de ésta no alteraba la paz de aquélla. En tercer lugar, prefirió los mas dolorosos sacrificios á los gozos mas íntimos, á imitación de su Hijo. Desmenuvamos estos tres caracteres de la suerte de

¹ Luc. x, 42.

María; y puesto que ella es sin contradicción la mejor, también también para nosotros.

María escogió no ser nada para sí. Nunca pensó en sí; nunca consideró en algo sus intereses, ni aun los espirituales; nunca deseó que Dios la distinguiere en nada de las demás mujeres; y aunque en realidad hubiese sido altamente distinguida de todas ellas ya desde su Concepción, nunca se prevaleció de ello, ni le hizo concebir el mas mínimo sentimiento de vanidad. No siendo nada para sí, lo era todo para Dios; enteramente sujeta á su gracia, toda sometida á su voluntad, toda consagrada á su gloria. Su corazón no estuvo nunca dividido; sus intenciones fueron siempre las mas puras; todos sus pensamientos, todos sus afectos, todas sus acciones se refirieron únicamente á Dios. Por muchos que fuesen nuestros esfuerzos, nunca llegaríamos en estos dos puntos á la perfección de María; pero debemos aspirar á ella, y pedimos á ella acercarnos siempre mas. Sea pues nuestro grande objeto no ser nada para nosotros, y serlo todo para Dios. No nos contentemos con quedarlo en general, llenándonos de buenos deseos, como hacen tantas almas, que sin estar sueltas á sí mismas, no viven para Dios mas que especulativamente, sino vamos á la práctica, renunciémosle donde quiera en que participamos algún apego de nosotros mismos; dirijámoslo todo á Dios, hasta las cosas mas indiferentes. En este punto tendremos siempre algo que reformar, algo nuevo grado de perfección que adquirir. Morir así, es vivir en Dios: este es el negocio de toda la vida y de cada instante de ella.

María escogió unir la contemplación á la acción, de manera que la una no dallas á la otra. Nunca faltó á ninguno de sus deberes domésticos, ni á ningún deber de caridad ó de atención hacia el prójimo. Pobre como era, sin tener nadie que la ayudase, pudo pensar que su trabajo seria continuo mientras vivió con S. José. Lo mismo debió pasar,

á corta distancia, cuando estuvo con S. Juan, olvidando de lo temporal, mientras él se ocupaba en sus funciones apostólicas. Mas su trabajo no suspendió jamás su oración, y no varió, ni aun molestó en nada su paz interior. La contemplación es naturalmente peregrina, y por poco que se descuida, tiende á la ociosidad, y nos inspira disgusto á las ocupaciones exteriores, aun las mas indispensables. ¡Cuántos devotos en el mundo, cuantas personas consagradas á Dios en la religión tienen asociaciones que hacen en esta parte! El trabajo, por el contrario, alimenta la actividad, la precipitación, la inquietud, disipa el capricho, disipa el enojo, retira poco á poco de la contemplación é introduce en ella todas sus embarras y sus distracciones. No es cosa fácil preservarse de ambos extremos, y saber conciliar el amor del trabajo con el gusto de la oración. Y es no obstante una verdad que debemos oír y debemos trabajar, y siendo estrambas cosas mandadas por Dios, es evidente que de sayo son conciliables.

Maria prefirió los sacrificios mas dolorosos á los mas ínfimos gozos. No nos figuramos que las pruebas de Maria fuesen siempre dulces y consoladoras. Dios la acostumbró muy de temprano á las privaciones mas duraderas. Lo que tuvo que sufrir con motivo de su Hijo es inexplicable: el resto de su vida no fué sino un peregrino martirio de amor, estando su Hijo en el cielo y ella en la tierra. Mas ella aceptó aquel estado, y vivió en él contenta; y se hubiera querido cambiarlo por las delicias celestiales, á las que tenía derecho de aspirar. Ningun dios superior á este consintió en su causa, ni dejó ser abreviado su destierro para ir á gozar de la gloria y de la felicidad de su Hijo. ¿Amamos de este modo las cruces, y sobre todo las cruces interiores que mas abaten? ¿No nos impacientamos si duran por mucho tiempo? ¿No deseamos ver su fin? ¿No aspiramos por los consuelos? ¡Cuán pocas almas hay que se sacrifiquen generosamente, absolutamente, sin reserva! Bueno del todo sin vol-

veros á apropiarse nada, es la cosa mas rara en la vida espiritual. Se consiente en que la víctima sufra hasta cierto punto, pero no se quiere que muera, y que quede enteramente consumida en la llama del sacrificio. Se quiere andar en el fuego del amor divino, pero con un fuego dulce, que mantenga la vida del amor propio, y no con un fuego que divida, que devore y que destruya. ¿Qué seríamos, sin embargo, en punto á santidad, si la muerte de María no es la nuestra?

CAPÍTULO XXXIV.

María al pie de la Cruz.

María fué preparada de lejos á la pasión tan cruel como dignificación de su Hijo. Este, que tantas veces la habia predicho á sus discípulos, no la dejó sin duda ignorar á su Madre. Además, el destino de María estaba demasiado íntimamente ligado con el de Jesucristo, para que no recibiese conocimientos mas extensos de lo que debía sucederle, y luego mas distintos y mas profundos en lo relativo al grande designio de la redención del género humano, la cual debía ser el fruto de su muerte violenta.

Desde el principio de sus predicaciones, no dejó ella de observar la mala disposición que con respecto á él tenían las principales del pueblo. Ella estaba informada de su envidia, de su odio, de sus calumnias, de sus maquinaciones para poderle. Y lo de día en día acercarse el momento fatal, y ya se deja presumir que impresión haría en su corazón maternal aquella horrosa perspectiva que tenía siempre ante los ojos. El temor cierto y la previsión de un mal inevitable es una cruz por lo regular mas insuportable que el mal mismo: y puede asegurarse, que desde que estuvo puesta la mu-

te de Jesús, y que María lo viera, sufrió con anticipación todas las tormentas que aulló al pie de la cruz.

Dios, que no quería perdonar mas á la Madre que al Hijo, no permitió que ignorase ninguna de las circunstancias principales de su pasión; estas eran otros tantos golpes que había decretado descargar sobre ella y de los cuales no podía escapar. De otra parte, en calidad de Madre, ¿podía dejar de darse prisa para saber todo el pormenor de los malos tratamientos hechos á su Hijo? Añadid á esto la manera sobrenatural con que miraba su pasión, como el efecto de su amor para con su Padre y para con los hombres, lo cual debía aumentar todavía su santa curiosidad.

Estos pasos instruida de la traición de Judas y de la captura violenta de Jesús, por sus mismos apóstoles que estaban presentes, y que le abandonaron. Supo por Juan, que le presentó, lo que pasó durante la noche en la casa de Ana y en la de Caifás, y la sentencia de muerte pronunciada contra él como blasfemo, por haberse llamado Hijo de Dios. Vióle con sus propios ojos conducirle el día siguiente al pretorio de Pilatos, de allí al palacio de Herodes, y después otra vez á la casa de Pilatos; supo por sí mismo, ó por la multitud que concurría, la manera como había sido tratado. Estuvo presente cuando Pilatos subió públicamente á sentarse en su tribunal; oyó las acusaciones que se hacían á su Hijo, y ya por el furor de sus enemigos, ya por la debilidad y la timidez política del magistrado romano, conoció que iba á ser condenado á muerte. Estuvo presente cuando el pueblo le prefirió Barrabás, cuando fué presentado, magullado en cuerpo y desgarrado por los azotes, la frente ceñida de una corona de espinas, las espaldas cubiertas de un viejo manto de escarlata, y una caña por cetro en la mano; cuando el pueblo pidió su muerte con gritos furiosos, diciendo: ¡Quita, quítale de en medio, crucifícale, que era el mas infame de los reprobos. Ella le siguió con los demás mujeres cuando le-

taba en cruz hasta el Calvario, y sucumbiendo bajo su peso débil y desfallecido casi á cada paso. Ella estaba presente cuando al demandarle de su túnica, se reserraron sus heridas, cuando le extendieron sobre la cruz, cuando le ataron con clavos, cuando le levantaron en alto con horribles machetadas, cuando los principales del pueblo y la multitud la insultaban y le ultrajaban con las mas sangrientas irrisiões. ¡Qué espectáculo para una Madre tal como ella, y para la Madre de su tal Hijo! ¡Cuál debió ser el exceso de su dolor! ¡Cuán profundo! Pero al mismo tiempo ¡cuán sumisa! cuán firme! cuán tranquila! Su gran corazón no sucumbió á su peso: una gracia extraordinaria la sostuvo para que pudiese sufrir mas.

En fin, luego que pudo se acercó á la cruz con Juan y Magdalena; se mantuvo en pié, circunstancia que manifiesta su valor y su fortaleza del todo divinos; y en este estado, fijó los ojos sobre su Hijo, sin derramar una lágrima, aguardaba que exhalase el último suspiro. ¡Qué sentimientos ocupaban entonces su corazón? No tuvo uno solo que no fuese altamente heroico y sobrehumano. Mas fuerte y mas generosa que la madre de los Macabeos, hacia á Dios el gran y eterno sacrificio de su Hijo, valiéndose á la justicia del Padre celestial, que inmolaba esta grande víctima á su gloria; inmolaba con él esta madre Isaac convertida en rescate para los pecados del género humano; ofrecia con toda la grande fortaleza de su corazón su muerte por la salud de cada uno de nosotros, y á esta ofrenda juntaba la de su inmenso dolor. El sacrificio de la Madre no se separó del sacrificio del Hijo: menos le hubiera costado el dar su propia vida, y por esto es justamente aclamada la Reina de los mártires.

¡Qué sublimes lecciones nos dá aquí Maria! ¡Y cuán especialmente es en esta ocasion el perfecto modelo de las almas interiores, á quienes Dios hace pasar por las últimas

pruebas! Las penas de estas almas son á veces extremas; mas ¿son acaso comparables con las de María? No se lamenten pues, sales bien, para sostenerte, sienta los ojos sobre esta Madre de dolor, é invóquela para obtener por medio de su intercesion el militar en Eremos, en constancia y en pureza. Despues de Jesus crucificado, el mejor libro para ella es María al pié de la cruz.

CAPÍTULO XXXV.

Jesus dado por hijo á María.

Entonces María, junto á la cruz, y volviendo mirarle Jesus á Lisa Madre y al discípulo que él amaba, dijo á su Madre: *Mujer, ahí tienes á tu hijo.* Despues dijo al discípulo: *ahí tienes á tu madre.* Y desde aquel momento la recibió el discípulo por suya ¹.

La última prueba de María debía ser verse reconocida en alguna manera por su Hijo. En el tiempo mismo en que le da la mas grande muestra de su amor, haciéndose superior á todos sus temores, para no abandonarlo hasta el último suspiro; en el momento en que el mismo Jesus, compadeciéndose la afliccion de su Madre, le debía las mas vivas demostraciones de filial ternura, no le da siquiera el dulce nombre de Madre; llámale simplemente *Mujer*, como si no le fuese nada; le declara en cierto modo que ya no es su Hijo, dándole otro que le es tan inferior, como puede serlo un puro hombre con respecto á un Hombre Dios. ¡Y es Jesus, á punto de espirar, quien así trata á su Madre! ¡Bastaría seria sospechar en él duresa si con indiferencia. Aquí hay pues un misterio, y un misterio muy grande.

¹ Juan. xix. 26.

Así como el sacrificio de Jesús no hubiera sido perfecto, si abandonábase á su Padre, no hubiera sido en apariencia abandonado de él; asimismo algo hubiera faltado al sacrificio de María, si consintiendo en perder su Hijo, no hubiese sido, por decirlo así, renunciada por él en la cruz. Menos era, de una y otra parte, que todo llegase al último extremo, y que el abandono de la Madre fuese correspondiente al desamparo del Hijo. La mayor pena de Jesús, sin comparación, fué este abandono por parte de su Padre. Del mismo modo la mayor pena de María fué este abandono por parte de su Hijo. ¿Y por qué lo expone así? Para poner el colmo á la virtud de su Madre.

Almas en prueba, á las que Dios, amándose tiernamente como Jesús amaba á María, reduce á hacerle el sacrificio de vuestros mas caros intereses, faltaria alguna cosa á vuestro holocausto, si Dios no pareciese que os rechaza de su lado. Por la misma razón de que nada es en mas sensible, habéis de pasar por esta prueba, sin la cual no sería completa vuestra muerte espiritual.

Sin embargo, considerando la cosa bajo otro aspecto, Jesús cumplía con el deber de su Hijo reconocido, protegiendo á los intereses temporales de su Madre. Ella iba á quedar sola, sin subsistencia, sin recurso. El le da un recurso en la persona de su discípulo querido, al cual deja á María como por testamento, encargándole que cuide de ella como de su propia Madre. Recurso pobre á la verdad, pero cual conviene á una mujer que había siempre vivido en la pobreza; y que, después de la pérdida de su Hijo, hubiera mirado como un suplicio disfrutar de las menores comodidades de la vida. Así que desde aquel entonces Juan la admitió en su casa, la amó, la respetó, la alimentó, y la cuidó como á su Madre, sin separarse de ella. Cuando el marchó de Jerusalén, ella le siguió á Efrata, y en cuanto se le permitian sus trabajos apostólicos, le hizo compañía hasta que ella murió.

Los santos Padres, y en particular san Agustín, hacen también aquí otra observación, y es, que todos los hijos de la Iglesia estaban aquí figurados por S. Juan, y que en la persona de este apóstol María fue constituida por Jesús Madre de todos los fieles. Así que, ella fue llamada Madre nuestra en el momento mas delicioso de su vida; ella nos ha dado á los espiritualmente al pie de la cruz; y así, segun las leyes de la naturaleza, las madres ordinarias aman tanto mas á sus hijos, cuanto mas penosos han sido su parto y su parto, de ahí podemos inferir, hasta qué punto nos ama María en el orden y segun las leyes de la gracia. Ella ha recuperado á Jesucristo, mas no por esto ha retirado de nosotros su afecto; no ha olvidado que él nos auxilió en su lugar, y que quiere que nos amase como otras tantas hijas suyas. Mostrándonos en espíritu á cada uno de nosotros, Jesús le ha dicho: *Adiós, hijo. Yo soy quien te los entrego, ellos son el precio de mi sangre, que es la ley. No dudemos pues del amor de María para con nosotros, así como no dudamos del amor, del respeto y de la obediencia de María para con su Hijo.*

Mas tomemos también para nosotros las palabras de Jesucristo á S. Juan: *Adiós, hijo. Yo soy quien te los entrego, ellos son el precio de mi sangre, que es la ley. No dudemos pues del amor de María para con nosotros, así como no dudamos del amor, del respeto y de la obediencia de María para con su Hijo.* Mas tomemos también para nosotros las palabras de Jesucristo á S. Juan: *Adiós, hijo. Yo soy quien te los entrego, ellos son el precio de mi sangre, que es la ley. No dudemos pues del amor de María para con nosotros, así como no dudamos del amor, del respeto y de la obediencia de María para con su Hijo.* Mas tomemos también para nosotros las palabras de Jesucristo á S. Juan: *Adiós, hijo. Yo soy quien te los entrego, ellos son el precio de mi sangre, que es la ley. No dudemos pues del amor de María para con nosotros, así como no dudamos del amor, del respeto y de la obediencia de María para con su Hijo.*

Maria con mas perfeccion que los demás cristianos.

CAPITULO XXVI.

Maria muere y sepultada con Jemario.

Maria tuvo el valor de permanecer junto á la cruz hasta que su Hijo habia despedido el último aliento. Ella le oyó exclamar: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me has desamparado? Palabras que le dieron á conocer hasta qué extremo de rigor era tratado por su Padre; y que sus tormentos exteriores nada eran comparados con sus penas interiores. ¡Qué nuevo y violento golpe para el corazón de María! ¡Jemio atorado bajo el peso de la divina Justicia, hasta el punto de verse obligado á quejarse de este abandono! ¡Qué nuevo motivo para ejercitar la fe de su Madre! ¡El Hombre Dios, el objeto único de las complacencias del eterno Padre, desamparado, y en alguna manera reprobado por él, porque para reparar su gloria, se ha hecho la víctima del pecado! ¡Abandono de Jesús! misterio incomprendible á María misma, y cuya idea desoladora pudo apenas sufrir, por mas que se hallase fortificada de lo alto.

Ella le oyó pronunciar aquel grande acto de sumisión y de confianza, en medio de su terrible desamparo. Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu¹. Yo acepto el inexplicable rigor con que me tratas, yo me someto á él, yo pierdo la confianza que te debo, y en vuestras manos, que las fuertes dolores descargan sobre mí, encomiendo mi espíritu. En aquel momento María se unió por el mismo al acto de su Hijo, y entregó tambien á las manos de Dios su alma próxima

¹ Mat. xxvi, 46.

² Luc. xxii, 42.

también á aspirar de dolor. Si Dios nos hiciera la gracia de probar un día penas interiores de la misma especie que las de Jesús y de María, y de beber en el mismo cáliz, invoquemos al Hijo y á la Madre, para tener la fortaleza y el exceso de amor necesarios para producir semejante acto, aunque sacrificásemos á punto de entregar el alma.

Ella le oyó decir, por fin, todo está concluido ¹. Acabado está mi sacrificio, cumplidas todas las profecías relativas á mí. Dios está aplacado; el género humano salvado. Vióle en seguida inclinar la cabeza, y arrojando un grande grito, dar voluntariamente su espíritu. ¿Quién podrá pintar aquí el estado interior de María? Preciso es guardar silencio: entonces recibió el golpe de una muerte espiritual, mas terrible sin comparación que la muerte natural. Abismada en un dolor, inenarrable, y habiendo como perdida el uso de sus sentidos no reparó ni en el sol eclipsado, ni en las tinieblas extraordinarias que cubrieran la tierra, ni en los pelaresos que chocaron entre sí, ni en los sepulcros que se abrieron, ni en los muertos que resucitaron, ni en el albor y trastorno general de la naturaleza. Todos estos prodigios fueron para los acontecimientos. Dios los obró para convertirlos y para convertirlos. María, separada con Jesús, no tenía sensibilidad para todo lo demás.

La herida con que en solitario traspasó el corazón de Jesús no fué dolorosa sino para su Madre, como observa San Bernardo. Su corazón fué el que quedó traspasado verdaderamente, y cumplidas la profecía de Simeón.

Ella le vió en seguida desclavado de la cruz, vió arrancar los clavos de sus manos y de sus pies, y de su cabeza la corona de espinas que estaba bendita en él, vió levar y enjugar su cuerpo cubierto de llagas, y su rostro desfigurado por la sangre, por las heridas y por la palidez de la muerte. ¡Oh! ¡qué besos de amor y de dolor imprimió sobre

¹ Juan. xix, 30.

aquella fronte adorable, sobre aquel costado abierto, sobre aquellos pechos y aquellas manos tendidas! Ella ayudó, según parece á embalsamarlo, á envolverlo en una sábana y en un sudario; ella le acompañó hasta el sepulcro en que fué depositado, ella se encerró allí con él en espíritu, y no se retiró sino á vivas instancias de Juan y de los demás que procuraron convencerla.

No perdamos ninguna de estas téngubres circunstancias: detengámonos en ellas a nuestra penitencia y nuestro consuelo. Positívmonos de una tierna amorosa compasión hacia la dolida María; su vista abundará nuestros dardos, pensando que sufre así para nosotros y de su pleno consentimiento. Digamos: *Ella me crió, y dió me Hijo para mí*: ella hizo mas que si á sí misma se hubiese dado. Después de esto, ¿quién no amaré á María? ¿Quién no le quedará íntimamente reconocido? Mas pasemos adelante, y si tenemos cruces, uniémoslas á las suyas; llevémoslas como las llevó ella; caminemos con ardor y con perseverancia un pos de las huellas del Hijo y de la Madre, y felicitémonos de tener parte en sus penas interiores.

CAPITULO XXXVII.

Maria resucitada con Jenero.

Jenero, que habia predicho muchas veces á sus discípulos, que resucitaria el tercer dia después de su muerte, habia sin duda hecho á María la misma predicción; y es lo que fué mas firme que la de sus discípulos, bien que la de éstos habian sido mucho menos ejercitada. Nada en la vida de su Hijo, y mucho menos en su muerte, correspondia á las promesas del angel Gabriel, antes toda parecia contrariarlas.

Pero estas promesas debían tomarse en el mas elevado sentido espiritual; y no debían tener su cumplimiento sino después que el Hijo de Dios se hubiese separado de la tierra. Entonces debía ser grande, reconocido por Hijo de Dios, reinar por su religión sobre los verdaderos israelitas, y emprender así en el mundo aquel reino que ya no tendrá fin. Para esto era necesario que resucitase; tal era la disposición de los decretos eternos. María creyó con una fe incontestable, que su Hijo resucitaría como lo había predicho. Mas esta fe, que tendía en el mas alto punto de su espíritu, y sobre la cual no podía apoyarse en la reflexión, se impidió, que durante todo el curso de la pasión del Salvador, y hasta el momento de su resurrección, no quedase abandonada á la mayor amargura del dolor.

Lo mismo hace Dios con las almas interiores; desde un principio les predica el estado de gloria que ha de seguir á sus pruebas. Mas en todo el tiempo que duran las pruebas, hace de modo, que no puedan hallar apoyo alguno en sus predicciones, no permitiéndoles que piensen en ellas, aunque no duden de su cumplimiento.

El Evangelio, que refiere tantas apariciones de Jesús resucitado á los apóstoles, no dice que se apareciera á su santa Madre. La razón es bien sencilla. Los apóstoles habían de testificar la resurrección de Jesucristo; el objeto de su ministerio era publicarla por toda la tierra: era por lo necesario que los Evangelistas refiriesen las principales pruebas que les habían convenido de ello. Pero María no estaba destinada para predicar á los pueblos á Jesús resucitado, y por lo mismo no era necesario que los Evangelistas hicieran mención de las visitas que de su Hijo había recibida. Muchas recibió indudablemente, y muy frecuentes, pero no las hizo públicas, porque ninguna razón la impulsaba á publicarlo.

Y añade, que si con las dadas por nos consolarnos que

para ella fuesen, porque en todo estaba sumida el beneficio de Dios, y que, por lo tocante á ella, estaba tan dispuesta á las oraciones como á las favores del cielo. Fue seguramente colmada de un gozo inexplicable, viéndole en aquel estado de gloria y de inmortalidad; pero no se dió la menor prisa para gustar de aquel gozo, y hubiera quedado igualmente contenta, si no se le hubiese aparecido, y no hubiese sabido su resurrección sino por conducto de los apóstoles. Como Jesús no la deseaba para sí mismo, tampoco tuvo María sobre este objeto deseo alguno que le perteneciese personalmente. Siempre que se trata de ella, y queremos enunciar la verdad, hemos de ir siempre á lo mas perfecto. Y lo mas perfecto era que tuviese el desprendimiento de que acabo de hablar.

Hasta este punto conduce Dios aquellas almas que quiere hacer llegar á una muerte total. Cuando se hallan en este estado de muerte, queda en ellas existente todo deseo, y el de del agrado de Dios, consecutiva en permanecer en el suceso sea por toda la eternidad. Esto parece imposible á aquellas almas en las que ha quedado alguna chispa de amor propio ó de propia voluntad. ¡Qué! ¿ser muerta y sepultada, y no desear volver á la vida! No hay duda que sería un verdadero absurdo suponer deseo alguno en una persona muerta. Si ella deseara, todavía tendría vida.

María remedió pues con su Hijo, y su resurrección espiritual fué tanto mas perfecta, en cuanto había sido mas entera en muerte. Toda la obra Dios en ella, muerte y resurrección; y ella le dejó obrar, sin retardar el momento de la una, y sin apresurar con sus deseos el momento de la otra. Hé aquí como debemos obrar nosotros, en cualquier situación que plazca á Dios colocarnos. Muy pocas almas llegan á tal grado de perfección, porque muy pocas imitan hasta tal punto á María. No obstante, para resucitar como María, se ha de morir como ella. No hay resurrección, propiamente dicha,

á menos que no haya precedido la muerte, y la muerte supone la extincion total de la vida.

CAPÍTULO XXXVIII.

Maria sube al cielo en espíritu con su Hijo.

NO pueden caber duda, aunque nada digan de ello los Actos de los apóstoles, en que María presencié la Ascension gloriosa de su Hijo. Ella pare conversó y comió con él, entre los apóstoles y los demás discípulos, por la última vez. Ella vió su cuerpo envuelto en una nube elevarse de tierra, todo resplandeciente de gloria; ella acompañó en espíritu á este Hijo querido, y subió con él al cielo, no pudiendo vivir separada de él en el corazón ni en el pensamiento.

Ella comprendió entonces, mejor que nunca, aquellas palabras que él había dicho: *Era conveniente que el Cristo padeciese, y que entrase así en su gloria*¹. Ella las aplicó á sí misma, y tendió sobre sus propios padecimientos, cuyo único objeto había sido su Hijo, la dulce esperanza de volver á unirse con él en la mansion de la gloria.

¿Qué fue la tierra para María, después que Jesús hubo de ella desaparecido? ¿Qué vió en ella que pudiese hacerla amar? Nada absolutamente. El llevó consigo al cielo todas las afecciones de su santa Madre, la cual se hizo mas que gemir en la languidez y en la amorosa impaciencia de volver á verlo. Desde entonces empezó á padecer un nuevo género de tormento, que no había aun experimentado; tormento á la vez delicioso é insupportable, tormento dulce y violento, que acabó de hacerla morir á sí misma, pero con una muerte lenta que la consumió insensiblemente. ¡Ah! Cuántas veces

¹ Luc. xix, 30.

exclamó: *¡Ay!* ¿Por qué se tan prolongada mi peregrinación? ¿Qué hago aquí en la tierra? Mas la voluntad de mi Hijo me tiene aquí detenida, y cuánto me cuesta sumeterme á ella! María amaba lo bastante aquella divina voluntad para preferirla á su propia dicha, que tenía segura para en adelante; y por este medio entré, pero de un modo oculto, en la disposición de los bienaventurados, siempre prontos á sacrificar su felicidad á la menor señal de la voluntad de Dios. Tal fué pues el sacrificio que María hizo realmente á cada momento, durante los quince años ó mas que vivió todavía. Así que, después de haber hecho el sacrificio de su Hijo muriendo en la cruz, se sacrificó una vez más en el cielo, y murió continuamente al mismo sacrificio que tenía de volverle á ver. Para formarse una exacta idea de este nuevo género de padecimiento, sería menester leer con Jesus las relaciones que tenía María, ya como su criatura, ya como su Madre. Su Hijo la atraía con una fuerza inconcebible, y al mismo tiempo la tenía alejada de él. Esto era, en cierto sentido, como una especie de pena de dolo, causado por el amor recíproco del Hijo y de la Madre.

No somos nosotros bastante espirituales para concebir semejante pena. Algunos Santos, que la sufrieron al fin de su vida, confesaron, que á pesar de sus dolencias, sufrían todo lo que hasta entonces habían padecido, y que ningún tormento era comparable al del amor puro unido á la privación del goce de su Dios infinitamente amable.

Contradictoriamente, se dirá de no sentir esta pena, sino de no tener de ella la menor idea. No obstante, nosotros somos criados para Dios, y es la más loca de las ilusiones el amar otra cosa que él. ¡Ah! si nosotros conociéramos todas las razones de su amabilidad infinita; si nuestro corazón estuviese perfectamente desahogado de todo lo demás, ¡con qué vuelo tan veloz se lanzara hacia Dios, alejando la sociedad que de amar tiene! ¿Qué transportes no sentiría! ¿Cuán amorosa

deliquies, siendo su felicidad siempre verdientemente deseada y siempre diluida, tocábase por decirlo así á cada momento sin poderla alcanzar! ¿Por qué no hemos llegado á este punto? ¿Por qué no nos disponemos por el desprendimiento de todas las cosas y de nosotros mismos, por el deseno, por la aceptación de las cruces y de las pruebas purificadoras que á ella nos prepara? ¡Insensatos! Queremos gozar de Dios, y no queremos entrar en las disposiciones necesarias para gozar tan íntimamente. Queremos poseerlo, y no lo deseamos, ni rechazamos lo único que puede destruir en nosotros el amor de todo lo criado y de nosotros mismos, y poseernos y fijarnos en el amor divino; es decir, que queremos el fin sin querer los medios, y llegar al término sin pasar por el camino. ¡Qué sequedad! ¡Qué locura!

CAPÍTULO XXX.

Maria se prepara á recibir el Espíritu Santo.

HABÍAMOS dicho Jesucristo á sus discípulos el día mismo de su Ascensión, que dentro pocos días recibirían el Espíritu Santo que debía hacerlos unos hombres nuevos, se prepararon á recibir esta gracia por medio de la oración. Todos, dice S. Lucas, animados de un mismo espíritu, paráronse juntos en oración, con las mujeres, y con *Maria Madre de Jesús*¹. Observad aquí tres cosas. Su concierto y su fraternidad. Esta es la grande ventaja de las comunidades religiosas y de las familias cristianas, cuyos miembros se juntan todos, y se reúnen para rogar á Dios. Su constancia y su perseverancia. Pasaron en oración los diez días que discurrieron entre la Ascensión y el Pentecostés, absteniéndose de

todo trabajo que no fuese de absoluta necesidad, viviendo en el retiro, el silencio y el recogimiento, y no haciendo otra cosa que pensar á Dios: bajo este modelo se han establecido los Ejercicios espirituales, institución admirable, igualmente útil á los pecadores que á los justos. En fin, la ventaja que les cupo de tener en medio de ellos á María, Madre de Jesús, y de unir con las de ésta sus oraciones. Interroguemos á María en todas las súplicas que hagamos á Dios para el bien de nuestra alma; empujémosla á rogar con nosotros y para nosotros; pronto está siempre á hacerlo: este es un medio seguro de ser escuchados.

María se dispuso con los demás, y mas perfectamente que ellos á recibir el Espíritu Santo. Su oración fué toda de paz y de amor, no apresurada ni multiplicada. En ella rogó al mismo Espíritu Santo su esposo, pues, reconociéndose incapaz de prepararse por sí misma, se dirigió á él.

¡Acabáramos de persuadirnos de una vez, que no nosotros solos, sino el Espíritu Santo es quien debe orar tambien en nosotros, y que debemos entregarle nuestros corazones para que haga nacer en él aquellos gemidos inefables de que habla S. Pablo? Ved á María, la mas santa de las criaturas, la mas unida á Dios, la mas encontrada en oración, que no presume hacer por sí sola súplica alguna, sino que se recomienda al Espíritu Santo; y nosotros, tan imperfectos, tan dispuestos como ángeles, pretendemos rogar por nuestros propios esfuerzos: ponemos en movimiento por nosotros mismos todas nuestras potencias: multiplicamos las palabras, las prometemos con una inquieta actividad; arrojamos respiros de nuestro pecho, y creemos haberlo hecho todo, cuando de esta modo nos sentimos agitados.

María no se movía, ni hablaba; apenas se la oía respirar; su oración pasaba en su pecho de un modo tan sencillo, que ella casi no lo advertía; tan directa, que nada reflexionaba; tan secreta, que casi no la percibía. Excitaba una sin

dada su oracion. Y si nosotros oramos de este modo, nos creyáramos que no oramos: queremos distinguir y observar todos nuestros actos, queremos reflexionar sobre ellos, y dejarnos asegurados de que están bien hechos. En una palabra, consideramos la oracion como obra nuestra, y apenas creemos que el Espíritu Santo haya de tener parte en ella, cuando nuestro único seguro ha de ser obrar segun su inspiracion.

¿Queremos pues recibir el Espíritu Santo como María? Preparémosnos como ella, sin inquietarnos, sin precipitarnos; no contemos con nuestros esfuerzos, bien convencidos de que nada podemos por nosotros mismos; y supliquémosle con humildad y confianza, que ponga él mismo en nosotros las disposiciones necesarias. ¿No es verdad que desde que el Espíritu Santo se venga ya en la mayor parte de los fieles, y que crea no necesitarlo, hallando oraciones ya hechas en los libros, no deseara ya en nosotros aquellos dones, aquellas gracias que forman los verdaderos cristianos? ¿Qué libros tenían los apóstoles, qué libros tenía María para que les ayudasen á orar? Ninguno. No buscaban ellos sus oraciones en otra parte que en su propio corazón; y para encontrarlas allí, recurrían al Espíritu Santo, á quien llama la Escritura el *Espritu de oracion*.

Ta es que para orar así es necesario un recogimiento habitual, un corazón despegado de las cosas de la tierra y elevado hacia lo alto. Mas, ¿qué viene á ser la vida cristiana si no es una vida recogida? ¿El cristiano fué criado para pegarse á la tierra? ¿Su esperanza, sus pretensiones, sus deseos no deben tender al cielo? Imitemos á María en todo, para tener parte en las gracias inmensas que recibió de su Es-

CAPÍTULO XL.

Maria recibe el Espíritu Santo.

Maria había sido visitada llena de gracia por el ángel Gabriel. ¿Qué parent podía añadirse á esta plenitud? Nada segun nuestras ideas; mas segun las ideas de Dios, ella entonces se hallaba no mas que al principio de la santidad á que queria el elevalla. Despues de haber partido el ángel, recibió en su seno el Autor mismo de la gracia: nueva plenitud, respecto de la cual la primera era, por decirlo así, un vacío. En su adormecimiento sus vas crecen de gracia: cada vez que ella cambiaba de estado era para pasar á otro mas sublime: y así como Jesucristo desde su infancia iba creciendo en sabiduría y en gracia, segun la santa humanidad, lo mismo en cierta manera sucedió con su Madre. El mismo, por las diversas pruebas que le hizo pasar, no tuvo otro objeto sino aumentar su actividad. El grande sacrificio que hizo ella junto á la cruz, nos parece habernos puesto el colmo á esta santidad, y es con es posible adelantar mas nuestra imaginación.

Mas ¿quién somos nosotros para poner límites á la perfección á que Dios pretende sublimar á Maria? Todavía tiene en sus tesoros inagotables gracias que comunicarla, y es necesario, si no es licito hablar así, que ella apare estos tesoros. El Espíritu Santo su esposo quiere enriquecerla mas y mas, descendiendo de nuevo sobre ella, y él, que es el amor infinito del Padre y del Hijo, ensancha y rellena en cierto modo inmensamente el corazón de Maria, á fin de que se llene de él tanto como puede ser de ella copan una pure cristiana.

¿Y qué recibe ella? ¿Qué? ¿Recibirá como los apóstoles el don de lenguas, el don de milagros, el don de profecía, el

don de ciencia, los dones dones de que necesitaba para establecer la religión? Por excelentes que fuesen estas dotes, eran inferiores á las que recibió María. Ella debe contribuir mas que todos los apóstoles y todos sus sucesores en el santo ministerio, á establecer, á extender el reino de su Hijo. Mas no será por la via de la predicacion y de los prodigios; será por el ardor de sus deseos y por la vivacidad incompatible de su amor. Si; este amor para con su Hijo, y este amor para con los hombres convertidos en hijos suyos, será el que servirá mas para el progreso de la religión, que todos los trabajos de los apóstoles y de los ministros de la Iglesia. Ellos no serán mas que instrumentos particulares; María será un instrumento universal, pero un instrumento oculto; un instrumento que no obrará exteriormente y cuya virtud se desplegará toda tan solo por efectos interiores. La humildad de María hubiera sufrido demasiado si hubiese tenido que servir de otro modo al establecimiento de la Iglesia. Sus acciones conseguirán el éxito hábil al ministerio de los apóstoles, y durante su vida nada se le atribuirá; ella lo hará todo para su Hijo, y nadie pensará en ella. To no puedo menos de admirar aquí hasta qué punto mira Dios y respeta la humildad de María, su virtud favorita. ¡Oh humildad! ¡cuán preciosa eres á los ojos de Dios, pues que tan querida eres de la Madre de Dios!

El Espíritu Santo en el día de Pentecostés envía á los discípulos rayos de su fuego sagrado; mas los reúne todos sobre María; reposa especialmente sobre ella; la penetra, la abraza con su amor. La toma de nuevo por esposa, y no dá á ella nada menos, mas infinitamente de lo que nunca había hecho. No limitemos, no, el poder divino; pero bien podemos decir con toda verdad, que el Espíritu Santo no se ha comunicado, ni se comunicará jamás á criatura alguna con tanta efusion como á María. Ocurrió en aquel día un cambio prodigioso en los apóstoles, los cuales, de carnallos y groseros

como cruz, se convirtieron en bombas espirituales y divinos. Pero otro aun mayor se abrió en María, no pasando como ellos de la imperfección á la santidad, sino pasando de un sublime grado de perfección á otro sin comparación mas sublime. Nada nos costará el creer que en esto no hay exageración alguna, si reflexionamos que siendo en sí misma infinita la santidad de Dios, nada puede limitar sus comunicaciones exteriores; y que en cuanto á María, no guardó otra medida que la que puede permitir la capacidad esencialmente finita de una pura criatura. Y como esta capacidad puede engrandecerse siempre sin salir de los límites de lo finito, no pongamos dificultad en creer que fué en María de una extensión tal, que pasa mas allá de la inteligencia de los hombres y de los ángeles.

¿Qué moral sacaremos de ahí para nosotros? Que pudiendo, como podemos, crecer siempre en amor y en santidad, é ignorando la medida que Dios nos tiene prefijada, debemos poner todos nuestros esfuerzos en aumentar cada día mas en nosotros la caridad y la santidad. ¿Y á qué se reduce esta enseñanza? A ser siempre mas y mas fieles á la gracia, á abandonarnos siempre mas á Dios, á dejarle disponer mas libremente de nosotros, á hacerle todos los sacrificios que nos pidiere, á soportar todas las pruebas que nos enviare; en una palabra, á abismarnos cada día mas en nuestra nada, á fin de que Dios lo sea todo en nosotros. Vuélva á decirse: marcada está nuestra medida de santidad, y Dios la llevará ciertamente, si le dejamos á su arbitrio.

CAPÍTULO XII.

Vida de María desde este tiempo en adelante.

Maria no se separó ya mas de Jues, á quien tenía en lugar de hijo. Estuvo con él un cierto tiempo en Jerusalem, le siguió después á Efeso, en donde se cree que ella murió. Así que, en el concilio general celebrado en esta ciudad, fué solemnemente reconocida y declarada Madre de Dios, contra Nestorio que le negaba. Unlo tan angusta.

Mas ¿cómo en gracia durante los quince años que vivió todavía? No hay que dudarlo; y sus progresos fueron tanto mas rápidos, cuanto se aproximaba á su fin. El amor que la consumía, el deseo tan vivo que tenía de ver á su Hijo, era para ella á cada momento ocasión de un nuevo sacrificio; y como el amor iba siempre aumentando, estos sacrificios eran siempre mas meritorios para ella. Por manera, que Jues fué hasta el fin el objeto de las pruebas de María. Para concebir el exceso de esta última prueba, sería necesitar que pudiésemos comprender el modo con que una Madre tal como María amaba á su hijo tal como Jues; hasta qué punto deseaba poseerlo y verlo eternamente unido como al centro de sus afectos. Cuantas ansias y transportes han sentido en sí mismos todos los Santos que mas han amado, se se aproximan á la fuerza, á la vehemencia á intimidad de los deseos de María. ¿Qué hacemos nosotros para ser dignos algún día de quedar consumidos de amor como ella? Antes de ser víctimas de este delicioso tormento, preciso es pasar por el despojo, la desolación, la mas completa desolación.

¿Cuál fué el consuelo de María en la estancia de su peregrinación? El de alimentarse todos los días con la carne adorable de su Hijo, incorporada, y unirse espiritualmente á

él. ¡Qué deseo tan ardiente de recibirle! ¡Qué paz tan insalable dispuso de haberle recibido! ¡Cuán frías son nuestras conversaciones, cuán secas y estériles comparadas con las de María! ¡Ab! pídemosle que nuestras disposiciones se parezcan, por poco que sea, á las suyas por el fervor y la pureza del amor. María no se buscaba á sí misma en la conversacion: iba á Jesús por solo Jesús, sin dudar para ella ni de suerte ni de utilidad. ¿Sucede así con nosotros? ¿Es Jesús por el mismo á quien buscamos? ¿Creemos poseerle todo, poseyéndole por la pure y descada de? ¿Y no quedamos desolados, cuando no percibimos sentimientos afectuosos, gusto ó lágrimas de ternura?

Otro consuelo inexplicable fué para María el ver la Iglesia nasciente de Jerusalem; un Hijo reconocido y adorado por muchísimos de aquellos que le habían crucificado; su doctrina abrazada y practicada en toda su perfección. Ver en seguida el nombre de Jesús anunciado á los gentiles, su divinidad altamente conocida y publicada, su Reino que empezaba á levantarse sobre las ruinas de la idolatría, y el verdadero Dios glorificado en lugar de las falsas divinidades del paganismo. María no se ocupaba sino en los intereses y en la gloria de Dios; nada más sobre la tierra era capaz de afectarla, ni de darle alegría, sino el progreso de la religión fundada por su Hijo. ¿Tenemos nosotros algo de su celo? ¿Somos sensibles á los intereses de la fe y de la Iglesia? Reconcentrados en nosotros mismos, y con tal que abundemos en socorros espirituales, de que no sabemos aprovecharnos, ¿nos es casi indiferente que los otros los tengan ó no? El celo de María abrazaba al universo entero, abrazaba todos los siglos, y se extendía á cada hombre en particular. ¿A qué se extiende el nuestro? Puede que tengamos un poco para nosotros mismos. Mas ¿lo tenemos para el prójimo? ¿Lo tenemos para todos los hombres?

María, después de haber sacrificado á su Hijo para la sa-

Ind del género humano, no está de pagar, á fin de que éste recogiera los frutos de su sangre y de su muerte; y como lo he dicho ya, sus súplicas fueron mas eficaces para la propagacion del Evangelio, que la predicacion y los milagros de los apóstoles. Ella se eleva de sí delante de Dios, para no pensar sino en nosotros: ella nos recomendaba á su Hijo, y le pedia que derramase sobre nosotros sus gracias en toda la serie de los siglos. Las súplicas que hace ahora en el cielo no son mas que la continuacion de las que en la tierra hacia, y desde el momento que fué Madre de Dios, se constituyó nuestra Madre y nuestra interesera. ¿Negamos de este modo por los demás? Puede que lo hagamos tal vez, y aun raras veces y con poco fervor, por nuestros amigos y allegados. Mas cuando se trata de la salvacion, todos los cristianos, y aun todas las hombres ¿no deben ser nuestros allegados y amigos? El amor propio nos recuerda sin cesar á nosotros mismos, nunca creemos haber rogado bastante para nosotros, y todo al revés de Maria, delante de Dios olvidamos á todos los demás, por no pensar sino con nosotros solos. Cada cual, se dice, cuide de sí. El negocio de la salvacion es un negocio personal: yo no he de responder sino de mí. No raciocina así la caridad. Si yo amo al prójimo como á mí mismo, su salvacion no puede serme indiferente; débese al menos el acuerdo de mis oraciones; y las que yo hago por él, hijas de ser perdidas para mí, me sirven mas gracias, que tantas súplicas dictadas por un corazón encerrado en sí propio, que no mira sino su interés. Escribamos Maria á tener un corazón caritativo, generoso é intenso, capaz para todas ocasiones á la gloria de Dios y á la salvacion de nuestros semejantes.

CAPÍTULO XLII.

Muerte y Asunción de María.

MARÍA murió de amor. Fué su muerte el último deliquio preparado de lejos por muchos otros. Su cuerpo debilitado no pudo por fin sostener los esfuerzos violentos que hacía su alma para separarse de él y unirse á su Hijo. Succumbió, pues, y esta alma tan pura se halló felicemente desahogada de los lazos que la detenían sobre la tierra. La muerte de María, muy diferente en apariencia de la de Jesús, lo fué realmente la mas aproximada. La violencia del amor quitó la vida al Hijo y á la Madre, con la diferencia no obstante, de que el Hijo, dueño absoluto de la vida, la sacrificó libremente á su Padre, sin que le fuese arrebatada por los tormentos; en vez de que el mismo Jesús fué quien torció los días de su Madre, para disipar de su amor, y prodigarle el suyo. Y si ella fué mártir junto á la cruz, lo fué tambien en su última hora, pues que fué víctima del amor, el mas dulce y el mas violento de los tiranos.

Es una piadosa creencia de la Iglesia, autorizada por la feñicitud que de ella celebra, y generalmente recibida de los fieles, los cuales se congratularían con razon si la vieran poner en duda, que el cuerpo de María, exento de toda corrupcion, no quedó mucho tiempo en el sepulcro, sino que Jesucristo la resucitó y lo transportó al cielo, para unir con él el alma de su Madre. Así como Dios el Padre no permitió que la carne de su Hijo experimentase corrupcion, tampoco parece regular que Jesús permitiese lo mismo con respecto á la carne de María, que era la suya. Hésta es aquí pues en el cielo en cuerpo y en alma, gozando de toda la gloria, de toda

la felicidad, de todo el poder que en Dios quiere conceder á su Madre.

Mas no olvidemos que Jesús no le recompensó así precisamente porque fué su Madre, sino porque fué perfectamente fiel á la gracia en todos los momentos de su vida, y porque había aceptado y sufrido con valor todas las pruebas inherentes á la maternidad divina. Dios no corona en nosotros sus favores puramente gratuitos, sino nuestras virtudes y nuestros méritos adquiridos por su gracia. Así como la única hipotética es en el título en virtud del cual la santa humanidad de Jesucristo recibió una recompensa en cierto modo infinita, sino que, como dice S. Pablo, el haberse humillado y hecho obediente hasta la muerte de cruz, fué la causa de que su Padre le exaltase y le diese un nombre que es superior á todo nombre; de la misma manera, no tanto la calidad de Madre de Dios, como la de casta, humilde y fiel sierva del Señor mereció á María tantos honores y tanta gloria. Su amor para con Dios, su olvido y menosprecio de sí misma, su caridad para con los demás, se han tenido igual entre las criaturas, y por esta única causa siempre Dios igual su felicidad.

Así que, admirando las grandes cosas que hizo Dios para María, admiramos también cuanto podamos las grandes cosas que hizo María para Dios. Nuestra medida de gracia es y será siempre menor que la suya; pero también Dios exige y espera menos de nosotros. Como es infinitamente justo, se precinde recoger frutos de lo que se ha sembrado; mas quiere al, que todo lo que sembró profunde en fruto; fruto, que por nuestra buena voluntad, por la intensidad de nuestros deseos, mucho mas aun que por nuestras obras, puede aumentar al infinito. Este fruto, pues, es el que recogerá él en su granero, y que será la medida de nuestra recompensa.

¡Virgen santa! yo me pongo bajo vuestra especial protección, y me consagro de todo mi corazón á imitar vuestras

virtudes. Me propongo firme é inextinguiblemente, con la gracia de vuestro Hijo, practicar todo lo que me ha dado á conocer esta escrito, y sobre todo vuestras disposiciones interiores, vuestra pureza de intencion, vuestra humildad, vuestra union con Dios, vuestra humildad para con el prójimo. Regad á Jesucristo que me ponga en estas disposiciones, y que tentadme siempre á la vista por modelo, trabajo todas las dias de mi vida para pararme á vos sobre la tierra, á fin de participar de vuestra felicidad en el cielo. Así sea.

CAPÍTULO XLIII.

Reflexiones generales.

Ma ocurre la idea de añadir aquí algunas reflexiones que Masan como la recapitulacion de toda la obra.

1.º La union de Jesus y de Maria es el modelo de todas las uniones de Jesus con las almas interiores. Al principio, queda concebido y formado místicamente en ellas por la operacion del Espíritu Santo. No saben ellas lo que es, pero se hallan del todo cambiadas, se llaman las mismas ideas ni los mismos sentimientos. Dios les convence en presencia de una manera que no habian experimentado todavía, y se sienten llamadas á cierto silencio interior, cuando están en su presencia, sin poder ya meditar ni hacer actos particulares. Ya no son esclavos de un fervor pasajero, sino una paz íntima la que donde quiera les sigue: desearian hallarse siempre en crucen, para gustar esta paz deliciosa, y á pesar de ya se prestan á conversar con las criaturas, siendo su elemento el retiro y la soledad.

Viene después el momento de sacar Jesus en sus almas. Decláranse, y da á conocer que ha tomado posesion del cora-

son, y que quiere reinar en él. Se da al alma, el alma se da á él; todo son caricias, transportes, múltiples testimonios de amor. Jesús nullo nos trata entonces como un niño, y nos embriaga con sus delicias.

Esto dura un tiempo determinado, que no está sujeta de algunas pruebas exteriores, semejantes á las de María. Pero á medida que Jesús crece, retira poco á poco las caricias, y acostumbra á pasar sin ellas. Entonces se empieza á amar á Jesús por lo que él es, y á amarlo con un amor mas serio y mas sólida. No se le pierde de vista enteramente; pero no se gana de continuo su compañía, como cuando era pequeña. Va y viene con entera libertad, como hacia en Nazareth, en donde María se conversaba con él sino en ciertos momentos, y de una manera menos afectuosa.

Después de esta, Jesús se separa enteramente del alma, y la priva de su presencia sensible; corre ella tras él, él la evita, y en ciertas ocasiones parece casi desmentarla. Este estado es el de la fe desecada, en que el alma mas adherida que nunca á Jesús, es ejercitada de diversos modos; mas ella tiene en el fondo de sí misma un refugio muy fuerte, aunque imperceptible.

Este estado de nada se va aumentando siempre, hasta que en fin llega á creerse que vamos á perder á Jesucristo. Fuera es entonces sacrificarlo realmente, como María lo sacrificó. ¡Sacrificar á Jesús! ¡Consentir en perder á Jesús! ¡Ah! ¡Qué prueba! Pero esto es una necesidad, y no podemos volver á encontrar á Jesús, como María, en una vida nueva, sino después de haberlo así perdido.

Resucita por fin, y madurase al alma en un estado de gloria. Entonces quedamos como asegurados de poseerlo con una firme confianza de no perderlo jamás. Mas todo el tiempo que nos resta aun sobre la tierra, va haciendo mas que debilitar y consumirnos de amor, hasta que el alma desprendida del cuerpo, vuela á unirse eternamente con su amado.

3.^o María nunca previno la gracia, sino que siempre la aguardó; desechó toda precipitación, todo deseo, toda actividad. Contenta con lo que Dios le daba á cada momento, pensando indiferentemente de los consuelos á las pruebas, y de las pruebas á los consuelos, nunca desahució ni la prolongación de las delicias, ni la brevedad del dolor. Siempre y en todo fué fiel á la gracia en el estado en que se hallaba, atreviéndose en las disposiciones en que la ponía, y conservándose en ellas. No tratamos ahora de llegar á tanta perfección, sino de aspirar á ella, de humillarnos por la distancia que de ella nos separa, y de tornar hacia ella, á proporción de lo que conocamos habernos desviado de su senda.

3.^o María ha sido la que mas ha padecido entre las cristianas, porque fué la que mas amó de todas ellas. ¿Es por medio de sufrimientos de tortura, por golpes, por prisiones, como hemos de probar á Dios que le amamos? No: todo esto es sospechoso é ilusorio cuando para aquí. Dándole lo que mas nos cuesta; sufriendo por él lo que es de su gusto que suframos; sometiendo á viva fuerza y entre los mas terribles combates nuestra voluntad á la suya; dejándole tomar y arrancar de nosotros lo que no podemos darle por nosotros mismos; así es como probaremos que lo amamos. Amar á Dios es despojarse y dejarse despojar de todo lo que no es personalmente Dios y su beneplácito. No puede conocerse á donde llega este despojo, sino por la experiencia. Dios conduce á él por grados en almas verdaderamente generosas.

4.^o En fin, María, aunque la mas paciente de las cristianas, fué la mas feliz. Y ¿por qué? Porque nunca perdió su paz, porque siempre quiso todo lo que actualmente tenía. Lo que nos hace desdichados es la turbación voluntaria, es la resistencia de nuestra voluntad, y su oposición á la de Dios. Dadnos el alma lo mas ejercitada en trabajos y aflicciones; si es pacífica, si es sencilla, es dichosa. Las tormentas crecen, los sacrificios se hacen mas difíciles en el silencio;

pero la paz y la sumisión crecen á proporción, y es mucha verdad, que las últimas pruebas cuestan menos de sobrellevar que las primeras. María junto á la cruz estaba mas tranquila, mas firme, mas inmóvil, que María huyendo á Egipto.

Leed este escrito N..... de tiempo en tiempo, cuando Dios os lo inspirará. Le entenderéis mejor á medida que iréis adelantando.

FIN.